Diseño de cubierta
Sergio Ramírez

Título original
Operai e capitale

Traducción
Óscar Chaves Hernández y David Gámez Hernández («Primeras tesis», «Algunos problemas finales»), Carlos Prieto del Campo («Introducción», «Primeras hipótesis», «Un experimento político de nuevo tipo»)

Edición
Carlos Prieto del Campo

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-1237-5
Depósito legal: M.4202-2000
Impreso en Mater Print
Colmenar Viejo (Madrid)

Obreros y capital

Mario Tronti





Índice general

Introducción a la edición en castellano 7

Introducción: La línea de conducta 16

Primeras hipótesis 33

I. Marx, ayer y hoy 35
II. La fábrica y la sociedad 43
III. El plan del capital 64

Un experimento político de nuevo tipo 91

IV. Lenin en Inglaterra 93
V. Vieja táctica para una nueva estrategia 100
VI. 1905 en Italia 107
VII. Clase y partido 114

Primeras tesis 125

VIII. Marx, fuerza de trabajo, clase obrera 127
1. Hegel y Ricardo, 138. 2. El intercambio dinero-trabajo, 149. 3. Crítica de la ideología, 158. 4. ¡Maldito sea junio!, 165. 5. La particularidad de la mercancía fuerza de trabajo, 168. 6. El trabajo productivo, 175. 7. Qué es el proletariado, 196. 8. Las formas de lucha, 209. 9. El trabajo como no-capital, 219. 10. La consigna del valor-trabajo, 229. 11. La clase, 237. 12. La estrategia del rechazo, 244. 13. Táctica = organización, 262. 14. ¡Lucha contra el trabajo!, 262.

ALGUNOS PROBLEMAS FINALES 273
IX . *The Progressive Era* 275
X . La era marshalliana 278
XI . La socialdemocrácia histórica 283
XII . La lucha de clases en Estados Unidos 292
XIII . Marx en Detroit 301
XIV . *Sichtbar machen* 314

APÉNDICE 323
Italia, 1960-1970: un laboratorio político de la lucha de clases en la metrópoli capitalista 325
A. Diccionario de la memoria 325
1. Contra la neutralidad de la ciencia, 325. 2. Crítica del socialismo real, 327. 3. Crítica del trabajo, 328. 4. Integración de la clase obrera, 330. 5. Los neomarxismos, 331. 6. Obrerismo, 332. 7. Obrero masa, 333. 8. Obreros y estudiantes, 334. 9. Poder estudiantil, 336. 10. Poder-sistema, 337. 11. Proletarización, 338.
B. Italia 339
1. Julio de 1960, 339. 2. Inmigración, 341. 3. FIAT Mirafiori, 341. 4. La democracia cristiana, 342. 5. La izquierda italiana, 343. 6. El PCI después de Togliatti, 344. 7. Los sindicatos italianos, 345. 8. CGIL, 345. 9. CISL, 347. 10. UIL, 347. 11. *Piazza* Statuto, 348. 12. El centro-izquierda en Italia, 349. 13. Los grupos extraparlamentarios en Italia, 349. 14. Las revistas de la izquierda italiana, 352. 15. *Classe Operaria*, 353. 16. El nacimiento de *La Classe*, 354. 17. Las luchas de los obreros textiles en Valdagno, 356. 18. La petroquímica de Porto Marghera, 356. 19. El CUB: Comité Unitario de Base, 357. 20. El salario, 358. 21. El movimiento igualitario, 358. 22. La primavera de 1969, 359. 23. Los enfrentamientos de corso Trajano en Turín, 360. 24. El otoño caliente de 1969, 361. 25. La masacre de Estado: *piazza* Fontana, Milán, 362. 26. La estrategia de la tensión, 363. 27. La década de 1970, 365.

Bibliografía crítica 367

Introducción a la edición en castellano

Década de 1960. Años de movimiento, de transformación y de *vita activa*. Actividad vital de núcleos consistentes, juveniles, que irrumpían, felices, irredentos, en la escena pública. Vanguardias de masas, sujetos de un cambio, no previsto pero acontecido, explosivo e irresistible. Sólo la nueva música juvenil había anticipado los acontecimientos. La corriente arranca de Estados Unidos, pasa por el Reino Unido, llega a toda Europa, y en Francia, de hecho en París, desde un cierto momento, encuentra su centro. Dijimos: ¡el sol rojo que llega del oeste! ¿Se desmentía pues el «ocaso» spengleriano? Por un instante de la historia pareció que así era. No nos percatamos entonces de la revolución de las mujeres, que, sin embargo, comenzaba: de ahí, de las chicas libres en minifalda que no volvían a casa por la noche, para ocupar con sus compañeros las universidades, las escuelas, contestando los lugares-símbolo del poder patriarcal autoritario.

Cambiaba el mundo, por lo demás, desde las dos partes. No emergían únicamente modos de ser inéditos y culturas alternativas, sino que se reestructuraban los propios ordenamientos del dominio histórico, se abandonaba la tradición en pos de la innovación. Las instituciones políticas remoloneaban, se defendían, pero los equilibrios de la producción y las fronteras del mercado estallaban. El desarrollo económico intentaba recorrer nuevas vías, exactamente como los jóvenes con sus extrañas motocicletas, por las infinitas arterias estadounidenses. En un cierto momento se encontraron todos, patronos del mundo y rebeldes planetarios, según la indicación de Keruac, «*on the road*». Este es el punto esencial. El «gran salto» de la modernización de la década de 1960 ha vencido porque el movimiento de contestación antiburgués ha podido incrustarse en un proceso en marcha de verdadera y propia revolución capitalista. Así sucede

siempre en esta forma social dividida, en la que se intercambia conflicto, se intenta la recíproca integración, se dispone de un único hilo que se teje, no obstante, desde dos partes diversas y opuestas.

Los obreros eran, en aquellos años, peces libres que nadaban en un mar agitado. Se encontraban bien en ese agua. Sus luchas hallaban espontáneamente una reproducción ampliada en el imaginario colectivo. No tenían necesidad de medios de comunicación de masas para que sus razones se escuchasen. Además, la sociedad del espectáculo, al menos en Italia y en Europa, se encontraba todavía en sus inicios. Sin embargo, se sabía, en lo esencial, todo de todos, a través de sustanciales intercambios de experiencias. Los obreros no eran vanguardia, no se sentían ni actuaban como tales, y por ende no eran percibidos de ese modo. Eran, sin embargo, centrales, no únicamente en el conjunto del movimiento de contestación, sino, lo que era más importante, en el modelo de producción. El concepto de «centralidad obrera» fue un concepto conquistado en el cuerpo de las luchas, tan sólo después adoptado en los modos de análisis. Los capitalistas conocían este concepto y este hecho, sobre todo en las fuertes concentraciones industriales, tanto privadas como públicas. No lo conocían, desgraciadamente, los dirigentes del movimiento obrero oficial, que se comportaban de modo tal que no lo conociesen los partidos y sindicatos. Actuaron, *como si* esta centralidad no existiera. Naturalmente, perdieron el control sobre la situación específica y, al fin, no comprendieron la naturaleza, es decir, las formas y los fines de los movimientos en general. Un reconocimiento, parcial, se produjo por parte de los sindicatos en 1969, en el denominado «otoño caliente»: sobre todo por la FIOM, la federación del metal de la CGIL. Pero esto, después de diez años, diez años digo, de grandes luchas obreras, que desde la fábrica invadían la sociedad.

El obrerismo fue la experiencia intelectual que intento aprehender el dato de las nuevas luchas obreras en las condiciones del neocapitalismo. En Italia, desde fines de la década de 1950, asistimos al despegue de una sociedad capitalista moderna. El triángulo industrial –Turín, Milán, Génova–, con el apéndice del polo químico de Porto Marghera, en las puertas de Venecia, es la fuerza motriz de todo el desarrollo. Se produce una enorme migración de mano de obra del sur al norte de Italia. Entran en la fábrica obreros jóvenes, llegados directamente de las zonas rurales a las grandes ciudades, en un proceso violento de urbanización salvaje. Pero en la fábrica se produce –he aquí la novedad– una extraordinaria transmisión del saber de las luchas desde las viejas a las nuevas generaciones. Nos encontramos en el punto alto del fordismo. La cadena de montaje exaspera la automatización del proceso productivo en la industria automovilística y de aquí se extiende a los restantes sectores industriales, metalúrgicos, químicos, textiles. Declina la figura del obrero profesional, emerge, irrumpe, la figura del

obrero masa. Masificación del trabajo, masificación de las luchas. Esto observamos: con los instrumentos de la investigación, sociológica, que denominamos «coinvestigación», porque se efectuaba conjuntamente por grupos de intelectuales y grupos de obreros. *Quaderni Rossi* fue el hermoso nombre que desde 1961 identificó esta experiencia. *Classe Operaia*, desde 1964, trasladó la investigación a la intervención en las luchas. El iniciador fue un socialista de izquierdas excepcional, Rainiero Panzieri. En torno a él nos reunimos, no muchos, pero sí personalidades que después tendrán relevancia y en parte la tienen todavía en el panorama público italiano, comunistas, como yo, y otros fundamentalmente espíritus inconformistas, en polémica con las organizaciones oficiales, de talante más bien anarquizante, incapaces de soportar las disciplinas políticas e intelectuales ortodoxas. En 1966, cuando se publicó *Obreros y capital*, la experiencia ya se había agotado. En ese momento, sin embargo, estábamos en las vísperas de la explosión del movimiento. El 68 en Italia procede del Occidente moderno, pero también de la fábrica moderna. Esta es la razón por la que se ha podido pensar mejor después el destino de la política. La política, en realidad, la que conocemos, y la que hacemos, ha nacido y crecido en esta encrucijada entre modernidad e industria.

Italia es un país que llega tarde, pero que cuando llega no asume pasivamente los modelos más avanzados; por el contrario, los traduce en formas originales. No sé si me equivoco, pero sucede un poco como con España. Países con una gran historia tras sus espaldas, de Estado-nación con vocación imperial, por un lado, de pequeños Estados con intención supranacional, por otro. Países atravesados por diversas civilizaciones y por diferentes culturas, que después con el tiempo se sobreponen, se estratifican, dejan su legado y hacen otra historia. La Reforma católica que vence sobre la protestante. La iglesia romana que se convierte en potencia política. En el siglo XX, soluciones autoritarias, si no similares, ciertamente afines. Y la común tipología histórica de la guerra civil, inmediatamente antes del franquismo, e inmediatamente después del fascismo. El mismo capitalismo, clásico, se implanta con retraso, y no es el de Manchester, ni el de Detroit, ni el del Rhur. No obstante, se trata de una formación económico-social capitalista, en la producción, en el mercado y en el conflicto. Aquí está el conflicto. España e Italia son países de fuertes contrastes sociales y culturales, si bien con frecuencia, con mucha frecuencia, «ordenados», es decir, sometidos a la categoría del orden, por un mediocre estamento político, dentro de aproximativos marcos institucionales. Pero aquí después, finalmente, llega todo. En Italia, durante la década de 1960, llegan las luchas obreras estadounidenses de la década de 1930 y llega, a su modo, un *new deal* roosveltiano y, todavía, a su modo, las soluciones del *welfare* universalista y asistencialista. Keynesianismo y fordismo, juntos, reabren el capítulo del desarrollo, tras los años de la recons-

trucción y de la restauración. De nuevo aquí, «obreros y estudiantes unidos en la lucha», según una consigna mágica de la época, encuentran el terreno favorable para el éxito de su presión a favor de un cambio sustancial.

Esa presión tuvo éxito. Obtuvo resultados, produjo derrotas, desplazó –éste es el punto esencial– relaciones de fuerza. Cayeron barreras autoritarias tradicionales . En 1970 se obtuvo el Estatuto de los derechos de los trabajadores. Los obreros italianos tuvieron en la fábrica los derechos de ciudadanía. Cambió el clima cultural y el sentido común de masas. Por referéndum popular se introdujeron en la legislación ordinaria, primero, el divorcio, después el aborto. Arrancó el movimiento de liberación de las mujeres, más allá de las fronteras de la reivindicación histórica de emancipación. En las universidades se resquebrajó el eterno poder académico. La cultura de izquierda era hegemónica, no únicamente en el mundo intelectual, sino también en la opinión pública. Derechos sociales–derechos políticos–derechos civiles, este círculo virtuoso se activa cuando existe una subjetividad fuerte que empuja e impone una ruptura y un punto de inflexión. Esto sucede cuando existe una decisiva fuerza central que conquista el cambio desde abajo y no lo espera de la graciosa concesión del soberano. La fuerza en nuestro caso fueron los obreros de fábrica. El obrerismo captó de modo realista este hecho, lo intuyó en el ámbito de la teoría, intentó traducirlo en práctica política, con mucha pasión, con innumerables ingenuidades, con sectarismos inevitables e infinitas ilusiones. Se dijo por parte de observadores competentes –véase Noberto Bobbio–: se trata de una filosofía hegeliana de la historia aplicada a un conjunto empírico de hechos. Pero no, no había pensamiento excesivo. En todo caso, el límite era otro. Fue un período creativo de ideas, pero pobre de verdadera acción. Este libro lo documenta: el conjunto del análisis era documentado y serio, el nivel de las intervenciones era inadecuado y efímero. Y el lenguaje, por esta razón, saltaba más allá de sí mismo, intentando atrapar una onda de la realidad mucho más enorme que nosotros. El posfacio «Algunos problemas finales», 1971, ya reflexiona sobre esta situación, alarga el arco de la investigación, cambia el paso del pensamiento, mira al pasado para escudriñar el límite del futuro, expone un índice de temas estratégicos de estudio, gran parte de los cuales, desgraciadamente, no hemos sido capaces después de afrontar y resolver.

En realidad, en el propio planteamiento teórico había un error que hemos comprendido y corregido sólo más tarde. El error consistía en trazar una línea recta, de condicionamiento recíproco entre desarrollo capitalista y luchas obreras. Cuanto más avanzaba la modernidad del desarrollo –decíamos y pensábamos– tanto más crecería la intensidad de las luchas. Cuanto más se organizasen, tanto más se pondría en crisis el desarrollo en virtud de una intervención subjetiva, de tipo neorrevolucionario. En suma, cuanto más capitalismo, más posibilidades de que

se produzca su fin y mayor la proximidad de éste. Se trataba de un planteamiento marxista ortodoxo, en realidad, de un redescubrimiento del mejor Marx, el crítico de la economía política, el apologista del capitalismo destinado a producir inevitablemente los sepultureros que debían enterrarlo. Una ilusión óptica nos hizo ver, en la década de 1960, un salto de tigre hacia este resultado. A pesar de todo, a pesar del tránsito a través de la cultura de la crisis, del nihilismo europeo, de las vanguardias artísticas del siglo XX, había todavía demasiado historicismo, demasiado progresismo, demasiada fe en la victoria final del bien sobre el mal. El conflicto directo y central estaba ante nosotros, pero también estaban presentes y operativos todos los mecanismos sociales, institucionales, culturales, de mediación, de agregación, de intercambio, que impedían la autoorganización de las luchas en formas alternativas. Los años 1968-1969 no eran 1919-1920. Detrás no estaba la revolución y delante no esperaba el fascismo. El nuevo bienio rojo carecía del entorno de la época. Y el capital, tras la gran crisis y dos guerras mundiales, había aprendido a circunscribir su contradicción fundamental en el interior de campos neutros y autónomos, para que no explotase en un encuentro directo, polarizado y antagonista. En suma, entre los obreros y el capital entraba en medio la política.

Fue el *leit-motiv* de la siguiente etapa de pensamiento. El obrerismo descubrió «la autonomía de lo político». Era el descubrimiento del carácter fundamental que la política asume en la relación social moderna, o sea, en la relación humana de la sociedad moderna. El siglo XVII, vuestro siglo de oro, nos enseñó tantas cosas como nos había enseñado el siglo XX. Estudiamos, junto a Machiavelli y Hobbes, junto a los libertinos y a los ius-naturalistas, no sólo a Bellarmino, sino también a Suárez. El catolicismo político español y el absolutismo político de su monarquía tienen algo que enseñar a los movimientos socio-industriales de los obreros. Parece una idea paradójica, pero no lo es. Había en el obrerismo un fondo de realismo, en el planteamiento del análisis y en la elección de las iniciativas, que lo distinguirá después de otras formas, imitativas, de intervención y de movimiento, que vendrán a continuación. Era fuerte el elemento de crítica de la ideología, como falsa apariencia, como aparato de enmascaramiento y de trastocamiento de la realidad, en función del dominio. Esto también es un legado marxiano, que el marxismo había dejado caer. Aprendimos delante de las fábricas que para los obreros era más importante el salario que el socialismo. Y no porque se hubieran convertido en un estamento corporativo, no porque –como cantaba un estribillo persistente– entonces se hubieran integrado en el sistema, sino porque veían en la lucha por el salario, en verdad de modo muy realista, el terreno más eficaz para poner en crisis la lógica del beneficio. Obtener más dinero era la forma de tener más fuerza en la fábrica, de conquistar más derechos, de desplazar, por consiguiente, la relación con el patrón en

términos más favorables. Por lo demás, el socialismo, analizando cómo se había realizado históricamente, no ofrecía ciertamente un motivo de movilización ideal para quien sentía cotidianamente sobre sí el peso del poder de la producción por la producción, a través del sistema de las máquinas y el control de todos los tiempos de trabajo y de todos los modos de vida. Los obreros, en suma, acercaban el conflicto, los capitalistas lo alejaban. El terreno sobre el que se efectuaba esta acción/contra-acción, era la política. Había que conquistar el terreno político para luchar mejor. Era necesaria una traducción política de las luchas obreras para obtener conquistas duraderas. Es la propuesta que *Clase Operaia*, «periódico de los obreros en lucha», hizo a los sindicatos, sobre todo a la CGIL y al PCI. La interpelación cayó naturalmente en el vacío. Durante la década de 1970, si bien se desencadenó, por un lado, la reacción patronal, que movía poderes ocultos, servicios secretos, masacres de Estado, emergió, por el otro, una generosa respuesta de los movimientos desde abajo, que fueron, sin embargo, envenenados y finalmente liquidados por las decisiones enloquecidas del terrorismo. El PCI, aterrorizado, enfiló el camino del «compromiso histórico», que lo llevó a la derrota. Los obreros se volvieron a encontrar entrampados en una tenaza, que durante años los mantuvo paralizados en actitud de espera, y después en lucha defensiva. El siglo se ha cerrado tristemente con los discursos sobre el fin de la clase obrera.

El siglo XX, entre otras grandes cosas, ha sido también el siglo obrero. Los obreros y los soldados del octubre bolchevique, los obreros que proclaman la República de los soviets en Baviera, los obreros turineses que ocupan las fábricas en 1919-1920, los obreros de la huelga general en Inglaterra, los obreros armados de la guerra civil española y de la resistencia italiana y francesa, los obreros estadounidenses de la «gran crisis» de la década de 1930, en búsqueda de nuevas formas de organización, con los IWW y el CIO, los obreros en revuelta contra el socialismo de Estado en Berlín, después en Checoslovaquia y en Polonia, los obreros asesinados por la policía de los gobiernos democráticos: figuras de la libertad humana. La clase obrera de la década de 1960 en Italia, de la que se habla en este libro, concluye esta historia, aun si entonces nos parecía que la retomaba a un nivel más alto. Y detrás, una historia más larga: del impacto violento del proceso de acumulación originaria del capital a las formas igualmente violentas de la primera revolución industrial, para después extenderse a través de todo el siglo XIX, el siglo que nos ha dado el descubrimiento teórico de la lucha de clases y el nacimiento de la acción práctica, colectiva, de una civilización moldeada de acuerdo con la dignidad del trabajo. Estamos siendo testigos en la actualidad de un proceso objetivamente, es decir, tecnológicamente, racionalizado, pero también ideológicamente orientado de cancelación de la memoria obrera. Lo guían fuerzas poderosas de la decisión y lo sufren formas

débiles de representación. Esta cancelación de la memoria es funcional al ocultamiento de un pasado de luchas contra estos modos sociales de producción, de intercambio y de consumo, que en conjunto conforman un modo general de vida. Como el capitalismo es ahora el Sistema Único y el Valor Eterno, no únicamente no existe fuerza alguna que hoy lo contraste, sino que nunca ha habido y nunca ha podido haber: este es el sentido común político de masas que quiere introducirse en la opinión pública. Convocar, hacer que vea la luz, precisamente ahora, la memoria obrera del siglo y de los siglos transcurridos es un acto de insubordinación intelectual, una opción de pensamiento alternativo. Hay una historia de la subjetividad anticapitalista, que no se ha cerrado para siempre bajo la caída del muro. Cómo dotar de continuidad a la voz viva de esta historia constituye un problema sin resolver de nuestro tiempo.

Obreros y capital: no es ciertamente esta contraposición la que atraviesa ahora el mundo contemporáneo. Quizá no era tampoco entonces, en la década de 1960, la contradicción fundamental. Pero allí en ese momento existía la opción de un punto de vista, el obrero, desde el que observar los movimientos del capital, para conocerlos, controlarlos y, si se presentaba la ocasión, desbaratarlos. Una visión de parte, para ver el todo. Esa opción todavía es actual. El capital, como «intelecto general» según la definición prospectiva y profética de Marx, contenida en los *Grundrisse*, al fin se ha realizado: contra el socialismo, se ha realizado por el contrario como racionalidad particularista. A través de grandes crisis y de grandes guerras, el capital ha llegado a su plenitud, sobre todo haciendo jugar a su favor el uso de la potencia más absoluta de la modernidad, la técnica. Precisamente desde el interior de la fábrica moderna, la técnica se ha lanzado contra la cultura. Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*, ha sintetizado la fisonomía del siglo XX en estos dos únicos aspectos: la democracia liberal y la técnica. Una y otra se han presupuesto recíproca y estrechamente, suscitando la esperanza de que emergiese un tercer término, más amplio, que incluyese y superase a ambas. El siglo XX no lo ha producido. Al contrario. La técnica ha sabido presuponer, con el mismo título y con la misma indiferencia, las soluciones políticas totalitarias y autoritarias. Por esta vía, también por esta vía, la parcial alienación obrera se ha convertido en general alienación humana. *General Intellect* quiere decir también que el capitalismo deviene hoy *way of life*, tendencialmente global, describe y descifra la relación entre los hombres, pero conquista, invade, ocupa y somete el interior del hombre, la conciencia, el alma. María Zambrano, en *Delirio y destino*, ha imaginado descubrir, «en el pozo de la noche oscura que no sabemos hoy qué es», «un fragmento filosófico de la segunda mitad del siglo XX». No es la noche oscura de Juan de la Cruz. Es la oscuridad de la primera mitad del siglo XX: cuando la industria se hace guerra, la fábrica deviene holocausto, la producción se convierte en destrucción. «La única

cosa que aquí comprendemos es que alguien, uno mismo, mientras parecía afirmarse sobre todo, destruyó ese todo y también a sí mismo.» Debemos ser capaces de reconsiderar el destino de la clase obrera dentro del delirio del siglo que hemos vivido.

Sí, el proceso de trabajo ha sido revolucionado por la innovación tecnológica, el trabajo industrial es ahora marginal en el mundo occidental, aunque tiende a devenir central en el resto del mundo, la figura del obrero masa ha sido fragmentada sin el retorno, a pesar de la ideología del nuevo trabajo en la fábrica integrada, a la figura del trabajador profesional. Ahora sabemos que el toyotismo no tiene el impacto totalizante del fordismo, no tiene la capacidad de éste para transformar un modo técnico de producción en una filosofía social del trabajo. El aspecto más evidente de las nuevas tecnologías es la supresión pura del viejo trabajo y la precarización salvaje del nuevo. Con estas dos operaciones combinadas se golpea el núcleo histórico de la clase obrera y se impide que continúe la lucha de clases. Una situación totalmente actual. La desmaterialización del producto, la virtualización de la relación, la informatización de la vida, hacen el resto. La denominada economía del saber no es iniciativa política, sino cháchara ideológica. Se confunde el saber con la información. La *Kultur* no encuentra ya un verdadero contraste con la *Zivilisation*, sino con el *know-how*, con la suma de nociones técnicas concebidas para el uso de la máquina inteligente. Todos aquellos a quienes preocupa intensamente los destinos del hombre deberían preocuparse de este eclipse de la figura del obrero. Era hermosa aquella frase de Marx: el proletariado, al emanciparse a sí mismo, emancipará a toda la humanidad. Pero no era cierta. Los obreros, si son ellos los proletarios, no tienen una vocación universalista, no poseen un espíritu «humanitario», usan su parcialidad para una lucha que es también general para cambiar las condiciones del estar en el mundo, lo inverso de cuanto han hecho los burgueses, que han enmascarado sus intereses de clase con la ideología del bien común. No era cierta aquella frase. Pero ha constituido una época de la historia. Y es historia nuestra. No de todos, sino de esa parte que todavía piensa en la organización capitalista de la sociedad como en el enemigo que hay que combatir.

Aquí surge el gran tema de la herencia. Si la clase obrera ha hecho historia autónoma, si ha expresado un punto de vista parcial, si ha acumulado acontecimientos por sí misma que tan sólo ella sabe y puede reconocer, entonces ha depositado en el tiempo una masa de experiencias, de prácticas, de conocimientos, de ideas en acto, un conjunto de voluntades, deseos, tentativas, experimentos, fracasos, conquistas, que globalmente constituyen un mundo que no se cancela y un pasado que no pasa. Es cierto que el crecimiento de una parte, así como su decadencia, ha sido el gran proceso de la civilización humana. Pero lo ha sido en virtud de las luchas, a través de la organización, en niveles altos de

conciencia colectiva. Esta herencia, por consiguiente, puede ser recogida, no por una humanidad genérica, sino por esa misma parte a su vez crecida, desarrollada en sus motivaciones antagonistas, madura en sus instrumentos, hegemónica sobre la historia y sabia en la política. La herencia del movimiento obrero pertenece a todos los sometidos, a todos los excluidos, a todos los dominados. En la edad de la globalización, este mundo aparte, si tuviese voz, hablaría la lengua del conflicto obreros-capital. Pero no la tiene. Porque las palabras son ahora propiedad privada del poder. La última cosa de la que hemos sido expropiados, después de los frutos del trabajo y de los productos del pensamiento, es del hablar desde nosotros que estamos «contra». Esta es la razón por la que este libro de arqueología obrera tiene quizá algo que decir a los no resignados, a los buscadores de nuevas tierras en los viejos continentes, a los viajeros en los mares desconocidos de un futuro pensamiento alternativo.

Mario Tronti
Enero de 2001

Introducción: La línea de conducta

Debemos advertirlo. Con todo esto nos hallamos todavía en el «prólogo del cielo». No se trata de presentar una investigación conclusa. Dejemos los pequeños sistemas a los grandes improvisadores. Dejemos los minuciosos análisis ciegos a los pedantes. Nos interesa todo cuanto contiene en sí la fuerza de crecer y de desarrollarse. Nos interesa que se sepa que esta fuerza es poseída hoy casi exclusivamente *por el pensamiento obrero*. Casi exclusivamente: porque la decadencia actual del punto de vista teórico de los capitalistas sobre su sociedad no supone todavía la muerte del pensamiento burgués. Destellos de sabiduría práctica nos sorprenden y nos sorprenderán todavía en este largo ocaso al cual se halla condenada la ciencia de los patrones. Cuanto más rápido avance por su cuenta el punto de vista obrero, antes se consumará esta condena histórica. He aquí, pues, una de las tareas políticas de hoy: replicar en el ritmo de la investigación, de las experiencias, de los descubrimientos, el sentido, la forma de un *camino*; dar a este camino la forma de un *proceso*. Lo que los capitalistas, de modo inmediato, deben dejar de poseer para siempre en el terreno de la lucha de clases no es el concepto de ciencia, sino el concepto de desarrollo de la ciencia. Si el pensamiento de un grupo, de una clase, pone en marcha el mecanismo de su crecimiento creativo, este mero hecho priva de espacio al desarrollo de cualquier otro punto de vista científico sobre la sociedad, le obliga a repetirse a sí mismo, le deja como única perspectiva la contemplación de los dogmas de la propia tradición. Así ha sucedido históricamente cuando, después de Marx, las teorías del capital han retomado una posición predominante. Los márgenes de desarrollo del pensamiento obrero se han reducido al mínimo y casi han desaparecido. Ha sido necesaria la iniciativa leninista de la ruptura práctica en un punto para devolver a manos revolucionarias el cerebro teórico del mundo contemporáneo. Ha sido un momento. Tras él, es bien sabido que únicamente el capital se ha hallado en condiciones de recoger el significado científico de la Revolución de Octubre. De ahí, el largo letargo de nuestro pensamiento. La relación entre las dos clases es tal que quien tiene la iniciativa vence. En el terreno de la ciencia, como en el de la práctica, la fuerza de las dos partes es inversamente proporcional: si una crece y se desarrolla, la otra se queda inmóvil y, por lo tanto, retrocede. El *renacimiento teórico* del punto de vista obrero se impone hoy por las necesidades mismas de la lucha. Volver a caminar quiere decir inmovilizar al adversario para poder golpearlo mejor. La clase obrera ha alcanzado hoy tal punto de madurez que en el terreno del enfrentamiento material no acepta, por principio y de hecho, la aventura política. En el terreno de la lucha teórica, por el contrario, todas las condiciones parecen imponerle felizmente un nuevo espíritu de descubrimiento venturoso. Frente a la cansina vejez del pensamiento burgués, el punto de vista obrero puede vivir, quizá únicamente ahora, la estación fecunda de su robusta juventud. Para hacerlo, debe romper violentamente con su pasado inmediato, debe negar la figura tradicional que le viene oficialmente atribuida, sorprender al enemigo de clase con la iniciativa de un repentino desarrollo teórico, imprevisto, incontrolado. Vale la pena efectuar la propia contribución parcial a este género nuevo, a esta forma moderna de trabajo político.

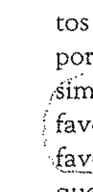
Se nos pregunta con justeza: ¿por qué vía?, ¿con qué medios? Rechacemos entre tanto los discursos sobre el método. Intentemos no ofrecer a nadie la ocasión de eludir los duros contenidos prácticos de la investigación obrera, optando por las formas bellas de la metodología de las ciencias sociales. La relación que hay que establecer con estas últimas no es distinta de la relación que se puede entablar con el mundo del saber humano unitario almacenado hasta la fecha, que para nosotros confluye todo él en la suma de conocimientos técnicos necesarios para poseer el funcionamiento objetivo de la sociedad actual. Por nuestra parte ya lo hacemos, pero todos juntos debemos llegar a utilizar aquella que denominan cultura como se utiliza un martillo y un clavo para colgar un cuadro. Ciertamente, las grandes cosas se hacen mediante saltos bruscos. Y los descubrimientos que cuentan siempre rompen el hilo de la continuidad. Y se reconocen por ello: ideas de los hombres simples que parecen locuras a los científicos. En este sentido, el puesto de Marx no ha sido plenamente valorado, ni siquiera allí donde era más fácil, sobre el propio terreno del pensamiento teórico. Todos los días oímos hablar de revoluciones copernicanas efectuadas por individuos que han movido de una esquina a otra de la habitación su mesa de estudio. De Marx, sin embargo, que había transformado radicalmente un saber social que se prolongaba durante milenios, se ha dicho como máximo: ha invertido la dialéctica hegeliana. No faltaban, sin embargo, ejemplos contemporáneos

a Marx de una transformación radical puramente crítica del punto de vista de una ciencia milenaria. ¿Es posible que todo debiese reducirse a la banalidad de una adición de primer curso de educación general básica entre el materialismo de Feuerbach y la historia de Hegel? ¿Y el descubrimiento de las geometrías no-euclideanas, que de Gauss a Lobačevskij, de Bolyai a Riemann, hace de la unicidad del axioma nada menos que una pluralidad de hipótesis? ¿Y el descubrimiento del concepto de campo en el terreno de la electricidad, que de Faraday a Maxwell y Hertz, hace saltar por los aires por primera vez toda la física mecanicista? ¿No parecen más próximas al sentido, al espíritu, al alcance de los descubrimientos de Marx? ¿No parte el nuevo marco del espacio-tiempo introducido por la relatividad de aquellas teorías revolucionarias del mismo modo en que el octubre leninista parte, en su camino, de las páginas de *El Capital?* No obstante, lo comprobamos todos los días. Cualquier intelectual que ha leído más de diez libros, aparte de los que le han hecho comprar en la escuela, está dispuesto a considerar a Lenin en el campo de la ciencia como un perro muerto. Y, sin embargo, quien observa la sociedad y quiere comprender sus leyes, puede hacerlo en la actualidad sin Lenin, en idéntica medida que quien observa la naturaleza y quiere comprender sus procesos puede hacerlo hoy sin Einstein. En esto no hay maravilla alguna. No se trata de la unicidad del espíritu humano que avanza del mismo modo en todos los campos. Se trata de una cosa más seria. Se trata de ese poder unificador que concede a las estructuras del capital el dominio sobre el mundo entero y que a su vez puede ser dominado *tan sólo* por el trabajo obrero. Marx atribuía a Benjamin Franklin, a este hombre del nuevo mundo, el primer análisis consciente del valor de cambio como tiempo de trabajo; por consiguiente, la primera reducción consciente del valor a trabajo. Se trata del mismo hombre que concibe los fenómenos eléctricos como provocados por una única sustancia sutilísima que se halla presente en todo el universo. El cerebro del burgués, antes de que, gracias a la presión obrera, su grupo se constituya en clase, ha encontrado más de una vez en sí la fuerza de unificar bajo un mismo concepto múltiples experiencias dadas. Posteriormente, las necesidades inmediatas de la lucha han comenzado a dirigir la propia producción de las ideas. Ha comenzado la época del análisis, la edad de la división social del trabajo intelectual. Y nadie sabe ya nada sobre todo. Preguntémonos: ¿es posible una nueva síntesis?, ¿es necesaria?

La ciencia burguesa lleva en sí misma la ideología, como la relación de producción capitalista encierra dentro de sí la lucha de clases. Desde el punto de vista del interés del capital, es la ideología la que ha fundado la ciencia: por esta razón la ha fundado como ciencia social general. Lo que era en un primer momento el discurso sobre el hombre, y sobre el mundo del hombre, la sociedad, el Estado, se convierte, a medida que crece el nivel de la lucha, en un

mecanismo de funcionamiento objetivo de la máquina económica. La ciencia social de hoy es como el aparato productivo de la sociedad moderna: todos nos hallamos en su interior y lo utilizamos, pero quienes extraen beneficio del mismo son únicamente los patrones. No podéis romperlo, nos dicen, sin arrojar al hombre a la barbarie. Pero, en primer lugar, ¿quién os dice que sintamos aprecio por la civilización del hombre? Y, por otro lado, los obreros modernos conocen bien otros medios para batir al capital, más allá del grito prehistórico de: ¡destruyamos las máquinas! En fin, la gran industria y su ciencia no constituyen el premio para quien vence la lucha de clases. Constituyen el terreno mismo de esta lucha. Y mientras que este terreno se halle ocupado por el enemigo hay que disparar sobre él sin derramar lágrimas por las rosas. Resulta difícil admitirlo por quien tiene miedo de ello: pero una nueva estación de descubrimientos teóricos es posible hoy únicamente desde el punto de vista obrero. La posibilidad, la capacidad de la síntesis, ha permanecido en su totalidad en manos obreras. Por una razón fácil de comprender. Porque la *síntesis* en la actualidad puede ser únicamente *unilateral*, sólo puede ser conscientemente ciencia de clase, de una clase. Desde la perspectiva del capital, el todo únicamente puede ser comprendido por una de las partes. El conocimiento se halla ligado a la lucha. Conoce verdaderamente quien verdaderamente odia. He aquí por qué la clase obrera puede saber y poseer todo del capital: porque es enemiga hasta de sí misma en cuanto capital. Por el contrario, los capitalistas encuentran un límite insuperable en el conocimiento de su propia sociedad, por el mero hecho de que deben defenderla y conservarla: y pueden saber todo sobre los obreros, pero en ocasiones es impresionante lo poco que saben de sí mismos. La verdad es que ponerse de parte del todo –el hombre, la sociedad, el Estado– lleva únicamente a la parcialidad del análisis, a comprender únicamente las partes separadas, a perder el control científico sobre el conjunto. A esto se ha condenado el pensamiento burgués cada vez que ha aceptado de modo acrítico su propia ideología. A esto se ha condenado el pensamiento obrero cada vez que ha aceptado la ideología burguesa del interés general. Ha habido momentos en los que la práctica tosca del capitalista individual ha cubierto oportunamente y ha hecho inocuo el aterrador vacío teórico de su clase. En otros momentos, el capitalista colectivo ha hecho propia con decisión esta presión desde abajo del interés patronal inmediato. Entonces se ha producido un salto cualitativo en el desarrollo del acervo de la ciencia burguesa. Lord Keynes constituye un espléndido ejemplo de ello. Así, y no sobre otro terreno, sino sobre el de los mortíferos contrastes de clase de nuestra época, la gran conciencia burguesa contemporánea, la crítica y destructiva, ha tenido momentos de lúcida conciencia totalizante sobre la condición presente de la relación social humana: es la historia de pocas individualidades excelsas, clásicas en sentido trágico, de Mahler a Mussil. En la recuperación del

pensamiento obrero es preciso reevaluar de nuevo, desde el principio, el lado activo, el trabajo creativo. Esto no puede llevarse a cabo sin poner de nuevo en movimiento el mecanismo del *descubrimiento*. Este mecanismo, sin embargo, es tal que únicamente lo posee quien se ha ejercitado durante mucho tiempo en una actitud política correcta respecto al objeto social: *dentro* de la sociedad y *contra* ella al mismo tiempo, parte que capta teóricamente la totalidad en cuanto que lucha para destruirla en la práctica de las cosas, momento vital de todo lo que existe y, por lo tanto, poder absoluto de decisión sobre su supervivencia: la condición precisamente de los obreros como clase frente al capital como relación social. Una nueva síntesis de parte, cuya iniciativa sea sólidamente obrera, arrancará de manos de los patrones la posibilidad de toda ciencia. Cuanto más necesaria resulta para el punto de vista obrero una gran recuperación teórica, tanto más imposible deviene para el punto de vista capitalista. Así, quien esté de nuestra parte puede estar tranquilo. Si nos véis abandonar el bosque petrificado del marxismo vulgar, no es para empezar a correr por los campos deportivos del pensamiento burgués contemporáneo. Cuando Marx criticaba los puntos más altos del desarrollo capitalista, muchos lo consideraban reaccionario porque decía *no* al último grito de la historia moderna. La respuesta de Marx era simple y lineal: estamos contra el constitucionalismo, sin por ello mostrarnos favorables al absolutismo; somos contrarios a la sociedad actual, no por ello favorables al mundo del pasado. También respondía así por nosotros a aquéllos que nos recriminan hoy la contradicción de una crítica obrera al movimiento obrero. Estamos en contra de la organización actual de la lucha y de la investigación y no por ello tomamos como modelo las soluciones teóricas y prácticas pasadas. Para decir *no* al socialismo de hoy, no es necesario decir *sí* al capitalismo de ayer. Lenin decía: en filosofía soy uno de aquellos que buscan. En filosofía, hoy, no hay realmente nada que buscar. En lo que atañe a nuestros problemas, sin embargo, en cuanto al objetivo de desencadenar la lucha decisiva contra el poder del capital, mundos desconocidos esperan ser explorados. Y la experiencia de quien busca otra ruta hacia las Indias y precisamente por ello descubre otros continentes, se halla muy próximo a nuestro actual modo de proceder. Por ello, es justo que los gérmenes de las cosas nuevas no hayan llegado todavía a la madurez de la planta que da frutos. Es importante reconocer la fuerza de lo que nace. Si se trata de algo vivo, crecerá. A quien mantiene abierta la investigación no se le puede reprochar lo que todavía no ha encontrado. Faraday había descubierto las corrientes inducidas, la relación de inducción entre imanes, corriente y campo eléctrico. Alguien le preguntó: ¿para qué sirve este descubrimiento? Respuesta: ¿para qué sirve un niño?, crece y se convierte en un hombre. Whitehead comenta: el niño, convertido en hombre, constituye ahora la base de todas las aplicaciones modernas de la electricidad.



El trabajo de investigación sobre ese pequeño conjunto de hipótesis, que no casualmente ha nacido en Italia durante esta década de 1960, se encuentra ahora en un punto de inflexión, delicado, decisivo. Esta investigación ha sentado algunas de sus hipótesis teóricas, sólo aparentemente abstractas; ha intentado algunos experimentos políticos, por imperativo de las circunstancias, toscos y primitivos; ha obtenido, así, un primer conjunto de conclusiones, de nuevo teóricas, en las que, a mitad de camino entre la concreción y la fantasía, es posible descubrir, precisamente, el germen de *nuevas leyes para la acción*. Presentar en bloque todo esto se ha hecho necesario. Se impone una verificación pública global antes de continuar más allá. La sucesión cronológica de los textos apunta aquí a un desarrollo lógico del discurso. Pero puede no ser así. Pueden existir errores en los pliegues de las cosas hechas y de las cosas pensadas, que es difícil ver desde el interior, mientras que resulta fácil descubrirlos desde el exterior. En este caso, es necesario individuarlos entre todos, corregirlos entre todos. Un discurso que crece sobre sí mismo corre el peligro mortal de verificarse siempre y únicamente en las conexiones sucesivas de la propia lógica formal. Hay que elegir el punto en que conscientemente llega a romperse esta lógica. No basta entonces con introducir las hipótesis teóricas en una experiencia sensata, para ver si funcionan prácticamente. Las hipótesis mismas se niegan a largo plazo con un trabajo polí[illegible]o, que prepare el terreno de su verificación real. Únicamente cuando el terreno se halla políticamente preparado, aquéllas pueden funcionar materialmente en la práctica de los hechos. Se trata, sin embargo, de un discurso complejo y es necesario expresarlo quizá con otras palabras más simples. ¿Qué significan para nosotros Marx, Lenin, las experiencias obreras del pasado? Ciertamente cosas distintas que para otros. Y es justo que sea así. Otros, todos, habían encontrado en ellos y en éstas lo que, a nuestro juicio, no debe ni siquiera buscarse: un nuevo dominio intelectual del mundo, que posteriormente constituye otra dirección para los propios estudios; una nueva ciencia de la vida y, por lo tanto, tranquilidad para sí mismos a la hora de elegir un puesto en la sociedad; un nuevo conocimiento de la historia, la peor y la más peligrosa de las perspectivas, porque lleva a firmar en blanco el acta notarial de entrega en las manos del obrero de su esencia humana disminuida, herencia concedida por el patrón que muere y, no por casualidad, rechazada, despreciada por el trabajo vivo. Buscar ciertas cosas y no otras, no todas: es el único modo útil de viajar. Se viaja también así en el mundo de los clásicos. Entonces se encuentran en el camino piedras más preciosas que el oro que yace en las minas: motivos de orientación en la lucha de clases cotidiana, ásperas armas ofensivas contra la prepotencia del patrón, ningún oropel decorativo, en absoluto valores prestigiosos. Se encuentra esa sucesión creciente de criterios prácticos para una acción política obrera; cada uno de los criterios conscientemente asumido tras el ante-

rior, y cada nivel de la acción llevado subjetivamente más allá del precedente; con el objetivo de llegar a transformar radicalmente la naturaleza subalterna de la investigación obrera en un acto de dominio amenazante sobre toda la sociedad; arrancando así la guía y el control de la lucha de clases al cerebro del capital para que sean aferrados, de una vez por todas, por los puños de los obreros. Esta sucesión, esta trayectoria de la lucha, este crecimiento político de nuestra clase, parten de la obra de Marx, pasan por la iniciativa de Lenin, encuentran momentos de salto en su desarrollo en experiencias prácticas decisivas directamente obreras y no se detienen aquí, van *más allá de* todo esto y también nosotros, con esta actitud respecto a este proceso, debemos saber cómo ir más allá: mitad previsión del futuro, mitad control sobre el presente, en parte anticipando, en parte siguiendo. *Anticipar* quiere decir pensar, ver diversas cosas en una, verlas en desarrollo, observar todo, con ojos teóricos, desde el punto de vista de la propia clase. *Seguir* quiere decir actuar, moverse en la realidad de las relaciones sociales, medir el estado material de las fuerzas presentes, captar el momento, aquí y ahora, para hacerse con la iniciativa de la lucha. En este sentido, son ciertamente necesarias grandes anticipaciones estratégicas del desarrollo capitalista, pero necesarias como *conceptos-límite* dentro de los que fijar las tendencias del movimiento objetivo. Nunca intercambiarlas con la situación real, y jamás tomarlas como un destino del mundo del que no se puede huir y al que hay que obedecer. El sentido de la lucha y de la organización, en ciertos momentos, radica exactamente en prever el camino objetivo del capital y sus necesidades dentro de este camino; radica en negarle el cumplimiento de estas necesidades, lo cual bloquea su desarrollo y, precisamente por esto, le hace entrar en crisis, en ocasiones mucho antes de que haya alcanzado las condiciones que nosotros mismos habíamos considerado ideales. Y así, los modos de la acción concreta, las verdaderas y propias leyes de la táctica, también son ciertamente indispensables como *funciones* que deben servir, deben hacerse que sirvan, a una perspectiva global que, en su conjunto, caiga toda ella más allá de las mismas. No aislar jamás estas leyes entre sí, no intercambiarlas nunca con los objetivos a largo plazo, nunca hacerlas autónomas, como si fuesen todo el plan de la lucha, como si constituyeran la meta final. El sentido de esa vigilancia teórica a la cual la clase obrera se halla continuamente constreñida radica precisamente en la necesidad de romper en ciertos momentos la cadena de las ocasiones históricas, que con demasiada frecuencia se representan idénticas a sí mismas, siendo preciso entonces juzgarlas de nuevo y de nuevo elegir entre ellas tan sólo algunas como modelo, a la luz de los últimos desarrollos, de las últimas previsiones, de los nuevos descubrimientos. Cuando se recorre retrospectivamente la historia de las experiencias de lucha obrera y se mira a la cara a los hombres que, a la cabeza de las mismas, las han expresado, entonces se ve. Siempre estas dos cosas, anticipar y seguir, previsión y control, las ideas claras y la voluntad de acción, sabiduría y habilidad, perspicacia y concreción, siempre se han mostrado divididas, separadas completamente en hombres diversos. Para el punto de vista teórico de la clase obrera, esta situación es la muerte. Para su acción política es la miseria actual de la vida del movimiento obrero oficial. La situación, en este sentido, es grave. Y no bastan ciertamente las palabras de un libro para cambiarla. Un libro hoy puede contener algo de cierto con una sola condición: que todo se escriba con la conciencia de realizar una mala acción. Si para actuar es necesario escribir, el nivel de la lucha se halla realmente retrasado. Las palabras, con independencia de cómo se elijan, parecen siempre cosas de burgueses. Pero así están las cosas. En una sociedad enemiga no existe la libre elección de los medios para combatirla. Y las armas para las revueltas proletarias siempre han sido cogidas de los arsenales de los patrones.

La investigación, en esta forma, con esta conciencia, debe pues avanzar. Y más allá de los confines ahora alcanzados, se hará más compleja, difícil, fatigosa. Hasta este momento hemos tenido entre las manos la tela de los clásicos y hemos hecho en ella algunos bordados. De ahora en adelante, hay que tejer, cortar, inscribir una nueva tela en los nuevos horizontes de la lucha obrera de hoy. Después de Marx, de la clase obrera nadie ha sabido nada. Sigue siendo este continente desconocido. Se sabe, ciertamente, que existe, porque no hay quien no haya oído hablar de él y todo el mundo puede leer sobre el mismo narraciones fabulosas. Sin embargo, nadie puede decir: he visto y he comprendido. Algún sociólogo ha intentado demostrar que, en realidad, la clase obrera ya no existe: el capitalista lo ha despedido porque no conocía su oficio. Cómo está hecha, desde dentro, la clase obrera, cómo funciona en el interior del capital, cómo trabaja, cómo lucha, en qué sentido acepta el sistema, de qué forma estratégicamente lo rechaza: estos son los hechos y otras tantas las preguntas. En estos próximos años, nosotros *debemos saber* teoría más historia, historia más teoría. Como el *Galileo* de Brecht, intentamos avanzar palmo a palmo. «No afirmamos de modo inmediato que se trata de manchas solares; primero intentamos demostrar que no son peces fritos.» Con «mirada ardua y fecunda», desarrollando en nosotros «el ojo extraño», observamos la lámpara oscilante de la lucha de clases moderna: cuanta mayor sea la maravilla con la que nos sorprendamos observando las oscilaciones, más próximos estaremos a descubrir las leyes de la misma. En el curso de la investigación hasta aquí realizada, esta enseñanza metodológica ha sido tenida muy presente. Nos ha llevado a descubrir algunas cosas que no se veían a simple vista. Y respecto a lo que se puede descubrir por esta vía, todo esto es nada y sirve únicamente para introducir el discurso. También aquí podemos equivocarnos. No obstante, resulta difícil sustraerse a la impresión de que la vía de una investigación marxista de tipo nuevo se halla hoy

abierta ante nosotros y que la larga noche, el largo sueño dogmático del pensamiento obrero, se halla a punto de acabar. El mar de los descubrimientos posibles se ha vuelto de nuevo tan tempestuoso, que es necesaria una gran dosis de autocontrol para navegarlo sin prescindir del uso de los viejos instrumentos de análisis. Durante un largo período, con rigor, sin concesiones, debemos detenernos cuidadosamente en el objeto que tenemos que observar: la sociedad actual, la sociedad del capital, sus dos clases, la lucha entre estas clases, la historia de éstas, las previsiones sobre su desarrollo. A quien pregunte cómo será lo que vendrá después hay que responderle: todavía no lo sabemos. A este problema debemos llegar. De este problema no se debe partir. Nosotros todavía no hemos llegado. Y este es uno de los motivos por los que en todo este discurso el futuro parece que no existe. De todo lo que existe hoy, en realidad, nada es para nosotros el futuro. Anteponer el modelo de una sociedad futura al análisis de la sociedad actual constituye un vicio ideológico burgués que únicamente las plebes oprimidas y los intelectuales de vanguardia podían con toda razón heredar: es colocar la fanfarria por delante del cortejo, o un premio a la vileza con la promesa de que más allá se halla el mundo de los justos. Ningún obrero que lucha contra el patrón os pregunta: ¿y después? La lucha contra el patrono es todo. La organización de esta lucha es todo. Todo esto, sin embargo, es ya un mundo. De acuerdo. Es el viejo mundo que hay que abatir. Pero, ¿quien os dice que para abatirlo no sea suficiente esta simple voluntad de *derribar el poder*, organizada en clase dominante? Por un lado, la *clase* obrera, por otro, la *sociedad* capitalista: este es el esquema moderno de la lucha de clases. No es cierto que de este modo se desplace la relación de fuerzas a favor del capital. Es cierto lo contrario. La clase obrera adquiere y reconoce únicamente de este modo su propia fuerza como único elemento vivo, activo, productivo de la sociedad, como bisagra de las relaciones sociales: articulación fundamental del desarrollo económico y, por consiguiente, posibilidad potencial de ejercer el dominio político ya sobre el presente. El proceso revolucionario mediante el cual este dominio se hará real también es susceptible de conocer etapas forzadas de desarrollo, con el salto de algunas fases. En el momento álgido del desarrollo, sin embargo, arrancado el poder a los capitalistas, lo que no se podrá de ningún modo evitar será un duro período de dictadura política de los obreros sobre toda la sociedad: esto no, no se podrá saltar. Y este es el máximo de futuro que logramos ver, lo máximo que queremos ver. Como objetivo de lucha, nos basta. Como organización de la lucha, nos sirve. Más no puede decirse. Las profecías sobre el nuevo mundo, sobre el hombre nuevo, sobre la nueva comunidad humana, nos parecen hoy cosas sucias, como la apología de un pasado vergonzoso.

No, el problema de hoy no radica en qué sustituirá al viejo mundo. El problema actual es todavía cómo abatirlo. Todavía resulta esencial, por lo tanto,

saber en qué consiste, hacia dónde camina y por qué, con qué fuerzas en su interior y con cuántas luchas. El desarrollo del discurso por esta vía no es lo que nos preocupa. Se puede llegar a anticipar mucho de este *futuro concreto* y es preciso hacerlo. Aquí radica, precisamente, la recuperación de la importancia de la teoría. Pero en este punto se plantea una verdadera pregunta que requiere una verdadera respuesta. Y una verdadera respuesta no es en absoluto fácil de dar. El compañero joven que quiere con justeza la lucha rápida contra un enemigo vivo exige una cosa precisa: ¿cuál es entretanto el margen de actividad práctica?, ¿cuál es, aquí y ahora, la acción de seguir, controlándolo, el presente? y ¿cómo se vincula, cómo se concilia esta presencia activa sobre las cosas de hoy con los viajes de descubrimiento teórico en los nuevos continentes? Nunca se considerará bastante el lado positivo de esta década de 1960 en Italia. Un afortunado cúmulo de condiciones, directamente capitalistas y directamente obreras, ha abierto un proceso de crecimiento de fuerzas revolucionarias nuevas, que viven precisamente ahora un momento fundamental de desarrollo y de mutación. Han sido *años de experiencias*. Y las experiencias –precisamente cuando son de tipo nuevo, cuando rompen con la tradición y con la oficialidad vigentes– hay quien las tiene y quien no las tiene. No es esta la línea de demarcación que es preciso trazar. Quien no ha hecho experimentos nuevos, ha vuelto a hacer críticamente los viejos: así es como cada uno, cuando es joven, avanza. Existe aquí una sabiduría difícil de practicar, porque se posee de modo pleno únicamente cuando ha pasado la ocasión, existiendo anteriormente tan sólo en germen: llevar a cabo un trabajo político objetivo con la conciencia, aunque sea oscura, de realizar únicamente una experiencia para sí, en función de ese cuerpo de hipótesis que vive en la cabeza, y para saber cómo controlarlas, cómo desarrollarlas. Tras un experimento realizado de ese modo, siempre parece que no existe nada. En realidad, permanece la premisa fundamental para hacer todo: la madurez de un discurso de prospectiva y de las fuerzas subjetivas que pueden comenzar a hacer que funcione. El punto de inflexión en la práctica debe contener todos estos términos del problema. El nivel alcanzado por el discurso, la madurez de las fuerzas que pueden ser portadoras del mismo, la situación de clase milagrosamente favorables en Italia, imponen que en este momento no se intenten más experiencias prácticas que sirvan para el descubrimiento teórico, *imponen* un trabajo político objetivo, creativo, que mire con la fuerza y la capacidad a resultados concretos, a transiciones materiales. Debemos saberlo por anticipado: este trabajo político estará todo él *más acá* de nuestro horizonte teórico. Y *debe* estar más acá, siempre, cada vez que se trate todavía de abrir un proceso revolucionario, preparando las condiciones, acumulando fuerzas, organizando el partido. Sí, organizando el partido. Hay momentos en los que todos los problemas pueden reducirse y deben reducirse a este único problema. Son momen-

tos muy avanzados de la lucha de clases. Y no hace falta siempre ir a buscarlos allí donde el capital se halla más maduro o donde el capitalismo es más débil. También aquí, con el coraje del descubrimiento, al margen de los mismos esquemas teóricos que incluso uno va cultivando en su propio jardín, es preciso saber encontrar el lugar, el punto en el que una cadena de circunstancias ha hecho, sí, que haya un solo nudo que desatar para que camine de nuevo el hilo del movimiento revolucionario: el nudo del partido, la conquista de la organización. Nunca se repetirá lo suficiente que prever el desarrollo del capital no significa someterse a sus leyes de hierro: significa obligarlo a tomar un camino, esperarlo en un punto con armas más potentes que el hierro, allí asaltarlo y allí destrozarlo. Son demasiados los que creen hoy que la historia pasada del movimiento obrero en los países más avanzados constituya para nosotros un destino fatal al cual no lograremos escapar. ¿Pero conocer lo que está por llegar no sirve precisamente para impedir que acontezca, para encontrar los modos, las formas, las fuerzas para que *no* acontezca? ¿Y para qué otra cosa puede servir? ¿Para darnos el horóscopo de mañana? La historia de la socialdemocracia moderna, del reformismo obrero moderno, esta todavía por hacer y mucho habrá que trabajar sobre esta materia. Sus procesos de fondo, sin embargo, se hallan políticamente bastante claros. Que la victoria de la socialdemocracia constituye una derrota de la clase obrera, nadie lo puede negar. Que esta derrota no haya que imputarla a los obreros mismos es igualmente cierto: no obstante, encontraréis pocos dispuestos a admitirlo. Y se comprende por qué. Si no ha habido grandes errores directamente obreros, estos grandes errores recaen todos, por consiguiente, sobre la cabeza de sus jefes. Si no ha sido la clase, en su espontaneidad obligada, la que ha equivocado el blanco de la lucha contra la socialdemocracia, este blanco no lo han acertado aquellos que debían comportarse como organizadores de esta lucha y entre éstos, a nuestro juicio, también los auténticos dirigentes obreros y probados revolucionarios. Es necesaria hoy, en esta clave, una crítica profunda e implacable de todas las posiciones de la *izquierda histórica* del movimiento obrero internacional, a la cual se imputa la acusación de no haber obstaculizado, sino por el contrario favorecido, la marcha de la socialdemocracia. La propia primera respuesta bolchevique debe de ser objeto de esta crítica. No es ciertamente una casualidad que, cuando el movimiento comunista ha vencido en algunos puntos, las posiciones de izquierda hayan cometido frente a esas realidades los mismos errores de siempre. Las posiciones de derecha han sido simplemente invertidas, sin procederse a su destrucción. A quien de la táctica cotidiana hacía una estrategia a largo plazo, se respondía haciendo de la estrategia a largo plazo una táctica cotidiana. A un falso realismo de la práctica se contraponían inconsistentes teorías abstractas. Para negar el movimiento del pueblo, se optaba por el aislamiento de grupo. Los partidos históricos han tenido una vida fácil porque a su izquierda siempre ha habido y hay todavía charlatanes a lo Zaratustra, que van prometiendo por ahí aniquilar el mundo, pero cuando les preguntáis cómo se quita el polvo de los viejos libros sagrados, no os lo saben decir. Los obreros entre tanto han aprendido que cuando a la brutalidad del compromiso con el adversario se responde con el cartismo de la fuerza moral, en uno y otro caso no se trata ciertamente de ellos, de su interés de parte, de su guerra de clases. Esos mismos obreros se habían hecho con la dirección de la insurrección cuando se había tratado de derrotar sobre el terreno a la perspectiva reformista, que parecía entonces invencible precisamente porque había vencido en otros países mucho más avanzados. Es cierto que en ese caso, junto a ellos, al frente de la insurrección, estaba Lenin. Y Lenin, único entre los jefes de la revolución en Europa, había tenido siempre fe en un principio elemental de la praxis subversiva, en lo que constituía para él un imperativo de la práctica: no dejar nunca el partido en las manos de quien lo tiene. Había comprendido, trabajando y estudiando, que también para la Rusia de esos momentos el nudo que había que desatar era el partido. Dentro y fuera del mismo, en mayoría o en minoría, sin excluir ningún medio que sirviese a ese fin, la *lucha de partido*, la lucha abierta por la dirección de la organización, constituye el hilo rojo que atraviesa la vida y la obra de Lenin y las lleva ambas al ajuste de cuentas de 1917. Entonces, por uno de esos milagros que son tales tan sólo para quien no conoce las leyes de la acción, he aquí que en el momento justo el partido se encuentra en las manos justas. «El 6 de noviembre es pronto, el 8 de noviembre es tarde»: esta consigna que seguirá constituyendo durante mucho tiempo el modelo de toda opción revolucionaria, se hacía posible en ese momento, con aquellas fuerzas, para aquellos objetivos. Nosotros pensamos que este modelo de la iniciativa leninista es una lección que todavía tenemos que aprender. Será necesario frecuentar cada día esta escuela y ahí crecer, ahí prepararse, hasta que no lleguemos a leer directamente las cosas sin la sucia mediación de los libros, hasta que no seamos capaces de desplazar con la violencia los hechos sin las bellaquerías del intelectual contemplador. Aprenderemos así que la táctica no se escribe de una vez por todas sobre las tablas de la ley: es invención cotidiana, es adherencia a las cosas reales y, al mismo tiempo, libertad de las ideas-guía, una especie de imaginación productiva que únicamente logra que el pensamiento funcione en medio de los hechos, es el verdadero pasar a hacer, pero tan sólo para quien sabe *qué* hacer.

Si se sabe leer, se encuentran en este libro modificaciones sucesivas en la consideración de este problema. Es justo que permanezcan así, porque así, en el tiempo, han sido adquiridas. Entre trabajo político y descubrimientos teóricos no existe un equilibrio estático; existe una relación de movimiento que hace servir el uno a los otros según las necesidades del momento. No parecen existir

dudas sobre la necesidad, hoy, de descargar cada descubrimiento en la urgencia de una recuperación correcta de la actividad práctica. Que los próximos años en Italia serán decisivos, todos lo sienten. Que lo serán no únicamente para Italia, sino para el capital internacional, pocos lo han comprendido. Considerar la situación de clase italiana como «normal», o como fatalmente abocada a la normalidad de los países que nos han precedido en la historia moderna, constituye el típico error *derivado de la pura estrategia* y manifestación en sí misma preocupante de insensibilidad política. Existe aquí, en realidad, un ejemplo vivo de cómo desde posiciones de izquierda puede invertirse la línea oficial del movimiento obrero sin tocar los verdaderos contenidos de la misma, que para nosotros se hallan siempre dados por la relación que se establece en concreto con el nivel de desarrollo político de la clase obrera y con su grado de organización. Así, pensar hoy que todo se resolverá en Estados Unidos porque Marx ha dicho que el hombre explica al mono, y no viceversa, constituye una forma de ortodoxia teórica que confluye, ingenuamente, en esa barahúnda que es el moderno marxismo vulgar, en el que la única cosa que no reconoceréis jamás es la iniciativa obrera de la lucha de clases, en un determinado momento, en un determinado lugar. Y mirar a los países subdesarrollados como epicentro de la revolución, porque Lenin ha dicho que la cadena se romperá por el eslabón más débil, constituye un modo de ser concretos en la práctica que coincide con la forma quizá más alta del oportunismo contemporáneo, aquella que, por analfabetismo teórico, no sabe reconocer en los tigres de papel cuál es la cola y cuál es la cabeza. El punto en el que el grado de desarrollo político de la clase obrera ha sobrepasado, por un cúmulo de razones históricas, el nivel económico de desarrollo capitalista resulta todavía el lugar más favorable para la apertura inmediata de un proceso revolucionario. Con la condición de que se trate de clase obrera y de desarrollo capitalista, de acuerdo con el significado científico de dos clases sociales en la época de una madurez ya alcanzada. La tesis de que la cadena tiene que romperse hoy, no donde el capital es más débil, sino donde la clase obrera es más fuerte nos parece esencial y, aunque sus argumentaciones todavía son insuficientes, se recomienda prestarle una particular atención. Muchas cosas pueden derivar de aquí. La «teoría del punto intermedio» es una de ellas: la posibilidad de captar desde un punto, él mismo en movimiento, lo que se halla más allá como tendencia de las cosas y lo que queda ya más atrás como herencia pasiva de las mismas. Italia ofrece hoy, no casualmente, un terreno ideal para la investigación teórica obrera, si se parte de aquí para observar, con esta concreción, el mundo del capital. Precisamente porque se halla en medio del desarrollo capitalista, dada la trayectoria internacional de éste, la situación de clase italiana, todavía favorable a los obreros, puede convertirse en un momento de unificación subjetiva de los niveles, diversos y opuestos, de la lucha. Si es cierto que es

urgente y quizá preliminar a cualquier otra cosa volver a poner en pie una estrategia internacional de la revolución, debemos comprender que esto no se hará mientras continuemos jugando con este mapamundi para niños inventado por la geografía política burguesa y, para sus comodidades didácticas, dividido en Primer, Segundo y Tercer Mundo. Es hora de comenzar a distinguir los distintos grados, los diversos niveles, las determinaciones sucesivas de las contradicciones capitalistas, sin intercambiarlas cada vez por una alternativa al sistema. La sociedad capitalista se halla hecha de tal modo que siempre puede permitirse una única alternativa, aquella directamente obrera. Todo lo demás son contradicciones de las que vive el capital y sin las que no podría vivir. Prescindiría de las mismas, si supiese cómo hacerlo. Sin embargo, lo sabe a menudo *post festum* y siempre cuando el momento crítico ha pasado. Esto es bueno para nosotros. Desde el punto de vista obrero, las contradicciones del capital ni se rechazan, ni se resuelven, únicamente se utilizan. Y para utilizarlas, es necesario de todas formas exasperarlas: también cuando se presentan como ideales del socialismo y avanzan con las banderas del trabajo. Reconstruir la cadena de las contradicciones, reunificarla y, con el pensamiento colectivo de la clase, poseerla de nuevo como un proceso único de desarrollo del propio adversario: ésta es la tarea de la teoría, ésta es la necesidad de un renacimiento estratégico del movimiento obrero internacional. Y al mismo tiempo partir de nuevo desde un punto, desde un nivel determinado del desarrollo, hacer caminar a la fuerza, con sus propias piernas, un proceso revolucionario *en concreto*: ésta es la tarea de la práctica, éste el prodigioso redescubrimiento del mundo de la táctica al que nos constriñe cada día la situación de clase en Italia. No es justo sostener que la red internacional del capital más desarrollado es hoy tan densa, incluso desde el punto de vista institucional, que no permita de modo alguno que se produzca un agujero en algún punto de la misma. Nunca sobrevolar al adversario, jamás colocarse en posición subordinada respecto al mismo, nunca ceder la iniciativa en la lucha. Precisamente porque la red se ha densificado, imponer la ruptura en un punto significa hacer que converjan en éste todas las fuerzas que quieren romperla en su conjunto. Todo vínculo suplementario entre las diversas partes del capital constituye una vía de comunicación suplementaria entre las diversas partes de la clase obrera. Todo acuerdo entre capitalistas presupone y relanza, a su pesar, un proceso de unificación obrera. Y ni siquiera hacen falta tantos razonamientos. Un mínimo de intuición práctica, de aquella que se siente por instinto de clase, nos coloca hoy ante los ojos la fuerza de choque, la función de presión subversiva y, al mismo tiempo, el modelo de vía revolucionaria, que representaría tanto para los países avanzados como para los de capitalismo atrasado una alta y nueva experiencia de organización política de la clase obrera italiana. Tampoco aquí nos debéis preguntar rápidamente: ¿cómo será el partido?

Hay quienes comienzan ya a considerar esta palabra demasiado corrupta para que pueda continuar siendo usada. Y quizá tienen razón. Nosotros, sin embargo, no hemos llegado todavía a esa conclusión y, por ahora, no queremos llegar. En el cielo de los descubrimientos teóricos es justo volar sobre las alas de una inteligente fantasía. En el terreno de la práctica, sin embargo, y respecto al problema más difícil de todos, el de la organización, es preciso proceder paso a paso, con humildad y cautela, hablando en prosa la lengua de todos los días, reflexionando si saltar de una a la otra, pero sin perder nada del potencial positivo de experiencias reales acumuladas durante duros decenios de luchas. Puede parecer extraño y no lo es. Pero cuando hablamos del partido, es la única ocasión en que nos sentimos hombres de la vieja generación. Y puede expresarse más correctamente: es la ocasión en que observamos el resto de los problemas con la conciencia de una generación transitoria constreñida a anticipar el futuro con medios del pasado. Decimos entonces: lucha de partido para la conquista de la organización; táctica leninista dentro de una investigación estratégica de tipo nuevo; proceso revolucionario en un punto para volver a poner en movimiento el mecanismo de la revolución internacional. A la pregunta *qué hacer*, hay todavía, por poco tiempo, una respuesta que proponer. Trabajar todos durante años de acuerdo con una única consigna: ¡dadnos el partido en Italia y transformaremos radicalmente Europa!

Por poco tiempo, sin embargo. En la sociedad capitalista la lenta e imperceptible vía del desarrollo histórico es una carrerilla llena de breves momentos políticos. Es necesario saber estar en medio de éstos y saberlos atrapar uno por uno y todos sucesivamente, si se quiere controlar el hilo que los une y que debe ser destruido. No se trata de las viejas ocasiones históricas, a las que hay esperar sentados en la esquina de la calle. Ni se trata tampoco de recuperar una continuidad de los acontecimientos, todos iguales entre sí, y ninguno en ruptura con el pasado. Es preciso comprender que cada momento político posee su especificidad histórica que hay que captar con toda la fuerza de la que es capaz un pensamiento concreto. Es preciso saber que precisamente esto priva de generalidad a las épocas de la historia y hace de ellas el campo de acción para una lucha determinada. *Descubrir las necesidades de desarrollo del capital y trastocarlas en posibilidades subversivas de la clase obrera*: éstas son las dos tareas elementales de la teoría y de la práctica, de la ciencia y de la política, de la estrategia y de la táctica: también estas dos palabras viejas, lo sabemos, pero que no podemos sustituir hasta que nos hayamos apropiado de nuevo de ellas con significados nuevos. Los últimos decenios terribles del movimiento obrero y toda la fase posleninista, no podemos considerarlos únicamente como un *nihil negativum* al que referirnos polémicamente en la investigación de los límites futuros de nuestra acción. Subjetivamente han quedado, a pesar de todo, algunos resultados. Y nos corresponde extraer de ellos enseñanzas que sea posible utilizar realmente en el futuro de la lucha. La separación del partido de la clase y de la clase del partido ha traído consigo otra separación, la existente entre los hombres y las perspectivas objetivas que éstos representan, entre revolucionarios de una parte y proceso revolucionario de la otra, hasta hacer de ambos dos mundos contrapuestos que hoy no se encuentran ni se comprenden. Quien ha querido luchar en las estructuras internas del partido, en realidad, no lo ha hecho porque no se había preocupado de traer consigo, metida en la cabeza, una perspectiva verdaderamente alternativa a la oficial. Quien ha querido buscar esta alternativa, en realidad no la ha encontrado finalmente, porque no se había preocupado de mantener relaciones reales y posibilidades de dirección con el grueso del movimiento. *Estos errores no pueden volver a repetirse.* Nunca arrojarse a combatir en la práctica sin armas teóricas. Jamás ponerse a construir perspectivas lejos de las masas. Probablemente a los reformistas habrá que ir a batirlos hoy en su terreno, pero con un ejército de nuevas ideas revolucionarias, con una panoplia de conocimientos históricos sobre sus movimientos, con una percepción sagaz del resultado final de la lucha y con un control tal de sus articulaciones internas y con tal conciencia de sus contradicciones transitorias, como para dejar estupefacto al propio mundo tradicional de la política, con toda su ingenua sabiduría. Táctica y estrategia: mantenerlas objetivamente separadas, siempre, en las cosas, no confundirlas nunca, jamás identificarlas, porque una vez hechas idénticas impiden la acción; y mantenerlas subjetivamente unidas, en nuestra cabeza, en nuestra persona, y, aquí, no separarlas nunca, porque aquí una vez separadas destruyen a los hombres, los agotan, hacen de ellos esta sombra gris a la que se ha reducido hoy el dirigente de partido. Lo que parece el lado trágico de la situación moderna –no poder hacer de modo inmediato lo que se piensa hacer mañana– constituye el dato normal de la lucha de clases, cuando ésta se encuentra más allá de la conquista de la organización y quiere y pide que esta condición primaria se satisfaga para pasar después al ataque decisivo. Pero reconocer esto no es suficiente. Una vez reconocido, debe tomarse como un dato positivo, como un período necesario que hay que vivir hasta el fondo, que nos obliga a un gran desarrollo subjetivo, que prolonga los tiempos de la preparación de las fuerzas y que hace estas fuerzas más claras y profundas. Por consiguiente: cuanto más unilaterales, tanto más globales; cuanto más políticos realistas, tanto más teóricos de alto nivel; cuanto más hombres simples, tanto más complejas mediaciones del interés obrero. Y todo esto, viceversa, en un círculo de continuo crecimiento colectivo. Ya nos han dicho que en todo cuanto proponemos no hay nada de universalmente humano. Es cierto. No hay nada, en realidad, del interés particular burgués. ¿Habéis visto alguna vez una lucha obrera con una plataforma de reivindicaciones genéricamente humanas? Nada hay más limitado y parcial, nada menos universal en el sentido burgués, que una lucha de fábrica librada por los obreros contra su patrón inmediato. Precisamente por esto

lleguemos a sumar estas luchas en la sociedad, a vincularlas en una perspectiva, a unificarlas en la organización y tendremos entre las manos el destino del mundo, porque habremos conquistado el arma más potente que se pueda hasta ahora imaginar, *un poder de decisión sobre los movimientos del capital.* A este punto, precisamente, es necesario llegar. Todo lo que no sirva para ello hay que abandonarlo por el camino. Mientras tanto, merece la pena optar por llevar lo estrictamente necesario, lo esencial para caminar. Es posible que una «parada sobre el puente», quien sabe en qué momento, llegue a ser necesaria. Quizá rápidamente. Del prólogo al cielo a las aventuras sobre la tierra: este paso todavía no se ha demostrado que sea inminente. Todo el modo de ver presentado aquí no es únicamente en sí mismo provisional. En la realidad, es uno de los que todavía parecen posibles. Confrontémoslo con los restantes. Veamos si ha crecido bastante para defenderse y para atacar. Probemos a calibrar su fuerza. La clase obrera de hoy, ciertamente, no es ya el joven compañero «que quería lo que era justo y actuaba de modo equivocado». Ha alcanzado ya esa edad madura del hombre, en la que, para no errar, en ocasiones se prefiere no actuar. Los «agitadores» están utilizando, por consiguiente, un lenguaje que tal vez no es el más adecuado a la situación actual. Y, sin embargo, la brechtiana línea de conducta sugerida por el «coro de control», una vez establecida la necesidad de transformar el mundo, es todavía en su totalidad aquella y no hay, al respecto, nada que cambiar: «desdén y tenacidad, ciencia y rebelión, rápido impulso, consejo meditado, fría paciencia, perseverancia infinita, inteligencia de lo particular e inteligencia del todo: únicamente instruidos por la realidad podremos cambiar la realidad».

(Septiembre de 1966)

Advertencia a la segunda edición

Se ofrece el texto de la primera edición sin modificación alguna. La fecha indicada al final de cada escrito no permite sustituciones póstumas de palabras o de conceptos. Por su cuenta, el tiempo, aún breve, ya ha hecho justicia a su pasado: ese rasgo de política ingenua y sentimental, aquí y allá alguna ejecución sumaria de un problema vivo, por todas partes ese modo tardo-romántico de sugerir, en la forma, las cosas. Los «próximos errores» no serán de este tipo.

El posfacio, con su fecha, da cuenta del curso ulterior de la investigación. Se trata de un elenco de problemas todavía no todos ellos resueltos, un programa de estudio para las fuerzas jóvenes del cerebro abierto a los descubrimientos del conocimiento crítico, una toma de conciencia realista de las luchas obreras de hoy en virtud de una nueva unidad de juicio político sobre la verdadera lucha obrera de ayer. Por lo demás, de aquello de lo que todavía no se sabe hablar, es conveniente callar.

(28 de enero de 1971)

Primeras hipótesis

I Marx, ayer y hoy[1]

«Nosotros no podemos hoy dejar de aceptar las afirmaciones marxistas fundamentales más de lo que un físico serio puede ser no-newtoniano, con la enorme diferencia de que en el campo de la sociología tendrán todavía que pasar varias generaciones antes de que pueda aparecer un Einstein. Éste no llegará antes de que la obra de Marx haya dado todos sus frutos históricos.» A esta conclusión llega Rudolf Schlesinger, tras haber recorrido la totalidad del pensamiento de Marx y del período histórico que ha sido caracterizado por éste. De esta conclusión es oportuno partir para avanzar ciertas consideraciones desordenadas previas: *hipótesis de trabajo* que habrá que profundizar y verificar.

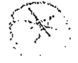
Y ante todo una premisa: una investigación que quiera retomar el discurso sobre la validez actual de algunas de las afirmaciones marxistas fundamentales debe confrontar a Marx, no con *su* tiempo, sino con el nuestro. *El Capital* deber juzgarse de acuerdo con el *capitalismo actual*. Así caerá de una vez por todas la ridícula banalidad pequeño-burguesa en virtud de la cual la obra de Marx es producto y explicación, conjuntamente, de una sociedad de pequeños productores de mercancías.

Esta es una tesis fundamental de Marx: que, dada la organización social del capitalismo, el propio proceso histórico efectúa siempre un procedimiento lógico de abstracción, que priva al objeto de todos los elementos casuales, ocasionales, inmediatamente subsumidos por su presencia contingente, para descubrir después y valorizar los aspectos permanentes y necesarios del mismo, los que lo señalan como un producto específico de una realidad histórica determinada y, por lo tanto, lo dotan de validez para todo el arco de existencia de esta realidad.

[1] *Mondo nuovo*, 1 (1962).

El proceso de desarrollo del capitalismo se encarga, él mismo, de *simplificar* la propia historia, hace cada vez más *pura* su propia naturaleza, se desprende de todas las contradicciones no esenciales para descubrir aquella contradicción *de fondo*, que al mismo tiempo lo revela y lo condena. En este sentido el desarrollo capitalista es la *verdad* del propio capitalismo: porque únicamente el desarrollo capitalista muestra al desnudo el *secreto* del capitalismo. Este secreto, expresado desde el punto de vista burgués, se convierte en la máxima mistificación ideológica del capitalismo *para todos*, al alcance de todos, y, por ello, en la máxima verificación del capitalismo mismo y, por consiguiente, en el instrumento *ideológico* de su estabilización indefinida. El mismo secreto, visto desde el punto de vista obrero, se convierte en la más profunda comprensión científica de la verdadera *naturaleza* del capitalismo, mediante el análisis de los resultados últimos de su *historia;* se convierte, pues, en el descubrimiento de la contradicción máxima del capitalismo y, por lo tanto, en el instrumento *teórico* de su próxima destrucción. Si es cierto que aquí, en la organización social del capitalismo más desarrollado, debe producirse el enfrentamiento histórico decisivo entre la clase obrera y el capital, es al mismo tiempo cierto que, sobre el mismo terreno, debe expresarse en la actualidad la lucha de clases entre *teoría* obrera e *ideologías* burguesas.

Ésta es también otra tesis fundamental de Marx: que el nivel más desarrollado explica el nivel más retrasado y no a la inversa; el capital explica la renta inmobiliaria y no a la inversa. En consecuencia, la verificación de un pensamiento se efectúa, no con el terreno social que aparentemente lo ha producido, sino con aquel que después lo ha superado: porque es precisamente éste el que en realidad lo ha producido. Así, Marx confrontaba a Hegel, no con la situación atrasada de la Alemania semifeudal, sino con los aspectos más avanzados de la Europa capitalista; y obligaba a Ricardo a ofrecer una respuesta urgente a los problemas que la propia época le planteaba. Así pues, el Marx de hoy no puede continuar eternamente liquidando las cuentas con su vieja conciencia filosófica; debe, por el contrario, ponerse a prueba mediante un encuentro activo con la realidad más moderna del capitalismo contemporáneo: para comprenderlo y para destruirlo. Aquí se halla en realidad el punto objeto de verificación y esta es la exigencia obrera que se impone. No resulta casual que, en la actualidad, mientras el pensamiento burgués construye novelas existencialistas sobre la «alienación de la esencia humana», deteniéndose extasiado ante algunas frases infelices de los *Manuscritos de París* de 1844, no resulta casual, decíamos, que el pensamiento obrero vuelva a *El Capital* como modelo clásico de análisis científico del presente, en función de la lucha revolucionaria que quiere suprimirlo y superarlo.



En una aguda página de su libro, Michaud encuentra el coraje para expresar con palabras una idea muy difundida a mi juicio, aunque sea en estado de con-

fusa sensación: «la reaparición, en nuestra época, de una situación ideológica en ciertos aspectos premarxista». Ahora bien, ¿se puede afirmar esto? ¿Y en qué sentido puede afirmarse? La respuesta a estas preguntas puede arrojar mucha luz sobre innumerables zonas de sombras.

El pensamiento de Marx, como cualquier pensamiento auténticamente revolucionario, tiende a destruir aquello que ya existe para construir en su lugar lo que todavía no existe. Nos hallamos pues, ante dos partes, entre ellas distintas y entre ellas orgánicamente unidas, que componen este pensamiento. Una de ellas es la «crítica despiadada de todo lo que existe»: en Marx se ha expresado como el descubrimiento del procedimiento mistificado del pensamiento burgués y, por lo tanto, como desmitificación teórica de las ideologías capitalistas. La otra es «el análisis positivo del presente», que del máximo nivel de la comprensión científica hace surgir la alternativa futura al mismo. La una es *crítica de la ideología burguesa*, la otra es *análisis científico del capitalismo*. En la obra de Marx, estos dos momentos se pueden captar lógicamente divididos y cronológicamente sucesivos: de la *Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público* a *El Capital*. Ello no quiere decir en absoluto que deban repetirse *siempre* en esta división y en esta sucesión. Marx mismo, cuando observaba la economía política clásica y repasaba el camino que le había llevado a descubrir, mediante el análisis, algunas relaciones generales abstractas, sabía con certeza que no había que repetir aquel camino; por el contrario, era preciso partir de estas abstracciones simples (la división del trabajo, el dinero, el valor) para llegar posteriormente de nuevo «al conjunto viviente»: la población, la nación, el Estado, el mercado mundial. Análogamente, hoy, una vez adquirido el punto de llegada de la obra de Marx –*El Capital*–, es preciso tomar éste como punto de partida; una vez llegados al análisis del capitalismo, hay que partir de nuevo de este análisis. Entonces, la investigación sobre algunas abstracciones determinadas (el trabajo alienado, las modificaciones producidas en la composición orgánica del capital, el valor en el capitalismo oligopolístico) debe constituir el punto de partida para llegar de nuevo al nuevo «conjunto viviente»: el pueblo, la democracia, el Estado político del neocapitalismo, la lucha de clases internacional. No resulta casual que éste haya sido el camino de Lenin: de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* a *El Estado y la revolución*. No por casualidad, toda la sociología burguesa y todas las ideologías reformistas del movimiento obrero siguen el camino inverso.

Todo esto, sin embargo, todavía no basta: porque si se capta el carácter específico que debe asumir hoy *el análisis del capitalismo*, es preciso captar simultáneamente el carácter específico que hoy debe asumir la *crítica de la ideología*. Y aquí conviene partir de un presupuesto preciso, efectuando uno de esos forzamientos tendenciosos que constituyen una característica positiva de la *ciencia* de Marx, estímulo para nuevos pensamientos e intervención activa en la

lucha práctica. Ahora, el presupuesto es éste: que *una ideología es siempre burguesa*: porque es siempre un *reflejo mistificado* de la lucha de clases sobre el terreno del capitalismo.

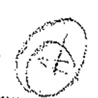
El marxismo ha sido concebido como «ideología» del movimiento obrero. Aquí hay un error de fondo. Y ello porque su punto de partida, su acto de nacimiento, ha sido precisamente la destrucción de *toda* ideología mediante la crítica destructiva de todas las ideologías *burguesas*. Un proceso de *mistificación ideológica* es posible, de hecho, únicamente en la sociedad burguesa moderna: ha sido y sigue siendo el punto de vista *burgués* sobre la sociedad *burguesa*. Y cualquiera que ha abierto una sola vez las primeras páginas de *El Capital* ha podido constatar que este proceso no constituye un proceso de pensamiento puro que la burguesía conscientemente *escoge* para enmascarar el hecho de la explotación, sino que constituye el proceso mismo, real, objetivo, de la explotación, es decir, el mecanismo mismo del desarrollo del capitalismo en todas sus fases.

Por esta razón, la clase obrera no tiene necesidad de una «ideología» propia. Porque su existencia *como clase*, es decir, su presencia como realidad antagonista a la totalidad del sistema del capitalismo, su *organización* en clase revolucionaria, no la liga al mecanismo de este desarrollo, la hace independiente y contrapuesta al mismo. En este sentido, cuanto más avanza el desarrollo del capitalismo, tanto más la clase obrera puede hacerse *autónoma* del capitalismo; cuanto más se perfecciona el sistema, tanto más la clase obrera debe devenir la *máxima contradicción dentro del sistema*, hasta el punto de hacer imposible la supervivencia del mismo y *posible*, y por lo tanto *necesaria*, la ruptura revolucionaria que lo liquide y lo supere.

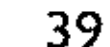
Marx no es la *ideología* del movimiento obrero: es su *teoría revolucionaria*. Teoría que ha nacido como crítica de las ideologías burguesas y que debe vivir cotidianamente de esta crítica: debe continuar siendo la «crítica despiadada de todo lo que existe». Teoría que ha llegado a constituirse como análisis científico del capitalismo y que debe nutrirse en todo momento de este análisis, que debe, en ciertos momentos, identificarse con éste, cuando se trata de recuperar el terreno perdido y de colmar el vacío, la distancia que se ha producido entre el desarrollo de las cosas y la puesta al día y la verificación de la investigación y de sus instrumentos. Teoría que vive únicamente en función de la práctica revolucionaria de la clase obrera, que ofrece armas a su lucha, que elabora instrumentos para su conocimiento, que identifica y aumenta los objetivos de su acción. Marx ha sido y sigue siendo el punto de vista *obrero* de la sociedad *burguesa*.

Pero entonces, si el pensamiento de Marx es la teoría revolucionaria de la clase obrera, si Marx es la ciencia del proletariado, ¿a partir de qué fundamentos y por qué vías, al menos una parte del *marxismo* se ha convertido en una ideología populista, en un arsenal de banales lugares comunes para la justificación de todos los compromisos posibles en el curso de la lucha de clases? Aquí la tarea del historiador adquiere proporciones enormes. No obstante, resulta evidente este simple hecho: que si la ideología es parte, es articulación específica, históricamente determinada, del mecanismo mismo de desarrollo del capitalismo, aceptar esta dimensión «ideológica» –construir la ideología de la clase obrera– no quiere decir otra cosa que el movimiento obrero ha llegado a ser él mismo, en cuanto tal, parte, articulación *pasiva* del desarrollo capitalista; ha experimentado un proceso de integración dentro del sistema, proceso de integración que puede tener varias fases y varios niveles, pero que de todos modos tiene la misma consecuencia de provocar fases diversas y diversos niveles –es decir, *formas diferentes*– de esa práctica *reformista*, que acaba por parecer en la actualidad, *aparentemente*, implícita en el concepto mismo de clase obrera. Si la ideología en general es siempre *burguesa*, una ideología de la clase obrera es siempre *reformista*: y ello constituye el modo mistificado a través del cual se expresa y al mismo tiempo se *destruye* su función revolucionaria.

Si esto es cierto, de ello se desprende que el proceso de desmitificación debe pasar en la actualidad *al interior* mismo del marxismo, debe expresarse *también* como proceso de *desideologización* del marxismo. Y hablo aquí de marxismo, no de la obra de Marx; porque sobre esta última el discurso que hay que hacer es muy distinto. Hay, por supuesto, un trabajo de crítica interna de la propia obra de Marx, de separación y de elección de algunas grandes direcciones que aparecen en la misma. Hay que captar y valorar los puntos en que la generalización científica se ejercita al máximo nivel y donde, por consiguiente, el análisis del capitalismo adquiere todo el sentido poderoso de una comprensión dinámica del sistema, que individua y juzga las tendencias de fondo que continuamente lo modifican y lo revolucionan desde su interior. Y hay que aislar y rechazar, por otro lado, aquellas partes en las que el tipo de generalización desde el punto de vista científico parece que no se ve coronado por el éxito y donde, por lo tanto, *se generalizan inmediatamente* datos particulares y es, en consecuencia, un estadio particular de desarrollo del capitalismo el que acaba por asumir los ropajes, la figura alegórica del capitalismo en su conjunto. Esta crítica interna, sin embargo, que representa en un cierto sentido la autocrítica de Marx, es algo distinto del trabajo de desmitificación de algunas teorías marxianas. Este último aspecto no se refiere a la obra de Marx: se refiere a una cierta parte del marxismo.



Nos hemos habituado en la actualidad a hablar con ironía y con desprecio del *marxismo vulgar*: también esto lo hemos aprendido de Marx. Es conocido el juicio diverso y la diversa actitud que Marx expresaba respecto a la economía política clásica, en comparación con la que él mismo denominaba *economía vulgar*. Constituye un mérito de la economía clásica el esfuerzo de reconducir, mediante el análisis, las diferentes formas de la riqueza a su unidad intrínseca,



privándolas de la figura en las que coexisten independientemente la una de la otra: aquella quiere comprender la íntima conexión de los hechos, liberándolos de la multiplicidad de las formas fenoménicas. Procediendo de ese modo, y aun efectuando un proceso específico de mistificación, la economía política clásica logra mantener el paso con el desarrollo real de los antagonismos sociales y, por lo tanto, con el nivel objetivo de las luchas de clases implícitas en la producción capitalista. Existe, sin embargo, en el interior de la economía política –o, mejor, aparece en un cierto punto de su desarrollo– un elemento que representa en la misma «la simple reproducción del fenómeno» como simple representación del mismo: y éste es su elemento vulgar, que, en un cierto punto, se separa y se aísla del resto como *exposición particular de la economía en general.* Cuanto más avanzan las contradicciones reales, cuanto más compleja se hace su reproducción en el ámbito del pensamiento, cuanto más fatigoso y difícil se hace el análisis en el ámbito de la ciencia, tanto más se contrapone ese elemento vulgar a todo este trabajo, como un elemento autónomo y sustitutivo del mismo, «hasta el momento en que no encuentra su mejor expresión sino en una compilación doctamente sincrética y clásica carente de carácter»; la economía vulgar deviene entonces cada vez *más apologética* e «intenta eliminar con cháchacharas» todos los pensamientos contradictorios en los que se expresan las contradicciones reales. Cuando se leen estas páginas de Marx y se piensa en el marxismo vulgar, uno se halla tentado de concluir: todo ha sido dicho.

Hay que añadir, sin embargo, algo esencial. Si es cierto que la mistificación ha alcanzado hoy a las raíces mismas del marxismo y si es cierto que existen razones objetivas que han guiado y que guían este proceso de vulgarización, entonces la tarea más urgente es aislar estas razones objetivas, es fijar las causas materiales fundamentales, no únicamente para conocerlas, sino para combatirlas. Sobre este punto es preciso ser claros. No se trata de una lucha en el ámbito de la simple teoría. No se trata de oponer una neoescolástica de *marxistas puros* a la vieja academia de los *marxistas vulgares*. Es necesario llevar la lucha a la realidad: concebir esta tarea teórica como un momento de la lucha de clases. Una vez aceptada la necesidad de esta depuración, digámoslo así, *marxiana* del marxismo; una vez reconquistado ese nivel científico del análisis del capitalismo, que debe aplicarse en la actualidad a toda la complejidad de los fenómenos internacionales; una vez recuperada y de nuevo verificada *esa unidad científica* del pensamiento de Marx, que se expresa en la unidad *orgánica* de economía y sociología, de teoría política y de lucha práctica –desde aquí, desde este punto, es preciso partir de nuevo o, mejor todavía, desde este punto es preciso *saltar*: y volver a encontrar las fuerzas reales que deben guiar este proceso, las causas objetivas que necesariamente lo producen, las razones materiales que harán, de nuevo, de la teoría misma una *fuerza material*–.

Nunca quizá como en la actualidad resalta en toda su verdad la tesis leninista: que no existe *movimiento* revolucionario sin *teoría* revolucionaria. Cuando se oye expresar por parte de *todo el mundo* la exigencia de ver y de comprender la perspectiva estratégica de la revolución, más allá de la ciega táctica del día a día, entonces se comprende qué enorme es hoy esta *necesidad de teoría* que abarca a todo el arco de las fuerzas antagonistas al sistema capitalista y rompe este arco en un punto decisivo, contribuyendo así a mantener divididas esas fuerzas, tanto como la teoría misma podría contribuir a unirlas y a homogeneizarlas. Nunca como hoy, sin embargo, es cierto también lo contrario: que la teoría revolucionaria no es posible sin movimiento revolucionario. El propio teórico, por lo tanto, debe proceder a todo un trabajo práctico de redescubrimiento y de reorganización de las únicas fuerzas auténticamente subversivas que viven dentro del capitalismo: debe volver a tomar conciencia de su existencia y contribuir a dar forma materialmente organizada a la instancia revolucionaria que se expresa objetivamente en esa existencia. En el límite, el proceso de desmitificación del marxismo no es posible sin *poder obrero*. En realidad, el poder obrero –la organización *autónoma* de la clase obrera– constituye el proceso *real* de la desmitificación, porque es la base *material* de la revolución.

En este sentido, el principal objetivo polémico del Marx de hoy no puede ser ya la *Vulgärökonomie*, ni siquiera bajo la actual forma del marxismo vulgar. Porque el marxismo vulgar tiene como presupuesto y como resultado conjuntos esta otra forma actual: la *Vulgärpolitik* del movimiento obrero. Es preciso luchar contra esta política vulgar. Los modos de esta lucha, sin embargo, deben elegirse cuidadosamente; y en los modos de la misma no se puede agotar la tarea de los marxistas contemporáneos. Se trata de un principio obvio, aun cuando ha sido con frecuencia mal interpretado: la crítica interna al movimiento obrero debe expresarse *siempre* como lucha externa contra el enemigo de clase; y, por lo tanto, la crítica interna al marxismo debe expresarse *ante todo* como lucha contra el pensamiento burgués. En la actualidad, por consiguiente, la crítica destructiva de todas las ideologías neocapitalistas debe constituir el punto de partida necesario para llegar, de nuevo, a la crítica de toda ideología, incluida la totalidad de las ideologías reformistas del movimiento obrero. Hemos visto, sin embargo, cómo en la actualidad *el análisis del capitalismo* debe preceder, de algún modo, a la *crítica de la ideología,* en el sentido de que debe *fundarla.* Así podemos decir que hoy el análisis positivo del presente –y, por lo tanto, la elaboración teórica de las perspectivas de fondo de la lucha práctica y el redescubrimiento y la reorganización de las fuerzas materiales que deben *sostenerla*– debe necesariamente preceder y fundamentar la destrucción negativa de todas las mistificaciones *ideológicas* y *políticas*.

Se puede entonces concluir del siguiente modo: la situación *ideológica* de hoy es quizá premarxista, pero con la diferencia de que la situación *teórica* es quizá preleninista. Quiero decir que no se trata hoy de recomenzar el camino desde *antes de Marx*, ni de retomarlo *después de Lenin*. Se trata quizá –y digo esto de modo conscientemente provocador– de dar de nuevo el salto de Marx a Lenin. Del análisis del capitalismo contemporáneo llegar a elaborar la *teoría de la revolución proletaria a partir del capitalismo moderno*. La revolución obrera –*con todos sus instrumentos*– debe devenir, de nuevo y en concreto, el *programa mínimo* del movimiento obrero. Ya una vez la clase obrera ha reencontrado a Marx a través de Lenin: el resultado ha sido la Revolución de Octubre. Cuando esto se repita, en el mundo sonarán para el capitalismo, diría Marx, las campanas a muerto.

II La fábrica y la sociedad[1]

Al final de la tercera sección del libro I de *El Capital*, y una vez ya concluido el estudio de la producción del plusvalor absoluto, Marx vuelve a distinguir los dos planos de la producción capitalista y, por lo tanto, los dos puntos de vista desde los cuales se puede considerar la forma capitalista de producción de mercancías: el proceso de trabajo y el proceso de valorización. En el primero, el obrero no trata los medios de producción como capital, el obrero *consume* los medios de producción como material de su actividad productiva; en el segundo, «ya no es el obrero el que aplica los medios de producción, sino los medios de producción los que utilizan al obrero»[2], es el capital, pues, quien *consume* la fuerza de trabajo. Es cierto que ya en el proceso de trabajo el capital se desarrolla como *poder de mando sobre el trabajo*, sobre la fuerza de trabajo y, por lo tanto, sobre el obrero; pero sólo en el proceso de valorización se manifiesta como esa *relación de coerción*, que fuerza a la clase obrera al plustrabajo y, por consiguiente, a la producción de plusvalor. El capital logra capturar, de un modo propio, la *unidad* del proceso de trabajo y del proceso de valorización: y tanto más logra capturarla cuanto más se desarrolla la producción capitalista y cuanto más la forma capitalista de producción se hace dueña de todas las otras esferas de la sociedad, cuanto más invade toda la red de las relaciones sociales. El capital *coloca* al trabajo –y está obligado a colocarlo– como creador de valor, pero después *contempla* el valor –y está obligado a contemplarlo– como valorización de sí mismo. El capital contempla el proceso de trabajo *úni-*

[1] *Quaderni Rossi* 2 (1962).

[2] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, Obras de Marx y Engels/OME-40, Barcelona, Crítica, 1976, p. 335.

camente como proceso de valorización contempla la fuerza de trabajo *únicamente* como capital; altera profundamente la relación entre trabajo vivo y trabajo muerto, entre fuerza creadora de valor y valor: cuanto más logra recuperar la totalidad del proceso de trabajo social en el proceso de valorización del capital, cuanto más consigue *integrar* a la fuerza de trabajo en el capital, tanto más logra hacer esto. En la mistificación burguesa de las relaciones capitalistas, estos dos últimos procesos caminan juntos y, paralelamente, *ambos* aparecen como objetivos y necesarios. Se trata, por el contrario, de considerarlos distintos en su unidad, hasta el punto de contraponerlos el uno al otro como procesos contradictorios que se excluyen recíprocamente: palanca material de disolución del capital ubicada en el punto decisivo de su sistema.

Todos somos testigos del procedimiento mediante el cual el trabajo realizado se disfraza cada día de capital: lo cual constituye el motivo por el que los economistas burgueses se deshacen en elogios por los méritos del trabajo realizado. Esto es, de hecho, lo que bajo la forma de medios de trabajo colabora después nuevamente en el proceso del trabajo vivo: por ello, la importancia del trabajo es atribuida a la *figura del capital* que aquél asume. La forma capitalista del trabajo coincide en este caso con el medio de producción en el que se ha objetivado el trabajo: hasta el punto que los agentes prácticos de la producción capitalista y sus ideólogos «son incapaces de pensar el medio de producción separado de la máscara social antagonista que hoy se le adhiere». Así, el trabajo realizado, como una fuerza natural cualquiera, proporciona un servicio *gratuito* al capital: y cuando es afectado radicalmente y puesto en movimiento por el trabajo vivo, se acumula y se reproduce a escala ampliada *como capital*. Más difícil es llegar a penetrar en el procedimiento a través del cual el trabajo vivo mismo es tomado en su totalidad y englobado en el interior de este proceso, como *parte necesaria* de su desarrollo. «Es, pues, un don natural de la fuerza de trabajo en actuación, del trabajo vivo, el conservar valor añadiendo valor»[3]. Así pues, el trabajo «conserva y perpetúa, siempre bajo nuevas formas, un valor-capital siempre creciente»: tanto más cuanto más crece la eficiencia, el volumen, el valor de sus medios de producción, cuanto más avanza la acumulación que inevitablemente acompaña al desarrollo de su fuerza productiva. «Esta fuerza natural del trabajo se presenta como *fuerza de autoconservación del capital* al que está incorporada, igual que las *fuerzas productivas sociales del trabajo* se presentan como propiedades *del capital*, y al modo como la constante apropiación de plustrabajo por el capitalista aparece como constante *autovalorización* del capital. Todas las fuerzas del trabajo se proyectan como fuerzas del capital...»[4].

[3] *Ibid.*, p. 224.
[4] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 2, OME-41, cit., pp. 250-251.

El modo de producción capitalista se representa a sí mismo el plusvalor y el valor de la fuerza de trabajo «como fracciones del producto-valor»: y es esto lo que esconde el carácter específico de la relación capitalista, «a saber, el intercambio del capital variable por la fuerza de trabajo viva y la correspondiente exclusión del obrero del producto». En tanto que todas las formas desarrolladas del proceso de producción capitalista son formas de cooperación, el desarrollo mismo de la producción capitalista propone una y otra vez y generaliza «la falsa apariencia de una relación de asociación en la cual obrero y capitalista se reparten el producto según la razón entre sus diferentes factores constituyentes»[5]. De acuerdo con ello, en la superficie de la sociedad burguesa, la retribución del obrero aparece como *precio del trabajo*: precio necesario o precio natural, que expresa en términos monetarios el *valor del trabajo*. Marx indica justamente que el valor del trabajo es una expresión imaginaria, definición irracional, forma fenoménica de esa relación sustancial que es el *valor de la fuerza de trabajo*. Pero, ¿cuál es la necesidad de esta apariencia? ¿Es una elección subjetiva para *esconder* la sustancia de la relación real o es, por el contrario, el modo real en que se hace *funcionar* el mecanismo de esa relación? Ejemplar, a este respecto, es el modo en que valor y precio de la fuerza de trabajo se presentan en la forma transfigurada de *salario*. Precisamente el movimiento real del salario parece demostrar que no se paga el valor de la fuerza de trabajo, sino el valor de su función, el valor del trabajo mismo. Para la producción capitalista es indispensable que la fuerza de trabajo se presente como trabajo puro y simple y el valor del trabajo se pague en forma de salario. Pensemos en la segunda peculiaridad de la forma equivalente: cuando el trabajo concreto se convierte en forma fenoménica de su opuesto, del trabajo abstractamente humano. No es el trabajo concreto el que, en la relación-valor, posee la cualidad general de ser trabajo humano abstracto. Al contrario: ser trabajo humano abstracto es su propia naturaleza, ser trabajo concreto constituye tan sólo la forma fenoménica o forma determinada de realización de su naturaleza. Y esta inversión total es inevitable: dado que el trabajo representado en el producto, del trabajo es *creador de valor* sólo en cuanto es trabajo abstractamente humano, dispendio de fuerza de trabajo humana. ¿No es quizá verdad que «el valor convierte cada producto del trabajo en un jeroglífico social»[6]? El *valor de la fuerza de trabajo* expresa en el *salario*, al mismo tiempo, la forma capitalista de explotación del trabajo y su mistificación burguesa; nos ofrece la *naturaleza* de la relación capitalista de producción, *invertida*.

El *trabajo* se convierte, de acuerdo con estas premisas, en la mediación necesaria para que la *fuerza de trabajo* se transforme en salario: la condición

[5] *Ibid.*, p. 169.
[6] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., p. 84.

para que el trabajo vivo se presente *únicamente* como capital variable, la fuerza de trabajo únicamente como *parte* del capital. El valor, en el que se representa la parte retribuida de la jornada de trabajo, debe aparecer entonces como valor o precio de la jornada de trabajo completa. En el salario, en realidad, desaparece toda huella de la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y plusvalor. Todo el trabajo aparece como trabajo pagado: y es esto lo que distingue al *trabajo asalariado* de las otras formas históricas de trabajo. Cuanto más se desarrolla la producción capitalista y el sistema de sus fuerzas productivas, tanto más la parte pagada y la parte no pagada se confunden de modo inescindible. Las diferentes formas de pago del salario no son más que modos distintos de expresar, en niveles diversos, la naturaleza constante de este proceso. Se comprende entonces

> ...la importancia decisiva que tiene la *conversión* del valor y precio de la fuerza de trabajo en la forma-*salario*, o en valor y precio del trabajo mismo. En esa *forma de manifestación* que hace invisible la relación real e indica precisamente su contrario se basan todas las ideas jurídicas del obrero y del captialista, todas las mistificaciones del modo de producción capitalista, todas sus ilusiones de libertad, todas las pamplinas apologéticas de la economía vulgar[7].

En la historia de las «diversísimas formas» del salario se puede seguir todo el desarrollo de la producción capitalista: la unidad cada vez más compleja que se establece en su interior entre proceso de trabajo y proceso de valorización, entre trabajo y fuerza de trabajo, entre parte variable y parte constante del capital y, *por lo tanto*, entre fuerza de trabajo y capital.

El salario no es nada más que el trabajo asalariado considerado desde otro punto de vista. El carácter determinado que tiene el trabajo como agente de producción aparece en el salario como determinación de la distribución. El salario presupone el trabajo asalariado, como el beneficio presupone el capital. «Las denominadas relaciones de producción corresponden a formas específicamente sociales e históricamente determinadas del proceso de producción y de las relaciones que los hombres contraen entre sí en el proceso de reproducción de su vida humana y derivan de esas formas»[8]. El salario nos da ya como superada la «tosca separación entre producción y distribución». El modo determinado en el que se toma parte en la producción determina las formas particulares de la distribución. Las «relaciones y modos de distribución se presentan, por lo tanto, como el reverso de los agentes de producción»[9].

[7] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 2, OME-41, cit., p. 176.
[8] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 8, Madrid, Siglo XXI, 1981, p. 1120.
[9] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, Barcelona, Crítica, 1978, p. 18.

Establecer qué relación existe entre distribución y producción «es evidentemente una cuestión que cae dentro de la producción misma»[10]. Momento mediador entre producción y distribución de un lado, entre producción y consumo de otro, es el *intercambio*: en el primer caso, el intercambio mismo es un acto directamente incluido en la producción; en el segundo, todo está determinado por ésta, si es cierto que el intercambio para el consumo presupone la división del trabajo, el intercambio privado presupone la producción privada, una determinada intensidad y expansión del intercambio presupone una expansión y una organización determinadas de la producción. A partir de estas premisas, se ha intentado, en general, expresar una identidad inmediata entre producción y consumo: en cuanto que existe una producción consumidora y un consumo productivo. O bien se llega a encontrar entre ellos una dependencia recíproca: la producción, medio para el consumo, y el consumo, objetivo de la producción. En fin, la una puede venir presentada como realización del otro, y viceversa: el consumo consume el producto, la producción produce el consumo. Pero ya Marx fustigaba a los socialistas de cátedra y a los economistas vulgares, que jugaban con esta identidad hegeliana de los opuestos. No queda más que añadir a la lista a los sociólogos vulgares, también ellos cultivados y vulgares, pero ni socialistas ni economistas. «Lo importante aquí es simplemente resaltar que, tanto si se considera la producción y el consumo..., se presentan como momentos de un proceso, en el que la producción es el auténtico punto de partida, y, por lo tanto, el momento dominante... y el acto en el que todo el proceso se repite de nuevo»[11]. Producción, distribución, intercambio y consumo *no* son idénticos: se representan todos como «miembros de una totalidad, diferencias dentro de la unidad»[12]. Y esta unidad se compone en un «conjunto orgánico»: y está claro que, en el interior de este conjunto orgánico, los diversos momentos ejercitan entre ellos una acción recíproca. También la producción, *en su forma unilateral*, está determinada por los otros momentos. Pero «la producción domina, tanto sobre sí misma en la determinación antitética de la producción, como sobre los demás momentos»[13]. Es de ella de donde recomienza siempre de nuevo el proceso. «Una determinada producción determina, por lo tanto, un determinado consumo, una determinada distribución, un determinado intercambio y *determinadas relaciones de estos diferentes momentos entre sí*»[14]. La necesidad de tener que recordar estos conceptos elementales de Marx documenta ya de por sí la existencia objetiva de demasiados «marxistas» inclinados a repe-

[10] *Ibid.*, p. 20.
[11] *Ibid.*, p. 17.
[12] *Ibid.*, p. 23.
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*

tir que las insulseces de los economistas que tratan de «presentar la producción –ver, por ejemplo, Mill–, a diferencia de la distribución, como encuadrada en leyes naturales, eternas, independientes de la historia»[15].

Si se considera el capital directamente en el proceso de producción, no se puede más que volver continuamente a distinguir los dos momentos fundamentales: la producción de plusvalor absoluto, donde la relación de producción aparece en su forma más simple y puede ser inmediatamente captada tanto por el obrero como por el capitalista; la producción de plusvalor relativo, producción específicamente capitalista, donde se verifica al mismo tiempo el desarrollo de las fuerzas productivas sociales y su transferencia directa del trabajo al capital. Únicamente en este momento –cuando todas las fuerzas productivas sociales del trabajo aparecen como fuerzas autónomas del capital– se despliega con toda su riqueza el proceso de circulación global. En este nivel, la realización del plusvalor no sólo esconde las condiciones específicas de su producción; la realización del plusvalor *aparece* como su efectiva creación. También esta apariencia es funcional al sistema.

Junto al tiempo de trabajo entra en acción el tiempo de circulación. La producción de plusvalor recibe nuevas determinaciones en el proceso de circulación:

> ...el capital recorre el ciclo de sus transformaciones; por último, sale, por así decirlo, de su vida orgánica interna para entrar en relaciones vitales exteriores, en relaciones en las cuales no se enfrentan el capital y el trabajo, sino el capital con el capital, por una parte, mientras que por la otra se contraponen los individuos simplemente como compradores y vendedores[16].

En este punto, todas las partes del capital aparecen igualmente como fuentes del valor excedente y, por lo tanto, todas igualmente en el origen del beneficio. La extorsión de plustrabajo pierde su carácter específico: se oscurece su relación específica con el plusvalor; y para ello resulta útil, como hemos visto, la metamorfosis del valor de la fuerza de trabajo en la forma-salario. La transformación del plusvalor en beneficio está efectivamente determinada tanto por el proceso de producción como por el proceso de circulación. La modalidad de esta transformación, sin embargo, no es sino el desarrollo ulterior de esa inversión de relaciones que ya se ha verificado en el interior del proceso de producción: cuando todas las fuerzas productivas *subjetivas* del trabajo se han presentado como fuerzas productivas *objetivas* del capital.

> Por una parte, el valor del trabajo pretérito, que domina al trabajo vivo, se personifica en el capitalista; por otra parte, y a la inversa, el obrero aparece como una fuerza de trabajo meramente objetiva, como una mercancía.[17] El proceso efectivo de producción, como unidad del proceso de producción directo y del proceso de circulación, genera nuevas formas, en las que se pierde cada vez más el hilo de los nexos internos, las relaciones de producción se autonomizan recíprocamente y las partes constitutivas del valor se consolidan en formas autónomas una respecto a la otra[18].

[15] *Ibid.*, pp. 9-10.
[16] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 6, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 50.
[17] *Ibid.*, p. 52.

Ya en el análisis de las categorías más simples del modo de producción capitalista, la mercancía y el dinero, se capta en su totalidad el proceso de mistificación que transforma las relaciones sociales en propiedades de las cosas mismas y la propia relación de producción en una cosa. En el capital, y con el desarrollo de sus sucesivas determinaciones, «este mundo hechizado e invertido» se desarrolla y se impone cada vez más. En el modo de producción capitalista, la existencia del producto en cuanto mercancía y de la mercancía en cuanto producto del capital implica «la objetivación de las determinaciones sociales de la producción y la subjetivación de los fundamentos materiales de la producción misma». No resulta casual que en el plusvalor relativo, primero, en las metamorfosis del plusvalor en beneficio, después, sea donde hunda sus raíces el modo de producción específicamente capitalista: forma particular de desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo que aparecen como fuerzas autónomas del capital contrapuestas al obrero, precisamente porque son, de hecho, forma de dominio del capital sobre éste.

> La producción para el valor y el plusvalor... implica la tendencia, siempre operante, a reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, esto es, su valor, por debajo del promedio social existente en cada ocasión. El deseo acuciante de reducir el precio de coste a su mínimo se convierte en la más fuerte palanca para la intensificación de la fuerza productiva social del trabajo que aquí, empero, sólo se presenta como intensificación constante de la fuerza productiva del capital[19].

Basta pensar en el fanatismo del capital por la economía de los medios de producción: economía en el empleo del capital constante y, al mismo tiempo, economía de trabajo.

> Así como el capital tiene la tendencia, en el empleo directo del trabajo vivo, de reducirlo a trabajo necesario y a abreviar siempre el trabajo necesario para la elaboración de un producto mediante la explotación de las fuerzas productivas sociales del trabajo, es decir, a economizar en lo posible el trabajo vivo directamente empleado, así también tiene la tendencia a emplear ese trabajo reducido a su medida necesaria bajo las condiciones más económicas, es decir, a reducir a su mínimo posible el valor del capital constante empleado»[20].

Un aumento de la tasa de beneficio, además de proporcionar una explotación más moderna de la productividad del trabajo social empleado en la producción de capital constante, deriva «de la economía en el empleo del capital constante mismo». Y esta economía, a su vez, deviene posible en virtud de la mayor concen-

[18] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 8, cit., pp. 1053-1054.
[19] *Ibid.*, pp. 1117-1118.
[20] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 6, cit., p. 105.

tración de los medios de producción, que tan sólo puede dar lugar a su utilización en masa. Por lo tanto, «sólo es posible para los obreros combinados, y que a menudo sólo puede concretarse en trabajos en mayor escala aún, es decir, que aún requiere mayores combinaciones de obreros en forma directa dentro del proceso de producción»[21]. Los medios de producción son consumidos en lo sucesivo en el proceso productivo, con criterio unitario, por parte del obrero global, y no ya en forma fraccionada por parte de una masa de obreros sin conexión recíproca. Entonces,

> [...] esa economía, en las condiciones de producción que caracteriza la producción en gran escala, surge principalmente del hecho de que tales condiciones operan como condiciones de trabajo social, socialmente combinado, vale decir que funcionan como condiciones sociales del trabajo... De ahí que derive tanto del carácter social del trabajo como el plusvalor deriva del plustrabajo de cada obrero individual, considerado para sí, aisladamente[22].

Y, sin embargo, la economía de capital constante, la economía en el empleo de las condiciones de producción, en cuanto instrumento específico para el aumento de la tasa de beneficio, aparece al capitalista como un aspecto del todo extraño al obrero, «aparece, en grado muchísimo mayor que en el caso de las otras fuerzas inmanentes al trabajo, como una fuerza inherente al capital»[23], propiedad del modo capitalista de producción y, por lo tanto, *función del capitalista.*

> Esta manera de concebir las cosas es tanto menos sorprendente por cuanto se corresponde con la apariencia de los hechos, y porque la relación-capital oculta, en los hechos, la conexión interna en la total indiferencia, exterioridad y enajenación en que se sume el obrero frente a las condiciones de realización de su propio trabajo[24],

hasta llegar a producirse «una enajenación e indiferencia entre el obrero, el portador del trabajo vivo, por una parte, y una utilización económica, vale decir racional y ahorrativa de sus condiciones de trabajo, por la otra»[25].

Así, a través de la inmediata naturaleza social del trabajo, se extiende y se profundiza el dominio siempre más exclusivo del capital sobre las condiciones de trabajo; y, mediante este dominio, con el empleo cada vez más racional de *todas* las condiciones de la producción, se desarrolla y *se especifica* la explotación capitalista de la fuerza de trabajo. Los medios de producción, a partir de este momento, no son ya *propiedad objetiva* del capitalista, sino *función subjetiva* del capital. El obrero que se enfrenta con ellos en el proceso de producción, precisamente por esto, los reconoce ahora solamente como valores de uso de la producción, instrumentos y materiales de trabajo. El obrero, pues, vuelve a ver el proceso

[21] *Ibid.*, p. 98.
[22] *Ibid.*, pp. 95-96.
[23] *Ibid.*, p. 102.
[24] *Ibid.*, p 103.
[25] *Ibid.*, p. 104.

global de producción desde el punto de vista del proceso de trabajo simple. La unidad de proceso trabajo y de proceso de valorización permanece tan sólo en las manos del capital; el obrero logra captar ahora la globalidad del proceso de producción únicamente a través de la *mediación* del capital: fuerza de trabajo no ya tan sólo *explotada* por el capitalista, sino *integrada* en el interior del capital.

El desarrollo del capitalismo también lleva consigo el desarrollo de la explotación capitalista. Y ésta a su vez lleva consigo el desarrollo de la lucha de clases: de la legislación de fábrica a la ruptura del Estado. La lucha por la regulación de la jornada de trabajo coloca al capitalista y al obrero uno frente al otro *todavía* como comprador y vendedor. El capitalista sostiene su derecho a comprar más *plustrabajo*, el obrero sostiene su derecho a vender menos. «Derecho contra derecho... entre derechos iguales decide la fuerza.» La fuerza del capitalista colectivo, de una parte, y la del obrero colectivo, de otra. Es por la mediación de la legislación, con la intervención de la ley, mediante el uso del derecho, es por lo tanto en el *terreno político* en donde por primera vez el contrato de compraventa entre capitalista individual y obrero aislado se transforma en relación de fuerza entre la clase de los capitalistas y la clase obrera. Y este parece ser el momento que hace entrever el terreno ideal sobre el que puede inicialmente desenvolverse el encuentro global entre las clases: así ha sido, de hecho, históricamente en el .... mento de su nacimiento. Para juzgar la generalización posible de este momento, se trata ante todo de captar el rasgo específico que lo ha distinguido y, por consiguiente, el modo determinado en que ha funcionado dentro de un cierto tipo de desarrollo del capitalismo. Marx no introduce por mero azar el capítulo sobre la jornada de trabajo al abordar el proceso de transición del plusvalor absoluto al plusvalor relativo, del capital que se apropia del proceso de trabajo tal como lo encuentra, al capital que domeña este proceso de trabajo, hasta plasmarlo a su imagen y semejanza. La lucha por la jornada de trabajo normal se halla históricamente en el centro de esta transición. Frente al impulso natural del capital hacia el alargamiento desmesurado de la jornada de trabajo es cierto que los trabajadores han unido sus esfuerzos y obtenido por la pura fuerza, *como clase*, una ley del Estado, una barrera social que les ha impedido a sí mismos aceptar la esclavitud «por medio de un contrato voluntario con el capital». La lucha de clases obrera ha constreñido al capitalista a modificar la *forma* de su dominio. Lo que quiere decir que la presión de la fuerza de trabajo es capaz de constreñir al capital a modificar su composición interna; interviene *en el interior* del capital como componente esencial del desarrollo capitalista; empuja hacia adelante, desde dentro, la producción capitalista, hasta hacerla penetrar completamente en todas las relaciones externas de la vida social. Aquello que en el estadio más avanzado de desarrollo aparece como función espontánea del obrero, desintegrado respecto a las condiciones de trabajo e inte-

grado respecto al capital, aparece en un estadio más retrasado como la necesidad legal de una barrera social que debe impedir el despilfarro de la fuerza de trabajo y fundar, al mismo tiempo, su explotación específicamente capitalista. La *mediación política* asume en cada uno de estos dos momentos su puesto específico. Esto no quiere decir que el terreno político burgués deba vivir eternamente en el *cielo* de la sociedad capitalista.

Las transformaciones en el modo material de producción y las correspondientes mutaciones en las relaciones sociales vigentes entre productores «crean primero el abuso desmedido y suscitan luego, al contrario, el control social que limita, regula y homogeniza legalmente la jornada de trabajo»[26]. Todas «esas precisiones minuciosas que regulaban con tan militar uniformidad los períodos, los límites y las pausas en el trabajo a toque de campana no eran en modo alguno producto de elucubraciones parlamentarias. Nacieron paulatinamente de las circunstancias, como *leyes naturales* del modo de producción moderno»[27]. El parlamento inglés ha llegado a comprender, por experiencia, que una «*ley obligatoria* puede barrer sencillamente por decreto todos los obstáculos llamados naturales de la producción opuestos a la limitación y regulación de la jornada de trabajo»[28]. La legislación fabril, introducida en una rama de la industria, imponía un plazo taxativo al fabricante para que removiese todo obstáculo técnico.

> La ley fabril hace madurar como en invernadero los elementos materiales necesarios para la transformación de la explotación manufacturera en explotación fabril, también acelera al mismo tiempo, por la necesidad de una mayor inversión de capital, la ruina de los pequeños maestros y la concentración de capital[29].

En este sentido, «la legislación fabril, primera reacción consciente y planeada de la sociedad a la forma espontánea de su proceso de producción, es, como se ha visto, tan producto necesario de la gran industria como el hilado de algodón, las selfactinas y el telégrafo eléctrico»[30]. Con los resultados de las diversas comisiones de encuesta, con la intervención violenta del Estado, el capitalista colectivo intenta primero convencer, después llega incluso a constreñir al capitalista individual a adaptarse a las necesidades generales de la producción social capitalista. La explotación de la fuerza de trabajo puede efectuarse *también* economizando trabajo: del mismo modo que el aumento continuo de la parte constante del capital camina al unísono con la economía siempre crecien-

[26] Karl MARX, *El Capital*, libro 1, vol. 1, OME-40, cit., p. 322.
[27] *Ibid.*, p. 305.
[28] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 2, OME-41, cit., p. 114.
[29] *Ibid.*
[30] *Ibid.*, pp. 117-118.

te en el empleo de ese mismo capital constante. Únicamente partiendo de estas premisas, llega a ser posible en un cierto momento un proceso de generalización de la producción capitalista y su desarrollo a un nivel superior. El enfrentamiento de clase en el terreno político, la mediación política de la lucha de clases ha sido, *en ese caso*, al mismo tiempo, el *resultado* de un cierto grado de desarrollo y el *presupuesto* para que ese desarrollo conquistase su propio mecanismo autónomo, que desde ese momento ha llegado muy lejos, hasta el punto de recuperar en su interior la propia mediación política, el terreno político mismo de la lucha de clases.

> Si, por un lado, la generalización de la legislación fabril se ha hecho inevitable como medio de protección física y espiritual de la clase obrera, por otro, generaliza y acelera, como queda ya insinuado, la transformación de dispersos procesos de trabajo a escala enana en procesos de trabajo combinados a gran escala, a escala social, o sea, la concentración de capital y la autocracia del régimen fabril. Destruye todas las formas arcaicas y de transición detrás de las cuales el dominio del capital se esconde aún parcialmente, y la sustituye por su dominio directo, sin embozos. Así generaliza también la lucha directa contra ese dominio[31].

Es preciso tomar esto, ante todo, como el punto de llegada de un largo proceso histórico, que había partido de la producción de plusvalor absoluto y había llegado por necesidad a la producción de plusvalor relativo; de la prolongación forzada de la jornada de trabajo al aumento que *parece* espontáneo de la fuerza productiva del trabajo; del alargamiento puro y simple del proceso de producción en su conjunto a la transformación interna del mismo, que lleva a revolucionar continuamente el proceso de trabajo, en función y en dependencia cada vez más orgánica del proceso de valorización. Lo que antes era la relación que podía establecerse fácilmente entre la esfera de la producción y las restantes esferas sociales, se convierte ahora en la relación mucho más compleja entre las transformaciones *internas* que se desencadenan en la esfera de la producción y las transformaciones *internas* que tienen lugar en las restantes esferas: se convierte además en una relación mucho más *mediata*, más orgánica y más mistificada, más evidente y más escondida al mismo tiempo, entre *producción capitalista* y *sociedad burguesa*. Cuanto más se apodera la relación determinada de la producción capitalista de la relación social en general, tanto más parece desaparecer dentro de esta última como su particular marginal. Cuanto más penetra en profundidad la producción capitalista e invade extensamente la totalidad de las relaciones sociales, tanto más la sociedad aparece como *totalidad* respecto a la producción y la producción como *particularidad* respecto a la sociedad. Cuando lo particular se generaliza, se universaliza, *aparece* representado por lo

[31] *Ibid.*, p. 138.

general, por lo universal. En la relación social de producción capitalista, la generalización de la producción se expresa como hipostasización de la sociedad. Cuando la producción *específicamente* capitalista ha tejido ya toda la red de las relaciones sociales, ella misma aparece como una relación social *genérica*. Y las formas fenoménicas se reproducen con inmediata espontaneidad, como *formas corrientes del pensamiento*: «la relación sustancial debe ser *descubierta* por la ciencia». Si nos limitamos a una captación puramente ideológica de esta realidad, no hacemos otra cosa que reproducir esta realidad tal y como ella se presenta, invertida en su apariencia. Si se quiere captar el nexo material íntimo de las relaciones reales, es preciso efectuar un esfuerzo teórico de penetración científica, que prive antes de nada al objeto –la sociedad burguesa– de todas sus formas fenoménicas mistificadas, ideologizadas, para aislar y golpear su sustancia escondida, que es y sigue siendo la relación de producción capitalista.

En esa obra formidable que es *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin, al hablar de la gran industria mecánica, establece ante todo que el *concepto científico* de fábrica no corresponde en absoluto al sentido común y corriente de la palabra. «En nuestra estadística oficial y nuestra literatura en general se entiende por fábrica toda empresa industrial más o menos grande, con un número más o menos considerable de obreros asalariados. En cambio, la teoría de Marx sólo llama gran industria maquinizada (fabril) a un grado determinado del capitalismo en la industria, precisamente al superior»[32]. Y Lenin reenvía a la cuarta sección del libro I de *El Capital*, especialmente a la transición de la manufactura a la gran industria, donde el concepto científico de fábrica sirve precisamente para señalar «las formas y las fases por las cuales pasa el desarrollo del capitalismo en la industria de un país dado». En un cierto estadio de su desarrollo, si el capital quiere disminuir el *valor de la fuerza de trabajo*, se halla inevitablemente constreñido a aumentar la *fuerza productiva del trabajo*; se halla obligado a transformar la mayor cantidad posible de trabajo necesario en plusvalor; se halla obligado a someter todas las condiciones técnicas y sociales del proceso del trabajo, a revolucionar desde el interior el *modo* de producción. «En la producción capitalista, la *economía de trabajo* mediante el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo no tiene en absoluto el objetivo de *reducir la jornada de trabajo*». Únicamente tiene el objetivo de abreviar el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, para la producción de una determinada cantidad de mercancías. El aumento de la fuerza productiva del trabajo, por consiguiente, debe apoderarse ante todo de aquellas ramas de la industria cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo.

[32] V. I. Lenin, *Obras completas* (55 vols.), *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, vol. 3, Moscú, Progreso, p. 493.

> Pero el valor de una mercancía no se determina sólo por la cantidad del trabajo que le da la forma última, sino también por la masa de trabajo contenida en sus *medios de producción*... El aumento de la fuerza productiva y el abaratamiento correspondiente de las mercancías de las industrias que suministran los elementos materiales del capital constante, los medios de trabajo y el material de trabajo para la producción de los necesarios medios de vida, rebajan, pues, igualmente, el valor de la fuerza de trabajo[33].

Si se capta este proceso, no desde el punto de vista del capitalista individual, sino del de la sociedad capitalista en su conjunto, entonces se observa que el valor de la fuerza de trabajo disminuye, en idéntica medida que aumenta la *tasa general de plusvalor*. «El *trabajo* de fuerza productiva *excepcional* opera como trabajo *potenciado*», o sea, crea en los mismos períodos de tiempo valores superiores a aquellos creados por el trabajo social medio. Así pues, el capitalista que aplica el modo de producción perfeccionado se apropia a través del plusvalor de una parte de la jornada de trabajo mayor que aquella de la que se apropian los otros capitalistas en la misma industria. «Hace en el detalle lo que en grande y en conjunto hace el capital en la producción del plusvalor relativo.»[34] La ley coercitiva de la competencia opera introduciendo y generalizando el nuevo modo de producción; pero la competencia misma, el movimiento externo de los capitales, no es sino otro modo mediante el que se presentan «las leyes inmanentes de la producción capitalista»[35], por lo cual:

> [...] el análisis científico de la competencia no es posible más que una vez comprendida la naturaleza íntima del capital, del mismo modo que el movimiento aparente de los cuerpos celestes no es comprensible más que para el que conoce su movimiento real, pero no perceptible por los sentidos[36].

De hecho, en este momento, para que la tasa general de plusvalor sea puesta en marcha de modo positivo por todo este proceso, tiene necesidad de redimensionar continuamente el valor de la fuerza de trabajo, de revolucionar las condiciones del proceso de trabajo, de generalizar y acelerar el modo capitalista de la producción social: dato de partida que hará después del capitalismo un formidable sistema histórico de desarrollo de las fuerzas productivas sociales.

El desarrollo del capitalismo se halla orgánicamente ligado a la producción de *plusvalor relativo*. Y el plusvalor relativo está orgánicamente ligado a todas las vicisitudes *internas* del proceso de producción capitalista, a esa unidad distinta cada vez más compleja entre proceso de trabajo y proceso de valoriza-

[33] Karl Marx, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., p. 340.
[34] *Ibid.*, p. 343.
[35] *Ibid.*, p. 341.
[36] *Ibid.*

ción, entre transformaciones en las condiciones de trabajo y explotación de la fuerza de trabajo, entre progreso técnico y social conjuntamente, por una parte, y despotismo capitalista por otra. Cuanto más avanza el desarrollo capitalista, es decir, cuanto más penetra y se extiende la producción de plusvalor relativo, tanto más necesariamente se cierra el círculo producción–distribución–intercambio–consumo, tanto más, pues, se hace orgánica la relación entre producción capitalista y sociedad burguesa, entre fábrica y sociedad, entre sociedad y Estado. En el nivel más alto del desarrollo capitalista, la relación social se convierte en un *momento* de la relación de producción, la sociedad entera deviene una *articulación* de la producción, esto es, toda la sociedad vive en función de la fábrica y la fábrica extiende su dominio exclusivo sobre toda la sociedad. A partir de ello, la máquina del Estado político tiende a identificarse cada vez más con la figura del capitalista *colectivo*, cada vez más se convierte en propiedad del modo capitalista de producción y, por lo tanto, en *función del capitalista*. El proceso de composición unitaria de la sociedad capitalista, impuesto por el desarrollo específico de su producción, ya no tolera que exista un terreno político que sea, aún formalmente, independiente de la red de las relaciones sociales. En un cierto sentido, es verdad que las funciones políticas del Estado comienzan ya hoy a ser recuperadas dentro de la sociedad, con la ligera diferencia de que se trata en este caso de la sociedad clasista del modo de producción capitalista: y todo esto se toma incluso como reacción *sectaria* por quien ve en el Estado político moderno el terreno neutro de enfrentamiento entre capital y trabajo. Existen palabras proféticas de Marx que nunca han sido superadas en el pensamiento *político* marxista.

> No basta con que aparezcan en un polo las condiciones de trabajo como capital y en el otro polo seres humanos que no tienen que vender más que su fuerza de trabajo. Tampoco basta con obligar a esos hombres a venderse voluntariamente. En el curso de la producción capitalista se desarrolla una clase obrera que por educación, tradición y costumbre reconoce como leyes naturales evidentes las exigencias de ese modo de producción. La organización del proceso de producción capitalista formado rompe toda resistencia; la constante génesis de una sobrepoblación relativa sostiene la ley de oferta y demanda de trabajo y, por lo tanto, el salario, en unos carriles adecuados a las necesidades de valorización del capital; la muda constricción de las relaciones económicas sella el domino del capitalista sobre el obrero. Sin duda se sigue aplicando violencia inmediata, extraeconómica, pero sólo excepcionalmente. Por lo que hace al curso corriente de las cosas, se puede confiar el obrero a las leyes naturales de la producción, es decir, a su dependencia del capital, nacida de las condiciones mismas de la producción, y garantizada por ellas[37].

[37] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 2, OME-41, cit., pp. 383–384.

Pues bien, *uno* de los instrumentos que *funciona* dentro de este proceso es precisamente la relación mistificada que se establece, en un determinado nivel de desarrollo, entre producción capitalista y sociedad burguesa, entre relación de producción y relación social, *consecuencia* de las mutaciones que han tenido lugar en el interior de la relación social de producción y *premisa* para que esta relación sea considerada de nuevo *ley natural*. Se trata de una paradoja solamente aparente: cuando la fábrica es un elemento particular, aún esencial, dentro de la sociedad, logra mantener su fisonomía específica frente a toda la realidad. Cuando la fábrica se apodera de toda la sociedad –toda la producción social se convierte en producción industrial–, entonces los rasgos específicos de la fábrica se pierden dentro de los rasgos genéricos de la sociedad. Cuando toda la sociedad es reducida a fábrica, la fábrica, en cuanto tal, parece *desaparecer*. A partir de esta premisa material, a un nivel real superior, se repite y se concluye el máximo desenvolvimiento ideológico de las metamorfosis burguesas. El grado más alto de desarrollo de la producción capitalista señala la mistificación más profunda de todas las relaciones sociales burguesas. El creciente proceso real de *proletarización* se presenta como proceso formal de *terciarización*. La reducción de toda forma de trabajo a trabajo industrial, de todo tipo de trabajo a mercancía fuerza de trabajo, se presenta como extinción de la fuerza de trabajo en cuanto mercancía y, por lo tanto, como desvalorización de su valor en cuanto producto. El pago de todo precio del trabajo en términos de salario se presenta como negación absoluta del beneficio capitalista, en cuanto absoluta eliminación del plustrabajo obrero. El capital, que descompone y recompone el proceso de trabajo según las necesidades cada vez mayores del propio proceso de valorización, se presenta a partir de ahora como potencia objetiva espontánea de la sociedad que se autorganiza y así se desarrolla. El retorno de las funciones políticas estatales al interior de la estructura misma de la sociedad civil se presenta como contradicción entre Estado y sociedad; la funcionalidad cada vez más estrecha de política y economía como posible autonomía del terreno político frente a las relaciones económicas. En una palabra, la concentración del capital y al mismo tiempo el dominio exclusivo del régimen de fábrica, estos dos resultados históricos del capitalismo moderno, se transmutan el uno en la disolución del capital como relación social determinada, el otro en la exclusión de la fábrica de la relación específica de producción. El capital, por consiguiente, aparece como riqueza objetivada de la sociedad en general y la fábrica como modo particular de producción del capital «social». Y todo esto en su conjunto es cuanto aparece a la mirada burguesamente tosca del sociólogo vulgar. Cuando el científico mismo es reducido a obrero asalariado, entonces el trabajo asalariado sale fuera de los confines del conocimiento científico o, mejor, deviene campo exclusivo de aplicación de esa falsa ciencia burguesa que es la tecnología.

Es inútil decir que todo esto está todavía por venir y que nos ocuparemos de ello cuando llegue. «Ante quien quiera exponer cuaquier fenómeno vivo en su desarrollo se plantea de modo inevitable y necesario el dilema: o anticipar los tiempos o permanecer atrasado.»[38]

Este es un principio metodológico que hay que utilizar continuamente. También cuando nos obliga a elegir esa feroz *unilateralidad*, que tanto terror suscita en el alma moderada de muchos «revolucionarios de profesión». Tanto más cuando este procedimiento se presenta, no ciertamente como una arbitrariedad mental, sino como un proceso real de desarrollo objetivo, que se trata no de *seguir*, sino de *anticipar*. Nadie intenta olvidar, a la fuerza, la existencia del mundo externo a la producción. Poner el acento sobre una parte significa reconocer y reivindicar la esencialidad de esta parte respecto a las otras. Tanto más cuando este aspecto particular, *en cuanto tal*, se generaliza. La unilateralidad científica del punto de vista obrero no se confunde con una mística *reductio ad unum*. Se trata de contemplar la distribución, el intercambio, el consumo, desde el punto de vista de la producción. Y dentro de la producción, observar desde el punto de vista del proceso de valorización el proceso de trabajo y desde el punto de vista del proceso de trabajo el proceso de valorización: captar, por consiguiente, la unidad orgánica del proceso de producción que *funda* después la unidad de producción, distribución, intercambio, consumo. La globalidad dinámica de este proceso puede ser captada bien con la *parcialidad* del capitalista colectivo, bien con la del obrero socialmente combinado: tan sólo que el primero la presenta con toda la funcionalidad despótica de sus apariencias conservadoras, mientras el segundo la revela con toda la fuerza liberadora de su desarrollo revolucionario.

La relación social de producción capitalista contempla la sociedad como *medio* y la producción como *fin*: el capitalismo es producción por la producción. La misma *socialidad* de la producción no es nada más que el *médium* para la apropiación privada. En este sentido, en el capitalismo, la relación social no está nunca *separada* de la relación de producción; y la relación de producción se identifica cada vez más con la *relación social de fábrica*; y la relación social de fábrica adquiere cada vez más un contenido directamente *político*. El propio desarrollo capitalista tiende a subordinar toda relación política a la relación social, toda relación social a la relación de producción, toda relación de producción a la relación de fábrica; porque sólo ésta le permite después comenzar, dentro de la fábrica, el camino inverso: la lucha del capitalista para descomponer y recomponer a su propia imagen la figura antagonista del obrero colectivo.

[38] V. I. LENIN, l. 3), *op. cit.*, p. 350, nota.

El capital ataca al trabajo sobre su propio terreno; tan sólo desde el interior del trabajo puede lograr desintegrar al obrero colectivo para integrar después al obrero aislado. No ya únicamente los medios de producción de una parte, el obrero de otra; sino de una parte todas las condiciones de trabajo, de la otra el obrero que trabaja; trabajo y fuerza de trabajo entre ellos contrapuestos y ambos unidos *dentro* del capital. En este punto, el ideal del capitalismo más moderno llega a ser el de recuperar la relación primitiva de simple compraventa contratada entre capitalista individual y obrero aislado: el uno, sin embargo, poseedor de la potencia social del monopolio, el otro de la subordinación individual de la retribución de su puesto particular. La *silenciosa coacción de las relaciones económicas* pone por sí misma el sello al dominio del capitalista sobre el obrero. La actual legislación de fábrica es la racionalización de la producción capitalista. La Constitución dentro de la fábrica sancionará «el dominio exclusivo del régimen de fábrica» sobre toda la sociedad.

Es cierto: esto «generalizará también la lucha directa contra este dominio». Y de hecho en este punto no es ya solamente *posible*, sino que llega a ser históricamente necesario colocar la lucha general contra el sistema social dentro de la relación social de producción, poner en crisis la *sociedad burguesa* desde el interior de la *producción capitalista*. Resulta esencial para la clase obrera volver a recorrer, con toda la conciencia de clase, el mismo camino del desarrollo capitalista: contemplando al Estado desde el punto de vista de la sociedad, la sociedad desde el punto de vista de la fábrica, la fábrica desde el punto de vista del obrero. Con el objetivo de recomponer continuamente la figura material del obrero colectivo contra el capital que intenta desbaratarla; o mejor, con el objetivo de pasar a descomponer la naturaleza íntima misma del capital en las partes potencialmente antagonistas que orgánicamente lo componen. Al capitalista que intenta contraponer trabajo y fuerza de trabajo en el interior del obrero colectivo, se responde contraponiendo fuerza de trabajo y capital en el interior del capital mismo. En este momento, el capital intenta descomponer al obrero colectivo, el obrero intenta descomponer al capital: ya no derecho contra derecho, decidido por la fuerza, sino directamente fuerza contra fuerza. Y este es el estadio último de la lucha de clases en el nivel más alto del desarrollo capitalista.

El error del viejo maximalismo era concebir esta contraposición, por así decir, *desde el exterior*; contemplaba a la clase obrera en su totalidad *fuera* del capital y, en cuanto tal, su antagonista general: de ahí la incapacidad para todo conocimiento científico y la esterilidad de toda lucha práctica. Contrariamente, hay que llegar a decir hoy que, desde el punto de vista del obrero, se debe mirar, no directamente a la condición obrera, sino directamente a la situación del capital. También en el propio análisis, el obrero debe reconocer al capital un puesto privilegiado, ese mismo privilegio que el capital objetivamente posee dentro del sis-

tema. No sólo eso: la clase obrera debe descubrirse materialmente a sí misma como *parte* del capital si quiere contraponer después *todo* el capital a sí misma. Debe reconocerse como un *elemento particular* del capital, si quiere presentarse después como su antagonista *general*. El obrero colectivo se contrapone, no sólo a la máquina, en cuanto capital constante, sino a la fuerza de trabajo misma, en cuanto capital variable. Debe llegar a tener como enemigo al capital total: por lo tanto, también a sí mismo en cuanto parte del capital. El trabajo debe ver como propio enemigo a la fuerza de trabajo, *en cuanto mercancía*. A partir de estas premisas, la necesidad del capitalismo de *objetivar* dentro del capital todas las potencias *subjetivas* del trabajo puede convertirse, por parte del obrero, en el máximo reconocimiento de la explotación capitalista. La tentativa de integración de la clase obrera dentro del sistema es la que puede provocar la respuesta decisiva de la ruptura del mismo, llevando la lucha de clases a su nivel máximo. Hay un punto del desarrollo en el que el capitalismo se encuentra en este estado de necesidad; si lo supera, ha vencido por un largo período; pero si la clase obrera *organizada* lograse batirlo una primera vez sobre este terreno, nacería entonces el modelo de la revolución obrera en el capitalismo moderno.

Hemos visto a la mercancía fuerza de trabajo como lado propiamente activo del capital, sede natural de toda dinámica capitalista. Protagonista no sólo de la reproducción ampliada del proceso de valorización, sino de los continuos cambios revolucionarios del proceso de trabajo. Las propias transformaciones tecnológicas vienen dictadas e impuestas por las modificaciones que han tenido lugar en el valor de la fuerza de trabajo. Cooperación, manufactura, gran industria, no son más que «métodos particulares de producción de plusvalor relativo», formas diferentes de esa economía de trabajo que provoca, a su vez, las mutaciones crecientes en la composición orgánica del capital. El capital depende cada vez más de la fuerza de trabajo; debe, por lo tanto, poseerla cada vez más completamente, como posee las fuerzas naturales de su producción: debe reducir a la clase obrera misma a *fuerza natural de la sociedad*. Cuanto más avanza el desarrollo capitalista, tanto más el capitalista colectivo tiene necesidad de ver todo el trabajo dentro del capital, tiene la necesidad de controlar todos los movimientos, internos y externos, de la fuerza de trabajo, está obligado a programar, a largo plazo, la relación capital-trabajo, como índice de estabilidad del sistema social. Cuando el capital ha conquistado todos los territorios externos a la producción capitalista verdadera y propia, comienza su proceso de colonización interna; o mejor, cuando se cierra finalmente el círculo de la *sociedad* burguesa –producción, distribución, intercambio, consumo– puede decirse que comienza el verdadero y propio proceso del *desarrollo capitalista*. En este momento, el proceso de capitalización objetiva de las fuerzas subjetivas del trabajo es acompañado, y debe serlo, por el proceso de disolución material del obrero colectivo

y, por lo tanto, del obrero mismo en cuanto tal: reducido él mismo a propiedad del modo de producción capitalista y, por consiguiente, a *función del capitalista*. Es evidente que, en esta situación, la integración de la clase obrera dentro del sistema se convierte en necesidad *vital* para el capitalismo: el rechazo obrero de esta integración impide funcionar al sistema. Se dibuja una única alternativa: estabilización dinámica del sistema o revolución obrera.

Dice Marx que «de todos los instrumentos de producción, el mayor poder productivo es la misma clase revolucionaria»[39]. El proceso de producción capitalista es ya de por sí revolucionario: se mantiene en continuo movimiento y efectúa una incesante transformación de todas sus fuerzas productivas, incluida la fuerza productiva viva y consciente que es la clase obrera. El desarrollo de las fuerzas productivas es la «misión histórica» del capitalismo. Y es cierto que *funda* al mismo tiempo su máxima contradicción: porque el incesante desarrollo de las fuerzas productivas no puede dejar de provocar el desarrollo incesante de la mayor fuerza productiva, la clase obrera como clase revolucionaria. Esto es lo que debe empujar al obrero colectivo a valorar el alcance objetivamente revolucionario del desarrollo capitalista: hasta el punto de obligarle a anticipar ese desarrollo, si no quiere quedarse atrás. La revolución obrera, por consiguiente, no debe tener lugar *después*, cuando el capitalismo se haya *derrumbado* en la catástrofe de una crisis general, ni puede producirse antes, cuando el capitalismo no ha ni siquiera comenzado su ciclo de desarrollo específico. Puede y debe suceder *contemporáneamente* a este desarrollo; debe presentarse como *componente interna* del desarrollo y al mismo tiempo como su *contradicción interna*; precisamente como la fuerza de trabajo, que sólo desde el interior del *capital* puede poner en crisis toda la sociedad capitalista. Únicamente el desarrollo revolucionario de la clase obrera puede hacer *eficiente* y *evidente* al mismo tiempo la contradicción de fondo entre nivel de las fuerzas productivas y relaciones sociales de producción: sin ese desarrollo, la contradicción misma sigue siendo un dato de hecho *potencial*, pero no *real*, una pura y simple *posibilidad*, como la posibilidad de la crisis en el ciclo M-D-M. El nivel de las fuerzas productivas no se mide por el grado del progreso tecnológico, sino por el grado de conciencia revolucionaria de la clase obrera. O mejor, la primera es la medida del capitalista, que concibe al obrero solamente como apéndice humano de sus máquinas; la segunda es la medida del movimiento obrero organizado, que organiza precisamente sobre esta base el proceso de ruptura de la relación social que frena y enjaula la experiencia revolucionaria de la clase obrera. En este sentido, la contradicción entre nivel de las fuerzas productivas y relaciones sociales de producción constituye la expresión *externa* de esa otra contradicción, que vive toda ella *en el inte-*

[39] Karl MARX, *Miseria de la filosofía*, Madrid, Aguilar, 1970, p. 244.

rior de la relación social de producción: entre la socialidad del proceso de producción y la apropiación privada del producto, entre el capitalista individual que intenta *descomponer* esta socialidad y el obrero colectivo que la *recompone* ante aquél, entre la tentativa patronal de la integración *económica* y la respuesta *política* del antagonismo obrero. No hablamos por casualidad de estas cosas. Este proceso está en curso hoy en Italia, ante los ojos de todos. En este terreno se decidirá durante un largo período la alternativa entre capitalismo y socialismo. El partido político del capitalismo italiano parece haberlo comprendido; los partidos del movimiento obrero, no.

No se trata de eliminar por la fuerza todas las otras contradicciones, que desde luego subsisten, y son quizá más evidentes para todos y parecen, por lo tanto, más esenciales para la comprensión del todo. Se trata de comprender este elemental principio: que en un determinado nivel del desarrollo capitalista, todas las contradicciones entre las diversas *partes* del capitalismo deben expresarse en la contradicción fundamental entre la clase obrera y *todo* el capitalismo: y que únicamente en este punto se abre el *proceso* de la revolución socialista. Expresar todas las contradicciones del capitalismo *a través* de la clase obrera quiere decir ya de por sí que *esas* contradicciones son insolubles dentro del propio capitalismo: y que reenvían, por lo tanto, *más allá del* sistema que las genera. Y ello porque la clase obrera *dentro* del capitalismo es la única contradicción *insoluble* del mismo: o mejor, llega a serlo desde el momento en que *se autoorganiza como clase revolucionaria*. No la organización de la clase oprimida, defensa de los intereses de los trabajadores; ni la organización como clase de gobierno, gestión de los intereses capitalistas. Organización, por el contrario, como clase antagonista: *autogobierno político de la clase obrera dentro del sistema económico del capitalismo*. Si la fórmula «dualismo de poderes» tiene un sentido, debe ser éste. En la actualidad, ya no constituye un problema si la conciencia política debe ser llevada al obrero *desde el exterior* y si desde el exterior debe llevarla el partido. La solución existe y es directamente dictada por el desarrollo del capitalismo, por la producción capitalista que ha tocado los confines de la sociedad burguesa, por la fábrica que ha impuesto ya su dominio exclusivo sobre toda la sociedad: la conciencia política debe ser llevada por el partido, pero desde el interior del proceso de producción. Nadie piensa hoy que pueda ponerse en marcha un proceso revolucionario sin *organización política* de la clase obrera, sin *partido obrero*. Pero demasiados piensan todavía que el partido puede dirigir la revolución permaneciendo *encerrado fuera de la fábrica*; que la acción política comienza allí donde la relación de producción acaba; y que la lucha *general* contra el sistema es la que se desenvuelve en los vértices del Estado burgués, que se ha convertido entretanto en la expresión *particular* de las necesidades sociales de la producción capitalista. Entiéndase bien: no se trata de renunciar a la ruptura leninista

de la máquina estatal, como acaba inevitablemente por hacer quien transita por la vía democrática. Se trata de fundar la ruptura del Estado dentro de la sociedad, la disolución de la sociedad dentro del proceso de producción, la transformación radical de la relación de producción dentro de la relación social de fábrica. La máquina del Estado burgués debe romperse hoy dentro de la fábrica capitalista.

Se llega a las mismas conclusiones, tanto si el análisis arranca de *El Capital* como si parte del actual nivel de desarrollo capitalista. No se puede decir todavía en este momento que estas conclusiones estén probadas: es preciso recorrer desde el principio otro camino, verificar de nuevo el significado de esa teoría marxista del desarrollo capitalista, que deviene cada día más el nudo histórico de todos los problemas: para liberarla de todas las incrustaciones ideológicas que han adormecido a una parte del movimiento obrero en la espera oportunista del derrumbe catastrófico y que han contribuido a integrar a otra parte del mismo en el mecanismo autónomo de una indefinida estabilización del sistema. Y es cuanto se hará como continuación de este discurso.

Baste aquí haber reclamado la necesidad preliminar de recuperar el *camino más correcto*, tanto para el análisis teórico como para la lucha práctica. Fábrica–sociedad–Estado es el punto en que vienen a coincidir hoy la teoría científica y la praxis subversiva, *el análisis del capitalismo* y *la revolución obrera*. Bastaría esto para verificar la corrección de este camino. El «concepto científico» de fábrica es el que hoy abre la vía a la comprensión más completa del presente y al mismo tiempo a su más completa destrucción. *Precisamente por esta razón*, se plantea a continuación como punto de partida para la nueva construcción, que deberá volver a partir de la fábrica, si quiere hacer crecer el Estado obrero *todo* dentro de la nueva relación de producción de la sociedad socialista.

III El plan del capital[1]

Al inicio de la tercera sección del libro II de *El Capital*, Marx distingue el proceso directo de producción del capital del proceso global de su reproducción: el primero hemos visto que comprende tanto el proceso de trabajo como el proceso de valorización; el segundo veremos que incluye tanto el proceso de consumo mediado por la circulación, como el propio proceso de reproducción del capital. En las diferentes formas asumidas por el capital a lo largo de su ciclo, o todavía mejor en las diferentes formas asumidas por este ciclo, el movimiento del capital individual se descubre como *parte* de un movimiento global del capital social. «Cada capital individual no constituye sino un fragmento independizado, un fragmento, por así decirlo, dotado de vida individual, del capital social conjunto, del mismo modo que cada capitalista singular es sólo un elemento individual de la clase de los capitalistas.»[2] Si consideramos –dice Marx– la función anual del capital social en su resultado, si consideramos, pues, el producto-mercancía anual proporcionado por la sociedad, vemos que comprende tanto la reproducción *social* del capital, como su consumo *productivo* e *individual*. «Éste incluye la reproducción (es decir, el mantenimiento) de la clase de los capitalistas y de la clase obrera y, por lo tanto, también la reproducción del carácter capitalista del entero proceso de producción»[3]: reproducción simple a escala invariable que se presenta enseguida como *parte* de una reproducción a escala ampliada de carácter más complejo, momento particular

[1] El título original de este ensayo, más preciso, pero también más oscuro, era «El capital social». Publicado originalmente en *Quaderni Rossi*, 3 (1963).
[2] Karl MARX, *El Capital*, libro II, OME-42, Barcelona, Crítica, 1980, p. 359.
[3] *Ibid.*, p. 403.

y factor real, por consiguiente, de la acumulación de capital –acumulación, no ya del capital individual, sino del capital social, reproducción ampliada, en el interior de éste, de la clase capitalista, por un lado, y de la clase obrera, por otro. El proceso de socialización del capital constituye la base material específica sobre la cual se funda, a un cierto nivel, el proceso de desarrollo del capitalismo. La formación determinada de una *sociedad* capitalista presupone, ya realizada como acto *histórico* y ya adquirida como hecho *natural*, la producción de capital *social*. La figura del capitalista colectivo, funcionario del capital social global, es ella misma el producto de un determinado grado de desarrollo de la producción capitalista. Contra ella, al mismo tiempo como presupuesto y resultado de la misma, adquiere existencia materialmente objetiva la fuerza de trabajo social en cuanto clase, el trabajo social global como clase de los obreros organizados. El «plan» del capital nace ante todo de la necesidad de hacer que la clase obrera *como tal* funcione dentro del capital social. La socialización creciente de la relación de producción capitalista no lleva en sí la sociedad socialista, tan sólo lleva consigo un creciente poder obrero dentro del sistema capitalista.

De las tres formas en las que se expresa el proceso cíclico del capital, la forma III, el ciclo del capital-mercancía (M'... M'), es la única en la que el valor-capital valorizado aparece ya como punto de partida de su valorización. En el ciclo del capital-dinero y en el del capital productivo, el punto de partida es siempre el valor-capital originario, todavía por valorizar; el movimiento global es sólo el movimiento del valor-capital anticipado. M', por el contrario, en cuanto relación-capital, implica inmediatamente tanto el ciclo del valor-capital, como el del plusvalor, y de un plusvalor en parte ya gastado como renta, en parte acumulado como capital. Partir de M' quiere decir partir del producto-mercancía global, en cuanto capital-mercancía: en éste, consumo individual y consumo productivo entran como condiciones del ciclo; y si el consumo productivo se efectúa por medio de cada capital individual, el consumo individual se presenta de modo inmediato y únicamente como acto social. La transformación que se realiza en el interior de este ciclo concierne a la magnitud del valor del capital: resulta, por lo tanto, no de una colocación formal del capital-dinero en el proceso de circulación, sino de un cambio material del capital productivo en el proceso de producción. El ciclo M'... M' presupone, dentro de su recorrido, otro capital industrial; pero hemos visto que su punto de partida no es únicamente el valor-capital originariamente anticipado, sino el valor-capital ya valorizado: su movimiento se anuncia así «desde el principio como movimiento total del capital industrial». No ya tan sólo «forma de movimiento común a todos los capitales industriales individuales», sino contemporáneamente «forma de movimiento de la suma de los

capitales individuales, o sea, como forma de movimiento del capital conjunto de la clase de los capitalistas»[4].

Ahora bien, el capital industrial se encuentra contemporáneamente en todos los diferentes estadios de su ciclo y recorre sucesivamente las diferentes formas de las funciones correspondientes a cada uno de los tres ciclos. El proceso global supone, de hecho, la unidad de los tres ciclos; el ciclo total es unidad real de las tres formas; *precisamente por esto*, el ciclo *total* se presenta, para cada forma funcional singular del capital, como su ciclo *específico*. «Es una condición necesaria del proceso total de producción, particularmente para el capital social, el ser al mismo tiempo proceso de reproducción y, por lo tanto, ciclo de cada uno de sus momentos.»[5] Siempre, una parte del capital, como capital-mercancía, se transforma en dinero; otra, como capital-dinero, se transforma en capital productivo; otra todavía, como capital productivo, se transforma de nuevo en capital-mercancía. «La presencia constante de las tres formas está mediada por el ciclo del capital total... Las formas son de este modo formas fluidas cuya simultaneidad está mediada por su sucesión.»[6] En cuanto valor que se valoriza, el capital no puede sino ser un movimiento continuo, un proceso cíclico, que pasa a través de estadios diferentes y asume diferentes formas de desarrollo. «El proceso cíclico del capital es constante interrupción, abandono de un estadio, entrada en el siguiente; despojarse de una forma, existir en otra...»[7] Y, sin embargo, la *continuidad* es «el rasgo característico de la producción capitalista»[8]. Es en los capitales individuales donde «la continuidad de la reproducción se interrumpe más o menos en algunos lugares»[9]. Cuando el valor-capital social experimenta una *revolución de valor*, el capital individual está siempre en peligro de sucumbir, si no se adecua a las condiciones de esta mutación del valor. «Cuanto más agudas y frecuentes se hacen las revoluciones del valor, tanto más se impone, frente a la previsión y el cálculo del capitalista individual...»[10]. En este caso, el mecanismo del ciclo se paraliza, la producción se reduce, todo el proceso de desarrollo es obligado a detenerse: y «todo estancamiento de la sucesión desordena la simultaneidad»[11]. De ahí la necesidad de encontrar un nexo entre los ciclos de los capitales individuales, entendidos como movimientos parciales del proceso de reproducción del capital social global. De hecho, «sólo en la unidad de los tres ciclos se produce la unidad del proceso total». Únicamente «el capital social global posee siempre esta continuidad...»[12]. Sucede con el capital total lo mismo que sucede «en el sistema fabril articulado», donde el proceso transcurre con la máxima regularidad y uniformidad, donde el producto existe siempre «en los diversos estadios de su proceso de formación, tanto constantemente como en transción de una fase de la producción a otra»[13].

[4] *Ibid.*, p. 96
[5] *Ibid.*, p.103.
[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.*, p. 101.
[8] *Ibid.*
[9] *Ibid.*, p. 103.
[10] *Ibid.*, pp. 104-105.
[11] *Ibid.*, p. 102.

Todavía algo más. En el capital como capital individual resulta del todo indiferente para el análisis la forma natural que asume el producto-mercancía: esto tiene que ver directamente con el proceso de producción de valor y con el valor de sus productos. Este modo de exposición parece, sin embargo, puramente formal si se considera el capital social global y su producto-valor. El movimiento a través del cual una parte del valor de los productos se transforma de nuevo en capital y otra parte pasa al consumo individual, sea de la clase capitalista, sea de la clase obrera, «constituye un movimiento dentro del valor del producto mismo», en el momento en que en este valor se expresa el resultado del capital global: «ese movimiento no es sólo reposición de valor, sino también reposición de materia; consiguientemente, está tan condicionada por la razón recíproca entre los elementos de valor del producto social como por su valor de uso, por su configuración material»[14]. El valor reproducido en medios de producción debe ser *al menos* igual a la parte constante de valor del capital social. Entonces, y a modo de ejemplo, la parte de la jornada de trabajo social que produce medios de producción no produce nada más que nuevo capital constante: produce, pues, solamente un producto destinado a entrar en el consumo productivo. Mientras que la parte de la jornada de trabajo social que produce medios de consumo no produce nada más que nuevo capital variable y nuevo plusvalor: o mejor, produce productos en cuya forma natural se realizan el valor del capital variable y el plusvalor. *Cada una* de estas dos partes de la jornada de trabajo social produce y reproduce (y, por lo tanto, acumula) capital constante, capital variable y plusvalor de *las dos grandes secciones* conjuntamente consideradas, la de los medios de producción y la de los medios de consumo. La jornada de trabajo, que en la producción del capital individual se presentaba de modo inmediato escindida en trabajo necesario y plusvalor y tan sólo mistificada en su realización en la forma-salario, se presenta ahora, en la producción del capital social, dividida, de hecho, entre parte constante y parte variable del capital, entre producción-reproducción de la una y producción-reproducción de la otra,

[12] *Ibid.*, p. 103.
[13] *Ibid.*
[14] *Ibid.*, p. 405.

hallándose incluidos en cada una de ellas conjuntamente producción y consumo, medios de producción y medios de consumo, consumo productivo y consumo individual. La jornada de trabajo social funciona ahora directamente dentro del proceso de producción del capital social: y dentro de este proceso de producción produce, reproduce y acumula nuevo capital; produce, reproduce y acumula nueva fuerza de trabajo. La división entre trabajo necesario y plusvalor no desaparece en absoluto en este nivel: simplemente se generaliza, es decir, se *socializa* en el proceso global de la producción capitalista. Hay un plusvalor social que es extraído de la clase obrera y que acaba por socializar la existencia misma del plusvalor. El plusvalor social, sin embargo, no es nada más que el beneficio del capital social: y no tiene nada que ver con los hiperbeneficios que las rapiñas de los monopolios recogen de todos los poros de la sociedad. Se trata en su totalidad de un proceso que tiene como base material, y al mismo tiempo como objetivo final, un grado máximo de socialización de la producción capitalista, de socialización de la fuerza de trabajo y, *por consiguiente*, de socialización del capital..

> Al hablar de modo de consideración social, esto es, al considerar el producto social global que incluye tanto la reproducción del capital social cuanto el consumo individual, no hay que caer, a la manera de la ciencia económica burguesa imitada por Proudhon, en el error de considerar la cuestión como si una sociedad de modo de producción capitalista, vista *en bloc*, como totalidad, perdiera este su carácter específico, históricamente económico. Al contrario. Lo que se tiene entonces enfrente es el capitalista conjunto. El capital conjunto aparece como el capital por acciones de todos los capitalistas individuales juntos[15].

El beneficio –dice Marx– no es más que el plusvalor calculado sobre el capital social. Plusvalor y beneficio son en realidad la misma cosa, cuantitativamente idénticos desde el punto de vista del volumen. El beneficio es la forma mistificada en la que *aparece* el plusvalor, como el salario es la forma mistificada en la que *aparece* el valor de la fuerza de trabajo. Únicamente en el plusvalor se pone al desnudo la relación entre capital y plusvalor, ahí se presenta «*el capital como relación consigo mismo*»[16]. Desaparece aquí la propia diferencia orgánica existente entre parte constante y parte variable del capital: el plusvalor tiene tan sólo frente a sí al capital global indiferenciado. Y este proceso ya se ha verificado cuando se ha realizado el proceso de producción y de circulación del capital, la producción y la realización del plusvalor; cuando se efectúa la reproducción ampliada y avanza, por lo tanto, la acumulación. No obstante, hay un punto *en el interior* de este proceso que obliga a efectuar *un salto* a todo el desarrollo. Y es

[15] *Ibid.*, pp. 443-444.
[16] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 6, cit., p. 56.

cuando el conjunto de la producción capitalista llega a producir una tasa general de beneficio y, como consecuencia, un *beneficio medio*. La idea fundamental del beneficio medio se funda sobre el principio de que:

> [...] el capital de cada esfera de la producción debe participar *pro rata* de su magnitud en el plusvalor global expoliado a los obreros por parte del capital social global; o bien que a cada capital en particular sólo hay que considerarlo como una porción del capital global, y a cada capitalista, de hecho, como accionista en una empresa global[17].

En este punto, el beneficio que el capitalista individual se embolsa es distinto del plusvalor que extrae; beneficio y plusvalor son ahora magnitudes efectivamente diferentes. Sólo casual y excepcionalmente el plusvalor de hecho producido en una esfera de producción particular coincide ahora con el beneficio contenido en el precio de venta de las mercancías.

Ya en la simple transformación del plusvalor en beneficio, «la parte del valor de las mercancías que constituye el beneficio se encuentra en oposición a la otra, que representa el precio de coste de las mismas. En este momento, el concepto de valor se escapa al capitalista...; mientras el beneficio se le aparece como algo que permanece fuera del valor inmanente de la mercancía». Esta apariencia recibe su confirmación, solidez y estructura de la base histórica que corresponde al beneficio del capital social medio, cuando todos los capitales tienden a realizar, en los precios de las mercancías que producen, no el plusvalor particular directamente producido, sino la media del beneficio social, «o sea, tienden a realizar el precio de producción». Y precio de producción quiere decir aquí precio de coste sumado al precio de coste multiplicado por la tasa media de beneficio (k + kb'). El precio de producción *contiene* de hecho el beneficio medio. Sólo casualmente y por excepción, el beneficio medio viene determinado por el trabajo no pagado absorbido en una esfera individual de producción; como regla, es decir, a tenor de la ley, es determinado por la explotación global del trabajo efectuada por el capital global. «Con un grado de explotación dado del trabajo, ahora la masa de plusvalor que se produce en una esfera particular de la producción es más importante para el beneficio medio global del capital social, es decir, para la clase capitalista en general, que directamente para la circulación dentro de cada ramo de la producción en particular. Sólo lo es para éste en la medida en que la cantidad de plusvalor producido en su ramo interviene como codeterminante en la regulación del beneficio medio.»[18] Pero ni el capitalista «y, por lo tanto, tampoco el economista» –dice Marx– se dan cuenta ciertamente de este proceso general, como tampoco se dan cuenta del extremo de que «en una forma tan grosera y no conceptual puede vislumbrarse aún el

[17] *Ibid.*, p. 267.
[18] *Ibid.*, p. 211.

hecho de que el valor de las mercancías está determinado por el trabajo contenido en ellas»[19].

A un determinado grado de explotación del trabajo corresponde un determinado nivel del desarrollo capitalista. No al contrario. No es la intensidad del capital lo que mide la explotación de los obreros. Al contrario: una determinada forma histórica de plustrabajo descubre la determinación social última del plusvalor. En función del capital social, el beneficio medio no es ya simplemente forma fenoménica mistificada del plusvalor social, no es ya solamente la expresión ideológica que sirve para esconder la explotación de la clase obrera detrás del «trabajo del capital». El beneficio medio del capital social es una categoría históricamente muy determinada, que sigue de modo inmediato a un avanzado proceso de socialización de la producción capitalista y que precede de modo inmediato a un ulterior proceso de desarrollo y de relativa estabilización. Esta categoría se halla desde el principio naturalmente implícita en el sistema del capital, si bien interviene históricamente, no como un pacífico momento de tránsito gradual de una a otra fase del desarrollo capitalista, sino como un verdadero y propio *salto* brusco, repleto en su interior de peligrosas *contradicciones* para la clase de los capitalistas y de milagrosas *ocasiones* para el movimiento de los obreros. La historia de las sucesivas determinaciones del capital, y, por lo tanto, el desarrollo de las contradicciones históricas del capitalismo puede ofrecer en muchos puntos, a diversos niveles, la *posibilidad* de hacer saltar el proceso cíclico de producción y de reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Y no se afirma que estas posibilidades se hallen directamente ligadas a los momentos de crisis catastrófica del sistema: pueden hallarse directamente ligadas a una fase creciente de *desarrollo*, que cree una conmoción positiva en todo el tejido social de la producción, sin que sea de ningún modo poseída y *organizada* por la clase de los capitalistas, sin que sea orgánicamente puesta en marcha en el interior del desarrollo capitalista. No hay que creer en una absoluta conciencia de sí, en todas las fases, del capitalismo y de sus funcionarios. La autoconciencia del capital es una conquista tardía de su madurez.

Decía Lenin que «la idea de buscar la salvación para la clase obrera en todas partes, excepto en el desarrollo ulterior del capitalismo, es una idea *reaccionaria*». La clase obrera sufre más la insuficiencia del desarrollo capitalista que el capitalismo mismo. La revolución burguesa ofrece de hecho las más grandes ventajas al proletariado; «es, en un cierto sentido, *más ventajosa* para el proletariado que para la burguesía». La revolución burguesa se reproduce continuamente dentro del desarrollo capitalista, es la forma permanente en la que se expresa el crecimiento de las fuerzas productivas, el estado de los niveles tecnológicos, la tensión de

[19] *Ibid.*, p. 217.

clase dentro de las relaciones de producción, la expansión creciente del sistema por toda la sociedad y la consiguiente lucha política entre interés general del capital y los intereses particulares de los capitalistas. El alma políticamente moderada de la burguesía está empeñada, a todo lo largo de su historia, en dar una pacífica forma gradual a los continuos sobresaltos económicos del propio mecanismo económico. «Es útil para la burguesía que la revolución burguesa no destroce demasiado resueltamente todos los residuos del pasado, sino que deje subsistir alguno de ellos; en otras palabras, que la revolución no sea completamente consecuente y completa, que no sea resuelta e implacable. Los socialdemócratas expresan a menudo esta idea de un modo algo diverso, diciendo que la burguesía se traiciona a sí misma, que la burguesía traiciona la causa de la libertad, que la burguesía es incapaz de un democratismo consecuente»[20]. En diversos ámbitos, el proletariado es llamado a colaborar en el desarrollo; en diversos ámbitos debe elegir la forma específica de su rechazo político.

Existe un punto en el que el desarrollo de la producción capitalista *en sí* es todavía el que puede poner en crisis el sistema del capital. La respuesta obrera puede ser tan inmediata como para provocar un alto grado de lucha de clases y la apertura de un proceso revolucionario que vaya más allá del sistema. Así, el *take-off* [despegue] de la sociedad capitalista puede ofrecer la ocasión histórica para una revolución de contenido socialista: si el movimiento obrero se encuentra políticamente más *organizado* que su burguesía. Sería un error, sin embargo, generalizar este momento. Ello nos sirve aquí solamente para reafirmar que una ruptura revolucionaria del sistema capitalista puede tener lugar en diversos niveles de desarrollo del capitalismo. No puede esperarse que se haya *concluido* la historia del capital, para comenzar a organizar el proceso de su disolución.

El progreso creciente de la socialización capitalista le lleva a un punto en el que la producción del capital debe plantearse la tarea de construir su tipo específico de organización social. Cuando la producción capitalista se ha generalizado a toda la sociedad –toda la producción social se ha convertido en producción del capital–, sólo entonces, sobre esta base, nace como hecho histórico determinado una verdadera y propia *sociedad capitalista*. El carácter social de la producción se ha extendido hasta tal punto que toda la sociedad funciona ahora como *momento* de la producción. La socialidad de la producción capitalista puede llevar a partir de ese momento a una *forma particular de socialización del capital* –organización social de la producción capitalista–. Ello constituye el punto de llegada de un largo proceso histórico. Al igual que la producción capitalista presupone la generalización de la producción mercantil simple, que sola-

[20] V. I. Lenin, en O.C., cit., *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, vol. 11, 1905, pp. 38-39.

mente el *capital*, como hecho específico, es capaz de realizar históricamente, de igual modo la formación de una sociedad capitalista presupone la generalización de la producción específicamente capitalista, que solamente el *capital social* –y el *Gesamtprozess* [proceso global] de su producción– logra históricamente realizar. El capital social, o sea, la totalidad de los capitalistas –dice Marx– contra el capitalista individual, «o sea, la totalidad de los capitalistas de cada esfera de producción particular». El capital social no es únicamente el capital total de la sociedad, no es la simple suma de los capitales individuales. Se trata de todo el proceso global de socialización de la producción capitalista; es el capital mismo el que se descubre, a un cierto nivel de su desarrollo, como *potencia social*.

También contemplado desde la perspectiva del capital individual, el capital es una relación social; y el individuo capitalista, el capitalista individual, es la personificación de esta relación, función del propio capital y expresión directa de su propiedad privada. Desde el punto de vista del capital social, sin embargo, el capital llega a representar a la totalidad de los capitalistas; y el capitalista individual se reduce a personificación individual de este total, funcionario directo, no ya del propio capital, sino de la clase de los capitalistas. La gestión de la empresa individual puede también permanecer, en este momento, en las manos de sus gestores, su propiedad es propiedad del capital, –*aparece* como parte alícuota objetiva de la riqueza social.

De hecho, esta riqueza social encuentra ahora su propietario privado en la figura, también ella históricamente determinada, del *capitalista colectivo*: por un lado, suprema mediación y composición de todos los intereses burgueses particulares; por otro, directo representante del interés social general en nombre del capital. El capitalista colectivo es la forma que asume el *poder* en las manos del capital social, poder de la sociedad capitalista sobre sí misma, gobierno de sí del capital y, por lo tanto, de la clase de los capitalistas, resultado máximo del capitalismo y, probablemente, forma última de su existencia. No hay que tomar en serio el vocerío burgués sobre la intervención del Estado en la economía: a un cierto nivel del desarrollo, esta aparente intervención desde el exterior no es nada más que una forma muy avanzada de autorregulación del mecanismo económico o sirve, en ciertos casos, para poner de nuevo en movimiento ese tipo de mecanismo a un nivel más elevado. La propia planificación capitalista puede ser un momento particular dentro del desarrollo del capital. El rasgo específico general sigue siendo la existencia histórica objetiva del capital social.

> En la producción capitalista no se trata de extraer, a cambio de la masa de valor volcada a la circulación en forma de mercancía, una masa de valor igual en otra forma –sea dinero o de alguna otra mercancía–, sino que se trata de extraer, para el capital adelantado con vistas a la producción, el mismo plusvalor o beneficio que cualquier otro capital de la misma magnitud, o *pro rata* a su magnitud, cualquiera que sea el ramo de la producción en el cual se lo haya empleado; por consiguiente, se trata, cuando menos como mínimo, de vender las mercancías a precios que brinden el beneficio medio, es decir, a precios de producción. En esta forma, el capital cobra conciencia de sí mismo como una fuerza social en la cual participa cada capitalista proporcionalmente a su participación en capital social global[21].

El interés particular del capital individual, o del capital de una determinada esfera de producción, se reduce, en estas condiciones, a la posibilidad de obtener, en la explotación directa de los propios obreros, una ganancia particular, un beneficio superior a la media; se reduce prácticamente a las diversas figuras de sobrebeneficio, a las distintas formas posibles de extracción de un plusvalor suplementario, a los diferentes movimientos externos inherentes al nuevo «mecanismo» de la competencia oligopolista. Las empresas individuales o la totalidad de las actividades productivas «privilegiadas» tienden constantemente, con una función propulsiva diseminada por todo el sistema, a destrozar desde el interior el capital social total, para recomponerlo después a un nivel superior. La lucha entre los capitalistas continúa, pero funciona a partir de ahora directamente en el interior del desarrollo del capital. Desde el momento en que «la tasa media de beneficio depende del grado de explotación del trabajo global por parte del capital global»[22], entonces:

> [...] cada capitalista individual, así como el conjunto de todos los capitalistas de cada esfera de la producción en particular, participan en la explotación de la clase obrera global por parte del capital global y en el grado de dicha explotación, no sólo por simpatía general de clase, sino en forma directamente económica[23].

Así, pues, todos los capitalistas individuales, todas las esferas particulares del capital, están directamente interesadas en la productividad del trabajo social desencadenada por el capital global. En realidad, de esta productividad dependen, por un lado, la masa de los valores de uso en la que se expresa el beneficio medio; por otro, la suma de valor del capital global anticipado que determina la tasa de beneficio. El desarrollo de la productividad social del trabajo no por casualidad se manifiesta de dos modos: en la magnitud absoluta incrementada del capital productivo ya acumulado y en la disminución relativa de la parte de trabajo vivo exigida para una producción en masa. De ahí se derivan dos procesos entre ellos orgánicamente complementarios: intensificación de la acumulación y concentración del capital.

> Por lo demás, la masa del beneficio –incluso si la tasa es menor– también aumenta con la magnitud del capital desembolsado. Sin embargo, esto condiciona al mismo tiempo la concentra-

[21] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 6, cit., p. 246.
[22] *Ibid.*, p. 248.
[23] *Ibid.*

ción del capital... [y] su centralización, es decir, que los capitalistas grandes devoren a los pequeños, y la descapitalización (*Entkapitalisierung*) de estos últimos[24].

La concentración es la forma específica en la que se expresa *ahora* la expropiación, es decir, la ulterior separación de las condiciones de trabajo de los productores. «El trabajo del capitalista se halla en proporción inversa a la magnitud de su capital. Es decir, al grado en el cual es capitalista.»[25] Pero esta división entre las condiciones de trabajo, por una parte, y los productores, por otra, es precisamente lo que constituye la noción histórica de capital: el proceso de descapitalización no hace otra cosa que confirmar, a este nivel, el desarrollo del capital.

La expropiación se extiende ahora de los productores directos a los propios capitalistas individuales. Expropiar a los individuos singulares de sus medios de producción es el punto de partida del modo de producción capitalista. También se convierte, sin embargo, en su objetivo cuando en lo sucesivo los medios de la producción privada se colocan, y solamente pueden colocarse, como medios de producción en las manos de los productores asociados. He aquí entonces que la expropiación capitalista se presenta como apropiación de la propiedad social por parte de unos pocos individuos.

El capital, que de por sí se basa en el modo de producción social y que presupone una concentración social de medios de producción y de fuerzas de trabajo, adquiere aquí directamente la forma de capital social [*Gesellschaftkapital* = capital *de la* sociedad] (capital de individuos directamente asociados) por oposición con el capital privado, y sus empresas aparecen como empresas sociales en contraposición a las empresas privadas. Es la abolición [*Aufhebung*] del capital como propiedad privada dentro de los límites del propio modo capitalista de producción[26].

El capitalista se transforma en un simple agente y administrador del capital de otros. La propiedad se presenta de este modo separada de su función y, «en consecuencia, también el trabajo se separa completamente de la propiedad de los medios de producción y del plusvalor». El beneficio se presenta entonces directamente como apropiación de plusvalor de otros,

[...] resultante de la transformación de los medios de producción en capital, es decir, de la enajenación de éstos con respecto al productor real, de su oposición, en cuanto propiedad ajena, a todos los individuos realmente activos en la producción, desde el gerente hasta el último jornalero[27].

---

[24] *Ibid.*, pp. 315-316.
[25] *Ibid.*, p. 316.
[26] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 7, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 562.
[27] *Ibid.*, p. 563.

Esta es la forma que asume la anulación de la industria privada capitalista en virtud del sistema capitalista: «abolición del modo capitalista de producción dentro del propio modo capitalista de producción, y por consiguiente una contradicción que se anula a sí misma..., producción privada sin el control de la propiedad privada»[28].

El capital cesa completamente de *aparecer* en este momento como propiedad de los trabajadores directos, renuncia a muchas de sus precedentes formas mistificadas, se despoja de algunas de sus más vistosas envolturas ideológicas, verdaderas y propias supervivencias burguesas paleocapitalistas. El propio proceso de socialización del trabajo se encarna directamente y sin más mediaciones en la producción global del capital social. Y el capital se presenta como fuerza social de la producción directamente en la forma de propiedad privada de los grandes capitalistas.

Así crece la potencia del capital, la autonomización de las condiciones sociales de la producción, personificadas en el capitalista, con respecto a los productores reales. El capital se presenta cada vez más como una potencia social... que ya no guarda relación posible alguna para con lo que pueda crear el trabajo de un individuo aislado[29].

El capital se eleva, pues, «a potencia social general»: mientras el capitalista se reduce a simple agente, funcionario, «mandatario» de esta potencia, ni siquiera ya su representante, sino comisario directo dotado de un poder limitado. El fetichismo del capital ha vencido desde un punto de vista práctico.

Todo el mundo sabe que el moderno estamento político burgués evidencia una extracción capitalista directa cada vez más marcada y que por esta vía, no mediante la historia del pensamiento político, se llegan a captar las transformaciones reales que se han producido en la estructura del Estado. El miedo pequeñoburgués ante el poder anónimo de los técnicos refleja solamente la supervivencia de sectores atrasados del desarrollo capitalista. El gran capital, por su parte, tan sólo intenta dotar de un contenido *político* al poder tecnocrático. No hay que creer, en realidad, que la lenta y justa muerte de la democracia representativa señale la extinción contemporánea del *poder político* de la clase dominante: señala de hecho únicamente una *reforma* del Estado, una modernización de sus estructuras, una adecuación a sus nuevas funciones específicas, que deberán respetar cada vez más los esquemas productivistas de una máquina industrial cualquiera. Es evidente que el poder se unificará cada vez más en el vértice y sólo así podrá descentralizarse y articularse en la base. Como en toda empresa racional moderna que se precie, las decisiones deben ser encomendadas a todos, pero el *poder* de decisión debe corresponder sólo a uno. De este modo, el poder político se unifica y se homogeneiza a todos los niveles, de la empresa del capitalista individual al Estado de todo el pueblo. Únicamente en este momento,

---

[28] *Ibid.*, p. 565.
[29] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 6, cit., pp. 338-339.

la *dictadura de clase* del capital se hace verdaderamente *democrática*: recibe la sanción de la soberanía popular y rápidamente activa su funcionamiento dentro del propio aparato industrial. No lo alcanzará por sus contradicciones intrínsecas; pero ciertamente el objetivo último del capitalismo sigue siendo siempre el *autogobierno del capital*, democracia directa, no ya de los pequeños propietarios, sino de los grandes capitalistas, con el pueblo soberano reducido a fuerza de trabajo y el capital-fetiche erigido en Estado político dentro de su propia sociedad.

Una sociedad específicamente capitalista, para ser comprendida, debe contemplarse también como un producto histórico en el desarrollo del capital. Hay un nivel del proceso de socialización del capital que hace explotar materialmente la necesidad de una organización racional de la sociedad. La racionalización creciente del proceso productivo debe extenderse ahora a toda la red de las relaciones sociales. No es ya suficiente que la producción capitalista en cuanto tal llegue a cubrir todo el territorio de la sociedad burguesa; son sus caracteres específicos, es el nivel históricamente alcanzado por la producción del capital, es su particular organización interna, los que deben caracterizar ahora la organización general de la sociedad, hasta repetir, valorizada al máximo, en el plano de la sociedad capitalista, la relación inicial que ponía frente a frente al capitalista individual, de una parte, y al obrero individual, de la otra: la misma relación *debe* representarse y organizarse ahora entre las *clases sociales*. Una exigencia objetiva de la producción capitalista, una vez que predomina el capital social, es la recuperación de un terreno real general de la lucha de clases. Tan sólo mediante esta recuperación, en realidad, la lucha de clases puede ser conscientemente regulada y organizada dentro del plan del capital. Hemos visto que siempre la lucha obrera ha funcionado objetivamente como momento dinámico del desarrollo capitalista. No obstante, puede decirse que sólo a este nivel puede preverse y utilizarse racionalmente en el proceso global de producción del capital social. La tensión entre capital y trabajo se convierte así en una «institución legal de la sociedad»; y son reconocidas, en su plena autonomía, todas aquellas instituciones que *garantizan* un ordenado desenvolvimiento burgués de las reivindicaciones obreras particulares. Las organizaciones mismas de los obreros adquieren una importancia decisiva para los intereses sociales del capital. Hay un momento en el que el capital moderno no puede prescindir de un sindicato moderno, en la fábrica, en la sociedad y directamente en el Estado. La integración política del partido obrero dentro de las absurdas formas antediluvianas del parlamento burgués se convierte, ella misma, en un momento secundario de mediación para llegar a la verdadera integración orgánica del sindicato obrero en el desarrollo programado de la sociedad capitalista. De ahí, y de nuevo, toda la reestructuración que sobresatura la forma general del poder, en búsqueda de un difícil equilibrio diverso entre la creciente exigencia de una centralización de las

decisiones y la necesidad de una descentralización efectiva de las funciones de colaboración y de control: unidad tendencial de autoridad y pluralismo, de dirección central y de autonomías locales, con una dictadura política y una democracia económica, un *Estado autoritario* y una *sociedad democrática*. En este momento, es cierto, no hay ya desarrollo capitalista sin un plan del capital. Pero no puede haber plan del capital sin *capital social*. La sociedad capitalista programa, por sí misma, su propio desarrollo. Y ésta, precisamente, es la *planificación democrática*.

Dice Marx, casi al final del libro I de *El Capital*:

> Puesto que damos por supuestos los límites de la producción capitalista, o sea, una forma puramente espontánea del proceso de producción social, se prescindió también de toda combinación más racional, directa y planificadamente [*planmässig*, dice exactamente el texto] realizable con los medios de producción y las fuerzas de trabajo presentes[30].

Es evidente que nosotros no podemos efectuar hoy este mismo tipo de abstracción. Marx mismo la abandonaba, cuando pasaba a analizar el proceso global de la producción capitalista. Es cierto que deben considerarse siempre como dados los límites de esta producción. No se trata de redescubrir hoy, tras decenios de fe absoluta en el proceso de putrefacción del capitalismo, una fe igualmente absoluta en la racionalidad objetiva de este sistema. En este sentido, que el juego haya concluido, no lo cree ciertamente el capitalista moderno, ni tampoco su ciencia. Lo creen, por el contrario, nuestros ideólogos neorreformistas, siempre con su alma en crisis: economistas puros, sociólogos aplicados, técnicos del movimiento obrero y filósofos del marxismo, todos estos personajes que están contra el sistema, pero no saben qué hacer para combatirlo: en realidad, en todas sus referencias sobre el capitalismo se olvidan regularmente de la clase obrera.

> Todo el modo capitalista de producción es sólo un modo de producción relativo, cuyos límites no son absolutos, pero que sí lo son para él, sobre su base[31].
>
> La producción capitalista tiende continuamente a superar estos límites que le son inmanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aún más formidable[32].

Todo el mundo sabe que el capitalismo se plantea históricamente, desde el principio, como un sistema de contradicciones: su desarrollo interno es el desarrollo de sus contradicciones. Y también cuando el proceso de la producción social no asume ya una figura natural y espontánea, sino que asume, por el contrario,

[30] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 2, OME-41, cit., p. 253.
[31] Karl MARX, *El Capital*, libro III, vol. 6, cit., p. 330.
[32] *Ibid.*, p. 321.

una forma racional y planificada, también entonces el sistema articulado de la producción, de la fábrica individual a la globalidad del Estado, se plantea siempre como la organización tendencialmente sistemática de terribles irracionalidades. La anarquía de la producción capitalista no es suprimida, simplemente se organiza socialmente. Cuando se insiste siempre y únicamente sobre el momento del desarrollo, y en este caso directamente de un desarrollo planificado del capital, se quiere conscientemente reaccionar contra aquella persistente contemplación religiosa de la crisis general del capitalismo, que se ha trastocado fatalmente ahora en una profana imitación de su prodigioso modelo técnico de desarrollo social. Esta segunda actitud es resultado histórico directo de la primera. El empirismo oportunista que domina hoy al movimiento obrero internacional es hijo natural del oportunismo científico de Stalin. El único modo de recuperar un discurso correcto sobre la sociedad del capital es reencontrar las posibilidades actuales concretas de la revolución obrera. Y viceversa: estas posibilidades no pueden sino nacer materialmente del desarrollo necesario de la producción capitalista. Hay sin duda que revalorizar de nuevo el lado *activo* dentro de la relación económica, la actividad revolucionaria consciente del proletariado organizado: es Lenin antes de 1917. Y hay que plantear después esta organización de la revolución en un momento históricamente determinado del desarrollo capitalista, su consecuencia externa y, al mismo tiempo, su contradicción interna: es Marx en *El Capital*. No por casualidad nuestro sectarismo parte dogmáticamente de estos únicos textos.

En el nivel de máxima estabilización del capitalismo, el plan del capital también puede llegar a organizar socialmente la tendencia natural de su producción. Puede nacer, pues, la posibilidad de un plan social para la producción del capital: y nacer directamente de la existencia materialmente objetiva en lo sucesivo de un capital social. Sin embargo, sigue siendo cierto que, durante toda la existencia de una formación económico-social de tipo capitalista, «la relación de la producción gobal [se impone] a los agentes de la producción como una ley ciega, no sometiéndose a su control colectivo como una ley del proceso de producción captada por su intelecto colectivo, y de ese modo dominada»[33]. Se trata, en realidad, de ver ahora de modo específico cómo se plantea, en el ámbito del capital social, el nexo *interno* de la producción global y cómo y por qué se impone siempre de nuevo como «ley ciega» a los ojos del propio capitalista colectivo, que no logra someterlo de una vez por todas a su control directo. El nexo interno de la producción global se halla dado ahora directamente por la relación social de clase, que contrapone la sociedad capitalista de un lado, y la clase obrera del otro. Un convenio nacional compromete ahora al obrero

[33] *Ibid.*, p. 330.

individual –o sea, los obreros de una esfera de producción particular–, no ya ante los respectivos capitalistas individuales, sino ante un cierto tipo de desarrollo general del capital social. La contratación articulada no es en este sentido nada más que una normal estructura pluralista, garantía de ese impulso ordenado dirigido a la eficiencia de la empresa individual y de todo el sistema, que siempre proviene de la acción sindical de los obreros. La institución sindical es un típico instituto *democrático* de la *planificación* capitalista. Sin embargo, estos mismos movimientos del capital, travestidos y transformados en exigencias obreras, revelan como hecho material fundamental el creciente proceso de socialización, no ya sólo del capital de una parte y del trabajo de la otra, sino de la propia relación social general que inmediatamente los contrapone dentro del proceso de producción: creciente generalización y socialización de la *lucha de clases*, que deriva de las necesidades inmediatas de producción y reproducción del capital social.

> *La reproducción a escala ampliada, o acumulación*, reproduce la *relación-capital a escala ampliada*: más capitalistas o capitalistas mayores, en este polo, más trabajadores asalariados en aquél. La reproducción de la fuerza de trabajo... constituuye de hecho un momento de la reproducción del capital mismo. *Acumulación del capital es, pues, multiplicación del proletariado*[34].

Es cierto que aumenta contemporáneamente la división del trabajo y, en virtud de ello, su fuerza productiva social: y, por lo tanto, aumenta la posibilidad de emplear diversas formas de economía de trabajo. Pero también la acumulación, y con ella la concentración de capital, representa un medio material para aumentar la productividad. Entonces la masa incrementada de los medios de producción, destinados a ser transformados en capital, debe tener siempre a su disposición, para explotarla, una población obrera incrementada en proporción. Únicamente el aumento absoluto de la masa de plustrabajo hace posible el aumento de la masa absoluta de beneficio. La simultánea disminución relativa de la parte variable del capital respecto a la constante provoca tan sólo, y en parte, una caída de la tasa de beneficio. Tenemos, por un lado, incremento de la *masa* absoluta del beneficio y relativa caída de la *tasa* de beneficio, porque tenemos, por otro, aumento absoluto del plustrabajo y disminución relativa del capital variable.

> La ley de la baja progresiva de la tasa de beneficio o de la disminución relativa del plustrabajo apropiado en comparación con la masa de trabajo objetivado puesta en movimiento por el trabajo vivo, no excluye en modo alguno que crezca la masa absoluta del trabajo puesto en movimiento y explotado por el capital social, y por consiguiente también la masa absoluta del plustrabajo apropiado por él; tampoco excluye el hecho de que

[34] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 2, OME-41, cit., pp. 258-259.

los capitales que se hallan a disposición de los diversos capitalistas manejen una masa creciente de trabajo, y por ende de plustrabajo, de este último incluso si el número de los obreros de los que dispone no aumenta[35].

Marx dirá a continuación: esto no sólo *puede*, sino que *debe* suceder en la producción capitalista. Debe suceder, pues, que se disponga de una masa creciente de trabajo y de «plustrabajo» en sentido absoluto, para que la disminución relativa del trabajo vivo respecto al trabajo objetivado no llegue a bloquear, en su sustancia, el crecimiento de la masa de beneficio y, por lo tanto, el proceso de acumulación de capital.

Si es cierto, de hecho, que disminuye la cantidad de trabajo vivo adicional, es cierto también que aumenta continuamente la parte no pagada de la jornada de trabajo social respecto a la pagada, que aumenta el plusvalor respecto al trabajo necesario, que aumenta, por lo tanto, el plusvalor relativo y, por consiguiente, la explotación absoluta del trabajo. El progreso de la explotación capitalista sirve *siempre* de base material al desarrollo del capital. Únicamente el proceso de socialización de la explotación coloca al capital en condiciones de organizarse en el plano social. He aquí por qué la propia reproducción ampliada del capital social no puede sino reproducir en una escala ampliada la relación social capitalista. La reproducción y la acumulación del capital social no pueden dejar de reproducir y acumular la propia fuerza de trabajo como clase social.

El capital individual, es decir, cada fragmento del capital social que opera de modo autónomo y como dotado de vida propia, puede dar a su producto una forma natural cualquiera. La única condición es que esta forma natural tenga un valor de uso. Es indiferente y del todo casual que el medio de producción producido entre de nuevo *como tal* en el proceso de producción y que, por lo tanto, el capital constante se reproduzca inmediatamente en su forma natural. Diversamente sucede con el producto del capital social global. Aquí la parte producida de capital constante reaparece en la forma natural de nuevos medios de producción que deben funcionar como capital constante. «Todos los elementos materiales de la reproducción tienen que constituir en su forma natural partes de este producto mismo.»[36] Ahora bien, si es cierto que el capital variable, considerado según el valor, es igual al valor de la fuerza de trabajo, es también cierto que, considerado según la *materia*, se identifica con la fuerza de trabajo misma, con el trabajo vivo puesto en movimiento. Desde el punto de vista del capital social, el elemento material del capital variable no puede representarse más que en su inmediata forma *natural*, como fuerza de trabajo *social*. Ya no es suficiente la reproducción individual del obrero particular; se hace necesaria

[35] Karl MARX, *El Capital,* libro III, vol. 6, cit., p. 276.

[36] Karl MARX, *El Capital,* libro II, OME-42, cit., p. 443.

una reproducción social del obrero colectivo. No basta ya, pues, la supervivencia bruta de la fuerza de trabajo en cuanto tal; es preciso un proceso de acumulación de la fuerza de trabajo *para* el capital social. La fuerza de trabajo debe reaparecer ahora en esa forma natural que es su *naturaleza social*; el capital variable debe de entrar de nuevo en el proceso de la producción capitalista directamente como *clase obrera*. Durante un dilatado período histórico, la producción del capital se encuentra constreñida por esta necesidad. Todos los procesos de descomposición racional del trabajo concreto, que tendían a destruir la posibilidad abstracta de su organización social, encuentran un límite objetivo en la necesidad material de recuperar después a la fuerza de trabajo misma como fuerza social autónoma dentro del capital. La aparente «descomposición», cada uno en su campo, de capital y trabajo es tan sólo la forma específica que asume el proceso de unificación real interna, cada una en su terreno, de la clase capitalista y de la clase obrera.

El capital global tiene necesidad de ver ahora ante sí al trabajo global: para el cálculo económico del propio desarrollo planificado. Tiene necesidad además de no verlo mistificado por los propios exclusivos intereses de clase, de no verlo transformado en la propia ideología de clase dominante: de ahí la necesidad de conocer el trabajo a través de los trabajadores, de calcular el trabajo global mediante la figura del obrero colectivo. El capital social se halla constreñido a socializar el conocimiento mismo del trabajo social. El capitalista individual, con su limitada perspectiva, llega a ver que su beneficio no proviene ahora únicamente del trabajo empleado por él o por su rama de producción, y que el beneficio medio es diferente del plusvalor inmediato. Pero:

> [...] hasta dónde ese beneficio está mediado por la explotación global del trabajo por parte del capital global, es decir, por todos sus colegas capitalistas, es una conexión que constituye un misterio total para él, tanto más por cuanto hasta los teóricos burgueses, los economistas políticos, no lo desvelaron hasta el momento[37].

En un cierto estadio de desarrollo del capital, no es solamente el obrero, sino el capitalista mismo, quien debe luchar contra la *apariencia* de sus relaciones de producción, quien debe llegar a rasgar el velo de los fenómenos para captar la esencia y la naturaleza intrínseca del propio proceso. Nace aquí la necesidad de la *ciencia dentro del capital*: cuando el capital se da cuenta de que es una fuerza social. Entonces ya no se trata de la simple subsistencia científica de las relaciones económicas, sino de las propias relaciones económicas organizadas científicamente. Y es casi inútil advertir que también ésta es una fórmula *tendenciosa*, que quiere captar tan sólo un lado del problema, para individuar la tendencia de fondo que guía el proceso. Ya

[37] Karl MARX, *El Capital,* libro III, vol. 6, cit., p. 214.

hemos dicho que el sistema capitalista no logrará nunca que su mecanismo de desarrollo alcance una perfecta racionalidad objetiva; decimos aquí, ahora, que su programa máximo tiende a ello. A esto tiende precisamente la ciencia *del* capital: su tentativa actual de desmistificar el proceso social de la producción capitalista, racionalizando la forma y programando el contenido del desarrollo capitalista. Todo lo confirma: el teórico puro de la economía capitalista es hoy el moderno hombre político burgués; el teórico de la planificación se identifica con el programador práctico. Aún más: existe una política del plan, pero no existe una teoría de la planificación; el máximo de teoría de planificación es dado por las técnicas de programación. Lo que no quiere decir, precisamente, que ya no exista un pensamiento burgués: quiere decir, por el contrario, que el pensamiento burgués se halla a partir de ahora *todo él* integrado dentro del capital, funciona como mecanismo interno de su desarrollo, no sirve ya para justificar desde el exterior las formas actuales del poder capitalista. Esta última función se descarga directamente sobre las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. Cuando la ciencia está a punto de pasar al interior del capital social, la *ideología* corre el riesgo de quedar en manos del obrero individual, en manos pues del movimiento obrero desorganizado. Es cierto: las ideologías neocapitalistas no derivan *inmediatamente* del centro de poder único del gran capital. Tienen necesidad, como *mediación* práctica, de pasar por los despachos de estudio de los sindicatos obreros. En una sociedad capitalista que se desarrolla a partir de un capital social organizado, las ideologías del neocapitalismo corresponden a una organización capitalista del movimiento obrero. No es cierto que en este momento ya no exista la clase obrera: existe una *clase obrera organizada por el capital.*

Se abre en este entorno una larga serie de preguntas inquietantes. ¿Hasta qué punto la contradicción fundamental entre el carácter social de la producción y la apropiación privada del producto puede ser sobresaturada y bloqueada por el desarrollo capitalista? ¿No se esconde en el proceso de socialización del capital una forma *específica* de apropiación social del producto privado? ¿No se ha convertido la misma socialidad de la producción en la más importante mediación objetiva de la propiedad privada? ¿Y cómo puede una mediación *contradecir* lo que media? ¿Cómo puede una socialidad *burguesa* del proceso productivo poner en crisis la apropiación *capitalista* del producto? ¿Cómo puede, por lo tanto, una sociedad capitalista entrar en contradicción con el proceso de producción del capital? Cuando la relación de producción se ha generalizado en relación social general, cuando toda la sociedad burguesa se ha reducido a un momento de la producción capitalista, el propio carácter social de la producción *puede* ser recuperado dentro del mecanismo de la propiedad privada capitalista. Todo el mecanismo objetivo funciona en lo sucesivo dentro del plan subjetivo del capitalista colectivo. La producción social deviene *función* directa de la propiedad privada. El representante general de la sociedad es ahora verdaderamente el

capital social. En la relación social de producción, portavoz de la sociedad no es ya la clase obrera, sino directamente el capital. A los obreros no les queda nada más que su *parcial* interés de clase. Por un lado, por lo tanto, el autogobierno *social* del capital; por otro, la autogestión *de clase* de los obreros organizados.

El concepto de *clase obrera* se materializa tan sólo a este nivel históricamente concreto, se precisa en toda su particularidad específica, se desarrolla en toda la riqueza de sus determinaciones. Así, pues, ésta que es la abstracción social más simple de una formación económica capitalista y que vale, por consiguiente, para todas las formas sucesivas de su desarrollo, «aparece, sin embargo, prácticamente verdadera en esta abstracción» únicamente como categoría del capitalismo más moderno. Cuanto más afronta y disuelve la producción capitalista sus contradicciones *externas*, tanto más está constreñida a poner al desnudo su contradicción *interna*. Cuanto más logra el capital organizarse a sí mismo, tanto más obligado se halla a organizar, para sí misma, a la clase obrera. Hasta el punto en que la clase obrera no tiene ya que convertirse en *espejo* de todas las contradicciones sociales; puede reflejarse directamente a sí misma como contradicción de la sociedad.

Es inútil correr a sacar de los archivos palabras mágicas para alejar esta visión. El *obrerismo* puede también ser un peligro real cuando los obreros asalariados son una pequeña minoría en medio de las clases trabajadoras. ¿Pero en un proceso que tiende a reducir a todo trabajador a obrero? Es cierto, para no desmentir la vieja estrategia se inventan entonces nuevos *aliados* de la clase obrera: el puesto dejado por las inmensas masas de campesinos pobres lo ocupan las refinadas elites de los nuevos estratos medios. Así, los obreros se liberan conjuntamente de toda tentación *sectaria* y de toda perspectiva *socialista*. Lo saben bien los capitalistas: la generalización real de la condición obrera puede reproponer la apariencia de su extinción formal. En virtud de ello, el poder obrero *específico* es inmediatamente absorbido en el concepto *genérico* de soberanía popular: la mediación política sirve aquí para hacer funcionar *pacíficamente* el contenido explosivo de la fuerza productiva obrera dentro de las formas bellas de la moderna relación de producción capitalista. Por esta razón, a este nivel, cuando la *clase obrera* rechaza políticamente hacerse *pueblo*, no se cierra, se abre la vía más directa para la revolución socialista.

Es aquí donde es preciso retomar el discurso sobre la abstracción de la categoría «trabajo». Será necesario posteriormente dedicar a ello un análisis independiente. Basten ahora estas consideraciones elementales. El trabajo «en general» señala la indiferencia alcanzada hacia un tipo de trabajo determinado y presupone, al mismo tiempo, una totalidad muy desarrollada de los tipos reales de trabajo. Los dos procesos están estrechamente unidos. Cuanto más concreto se hace el trabajo particular, tanto más puede abstraerse de éste el trabajo en

general. «Las abstracciones más generales sólo surgen con el desarrollo concreto más rico.» No es una casualidad que Marx vuelva a hablar en estos términos del trabajo, cuando afronta el proceso de igualación que experimenta, por obra de la competencia, la tasa general de beneficio. Junto a la movilidad cuasiespontánea del capital interviene aquí una movilidad guiada de la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo no sólo puede, sino que *debe*, ser arrojada lo más rápidamente posible de una esfera de producción a otra, de una ubicación productiva a otra. No hay desarrollo capitalista sin un alto grado de movilidad social de la fuerza de trabajo obrera. No hay planificación del desarrollo sin programación de la movilidad. Lo cual requiere igualmente:

> [...] la indiferencia del obrero con respecto al contenido (*Inhalt* [contenido]) de su trabajo. La mayor reducción posible del trabajo en todas las esferas de la producción a trabajo simple. Desaparición de todos los prejuicios profesionales entre los obreros. Por último, y en forma principal, sometimiento del obrero al modo de producción capitalista[38].

El rasgo decisivo es también aquí la subordinación de los obreros al modo de producción capitalista. Es la diferencia entre *Explotation* y *Unterwerfung* [sumisión]. Todos saben, porque es un hecho de por sí obvio, que dentro del modo capitalista de producción los obreros son ciertamente *siempre explotados*, pero no son *nunca sometidos*.

Por la misma vía por la cual avanza la explotación capitalista puede avanzar la insubordinación de los obreros: captando en cada ocasión los modos específicos mediante los cuales se *reúnen* los dos procesos. Es evidente, por ejemplo, que hoy se trata de reconocer y valorizar todo el contenido *positivo* oculto y mistificado dentro de los diversos procesos denominados de *alienación*. Si esta palabra corrupta posee todavía un sentido, es sólo el de expresar una forma específicamente determinada de explotación directa del trabajo por parte del capital. Extrañación *total* del trabajo respecto al trabajador; el trabajo útil, concreto, que se hace objetivamente externo, extraño, indiferente al obrero; el fin del oficio, de la *profesión*, de esta última apariencia de independencia *individual* del trabajador, extrema supervivencia de una *persona* burguesa en el cuerpo del obrero. El contenido positivo de la alienación, entonces, no es únicamente el contenido positivo mismo de la explotación capitalista, tomado como momento en el que se hace consciente y se organiza la respuesta del antagonismo obrero. El proceso de una total extrañación del trabajo coincide con su más completa objetivación dentro del proceso de producción del capital. Y sólo cuando el trabajo se halla completamente objetivado dentro de la producción capitalista, la existencia de la clase obrera deviene *específicamente* contradictoria a la totalidad del modo de producción capitalista.

[38] *Ibid.*, p. 248.

No sólo el producto del trabajo, no sólo los instrumentos de producción, sino todas las condiciones de trabajo deben hacerse *objetivas* en la persona del capital, deben arrancarse, por consiguiente, a la subjetividad del obrero individual, si quieren ser recuperadas después como *enemigas* del obrero colectivo. El obrero individual debe llegar a ser *indiferente* al propio trabajo, para que la clase obrera pueda llegar a *odiarlo*. Dentro de la clase, sólo el obrero «alienado» es verdaderamente revolucionario. Y, de hecho, hay un momento en el que quien asume la defensa de la «personalidad» del obrero es directamente el capitalista. Sólo en su figura genéricamente *humana*, la fuerza de trabajo puede someterse voluntariamente al capital. Sólo como *necesidades humanas* las exigencias obreras son libremente aceptadas por el capitalista. Es el punto en el que el obrero descubre definitivamente el «culto del hombre» como una vergüenza burguesa.

No hay derechos fuera del capital. Los obreros no tienen ni siquiera que defender los «derechos del trabajo»: los derechos del trabajo, a este nivel, son los mismos que los del capital. El sindicato, la lucha sindical, no puede *por sí sola* salir fuera del sistema, se halla destinada a ser inevitablemente *parte* de su desarrollo. No son ya corporativos los intereses del capital; son corporativos los intereses del trabajo fuera del capital. Un sindicato que, *como tal*, es decir, sin partido, sin organización política de clase, pretenda ser *autónomo* del plan de capital, no consigue nada más que ser la más perfecta forma de integración de la clase obrera dentro del capitalismo. El moderno sindicalismo, el partido como correa de transmisión del sindicato, es el punto más alto del reformismo capitalista. Es el modo en el que se transforma y al mismo tiempo se utiliza, dentro de la iniciativa subjetiva del capital, la necesidad objetiva de la producción capitalista de recuperar el terreno político real de la lucha de clases. Sobre esto no hay dudas. Si hay quien finge interpretar en términos economicistas y objetivistas la sustancia del discurso precedente, demuestra no haberlo comprendido en absoluto. «En términos puramente económicos, *es decir, desde el punto de vista burgués*», dice continuamente Marx, para indicar que en el terreno de la competencia económica con los capitalistas, los obreros son regularmente derribados; en este terreno no tienen otra posibilidad que la de mejorar las condiciones de la propia explotación. Cuando se silencian a la fuerza, por nuestra parte, las contradicciones *objetivas* del sistema hasta hacerlas desaparecer dentro de su específico mecanismo de desarrollo, se quiere conscientemente llegar a recuperar el verdadero discurso *obrero*, que es un discurso *político*, de organización política y de poder político. Esto también en un sentido determinado de modo novedoso. Cuando la ciencia misma es objetivada dentro del capital, el socialismo es constreñido a su vez a devenir de nuevo *científico*. La insurrección como obra de arte se convierte sólo ahora en ciencia de la revolución. Así, a la programación que el capital social hace de su propio desarrollo debe y puede responder una ver-

dadera y propia planificación obrera del proceso revolucionario. Es cierto: no basta contraponerse idealmente al plan del capital: es preciso además saberlo utilizar materialmente. Y esto no puede llevarse a cabo sino calcando sobre el programa *económico* del desarrollo capitalista un plan *político* de respuesta obrera. A partir de ahora, capital y trabajo, cada uno en su campo, llegan a ver muy lejos, se enfrentan en una perspectiva a largo plazo. Estrategia contra estrategia: la táctica para los burócratas de las dos partes.

Ya lo hemos dicho: la clase obrera debe privilegiar el dato de hecho de la existencia del capital, valorizar las formas sucesivas de su desarrollo y anticiparlas materialmente de modo directo, en forma antagonista, en la propia organización. Entonces, dentro del proceso mismo de socialización del capital, en el curso del desarrollo que lleva al capital social a hacerse representante del interés general, la clase obrera no puede más que comenzar a organizar el propio interés *parcial*, a gestionar directamente el propio *poder particular*. Cuando el capital se descubre como una fuerza social y sobre esta base da forma a una *sociedad capitalista*, no deja otra alternativa a la clase obrera que la de oponerse a toda esta socialidad del capital globalmente considerada. Los obreros no tienen ya que contraponer el ideal de una *verdadera sociedad* a la falsa sociedad del capital, no tienen ya que disolverse y diluirse a sí mismos dentro de la relación social general, pueden en lo sucesivo reencontrar y redescubrir la propia clase como fuerza revolucionaria antisocial. Frente a la clase obrera se halla ahora, sin posibilidad de mediación, *toda* la sociedad del capital. La relación se ha transformado finalmente: la única cosa que el interés general no logra mediar, en su interior, es la irreductible parcialidad del interés obrero. De ahí, el reclamo burgués a las razones *sociales* contra las peticiones *sectoriales* de los obreros. Entre capital y trabajo se querría establecer la misma relación que existe, en un cierto nivel, entre capital social y capitalistas individuales; una relación, como dicen los funcionarios, siempre «dialéctica». En realidad, cuando el trabajo global acepta razonablemente participar en el desarrollo general, acaba por funcionar como una parte alícuota cualquiera del capital social global. Por esta vía no se llega sino a un desarrollo lo más racionalmente equilibrado posible de *todo* el capital. Es en este momento, por el contrario, cuando la clase obrera debe organizarse conscientemente como elemento *irracional* dentro de la racionalidad específica de la producción capitalista. La creciente racionalización del capitalismo moderno debe encontrar un límite irrebatible en la creciente irrazonabilidad de los obreros organizados, es decir, en el rechazo obrero a la integración *política* dentro del desarrollo *económico* del sistema. Así, la clase obrera deviene la única *anarquía* que el capitalismo no logra *organizar* socialmente. Tarea del movimiento obrero es organizar científicamente y gestionar políticamente *esta* anarquía obrera dentro de la producción capitalista. A partir del modelo de la sociedad organizada

por el capital, el propio partido obrero no puede ser sino *organización de la anarquía*, no ya dentro, sino fuera del capital, fuera, pues, de su desarrollo.

Pero es necesario precisar: no se trata de crear el caos en el proceso productivo. No se trata de «organizar la desorganización sistemática de la producción»: esto no es otra cosa que neoanarcosindicalismo. Y no se trata precisamente de esconder detrás de esta absurda antigualla las perspectivas totalmente nuevas que sólo hoy se abren ante la lucha de clases. Ni se quiere, por otra parte, al contrario, contraponer una gestión obrera a una gestión capitalista de la empresa industrial moderna o del «centro productivo en sí»: ante todo, porque el centro productivo en sí no existe, existe la empresa industrial capitalista *y basta*; en segundo lugar, porque los obreros dejan encantados al patrón toda la gestión de esta empresa, como dejan al capitalista colectivo la gestión general de la sociedad y mantienen para sí solo la autogestión *política* del propio poder de clase, que parte de la fábrica y quiere llegar al Estado. La simple petición de un poder obrero real distinto y autónomo del poder político burgués real es ahora capaz de poner en crisis el mecanismo económico del sistema, impidiéndole funcionar. He aquí el punto en el que todo el discurso se transforma radicalmente: la base material sobre la cual todo lo que es función del capital adquiere la posibilidad de convertirse en directamente funcional para la revolución *contra* el capital. Desde el punto de vista obrero, el control integral del proceso social deviene tanto más posible, cuanto más el capital se convierte en *capital social*. La articulación obrera de todo el mecanismo capitalista se descubre en el centro del sistema, arbitra en lo sucesivo su ulterior desarrollo o su crisis definitiva. La planificación interna de la fábrica y la programación del desarrollo capitalista, es decir, el conocimiento burgués del proceso de producción, pueden ser utilizadas en forma antagonista al sistema, instrumentalizadas para fines revolucionarios. La misma ciencia interna del capital puede convertirse en la trama de una recomposición *unitaria* del pensamiento obrero, provocando a la fuerza una teoría de la revolución toda ella integrada dentro de la clase obrera. Así, incluso la integración empresarial y sectorial de la fuerza de trabajo llega a convertirse en instrumento de conocimiento directo del aparato productivo por parte de los obreros, reconocimiento de la forma determinada que asume en este nivel la explotación capitalista. Las técnicas de integración económica intentadas por el patrón, necesidad objetiva de la producción del capital, se convierten en instrumento de control político *sobre el* capital, medio, por consiguiente, de autogestión obrera.

Se hace así posible un uso insubordinado de la integración, que se convierte, en concreto, en el uso revolucionario del desarrollo capitalista. El movimiento obrero organizado sólo en este momento *puede* y, por lo tanto, *debe transformar* continuamente los instrumentos de dominio del capital en medios de insubordinación del trabajo, constriñendo con la violencia a las necesidades objetivas

de la producción capitalista a funcionar como exigencias subjetivas de los obreros revolucionarios.

La formulación teórica de una estrategia revolucionaria total, en este nivel, no es ya solamente posible, se convierte en absolutamente necesaria para la fundación del mismo proceso revolucionario. La anarquía objetiva de la clase obrera dentro del capitalismo tiene necesidad ahora de expresarse con el máximo grado de conciencia. Ningún elemento de ésta puede ya ser abandonado a la espontaneidad: todo se remite a una previsión científica de la revolución y a una consecuente organización rigurosa. El *espontaneísmo* pertenece siempre y tan sólo a las «masas» en sentido genérico, nunca a los obreros de la gran fábrica. El pueblo trabajador ama con frecuencia explotar en actos improvisados de protesta desordenada, la clase obrera no: el pueblo tiene tan sólo que defender sus derechos, la clase obrera debe exigir el poder. Exige ante todo, por lo tanto, que se *organice* la lucha por el poder. Nadie más que nosotros está dispuesto hoy a aceptar integralmente la tesis leninista: «la clase obrera en su lucha por el poder tiene sólo un arma: la organización». Los obreros no se mueven si no se sienten organizados, es decir, si no saben que están *armados* en la lucha; son gente seria, no van nunca a la aniquilación; son una *clase* social de productores, no un *estrato* de miserables oprimidos. No se mueven hoy si no cuentan con una planificación de la revolución y con su explícita organización. Los programas de partido no sirven para nada: la estrategia revolucionaria no se confunde con una carta máxima y mínima de reivindicaciones. En la actualidad no se trata de negociar los puntos individuales para contestar mañana el conjunto del poder. Es exactamente lo contrario: la exigencia del poder debe preceder a todo; sólo así *todo* se organiza para la conquista del poder. Es preciso *contestar* rápidamente a la clase dominante su dominio político; después se podrá también *negociar* con ella el terreno de la lucha.

El primer paso sigue siendo siempre la recuperación de la irreductible parcialidad obrera contra todo el sistema social del capital. Nada se hará sin *odio de clase*: ni elaboración de la teoría, ni organización práctica. Sólo desde un punto de vista rigurosamente obrero se comprenderá el movimiento global de la producción capitalista y se utilizará como un momento *particular* de la revolución obrera. Sólo la unilateralidad, en la ciencia y en la lucha, abre el camino simultáneamente a la comprensión del todo y a su destrucción. Toda tentativa de asumir *el interés general*, toda tentación de detenerse en el nivel de la *ciencia social*, únicamente servirá para inscribir al movimiento obrero, del mejor modo posible, dentro del desarrollo del capital. La acción política de clase de los obreros ya puede prescindir del problema del sectarismo. Es el pensamiento obrero el que *debe* ser sectario: debe formar *parte* de un nuevo sistema orgánico de poder, organizado en nuevas formas revolucionarias. Ya no hay ilusiones posibles: dada la existencia de un capitalismo desarrollado, no se puede continuar siguiendo la ley de movimiento del capital, sino es mediante la organización de una decisiva lucha de clases contra toda la sociedad capitalista. El análisis marxista del capitalismo no avanzará si no encuentra una teoría obrera de la revolución. Y ésta no servirá de nada si no se encarna en fuerzas materiales reales. Y éstas no existirán para la sociedad sino cuando sean políticamente organizadas en clase contra ella.

De ahí, el atolladero en el que siempre se encuentra encerrado el discurso, cuando quiere ser sectario, pero global: atrapado entre la voluntad de partir a buscar con calma las razones objetivas que guían un largo proceso histórico y la necesidad de llegar a encontrar rápidamente las fuerzas subjetivas que se organicen para derribarlo. La paciencia de la investigación y la urgencia de la respuesta. El vacío teórico que se halla entre ambas es un vacío de organización política. Hay un derecho al experimento, que prácticamente es el único que es preciso reivindicar. Hasta ese momento todo sucederá mediante rápidos enfrentamientos entre conceptos inmediatamente contradictorios. Estamos *obligados* a saltar hacia adelante. Prescindamos de las mediaciones por odio al oportunismo.

Es preciso volver ahora a ver, *en concreto*, qué es el trabajo asalariado en el nivel más elevado del capital, cómo está hecha la clase obrera en el máximo grado de desarrollo del capitalismo, cuál es su organización material interna y por qué y en qué condiciones puede llegar aquélla a materializar un proceso revolucionario directamente obrero y, *por consiguiente*, socialista. Cuanto precede no es nada más que la premisa genérica de este discurso específico. Todo está todavía por buscar. Por el momento, «la tentativa de una disolución y la indicación de una síntesis...».

Un experimento político de nuevo tipo

IV Lenin, en Inglaterra[1]

Una nueva época de la lucha de clases está a punto de inaugurarse. Los obreros se la han impuesto a los capitalistas con la violencia objetiva de su fuerza de fábrica organizada. El equilibrio de poder parece sólido; la relación de fuerzas es desfavorable. No obstante, ahí donde más potente es el dominio del capital, más profunda se insinúa la amenaza obrera. Es fácil no ver. Es preciso mirar a largo plazo y en lo profundo de la situación de clase de la clase obrera. La sociedad capitalista tiene sus leyes de desarrollo: los economistas las han inventado, los gobernantes las han aplicado y los obreros las han sufrido. Pero, ¿quién descubrirá las leyes de desarrollo de la clase obrera? El capital tiene su historia y sus historiadores la escriben. Pero, ¿quien escribirá la historia de la clase obrera? Han sido muchas las formas de dominio político de la explotación capitalista. Pero, ¿cómo se llegará a la próxima forma de dictadura de los obreros, organizados en clase dominante? Es necesario trabajar con paciencia, en el punto crucial, desde el interior, sobre este explosivo material social.

También nosotros hemos visto, primero, el desarrollo capitalista, después las luchas obreras. Es preciso transformar radicalmente el problema, cambiar el signo, recomenzar desde el principio: y el principio es la lucha de clases obrera. Desde la perspectiva del capital socialmente desarrollado, el desarrollo capitalista se halla subordinado a las luchas obreras, viene tras ellas y a ellas debe hacer que corresponda el mecanismo político de la propia producción. No se trata de un hallazgo retórico y no sirve para recuperar la confianza. Es cierto: hoy es urgente quitarse de encima este aire de derrota obrera que envuelve desde hace décadas al que ha nacido como el único movimiento revolucionario,

[1] *Classe Operaia*, año 1 (enero de 1964).

y no sólo de nuestra época. Una urgencia práctica, sin embargo, nunca es suficiente para sostener una tesis científica: ésta debe sostenerse por sus propios medios sobre un cúmulo histórico de hechos materiales. Ahora bien, todos deberían saber que al menos desde aquel junio de 1848, mil veces maldito por los burgueses, los obreros han subido a la escena y ya no la han abandonado jamás: han elegido voluntariamente, en cada ocasión, presentarse en papeles diversos, como actores, como apuntadores, como técnicos, como trabajadores, en espera de bajar al patio de butacas a agredir a los espectadores. ¿Cómo se presentan hoy sobre los escenarios modernos?

El punto de partida del nuevo discurso nos dice que, a escala nacional e internacional, la particular situación política actual de la clase obrera guía e impone un cierto tipo de desarrollo del capital. Se trata de comprender de nuevo a la luz de este principio la totalidad de la red mundial de relaciones sociales. Tomemos de ésta el dato material fundamental, que es la recomposición de un mercado mundial como proceso macroscópicamente en curso desde el momento en que se ha eliminado el obstáculo estaliniano al desarrollo. Sería fácil encontrar una explicación economicista y ponerse a reconsiderar matemáticamente el problema de los mercados en la producción capitalista. El punto de vista obrero, sin embargo, pretende una explicación política. Mercado único mundial significa *hoy* control internacional de la fuerza de trabajo social. La producción de mercancías puede organizarse, trabajosamente, en una zona, aunque sea restringida, de libre cambio. Los movimientos de la clase obrera, no. La fuerza de trabajo obrera nace ya históricamente homogénea en el plano internacional y obliga al capital, a lo largo de un dilatado período histórico, a homogeneizarse a su vez en igual medida. Y hoy es precisamente *la unidad de movimiento* de la clase obrera a escala mundial la que impone al capital una rápida recuperación de su respuesta unitaria.

Pero esta unidad en los movimientos de la clase obrera, ¿cómo es posible captarla? Los ámbitos institucionales del movimiento obrero dividen todo; las estructuras capitalistas unifican todo, pero en su propio exclusivo interés. Tampoco puede someterse a una verificación empírica un acto de lucha política. El único modo de verificar esta unidad es pasar a organizarla. Entonces se descubrirá que la forma nueva de la unidad de clase se halla totalmente implícita en las nuevas formas de lucha obrera y que el nuevo terreno de éstas se halla en el escenario del capital social internacional. En este escenario, la situación política obrera nunca ha sido más clara: allí donde históricamente se concentra una masa social de fuerza de trabajo industrial deviene posible descubrir a simple vista las mismas actitudes colectivas, las mismas opciones prácticas de fondo, un tipo único de crecimiento político. No colaboración programática, pasividad organizada, espera polémica, rechazo político, continuidad de luchas permanentes, son las formas históricas específicas en las que se generaliza hoy la lucha de clases obrera.

Formas transitorias de una situación transitoria, cuando los obreros ya se encuentran socialmente más allá de las viejas organizaciones y todavía más acá de una organización nueva: en realidad, sin organización política, ni reformista, ni revolucionaria. Es preciso captar a fondo y comprender en sus resultados este periodo de interregno de la historia obrera: las consecuencias políticas serán decisivas.

No resulta casual, como primera consecuencia, que encontremos una dificultad: la de captar los movimientos materiales de la clase a falta de los correspondientes ámbitos institucionales, del ámbito en el que normalmente se expresa la conciencia de clase. De ahí, el esfuerzo teórico, tremendo y más abstracto, que se nos exige, pero al mismo tiempo también su más clara funcionalidad práctica, que nos aferra al análisis de la clase obrera independientemente del movimiento obrero. Y como segunda consecuencia encontramos contradicciones e incertidumbres aparentes en los movimientos de la clase. Si la clase obrera poseyese una organización política revolucionaria es evidente que intentaría en todas partes instrumentalizar el punto más alto del reformismo capitalista. El proceso de composición unitaria del capital a escala internacional puede convertirse en la base material de recomposición política de la clase obrera, y en este sentido en momento estratégico positivo para la revolución, únicamente si es acompañado por un crecimiento revolucionario, no sólo de la clase, sino de la organización de clase. En ausencia de este elemento, la totalidad del proceso vive en función del capital, momento táctico de estabilización unilateral del sistema y de aparente integración, en su interior, de la clase obrera en cuanto tal. La operación histórica del capitalismo italiano, el acuerdo político orgánico entre católicos y socialistas, puede reabrir en realidad un modelo clásico de proceso revolucionario, si llega a restituir a los obreros italianos un partido obrero, obligado en lo sucesivo a oponerse directamente al sistema capitalista, en la fase de desarrollo democrático de su dictadura de clase. Sin esta legítima restitución, el dominio de la explotación capitalista se hará provisoriamente más sólido y los obreros serán obligados a buscar otras vías para su revolución. Si es cierto que la clase obrera impone objetivamente opciones precisas al capital, es cierto también que el capital materializa después estas opciones en clave antiobrera. El capital, en este momento, se halla más organizado que la clase obrera: las opciones que ésta impone al capital corren el riesgo de reforzarlo. De ahí, *el interés inmediato* de la clase obrera en contrastar estas opciones.

La perspectiva estratégica obrera es hoy tan clara que hacer pensar que tan sólo comienza ahora la estación de su espléndida madurez. Ha descubierto o redescubierto el verdadero secreto que condenará a muerte violenta a su enemigo de clase: la capacidad política de imponer hábilmente el reformismo al capital y de utilizarlo rudamente para la revolución obrera. Sin embargo, la posi-

ción táctica actual de la clase obrera, clase sin organización de clase, es y debe ser necesariamente menos clara e incluso, digámoslo así, más sutilmente ambigua. Se halla obligada a utilizar todavía las contradicciones que provoca la crisis del reformismo capitalista, a exasperar los elementos que operan como freno de su proceso de desarrollo, porque sabe, siente, que la vía libre a la operación reformista del capital, en ausencia de una organización política de clase de los obreros, supone el cierre, durante un largo periodo, de todo el proceso revolucionario, al igual que la presencia de esta organización supondría su apertura inmediata. Así, los dos reformismos, el del capital y el del movimiento obrero, deberán ciertamente encontrarse, pero por iniciativa directamente obrera; cuando la iniciativa, como hoy, es toda ella capitalista, el interés obrero inmediato radica en mantenerlos divididos. Es justo también tácticamente que se encuentren cuando tras la clase obrera existen, ya no únicamente experiencias de lucha, sino de lucha revolucionaria y, dentro de ésta, modelos de organización alternativa. Entonces el encuentro histórico del reformismo capitalista con el reformismo del movimiento obrero señalará verdaderamente la apertura del proceso revolucionario. La situación de hoy no es ésta: la prepara y la precede. De ahí el apoyo estratégico por parte de la clase obrera al desarrollo genérico del capital y la oposición táctica a los modos particulares de este desarrollo. Táctica y estrategia, hoy, en la clase obrera se contradicen.

Se contradicen, pues, el momento político de la táctica y el momento teórico de la estrategia en una relación compleja y muy mediada entre organización revolucionaria y ciencia obrera. En el plano teórico, el punto de vista obrero hoy no debe tener límites, no debe erigir ante sí barreras, debe saltar hacia delante, superando y negando todas las pruebas de los hechos que continuamente le son propuestas por la bellaquería intelectual del pequeñoburgués. Para el pensamiento obrero ha retornado el momento del descubrimiento. El tiempo de la sistematización, de la repetición, de la vulgaridad convertida en discurso sistemático, se ha cerrado definitivamente: lo que se precisa de nuevo, desde un principio, es una férrea lógica de parte, coraje comprometido para sí e ironía desinteresada hacia los otros. El error que hay que evitar es confundir todo esto con un programa político; la tentación que debe combatirse es la de transponer de modo inmediato esta actitud teórica en la lucha política, lucha articulada en virtud de precisas indicaciones de contenido, que en algunos casos llegan justamente a contradecir la forma de las aserciones teóricas. La respuesta práctica a los problemas prácticos, de lucha inmediata, de organización inmediata, de inmediata intervención en una situación de clase, todo esto debe medirse, desde un punto de vista obrero, en virtud de las necesidades objetivas de desarrollo del movimiento y, sólo en segunda instancia, verificarse en la línea general que subjetivamente lo impone al enemigo de clase.

Pero la disociación entre teoría y política es únicamente la consecuencia de la contradicción entre estrategia y táctica. Una y otra encuentran su base material en el todavía lento proceso en curso de división, primero, y de contraposición, después, entre clase y organizaciones históricas de la clase, entre «clase obrera» y «movimiento obrero». ¿Qué quiere decir este discurso concretamente y adónde quiere llegar? Conviene decir rápido y claro que el objetivo que se desea alcanzar es la recomposición sólida de una relación políticamente correcta entre ambos momentos: no debe teorizarse ninguna división entre ellos, no debe practicarse ninguna contraposición, en ningún punto, ni siquiera de modo provisorio. Si una parte del movimiento obrero vuelve a encontrar la vía de la revolución señalada por la propia clase, el proceso de reunificación será más rápido, más fácil, directo y seguro; en el caso contrario, este mismo proceso será igualmente seguro, pero menos claro, menos decidido, más largo, más dramático. Es fácil ver la obra de mistificación que las viejas organizaciones hacen de las nuevas luchas obreras. Resulta más difícil captar la continua y consciente instrumentalización obrera de aquello que todavía aparece al capitalista como el movimiento de los obreros organizados.

En particular, la clase obrera ha abandonado en manos de sus organizaciones tradicionales todos los problemas de táctica, para reservarse una visión estratégica autónoma, libre de impedimentos y sin compromisos. De nuevo, con este resultado provisional: una estrategia revolucionaria y una táctica reformista. Y ello aunque parezca, como de costumbre, exactamente lo contrario. Parece que los obreros se hallen ahora en perspectiva de acuerdo con el sistema y tan sólo ocasionalmente en fricción con el mismo: pero se trata de la apariencia «burguesa» de la relación social capitalista. La verdad es que incluso las escaramuzas sindicales son políticamente para los obreros ejercicios académicos en su lucha por el poder: y como tales las asumen, las utilizan y así utilizadas, las regalan al patrón. Es cierto que todavía vive en el mundo obrero la tesis marxista clásica: al sindicato el momento táctico, al partido el momento estratégico. Precisamente por esto, si existe todavía una ligazón entre clase obrera y sindicato, ya no existe la misma ligazón entre clase obrera y partido. De ahí la liberación de la perspectiva estratégica de las tareas organizativas inmediatas, la escisión transitoria entre lucha de clases y organización de clase, entre momento permanente de la lucha y formas organizativas provisorias, consecuencia de un fracaso histórico del reformismo socialista y premisa de un desarrollo político de la revolución obrera.

La atención de la investigación teórica y del trabajo práctico debe sentirse violentamente atraída por este mecanismo de desarrollo, no ya del capitalismo, sino de la revolución. No existen modelos. La historia de las experiencias pasadas nos sirve para liberarnos de ellos. Debemos confiar todo a un nuevo tipo de

previsión científica. Sabemos que la totalidad del proceso de desarrollo se encarna materialmente en el nuevo nivel de las luchas obreras. El punto de partida se halla, por consiguiente, en el descubrimiento de ciertas formas de lucha de los obreros que provocan un cierto tipo de desarrollo capitalista que va en la dirección de la revolución. De aquí pasar a articular estas experiencias, escogiendo subjetivamente los puntos neurálgicos en los que es posible golpear la relación de producción capitalista. Y a partir de ello, probando una y otra vez, volver a plantear el problema de cómo hacer corresponder de modo permanente una organización nueva a estas nuevas luchas. Entonces, tal vez se descubrirá que ya se han producido «milagros de organización» y que éstos se producen siempre en el interior de estas luchas milagrosas de la clase obrera, que nadie conoce, que nadie quiere conocer, pero que por sí solas han hecho y hacen más historia revolucionaria que todas las revoluciones de todos los pueblos coloniales puestas juntas.

Sin embargo, este trabajo práctico, articulado en la realidad de la fábrica, para funcionar en el terreno de la relación social de producción, tiene necesidad de ser continuamente juzgado y mediado por un nivel político que lo generalice. En este escenario político de tipo nuevo debe investigarse y organizarse una nueva forma de periódico obrero: éste no debe inmediatamente repetir y reflejar todas las experiencias particulares, sino concentrarlas en un discurso político general. El periódico es en este sentido el punto de control o, mejor, de autocontrol sobre la validez estratégica de las experiencias de lucha individuales. Se transforma drásticamente el procedimiento formal de la verificación. El discurso político es el que debe verificar la corrección de las experiencias particulares: y no a la inversa. Porque el discurso político es, de acuerdo con este criterio, el punto de vista total de la clase y, por consiguiente, el verdadero dato material y el proceso real mismo. Es fácil observar cómo nos alejamos, por esta vía, de la concepción leninista del periódico obrero: organizador colectivo a partir o en previsión de una organización bolchevique de la clase y del partido. Objetivos para nosotros improponibles en la fase actual de la lucha de clases: cuando es preciso partir del descubrimiento de una organización política, no de vanguardias avanzadas, sino de la totalidad de la masa social compacta en que se ha convertido, en el período de su madurez histórica, la clase obrera: precisamente por estos caracteres, la única fuerza revolucionaria que controla, amenazante y terrible, el orden presente.

Nosotros lo sabemos. Y antes de nosotros lo sabía Lenin. Y antes de Lenin, Marx había descubierto, por su propia experiencia humana, que el punto más difícil radica en el paso a la organización. La continuidad de la lucha es simple: los obreros tienen necesidad únicamente de sí mismos y del patrón frente a ellos. La continuidad de la organización, sin embargo, es una cosa extraña y compleja: apenas se institucionaliza en una forma es utilizada rápidamente por el capitalismo o por el movimiento obrero en nombre del capitalismo. De ahí, la rapidez con la que pasivamente los obreros rechazan formas organizativas que apenas han conquistado. Y con la lucha permanente en la fábrica, en formas siempre nuevas que únicamente la fantasía intelectual del trabajo productivo logra descubrir, sustituyen el vacío burocrático de una organización política general. Sin que se haga general una organización política directamente obrera, no se abrirá el proceso revolucionario: los obreros lo saben y por ello no los encontraréis dispuestos hoy a cantar, en las iglesias de partido, las letanías democráticas de la revolución. La realidad de la clase obrera se halla ligada de modo definitivo al nombre de Marx. La necesidad de su organización política se halla ligada de modo igualmente definitivo al nombre de Lenin. La estrategia leninista, con un golpe magistral, llevó a Marx a Petrogrado: únicamente el punto de vista obrero podía ser capaz de una tal audacia revolucionaria. Intentemos efectuar el camino inverso, con el mismo espíritu científico de venturoso descubrimiento político. Lenin en Inglaterra es la investigación de una nueva práctica marxista del partido obrero: el tema de la lucha y de la organización al más alto nivel de desarrollo político de la clase obrera. A este nivel, vale la pena convencer a Marx para que recorra de nuevo «la misteriosa curva de la recta de Lenin».

V
Vieja táctica para una nueva estrategia[1]

El problema es éste: cómo hacer inmediatamente práctico un discurso que tiene, y quiere tener en esta fase, un carácter de teoría política. Cómo aplicar tácticamente de modo nuevo una nueva estrategia. Hemos querido reproponer, en términos modernos, el tema histórico de la lucha contra el reformismo. Ahora es preciso evitar que se reduzca a tema de estudio. Es necesario encontrar una articulación en el tiempo que demuestre la posibilidad de su realización concreta.

Baste un ejemplo. Y el ejemplo se nos ofrece, como ocasión política actual, por la actual crisis coyuntural del capitalismo italiano. La aplicación únicamente estratégica de nuestro discurso pretendería lo siguiente: salvar el centro-izquierda, estabilizar la coyuntura, volver a empezar con el reformismo de una parte y el uso revolucionario del reformismo de otra. Antes de discutir rechacemos este uso puramente teórico de una alternativa política. Y digamos algo más: que en este sentido se mueve hoy la espontaneidad de la lucha en los puntos más altos de desarrollo de la clase obrera; y que este tipo de espontaneidad debe comprenderse, criticarse, derribarse. En los momentos críticos del desarrollo capitalista reaparecen, de forma abierta, niveles diversos de la lucha de clases. Los sectores obreros más retrasados tienden hoy a asumir, de modo activo, tipos de luchas tradicionales, generales, pero defensivas. Los sectores más avanzados, por el contrario, tienden a responder de nuevo con la renuncia a la lucha abierta, dada la falta de capacidad ofensiva del movimiento obrero organizado. Ambas opciones favorecen espontáneamente el proceso de estabilización de la coyuntura. Los patrones están provocando de hecho exactamente estos dos

[1] *Classe Operaia*, año 1 (mayo de 1964).

tipos de respuestas. Atacan el nivel avanzado de la clase obrera, porque esperan aquí una respuesta *pasiva*, que deje pasar un mayor poder capitalista en la fábrica y debilite y desmoralice la presión obrera demasiado fuerte de estos últimos años. Tienen necesidad, por otra parte, en otros puntos, de luchas activas, pero atrasadas, para hacer que retroceda el *grado de desarrollo* actualmente alcanzado por la lucha de clases y hacer que avance la homogeneidad y, por consiguiente, la posibilidad de control de la totalidad de la fuerza de trabajo en el plano social. Las verdaderas dificultades coyunturales son éstas. Éstas deben resolverse *antes* de la programación.

Observemos de hecho cómo la parte burguesa nos presenta su coyuntura. Se dice: los desequilibrios se hallan en el mercado y, sobre todo, en el mercado monetario. La demanda ha superado a la oferta, no sólo en la demanda de bienes de consumo, sino también en la de bienes de inversión. La tasa de incremento inversión-consumo se ha invertido; el consumo productivo está en peligro. De ahí toda una política económica gubernamental dirigida a limitar rigurosamente estos procesos en el ámbito de la simple circulación de los capitales. Con estas consecuencias: despilfarro de reservas monetarias, déficit en la balanza comercial y en la balanza de pagos, bloqueo de la liquidez, endeudamiento con el exterior. Todo, según la línea Carli, como única vía para no comprometer y mantener así la reciente elevada tasa de desarrollo de la producción industrial. Ello no es sino un típico ejemplo capitalista de descarga sobre el mercado de dificultades productivas. ¿Pero cuáles son estas dificultades? Los nuevos desequilibrios en el mercado de capitales son evidentemente consecuencia de contradicciones nuevas generadas en la *producción* de capital. ¿Cuáles son estas contradicciones? La respuesta es: el aumento de los salarios ha superado holgadamente el aumento de la productividad. Así pues, no ha disminuido en absoluto la productividad del trabajo; ha crecido relativamente la masa salarial. Las rentas del trabajo han aumentado con mayor rapidez que las rentas del capital. Con dos consecuencias fundamentales: una inflación «inducida por los costes» y, sobre todo, por el coste de la fuerza de trabajo; una contracción relativa de los beneficios respecto a los salarios. Es preciso decir que la ciencia del capital ha visto adecuadamente las causas de la crisis de coyuntura: claramente desde un punto de vista técnico-económico, de modo todavía oscuro desde un punto de vista político-institucional. De acuerdo con ello, y dadas sus necesidades, comete el error de hacer preceder en el tiempo una táctica de estabilización a la estrategia de programación. Entre estos dos momentos se abre hoy una formidable ocasión para la lucha de clases.

Esta separación, en realidad, debe aceptarse y transformarse radicalmente en el terreno del enfrentamiento directo. Inútil negar los hechos por miedo a las consecuencias. Un proceso que se produce en las estructuras de la producción

capitalista no debe negarse desde el punto de vista económico, sino afirmarse desde el punto de vista político. Es cierto: en estos últimos años, el aumento de los salarios ha superado al aumento de la productividad. Y aquí se halla la raíz de todo. La renta nacional ha sido en parte redistribuida, el beneficio ha sido afectado, el margen de autofinanciación de las grandes empresas se ha reducido, las inversiones directas han quedado bloqueadas. Y todo esto mientras los costes de producción se han elevado y el rendimiento del trabajo ha caído como consecuencia de la permanencia de las luchas obreras, de la excesiva movilidad de la fuerza de trabajo, de la falta de saltos tecnológicos. La respuesta capitalista normal frente al aumento forzoso del salario nominal ha sido la del ataque al salario real, desencadenando la espiral inflacionista de los precios como única vía para evitar los contragolpes inmediatos en el ámbito de la producción. En este sentido, no se puede hablar tampoco hoy de impedimentos al desarrollo; se está manifestando únicamente un mecanismo habitual de ajuste entre compartimentos diversos de la estructura capitalista. El impedimento, el bloqueo, la crisis del desarrollo son cosas que tienen que descubrirse, construirse, imponerse subjetivamente mediante la fuerza. Las condiciones materiales existen. El momento es ejemplar. El nuevo curso de las luchas obreras, en estos años, indica la tendencia del movimiento.

Durante la década de 1950, quizá inmediatamente después de 1953, tras una batalla política abierta y perdida casi al mismo tiempo, la clase obrera descubre en Italia, espontáneamente y por lo demás no por primera vez, un nuevo terreno de lucha política: el terreno sindical, en un primer momento ligado a una masa de reivindicaciones particulares, posteriormente cada vez más vinculado con los momentos de negociación de los convenios colectivos. El terreno político formal, el nivel tradicional de la totalidad de la lucha dentro del Estado, resulta en aquel momento totalmente quemado: se abandona, se deja en manos de los partidos «históricos» de la clase obrera. La lucha económica, bajo ropaje sindical, se redescubre como la única que se halla en condiciones de atacar el fundamento del poder capitalista, por consiguiente, como la única lucha política practicable en aquel momento. Ello se inserta, por otro lado, en las necesidades objetivas del capital, que quiere y prepara en Italia un salto en el desarrollo, presionado por la necesidad de eliminar viejos desequilibrios internos para adecuarse a los nacientes nuevos equilibrios internacionales. Estas luchas obreras de tipo nuevo se imponen al sindicato y a través del sindicato son llevadas directamente a la esfera de la producción. Vuelven a poner en movimiento un mecanismo positivo de desarrollo capitalista y dentro de éste hacen jugar la exigencia de un poder obrero más contundente. No es cierto que julio de 1960 haya inaugurado el malestar obrero. El malestar ya existía y la lucha en las calles se ha producido al final de una larga secuencia de enfrentamientos, en la fábrica,

en la producción, ante el patrón inmediato. Julio de 1960 ha relanzado la lucha abierta, a escala general, con la demostración de una disponibilidad obrera para objetivos totalmente distintos y una fuerza muy capaz de alcanzarlos. Entonces las instituciones del poder capitalista se adecuan a la nueva situación de clase. Nacen de aquí, conjuntamente, el «sindicato moderno» y la operación reformista del capital italiano. Nacen de aquí, primero, el milagro y después «su desvanecimiento», cuando los obreros continúan luchando más allá de los límites consentidos por el equilibrio del desarrollo y obtienen efectivamente más de cuanto los capitalistas podían dar en aquel momento. Todos los economistas os dirán que en la base de la expansión económica se hallaba la mano de obra barata y en su vértice el coste excesivo del trabajo. Alzar el precio de la fuerza de trabajo ha sido un acto de fuerza obrero, que ha coincidido por un momento con una necesidad del capital y que, posteriormente, la ha trastornado, superado y trastocado. El desequilibrio salario-productividad es un hecho *político*, debe entenderse como un hecho político y utilizarse políticamente.

Nos encontramos, durante todos estos años, frente a un ejemplo macroscópico de utilización política de la lucha sindical. Con todas las aperturas y límites que ello comporta: lucha en las estructuras productivas, enfrentamiento inmediato con el patrón, posibilidad de incidir rápidamente en el beneficio, pero también ilusiones sindicalistas, errores de espontaneísmo, infravaloración de la organización. A partir de estos elementos se refuerza, por un lado, el concepto de «partido de masas» y se responde, por otro, con la organización de «grupos» minoritarios para la intervención en las luchas. Dentro de este proceso, sin embargo, el hecho decisivo sigue siendo que la fábrica, desde el punto de vista obrero, ha retomado la guía del movimiento de clase efectivo, de las dos clases en lucha. En el interior de esta lucha, el sindicato se ha encontrado después a la izquierda del partido, cortando y restableciendo en sentido contrario la correa de transmisión. En esto ha experimentado directamente tan sólo la presión obrera. El uso obrero de la *lucha sindical* ha superado y ha batido de hecho el uso capitalista del *sindicato*. Preguntad a un sindicalista si ha tenido que empujar a los obreros a la lucha: cuando el vértice sindical lanza la agitación, desde hace meses, siempre, los obreros presionan, empujan, luchan por su cuenta. El inicio oficial de la agitación es únicamente la ocasión de la *lucha abierta*: ocasión única, dado que falta una organización general de clase en la fábrica y en la sociedad. Es cierto: también hemos encontrado y todavía encontramos en los puntos más altos de desarrollo político de la clase obrera el *rechazo* de estas ocasiones. Durante años los obreros de la FIAT han dicho: no al «sindicato de clase». En esa situación era imposible hacer de éste un arma política. Se ha convertido en tal únicamente en un momento, en el verano de 1962, cuando el enfrentamiento de clase se ha agudizado de modo imprevisto, se ha generalizado, se ha

hecho directo y frontal: la ocasión, entonces, no se ha dejado escapar. Se trata de una ley de desarrollo: cuanto más crece el nivel político de la clase obrera y la unificación política del capital, más tiende el sindicato a separarse del interés inmediatamente obrero para integrarse completamente, como mediación institucional, en el interés capitalista. Se trata de una historia ya escrita: del antiestatalismo del viejo sindicalismo a la integración en el Estado del sindicalismo moderno; del «anarcosindicalismo» a la «participación conflictiva». Y se trata, aquí entre nosotros, de un desarrollo en curso: no se trata de detenerlo, sino de utilizarlo. En la fábrica, precisamente mientras se está produciendo la instrumentalización de la lucha sindical, observaréis que el desprecio obrero por el sindicalista casi ha igualado al odio de clase por los jefes, por los vigilantes, por los técnicos, por los ingenieros. Y así será cada vez más en el futuro. ¿Pero como organizar, *hoy*, esto, contra el patrón social?

En realidad, es precisamente en el ámbito social en donde el capital ha comprendido hoy todo esto. Quiere ante todo bloquear esa dinámica obrera, de la que ha tenido necesidad, en un cierto momento, para volver a poner en marcha su mecanismo de desarrollo. El centro-izquierda no ha llegado demasiado pronto, sino demasiado tarde. El capital es tradicionalmente lento en sus reflejos políticos; tanto más en Italia, en donde mientras los obreros lo atacan, debe continuar conversando, en su interior, con todos sus amigos: campesinos, comerciantes, curas, ahorradores, estudiantes, intelectuales, especuladores inmobiliarios y empleados estatales. Así, mientras el gobierno anuncia pálidas medidas anticoyunturales y define la situación económica como alarmante, haciéndoselo creer únicamente a los partidos de izquierda, los capitalistas atacan directamente y por su cuenta el punto decisivo, la realidad obrera, con esos objetivos precisos: redimensionar la plena ocupación, reconstituir un margen de seguridad en el ejército de reserva, estructurar de nuevo, en su interior, la jornada de trabajo, recualificar a niveles más altos la fuerza de trabajo, guiando mejor su movilidad y reduciendo los costes de producción; todo ello para obtener, sin pedirla, una tregua salarial de hecho. El ataque tiene que rechazarse sobre este mismo terreno. Precisamente aquí, un programa inmediato de lucha se convierte en la cosa más simple de llevar a la práctica. No corresponde a los obreros resolver las coyunturas del capitalismo. Que lo hagan los patrones, por sí solos. Es su sistema: que se apañen. Aquí una estrategia de rechazo total de la sociedad capitalista debe encontrar las formas tácticas positivas de agresión más eficaces contra el poder concreto de los capitalistas. No basta entonces con rechazar la colaboración para resolver las dificultades coyunturales: es necesario remitir estas dificultades a su lugar de origen, que se halla en las estructuras productivas, y evitar que se resuelvan en el mercado, bloquear así las diversas políticas anticoyunturales posibles, desencadenar en todas partes luchas obreras como respuesta a la petición de tregua, impedir por esta vía la estabilización. El bloqueo de la producción, aun momentáneo, es lo que hoy no puede soportarse: es preciso, pues, bloquear la producción en puntos estratégicos. El patrón ataca en la fábrica para demoler la presión obrera: en la fábrica es necesario utilizar este ataque como multiplicador de esa presión. El gobierno, en nombre de los capitalistas, propone una pausa de reflexión sobre el salario: es necesario dejar de lado todas las demás reivindicaciones y pedir aumentos salariales, rápido. *Hoy* se trata de intervenir en este sentido: forzar los niveles altos de la lucha, batir en estos puntos la espontaneidad obrera, imponer el carácter abierto del enfrentamiento, transformar el culto de la pasividad en lucha abierta, arrastrar, con este tipo de violencia, a las viejas organizaciones. En estas condiciones, ninguna forma de iniciativa obrera puede sustituir la forma de lucha tradicional y fundamental: la huelga de fábrica, la huelga de masas. Se nos pregunta: ¿qué sucederá después? Y nosotros respondemos: ciertamente, *no* la crisis catastrófica del sistema. Porque es evidente que la estabilización de la coyuntura se producirá posteriormente, el equilibrio del desarrollo se recompondrá, la programación comenzará a funcionar y la estructura del Estado se adecuará en consecuencia; pero con una relación de fuerzas diversa, una clase obrera más fuerte, aguerrida y reforzada por el enfrentamiento, organizada por la experiencia, presente en el terreno político sustancial. Si la programación llega, por el contrario, sin este tipo de *lucha abierta* comenzará a contarse también en Italia, por primera vez, en varios ámbitos, del sindical al estatal, la leyenda burguesa de una disponibilidad política de la clase obrera para el desarrollo capitalista. Existen momentos en los que debe elegirse entre dos tipos posibles de derrota obrera: a ello no obliga una situación de clase objetiva, sino la carencia espantosa de fuerzas subjetivas. Como principio, y en realidad, es más favorable a la clase obrera *una derrota con lucha.*

Nosotros afirmamos, pues, que hoy es posible un programa concreto de lucha inmediata. Afirmamos que éste debe injertarse, como su aplicación práctica, con la visión estratégica de un capitalismo que camina en su desarrollo sobre una cadena de coyunturas. Afirmamos que cada eslabón de esta cadena ofrecerá la ocasión de un enfrentamiento abierto, de una lucha directa, de un acto de fuerza; y que el eslabón en el que la cadena se romperá no será aquel en el que el capital sea más débil, sino aquel en el que la clase obrera sea más fuerte. De ahí el interés obrero en eliminar, en el capitalismo, todas las *viejas* contradicciones que median, difuminan y hacen indirecta e imprecisa la lucha de clases. De ahí la necesidad primaria para la clase obrera de expresar en toda ocasión, *de forma abierta*, su lucha, para crecer políticamente, de modo organizado, con ella y dentro de ella. De ahí, en fin, la tarea fundamental para una organización política de la clase de elegir subjetivamente puntos y momentos de ataque general, que golpeen en la base y hagan vacilar repetidamente el vértice del sistema, construyendo así una continuidad, *a saltos*, de la totalidad del proceso revoluciona-

rio. Detrás del esfuerzo de descubrimiento y redescubrimiento de los modos y de los medios más modernos en los que se expresa y se manifiesta la presencia obrera en la sociedad capitalista, debe mantenerse bien firme la convicción de que el nivel más alto, en el momento decisivo, en el encuentro frontal, se recuperarán las *formas más elementales* de la lucha y de la organización: la huelga de masas, la violencia en la calle, la asamblea obrera permanente.

Así, la perspectiva teórica que parece más abstracta respecto al momento presente, reaparece como *la única* capaz de funcionar prácticamente, en una situación dada, en un momento particular, como motor de los hechos. La estrategia más compleja se redescubre como aquella tácticamente más fácil de aplicar: mientras, todas estas vías populares al socialismo naufragan en la impotencia más ridícula ante la primera ocasión de ataque contra el mecanismo social del capital. Última demostración de que se impone una nueva línea en la base del movimiento para hacer avanzar políticamente, rápido, la lucha de clases obrera.

VI

1905 en Italia[1]

El discurso versa de nuevo sobre el capitalismo italiano. Una serie de problemas prácticos aconseja concentrar toda la atención del análisis sobre este punto particular del capital internacional. Esta coyuntura, para ser tal, dura demasiado: o se le pone fin políticamente por los capitalistas mediante una derrota obrera abierta, o bien corre el riesgo de desarrollarse como crisis, en el ámbito económico objetivo, en el ámbito de la producción directa. El dilema que divide a la clase dominante en Italia es globalmente el siguiente: o tomar la iniciativa valiente de un ataque político general que bloquee en la fábrica y haga retroceder y desvíe la actual presión obrera sobre el proceso de acumulación capitalista, o bien resignarse a sufrir en el futuro todos los contragolpes directamente económicos, que inevitablemente provoca el mecanismo de reajuste objetivo ofrecido precisamente por la crisis. La primera eventualidad aterroriza al estamento político burgués por la terrible respuesta obrera que podría derivarse de la misma: no resulta casual que la solución gubernamental, incluido su nuevo formato, intente no asumir iniciativas similares. La segunda eventualidad aterroriza al capitalista individual por el bloqueo de su beneficio privado, por el marasmo general que induciría en el mercado, por la reorganización global y siempre peligrosa de las estructuras productivas que la crisis trae siempre aparejada: no resulta casual que, desde hace meses, el capital privado dramatice la situación económica y amenace con iniciativas políticas autónomas. Es fácil reírse de las incertidumbres y de las confusiones de las que hace gala el estamento político tradicional, gubernamental y parlamentario, cada vez que se modifica la situación. Mucho más útil resulta reconocer que las condiciones de

[1] *Classe Operaia*, año 1 (septiembre de 1964).

los capitalistas en Italia son objetivamente difíciles. Si el movimiento obrero oficial llora, las instituciones políticas burguesas no ríen. Decididamente, el ámbito institucional no es el reino de la alegría. ¿Se puede quizá hablar de una «trágica» crisis global de las instituciones?

Se trata de un tema teórico que únicamente se puede exponer de modo sumario. En cuanto al capital muy desarrollado, la posibilidad de control sobre los movimientos objetivos de las leyes económicas es muy elevada. Las *formas* en las que se expresa este control, desde las estructuras del Estado a las organizaciones de partido, el terreno de la denominada política institucional, es por el contrario todavía muy incierto, inestable, incontrolado y, por consiguiente, atrasado. Parece que todas las contradicciones e irracionalidades típicas del mecanismo de desarrollo de una sociedad capitalista se hayan resuelto en el ámbito económico, para ser descargadas y concentradas en el ámbito político. La crisis parece hoy en realidad siempre *crisis del Estado*; en las estructuras productivas se presenta a lo sumo una «coyuntura difícil». Esta apariencia no debe engañar. La dictadura del capital conoce raramente la estabilidad política. Y políticamente los capitalistas son diletantes: siempre resulta fácil batirlos en este terreno con cuatro movimientos bien ajustados. Su sabiduría práctica es toda ella económica. Pero la lógica del beneficio no coincide mecánicamente con la lógica del poder. Cuando con sus técnicas de programación logran el control sobre los movimientos de la fuerza de trabajo, se dan cuenta que no hacen al respecto absolutamente nada sin la colaboración activa de la clase obrera. Entonces se muestran dispuestos a empezar todo desde el principio, pero en efecto desde el principio comienzan a cometer errores, porque confunden regularmente a los obreros con sus organizaciones; y posteriormente, cuando se deciden a llamar a un partido «obrero» al gobierno, se equivocan de partido y se produce esa comedia del arte a la que se ha reducido la gran operación reformista del capital italiano. Es preciso, en estas condiciones, reconducir rápidamente la perspectiva posible de una nueva crisis inminente de las instituciones políticas tradicionales al estado real de las relaciones de fuerza entre las distintas clases.

La iniciativa que en estos últimos años había estado directamente en poder de la clase obrera, con las consecuencias sobre el mecanismo de desarrollo del capital que hoy todos constatan, tiende a pasar de nuevo directamente a manos de los capitalistas. El uso de clase que los capitalistas han hecho hasta ahora de la coyuntura ha sido infinitamente más fuerte que el uso que han podido hacer los obreros de la misma: y no por la consideración banal que observa que el coste de la coyuntura recae básicamente sobre las espaldas de los trabajadores, ya que no se comprende cómo y por qué debería ser de otro modo en una sociedad capitalista; sino sobre todo por la verdadera y propia inversión que la iniciativa de la lucha se halla a punto de sufrir, incluida su posible conclusión violenta. Antes de volver a hablar de programación, deben resolverse dos problemas desde el punto de vista burgués: estabilización económica de la coyuntura y bloqueo político de la presión obrera. Ambos problemas son uno solo: sin la momentánea renuncia de la clase obrera a la lucha por el salario no habrá estabilización y sin ésta toda propuesta histórica de colaboración activa de los obreros con el desarrollo del sistema es improponible. El círculo está cerrado. La política de rentas no es hoy sino una frase de moda. Todos dicen que es preciso hacerla, pero nadie ha dicho todavía *cómo*. La verdad, difícil de confesar, es que la política de rentas, como la programación, conoce una sola vía eficiente: la burocrática, autoritaria, centralizada. La programación capitalista también puede ser democrática y pluralista frente a las organizaciones oficiales obreras: frente a los obreros siempre será un plato bien condimentado de conocimientos técnicos, de autoridad y de violencia. La parte más dura, y quizá la más previsora, del capital italiano ha hecho comprender su programa: provocar a la clase obrera a un encuentro en campo abierto, con un ataque en la fábrica que se generalice en el plano político; partir, por consiguiente, de una derrota obrera general para reproponer todos los planes a largo plazo del desarrollo capitalista. Las tímidas tentativas de primavera han sido reenviadas para el otoño y puede ser que sean aplazadas de nuevo, pero a un plazo más o menos largo se trata de un paso obligado del sistema, en Italia, en su marcha hacia la fase «madura». No cometamos entonces el error de identificar este programa con el de la derecha económica, tradicional y obtusa. El primer gobierno Moro ha caído por esta prolongada indecisión a la hora de adoptar esta línea actual del gran capital italiano. El segundo gobierno Moro todavía intentará mediar y graduar en el tiempo esta línea, pero al fin o la asumirá como propia o también caerá. El problema que se nos plantea es el siguiente: si un enfrentamiento de clase de este tipo, aún querido por los patrones en virtud de sus objetivos, puede resultar favorable a los obreros. Nosotros afirmamos que sí y explicamos así nuestras razones.

La clase obrera tiene sus problemas internos, que en Italia son todavía, en parte, los de todos aquellos países en los que la fuerza del capital parece sostenerse en un pedestal terriblemente débil. Aquí las ocasiones de lucha son continuas, pero el momento de la organización es débil; el enfrentamiento de clase, desde el punto de vista obrero, se repite y avanza, pero no concluye con victorias dotadas de idéntica continuidad que las ocasiones de lucha, no salta hacia delante, no logra introducir un peligro mortal en la máquina del sistema. Se ha tachado de «ambigua» la relación actual entre la clase y sus organizaciones tradicionales, entre clase obrera y movimiento obrero. *Esta ambigüedad debe resolverse.* Un discurso sobre las condiciones del movimiento obrero en Italia se halla maduro desde el punto de vista de la clase: ahora es el momento de abrir el

debate, de efectuar el análisis, de iniciar una acción política precisa sobre este terreno. En este trabajo político de tipo nuevo es necesario pasar por un enfrentamiento de clase general. Ninguna presión de base en la realidad obrera por parte de grupos organizados, al igual que ninguna acción de fracciones en el interior de las estructuras de partido, puede provocar la reestructuración del movimiento en su conjunto, a partir de una mutación de la línea general. Esta reestructuración y conjuntamente esta mutación se hacen *rápidamente* posibles y practicables en un momento de enfrentamiento agudo con el enemigo de clase. No resulta casual si este enfrentamiento es querido, pero al mismo tiempo temido por la parte más inteligente del capital; se da ahora por descontado, pero se procede a alejarlo continuamente por el movimiento obrero «oficial». ¿Pero qué es políticamente el movimiento obrero oficial? Quizá conviene comenzar a efectuar distinciones.

El partido socialista como partido de clase está muerto. Toda tentativa de reanimar el cadáver con masajes morales al viejo corazón rojo de la tradición del siglo XIX es algo inútil y dañino. El partido socialista ha asumido en estos años la valiente función histórica de ayudar a la parte más moderna del capitalismo italiano, que por sí solo no lo conseguía, a imponer la propia línea de desarrollo económico en una situación de atrasos estructurales persistentes, de miedos políticos, de incertidumbres institucionales. Al hacer esto ha contribuido o está contribuyendo a liberar al movimiento de clase de una serie de falsos problemas. Es exactamente para efectuar esta función para lo que el PSI debe ser conscientemente utilizado en el actual estadio de la lucha de clases en Italia. Y aquí Nenni es mucho más útil que Lombardi. No hay que equivocarse con los hombres, como los burgueses se equivocan los partidos: el reformismo lombardiano sigue siendo el principal enemigo que debe batirse en este momento. Porque su diseño de modernización de la sociedad capitalista y de gradual transformación en una sociedad socialista supone que la totalidad del movimiento obrero en Italia se empeñe en esta vía. Todos estos comunistas que coquetean con cada una de las palabras del «compañero Lombardi» saben demasiado bien que hoy una concesión, aunque sea táctica, a las posiciones lombardianas supone dar por descontada estratégicamente una «evolución» socialdemócrata o, si queréis, socialista del partido comunista. Al menos se puede decir sin duda que la derecha nenniana no pretende esto: asume como propia la iniciativa capitalista, acepta la exclusión de los comunistas y acaba así por entregar al PCI la iniciativa opuesta, la de la oposición integral, sobre el terreno, esta vez, de un capitalismo más avanzado. Por estas consideraciones, resulta claro cómo en la actual situación del partido socialista las posiciones de izquierda tienen que modificarse de modo neto: Nenni debe utilizarse en el largo plazo, Lombardi debe ser derribado a corto plazo.

En este punto se reabre también para nosotros, de modo nuevo, un discurso directo sobre el partido comunista. Ha sido demasiado fácil hasta el momento liquidar con la acusación de abstracción toda idea política nueva que no coincidiese con los lugares comunes más corrientes. La verdad es que respecto al problema de la organización política, sobre el tema del partido, todavía no hemos dicho una palabra: y ello porque consideramos estas cosas, a este nivel, no como temas teóricos, sino como problemas *prácticos*, de organización de la lucha y de avance de la lucha. Y en el terreno de la práctica las condiciones objetivas, presentes en un momento dado, son siempre determinantes. Estas condiciones nos dicen: 1) que el capital italiano no se halla subjetivamente maduro para extender su operación reformista hasta el partido comunista; 2) que la relación entre este partido y las masas populares expresa y mistifica al mismo tiempo una relación todavía real con la clase obrera. Ambas condiciones se condicionan recíprocamente: la subsistencia de esta relación impide al estamento político capitalista ampliar con un poco más de coraje su iniciativa; por otro lado, la falta de este coraje restaura continuamente esa relación y paradójicamente la consolida cada vez que parece ralentizarse. Frente a todo esto encontramos una clase obrera que, siguiendo una de sus propias leyes de desarrollo, no rompe del todo el ligamen con la vieja organización política hasta que no ve y no toca la organización nueva, nueva y alternativa. Pero una alternativa de organización, en el plano político general, en este momento, en Italia, nadie la puede ver. También aquí el círculo está cerrado. Para romperlo, es preciso no abandonar la investigación de esta alternativa, *sino* plantearla en su totalidad en el corazón de las luchas obreras o, mejor, a la cabeza de estas luchas, como guía material y como objetivo general. Ese movimiento de unificación política de los diversos niveles de lucha de la clase obrera, que constituye la base real para que pueda declararse oficialmente abierto el proceso revolucionario, debe pasar a través de este momento de reorganización de las fuerzas subjetivas. Este momento se acerca desde el punto de vista subjetivo. Constituye la única vía para aproximar la perspectiva global de la revolución.

Es necesario ciertamente estar atentos. El culto a la espontaneidad tiende siempre a invertirse en un fetichismo de la organización. Es el destino de las minorías. Es preciso rechazarlo. El gusto bolchevique de la mayoría tiene que reconquistarse plenamente. Desde el punto de vista obrero, una acción o es de masas o no es tal. Una vanguardia que no arrastre al movimiento no es diversa de una retaguardia. El dilema no radica entre espontaneidad y organización, sino entre dos vías posibles para llegar a la organización *nueva*. Nosotros afirmamos que puede optarse hoy por la vía que pasa a través de una *crisis positiva* de una parte al menos de las viejas organizaciones. Esto elimina del terreno inmediato el peligro de recomenzar desde cero a construir una nueva estructu-

ra burocrática. Esta opción, sin embargo, se puede asumir con una sola condición, que es por otro lado la condición fundamental que distingue y discrimina ésta de todas las demás posiciones ahora tradicionales en la angustia pequeñoburguesa y semiproletaria del entrismo viejo y nuevo: se trata del dato objetivo, que debe funcionar como fuerza material, de este trabajo político que se realiza no dentro, sino fuera del partido, en la fábrica, en la producción, entre los obreros, entre todos los obreros, entre los pocos organizados, así como entre la masa de los no organizados. Siempre, y de nuevo hoy, todo se determina tácticamente en el interior de un momento específico de lucha de clases obrera.

La iniciativa de la lucha de clases está pasando de nuevo, decíamos, a manos capitalistas. *Hay que impedirlo.* Un programa de verdadera y propia agresión a la coyuntura es todavía actual. Al punto más difícil de la coyuntura actual debe corresponder el momento más agudo de las luchas obreras. Ya han dicho que el límite crítico de aumento de los niveles salariales ha sido superado para este año: bien, en toda declaración de gobierno se hallan obligados a registrar una victoria obrera. De ahí, de este resultado, es preciso partir para dotar de generalidad, en el plano político, a las luchas sindicales. No es necesario esperar a que los patrones, en bloque, tomen la iniciativa del enfrentamiento: porque por ahora también pueden no tomarla. Y si lo hacen obligados tan sólo por la situación económica y no por la presión política obrera, el enfrentamiento se producirá sobre bases demasiado estrechas y sobre posiciones demasiado defensivas para que puedan recogerse los frutos del mismo en el plano de la organización. Antes de que logren estabilizar el bloqueo de hecho de los salarios, hay que exasperar, también articulándola, la dinámica salarial. Antes de que ataquen los niveles de ocupación es preciso golpear la productividad del trabajo, con una clara amenaza de represalia. Antes de que lleguen a congelar los convenios ya firmados es preciso denunciar alguno de ellos con acciones de fábrica en puntos estratégicos. Antes de que vuelvan a comenzar a mirar, como remedio milagroso, a la fuerza del Estado, es preciso recordarles con ejemplos que en la fábrica existe una fuerza mucho mayor. Bastarían pocos movimientos, pues, para bloquear todo el fatigoso mecanismo de recuperación económica, para obstruir todos los programas de estabilización de la coyuntura, para provocar, por lo tanto, una crisis política *real* que no es crisis de gobierno, sino *crisis de poder* y, por consiguiente, mutación sustancial en las relaciones de fuerza entre las dos clases en lucha. La iniciativa del enfrentamiento general, devuelta a manos obreras, encuentra aquí su base de partida. Nosotros ya conocemos a la dirección oficial, y así como hemos aprendido a decir los nombres, afirmamos también que la actual dirección comunista de este movimiento tenderá a desviarlo hacia posiciones de una protesta genérica del pueblo: es necesario encontrar la fuerza de incrustar todo en un contenido político de revuelta obrera.

En la previsión y en la investigación de este momento de *revuelta obrera* toma cuerpo la imagen revolucionaria de un 1905 italiano. Conocemos las enormes diferencias. No nos interesa aquí la filología de la historia. Las pocas afinidades son decisivas. En 1905, los bolcheviques efectúan su prueba de fuego; de 1905 nacen los soviets; sin 1905 no existe octubre de 1917. Una prueba general es necesaria en este momento para todos y cada uno de nosotros; debemos recolectar de ella ricos frutos en la perspectiva de una nueva organización; debe establecerse un punto firme, más allá del cual no puede existir más que el proceso verdadero y propio de la *revolución* obrera. Las condiciones subjetivas para este programa mínimo parecen hoy hallarse todas presentes. Las instalaciones de Putilov, esta vez con 100.000 obreros, están listas para dar la señal de ataque. Un acorazado *Potemkin* es fácil encontrarlo en cualquier *piazza* Statuto. Y el pope Gapon ya no existe y con él hemos enterrado los iconos sagrados.

VII Clase y partido[1]

La investigación de una estrategia nueva de la lucha de clases en el capitalismo avanzado está a la orden del día. La urgencia de llegar a recomponer, en este terreno, la perspectiva general presiona sobre el movimiento con la fuerza de las grandes necesidades históricas. Este enorme trabajo será colectivo o no será; o logra encontrarse rápidamente con el movimiento cotidiano de una masa social obrera o permanecerá bloqueado en sí mismo, se atascará, retrocederá. No existe un desarrollo autónomo de los descubrimientos teóricos independiente de la organización práctica. No existen posibilidades de previsión de la lucha al margen de lucha. Tampoco existen consignas que sean verdaderamente tales sin armas para imponerlas. Estas son las *leyes* que gobiernan la historia de las experiencias obreras. Y si ha habido otros momentos en los que la relación entre la clase y su organización política ha asumido el aspecto violento de un problema que debía resolverse antes que todos los demás, quizá nunca como hoy esta violencia se impone con la presión, la inminencia, la complejidad y, al mismo tiempo, la claridad de *un nudo histórico que debe resolverse políticamente* dentro del plazo breve dado por las circunstancias y, por lo tanto, por el estadio actual de las relaciones sociales, incluidas las fuerzas subjetivas presentes en las mismas. El discurso de hoy sobre el partido debe plantearse ante todo en el interior de este crisol de problemas todavía abiertos, debe fundirse en la forma nueva que el pensamiento obrero puede dar a los nuevos hechos de clase, debe estamparse y plasmarse en la seca realidad de éstos, con el ojo crítico respecto a todos los modelos del pasado y un interés hábilmente táctico por ciertas soluciones organizativas que el presente nos ofrece. Cada uno de estos momentos debe aparecer de modo explícito en el análisis si se quiere afrontar *sobre el terreno político* el tema del partido de clase. Pero para acometer esta tarea es necesario introducir rápidamente un concepto nuevo de *lucha política* obrera que sustituya al viejo.

[1] *Classe Operaia*, año 1 (diciembre de 1964).

Es conocida la distinción leninista entre lucha económica (lucha contra los capitalistas individuales o contra grupos singulares de capitalistas para mejorar la situación de los obreros) y lucha política (lucha contra el gobierno para extender los derechos del pueblo, es decir, por la democracia). El marxismo de Lenin ha unido posteriormente en un todo indisoluble estos dos momentos de la lucha obrera. Sin el marxismo y sin Lenin, estos dos momentos han vuelto a dividirse: divididos han entrado en una crisis doble, que es la crisis actual de la lucha de clases, entendida en sentido leninista como *organización* y *dirección* de esta lucha. Tomada al pie de la letra, esa distinción exige en realidad un *sindicato de clase* y un *partido del pueblo*: una realidad «italiana» que todos tenemos ante los ojos, una forma de oportunismo que no ha tenido necesidad de romper los puentes con el leninismo. Dos consecuencias: un sindicato que se encuentra gestionando las formas concretas de la lucha de clases sin poder siquiera hablar de una salida política de las mismas y un partido que agota su función en hablar de esta salida política sin la más mínima referencia ni el más remoto ligamen con las formas concretas de la lucha de clases. A confusión extrema, extremos remedios. Para abolir las consecuencias, conviene destruir las premisas. La vieja distinción entre lucha económica y lucha política debe saltar: saltará así un punto cardinal sobre el que siempre se ha orientado el reformismo más moderno, posleninista y comunista.

No debería ser una tarea difícil: si observamos el capitalismo avanzado, la distinción ya ha sido superada. Desde el punto de vista del capital social, cuando se hallan en curso los más amplios procesos de integración entre Estado y sociedad, entre estamento político burgués y clase social de los capitalistas, entre la mecánica de las instituciones de poder y el mecanismo de la producción para el beneficio, en esta situación, toda lucha obrera que se circunscriba conscientemente al terreno «económico» acaba coincidiendo con la política más reformista. Cuando el nexo histórico democracia-capitalismo se estabiliza por primera vez definitivamente del único modo en que podía estabilizarse, es decir, en la forma de una planificación autoritaria que exige el consenso activo de las fuerzas sociales productivas mediante el ejercicio cada vez más directo de la soberanía popular, en este punto, toda lucha obrera conscientemente limitada al terreno «político» (no ya por la democracia, sino por la programación democrática) acaba por coincidir con el economicismo más oportunista. Para evitar que quedemos atrapados y permanezcamos divididos en estos terrenos artificialmente propuestos por el capital al movimiento obrero como jaula de la lucha de clases, es preciso volver a proponer continuamente en los hechos *la unidad del enfrentamiento*, por lo demás quizá tan sólo hoy históricamente posible y practi-

cable. *De acuerdo con los fundamentos del capitalismo moderno, desde el punto de vista obrero, lucha política es aquella que tiende conscientemente a provocar la crisis del mecanismo económico del desarrollo capitalista.* Los elementos de esta definición son todos ellos igualmente importantes. El punto estratégico nuevo que busca una transformación activa de la relación entre movimiento político de la clase obrera y crisis económica del capitalismo ya ha sido objeto de un mínimo análisis teórico que pronto se retomará, se profundizará, se argumentará con un discurso más a largo plazo. La posible aplicación táctica de esta reconstrucción estratégica puede documentarse por esa interpretación de la actual coyuntura del capitalismo italiano, ya expuesta sobre estas columnas, y rica, en su simple exposición, de consecuencias prácticas que se trataría en este momento únicamente de experimentar. Interesa aquí, por el contrario, colocar en primer plano un elemento escasamente considerado entre nosotros, ese elemento de conciencia subjetiva, interno y esencial al concepto mismo de lucha política, y constitutivo de todo acto de intervención de la voluntad revolucionaria en cuanto fruto de la organización. En el interior de esa definición del contenido político de la lucha de clases debe descubrirse, reafirmarse e imponerse de nuevo la función insustituible del partido obrero.

Si es justo decir que siempre distintos momentos de lucha obrera preceden e imponen diversos momentos del ciclo capitalista, es necesario añadir que para dotar de contenido revolucionario a esas luchas es preciso anticipar e imponer los movimientos del capital de modo consciente a escala de masa social y, por lo tanto, de modo organizado como intervención política. Si se hace esto, se desencadena esa condición de *dominio obrero* sobre el proceso de producción capitalista, que debe constituir la premisa inmediata de su caída. Esto no se logra, sin embargo, sin el paso por *la organización* de ese dominio, sin la expresión política de esta organización, sin la mediación del partido. Únicamente mediante una intervención subjetiva, consciente, desde arriba, mediante una fuerza material que nos pone en posesión y nos hace dueños del mecanismo de funcionamiento del sistema que hay que destruir, únicamente mediante la utilización social de esta fuerza es posible, *no sólo* prever y anticipar los momentos de inflexión en el ciclo de desarrollo del capital, *sino también* medir, controlar, gestionar y, por consiguiente, organizar el crecimiento político de la clase obrera, obligándola a pasar por esa cadena de enfrentamientos a varios niveles y en diversas ocasiones, en una de las cuales hay que decidir romper la cadena, transformar radicalmente las relaciones entre las clases, destrozar la máquina del Estado.

Debemos establecer, pues, una nueva relación entre espontaneidad y organización. Porque la vieja relación ya no funciona. Ésta se apoyaba en la ilusión de que bastaba con conocer el capital para comprender a la clase obrera. De ahí el conocimiento aproximado que desde lo alto del partido actual se puede tener del uno

y de la otra. De ahí, las tentativas todavía corrientes en la actualidad de adecuar el instrumento organizativo del partido a las necesidades de desarrollo de la sociedad capitalista, en vez de adecuarlo a las necesidades de revuelta de los obreros revolucionarios. Es preciso reafirmar que una relación correcta entre clase y partido presupone en primer lugar, por parte del partido, un *conocimiento científico* de los movimientos materiales, objetivos, espontáneos de la clase obrera y que únicamente esto hace posible hoy un conocimiento científico de los movimientos de la clase capitalista y de *su* organización social. En este sentido, el partido se propone como órgano teórico de la clase, el cerebro colectivo que tiene dentro de sí la realidad de hecho de la clase, de sus movimientos, de su desarrollo, de sus objetivos. El dirigente del partido debe, necesariamente, poseer esa cualidad sintética del juicio político, que únicamente puede derivar de una elevada experimentación de la perspectiva a largo plazo, efectuada con refinados, modernos, complejos y profundos instrumentos teóricos. El grupo dirigente del partido, en su conjunto, debe saber cada vez expresar en sí esta *unidad sintética de la ciencia obrera*, no puede demandarla a ningún otro, debe tenerla toda para sí. La función del intelectual en el partido ha concluido definitivamente: como «hombre de cultura» no tiene sitio en el partido obrero. Una ciencia de las relaciones sociales escindida de la capacidad práctica de transformarlas radicalmente ya no es verdaderamente posible, si es que en algún momento lo ha sido. Y una relación correcta entre clase y partido presupone, pues, en segundo lugar, precisamente esta *capacidad práctica* de previsión y de dirección de los movimientos de la clase en situaciones históricas determinadas: no únicamente conocimiento de las leyes de la acción, sino posibilidad concreta *de actuar*, con una posesión completa de lo que bien puede denominarse la teoría y la práctica de las *leyes de la táctica*. El partido en este sentido es no sólo el portador científico de la estrategia, sino el órgano práctico de su aplicación táctica. La clase obrera posee una estrategia espontánea de sus propios movimientos y de su desarrollo; y el partido no tiene más que revelarla, expresarla y organizarla. Pero la propia clase no posee desde ningún punto de vista, ni desde el de la espontaneidad, ni desde el de la organización, el momento verdadero y propio de la táctica. Todas las ocasiones históricas que se han perdido, todas las agresiones intentadas al enemigo de clase que han sido derrotadas y todos los ataques del patrón que no han tenido la respuesta merecida, derivan de este hecho y sólo de éste: únicamente el partido podía y puede aislar y captar el punto determinado en el que el enfrentamiento de clase se transmuta y puede transmutarse en revolución social. El gran ejemplo leninista del partido señala la conquista histórica, por parte de la clase obrera, del mundo de la táctica: no por casualidad, por primera vez, se ha ligado a una experiencia revolucionaria, histórica y concreta.

No hay que hacerse ilusiones, sin embargo: en ninguno de estos momentos históricos la relación entre clase y partido, entre clase obrera y movimiento

obrero, encontrará una forma perfecta de expresión. En ese momento debería declararse concluida la historia de las experiencias de clase: que de hecho ha parecido concluirse en aquellas ocasiones en las que se ha afirmado que se había alcanzado la forma perfecta. Ningún partido logrará jamás expresar, en su totalidad, la riqueza incomparable de las experiencias de lucha que viven en la clase en cuanto tal. El partido debe tender continuamente a comprender en sí la totalidad de la realidad de la clase obrera, anticipando y guiando sus movimientos, pero sabiendo antes que siempre existirá una divergencia entre los propios márgenes de acción subjetiva y la presión global que le golpea y le obliga a actuar. En el partido debe vivir esta tensión hacia la clase, como su razón de existencia. Y el dirigente del partido, el revolucionario profesional, debe ser el espejo viviente de esta tensión revolucionaria, contra la clase adversaria y simultáneamente hacia la propia clase. Toda la acción del dirigente obrero se halla atrapada en realidad entre estos dos extremos contradictorios. Y de esta constricción nace todo descubrimiento teórico y, por lo tanto, todas aquellas intuiciones improvisadas, todas esas síntesis geniales de la realidad social, que desde ahora son posibles únicamente desde el punto de vista obrero. Y nace conjuntamente la capacidad táctica de moverse entre los hechos, de desplazarlos a voluntad, de destruirlos y reconstruirlos, con la violencia subjetiva de las fuerzas por sí mismas organizadas. El dirigente revolucionario es esta contradicción viviente, que no tiene solución. Jamás como cuando se parte de aquí y se encuentra uno frente al burócrata del partido, se siente acuciante la urgencia de aquel filón de investigaciones históricas, que explique, excavando en las profundidades, qué ha sucedido durante estos decenios en el movimiento obrero.

No obstante, sería un error de abstracto moralismo detenerse en este terreno. Sería fácil en este momento desviar el discurso del punto esencial. Pretendemos conscientemente infravalorar los problemas institucionales internos, las estructuras organizativas internas del partido: son los problemas más fáciles de resolver y se resolverán en consecuencia. Es la línea nueva la que impone la nueva organización y no a la inversa. Y hemos aprendido a mostrarnos muy poco sensibles a las instancias de democracia interna que no ponen en discusión la línea general. Es evidente que la relación política entre partido y clase debe nacer en la fábrica y de aquí debe partir para sobresaturar a toda la sociedad, incluido su Estado. Y a la fábrica deber retornar, para hacer que el mecanismo político del proceso revolucionario camine sobre este terreno decisivo. Este es el camino correcto, con la única condición de que se tenga presente el *concepto científico de fábrica*, que nos impide que permanezcamos más acá de la relación de producción, en la red de las relaciones empíricas con el patrón específico, y al mismo tiempo impide que nos desplacemos rápidamente más allá para asumir una relación genérica con el patrón social, en el ámbito político formal. La con-

signa del partido en la fábrica, para funcionar, tiene necesidad de ver ya la fábrica en el partido. *Para que la organización del partido consiga vivir materialmente en cada fábrica, primero es necesario que la relación de producción logre vivir políticamente en la línea del partido.* Y si se profundiza en este problema se descubrirá que entre estos dos momentos no existe verdaderamente un antes o un después, sino que ambos viven juntos y que únicamente juntos pueden vivir en un todo orgánico, en una relación histórica de movimiento y de organización, de espontaneidad y de dirección, de línea estratégica y de movimientos tácticos. Es el problema decisivo en torno al cual hay que orientar todos los restantes problemas: el punto de sutura entre partido y clase, *el terreno de lucha común para la clase social y para el partido político*, sobre cuya base únicamente es posible, desde el punto de vista obrero, un *partido de clase*.

Ciertamente, también aquí queda un largo camino por recorrer. Más allá de todas las cháchararas democráticas sobre el concepto de autonomía, no se puede negar que en ciertas ocasiones, algunas de ellas muy presentes, ligar el sindicato al partido mediante una correa de transmisión todavía parece la vía más practicable de la lucha de clases. Resulta evidente, no obstante, que pasadas estas últimas ocasiones, la correa tiende a romperse y la relación a deshacerse. Por esta vía, y a largo plazo, hay que prever que una identificación en el terreno de clase entre partido y sindicato será inevitable. Y la reducción del sindicato a partido, o mejor del sindicato de clase a partido de clase, constituirá quizá la primera formulación científica del partido obrero en el escenario del capital avanzado. En este escenario, el sindicato como tal se reducirá cada vez más a una oficina de defensa, de conservación y de desarrollo del valor material, económico, de la fuerza de trabajo social, mientras que el partido deberá crecer cada vez más como arma ofensiva, como instrumento de ataque del interés político obrero contra el sistema del capital. En presencia del partido obrero, y *naturalmente sólo con esta condición*, el sindicato podrá retomar en su totalidad su papel natural de defensor de los derechos del pueblo trabajador. La nueva definición de lucha política quiere en último extremo un *partido de clase* y un *sindicato popular*. Llegará el momento, tiene que llegar el momento, en el que en el sindicato vivirá únicamente la mediación obrera del interés capitalista, mientras que el interés directamente obrero vivirá en el partido y únicamente en el partido. Hasta el punto de que, fuera del partido, la clase obrera parecerá que ha desaparecido políticamente, salvo cuando reaparezca en los momentos de más aguda tensión social y en presencia del enfrentamiento general. Cuando la organización para la revolución encuentre su primera aplicación práctica en el capitalismo desarrollado, ésta se producirá en realidad totalmente en función de un *proceso revolucionario*, previsto, preparado, practicado, tan sólo momentáneamente concluso y continuamente reabierto. Se tratará nada menos que de la organiza-

ción de una continuidad cada vez más rápida, de una sucesión cada vez más acelerada entre el crecimiento político oculto de la clase e imprevistos ataques revolucionarios del partido: de hecho, al son de esta música, en un cierto estadio de la lucha, será preciso hacer que el capital baile durante largo tiempo, antes de abatirlo con el golpe decisivo.

Descubrir y abrir *la vía* que llevará a este estadio constituye la tarea actual. La tarea es todavía, por consiguiente, la de sentar *las bases* del proceso revolucionario, haciendo avanzar las condiciones objetivas y comenzando a organizar las fuerzas subjetivas. Esto no se logrará si no se unifican rápidamente, ahora, una gran claridad estratégica y un fuerte realismo político. Ya Marx en su madurez había comprendido que *«todas las armas para combatir hay que cogerlas de la sociedad actual»*. Es necesario partir de esta madurez para evitar que comencemos de nuevo a gustar de las sensaciones de la infancia del movimiento obrero. Es evidente, por ejemplo, que existen, y existirán siempre, grados diversos de desarrollo político dentro de la propia clase obrera y que se planteará a los estratos más avanzados un problema de dirección sobre los estratos más atrasados, así como que se planteará a la totalidad de la clase un problema de unidad política real, posible únicamente a través del partido y dentro del mismo. Es igualmente obvio que existe un problema de *hegemonía* obrera, no sobre las restantes clases, sino sobre las otras partes de las que genérica y aproximadamente se denominan masas trabajadoras. La diferencia teórica, que se profundizará tremendamente, entre formas directas y formas indirectas del trabajo productivo, en el terreno inmediatamente político se expresa, en realidad, como hegemonía de la clase obrera *sobre* todo el pueblo. Cómo hacer que el pueblo funcione dentro de la clase obrera es todavía el problema real de la revolución en Italia. No ciertamente para conquistar la mayoría democrática en el parlamento burgués, sino para construir un *bloque político* de fuerzas sociales, que deberá utilizarse como palanca material para hacer que salten una por una y después todas juntas las conexiones internas del poder político adversario: una potencia popular terrible, maniobrada, controlada y dirigida por la clase obrera mediante el instrumento de *su* partido. Así, de acuerdo con estas premisas, queda excluida de las tareas del partido aquella que parece haberlo caracterizado hasta ahora: la tarea de mediar las relaciones entre clases afines y, por lo tanto, entre *estratos* diversos, con todas sus ideologías, mediante un sistema de alianzas. Haber reducido el partido al lacre que mantiene unido al bloque histórico ha sido uno de los elementos más fuertes, quizá el más fuerte, de bloqueo de toda la perspectiva revolucionaria en Italia. El concepto gramsciano de *bloque histórico* no era otra cosa que la explicitación de un estadio particular, de un momento nacional, del desarrollo capitalista. Su generalización inmediata, en las mismas obras de la cárcel, constituía ya un primer error. El segundo error, mucho más grave, fue la vulga-

rización togliattiana del *partido nuevo* que debía tender de modo creciente a identificarse con este bloque histórico, hasta desaparecer en el mismo, a medida que la historia de la nación se identificaba con la política nacional del partido de todo el pueblo. Es fácil decir hoy: el diseño no ha tenido éxito. La verdad es que no podía tenerlo. El capitalismo no permite estas cosas a quien, aunque sea formalmente, habla en nombre de la clase adversaria. El capitalismo tiene estos programas para sí, los adapta a su nivel, los utiliza en su propio desarrollo. Todos han calificado de realista a Togliatti. Pero ha sido quizá el hombre más alejado de la realidad social de su país al que jamás haya dado lugar el movimiento obrero italiano. Surge la duda de que el suyo no fuese un oportunismo bien calculado, sino una utopía bella y buena escasamente razonada.

No resulta casual que precisamente en este punto se reabra el discurso sobre el momento actual de esta realidad social. Las cuentas con el capitalismo italiano están todavía por hacer. Es indudable que hoy Italia se encuentra en la fase que precede inmediatamente a una estabilización capitalista en un estadio de alta madurez. La coyuntura interna y las relaciones internacionales están impulsando este proceso con una fuerza a la que es imposible resistirse. Resulta igualmente indudable que el movimiento obrero italiano se encuentra en la fase que precede inmediatamente a una reorganización socialdemócrata, de acuerdo con un modelo político clásico. Y también aquí la coyuntura nacional y la situación internacional juegan como fuertes aceleradores del desarrollo. Nosotros avanzamos la hipótesis de que ambos procesos no tienen una idéntica mecánica, la misma irresistible objetividad. Y que, por el contrario, el momento actual de la lucha de clases en Italia debe tender a dividir estos dos procesos, a ponerlos en contradicción, hasta obligarlos a marchar el uno en dirección opuesta al otro. Con el objetivo de *alcanzar, por primera vez, y, por consiguiente sobre la base de una experiencia revolucionaria original, la madurez económica del capital en presencia de una clase obrera políticamente fuerte*. Para hacer esto es necesario ante todo bloquear en Italia el que ha sido el camino histórico de todas las sociedades hacia el capitalismo avanzado; lo cual es posible únicamente impidiendo que la estabilización del sistema en los nuevos niveles conquiste para sí, en este punto, todos los márgenes del nuevo terreno político disponible; que constituye, por otro lado, el único modo para mantener bajo control obrero esa amenaza política al sistema, que todos saben que corre el riesgo de desaparecer durante decenios del horizonte si no encuentra, en momentos decisivos, en puntos cruciales, formas explícitas de funcionamiento y de organización. *Madurez sin estabilización*, desarrollo económico sin estabilidad política: es preciso hacer que el capital camine sobre esta cuerda, para poner en pie entretanto las fuerzas obreras que deberán hacerlo saltar. No habrá estabilización política sin una derrota general de la clase obrera: y a esto tiende la iniciativa capitalista en este momento. Y derrotas obreras en

el plano general son también aquellas (quizá no *solo* aquellas) que cortan en la base y destruyen en el vértice toda forma posible de organización inmediata, haciendo desaparecer toda posibilidad concreta de lucha agresiva, haciendo retroceder a la masa obrera hacia actitudes en lo sucesivo tradicionales de pasividad política y de rechazo puramente económico. Cuando *la totalidad* del movimiento obrero oficial, en el interior de un país capitalista, se reafirma en posiciones abiertamente socialdemócratas, es preciso tener ya lista y en condiciones de funcionar una alternativa de organización capaz de arrastrar rápidamente tras de sí a la mayoría política de la clase obrera. La experiencia del capitalismo internacional ha demostrado que sin esta condición la perspectiva revolucionaria se cierra durante un largo período. Esta alternativa es, por consiguiente, la que hay que dotar de vida. Es preciso trabajar desde hoy mismo en preparar para ese momento esa alternativa de organización, recogiendo el máximo de fuerzas, con el máximo control posible sobre la situación, de claridad respecto a la perspectiva y de capacidad en la práctica de las cosas.

Hoy, como por lo demás en otros momentos históricos, la lucha interna del movimiento obrero constituye una parte esencial, un momento fundamental de la lucha de clases en general. Si se ignora, se pierde la complejidad, el conocimiento, el control y, por consiguiente, finalmente la practicabilidad de la lucha de clases contra el capital. No se trata de utilizar hoy el PCI en sentido revolucionario. La situación se halla mucho más retrasada, la tarea es todavía totalmente negativa. Se trata de impedir el proceso de explícita socialdemocratización del partido comunista. Porque impedir esto ya significa bloquear la estabilización política del capitalismo en Italia. Impedir esto significa no permitir que el movimiento obrero italiano se adecue *ahora*, de modo rápido, al reformismo del capital en su conjunto, cuando fuera del movimiento obrero oficial, desde el punto de vista de clase, no existe ninguna verdadera fuerza organizada y, por lo tanto, ninguna propuesta practicable seria de organización política alternativa; significa pues evitar una terrible derrota obrera, que haría retroceder años de luchas, que cerraría la perspectiva de una ruptura a corto plazo del sistema, que remitiría, por lo tanto, la situación de clase italiana a las filas de aquel capitalismo occidental, donde hasta ahora no ha logrado estar, a donde no debe ir, a donde no hay que permitir que vaya, cueste lo que cueste en términos de sacrificios personales, de retardos teóricos, incluso de compromisos prácticos. No entregar el PCI a la operación reformista del capital, aunque ésta llegase a plantearse tal exigencia, es el primer objetivo político en la organización práctica: únicamente desde el interior de la lucha por este objetivo se podrá comenzar *de inmediato* a recomponer en términos de acción revolucionaria la relación política entre clase y partido. El «breve período» de la revolución en Italia se halla ligado a esta perspectiva. Y se trata de una perspectiva dura, que no se producirá sin el coraje de algunas tomas de posición, sin la paciencia de iniciativas políticas continuadas, sin la violencia de la lucha abierta. Todo el mundo ve que prácticamente ya ha comenzado el último acto de la comedia, que debería llevar a la completa liquidación del partido de clase. Los liquidadores del partido son, a su vez, rápidamente liquidados. «El liquidacionismo –decía Lenin– no es *únicamente* oportunismo. Los oportunistas empujan al partido por una vía burguesa, falsa, por la vía de la política obrera liberal, pero *no renuncian* al partido mismo, no lo liquidan. El liquidacionismo es un oportunismo tal, que llega incluso a *renunciar* al partido.» La próxima batalla tendremos que librarla contra esta forma extrema de oportunismo renunciante. No para detenernos ahí, sino para ir más allá, hacia el partido obrero.

Todos estos procesos temporales, sin embargo, ¿dentro de qué límites espaciales pueden acontecer? ¿De qué horizonte histórico pueden dotarse? ¿No existe de nuevo en este punto el peligro de sobrevalorar un momento nacional, un estadio particular del desarrollo capitalista? ¿No se salta en todo este discurso por encima de la enorme complejidad de los problemas de la revolución obrera, tal y como se plantean hoy en el plano internacional? Es cierto. La complejidad de estos problemas es enorme. No se podría saltar por encima de la misma, ni siquiera queriendo hacerlo. Cuanto se ha dicho hasta aquí es la décima parte de cuanto se debería decir todavía. No sabemos tampoco si es la parte más importante. Seguramente es la más urgente, la prejudicial, la premisa para comenzar. Existe hoy una forma extraña y extrañamente actual de oportunismo del internacionalismo, que también hay que derribar: la idea que todo podrá resolverse únicamente en un terreno genéricamente mundial, de revolución o de integración. Se trata de uno de los muchos modos de abandono de los momentos concretos de la lucha de clases real por parte del compromiso intelectual. Ninguna idea-fuerza, sin embargo, nos parece hoy más importante que la tesis leninista que contempla la cadena del capitalismo susceptible de ruptura *en un punto* y que en virtud de este objetivo primario exige aislar y resolver los problemas correspondientes de organización y de dirección. La importancia de esta tesis ha crecido y crece a medida que avanzan los procesos de integración supranacional del capitalismo contemporáneo. Los canales de comunicación organizados por el capital para sus intereses constituyen en lo sucesivo un hecho objetivo también para la clase obrera. Una ruptura revolucionaria en el plano nacional comienza a poseer únicamente ahora una verdadera posibilidad de generalización en cadena en el plano internacional. Se revela en realidad cada vez más como la *única* posibilidad. Porque resulta obvio que en lo sucesivo tan sólo una experiencia revolucionaria real puede volver a poner en movimiento todo el mecanismo de la revolución internacional. Ningún discurso teórico, ninguna alternativa política en su fase de programa podrá tener esta fuerza de choque, este valor de

modelo, esta función de seca propuesta práctica, que es lo mínimo de lo que tenemos necesidad hoy en el capitalismo más desarrollado para romper la tregua actual entre revolución obrera y desarrollo del capital. Ciertamente, la tesis leninista debe ser corregida en un punto. El acento debe ponerse hoy, más que sobre las desigualdades verificables en el desarrollo económico del capitalismo, sobre las desigualdades existentes en el desarrollo político de la clase obrera: para hacer que se acepte el principio neoleninista de que *la cadena se romperá no donde el capitalismo es más débil, sino allí donde la clase obrera es más fuerte*. Es necesario meterse en la cabeza, y no es fácil hacerlo, que los niveles de desarrollo del capital y de la clase obrera no coinciden mecánicamente. De nuevo, la práctica de la lucha se demuestra más rica que toda la riqueza acumulada en el pensamiento obrero. Hay que escoger, por lo tanto, el punto en el que se halle presente al mismo tiempo un grado suficiente de desarrollo económico capitalista y un alto grado de desarrollo político de la clase obrera. ¿Se prepara Italia, por consiguiente, para convertirse en el epicentro de la revolución en Occidente? Es pronto para decirlo. Todo depende del tiempo que empleemos en atravesar la línea, *en abrir la vía*.

Primeras tesis

VIII Marx, fuerza de trabajo, clase obrera

Partamos del hallazgo fundamental que, según Marx, está en la base de *El Capital*: el *Doppelcharakter* del trabajo representado en las mercancías. Que la mercancía fuera algo doble, a la vez valor de uso y valor de cambio, era obvio en los tiempos de Marx. Pero que el trabajo expresado en el valor tuviera características distintas del trabajo productor de valor de uso era desconocido al pensamiento de la época. Dice Marx, justo al comienzo de *El Capital*: «yo he sido el primero en mostrar críticamente esta dúplice naturaleza (*zwieschlächtige Natur*: naturaleza a la vez doble, dividida y contrapuesta) del trabajo contenido en la mercancía»[1]. En *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) había intentado de hecho un análisis de la mercancía «como trabajo con forma doble»: análisis del valor de uso como trabajo real o actividad productiva conforme al fin y análisis del valor de cambio, como tiempo de trabajo o trabajo social igual; y aquí había encontrado el resultado crítico final de ciento cincuenta años de economía clásica, que en Inglaterra iba de William Petty a Ricardo y en Francia de Boisguillebert a Sismondi. El descubrimiento de Marx, sobre este terreno, es «el paso del trabajo real al trabajo que crea valores de cambio, es decir, al trabajo burgués en su forma fundamental».

Ya en 1859 el concepto marxiano de trabajo productor de valor presenta tres características bien definidas: trabajo simple, trabajo social y trabajo abstractamente general. Cada una de estas características constituye en sí un *proceso*, que de modo inmediato se presenta íntimamente ligado al proceso de las restantes: todos estos procesos juntos conforman precisamente la transición de la forma

[1] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, Obras de Marx y Engels/OME-40, Barcelona, Crítica, 1976, p. 49.

precapitalista a la forma capitalista de trabajo. Y cada proceso es un hecho objetivo gobernado con la fuerza de las leyes del desarrollo del capitalismo naciente. Trabajo simple quiere decir *reducción* de todos los trabajos a trabajo simple, indiferenciado, uniforme, cualitativamente siempre igual y sólo diferente en la cantidad; el trabajo complejo no es más que trabajo simple elevado a una cierta potencia; el trabajo de más alta intensidad, de mayor peso específico, es siempre reducible, es decir, *debe* ser siempre reducido a *unskilled labour*, a trabajo no cualificado, trabajo privado de cualidad. Pero trabajo sin cualidad y trabajo «generalmente humano» es lo mismo: no trabajo de sujetos diferentes, sino diferentes individuos «como meros órganos *del* trabajo»[2]. «Esta abstracción del trabajo humano general *existe* en el trabajo medio que puede efectuar cualquier individuo medio de una sociedad dada, un gasto productivo determinado de músculo, nervio, cerebro humano, etc.»[3] La forma específica en la que el trabajo adquiere carácter *simple* es, por lo tanto, la del trabajo humano en general. La reducción a trabajo simple es reducción a *trabajo abstractamente humano*. Esto es así por el carácter *social* del trabajo productor de valor. Las condiciones de este trabajo, como resultan del análisis del valor, o son determinaciones sociales del trabajo o son determinaciones del trabajo social. En ninguno de los dos casos no son sociales porque sí; llegan a serlo dentro de un proceso particular. ¿Y en qué consiste la particularidad de esta sociabilidad? Consiste en dos cosas: 1) en la simplicidad indiferenciada del trabajo, esto es, la igualdad de los trabajos de individuos diferentes y el carácter social de igualdad del trabajo de las personas; 2) en el carácter general del trabajo individual que se presenta como su carácter social, porque es, sí, trabajo del individuo, pero trabajo del individuo indiferenciado respecto a otro individuo. En el paso lógico entre estos dos aspectos, que es además la transición histórica de las determinaciones sociales del trabajo a las determinaciones del trabajo social, los *diferentes* valores de cambio encuentran *un* equivalente general: una magnitud *social* que sea tal, sólo en cuanto magnitud *general*. Pero para que un producto asuma la forma de equivalente general es preciso que por fin el trabajo del individuo asuma un carácter generalmente abstracto. La forma específica en la que el trabajo adquiere carácter *social* es, por lo tanto, la forma de la generalidad abstracta. El rasgo particular de este trabajo social que también es en este caso *trabajo abstractamente humano*. Trabajo simple y trabajo social, cuando producen valor, se reducen a trabajo abstracto, a trabajo en general. Es erróneo, por lo tanto, ver en el trabajo la *única* fuente de la riqueza material: porque entonces se trataría ahora y siempre de trabajo concreto, productor de valores de uso. Es preciso, sin embargo, hablar del trabajo abstracto como fuente del valor de cambio. El trabajo concreto se ejecuta en la infinita variedad de sus valores de uso; el trabajo abstracto se materializa en la igualdad de las mercancías como equivalentes generales. El trabajo que crea valores de uso es condición natural de la existencia humana, condición del recambio orgánico entre hombre y naturaleza; el trabajo que crea valores de cambio es, sin embargo, una forma específicamente social del trabajo. El primero es trabajo particular que se escinde en infinitos modos de trabajo; el segundo es trabajo en general siempre abstractamente igual. «El trabajo en cuanto fuente de riqueza material era tan conocido por el legislador Moisés como por el funcionario aduanero Adam Smith.»[4] El trabajo productor de valor es el primer hallazgo de fondo del punto de vista obrero aplicado a la sociedad capitalista.

[2] Karl MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1986, p. 13.

[3] *Ibid.*

Poco después de la publicación del libro I de *El Capital*, Marx escribía a Engels el 24 agosto de 1867: «Lo mejor de mi libro es: 1) (en esto descansa toda la comprensión de los hechos) el *doble carácter del trabajo*, que se pone de relieve ya en el *primer* capítulo, según que se exprese en valor de uso o en valor de cambio; 2) el estudio del *plusvalor independientemente de sus formas particulares*, como son el beneficio, el interés, la renta inmobiliaria, etc.»[5]. Y algunos meses después, en otra carta del 8 de enero de 1868, Marx reprochaba a una reseña de Dühring sobre *El Capital* el no haber captado correctamente «los tres elementos fundamentalmente nuevos» del libro, o sea:

> 1) que, por oposición a *todos* los economistas anteriores, que estudian *desde el primer momento* los fragmentos especiales del plusvalor con sus formas fijas de renta inmobiliaria, beneficio e interés, como formas dadas, yo empiezo estudiando la forma general del plusvalor, en la que todo eso se contiene todavía en bloque, disuelto por decirlo así; 2) que a todos los economistas sin excepción se les escapa algo tan simple como el que si la mercancía encierra el doble aspecto de valor de uso y valor de cambio, el trabajo por ella representado tiene que poseer también necesariamente un doble carácter, mientras que el simple análisis del trabajo *sans phrase*, como en Smith, Ricardo, etc., tropieza siempre forzosamente con confusiones...[6].

Volveremos enseguida sobre el nexo orgánico que íntimamente liga uno y otro contenido de estos dos descubrimientos: concepto de fuerza trabajo y concepto de plusvalor. Por ahora nos urge seguir el origen del primero en las obras de Marx y en sus fuentes.

«Si se prescinde, empero, del valor de uso de los cuerpos de las mercancías, no les queda más que una propiedad: la de ser productos del trabajo.»[7] Pero tam-

[4] *Ibid.*, p. 29

[5] Karl MARX, *El Capital* (3 vols.), México, FCE, 1974, vol. I, p. 688.

[6] *Ibid.*, p. 699.

[7] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., p. 46.

bién el producto del trabajo puede tener un valor de uso. Prescindamos también de éste y suprimiremos todas las cualidades sensibles de la mercancía: ésta no será ni más ni menos que el producto de un trabajo productivo determinado. «Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos representados en ellos, desaparecen, pues, también las diferentes formas concretas de esos trabajos, que dejan de diferenciarse y se reducen todos juntos a trabajo humano igual, a trabajo humano abstracto.»[8] ¿Qué queda en este punto de los productos del trabajo? Nada más «que esa fantasmal objetualidad, mera gelatina de trabajo humano indeferenciado». Es decir, queda solo: «gasto de fuerza de trabajo (*Arbeitskraft*) humana sin considerar la forma en que se gasta». Únicamente como cristales de esta sustancia social y ser común, la fuerza de trabajo humana, las cosas «son valores, valores de mercancías»[9]. Sustancia social común (*gemeinschaftliche gesellschaftliche Substanz*) a las cosas, común a las mercancías, común, por lo tanto, a los productos del trabajo, «no sustancia social común del valor de cambio»[10], sino *wertbildende Substanz* (sustancia valorizante): ésta es la primera definición del concepto de fuerza de trabajo que encontramos en *El Capital*. *Arbeitskraft*, dice aquí Marx; en las *Teorías sobre la plusvalía*[11] había empleado en la mayoría de los casos *Arbeitsvermögen*; en los *Grundrisse*[12] había utilizado fundamentalmente *Arbeitsfähigkeit*. El concepto es el mismo. No nos interesa el recorrido filológico de un término al otro. La distinción entre trabajo y fuerza de trabajo está ya asumida en Marx en todos los trabajos preparatorios de *Contribución a la crítica de la economía política* (cfr. *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, durante los años 1857-1858): si se piensa que estos trabajos cubrieron el arco de un decenio (1849-1859), es inmediatamente después de 1848 cuando es correctamente situado el definitivo descubrimiento marxiano del concepto de fuerza de trabajo, en su alcance global. Los gérmenes del hallazgo pueden encontrarse, naturalmente, en todas las obras precedentes a esta fecha. A través de estas obras es posible documentar un desarrollo interior del concepto de fuerza de trabajo, su interna y sucesiva especificación, que aportará siempre mayores cualificaciones científicas, hasta el encuentro decisivo y la definitiva identificación, en mitad de la experiencia revolucionaria de 1848, con el concepto de clase obrera.

[8] *Ibid.*

[9] *Ibid.*

[10] Karl MARX, *El Capital*, vol. 1, cit., Apéndice, «Glosas marginales al "Tratado de economía política", de Adolph Wagner», p. 713.

[11] Karl MARX, *Teorías sobre la plusvalía* (3 vols.), México, FCE, 1980.

[12] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, OME-22, Barcelona, Crítica, 1977 y 1978.

En algunos cuadernos de extractos de las obras de los mayores economistas, recopilados por Marx en París en 1844, y, por lo tanto, preparatorios o contemporáneos a los *Manuscritos de París*, encontramos ya el concepto (el término) de *Erwerbsarbeit*, que nos parece que se puede traducir directamente por «trabajo industrial». El *trabajo industrial*, dice Marx, comprende:

> 1) la enajenación y accidentalidad del trabajo frente al sujeto que trabaja; 2) la enajenación y accidentalidad del trabajo frente a su objeto; 3) la determinación del trabajador por las necesidades sociales; sin embargo, éstas le son extrañas, una imposición a la que se somete por las necesidades de su egoísmo...; 4) al trabajador se le presenta la conservación de su existencia individual como *fin* de su actividad y su actividad real sólo como *medio*. Moviliza su existencia para conseguirse los medios de *subsistir*[13].

A partir de estas premisas, la unidad del trabajo humano se considera sólo como *división*. Y una vez presupuesta la división del trabajo, el producto, el material de la propiedad privada, adquiere para el individuo cada vez más el significado de un equivalente. Y el equivalente adquiere su existencia como equivalente en el *dinero*. Y en el dinero se revela ya el completo dominio de la cosa extrañada *sobre el hombre*. «La separación del trabajo frente a sí mismo (*Trennung der Arbeit von sich selbst*) = separación del trabajador frente al capitalista = separación entre trabajo y capital»[14]. Los economistas distinguen producción, consumo y, como mediador entre los dos, el intercambio o bien la distribución. Pero «la separación de producción y consumo, de actividad y mente entre diversos individuos y dentro del mismo individuo es *la separación entre el trabajo* y su *objeto* y dentro del mismo trabajo separa de él la mente»[15], es la separación «que hay entre trabajo y trabajo»[16] (*Trennung der Arbeit von Arbeit*)» (MEGA [*Marx–Engels Gesamtausgabe*], I, 3, 1932, pp. 539-541). En el primero de los *Manuscritos de París* de 1844, en la parte sobre el salario, Marx escribe:

> Es evidente que para la economía nacional[17] el proletario (*Proletarier*) –es decir, el que no vive del capital o de la renta, sino sólo del trabajo, y de un trabajo unilateral, abstracto (*rein von der Arbeit und einer einseitigen, abstrakten Arbeit lebt*)– no es más que un *trabajador Arbeiter*)... El *trabajo* aparece en la economía política sólo en la figura de la *industria* (*unter der Gestalt der Erwerbstätigkeit*)[18].

[13] Karl MARX, «Extractos de lectura de Marx de 1844», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes. 1844*, OME-5, Barcelona, Crítica, 1978, p. 286.

[14] *Ibid.*, p. 287.

[15] *Ibid.*

[16] *Ibid.*

[17] Economía política, en la edición italiana. [N. del T.]

[18] *Ibid.*, p. 314. La traducción de la última parte de esta cita, al discrepar de la de OME-5, es la ofrecida en el texto italiano. [N. del T.]

Pero si superamos «el nivel de la economía nacional», he aquí que se insinúan dos preguntas decisivas que no por casualidad se le presentan a Marx en este momento determinado:

1) ¿Qué sentido tiene en el desarrollo de la Humanidad esta reducción de la mayor parte de esta Humanidad al trabajo abstracto (*auf die abstrakte Arbeit*)? 2) ¿En qué errores incurren los reformadores al por menor, que tratan de mejorar la situación de la clase obrera elevando el salario o –como Proudhon– ven en la igualdad del salario la finalidad de la revolución social?[19].

Una respuesta igualmente decisiva a esta pregunta la ofrecerá Marx mucho más tarde y de forma totalmente correcta tan sólo en *El Capital*. Bajo la forma fuertemente «ideológica» de los *Manuscritos* se descubre arduamente nada más que la dirección, ya presente entonces sin duda, de la investigación futura.

Por otra parte, el concepto del *trabajo extrañado* (de la *vida extrañada*) lo hemos hallado a partir de la economía política como resultado del *movimiento de la propiedad privada*. Pero el análisis de este concepto muestra que la propiedad privada, aunque aparece como fundamento y causa del trabajo extrañado, en realidad es una consecuencia de éste; de manera que *originariamente* los dioses no son causa, sino efecto, de la confusión del entendimiento humano. Posteriormente esta relación pasa a ser interactiva. Sólo una vez que la propiedad privada ha llegado a la cumbre definitiva de su desarrollo revela este secreto suyo, es decir: por una parte, que es el *producto* del trabajo extrañado y, además, que es el *medio* con el que el trabajo se extraña, la *realización de esta extrañación*[20].

La inversión de la relación entre trabajo y capital ya está aquí en germen y ya puede captarse en toda su potencialidad el enfoque metodológico revolucionario, que abre de par en par la puerta a inmediatas soluciones subversivas, simultáneamente en el plano de la investigación teórica y en el plano de la lucha práctica. Demostraremos cómo se halla aquí el hilo conductor de toda la obra de Marx. Sin embargo, desde este momento ya podemos anticipar que en esta obra este descubrimiento no va más allá de una genial intuición, siempre sometida a la incertidumbre de un camino objetivo de la historia del capital, más lento y complejo, menos lineal y seguro que aquel que era posible prever desde el punto de vista obrero de Marx. Esta transformación estratégica de la relación entre trabajo y capital debe redescubrirse hoy en su totalidad y reformularse globalmente como método de análisis y como guía para la acción. Una mínima aproximación táctica sobre el presente permite ahora captar a simple vista la verdad de este principio. El punto culminante del desarrollo del capital muestra en realidad de nuevo, y con énfasis, su secreto.

«La *esencia subjetiva* de la propiedad privada, *la propiedad privada* como actividad consciente, como *sujeto*, como *persona*, es el *trabajo*»[21]. Únicamente la

[19] *Ibid.*, p. 315.
[20] *Ibid.*, p. 358.
[21] *Ibid.*, p. 370.

economía política ha reconocido como su principio el trabajo: y así se ha revelado como un producto de la propiedad privada y de la industria moderna. El fetichismo del sistema monetario-mercantilista conocía una esencia de la riqueza únicamente objetiva. La fisiocracia representa un momento decisivo del paso al descubrimiento de una existencia subjetiva de la riqueza en el trabajo, pero se trata todavía de un trabajo concreto, particular, ligado a un determinado elemento natural como materia propia. La economía política, de Adam Smith en adelante, reconoce la esencia universal de la riqueza y, por lo tanto, «el *trabajo*, tomado en su plena absolutez o abstracción, cobr[a] el rango de principio». «A la fisiocracia se le demuestra que la *agricultura*, tomada económica, fundadamente, es lo mismo que cualquier otra industria; es decir, que la *esencia* de la riqueza es *simplemente* el trabajo (*Arbeitüberhaupt*) y no un trabajo *determinado*, ligado a un elemento específico, a una proyección peculiar del trabajo»[22]. En el proceso de comprensión científica de la esencia subjetiva de la propiedad privada, el trabajo aparece primero sólo como trabajo agrícola y después se hace valer como trabajo en general. En este punto,

[...] toda la riqueza se ha convertido en riqueza *industrial*, en riqueza del trabajo; la *industria* es el trabajo en su perfección, del mismo modo que el *sistema fabril* es la *industria* en su plenitud del trabajo, y el *capital industrial* la perfecta figura objetiva de la pro-. :edad privada[23].

En el manuscrito *Arbeitslohn*[24] [Salario], fechado en Bruselas, a diciembre de 1847, encontramos en el inicio de modo inmediato: «*die menscliche Tätigkeit = Ware*» [la actividad humana = mercancía][25]. Y más adelante:

El obrero (*der Arbeiter*: el trabajador, no el trabajo) se convierte en una fuerza productiva (*Produktivkraft*) cada vez más unilateral, que produce lo más posible en el menor tiempo posible. El trabajo cualificado (*geschickte*) se transforma cada vez más en trabajo simple[26].

Ya encontramos aquí, por consiguiente, la actividad generalmente humana del obrero reducida a mercancía, el trabajo más complejo reducido al más simple. Además, al final del manuscrito, encontramos un parágrafo puesto entre paréntesis por Marx, y con el aviso de querer considerar el asunto «entre las consideraciones generales»:

[22] *Ibid.*, p. 373.
[23] *Ibid.*, p. 374.
[24] Karl MARX-Friedrich ENGELS, *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I). 1847-1848*, OME-9, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, pp. 93–116; *Marx–Engels Werke*, 6, Berlín, Dietz, 1961, p. 535
[25] *Ibid.*, p. 93
[26] *Ibid.*, p. 100; *Marx-Engels Werke* 6, p. 540.

Al convertirse el trabajo en mercancía y al ser sometido en cuanto tal a la libre competencia, se trató de producir lo más barato posible, es decir, a los costes de producción lo más bajos posibles. Ello hizo que todo el trabajo físico se volviese infinitamente sencillo y fácil para una futura (*künftige*: como en las *Werke*; la MEGA decía: *kräftige*) organización de la sociedad[27].

Por lo tanto, ya está aquí el trabajo social, a pesar de la duda sobre su propio contenido particular todavía no bien definido.

Este manuscrito, «Salario», ofrece el esbozo de la conferencia que Marx pronunció en 1847 en la Asociación de Obreros Alemanes de Bruselas y desarrolla además algunos puntos que no serán recuperados ni siquiera en los famosos artículos de la *Neue Rheinische Zeitung* [Nueva Gaceta Renana] publicados en abril de 1849 sobre *Trabajo asalariado y capital*. Aplicando a este manuscrito de 1847 el mismo tratamiento que Engels reservó a los artículos de 1849, es decir, sustituyendo *Arbeit* por *Arbeitskraft*, cada vez que se habla de trabajo abstracto, o sea por todas partes, se tiene prácticamente este resultado: que el concepto de fuerza de trabajo (aunque no el nombre) está presente en la obra de Marx no sólo antes de *El Capital*, sino antes del *Manifiesto*, y como hallazgo suyo se remonta –en mi opinión– a aquella inicial e insuficiente crítica de la economía política que son los *Manuscritos de París* de 1844.

«Lo que los economistas consideraban como coste de producción "del trabajo" era el coste de producción, no del trabajo, sino del propio obrero viviente. Y lo que este obrero vendía al capitalista no era su trabajo... sino que pone a [su] disposición... [es decir] vende su *fuerza de trabajo*. Pero esta fuerza de trabajo está unida orgánicamente a su persona y es inseparable de ella»[28],

dice Engels en la introducción de 1891 en *Trabajo asalariado y capital*. Toda la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo está aquí. En el concepto de *fuerza de trabajo* se halla presente la figura del obrero, en el concepto de *trabajo*, no. Y la figura del obrero, que, vendiendo su propio «trabajo», se vende a sí mismo como «fuerza de trabajo», se halla presente (en su totalidad) en las obras de Marx, desde los discursos juveniles sobre el trabajo alienado. En realidad, ésta es la premisa de todo aquel discurso: alienación del trabajo y alienación del obrero son, bajo las condiciones del capital, una sola y misma cosa. De lo contrario, se debería concluir que aquel análisis no considera a la sociedad capitalista, sino a la sociedad en general, no considera al obrero, sino al hombre: es el error de quien quiere encontrar en el joven Marx nada más que una vieja filosofía de la totalidad. El límite de las obras de Marx anteriores a 1848 está en otra parte. Radica en la definición insuficiente de la fuerza de trabajo en cuanto mercancía, o mejor en el análisis todavía ausente de los caracteres *particulares* de esta mercancía, en la falta de consideración de la fuerza de trabajo como mercancía «completamente especial». Antes de 1848 ya encontramos en Marx el trabajo abstracto como fuerza de trabajo. Encontramos ya la fuerza de trabajo como mercancía. Pero únicamente el recorrido revolucionario de 1848 perfila con nitidez en la cabeza de Marx el proceso teórico que le llevará a descubrir el contenido *particular* de la mercancía fuerza de trabajo, no ligada solamente –a través de la alienación del trabajo– a la figura histórica del obrero, sino ligada, a través de la producción del plusvalor, al nacimiento mismo del capital. Casi al inicio de *Trabajo asalariado y capital* encontramos esta iluminadora afirmación de Marx:

Ahora que nuestros lectores han visto ya desarrollarse la lucha de clases, durante el año 1848, en formas políticas gigantescas, ha llegado el momento de analizar más de cerca las mismas relaciones económicas en que descansan por igual la existencia de la burguesía y su dominación de clase y la esclavitud de los obreros[29].

Nosotros decimos que sólo en 1848, o mejor, después de junio de 1848, el concepto de fuerza de trabajo se encuentra por primera vez, en el pensamiento de Marx, con los movimientos de la clase obrera, y que de ahí comienza la verdadera historia marxiana de la mercancía fuerza de trabajo, que con todos sus «caracteres particulares», es decir, con todo su contenido específicamente obrero, reaparecerá bien definida en la *Contribución a la crítica de la economía política* y después en *El Capital*. En este sentido, los burgueses de la época, incluso después de haber derrotado sobre el campo de batalla a los obreros, tenían razón al gritar: «¡maldito sea junio!».

El trabajo como trabajo abstracto y, por lo tanto, como fuerza de trabajo ya se hallaba presente en Hegel. La fuerza de trabajo –y no sólo el trabajo– como *mercancía* la encontramos ya en Ricardo. La mercancía fuerza de trabajo como *clase obrera*: éste es el descubrimiento de Marx. La doble naturaleza del trabajo constituye únicamente la premisa de esto: no es el descubrimiento, sino sólo el camino para llegar a ello. Del trabajo no se pasa a la clase obrera, de la fuerza de trabajo, sí. No decir más trabajo, sino fuerza de trabajo, quiere decir nunca más el trabajo, sino el obrero. Fuerza de trabajo, trabajo vivo, obrero que vive, son términos sinónimos. La crítica al «valor del trabajo», la definición del «valor de la fuerza de trabajo», abren la puerta al concepto de plusvalor. La ideología socialista premarxista (como la posmarxiana) nunca ha recorrido este camino. Ni siquiera ha intuido, por lo tanto, la existencia histórica de la clase obrera. ¿Qué es ésta en realidad, en este contexto, si no fuerza de trabajo social productora de plusvalor? Y del plusvalor al beneficio y del beneficio al capital: este es el camino que sigue.

[27] *Ibid.*, p. 116; MEGA, I, 6, p. 472; *Marx-Engels Werke* 6, p. 556.

[28] Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas* (2 vols.), Madrid, Akal, 1975, vol. I, pp. 66-67.

[29] *Ibid.*, p. 72.

La mercancía viva del obrero socialmente organizado se descubre así como lugar de origen no sólo teórico, sino como la premisa práctico-histórica, aquella que llamaremos la *articulación fundamental* de la sociedad capitalista (*Glied* y *Grund* al mismo tiempo).

Pero estas son ya las conclusiones del discurso. Y nosotros debemos todavía demostrar las premisas. La investigación sobre las principales fuentes del concepto de trabajo en Marx no nace de la necesidad escolástica de precisar filológicamente los términos de la cuestión, sino de la necesidad práctica de aislar los *verdaderos* descubrimientos de Marx para reconocerlos y desarrollarlos, y de la elección tendenciosa de separar desde un principio lo que trabajosamente nace en el terreno del pensamiento obrero, usando para los propios fines elementos del pensamiento adversario. Lo que Schumpeter ha llamado «la imponente síntesis de la obra de Marx» tiene casi siempre esta característica: no es el propio descubrimiento individual lo que cuenta, sino el uso del conjunto de descubrimientos aislados hechos por otros, su referencia global a una única tendencia de pensamiento, con la relativa interpretación unilateral de este único punto de vista. Todo el sectarismo de la ciencia obrera está aquí. Marx ha ofrecido un modelo del mismo, que ni siquiera él mismo ha sido capaz de seguir siempre en sus análisis y conclusiones. Después de él, nadie entre los marxistas lo ha retomado. Única gran excepción decisiva: Lenin con *su* revolución. Aquí el método de la *síntesis unilateral*, la vía para alcanzar la posesión global de una realidad social a partir de una elección consciente de tendencia, encuentra una salida práctica a través de formas concretas de organización política. Es el paso más importante que se ha dado, después de Marx, en la historia del pensamiento obrero. En ese momento, la mistificación burguesa de una identificación *inmediata* entre intereses particulares de una clase e intereses generales de la sociedad ya no es posible ni desde el punto de vista teórico ni desde el práctico. El control sobre la sociedad en general *debe alcanzarse*, con la lucha, imponiendo el dominio explícito de una clase particular. Dos puntos de vista de casi igual fuerza y potencia se encuentran sobre este terreno. El reino universal de la *ideología* se derrumba estrepitosamente. Únicamente hay sitio para dos posiciones de clase antitéticas, cada una de las cuales aspira, con la habilidad y la violencia, al dominio exclusivo *sobre la* sociedad. Esto Lenin lo había impuesto, en la práctica, a los capitalistas de su tiempo con la organización *inmadura* de la revolución. También el análisis marxiano de la sociedad capitalista era «inmaduro» para su tiempo. Esta es la razón por la que *El Capital* y la *Revolución de Octubre* han tenido el mismo destino histórico. Es fácil enumerar las enormes contradicciones lógicas e históricas que no autorizaban ni el uno ni la otra: al final siempre debe concluirse que todo esto no afecta siquiera mínimamente ni a una brizna de su validez. La verdad es que se trata de un

único procedimiento aplicado en dos entornos distintos: el uso teórico y el uso práctico de una red de condiciones materiales (bien conceptos o bien circunstancias) desde un riguroso punto de vista obrero en un proceso subversivo de la sociedad capitalista. El tratamiento al que Marx somete a las categorías de la economía política y a los conceptos de la filosofía clásica es el mismo que Lenin reserva a los estratos intermedios de la vieja sociedad o a los partidos históricos del viejo Estado. Existe un *momento táctico* en la investigación que Marx ha descubierto poderosamente: la habilidad práctica de servirse de algunos resultados obtenidos por la ciencia de la época para transformarlos radicalmente en la dimensión opuesta de una alternativa estratégica. Lenin –el único marxista que había entendido a Marx a este respecto– ha traducido directamente este procedimiento teórico *en leyes para la acción*. El descubrimiento leninista de la táctica es sólo la extensión al campo de la práctica de un descubrimiento teórico de Marx: la unilateralidad consciente, realista, no ideológica, del punto de vista obrero sobre la sociedad capitalista. Queremos llegar a demostrar que «todo el valor en el trabajo» y «todo el poder a los soviets» son una sola e idéntica cosa: dos *consignas* que cubren un momento táctico de lucha y al mismo tiempo no contradicen ninguno de sus posibles desarrollos estratégicos; *dos leyes de movimiento*, no de la sociedad capitalista (aquí Marx pudo haber cometido un error, porque corre el riesgo de prescindir del momento táctico), sino de la clase obrera dentro de la sociedad capitalista (y aquí está la corrección leninista de Marx).

Una alusión a las fuentes de Marx, respecto a un problema específico y decisivo como es el que atañe a la definición del concepto de trabajo, es esencial en este momento para aportar claridad. Se ha estudiado durante mucho tiempo la relación Marx-Hegel. Muy poco la existente entre Marx-Ricardo. Lo más interesante sería estudiar la relación *Hegel-Ricardo*. De tener tiempo y tranquilidad política podría pensarse en un pormenorizado análisis comparado de la *Fenomenología*[30] hegeliana y de los *Principles*[31] de Ricardo: se vería que el material analizado es el mismo, que el modo de tratarlo (el método) es idéntico y que difiere sólo la «forma» del tratamiento, lo que los ha enviado a disciplinas distintas, incomunicables entre ellas. Aquí la relación Hegel-Ricardo se abordará únicamente en sus términos objetivos por medio de un análisis separado aunque paralelo. Dice Marx: «si el inglés transforma a los hombres en sombreros, el alemán transforma los sombreros en ideas. El inglés es Ricardo, rico banquero y gran economista; el alemán es Hegel, simple profesor de filosofía en la Universidad de Berlín».

---

[30] G. W. F. HEGEL, *Phänomenologie des Geistes*, Berlín, 1807.

[31] David RICARDO, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, 1817.

Tomemos de la *Fenomenología* el capítulo hegeliano sobre independencia y sujeción de la autoconciencia, sobre señorío y servidumbre. La autoconciencia ha salido fuera de sí: comienza a existir para ella otra autoconciencia. Pero ésta no es considerada de modo inmediato como una esencia distinta: en el otro se ve ante todo a sí mismo. La duplicación de la autoconciencia en su unidad nos presenta «el movimiento del reconocerse»: movimiento doble de ambas autoconciencias. «Cada una de ellas ve a *la otra* hacer lo mismo que ella hace; cada una hace lo que exige de la otra y, por tanto, sólo hace lo que hace en cuanto la otra hace lo mismo; el hacer unilateral (*einseitige Tun*) sería ocioso, ya que lo que ha de suceder sólo puede lograrse por la acción de ambas»[32]. Sólo en el modo en el que el proceso del reconocerse se muestra a la autoconciencia se presentará entonces el aspecto de la desigualdad y, por lo tanto, de la oposición. «La *presentación* de sí mismo como pura abstracción de la autoconciencia consiste en mostrarse como pura negación de su modo objetivo... Esta presentación es el hacer *duplicado* (*gedoppelte Tun*); hacer del otro y hacer por uno mismo.»[33] La relación de ambas autoconciencias se halla entonces constituida de tal modo que *dan prueba* recíproca de sí mismas a través de la lucha por la vida y por la muerte. «Solamente arriesgando la vida se mantiene la libertad.» Pero esta prueba a través de la muerte corre el riesgo de acabar en una negación natural de la propia conciencia, negación sin independencia, «negación... que, por tanto, permanece sin la significación postulada del reconocimiento»[34]. Ambos momentos se reconocen de nuevo como esenciales: en cuanto desiguales y opuestos son como dos figuras opuestas de la conciencia. «...una es la consciencia independiente que tiene por esencia el ser para sí, otra la conciencia dependiente, cuya esencia es la vida o el ser para otro; la primera es el *señor*, la segunda el *siervo*»[35]. El señor se relaciona en dos momentos: con la cosa, con el objeto, es decir, desde el apetito; y con la conciencia en la que es esencial la coseidad. No sólo. El señor «se relaciona *al siervo de un modo mediato a través del ser independiente*»[36]. Precisamente a este hecho se halla atado el siervo: «esta es su cadena, de la que no puede abstraerse en la lucha, y por ella se demuestra como dependiente, como algo que tiene su independencia en la coseidad»[37]. De igual forma, el señor «se relaciona

[32] G. W. F. HEGEL, *Fenomenología del Espíritu*, Madrid, FCE, 1999, p. 114.
[33] *Ibid.*, pp. 115-116.
[34] *Ibid.*, p. 116.
[35] *Ibid.*, p. 117.
[36] *Ibid.*
[37] *Ibid.*, pp. 117-118.

con la cosa de un modo mediato, por medio del siervo»[38]. Para el siervo negar la cosa independiente no significa destruirla, «sino que se limita transformarla (*er bearbeitet es nur*)»[39]. El señor, por el contrario, no va más allá de la pura negación: con el acto del gozar tiende a mantenerse en el disfrute, hasta agotar la cosa. Por esta razón, el señor está obligado a introducir al siervo entre la cosa y sí mismo: obtiene así la dependencia de la cosa y su puro disfrute. Pero «abandona el aspecto de la independencia de la cosa al siervo, que la transforma (de nuevo, *bearbeitet*)»[40]. Para el señor se materializa «su ser reconocido por otra conciencia»[41]. Mientras, en su propio reconocimiento, lo que el señor hace frente al otro no puede hacerlo también frente a sí mismo; como aquello que el siervo hace frente a sí, no puede hacerlo frente al otro: «se ha producido, por tanto, un reconocimiento unilateral y desigual»[42]. Allí donde el señor ha encontrado su finitud, ésta le ha traído la dependencia de la propia conciencia. «La *verdad* de la conciencia independiente es, por tanto, la *conciencia servil*»[43]. Incluso «la servidumbre devendrá también, sin duda, al realizarse plenamente lo contrario de lo que de un modo inmediato es; retornará a sí como conciencia *repelida* sobre sí misma y se convertirá en verdadera independencia»[44]. Aquí están las condiciones para que lo que hace el siervo sea justamente «el hacer del patrón».

Pero si la servidumbre es la autoconciencia que alcanza la independencia, es posible y necesario, por lo tanto, considerar aquello que ella es en sí y para sí. En primer lugar, para la servidumbre la esencia es el señor: la verdad para ella es la conciencia independiente que es para sí y, por lo tanto, todavía no en ella misma. Sin embargo, ya en esta fase, la servidumbre «tiene en *ella misma*, de hecho, esta verdad de la pura negatividad y del *ser-para sí*, pues ha *experimentado* en ella misma esta esencia»[45]. Esta absoluta negatividad, pues, no es solamente un puro y universal movimiento en general: en el servir esta la realiza efectivamente. «Al hacerlo, supera en todos los momentos singulares su supeditación a la existencia natural y la elimina por medio del trabajo (*und arbeitet dasselbe hinweg*)»[46]. La conciencia servil se hace a sí misma mediante el trabajo. En la conciencia del señor parecía reservada al apetito la pura negación del objeto. Pero tal satisfacción sólo es una pérdida: le falta el lado objetivo y el subsistir.

[38] *Ibid.*, p. 118.
[39] *Ibid.*
[40] *Ibid.*
[41] *Ibid.*
[42] *Ibid.*
[43] *Ibid.*, p. 119
[44] *Ibid.*
[45] *Ibid.*
[46] *Ibid.*

> El trabajo, por el contrario, es apetencia *reprimida*, desaparición *contenida*, el trabajo *formativo* (*bildet*). La relación negativa con el objeto se convierte en forma de éste y en algo *permanente*, precisamente porque ante el obrero (*eben dem Arbeitenden*) el objeto tiene independencia. Este término medio *negativo* o la *acción* formativa es al mismo tiempo, *la singularidad* o el puro ser para sí de la conciencia, que ahora se manifiesta en el trabajo fuera de sí y pasa al elemento de la permanencia; la conciencia que trabaja (*arbeitende Bewusstsein*) llega, pues, de este modo a la intuición del ser independiente como *de sí misma*.[47]

Sin embargo, el formarse no tiene aún este significado positivo, aún tiene un significado negativo frente a su primer momento, el miedo del señor que es siempre para el siervo «el inicio de la sabiduría». También este objetivo negativo, esta esencia extraña frente a la cual la conciencia servil ha temblado, es ahora destruido. La conciencia del siervo «*se* pone en cuanto tal en el elemento de lo permanente y se convierte de este modo en algo *para sí mismo*, en algo *que es para sí*»[48]. Por el hecho de ser exteriorizada, la forma no se hace otra de ella misma respecto a la conciencia servil: justo la forma es su puro ser-para-sí que se hace verdad. «Deviene, por tanto, por medio de este reencontrarse por sí misma sentido propio (*eigner Sinn*), precisamente en el trabajo (*in der Arbeit*), en que sólo parecía ser un sentido extraño (*fremder Sinn*)»[49].

Para una correcta lectura de este famoso texto hegeliano, según los fines de nuestra investigación, basta tener presente, adaptándola, una sola observación de Marx: «A Hegel no hay que criticarle por describir la esencia del Estado moderno tal y como es, sino por hacer pasar lo que es por la *esencia del Estado*»[50].

Abramos los *Principles* de Ricardo por el capítulo XX: caracteres distintivos del valor y de la riqueza, «una indagación sobre la diferencia entre el valor de uso y el valor de cambio y, por lo tanto, una finalización del primer capítulo sobre el valor», como lo ha definido Marx. «"Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida", dice Adam Smith». Ricardo comenta: «En consecuencia, la riqueza difiere esencialmente del valor, ya que éste depende, no de la abundancia, sino de la facilidad o dificultad de la producción. El trabajo de un millón de hombres en la industria producirá siempre el mismo valor, pero no siempre la misma riqueza»[51].

---

[47] *Ibid.*, p. 120.
[48] *Ibid.*
[49] *Ibid.*
[50] Karl MARX, Crítica de la filosofía del Estado de Hegel», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes. 1844*, OME-5, cit., p. 80.
[51] David RICARDO, *Principios de economía política y tributación*, México DF, FCE, 1959, p. 205. [Tronti utiliza en su texto los *Principî dell'economia politica e delle imposte*, Turín Utet, pero teniendo presente *The Works and Correpondence of David Ricardo* (ed. de P. Sraffa), vol. I, Cambridge, 1951.]

La invención de máquinas, los progresos en la habilidad de los individuos, la mejor división del trabajo, el descubrimiento de nuevos mercados pueden llevar a duplicar o triplicar la riqueza existente, sin que por esto aumente el valor de la misma. El valor de cada cosa, de hecho, aumenta o disminuye basándose en la mayor facilidad o dificultad de producción o, en otros términos, en virtud de la cantidad de trabajo empleada para producirla. «Muchos de los errores en economía política han derivado de equivocaciones al respecto, al considerar que un aumento de riqueza es lo mismo que un aumento de valor...»[52]. Se ha discutido durante mucho tiempo, sin llegar a conclusiones ciertas, sobre lo que constituye una medida tipo del valor. Se necesitaría encontrar una mercancía invariable, para cuya producción en cualquier momento fuera necesario asumir el mismo sacrificio de sufrimientos y trabajo. «No conocemos tal mercancía, pero podemos argumentar y hablar hipotéticamente sobre ella como si la conociéramos (*as if we had*).»[53] Una cosa es cierta: «... aun suponiendo que cualquiera de éstos fueran un patrón exacto de valor (*correct standard of value*), aún no sería un patrón de riqueza, pues ésta no depende del valor»[54]. La confusión de las ideas de valor y de riqueza ha llevado a asegurar que la riqueza podía aumentar en el caso de que disminuya la cantidad de mercancías. Esto sería correcto si el valor fuera medida de la riqueza, ya que la escasez hace aumentar el valor de las mercancías. Sí, no obstante, tiene razón Adam Smith, si la riqueza se halla formada por cosas necesarias y por cosas placenteras, no puede crecer por una disminución de cantidad. Se puede concluir de todo ello que la riqueza de una nación puede aumentarse de dos formas: «empleando una porción mayor de la renta en mantener el trabajo productivo (*productive labour*)... o, sin emplear ninguna cantidad adicional de trabajo, haciendo más productiva la misma cantidad»[55]. En el primer caso, la nación pasa a ser más rica y a la vez crece el valor de su riqueza; en el segundo caso, en cuanto se produce más con la misma cantidad de trabajo, aumenta la riqueza, pero no el valor.

El señor Say, por ejemplo, considera sinónimos no sólo los términos valor y riqueza, sino los términos de valor, riqueza y utilidad (*value, riches and utility*). Así intercambia fácilmente una cantidad de riqueza, una cantidad de utilidad, una cantidad, pues, de valor de uso, por lo que es, por el contrario, una cantidad de valor. Por este camino llega a estimar el valor de una mercancía basándose en la cantidad de otras mercancías que pueden obtenerse a cambio. No obstante, ya «un autor muy distinguido», el señor Destutt de Tracy, había afir-

---

[52] *Ibid.*, p. 206.
[53] *Ibid.*
[54] *Ibid.*, p. 207.
[55] *Ibid.*, pp. 208-209.

mado: «medir una cosa cualquiera es compararla con una cantidad determinada de esa misma cosa que tomamos como unidad, como punto de comparación». La medida del valor de una cosa y la que debe ser medida deben poder ser comparadas con cualquier otra medida común a ambas. «Creo que tal cosa es posible, pues los dos son producto del trabajo, y, por lo tanto, el trabajo es una medida común (*labour is a common measure*), por la que puede estimarse su valor real y su valor relativo. Me complace decir que ésta es también, al parecer, la opinión de M. Destutt de Tracy.» Este último añade:

> Así como es cierto que nuestras facultades físicas y morales son nuestras únicas riquezas originarias, el empleo de esas facultades, trabajo de alguna naturaleza (*labour of some kind = le travail quelconque*), es nuestro solo tesoro originario, y siempre de este empleo son creadas todas esas cosas que llamamos riquezas (*des biens*), ya sean éstas muy necesarias o simplemente agradables. Es cierto también que todas esas cosas representan sólo el trabajo que las ha creado (*ne font que représenter le travail*), y si tienen un valor, o aun dos valores distintos, éstos pueden derivar únicamente de ese valor del trabajo de que emanan[56].

Ricardo no ha citado la continuación de este discurso de Destutt De Tracy:

> *La richesse consiste à posséder des moyens de satisfaire ses désirs... Nous appelons ces moyens des biens, parce qu'il nous font du bien.Il sont tous le produit et la représentation d'une certaine quantité de travail.* [La riqueza consiste en poseer medios para satisfacer sus deseos... Nosotros llamamos bienes a estos medios porque nos hacen bien. Todos ellos son el producto y la representación de una cierta cantidad de trabajo][57].

Say imputa a Smith el error de haber atribuido sólo al trabajo del hombre el poder de producir valor y de haber así olvidado aquel valor que es atribuido a las mercancías por obra de los agentes naturales, que a veces sustituyen al trabajo del hombre, y otras veces coinciden con él en el proceso de producción. En realidad, es el propio Say quien olvida que tales agentes, aun haciendo aumentar el valor de uso de una mercancía, no hacen aumentar el valor de cambio.

> M. Say pasa por alto, constantemente, la diferencia esencial que existe entre valor de uso y valor de cambio. M. Say acusa al doctor Smith de haber pasado por alto el valor que los agentes naturales y la maquinaria dan a las mercancías, porque M. Say considera que el valor de todas las cosas se deriva del trabajo del hombre; pero no me parece que su acusación esté justificada, pues Adam Smith no menosprecia en modo alguno los servicios que los agentes naturales y la maquinaria desempeñan para nosotros, sino que, muy justamente, distingue la naturaleza del valor que ellos añaden a las mercancías: nos sirven, en efecto, incrementando la abundancia de productos, haciendo más rico al hombre, agregando algo al valor de uso; pero como ellos desempeñan su trabajo gratuitamente, pues nada se paga por el uso del aire, del calor y del agua, la ayuda que nos proporcionan no añade nada al valor de cambio.[58]

[56] *Ibid.*, p. 213.

[57] Antoine DESTUT DE TRACY, *Elements d'idéologie*, t. IV, *Traité de la volonté et de ses effects*, París, 1815, p. 103.

David Ricardo –dice Marx– «elabora netamente la determinación del valor de la mercancía mediante el tiempo de trabajo, y muestra como esta ley domina también las relaciones de producción burguesas que en apariencia más la contradicen».

Valor y riqueza no son pues lo mismo. ¿Pero son dos cosas opuestas? Si la riqueza puede reducirse a valor de uso y el valor a valor de cambio, entre valor y riqueza existe esa misma oposición unida a la constante copresencia que existe entre valor de cambio y valor de uso. Es cierto, y ya Marx en su lectura de este capítulo de los *Principles* observaba:

> Con la mera distinción conceptual entre valor y riqueza Ricardo no suprime la dificultad. La riqueza burguesa y la finalidad de toda producción burguesa es el *valor de cambio*, no el disfrute. Para aumentar este valor de cambio no hay... otro medio que el de multiplicar los productos, es producir más. Para conseguir esta mayor producción tienen que ser aumentadas las fuerzas productivas. Pero en la misma proporción en que es aumentada la fuerza productiva de una cantidad de trabajo dada –de una suma dada de capital y trabajo–, desciende el *valor* de cambio de los productos y la producción duplicada tiene el mismo valor que antes la mitad... La producción mayor de mercancías no es nunca la finalidad de la producción burguesa, sino la producción mayor de *valores*[59].

Y, por lo tanto, el fin de la producción burguesa no es la riqueza, sino el valor. Sin embargo, Marx añade: sin riqueza no hay valor; sin valor de uso no existe valor de cambio. La finalidad de la producción burguesa no es la masa de los objetos-mercancías necesarios, útiles y placenteros para la vida, sino la masa de los valores que en ellos se realizan; no es la cantidad-calidad de los productos, sino la cantidad de su contenido cualitativo. No obstante, sin una masa de mercancías no existe una masa de valores; sin el carácter cuantitativo del producto, su calidad contenida no tendría forma. La producción capitalista no elimina la riqueza, la pone al servicio del valor; la suprime como fin, pero la mantiene como medio. La riqueza –como valor de uso– pasa a ser forma fenoménica de su opuesto, el valor. La reducción de la riqueza a simple instrumento de la producción de valor es precisamente la condición del capital. Cuando Ricardo –en el mismo capítulo citado arriba– dice: «capital es la parte de la riqueza de un país que es utilizada en vistas a una pro-

[58] David Ricardo, *Principios de economía política y tributación*, cit., pp. 214-215.

[59] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-22, cit., p. 328; cfr. *Grundrisse*, *Marx-Engels Werke*, Berlín, 1953, *Notizen und Auszüge über Ricardos System* [Apuntes y extractos sobre el sistema de Ricardo (marzo-abril de 1851)], p. 804.

ducción futura»[60], Marx le reprende justamente: «Ricardo confunde aquí el capital con el *material* del capital. La riqueza sólo es la materia del capital. El capital es siempre *una suma de valores*»[61]. Por lo tanto, la ecuación no se establece entre riqueza y capital, sino entre capital y valor. La distinción entre valor y riqueza es la distinción entre *capital y riqueza*. Cuando la riqueza –y todo cuanto es necesario, útil o placentero a la vida humana– pasa a ser material de una relación de producción social, se desencadena entonces el mecanismo de la verdadera producción capitalista y parte de allí el proceso de construcción de una sociedad del capital. ¿Se puede decir que en este punto (todas) las otras condiciones fundamentales están ya realizadas? Si el capital es una suma de valores, ¿no es también una suma de trabajo? Del trabajo al valor y del valor al capital se pasa a través del uso de la riqueza como material de la producción. Por otro lado, la riqueza, ya es, en esta fase, liberación del trabajo, creación de una reserva disponible de trabajo. Y aquí hablamos, naturalmente, siempre de *fuerza de trabajo*, como hablan un poco todos. ¿No hemos visto incluso a Destutt de Tracy decir: «El empleo de esas facultades (físicas y morales), trabajo de cualquier especie...»? ¿Qué es *le travail quelconque* si no *Arbeit überhaupt*? Demasiado a menudo la «denominada acumulación originaria» es confundida con el proceso general de la acumulación capitalista, como si fuera una sola cosa. Pero el proceso de separación del valor de la riqueza no es diferente del proceso de separación del obrero de la propiedad de las condiciones de trabajo, del productor de los medios de producción, del trabajo, como fuerza de trabajo y, por lo tanto, como obrero, del capital. En realidad, no es necesario tomar estos procesos como «procesos del capital». El propio Marx los ha llamado «*la prehistoria del capital*». Pero también esta definición es peligrosa: en su obra (y posteriormente) demasiadas características prehistóricas han permanecido endosadas a la verdadera y propia historia del capital. Es necesario liberarse de ellas con el más frío coraje crítico: realizando conjuntamente un trabajo histórico que reconstruya los procesos y un trabajo teórico que sistematice de nuevo los conceptos. «Dinero y mercancía –dice Marx– no son capital desde el principio, como no lo son los medios de producción y de subsistencia. Es preciso que sean *transformados en capital*.» Para que se produzca esta transformación en capital es necesario: 1) que el trabajo esté ya emancipado de la servidumbre; 2) que el valor ya haya sometido a la riqueza. Es necesario, pues, por un lado, el obrero libre, por el otro, la riqueza –convertida mediante la acumulación en dinero, en medios de producción y en medios de subsistencia– sometida al proceso de valorización, es decir, obligada a la adquisición de fuerza de trabajo (o mejor obligada a *pagar* fuerza de trabajo). Todo el movimiento, por lo tanto, vuelve al lado del trabajo, retorna, en realidad, al momento en que se alcanza la libertad, la emancipación y la independencia del trabajo, como fuerza de trabajo y, por consiguiente, como obrero; momento que se puede aislar en la transición histórica verdadera y propia *del trabajo a la fuerza de trabajo*, del trabajo como servidumbre y servicio a la fuerza de trabajo como única mercancía en grado de someter la riqueza al valor, capaz de valorizar la riqueza y producir, por lo tanto, capital. Aquí se halla la llave que abre el mecanismo de la producción capitalista.

[60] *Ibid.*, p. 329.

[61] *Ibid.*; *Grundrisse*, *Marx-Engels Werke*, cit., p. 805.

¿Había dicho Hegel algo diferente en su lenguaje? «El señor está obligado a introducir al siervo entre la cosa y sí mismo»: abandona así la parte de la independencia de la cosa al siervo que la elabora. Es Marx quien dice: «Hegel permanece en el punto de vista de la economía política moderna». Él capta la esencia del trabajo y concibe el trabajo como esencia del hombre: ve así solamente el aspecto positivo del trabajo, no el negativo. «El trabajo que Hegel solamente conoce y reconoce es *el trabajo espiritual abstracto*.» No es cierto, si es verdad, lo que dice Löwith a propósito de esto: «para Marx el trabajo es "abstracto" no tanto en el sentido hegeliano de una universalidad positiva del espíritu, sino en el sentido negativo de una abstracción de la totalidad del hombre concreto, que quiere realizarse con el trabajo en su integridad». No es cierto, si es verdad, lo que él mismo observa a continuación en una nota: «esta transformación unilateral de la negación dialéctica en una simple aniquilación caracteriza el comportamiento radical de todos los hegelianos de izquierda». Lo que Marx critica en Hegel no es el trabajo abstracto, sino el carácter espiritual, lógico, especulativo de esta abstracción del trabajo. También aquí el movimiento de la historia describe la historia real del hombre, pero en la forma de una dialéctica del pensamiento abstracto. En ningún punto, en Hegel, el concepto de trabajo abstracto va más allá de esta abstracción empírica: de la *Realphilosophie* de Jena a la *Filosofía del derecho*, pasando por la *Fenomenología*, se trata siempre y exclusivamente del desarrollo real de la forma abstracta. «El yo *para-sí-separado* es *algo abstracto*; antes bien él yo trabaja, pero su trabajo es algo igualmente abstracto; trabaja, pero su trabajo es algo igualmente abstracto (*ein ebenso Abstraktes*).» Trabajo universal y división del trabajo son lo mismo. El trabajar del hombre pasa a ser siempre más mecánico y tiende a pertenecer a una sola determinación. Pero «cuanto más abstracto [el trabajo] se hace, tanto más él [el hombre] es sólo la actividad abstracta».

> Puesto que *su trabajo* es este trabajo abstracto, se comporta como yo abstracto o en el modo de la coseidad, no como espíritu amplio, rico, de amplias miras, que *domina un gran ámbito* y es dueño de él, que no tiene un trabajo concreto, al contrario: su fuerza (*Kraft*) consiste en el *análisis*, en la abstracción, en la descomposición (*Zerlegung*) de lo concreto en muchos aspectos abstractos[62].

En el prefacio de la *Fenomenología* dirá que «en los tiempos modernos él [el individuo] encuentra bella y preparada la forma abstracta». Pero antes ya había hablado de múltiples trabajos de las necesidades, como de cosas que también deben realizar su concepto, su abstracción. «La necesidad y el trabajo, elevados a esta universalidad, construyen por sí mismos un prodigioso sistema de comunidad y de dependencia recíproca, una vida con aquello que está muerto y que se mueve en sí mismo (*ein sich in sich bewegendes Leben des Toten*), que se agita con su movimiento ciegamente y de forma *elemental (blind und elementarisch)* en un sentido y en el otro, y que como una fiera salvaje ha necesitado ser constantemente sujetada y domada.»[63] Esta necesidad, que se encuentra en el problema universal de la dependencia de todos, es ahora para cada uno la riqueza general y permanente. «*La posibilidad de la participación* en el patrimonio (*Vermögen*) general, es decir, el patrimonio particular, está condicionada por una base inmediata propia (capital, *Kapital*) y por la habilidad.»[64] En otra parte había dicho: la primera esencia es el poder del Estado, la otra la riqueza[65]. «Aunque ésta (*Reichtum*) es, ciertamente, lo pasivo o lo nulo, es asimismo esencia espiritual universal y también el *resultado* en constante *devenir* del *trabajo* y de la *acción de todos*»[66]. De nuevo trabajo y riqueza, positivo y negativo, en aquel mecanismo de comunidad y de dependencia recíproca, que es el «sistema de las necesidades». Falta el valor, la mediación del valor, y su ligazón con el trabajo emancipado de la riqueza. La transición trabajo-valor-capital se detiene en Hegel en un concepto correcto de trabajo. Él parte correctamente del trabajo como fuerza de trabajo, pero no llega al valor. Si el trabajo abstracto no se encuentra con el obrero en concreto, no se encuentra ni siquiera con la correspondiente abstracción del valor. El capital es así banalmente reducido a riqueza particular y el propio trabajo a la habilidad mecánica de quien trabaja. El primer capítulo de los *Principles* tratará precisamente «Sobre el valor» (*On value*). Hegel sin Ricardo no habría permitido a Marx pasar del trabajo al capital a través de la valorización del valor.

«Pero Ricardo se interpone, por último, y grita la ciencia: ¡alto ahí! El fundamento, el punto de partida de la fisología del sistema burgués –de la comprensión de su trabazón orgánica interna y de su proceso vital es la determinación del valor por el tiempo de trabajo»[67].

[62] G. W. F. HEGEL, *Filosofía real*, México, FCE, 1984, p. 185; *Jenenser Realphilosophie*, II, *Die Vorlesungen von 1805-1806, Sämtliche Werke*, XX, Leipzig, 1931, pp. 214-215

[63] G. W. F. HEGEL, *Jenenser Realphilosophie*, I, *Die Vorlesungen von 1803-1804, Sämtliche Werke*, XIX, Leipzig, 1932, pp. 239-240.

[64] G. W. F. HEGEL, *Principios de la Filosofía del Derecho*, Buenos Aires, Sudamericana, § 200, p. 240.

[65] G. W. F. HEGEL, *Fenomenología del Espíritu*, cit., p. 293.

[66] *Ibid.*

[67] Karl MARX, *Teorías sobre la plusvalía* (3 vols.), México, FCE, 1980, vol. 2, p. 146.

> Si en los procesos de producción no se emplearan maquinarias, sino que se empleara exclusivamente fuerza de trabajo (*labour*) –es Ricardo quien habla– y fuera igual, para todas las mercancías, el período de tiempo que debe transcurrir antes de que puedan ser llevadas al mercado, el valor de cambio estaría en proporción exacta con la cantidad de trabajo empleada.

Entonces, con capitales fijos del mismo valor y de la misma duración, el valor de las mercancías producidas no variaría más que en función de la cantidad de trabajo empleada para producirlas. Cada progreso de las máquinas, de los instrumentos, de las construcciones, de la extracción de materias primas, permite el ahorro de trabajo; permite que se produzca con mayor facilidad la mercancía a la cual se aplica el avance.

> En consecuencia, al estimar las causas de las variaciones del valor de los bienes, a pesar de que sería completamente erróneo omitir la consideración del efecto producido por un aumento o una reducción del trabajo, sería igualmente incorrecto darle demasiada importancia; en la parte subsiguiente de la presente obra... habré de referirme a esta causa de variación, consideraré también todas las notables variaciones del valor relativo de los bienes producidos por una mayor o menor cantidad de trabajo que pueda necesitarse en distintas épocas para producirlos.[68]

Hemos tomado a propósito la definición ricardiana más cauta que existía sobre la materia, de la tercera edición de los *Principles* y no de la primera, y en el contexto de aquella cuarta sección del primer capítulo que analiza la intervención del empleo de capital fijo para modificar «considerablemente» el principio del valor-trabajo. Marx lo discutirá a fondo en el libro II de *El Capital*. «Ricardo –dice Marx– confunde, continuamente, la relación existente entre capital variable y capital constante con la relación existente entre capital circulante y capital fijo. Veremos más tarde cómo esto tergiversa su indagación sobre la tasa de beneficio.»[69] La materia real del capital desembolsado en salario es el trabajo mismo, la fuerza de trabajo que se pone en movimiento, que crea valor; es el trabajo vivo que el capitalista ha cambiado por trabajo muerto y objetivado y que ha incorporado a su capital; por ello, solamente el valor que se encuentra en sus manos se ha transformado en un valor que se autovaloriza. «Pero el capitalista no vende esta fuerza de autovalorización. Ella es siempre, únicamente, una parte constitutiva de su capital productivo, como lo son sus medios de trabajo; nunca de su

[68] David RICARDO, *Obras y correspondencia. Principios de economía política y tributación* (vol. 1), México, FCE, 1959, p. 28; *The Works and Correspondence. On the Principles of Political Economy and Taxation* (vol. 1), ed. de Piero Sraffa, Cambridge, 1952, pp. 36-37.

[69] Karl MARX, *El Capital*, libro II, OME-42, Barcelona, Crítica, 1980, p. 229; *El Capital*, vol. 2, México, FCE, 1974, p. 201. [Se ha optado por no incluir ninguna de las ediciones mencionadas porque no traducen correctamente el texto de Marx.]

capital-mercancía, como por ejemplo el producto acabado que él vende.» Dentro del proceso de producción, en cuanto partes constitutivas del capital productivo, los medios de trabajo no están enfrente de la fuerza de trabajo como capital fijo; al igual que el material de trabajo, en cuanto capital circulante, no coincide con la fuerza de trabajo. Desde el punto de vista del proceso de trabajo, la fuerza de trabajo se contrapone a los medios de trabajo y al material de trabajo, como un factor personal (*persönlicher Faktor*) a factores objetivos (*sachlichen Faktoren*). Desde el punto de vista del proceso de valorización, estos mismos factores objetivos se contraponen como capital constante al sujeto fuerza de trabajo como capital variable.

> O sea, si se debe hablar de una diferencia material vigente sobre el proceso de circulación es solamente ésta: de la naturaleza del valor, que no es más que trabajo objetivado, y de la naturaleza de la fuerza de trabajo que se activa, que no es más que trabajo que se objetiva, se desprende que la fuerza de trabajo durante la duración de su función crea constantemente valor y plusvalor; que lo que por su parte se representa como movimiento, como creación de valor (*Wertschöpfung*), por parte de su producto se representa de forma estática como valor creado (*geschaffner Wert*).

Myrdal se ha preguntado:

> ¿por qué Ricardo y después de él el resto de los clásicos se decidieron a ver el valor real de una mercancía en el trabajado incorporado en ella? ¿Por qué la medida real, inmutable, del valor debe consistir en una mercancía que contiene siempre la misma cantidad de trabajo? Ricardo no da ninguna respuesta satisfactoria a esta pregunta.

La respuesta que no ha encontrado en Ricardo, debía buscarla en Marx. Precisamente, la respuesta a este pregunta: *¿por qué el trabajo?* habría resuelto de la manera más simple su curioso problema: «El problema más difícil desde el punto de vista de la historia de las doctrinas es quizá explicar el enigma de por qué los clásicos no han sacado de sus premisas las conclusiones de los socialistas». Son notorias las últimas incertezas de Ricardo sobre este problema. Escribía a McCulloch el 13 de junio de 1820:

> A veces pienso que, si tuviera que escribir de nuevo el capítulo sobre el valor que figura en mi libro, tendría que reconocer que el valor relativo de los bienes depende de dos causas en lugar de una, o sea, de la cantidad relativa de trabajo necesario para producir los bienes en cuestión y de la tasa de beneficio durante el lapso de tiempo que el capital permaneció inactivo (*dormant*) hasta que los bienes fueron introducidos en el mercado[70].

Pero Ricardo –dice Marx– no distingue nunca entre plusvalor y beneficio, como no distingue tampoco entre capital variable y capital constante. No llega así a un concepto concreto del capital, que es reducido por él a trabajo acumulado,

[70] David RICARDO, *Obras y correspondencia. Cartas: 1819-junio, 1821* (vol. 8), México, FCE, 1964, p. 131; *The Works and Correspondence*, vol. 8, *Letters 1819-June 1821*, Cambridge, 1952, p. 194.

a algo simplemente objetivo, a un simple elemento del proceso de trabajo, desde el cual no puede desarrollarse la relación entre trabajo y capital, entre salario y beneficio. La misma carta continuaba así:

> Quizá encuentre que las dificultades son casi tan grandes en este enfoque del tema como las que tuve que vencer en el que he adoptado. Después de todo, las grandes cuestiones de la renta, los salarios y el beneficio tienen que explicarse por las proporciones en que el rendimiento total se divide entre terratenientes, capitalistas y obreros, y que no están necesariamente conectadas con la teoría del valor[71].

El intento extremo de Ricardo es separar teoría del valor y teoría de la distribución, lo cual le hace profundizar decididamente en un concepto de valor como coste de producción. El punto de partida era exacto: el punto de partida era el valor. En la transición trabajo-valor-capital, Ricardo parte del valor, pero no llega ni al trabajo ni al capital. «En lugar de *trabajo*, él habría debido hablar de *fuerza de* trabajo. Pero entonces también el capital habría aparecido como las condiciones objetivas del trabajo contrapuestas, en cuanto potencia que se ha hecho independiente, al obrero. Y el capital enseguida habría aparecido como una *relación social determinada*» (Marx). Falta, por lo tanto, un concepto correcto de trabajo, como fuerza de trabajo, como trabajo abstracto. Ricardo sin Hegel no habría permitido a Marx pasar del valor al capital a través de la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo.

2. EL INTERCAMBIO DINERO-TRABAJO

Llamamos T a la fuerza de trabajo y Pm a los medios de producción: la suma de mercancías M pasa a ser = T + Pm, y, más brevemente, M^{T}_{Pm}. Considerado según su contenido D – M se presenta por lo tanto como D – M^{T}_{Pm}, es decir, D – M se subdivide en D – T y D – Pm. «La suma de dinero D se escinde en dos partes, una de las cuales compra fuerza de trabajo y la otra medios de producción. Estas dos series de compras corresponden a mercados completamente diferentes: la una al mercado de mercancías propiamente dicho, la otra al mercado de trabajo.»[72] Cuando se ha realizado D – M^{T}_{Pm}, el comprador dispone no sólo de medios de producción más fuerza de trabajo. Posee una mayor disponibilidad de fuerza de trabajo, o sea, una cantidad de trabajo mayor de la necesaria para sustituir el valor de la fuerza de trabajo; dispone a la vez de los medios de producción precisados para la realización y objetivación de esta suma de trabajo. El valor anticipado en forma de dinero se encuentra ahora, por lo tanto,

[71] *Ibid.*

[72] Karl MARX, *El Capital*, libro II, OME-42, cit., p. 24.

en una forma natural, en la cual puede ser realizado como valor productor de plusvalor. El capital-dinero (D) se ha transformado en capital productivo (P). El valor de P es = valor de T + Pm = D convertido en T y Pm. Por lo tanto,

> D – T es el momento característico de la conversión de capital-dinero en capital productivo, porque es la condición esencial para que el valor anticipado en forma de dinero se convierta realmente en capital, en valor productor de plusvalor, ya que es la condición esencial para que el valor anticipado bajo la forma de dinero se transforme realmente en capital, en valor productor de plusvalor. D – Pm es sólo necesario para realizar la masa de trabajo comprada en D – T[73].

Desde el punto de vista del capitalista, la fuerza de trabajo se encuentra en el mercado como una mercancía cualquiera perteneciente a un poseedor cualquiera: su compraventa («compra y venta de actividad humana»: *Kauf und Verkauf von menschlicher Tätigkeit*) no es nada más extraordinario que la compraventa de cualquier otra mercancía. Desde el punto de vista de obrero, la activación productiva de su fuerza de trabajo pasa a ser posible sólo desde el momento en el que, tras su venta, entrará en relación con los medios de producción. Para uno y para otro, la fuerza de trabajo «existe antes de la venta, separada de los medios de producción, de las condiciones objetivas de su actuación»[74]. Antes de la venta, antes pues del acto formal del intercambio, antes de la circulación, los elementos mismos de la producción están ya divididos y contrapuestos, los factores objetivos concentrados, por una parte, y la actividad laboral aislada de ellos, por la otra.

> Por eso, aunque en el acto D–T el poseedor del dinero y el poseedor de la fuerza de trabajo se comportan el uno respecto al otro exclusivamente como comprador y vendedor..., sin embargo, el comprador aparece a la vez y desde el primer momento como poseedor de los medios de producción que constituyen las condiciones objetivas del gasto productivo de la fuerza de trabajo por su poseedor. Con otras palabras: estos medios de producción se presentan frente al poseedor de la fuerza de trabajo como propiedad ajena. Por otra parte, el vendedor del trabajo se encuentra frente a su comprador como fuerza de trabajo ajena a éste, fuerza que tiene que pasar al dominio del comprador, incorporarse a su capital, para que éste se actúe realmente como capital productivo. Está ya, pues, presente la relación de clase entre capitalista y obrero asalariado, ya presupuesta en el momento en que ambos se enfrentan en el acto D – T (T – D desde el punto de vista del trabajador)[75].

Únicamente cuando ya existe esta relación de clase se produce, a la fuerza, una interrupción de la circulación. El valor-capital, en la forma de capital productivo,

[73] *Ibid.*, pp. 27-28.
[74] *Ibid.*, p. 29.
[75] *Ibid.*, p. 31.

no puede continuar circulando: debe pasar por el consumo, y precisamente por el consumo productivo. «El uso de la fuerza de trabajo, el trabajo, sólo se puede realizar en el proceso de trabajo.»[76] El capitalista no puede revender como mercancía al obrero, porque éste no es su esclavo; él solo ha comprado la utilización de su fuerza de trabajo durante un tiempo determinado. Por otro lado, él puede usar la fuerza de trabajo solamente haciendo que ella utilice los medios de producción como creadores de mercancía. Así,

> [...] si la fuerza de trabajo no es mercancía más que en manos de su vendedor, el obrero asalariado; en cambio, no es capital más que en manos de su comprador, el capitalista al que revierte su utilización temporal. Los medios de producción mismos no llegan a ser formas objetivas del capital productivo, no llegan a ser capital productivo, más que a partir del momento en que se les hace incorporable la fuerza de trabajo como forma de existencia personal (*persönliche Daseinsform desselben*) de ese capital. Al igual que la fuerza de trabajo humana no es por naturaleza capital, así tampoco, pues, lo son los medios de producción[77].

Por esta razón, la producción capitalista se preocupa además, no únicamente de producir mercancía y plusvalor, sino de reproducir, siempre en mayores dimensiones, la clase de los obreros asalariados, transformando en asalariados a la inmensa mayoría de los productores directos. D – M...P.. M' – D', el proceso cíclico completo del primer estadio del capital, tiene como primer presupuesto para su desarrollo «la existencia constante de la clase de los obreros asalariados»[78]. Capital-dinero (*Geldkapital*)-capital productivo (*produktives Kapital*)-capital mercancía (*Warenkapital*) son las tres formas del ciclo: dos estadios extremos de circulación y un estadio intermedio de producción. El capital que en el curso de su ciclo completo toma esas formas y se despoja de ellas y desempeña en cada una de ellas la función correspondiente, es capital industrial (*industrielles Kapital*), industrial; aquí tomado en el sentido que abarca toda rama de la producción ejercida de modo capitalista.[79] Las otras formas no son especies autónomas del capital, sino solamente sucesivas formas funcionales particulares del capital industrial. De hecho, este es el único modo de existencia del capital en el cual la función de apropiación de plusvalor se halla vinculada al proceso de su creación. Es cierto, por lo tanto, que el capital industrial «determina el carácter capitalista de la producción». Pero, habíamos visto, precisamente «su existencia implica la del el antagonismo de clase (*Klassengegensatz*) entre capitalistas y obreros asalariados»[80].

[76] *Ibid.*, p. 33.
[77] *Ibid.*, p. 36.
[78] *Ibid.*, pp. 32, 34, 60, *passim*.
[79] Karl MARX, *El Capital*, libro II, OME-42, cit., p. 49.
[80] *Ibid.*, p. 53.

Si volvemos entonces al proceso de producción del capital y en particular a las primeras formas históricas de producción de plusvalor relativo, de hecho encontramos de manera inmediata este dato elemental:

> [...] la producción capitalista no empieza de hecho hasta que un mismo capital individual ocupa un número importante de obreros... La actuación de un número grande de obreros en un mismo tiempo, un mismo espacio (o, si se quiere, un mismo campo de trabajo), para la producción de mercancías de una misma especie y bajo el mando de un mismo capitalista, constituye histórica y conceptualmente (*historisch und begrifflich*) el punto de partida de la producción capitalista, *el punto de partida de la producción capitalista*[81].

«Y esto coincide también con la existencia del propio capital.» Trabajo objetivado en valor es siempre trabajo de calidad social media, y, por lo tanto, siempre manifestación de una fuerza de trabajo media. Sin embargo, el concepto de trabajo social medio implica la realización histórica de una jornada de trabajo completa. «La ley general de la valorización no se realiza plenamente para cada productor más que cuando produce como capitalista, cuando utiliza simultáneamente muchos obreros, o sea, cuando desde el primer momento pone en movimiento *trabajo social medio*.»[82] La fuerza productiva específica de la jornada de trabajo combinada es mayor que la de un número igual de jornadas de trabajo individuales: es «fuerza productiva social del trabajo, fuerza productiva del trabajo social»[83]. «En la colaboración según el plan con otros, el obrero se despoja de sus limitaciones individuales y desarrolla su capacidad genérica (*sein Gattungsvermögen*).»[84] Al principio, el poder de mando del capital sobre el trabajo se presenta únicamente como consecuencia formal del hecho de que el obrero, en vez de trabajar para sí, trabaja *para* el capitalista, y, por lo tanto, *bajo* el capitalista. Con la cooperación de muchos obreros asalariados, el poder de mando del capital se despliega de acuerdo con la ejecución del proceso de trabajo mismo, es decir, en condiciones reales de producción. Por un lado, la función de dirección, vigilancia y coordinación pasa a ser función del capital. Por otro, la función directiva adquiere rasgos característicos especiales en cuanto función específica del capital.

> Con la masa de los obreros simultáneamente empleados aumenta la resistencia de éstos y con ella, inevitablemente, la presión de los capitalistas para dominar esa resistencia. La dirección por el capitalista no es sólo una función particular dimanante de la naturaleza del proceso social del trabajo y perteneciente al mismo, sino también al mismo tiempo función de la explotación de un proceso social de trabajo y, por lo tanto, está condicionada por (*bedingt durch*) el antagonismo inevitable entre el explotador (*Ausbeuter*) y la materia prima de su explotación (*Rohmaterial*)[85].

[81] Karl Marx, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., p. 347.
[82] *Ibid.*, p. 349.
[83] *Ibid.*, p. 354.
[84] *Ibid.*, pp. 354-355.

Mientras negocia con el capitalista, el obrero lo hace como propietario de su propia fuerza de trabajo. Él vende aquello que posee: su particular fuerza individual para trabajar. El mismo contrato, el capitalista lo cierra con otros obreros aislados: él paga por consiguiente el valor de cada fuerza de trabajo autónoma, pero no paga la fuerza de trabajo combinada de los obreros. Así pues,

> [...] los obreros son en cuanto personas independientes, *hombres aislados* (*Vereinzelte*) que entran en una relación con un mismo capital, pero no entre ellos. Su cooperación no empieza sino en el proceso de trabajo; pero en el proceso de trabajo han dejado ya de pertenecerse a sí mismos. Al entrar en el proceso de trabajo quedan incorporados al capital. En cuanto cooperadores, en cuanto miembros de un organismo activo obrero, no son ellos mismos más que un particular modo de existencia del capital. La fuerza productiva que desarrolla el obrero como *obrero social* (*Arbeiter als gesellschaftlicher Arbeiter*) es, por lo tanto, *fuerza productiva del capital*[86].

Así un número considerable de obreros, es decir, el obrero socialmente combinado, dentro de un mismo proceso de producción, bajo el mando del mismo capitalista, pasa a ser fuerza productiva del capital. La fuerza productiva social del trabajo no existe fuera del capital: porque no es desarrollada por el obrero antes de que el trabajo mismo del obrero pertenezca al capitalista. Es fuerza productiva no pagada. Marx dice: ésta «se presenta» (habitualmente: *erscheint*) como fuerza productiva poseída por el capital *por naturaleza*, como su fuerza productiva *inmanente*. Y no se trata de una apariencia. Como productor, el obrero no tiene autonomía frente a las condiciones de la producción capitalista. Nunca habría comenzado a producir si no hubiese producido primeramente capital. En la transición de la fuerza de trabajo individual a la fuerza de trabajo social, del obrero al obrero social, el trabajo se transfiere al capital, pasa a ser fuerza productiva *social* del capital. Cuando la fuerza de trabajo se presenta socializada en sus funciones productivas, ya ha habido producción de capital. Únicamente la producción de capital hace posible el proceso de socialización productiva de la fuerza de trabajo, el nacimiento de la figura histórica del obrero social, como fuerza productiva social del trabajo, incorporada en el capital. Es otro –quizá el mayor– de los progresos históricos aportados por el capital. Sin embargo, justamente dentro de este «progreso», la fuerza de trabajo, que se ha presentado desde el principio como un presupuesto del capital, independiente de él y a él contrapuesta, se subordina al capital, pasa a ser «parte» suya, se convierte en

[85] *Ibid.*, p. 356.
[86] *Ibid.*, pp. 358-359.

objeto de explotación social. ¿Qué quiere decir Marx, por lo tanto, cuando habla de una «relación de clase» (*Klassenverhältnis*) ya presente en el momento en el que capitalista y obrero se contraponen en el acto D – T, en el acto formal del intercambio entre dinero y fuerza de trabajo; cuando habla de la «existencia constante de la clase de los obreros asalariados» (*Lohnarbeiterklasse*) como primer presupuesto para el surgimiento del ciclo del capital-dinero; cuando habla de la existencia del capital industrial que implica la existencia del «antagonismo de clase» (*Klassengegenstaz*) entre capitalistas y obreros asalariados? Quiere decir exactamente esto: que la figura histórica en la que por primera vez el obrero asalariado se presenta frente al capitalista es la de *vendedor de fuerza de trabajo*. Aquí se presenta al mismo tiempo la primera forma elemental de antagonismo entre las dos clases, que observa ya contrapuestos los elementos contratantes en una relación necesaria entre poseedores de mercancías opuestas. D – T, pero T – D desde el punto de vista del obrero, dice Marx[87]. Están ya presentes en este estadio las características decisivas, para el mercado, del obrero asalariado: fuerza de trabajo adquirida con dinero en forma de salario. En virtud de esta forma, esta transacción mercantil entre dinero y fuerza de trabajo se reconoce como característica del modo capitalista de producción. Pero la verdad –el contenido de esta forma– es que en el contrato de compra de la fuerza de trabajo está acordada la entrega de una cantidad de trabajo mayor que la que es necesaria para compensar el precio de la fuerza de trabajo, y, por lo tanto, para cubrir el montante del salario: por consiguiente, se presupone y se contrata de antemano una entrega de plustrabajo, que es además la condición fundamental para la capitalización del valor anticipado, para la producción de plusvalor, y, por lo tanto, de capital. Es cierto que la primera figura antagonista que el obrero asume es la de vendedor de fuerza de trabajo; pero es cierto también que en esta figura ya está presupuesta la de productor de plusvalor. ¿Es este presupuesto el que convierte en antagonista, desde un punto de vista de clase, en el mercado de trabajo, al obrero? ¿O el antagonismo de clase existe ya en sí en el obrero forzado a convertirse en asalariado, es decir, *obligado* a vender la única mercancía que posee, su fuerza de trabajo? Marx dice:

> La relación-capital durante el proceso de producción se manifiesta sólo (*kommt nur heraus*) porque existe en sí en el acto de circulación, en las distintas situaciones económicas básicas en que se enfrentan comprador y vendedor, en su relación de clase. No es que con la naturaleza del dinero quede dada la relación; es, al contrario, la existencia de esta relación lo que es capaz de convertir una mera función monetaria en una función de capital[88].

---

[87] Karl MARX, *El Capital*, libro II, OME-42, cit., p. 30.
[88] *Ibid.*

Por lo tanto, para Marx es indudable que la relación de clase existe ya en sí (exactamente: *an sich*) en el acto de la circulación. Es justamente esto lo que revela, hace salir, durante el proceso de producción, la relación capitalista. La relación de clase (*Klassenverhältnis*), por consiguiente, precede, provoca y produce la relación capitalista (*Kapitalverhältnis*). Es más: es la existencia de la relación de clase la que hace posible la transformación del dinero en capital. Se trata de una cuestión realmente importante. Porque en general se hace decir a Marx exactamente lo contrario, y predomina en el uso «marxista» corriente decir lo contrario: esto es, que solo *de* la relación capitalista de producción surge la contraposición, el antagonismo entre las clases, que es, por lo tanto, un antagonismo de tipo nuevo respecto a aquel viejo siempre presente desde que la sociedad humana deja de ser comunidad primitiva; por lo que es el capital quien hace las clases, o mejor, el que transforma las viejas clases en nuevos, pero siempre iguales, aglomerados contrapuestos. ¿Cómo puede, por el contrario, afirmarse: *primero* la relación de clase, *después* la relación capitalista? ¿Puede considerarse, y en qué sentido, en el acto de venta, repetimos *forzosa*, de la fuerza de trabajo, ya madura la naturaleza de clase de una relación social que permite la producción de capital? ¿Se constituyen, pues, los obreros asalariados por primera vez en *clase*, en cuanto vendedores de fuerza de trabajo? Creemos que puede responderse que sí. Con una condición: que no se fije el concepto de clase obrera en una forma única y definitiva, sin desarrollo, sin historia. A duras penas, con lentitud, y en verdad sin mucho éxito, se ha adquirido entre los marxistas la idea de una *historia interna del capital*, que incluya el análisis específico de las distintas determinaciones que el capital asume en el curso de su desarrollo: esto llevará justamente al final del materialismo histórico con su *Weltgeschichte* de tres al cuarto. Pero todavía nos hallamos lejos de que se asuma como programa de trabajo, además de como principio de método en la investigación, la idea de *una historia interna de la clase obrera*, que reconstruya los momentos de su formación, los cambios en su composición, el crecimiento de su organización, según las sucesivas y distintas determinaciones que la fuerza de trabajo asume en cuanto fuerza productiva del capital, según las diversas, recurrentes y siempre nuevas experiencias de lucha que la masa obrera elige en cuanto única antagonista a la sociedad capitalista.

La venta de la fuerza de trabajo ofrece pues el primer estadio elemental, el más simple, de una composición como clase de los obreros asalariados: así pues, *una masa social obligada a la venta de fuerza de trabajo* es también la forma general de la clase obrera. En el sentido de Marx: cuando dice que en el dinero está el capital desde el momento en que, al menos en un punto, ya se ha efectuado la transformación del dinero en capital; cuando dice que el ciclo del capital-dinero, primer estadio en la circulación global del capital, es también

la forma general del ciclo del capital industrial, en cuanto se halla presupuesto el modo capitalista de producción; cuando dice que la cooperación, primer método elemental de producción del plusvalor relativo, es también la forma fundamental de la producción capitalista, aunque su figura simple se presente como forma particular al lado de otras formas más evolucionadas, que están, por otra parte, ya presupuestas en aquella figura más simple. *La venta de la fuerza de trabajo presupone que la fuerza de trabajo existe, existe como mercancía y como mercancía particular:* son tres condiciones que, por sí solas, *fundan* el modo capitalista de producción. Algo más. Un acto de venta de esta naturaleza es libre y necesario a la vez: libre, porque el poseedor de la mercancía no está jurídicamente forzado a venderla; necesario, porque de hecho no puede dejar de venderla, so pena de la extinción de su especie. Lo hemos visto: venta de fuerza de trabajo ya quiere decir suministro gratuito de plusvalor y, por lo tanto, de producción de plusvalor y de reproducción de la relación-capital. No se halla, pues, en la fuerza de trabajo genéricamente humana el principio secreto de la producción capitalista, sino en la fuerza de trabajo específica del obrero asalariado, y en su reducción a mercancía completamente particular: por lo tanto, no en la fuerza de trabajo en sí, sino en el intercambio fuerza de trabajo-dinero, es decir, en el hecho de convertirse en propiedad de quien con anterioridad posee dinero, de la única fuerza productiva de capital. Pero entonces la fuerza productiva del capital existe antes e independientemente de las condiciones de producción que la hacen funcionar como tal, antes e independientemente del dinero en cuanto poseedor de los medios de trabajo y los materiales de trabajo. Es el encuentro con el dinero, es la equiparación con los medios y materiales de trabajo, en una palabra, es la reducción de la fuerza de trabajo misma a condición de producción lo que la incorpora al capital, la convierte en una parte de éste, en su apéndice viviente. El *proceso histórico*, desde el punto de vista obrero, ve primero al vendedor de la fuerza de trabajo, después la fuerza productiva individual y posteriormente la fuerza productiva social. En la fuerza de trabajo individual, en su carácter de mercancía particular, existe ya la capacidad de producir capital. Pero sólo en el capital, en su necesidad de ser relación social de producción, existe la capacidad de socializar la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo no tiene la posibilidad de una socialización autónoma, independiente de las necesidades del capital. Por esto, de nuevo, la fuerza productiva social del trabajo se presenta como fuerza productiva del capital. Y justo en el momento en el que la fuerza de trabajo social entra en la producción y transforma el proceso de trabajo colectivo en proceso social de valorización, en el momento en el que viene a coincidir de hecho con una masa social de productores y, por lo tanto, viene a corresponder con los límites naturales de la «clase obrera» –justo en este

momento aparece como nada más que una parte interna del capital, incluso en la forma antidiluviana de capital individual–. El proceso de socialización de la fuerza de trabajo en el interior de la producción capitalista no abre ni cierra el proceso de formación histórica de la clase obrera: es un momento intermedio esencial de desarrollo en la organización del antagonismo de clase, que puede ser mejor utilizado en la práctica, según la relación de fuerzas, o por los capitalistas o por los obreros. Cuando al trabajo no pagado del obrero individual se añade la fuerza productiva no pagada del obrero social se está produciendo una verdadera *socialización de la explotación capitalista, explotación no sólo del obrero, sino de la clase obrera*, verdadero y exacto acto de nacimiento, a su vez, de una *sociedad* capitalista: un *salto* en la historia del capital que lo llevará a largo plazo a transformar radicalmente las relaciones con *su* sociedad, a iniciar un proceso inverso de socialización del capital, hasta sus formas más altas de capital social. La explotación no sólo del obrero, sino de la clase obrera, quiere decir que la clase obrera ya existe. La transición en la historia del capital a la sociedad capitalista quiere decir que es necesaria una clase de capitalistas. El proceso de socialización de la explotación a través de la producción capitalista, que parece señalar el nacimiento de la clase obrera, señala en realidad el nacimiento de la clase opuesta, y el proceso de constitución como clase del interés opuesto, el de los capitalistas individuales. Únicamente incorporando en cada capital individual la fuerza productiva social del trabajo era posible hacer de cada individuo capitalista el miembro consciente de una clase social de capitalistas. Pero la fuerza productiva social del trabajo, la mercancía particular fuerza de trabajo, era ya, en su forma simple y general, la clase obrera. Sólo incorporando la clase obrera en el capital, sólo haciendo de la clase obrera una *parte* del capital (la parte viva, móvil, variable), sólo así era posible hacer no sólo de la otra parte del capital (aquella muerta, inmóvil, constante), sino de *todo* el capital, una clase contrapuesta a la de los obreros. El proceso de formación histórica de una clase de capitalistas sigue, copia y repite, el proceso análogo de formación de la clase obrera. Este dato objetivo es todavía más escandaloso, pero ya es banal. De todas formas no es lo único y no es lo fundamental. Es un principio de método que debe invertir la búsqueda de la perspectiva y guiar, desde lo alto y desde lejos, la nueva estrategia. Lo que resulta fundamental, porque llega a sobredeterminar la táctica cotidiana de la lucha de clases, es que desde el principio, desde las primeras formas de esta lucha, los obreros como clase se encuentran dentro del capital y deben combatirlo desde su interior, mientras que la clase de los capitalistas está sólo contrapuesta a los obreros y puede golpearlos en bloque desde el exterior. Esto, que ha sido el mayor punto de debilidad de la clase obrera debe convertirse en la máxima señal de su fuerza. Los obreros entran ya *como clase* en la fábrica del

capitalista: solo así puede ser explotada su fuerza productiva social. Obligados, no por las leyes jurídicas sino por las leyes económicas, a vender fuerza de trabajo, es decir, a venderse a sí mismos como mercancía en el mercado, se encuentran *ya individualmente unidos contra* el capitalista incluso antes de comenzar a producir capital. Por otra parte, el obrero, como instrumento de producción, puede funcionar solamente asociado con otros obreros; el obrero productivo es una fuerza de trabajo social; los obreros, como las mercancías, se manifiestan siempre en plural; el obrero individual no existe. Basta recordar el *concepto histórico* del que surge la producción capitalista: un número considerable de obreros, al mismo tiempo, en el mismo lugar, para producir el mismo género de mercancías, bajo la dirección del mismo capitalista. La fuerza de trabajo social, la mercancía particular fuerza de trabajo, comienza a producir capital sólo como clase obrera. La fuerza productiva social del trabajo pasa a ser fuerza productiva social del capital, en cuanto clase obrera. Los obreros entran en el capital, son reducidos a una parte del capital, en cuanto clase obrera. El capital tiene ahora a su enemigo en sí mismo. Preferimos interpretar así el sentido de aquella oscura frase de Marx: «el verdadero límite de la producción capitalista es el propio capital». Una necesidad de la producción se convierte en una amenaza para el sistema. Los capitalistas responden intentando fatigosamente conciliar sus diferentes intereses individuales con el interés social único de una clase antagonista.

3. CRÍTICA DE LA IDEOLOGÍA

Pero hemos avanzado demasiado. Estos son los problemas de Marx en la avanzada madurez de su pensamiento. Debemos retomar el camino para *llegar* a estas conclusiones. El camino es importante porque acaba con los viejos problemas y nos plantea los nuevos. Por ejemplo, veamos a Marx enfrentarse con la *crítica de la ideología*. Nosotros diremos un poco arbitrariamente: crítica del comunismo y crítica del socialismo. Se trata naturalmente del comunismo y del socialismo premarxistas. Pero cualquiera puede comprobar que, después de Marx, estas «ideologías» no han cambiado mucho.

El manuscrito de 1844 sobre *Propiedad privada y comunismo* encierra una crítica de la propiedad privada desde el punto de vista del comunismo, pero también contiene, conjuntamente, una crítica del comunismo desde el punto de vista de la propiedad privada. Este último aspecto no ha sido correctamente abordado. Por un lado –dice Marx– encontramos el trabajo, la esencia subjetiva de la propiedad privada en cuanto exclusión de la propiedad; por otro, encontramos el capital, el trabajo objetivo, en cuanto exclusión del trabajo: *juntos* constituyen «la *propiedad privada* en la forma desplegada de su contradicción y por tanto de una relación enérgica y al fin autodestructiva»[89]. En primer lugar, la propiedad privada es considerada únicamente en su vertiente objetiva, pero con el trabajo, sin embargo, como su esencia objetiva; su forma de existencia es, por lo tanto, el capital que *als solches* (como tal) hay que suprimir: esto es Proudhon. O bien, un modo particular de trabajo, digamos un trabajo agrícola, nivelado, parcelado, no libre, es considerado como la causa del carácter dañino de la propiedad privada y de su existencia extraña al hombre: y esto es Fourier. En cambio, se considera esencial el trabajo industrial que debería llevar al predominio exclusivo de los industriales y al mejoramiento de la condición de los obreros: y tenemos, con esto, a Saint Simon. Al final llega el comunismo: él «es la expresión *positiva* de la superación de la propiedad privada, primero como propiedad privada *general* (*das allgemeine Privateigentum*)»[90]. En tanto que abraza la relación de la propiedad privada en su generalidad, «comienza no siendo más que su *generalización* (*Verallgemeinerung*) y *plenitud* (*Vollendung*)»[91]. El dominio de la propiedad de cosas se presenta en este punto tan enorme que se intenta anular todo aquello que no pueda ser poseído por todos como propiedad privada: «la condición del *obrero* no es superada, sino extendida a todos los hombres»[92]; la relación de la propiedad privada sigue siendo la relación de la comunidad respecto al mundo de las cosas.

> La comunidad sólo existe en el *trabajo* y la igualdad <es la> del *salario* pagado por el capital comunitario (*das gemeinschaftliche Kapital*), la *comunidad* como el capitalista general (*die Gemeinschaft als der allgemeine Kapitalist*). Ambos aspectos de la relación se hallan elevados a una generalidad *ideal*: el *trabajo* como la concreción en la que cada uno se halla puesto, el *capital* como la generalidad y poder reconocidos de la comunidad[93].

Esta primera supresión positiva de la propiedad privada, este «comunismo *basto*, no es más que una de las formas en que aparece la vileza de la propiedad privada, que trata de establecerse como la *comunidad positiva*»[94]. En figuras históricas contrapuestas a la propiedad privada busca una prueba histórica para sí, una prueba en lo existente, destacando momentos singulares del movimiento y fijándolos como pruebas de la propia plenitud histórica: «sin más éxito que demostrar la incongruencia de la –con mucho– la mayor parte de este proceso con sus afirmaciones y que, si un tal comunismo ha existido alguna vez, su misma existencia

[89] Karl MARX, en «Manuscritos de París», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes. 1844*, OME-5, cit., p. 374.
[90] *Ibid.*, p. 375.
[91] *Ibid.*
[92] *Ibid.*
[93] *Ibid.*, p. 376.
[94] *Ibid.*, p. 377.

pasada (*sein vergangnes Sein*) refuta sus pretensiones de *esencia* (*die Prätention des Wesens*)»[95]. No resulta casual que el comunismo comience de modo inmediato con el ateísmo: véase Owen. Es cierto que la filantropía del ateísmo es desde el principio solamente una filantropía filosófica abstracta, mientras que la del comunismo es enseguida real y tiende inmediatamente a la acción. Pero entre ateísmo y comunismo la afinidad permanece sustancial, en el método y en el contenido. El ateísmo en tanto que quiere afirmar la esencialidad de la naturaleza y del hombre, es negación de Dios, y plantea la existencia del hombre mediante esta negación. Ya el socialismo como tal no necesita más esta mediación: «pues la *esencia* de que parte es la *conciencia sensible (teórica y práctica)* del hombre y de la naturaleza»[96]. Es la positiva conciencia de sí del hombre, no mediada ya por la supresión de la religión; «lo mismo que la *vida real* positiva es la realidad humana, que ha dejado atrás el *comunismo*, la negación de la propiedad privada»[97]. Sin embargo, todavía

> [...] el comunismo es la afirmación como negación de la negación, y por consiguiente, en la próxima evolución histórica, el factor *real*, necesario de la emancipación y recuperación (*Wiedergewinnung*) del hombre. El *comunismo* es la figura necesaria y el enérgico principio del próximo futuro; pero el comunismo no es como tal la meta del desarrollo humano, la figura de una sociedad humana[98].

Aquí Marx parece situar al comunismo en una posición subordinada respecto al socialismo. Iguala prácticamente el comunismo con el ateísmo: posición como negación de la negación, en lugar de inmediata afirmación positiva. El comunismo, acaba reducido a medio, a instrumento, a momento real y necesario para llegar al socialismo: el comunismo en suma como negación del presente, como instrumento de lucha contra el presente, todavía no como afirmación del estado futuro; *el comunismo como fase de transición dentro del capitalismo*. No es una paradoja, si se piensa que, apenas algunos años después, Marx reducirá el comunismo a partido comunista, contraponiendo «a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto de su propio partido»[99]. Por lo demás, ya en *La ideología alemana* había hablado de esta manera: «Para nosotros, el comunismo no es *un estado de cosas* que deba ser instaurado; un *ideal* al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera (*aufhebt*) el estado de cosas actual»[100].

[95] *Ibid.*, p. 378.
[96] *Ibid.*, p. 388.
[97] *Ibid.*
[98] *Ibid.*
[99] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «Manifiesto del Partido Comunista», *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I). 1847-1848*, OME-9, cit., p. 135.
[100] Karl MARX y Friedrich ENGELS, *La ideología alemana*, Barcelona, Pueblos Unidos & Grijalbo, p. 37.

Pero no es una paradoja tampoco, si se piensa en el desarrollo de las estructuras objetivas de la sociedad capitalista, que ve en el capital comunitario, en la comunidad como capitalista general y como generalización del trabajo asalariado, una forma más desarrollada de existencia socializada del capital. En el comunismo crítico-utópico, la infancia de la clase obrera ha expresado –según Marx, de manera bastante infeliz– sus principios de 1789. Para establecer el propio poder, para construir la propia sociedad, las primeras masas informes de proletarios sentían que tenían necesidad de una igualdad real. Este hecho hace descubrir al pensamiento del primer capital, la necesidad imprescindible de una igualdad formal para la producción capitalista. No es cierto que el igualitarismo social comunista sea una extensión ilícita del igualitarismo político burgués. Es cierto lo contrario: este último es la primera realización histórica concreta de las eternas ideas niveladoras ligadas a los estratos de la población trabajadora eternamente en la miseria. Precisamente en el *Manifiesto*, Marx dice de los comunistas y socialistas utópicos: «... el proletariado sólo existe para ellos desde este punto de vista: el de la clase más sufriente»[101]. Y en vez de la organización del proletariado como clase, proponen una organización de la sociedad pensada de raíz.

> Pretenden mejorar la situación existencial de todos los miembros de la sociedad... Por ello apelan de continuo a toda la sociedad sin distingos, y hasta de preferencia a la clase dominante... De ahí que desechen cualquier acción política, en especial cualquier acción revolucionaria; pretenden alcanzar su objetivo por la vía pacífica e intentan abrir camino a este nuevo evangelio social por medio de pequeños experimentos –naturalmente fallidos–, mediante el poder del ejemplo[102].

Todo el mundo sabe que esta forma crítico-utópica del comunismo de los inicios –atacada por Marx– no se ha disuelto después, sino que ha crecido y se ha desarrollado hasta pasar a ser dominante incluso en la corriente considerada marxista del movimiento obrero. Y puesto que es ésta la que se ha planteado en términos más prácticos el objetivo del socialismo, deriva de ello la siguiente curiosa, pero lógica conclusión: *el comunismo crítico-utópico como ideología del socialismo práctico*. De este modo, el punto de vista científico de la clase obrera, los análisis de Marx sobre la sociedad capitalista, han sido sustituidos generalmente por un impresionante «retorno a la ideología». Y todo el movimiento obrero organizado vive una existencia premarxista. El choque históricamente reciente entre marxismo y comunismo, entre ciencia e ideología, entre teoría y propaganda, que ha encontrado en Lenin al máximo representante del

[101] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «Manifiesto del Partido Comunista», *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I). 1847-1848*, OME-9, cit., p. 166.
[102] *Ibid.*

punto de vista obrero, ha concluido después, por razones materiales muy determinadas, con la síntesis oportunista de una ciencia «ideológica», de una teoría «propagandística». Hasta el punto de que la clase obrera, que había criticado con Marx la ideología del capital, está obligada hoy a criticar con Marx la *propia* ideología. No sabemos todavía si esta crítica afectará sólo en parte, o en su totalidad, a la propia obra de Marx. Sí sabemos, en cambio, que en cuanto autocrítica científica por parte obrera coincidirá con la experiencia histórica de un proceso revolucionario en concreto. Reducir de nuevo el comunismo a partido parece aún hoy el punto de partida real; concebirlo de nuevo como simple instrumento de lucha dentro del capital parece todavía la solución provisional impuesta por la práctica; nunca jamás verlo, sin embargo, como termino en la evolución de la organización, como «forma» del partido obrero. La única página que se mantiene aquí del esbozo de Marx para el *Manifiesto* parece escrita más para los capitalistas de ayer que para los reformistas de hoy. Concluye así: «Los comunistas no formulan una nueva teoría de la propiedad. Sólo expresan un hecho. Vosotros negáis los hechos más patentes. Debéis negarlos. Sois utopistas, vueltos al revés»[103] (*Werke*, 4, p. 610).

El rechazo del concepto «valor del trabajo» es el punto de partida de la crítica marxiana del «socialismo». En 1847, en *Miseria de la filosofía*, esta crítica ya es para Marx un hecho cumplido. El error fundamental de Proudhon es confundir cantidad de trabajo y valor del trabajo como si fueran una idéntica medida para el valor de las mercancías. Si así fuera, el valor relativo de cualquier mercancía podría ser medido prescindiendo de la cantidad de trabajo contenida en la mercancía, de la cantidad de trabajo que ella puede adquirir, o de la cantidad de trabajo que puede adquirirla. Pero no es así: el valor del trabajo no puede servir de medida del valor, como no puede servir el valor de cualquier otra mercancía. Un valor relativo no puede determinarse por un valor relativo que, a su vez, necesita ser determinado. En la base de este error está de nuevo el conflicto lógico entre los dos conceptos del valor de Adam Smith: *embodied labour* y *commanded labour*, no ya yuxtapuestos, sino directamente equiparados. Ricardo, que ya había desvelado este error, es reinterpretado a través de Smith: *por esta vía smithiana se extraen consecuencias «igualitarias» de la teoría ricardiana del valor*. «Para encontrar –dice Marx– la justa proporción en la cual deben participar los obreros en el producto, o, en otros términos, para determinar el valor relativo del trabajo, el señor Proudhon busca una medida del valor relativo de las mercancías.»[104] Para obtener esto, no encuentra nada mejor que establecer como equivalente de una cierta cantidad de trabajo la suma de los productos

[103] *Ibid.*, p. 392.
[104] Karl MARX, *Miseria de la filosofía*, Madrid, Aguilar, 1971, p. 93.

creados por ella. El salario pasa a ser así el verdadero valor del trabajo: «lo cual lleva a suponer que la sociedad no consiste más que en obreros inmediatos, que reciben como salario su propio producto»[105]. Si presuponemos como dada, ya totalmente determinada, la igualdad de los salarios, se trata, en suma, de buscar «la medida del valor relativo de las mercancías para encontrar la retribución igual de los trabajadores»[106]. Esta es la aplicación igualitaria de la teoría ricardiana que –antes de Proudhon– han propuesto en épocas distintas casi todos los socialistas ingleses. Marx cita como ejemplo al comunista señor Bray, en su *Labour's Wrongs and Labour's Remedy* de 1839:

> Únicamente dos cosas pueden intercambiar los hombres entre sí: el trabajo y el producto de su trabajo. Si los cambios se realizasen conforme a un sistema equitativo (*a just system of exchanges*), el valor de todos los artículos se determinaría *por sus costes de producción totales*, y *los valores iguales se intercambiarían siempre contra valores iguales*[107].

Se llegaría así a una gran sociedad por acciones, compuesta por un número infinito de sociedades por acciones menores, cuya totalidad trabaja, produce e intercambia sus productos en el plano de la más perfecta igualdad.

> Nuestro nuevo sistema de sociedad por acciones –dice Bray–, que no es otra cosa que una concesión a la sociedad actual para llegar al comunismo, establece de qué manera pueden coexistir la *propiedad individual* de los productos y la *propiedad común* de las fuerzas productivas, hace depender la suerte de cada individuo de su propia actividad y le asigna una parte igual en todas las ventajas proporcionadas por la naturaleza y por el progreso de la técnica.

Por lo tanto, comenta Marx, en última instancia no existe intercambio de productos, sino intercambio de trabajos que concurren en la producción. Una hora de trabajo se intercambia por una hora de trabajo; aquí está contenido el axioma fundamental del que se parte. Todavía hay que establecer, sin embargo, la particular e insignificante –para el socialismo del comunista señor Bray– atención al *modo* de este intercambio. El modo de intercambio de las fuerzas productivas determina el modo de intercambio de los productos: desde el momento en el que se comienza a intercambiar individualmente trabajo social. El intercambio individual ya corresponde, por lo tanto, a un determinado sistema de producción asociada. Y esto –lo hemos visto– no es nada más que el producto del antagonismo entre dos clases. Sobre esta base, *no puede existir, por lo tanto, intercambio individual sin lucha de clases*. Todas las honestas conciencias burguesas rechazan aceptar esta evidencia.

> El señor Bray hace de la *ilusión* del burgués honrado el *ideal* que él desearía realizar. Depurando el intercambio individual, al desembarazarlo de todo lo que encuentra en él

[105] *Ibid.*
[106] *Ibid.*
[107] *Ibid.*, p. 113.

> de elementos antagonistas, cree hallar una relación igualitaria, que quisiera introducir en la sociedad. El señor Bray no ve que esta relación igualitaria, que este *ideal correctivo* que quisiera aplicar al mundo, no es más que el reflejo del mundo actual y que, por lo tanto, es totalmente imposible reconstruir la sociedad sobre una base que no es más que su sombra embellecida. A medida que la sombra vuelve a hacerse cuerpo se percibe que este cuerpo, lejos de ser la soñada transfiguración, es el cuerpo actual de la sociedad[108].

El concepto de «valor del trabajo», la paridad entre valor y trabajo, y, por lo tanto, el valor del trabajo como medida del valor, será común a toda crítica socialista del capitalismo que quiera prescindir de la relación de clase. El programa máximo de lucha que se puede extraer de estas premisas es el de un «justo precio del trabajo» que debe pagarse al obrero asalariado, es el de una reforma de la sociedad que transforme a todos los hombres en obreros inmediatos, que intercambian cantidades de trabajo iguales. Por esta razón, la fórmula lassalliana del «fruto integral del trabajo», a pesar de la *Crítica al programa de Gotha*[109], ha recorrido tanto camino en el movimiento obrero. Antes de 1848 ya está clara en Marx, por el contrario, la gran tesis opuesta: el trabajo no tiene precio, por el simple hecho de que no tiene valor; una cosa como el valor del trabajo, en el sentido común de la palabra, no existe; no puede existir, por lo tanto, el precio de una cosa que no tiene valor. Si el valor de una mercancía es dado por la cantidad de trabajo necesario contenido en ella, ¿cuál será el valor de una jornada de trabajo? La cantidad de trabajo de una jornada. Pero decir que el valor de una jornada de trabajo viene dado por la cantidad de trabajo contenido en una jornada de trabajo es una simple tautología. «Valor del trabajo» no significa medir el valor con el tiempo de trabajo, con la cantidad de trabajo, sino medir el valor con el valor y el trabajo con el trabajo. Es aquí donde se pierde la relación entre clases antagonistas. Porque aquí el intercambio individual se reduce a intercambio de trabajo por trabajo y, por lo tanto, a intercambio de valores iguales. Entonces no resta otra reivindicación social fundamental que la *igualdad de los salarios*, el exigir, sobre la base del sistema salarial, una paga igual, o incluso únicamente *justa*, que –decía Marx– es como exigir la libertad sobre la base del sistema esclavista. El sueño del capitalista honesto ha sido siempre contemplar el socialismo como la realización precisa de las ideas del capital. Los socialistas, antes y después de Marx, siempre han intentado dar vida práctica a esta quimera. Consecuencia: la realización del socialismo como última fase del capitalismo: una sociedad capitalista formada sólo por obreros; una sociedad bajo el poder real del capital, pero sin la clase formal de los capitalistas, con el capitalismo en la relación de producción y el socialismo en el modo del intercambio y de la distribución; trabajo contra trabajo, pero para la producción de capital; y en el capital, la reproducción ampliada del dominio de clase sobre los obreros. Cuando dentro del capital, el capitalista individual ya no existe, la clase de los capitalistas es verdaderamente perfecta. Cuando el capitalista ya no se distingue del capital, la dictadura de clase sobre los obreros es completa: no tiene, sobre este punto, contradicciones en su interior. La clase obrera ya no encuentra a sus adversarios. Los obreros, como clase, se quedan solos, sin la posibilidad de la lucha. Pero una clase, sola, no existe. No hay clase sin lucha contra la otra clase. La mediación obrera del poder capitalista, un verdadero *poder obrero del capital*, permanece así como la única vía para el único socialismo que hasta ahora se ha dado, *el socialismo del capital*: un sistema de explotación, hecho sólo de explotados sin explotadores: el sueño realizado por la honesta conciencia del socialista burgués. De hecho, Marx ya decía que éste alcanza su más alta expresión cuando puede perderse en una figura retórica. «¡Libre comercio!... en interés de la clase obrera; ¡aranceles protectores!... en interés de la clase obrera. ¡Prisiones celulares!... en interés de la clase obrera»: las consignas del «socialismo burgués»[110], desde el tiempo del *Manifiesto*, han cambiado en la forma, pero el método es siempre el mismo. Y permanecerá siempre igual hasta que en la organización de la lucha por parte obrera se parta, no de aquello que resulta más necesario, sino de aquello que parece más justo. Así, dirigiéndose a los representantes obreros en el consejo general de la Internacional, Marx aconsejaba: «Eso que vosotros consideráis como ecuánime o como justo no entra en juego aquí en absoluto. La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿qué es necesario e inevitable dentro de un sistema de producción dado?».

4. ¡MALDITO SEA JUNIO!

Pero he aquí que llega, también para Marx, esperado y temido, previsto pero no preparado, el estallido de 1848. Europa es despertada con sobresalto de su somnolencia burguesa. «El proletariado, al dictar la República al gobierno provisional y, a través del gobierno provisional, a toda Francia, apareció inmediatamente en primer plano, como partido independiente.»[111] Ciertamente los proletarios no conquistaban así su emancipación revolucio-

[108] *Ibid.*, pp. 122-123.

[109] Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas* (2 vols.), Madrid, Akal, 1975, vol. 2, pp. 10-42.

[110] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «Manifiesto del Partido Comunista», *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I). 1847-1848*, OME-9, cit., p. 165.

[111] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850», *Obras escogidas*, (2 vols.), cit., vol. 1, p. 142.

naria, conquistaban el terreno de la lucha para esta emancipación. Habían protagonizado junto a la burguesía la revolución de febrero; intentaban ahora hacer valer *al lado* de la burguesía, y no contra ésta, sus propios intereses.

> Una clase en la que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia adelante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión. La clase obrera francesa no había llegado aún a esto; era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución[112]

La lucha contra el capital en su forma moderna, en un nivel avanzado de desarrollo, la lucha de los trabajadores asalariados industriales contra el capitalista industrial, todavía era en Francia un hecho demasiado parcial: la «lucha contra los modos de explotación secundarios del capital»[113] se confundía con la sublevación general contra la aristocracia financiera. En este sentido, la república de febrero no era en realidad más que la república *burguesa*: conquistada, sin embargo, por los proletarios con la ayuda pasiva de la burguesía. Y los proletarios «se consideraban con razón los vencedores de febrero y formulaban las exigencias arrogantes del vencedor»[114]. Sin embargo, sus reivindicaciones no sólo no coincidían con las de la burguesía, sino que las contradecían. Las contradicciones entre reivindicaciones opuestas opuso, uno frente al otro, dos bandos con objetivos alternativos, no sólo en el plano político, sino también en el plano social: por un lado, solo, el proletariado parisino, por otro, todas las facciones de la burguesía, y todos los estratos de la sociedad francesa, en estos momentos reunidos dentro del círculo del poder republicano. Una contienda de estas características sólo podía ser resuelta con las armas en la mano. Los proletarios debían ser batidos en la calle: «había que demostrarles que tan pronto como luchaban, no con la burguesía, sino contra ella, salían derrotados»[115]. «Contestaron el 22 de junio con aquella formidable insurrección en que se libró la primera gran batalla entre las dos clases en que se divide la sociedad moderna.»[116] Largas filas de hombres y mujeres recorren la ciudad, gritando: «¡Pan o plomo! ¡Plomo o trabajo!» En la mañana del día 23 se forman las barricadas. *Der proletarische Löwe*[117] –como dirá Marx días después–, el león proletario se ha puesto en pie. Entra en la escena de la historia «el tenebroso frente amenazante» del proletariado en armas.

[112] *Ibid.*, pp. 144-145.
[113] *Ibid.*, p. 145.
[114] *Ibid.*, p. 157.
[115] *Ibid.*
[116] *Ibid.*, p. 158.
[117] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «La revolución de junio», *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I). 1847-1848*, OME-9, cit., p. 361; *Marx-Engels Werke*, 5, pp. 133-137.

El proletariado había sido *obligado* a realizar la insurrección. Y este hecho significaba su propia condena. Desde el punto de vista obrero, en la lucha de clases, sólo una estrategia de ataque puede asegurar la victoria. La derrota le convenció entonces de una verdad definitiva: «hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, *dentro* de la república burguesa, una *utopía*; y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad»[118]. Después de junio, después de la derrota de junio, ya no habrá lugar en la lucha de clases política del proletariado para sus «reivindicaciones», que han de arrancarse como concesiones al adversario: en el futuro serán sustituidas por la «consigna audaz y revolucionaria: *¡derrocamiento de la burguesía! ¡dictadura de la clase obrera!*»[119]. La burguesía, avanzando en su desarrollo, responderá con su propio programa: dominio del capital, esclavitud del trabajo. Pero continuamente se encontrará de frente al enemigo proletario, irreconciliable, invencible –«invencible porque su existencia es la condición de la propia existencia de la burguesía»[120]. De esta manera, la derrota proletaria de junio creó las condiciones dentro de las cuales podrá desarrollarse por primera vez la iniciativa de una revolución obrera. Todo su significado histórico se halla aquí. «El 25 de febrero de 1848 había concedido a Francia la *República*; el 25 de junio le impuso la *Revolución*. Y desde junio, revolución significaba *subversión de la sociedad burguesa*, mientras que antes de febrero había significado *subversión de la forma del Estado*»[121]

En 1848 se coloca de esta forma ante los ojos de Marx un movimiento revolucionario clásico de la clase obrera, o dicho de otro modo –aunque no es lo mismo–, Marx, en base al desarrollo precedente de su punto de vista, ve en los acontecimientos de París de 1848 un movimiento de estas características. Afirma Engels, recordando a Marx, en la *Neue Rheinische Zeitung*:

> [...] la insurrección de los obreros de París en junio de 1848 nos encontró en nuestro puesto. Desde que sonó el primer tiro nos pusimos resueltamente del lado de los insurrectos. Después de su derrota, Marx ensalzó la memoria de los vencidos en uno de sus artículos más vigorosos[122].

El azar (¿o la previsión de los acontecimientos?) hizo que se encontrase en aquel momento en posesión de un instrumento público de juicio político. El 1. de junio de 1848 sale el primer número de la *Neue Rheinische Zeitung*[123]

[118] Karl MARX, «La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850», en K. MARX Y F. ENGELS, *Obras escogidas* (2 vols.), cit., vol. 1, p. 160.
[119] *Ibid.*
[120] *Ibid.*
[121] *Ibid.*, p. 162.
[122] *Ibid.*, vol. 2, Friedrich ENGELS, «Marx y la *Nueva Gaceta Renana* (1848-1849)», p. 353.
[123] Karl MARX y Friedrich ENGELS, OME-9, 10, Barcelona, Crítica, 1978 y 1979; véase también *Marx-Engels Werke*, 5 y 6, Berlín, 1959 y 1961

Y será en las páginas de este periódico donde se buscará el origen práctico, totalmente político, de aquellas que serán denominadas las obras «históricas» de Marx: *La lucha de clases en Francia*, *El 18 Brumario*, etc., que serán publicadas después en otro lugar. Y si un historiador lee estas obras *como historiador* le resultará muy fácil encontrar errores elementales de gramática. Pero no existe dirigente obrero revolucionario que no acuda periódicamente a esta fuente política, cada vez que tiene que decidir, en la práctica, el tipo de conducta que ha de seguir en la lucha de clases. La experiencia de la dirección del periódico, a caballo entre 1848 y 1849, supone un paso fundamental en el discurso marxiano sobre el trabajo y el capital: nos daremos cuenta inmediatamente después, por la *forma* precisamente de las obras «históricas». En estos escritos políticamente toscos, violentos, sectarios, unilaterales, no justificados por los hechos, pero nítidos en la previsión de los acontecimientos futuros que sólo el odio de clase sabe provocar, en estos escritos vemos superponerse y confluir por primera vez el concepto abstracto de trabajo y la realidad concreta del obrero. La síntesis de todo esto es una idea totalmente definida del *proletariado*, y no sólo intuida con la fuerza del genio, como sucedía en las obras precedentes. Un concepto de proletariado que no contiene aún todas las características de la futura *clase obrera*. A nosotros nos gusta ver en el *proletario* y el *obrero* la misma sucesión histórica y la misma diferencia lógica que hallamos entre el *vendedor de la fuerza de trabajo* y el *productor de plusvalor*. El proletario es la figura política simple, elemental y por ello la forma de clase más básica del obrero industrial, del asalariado de la industria. El rasgo particular de la mercancía fuerza de trabajo se presenta, después de junio de 1848, en el hecho de ser, en el terreno político, proletariado: y no sólo proletariado contra la burguesía, sino contra la totalidad de la sociedad burguesa; no sólo en forma de oposición democrática, sino también como organización de una violenta alternativa de poder; *una clase en armas contra la sociedad entera, como si se tratara de la única clase diferente*. A partir de este momento, el discurso sobre el trabajo y la fuerza de trabajo, sobre el valor y el capital, se inserta definitivamente en el análisis político de los movimientos de los obreros, en la investigación de las leyes del movimiento de la clase obrera en su lucha permanente contra el capital, que, *por sí misma*, puede decidir la solución práctica de cada problema teórico. A partir de entonces, nadie que se identifique con el punto de vista obrero de Marx podrá escindir estos niveles. Para convencerse basta observar en los textos de Marx el proceso en el que la fuerza de trabajo se inserta cada vez más en la clase obrera a medida que avanza el desarrollo del capital.

5. LA PARTICULARIDAD DE LA MERCANCÍA FUERZA DE TRABAJO

Cuando se trata de resumir el proceso de transformación del dinero en capital, Marx se detiene y afirma: [...] debemos considerar con mayor atención esa

mercancía peculiar que es la *fuerza de trabajo*». En el párrafo decisivo sobre la «compra y venta de la fuerza de trabajo» con el que concluye la segunda sección del primer libro de *El Capital*, volvemos a encontrar en nota a pie de página, no por casualidad, a Ricardo y a Hegel. Marx sostiene que el cambio de valor del dinero, y por lo tanto su transformación en capital, no puede efectuarse en el mismo dinero; debe efectuarse en la mercancía; y no en el valor, sino en el valor de uso y, por lo tanto, en el consumo de una mercancía que se intercambia por dinero. Ricardo, sobre esta cuestión, ya había afirmado lo siguiente: «En la *forma dinero*... el capital no engendra ningún beneficio»[124]. Marx afirma que la venta de la mercancía fuerza de trabajo no puede efectuarse en bloque y de una vez por todas; debe efectuarse siempre y únicamente durante un tiempo determinado; el poseedor de esta mercancía concede el consumo transitorio de ésta, pero no su propiedad; si fuese de otra manera pasaría de ser un hombre libre a esclavo. Hegel ya había afirmado:

> De mis *habilidades particulares, corporales* o *espirituales*, de mis posibilidades de actividad puedo *enajenar* a otro producciones individuales y un uso *limitado en el tiempo*, porque con esta limitación se mantienen en una relación exterior con mi *totalidad* y *universalidad*. Con la enajenación de *todo* mi tiempo concreto de trabajo y de la totalidad de mi producción convertiría en propiedad de otro lo sustancial mismo, mi actividad y realidad *universal*, mi personalidad[125].

El dinero no es capital ni deviene capital, debe *transformarse* en capital. Si esta transformación se produce en la mercancía, en el proceso de consumo de *una* mercancía, es necesario que el valor de uso de esta mercancía posea una cualidad particular: ser fuente de valor. Su consumo real debe ser, él mismo, objetivación de trabajo y, por lo tanto, creación de valor. En el mercado existe ya una *mercancía* específica de este tipo: la capacidad de trabajo, la fuerza de trabajo. «Entendemos por *fuerza de trabajo* (*Arbeitskraft*) o *capacidad de trabajo* (*Arbeitsvermögen*) el contenido de las capacidades físicas e intelectuales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano, y que éste pone en movimiento siempre que produce valores de uso de cualquier especie.»[126] La presencia en el mercado de la fuerza de trabajo presupone la existencia del vendedor de la mercancía fuerza de trabajo. El vendedor presupone al propietario. Y el propietario que vende presupone la libre propiedad de la mercancía. Esta es también una libertad muy particular: libertad para vender *una sola* mercancía, imposibilidad de no venderla –una constricción aceptada libremente, la libertad

[124] Karl MARX, *El Capital, libro I*, vol. 1, OME-40, cit., p. 182, nota.
[125] F.W. HEGEL, *Principios de la Filosofía del Derecho*, cit., § 67, p. 101.
[126] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., p. 182.

precisamente que funda el capital. Sólo en este sentido podemos decir que realmente la primera condición, de la cual parten las otras condiciones que hacen posible la transformación del dinero en capital, es la existencia de la figura, determinada históricamente, del *obrero libre*: «libre en el doble sentido de que, en cuanto persona libre, dispone de su fuerza de trabajo como de *mercancía* suya, y de que, por otra parte, no tiene otras mercancías que vender, está expedito y exento (*los und ledig*), libre de todas las *cosas* necesarias para la realización de su fuerza de trabajo»[127].

Si la fuerza de trabajo es mercancía, ella posee un valor como todas las demás mercancías. Por el mismo motivo por el que no se podía hablar de «valor del trabajo», puede hablarse, sin embargo, de «valor de la fuerza de trabajo». El trabajo no es mercancía: solamente es el valor de uso de una mercancía, y en particular de la mercancía fuerza de trabajo. Y un valor de uso no tiene valor como tal, sino únicamente como valor de cambio. La fuerza de trabajo, como mercancía, tiene un valor de cambio y un valor de uso. Su valor de cambio no tiene nada de particular: como el de toda mercancía es determinado por el tiempo de trabajo necesario para su producción, que se concreta después en la producción de los medios de subsistencia necesarios para la conservación y, por consiguiente, para la reproducción del poseedor de la fuerza de trabajo. La particularidad de la forma-mercancía de la fuerza de trabajo se oculta en su valor de uso. Por el momento, y aun permaneciendo en la esfera de la circulación, vemos manifestarse la naturaleza peculiar de esta mercancía específica en el hecho de que, cuando concluye el contrato entre comprador y vendedor, su valor de uso todavía no ha pasado realmente a manos del comprador. El valor de esta mercancía, como el de cualquier otra, ya está determinado cuando entra en circulación; pero su valor de uso, a diferencia del valor de uso de las otras mercancías, no aparece objetivamente contenido en su propia existencia, sino que aparece sólo *después*, como exteriorización subjetiva de una posibilidad, de una capacidad, de una potencialidad. La venta de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, la venta de su existencia como valor de cambio, y el consumo de la fuerza de trabajo y consecuentemente el consumo de su existencia como valor de uso, son hechos separados en el tiempo. En este caso, como en otros similares, el dinero funciona como medio de pago. Y la mercancía se paga, no cuando se vende, sino cuando ha sido consumida.

> En todos los países de modo de producción capitalista la fuerza de trabajo se paga cuando ya ha funcionado durante el plazo fijado en el contrato de compra... Por eso el obrero adelanta en todas partes al capitalista el valor de uso de la fuerza de trabajo; la deja consumir al comprador antes de recibir en pago su precio, de modo que en todas partes el obrero da crédito (*kreditiert*) al capitalista[128].

[127] *Ibid.*, p. 184.
[128] *Ibid.*, p. 189.

Sin embargo, ésta es, por así decir, una particularidad indirecta del valor de uso de la fuerza de trabajo. Para comprenderla adecuadamente, es necesario reconducirla a su *particularidad originaria*: y ésta aparece únicamente en lo más profundo del proceso de producción, y en concreto, en la parte específica del mismo en la que se efectúa realmente el proceso de valorización, proceso de producción de plusvalor y, por lo tanto, de capital. El concepto de plusvalor en Marx se ha identificado siempre con la teoría clásica del valor: sin embargo, para proceder correctamente debe remitirse al concepto marxiano de fuerza de trabajo en el momento en que éste se une con el concepto de trabajo productivo. Sólo esto hace posible el análisis independiente del plusvalor, en su forma general, que antecede y prescinde de sus formas particulares, ya sean el beneficio, el interés, la renta, etc.: lo cual constituye precisamente el otro descubrimiento fundamental de *El Capital*.

El uso de la fuerza de trabajo –sostiene Marx– es el trabajo mismo. Para consumir la fuerza de trabajo, el que la ha comprado debe hacer trabajar a quien la ha vendido. Este proceso de consumo es al mismo tiempo proceso de producción de mercancía y plusvalor. Dentro de este proceso es donde el vendedor de fuerza de trabajo transforma en acto lo que antes era sólo potencia, se convierte en fuerza de trabajo en acción, se transforma en *obrero*. El valor de la fuerza de trabajo vendrá después pagado en su justa medida bajo la forma del salario: el obrero se convierte en obrero *asalariado*. Pero en el salario se paga después sólo aquello que ya ha sido contratado con anterioridad. La forma-salario no añade a la figura del obrero ninguna característica que no aparezca ya en la figura del vendedor de fuerza de trabajo. En el consumo de la fuerza de trabajo, en el trabajo, se añade el acto concreto de la producción, bajo determinadas condiciones, al proceso de valorización. Precisamente en este momento aparece el valor de uso específico de la mercancía fuerza de trabajo, su naturaleza verdaderamente especial, su particularidad histórica: que no será la de ser fuente de valor, ya que ésta es la particularidad del valor de cambio de la fuerza de trabajo; sino la de ser fuente de un valor *mayor* que el que tiene ella misma. En la mercancía fuerza de trabajo valor y valorización no coinciden. Pero no sólo sucede esto: además, la fuerza de trabajo es la única mercancía que, en su proceso de consumo, produce *una valorización mayor que su propio valor*, produce plusvalor, produce capital. La fuerza de trabajo, por lo tanto, no sólo es trabajo en potencia, es también capital en potencia. El uso de la fuerza de trabajo no es sólo trabajo, también es plustrabajo; no es sólo producción de valor, es también producción de plusvalor; no sólo es, por lo tanto, trabajo, también es capital. Sin embargo, el uso de la fuerza de trabajo no se puede separar de la figura *integral* del obrero, que se ha convertido ya en productor. Al igual que el acto de compraventa de la fuerza de trabajo contiene en sí mismo la relación entre dos clases antagonistas, que es el

punto de partida de la verdadera historia del capital –de igual forma, en el proceso de consumo de la fuerza de trabajo, en el momento de la producción, se prepara ya todo el terreno de la lucha directa entre las dos clases, que determinará, uno tras otro, el nacimiento, desarrollo y fin de la sociedad capitalista. De hecho, desde el punto de vista obrero, en primer lugar el proceso de la producción del capital debe considerarse ante todo de este modo; como espacio natural de expresión del propio antagonismo, como terreno específico de la lucha de clases. La fuerza de trabajo –como hemos visto– se introduce, *debe* introducirse, en el proceso de producción, ya como clase en sí y como clase antagonista. Sólo como fuerza productiva social puede, no sólo producir capital, sino *pertenecer* al capital, llegar a ser una de sus partes internas. El proceso de producción capitalista se presenta entonces como *proceso de apropiación capitalista de la fuerza de trabajo obrera*: que ya no es simple compra de esta mercancía, sino reducción de su naturaleza particular bajo el dominio propio; no será nunca más acto de intercambio individual, sino proceso de violencia social; no sólo explotación, sino control de la explotación. El consumo de la mercancía fuerza de trabajo en la producción, el uso productivo del obrero por parte del capitalista, se convierte de esta manera, *debe* convertirse, en *el uso capitalista de la clase obrera*. Y es dentro de este proceso donde podemos hallar el nacimiento histórico de una clase de los capitalistas. El uso capitalista de los obreros como clase no será posible hasta que los propios capitalistas se constituyan en clase: el modelo no podrá ser otro que el de la única clase constituida hasta el momento, la clase de los obreros. Aquí comienza la historia de los movimientos de clase de los obreros. La transición –lógica e histórica al mismo tiempo– del proletariado vendedor de fuerza de trabajo a la clase obrera productora de plusvalor señala el inicio de esa *historia obrera del capital*, que es en realidad la verdadera propia historia de la sociedad capitalista, además de ser la única concepción materialista de la «historia» que hoy en día puede defenderse desde un punto de vista marxista. Sobre esta cuestión volveremos más adelante. Por el momento nos interesa concluir la cuestión que hemos dejado en el aire: *el carácter particular de la mercancía fuerza de trabajo es ser, potencialmente, clase obrera*. Este valor de uso particular lo constituyen los obreros en general, «esta raza –afirma Marx– de poseedores peculiares de mercancías». El valor realizado de la fuerza de trabajo bajo la forma-salario es de nuevo capital; más concretamente una parte de éste, capital variable. Es imposible hallar aquí la especificidad obrera de esta mercancía: prueba de ello es el hecho de que de aquí no nace el capital. La particularidad de la mercancía fuerza de trabajo se halla no en el valor, sino en el valor de uso. Es su valor de uso el que produce plusvalor: porque el uso de la fuerza de trabajo, el trabajo, contiene (presupone) plustrabajo: y no plustrabajo en general, sino plustrabajo del *obrero*; al igual que el trabajo, el uso de la fuerza de trabajo es trabajo del

obrero, materialización concreta, concreción de trabajo abstracto –trabajo abstracto reducido, a su vez, a mercancía, a mercancía que realiza su valor en el salario. Por lo tanto, el momento en el que el trabajo abstracto se transforma en la figura concreta del obrero es el proceso de consumo de la fuerza de trabajo, es el momento en el que ésta transforma en acto lo que antes era sólo potencia, es el momento –si puede decirse de esta manera– de la realización del valor de uso de la fuerza de trabajo. Lo que existía en el acto de compraventa como una relación de clase simple, elemental y genérica, adquiere ahora de forma definitiva su carácter específico, su complejidad y totalidad. La particularidad de la fuerza de trabajo como mercancía frente a otras mercancías coincide, por lo tanto, con el carácter específicamente obrero que asume el proceso de producción del capital, y, dentro de éste, con la concreción de una iniciativa obrera en la relación de clase, que provoca un salto en el desarrollo de la clase obrera y el consecuente nacimiento de una clase de los capitalistas.

En la primera exposición de Marx sobre la transformación del dinero en capital, la del *Urtext* [Fragmento de la versión primitiva], incluido en la *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1858, todo esto queda expuesto de manera definitiva. En cuanto resultado de la circulación simple, el capital existe antes que nada en la forma simple de dinero. Su existencia como dinero es en realidad su existencia como valor de cambio idóneo, que puede convertirse indistintamente en cualquier tipo de mercancía: es valor de cambio dotado de carácter autónomo. Y la autonomización consiste precisamente en esto: el valor de cambio se mantiene inalterable en sí mismo como valor de cambio, ya sea en forma de dinero o como mercancía; y se transforma en mercancía sólo para valorizarse a sí mismo. El dinero es forma simple de existencia del capital por el hecho de que ahora aparece como *trabajo objetivado*. Ninguna forma objetiva de existencia del trabajo se contrapone a este capital y, sin embargo, todas se presentan como formas posibles de su existencia.

> La única antítesis del trabajo *objetivado* (*vergegenständlichte*) es el *no objetivado* (*ungegenständliche*); en antítesis con el trabajo objetivado (*objektivierten*), el trabajo subjetivo (*subjektive*). O, en antítesis con el trabajo temporalmente pasado, pero existente en el espacio, el trabajo vivo, que existe en el presente. En cuanto trabajo existente temporalmente y asimismo no objetivo (y por ende tampoco objetivado todavía), el trabajo sólo puede existir como *capacidad*, posibilidad, facultad, como *capacidad de trabajo* del sujeto vivo. Sólo la capacidad viva de trabajo puede constituir la antítesis con el capital en cuanto trabajo objetivado autónomo que se conserva firmemente a sí mismo, y de tal manera el único intercambio por cuyo intermedio el dinero puede transformarse en capital es el que establece el poseedor del mismo con el poseedor de la capacidad viva de trabajo, esto es, el obrero[129].

---

[129] Karl MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit., p. 274.

En el dinero, el valor de cambio debía mantener su propia independencia abstrayéndose del valor de uso. Ahora, sin embargo, el valor de cambio, precisamente en su existencia real, no formal, como valor de uso, debe mantenerse como valor de cambio; y no sólo como valor de cambio en el valor de uso, sino *producirse a partir de este último*. «La existencia efectiva de los valores de uso es su negación real, su consumo, su ser aniquilados en el consumo.»[130] Ya no será en la abstracción del valor de uso sino en el consumo de este valor donde ahora se encuentre la verdadera realidad del valor de cambio. «Por ende, es en esta negación real de [los valores de uso] en cuanto valores de uso, en esta negación que les es inmanente, donde el valor de cambio debe confirmarse como el que se conserva frente al valor de uso, o más bien utilizar la existencia activa del valor de uso para la corroboración del valor de cambio.»[131] Pero esto sólo es posible cuando la mercancía es consumida por el trabajo y su propio consumo se presenta como objetivación del trabajo y, por lo tanto, como creación del valor.

> El valor de uso no es para el dinero un artículo de consumo en el cual aquél se pierde, sino únicamente el valor de uso por medio del cual se conserva y acrecienta. *Para el dinero en cuanto capital no existe ningún otro valor de uso.* En cuanto valor de cambio, es éste, precisamente, su comportamiento con el valor de uso. El único *valor de uso que puede constituir una antítesis y un complemento (Gegensatz und Ergänzung) para el dinero en cuanto capital es el trabajo*, y éste existe en la capacidad de trabajo, la cual existe como sujeto. En cuanto capital, el dinero sólo está en relación con el no capital (*Nicht-Kapital*), la negación del capital, y sólo en relación con la cual es capital. Lo que es efectivamente *no capital es el trabajo mismo*[132].

Al valor de cambio en forma de dinero se contrapone el valor de cambio en forma de «valor de uso particular». El valor de cambio puede, por lo tanto, realizarse en cuanto tal sólo porque se contrapone, no a un valor de uso cualquiera, sino al «valor de uso que le corresponde». Este valor de uso particular que corresponde al valor de cambio, aun siendo su propia negación, es el trabajo. En la circulación simple, el *contenido* del valor de uso era indiferente, quedaba fuera de la relación económica; por el contrario, aquí pasa a ser su momento esencial. Pero precisamente el valor de uso específico de al menos *una* de las mercancías intercambiadas nos conduce más allá de los límites de la circulación simple. No es la *forma* particular del intercambio lo que provoca esta evolución, ya que, en cuanto se da una relación entre equivalentes, son respetados los sagrados derechos de la libertad y de la igualdad, sino el contenido particular del valor de uso

[130] *Ibid.*, p. 275.
[131] *Ibid.*
[132] *Ibid.*, p. 276.

de la mercancía fuerza de trabajo, y por consiguiente, de nuevo, el trabajo. Por lo tanto, «en el ámbito de la circulación, y el intercambio entre el capital y el trabajo, tal como este intercambio se da como simple relación de circulación, no es el intercambio entre el dinero y el trabajo, sino entre el *dinero* y la *capacidad viva del trabajo*»[133]. En cuanto valor de uso, la fuerza de trabajo se realiza después en la actividad del propio trabajo. Pero la actividad del trabajo queda fuera del proceso de circulación. Si bien es cierto que «la compra de la capacidad de trabajo es facultad de disponer del trabajo»[134], el consumo de este trabajo disponible sólo se puede realizar en la producción. El consumo de fuerza de trabajo es producción de capital. En la mercancía fuerza de trabajo se resuelve la gran contradicción del capitalismo entre producción y consumo: esto es así porque el consumo de esta mercancía no es otra cosa que el consumo productivo de su valor de uso. El secreto del capital se halla, por lo tanto, no en el valor, sino en el valor de uso de la fuerza de trabajo.

> Es solamente la naturaleza específica del valor de uso que se ha comprado con dinero –esto es, que su consumo, el consumo de la capacidad de trabajo, es producción, tiempo de trabajo objetivante (*vergegenständlichende*), consumo que pone valor de cambio, o dicho de otro modo, que su existencia real como valor de uso es la creación de valor de cambio– la que convierte el intercambio entre dinero y trabajo en el intercambio específico D – M – D, en el cual está puesto como objetivo del intercambio el valor de cambio mismo, y donde *el valor de uso adquirido es de manera inmediata valor de uso para el valor de cambio, esto es, valor de uso [productor] de valor* (wertsetzender Gebrauchswert)[135]

Valor de uso productor de valor es el trabajo productivo de plusvalor. En la página siguiente a ésta en la que se interrumpe el manuscrito del *Urtext* con la primera exposición marxiana de la transición al capital, nos encontramos precisamente con el título *Trabajo productivo e improductivo*.

6. EL TRABAJO PRODUCTIVO

Si atendemos al sentido de la producción capitalista, el trabajo productivo es el trabajo asalariado que, en el intercambio con la parte variable del capital, no sólo la reproduce, sino que produce además un plusvalor para el capitalista.

> Únicamente es productivo el trabajo asalariado que produce capital. (Esto es lo mismo que si reproduce aumentada la suma de valor gastada en él o que si devuelve más traba-

[133] *Ibid.*, p. 279.
[134] *Ibid.*
[135] *Ibid.*

jo que el que contiene en la forma de salario. Por lo tanto, sólo es trabajo productivo la capacidad de trabajo (*Arbeitsvermögen*) cuya valorización es mayor que su valor.)[136].

Y Marx añade en este punto una observación de fundamental importancia: «La mera existencia de una clase capitalista, por lo tanto, del capital, descansa sobre la productividad del trabajo»[137]. Gracias a la productividad relativa de su trabajo, el obrero no sólo reproduce el viejo valor, sino que crea uno nuevo; objetiva, por lo tanto, en su producto un tiempo de trabajo mayor que el objetivado en el producto que lo mantiene en vida como obrero. «Sobre esta clase de trabajo asalariado productivo descansa el capital, su existencia (*seine Existenz*)»[138].

Uno de los principales méritos científicos de Smith es haber definido el trabajo productivo como «trabajo que *se intercambia de manera inmediata por el capital*»[139]: y es en este intercambio donde las condiciones de producción del trabajo y el valor en general, dinero y mercancía, se transforman en capital, y el trabajo se transforma en trabajo asalariado «en sentido científico». Con esto se establece de manera clara el significado del trabajo improductivo: «es trabajo que no se cambia con el capital, sino que se cambia *de manera inmediata* con renta»[140]. Esta distinción smithiana entre trabajo productivo e improductivo, si bien es exacta, «se considera aquí siempre desde el *punto de vista* del propietario de dinero, del capitalista, no del *obrero*»[141]. La determinación material del trabajo, y por consiguiente de su producto, no aparece de ningún modo como parte determinante de esta distinción: la particularidad del trabajo y el valor de uso particular en el que se realiza son totalmente superfluos para esta definición. De hecho, para el capitalista, el valor de uso de la fuerza de trabajo no consiste en el valor de uso efectivo, en la utilidad de este trabajo concreto; y mucho menos en el valor de uso del producto de este trabajo. Lo que le interesa de la mercancía al capitalista es que posee un valor de cambio mayor que el que ha pagado por ella. Lo que le interesa en el trabajo es que en su valor de uso recupera una cantidad de tiempo de trabajo mayor que aquella que ha pagado en forma de salario. Pero la fuerza de trabajo del obrero productivo es una mercancía para el propio obrero: lo mismo ocurre con la del obrero improductivo. La diferencia es que el obrero productivo produce mercancía para el comprador de su fuerza de trabajo, mientras el obrero improductivo produce para éste simple valor de uso. «El hecho de que el trabajo improductivo no produzca ninguna mercancía para el que lo compra, pero sí reciba mercancía de éste, es la característica de él»[142]. De esta forma, el trabajo no se transforma en capital, porque no crea un beneficio al capitalista; el trabajo es un simple gasto (*Ausgabe*), uno de los artículos en los que se consume la renta. *La fuerza de trabajo existe, la fuerza de trabajo es mercancía, pero el trabajo de esta fuerza de trabajo no es trabajo productivo.*

[136] Karl MARX, *Teorías sobre la plusvalía.*, Primera parte, Cps. I-VII y anexos, OME-45, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 137-138.
[137] *Ibid.*
[138] *Ibid.*
[139] *Ibid.*, p. 143.
[140] *Ibid.*
[141] *Ibid.*

Sobre esta base puede establecerse una diferenciación más moderna (de la que era posible en la época de Marx) entre *obrero productivo y trabajador improductivo*. Desde este punto de vista, podemos afirmar que el vendedor de fuerza de trabajo es la figura más simple del obrero, sólo en el mismo sentido en que podemos decir que la mercancía es la forma más elemental de la riqueza burguesa y el trabajo productor de mercancías la forma más elemental del trabajo productor de capital. De hecho, el mundo de las mercancías –afirma Marx– puede dividirse en dos grandes categorías: en primer lugar, la fuerza de trabajo y, en segundo lugar, las mercancías diferentes a la fuerza de trabajo. Sin embargo, el concepto de mercancía implica que el trabajo sea incorporado, materializado, realizado en su propio producto. El trabajo, como tal, en su existencia inmediata, no puede ser concebido directamente como mercancía; sólo puede ser concebida de esta manera la fuerza de trabajo. Y, por otra parte, sólo el valor de uso de esta mercancía fuerza de trabajo se halla en grado de crear nuevo valor. La mercancía, a diferencia de la propia fuerza de trabajo, es algo que materialmente se contrapone al hombre. De igual modo la mercancía fuerza de trabajo, en cuanto capital, se contrapone al obrero: tanto más en la medida en que el valor de uso de la fuerza de trabajo se convierte en trabajo productivo. *La productividad del trabajo pertenece siempre al capital.* Es este reconocimiento de hecho, y no una protesta moral, lo que nosotros entendemos en la frase de Marx: ser obrero productivo es una desgracia. Ser obrero productivo quiere decir *producir* el capital, y consecuentemente reproducir continuamente el dominio del capital sobre el obrero. En el trabajo productivo se basa no sólo la existencia, sino el *desarrollo* del capital, y, por lo tanto, de una clase de los capitalistas. «El trabajo –dice Marx– sólo es productivo en la medida en que produce su contrario»[143].

La historia de los diversos modos en los que el trabajo productivo es arrancado al obrero, la historia de las diferentes formas de producción del plusvalor, es la historia de la sociedad capitalista desde el punto de vista obrero. Una de las dos «historias del capital» que a nuestro juicio pueden escribirse correcta-

[142] *Ibid.*, p. 146
[143] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, cit., pp. 245-246, nota.

mente desde los dos puntos de vista opuestos en virtud de los cuales el capital existe. El ejemplo se halla precisamente aquí. El trabajo productivo, desde el punto de vista del capitalista, se presenta como trabajo que se intercambia por capital; desde el punto de vista del obrero, como trabajo que produce capital. Ambas definiciones son correctas. Sólo que una es interpretada desde la perspectiva de la circulación y la otra desde el lado de la producción: los dos puntos de vista «naturales» para las dos clases. No podemos pensar que la ciencia burguesa es siempre ideología, que el punto de vista capitalista se encuentra siempre prisionero de las apariencias y es mistificador por naturaleza. Lo es en ocasiones de manera consciente debido a intereses de clase brutales: en estos casos será necesario descubrirlo y derribarlo con las armas de la lucha más que con las armas de la crítica. Es cierto que en la sociedad capitalista lo que parece ser, a menudo es lo contrario de lo que es en realidad, y cada apariencia de este tipo es funcional a la totalidad de los fenómenos reales que la expresan. Pero la reconducción de las apariencias a la realidad no puede poner punto y final, como ocurre con frecuencia, al campo del enfrentamiento teórico entre los dos puntos de vista. Los brillantes juegos de palabras que hoy en día están tan de moda y se agrupan bajo el nombre de crítica desmitificadora de las *ideologías burguesas* sólo sirven para cubrir las duras necesidades de un enfrentamiento directo con la *ciencia del capital*. A este respecto, el contexto en el que Marx desarrolló sus principios tiene poco que ver con el de hoy en día. Frente a él se encontraban los grandes sistemas burgueses, donde ciencia e ideología se fundían y contradecían: basta pensar, de nuevo, en Hegel y Ricardo, en el material de incalculable valor que encontraba en las obras de ambos una síntesis clásica. El método de Marx consiste, en primer lugar, en limpiar el campo de todas las funcionalidades ideológicas que contenían internamente estos sistemas, con el fin de comprender después y de forma aislada los datos científicos que, a pesar de todo, ambos estaban obligados a registrar: sólo en este momento *se procedía* de forma explícita *al uso* de estos datos, *uso transformado* en el punto de vista opuesto. Sin embargo, queda claro que este punto de vista no sólo era anterior a todo lo demás, sino que en realidad lo fundamentaba. De igual forma que la relación de clase aparece, históricamente, antes que la verdadera y propia relación capitalista, el antagonismo entre los puntos de vista opuestos de las dos clases surge, lógicamente, antes que el intento de crear una ciencia social general del capital. La situación de hoy en día coloca ante nuestros ojos, continuamente y de un modo cada vez más rudo, este intento. Frente a nosotros ya no encontramos las grandes síntesis abstractas del pensamiento burgués, sino el culto al empirismo más vulgar como praxis del capital; ya no encontramos el sistema lógico del saber, los principios de la ciencia, sino una masa sin orden de hechos históricos, de experiencias separadas, de grandes acciones consumadas que

nadie ha *pensado* jamás. Ciencia e ideología de nuevo se funden y contradicen, aunque no ya en una sistematización eterna de las ideas, sino en los eventos cotidianos de la lucha de clases. Y esta lucha se halla dominada por un hecho nuevo, que era inconcebible en la época de Marx. La totalidad del aparato funcional de la ideología burguesa ha sido puesta por el capital en manos del movimiento obrero oficialmente reconocido. El capital deja de gestionar su propia ideología, hace que la gestione el movimiento obrero. Este «movimiento obrero» funciona, por lo tanto, como mediación ideológica interna al capital: y a través del ejercicio histórico de esta función, la totalidad del mundo mistificado de las apariencias que contradicen la realidad se ha insertado en la propia clase obrera. Precisamente por esto afirmamos que actualmente la crítica de la ideología es una tarea interna al punto de vista obrero, que sólo en un segundo plano concierne al capital. Se trata *de la tarea política de una autocrítica obrera*, que debe poner de nuevo en juego, a partir del estado presente de la organización, todo el desarrollo histórico de la lucha de clases de los obreros. En el presente, la clase obrera no deberá criticar a nadie al margen de sí misma, fuera de su propia historia, de sus propias experiencias, del cuerpo de ideas que ha sido recopilado por otros en torno a ella. Llegados a este punto, podemos responder *en parte* a la cuestión de si esta crítica debe aplicarse incluso a la obra de Marx: nosotros pensamos que existe una única crítica de Marx que puede ser, no sólo aceptada, sino propuesta y defendida desde el punto de vista obrero, y ésta es una *crítica leninista de Marx*. Por lo demás, en Lenin, en la praxis leninista, Marx se critica a sí mismo. En la organización de una praxis neoleninista se recoge hoy en día la crítica de las ideologías del movimiento obrero. ¿Esto quiere decir que toda ciencia ha quedado en manos del capital? No, significa que aquellos datos científicos reales que existían en el pensamiento burgués, hoy en día se han incorporado materialmente al capital y ya no aparecen como subsistencia científica de las relaciones capitalistas, sino como conocimiento directo, incluso a corto plazo, de las propias necesidades y movimientos objetivos y como previsión, si bien aproximativa, de los posibles desajustes subjetivos del propio antagonista de clase. En estas condiciones, es más conveniente, desde una perspectiva obrera, reconocer la posibilidad de la ciencia, también al punto de vista capitalista, ya que negarla equivale hoy en día a sostener que sólo la clase obrera, en particular a través de sus representantes oficiales, es la depositaria de la verdadera ciencia (de la verdadera historia, etc.), y que ésta es la ciencia de todos, la ciencia social general que sirve también para el capital. Será más adecuado reconocer que hay al menos tanto conocimiento científico en la reorganización del proceso productivo de una gran fábrica como en el descubrimiento smithiano del trabajo productivo que se intercambia por capital. En uno y otro caso, de hecho, el interés capitalista se expresa directamente, sin mediaciones ideológicas, y es al

mismo tiempo una consecuencia de la producción capitalista y una forma de dominio sobre la clase obrera. A esta última no le queda otro remedio que contraponer su propio interés exclusivo y alternativo, tanto en el terreno de la ciencia como en el de la lucha. Estos dos terrenos han pasado a ser uno solo. De igual forma que una ciencia ha sido incorporada totalmente al capital, la otra, su opuesta, debe incorporarse por completo a la clase obrera, a su lucha de clases. De nuevo a diferencia de Marx, no se ha abierto para nosotros, y lo decimos con una gran añoranza, un British Museum.

La economía política clásica, afirma Marx, siempre ha considerado la producción de plusvalor como la característica decisiva del obrero productivo. Como consecuencia, las definiciones del obrero productivo cambian a medida que varían las concepciones sobre la naturaleza del plusvalor. Las *Teorías sobre la plusvalía*, en el texto no manipulado por Kautsky, comienzan con estas palabras:

> Antes de los fisiócratas, el plusvalor –es decir, el beneficio, en la forma de beneficio– es explicado exclusivamente a partir del *cambio*, de la venta de la mercancía por encima de su valor[144].
>
> Los fisiócratas [han sido los primeros que] han trasladado la investigación sobre el origen del plusvalor de la esfera de la circulación a la esfera de la producción inmediata y han sentado las bases para el análisis de la producción capitalista[145].

Volvemos a encontrar aquí aquello que el propio Marx llamaba «mi particular manía de tratar a los fisiócratas –como los primeros intérpretes metódicos (no ocasionales, como Petty, etc.) del *capital* y del *modo capitalista de producción*» (carta a Engels, 7 de marzo 1877). Según Marx, precisamente porque el análisis del capital pertenece esencialmente a los fisiócratas, dentro de la perspectiva burguesa, son ellos los «padres legítimos de la economía moderna»[146]. Y esto es así porque dan una definición exacta del trabajo productivo. Es productivo el trabajo que crea un *produit net* y, por lo tanto, un plusvalor, un producto que posee un valor superior a la suma de los valores consumidos durante su producción. Todavía no han reducido el valor a tiempo de trabajo, ya que aún no han considerado el trabajo como trabajo abstracto. El valor consta de materia, tierra, naturaleza. Debido a esto, buscan el plusvalor en el trabajo agrícola concreto. La diferencia entre valor y valorización, en la agricultura, se manifiesta directamente en la diferencia de los valores de uso producidos respecto a los valores de uso consumidos por el obrero: la diferencia puede ser comprendida, por lo tanto, sin el análisis del valor en general y sin una teoría clara de la naturaleza del valor. Basta con reducir el valor a valor de uso y éste a materia de la naturaleza. De esta manera, la renta del suelo se convierte, no sólo en la única forma, sino en la forma general del plusvalor; y el trabajo agrícola en la fuente general del plusvalor, no sólo en la agricultura, sino en el resto de tipos de trabajo. En la fisiocracia existe el trabajo productivo sin la fuerza de trabajo; aparece el concepto de plusvalor sin el concepto de valor, es decir, plusvalor sin plustrabajo; existe producción de capital sin intercambio entre capital y trabajo. En el primer análisis burgués de la producción capitalista, los obreros industriales pertenecen a la «clase estéril». La fisiocracia prefigura un sistema capitalista ideal sin clase obrera: es la *forma clásica de transición* entre dos sistemas de la propiedad y del poder, entre dos tipos históricos de organización social. Es en este sentido cómo ha de estudiarse de nuevo.

Sin haber descubierto aún el concepto de fuerza de trabajo como mercancía, los fisiócratas descubren la diferencia entre valor y valorización, que es precisamente el rasgo específico de la mercancía fuerza de trabajo. Y ¿por qué? Porque descubren el plusvalor como excedente de los valores de uso producidos respecto a los valores de uso consumidos; y éste se presenta, de forma explícita y en primer lugar, en la agricultura, en la producción originaria, que es la rama de la producción que puede imaginarse como autónoma, independiente de la circulación y del intercambio. Precisamente porque tiene lugar *en la tierra*, es en la producción agrícola donde se descubrió el plusvalor producido por el trabajo productivo –trabajo productivo que es todavía trabajo concreto, determinado, no trabajo abstracto, no fuerza de trabajo; de esta forma, el plusvalor se presenta como don de la naturaleza, fuerza productiva de la naturaleza–. La agricultura se convierte así en la única forma productiva donde se manifiesta *directamente* la producción capitalista, la producción de plusvalor. Por todo esto, Marx afirma que la fisiocracia «se presenta más bien como una reproducción burguesa del sistema feudal, del imperio de la propiedad de la tierra... El feudalismo es reproducido de esta forma *sub especie* de la producción de la producción burguesa... En la medida en que el feudalismo es aburguesado de esta forma, la sociedad burguesa obtiene una apariencia (*Schein*) feudal»[147].

No es casual que la patria de la fisiocracia sea Francia, un país agrícola, y no Inglaterra, país industrial y comercial: aquí la atención se centra totalmente en la circulación y el plusvalor aparece todavía como *profit upon alienation*. Si para descubrir el origen del plusvalor en la producción era necesario remontarse a la rama laboral donde el plusvalor aparece independientemente de la circulación, la iniciativa no podía surgir más que en un país agrícola. Se parte del propietario inmobiliario feudal, aunque éste no aparezca como tal, sino como simple poseedor de mercancías; un poseedor que en las mercancías que intercambia por

[144] Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, OME-45, cit., p. 9.
[145] *Ibid.*, p. 15.
[146] *Ibid.*, p. 13.
[147] *Ibid.*, pp. 19-20.

trabajo genera un valor y obtiene, no sólo su equivalente, sino un excedente sobre este equivalente, ya que, aunque todavía la desconozca, paga la fuerza de trabajo como mercancía. De esta manera, este propietario inmobiliario es esencialmente un capitalista: se contrapone como poseedor de mercancías al trabajador libre, e intercambia las condiciones objetivas del trabajo por fuerza de trabajo. «También desde este punto de vista acierta el sistema fisiocrático, en cuanto que la separación del obrero de la tierra es una condición básica para la producción capitalista y para la producción del capital».[148] Por ello, en desarrollos posteriores de los propios fisiócratas, la glorificación aparente de la propiedad inmobiliaria se invierte hasta su negación más completa. Todas son contradicciones de la producción capitalista, que se va abriendo paso para abandonar la sociedad feudal y se limita a interpretar ésta en un sentido totalmente burgués, sin haber encontrado aún «su forma específica».

En la fisiocracia hallamos no sólo la fuente teórica anterior al concepto de trabajo productivo, sino también el punto de partida del análisis de su origen histórico. El trabajo productivo nace *en la tierra*: no en vano es descubierto por los fisiócratas. Y es organizado posteriormente *por la industria*: no es casual que sea sistematizado por Smith, que remite la forma general del plusvalor al beneficio industrial.

¿Podemos afirmar que la primera relación capitalista, con la correspondiente relación de clase precedente, surge en la agricultura? ¿Y que la industria es la forma subsiguiente de organización social además de la reducción a uno de estos dos procesos? Si esto puede afirmarse, entonces, de las dos vías clásicas de transición al capitalismo, aparece como históricamente inexistente precisamente aquella que Marx llamó «el camino realmente revolucionario». Y permanece en pie tan sólo la otra vía, que ha de atravesar un largo estadio de transición y no lleva consigo ni provoca la revolución del antiguo modo de producción, sino que lo conserva y salvaguarda como su propia condición, hasta que se convierte en obstáculo del modo capitalista de producción, y entonces desaparece con el desarrollo de éste. En la transición hacia el capitalismo no existe, por lo tanto, una vía revolucionaria que se origine *en el interior* de la producción, y una vía reformista (gradualista) que acometa la producción *desde el exterior*, por usar términos más modernos. Existe, sin embargo, una única vía que, para llegar a producir capital en general, parte de una forma determinada de producción, de una producción particular. El trabajo concreto que produce plusvalor no es una invención fisiocrática ni una simple apariencia burguesa: es el modo objetivo en el que aparece históricamente por vez primera el valor de uso productor del valor y, consecuentemente, la fuerza de trabajo obrera que produce capital. El

[148] *Ibid.*, p. 21.

paso histórico que no podemos eliminar, o que al menos no ha sido eliminado, parece ser el de una primera apropiación del nuevo tipo de plustrabajo sobre la base del antiguo modo de producción. Afirma Marx: damos por cierto que, «en un país dado (prescindiendo del comercio exterior), el plustrabajo debe ser aplicado primeramente en la agricultura, antes de que éste sea posible en las industrias, las cuales reciben de la propia agricultura la materia prima». Vemos cómo aquí aparece ya la forma moderna del plustrabajo: el aumento simple del trabajo permanece, quedando invariable el número de los obreros, pero se añade el aumento de la productividad. Y ésta en su origen no presupone *la acumulación*, sino la *concentración* del capital: dos procesos diferentes que sólo se integran posteriormente. Cuando acudimos a ver dónde tiene lugar esta integración, nos encontramos en medio de la transición del trabajo agrícola al trabajo industrial, del trabajo concreto al trabajo abstractamente general, del trabajo productivo de mayor valor de uso al trabajo productivo de mayor valor; en fin, de la producción agrícola de plusvalor absoluto llegamos a la producción industrial de plusvalor relativo. Ya que éste, de hecho, puede nacer sólo a partir de la industria y desde allí extenderse por reflejo a la agricultura: la producción de plusvalor relativo presupone de hecho, no la simple concentración, sino la acumulación de capital y la integración de estos dos procesos, lo cual genera posteriormente la producción capitalista propia y verdadera. Por lo tanto, las necesidades de una «reproducción burguesa del sistema feudal» son arrojadas al museo como antiguallas históricas. Aparece aquí una cuestión de método de fundamental importancia. A lo largo de toda la época que se extiende bajo el dominio del capital, nosotros asistimos a la repetición de un procedimiento en estos momentos ya casi natural en el análisis de los fenómenos sociales: el proceso real que, en toda su complejidad, podemos decir que nace sólo en el período históricamente más avanzado, lógicamente se descubre en un momento anterior, cuando se presenta todavía libre de las mediaciones del desarrollo; el descubrimiento será después instrumentalizado en el terreno más avanzado y servirá para liberar al desarrollo de sus mediaciones. El punto de vista obrero se ha servido muchas veces de este procedimiento, en momentos en los que los objetivos de organización de la lucha contra el enemigo inmediato eran los deberes más urgentes para la totalidad del movimiento: de ahí surgieron formidables directrices útiles también para el análisis teórico de los fenómenos. Lenin enseña de nuevo.

La fórmula metodológica marxiana que indica que el período más avanzado explica el período más atrasado es teóricamente correcta, pero esconde en sí misma, en su interpretación vulgar, una posibilidad de oportunismo político, cuando nos lleva a concluir que, dado el desarrollo desigual del capitalismo en el mundo, todo lo que ha acontecido en un punto *debe suceder* también en los

restantes. Las necesidades prácticas de la lucha de clases nunca han conocido las comodidades de este deber ser. En el interior de estructuras capitalistas en sí ya desarrolladas, no es cierto que la situación de clase de los países más avanzados explique y *prefigure* la situación de clase de los países más atrasados. O bien la explica y prefigura desde el punto de vista capitalista, desde el punto de vista de la comprensión de un posible desarrollo. Pero desde la perspectiva obrera se trata precisamente de impedir, en la práctica, este desarrollo, de cortarlo en un punto, de imponer una situación de clase *no normal, no natural*, respecto a los modelos teóricos del análisis.

Partir de un punto *medio* del desarrollo, y por lo tanto del punto más interno de éste, es quizá hoy en día la única vía que permanece abierta para derribar el desarrollo en todo su conjunto en su punto más alto. La condición que no podemos eliminar es que las fuerzas subjetivas, dirigidas para conducir este proceso de ruptura y derribo, posean un grado de organización que sobrepase el nivel del desarrollo objetivo. Para lograr la consecución victoriosa de la acción a largo plazo no será suficiente una correspondencia pasiva entre la organización de las fuerzas revolucionarias de la clase obrera y el nivel del desarrollo capitalista. Será necesario que las primeras hayan superado activa y ampliamente al segundo, y se hayan organizado voluntariamente en el punto más alto, en ese momento concebible de la historia del capital, aunque todavía este punto se halle materialmente ausente en la situación dada. Si falta esta condición, o se da sólo en apariencia, si vive como *ilusión ideológica*, entonces la potencia material inmanente que se halla en el fondo del capital, toma de nuevo ventaja, invierte a su favor la situación de clase, e instrumentaliza toscamente las mismas fuerzas subjetivas que querían destruirlo, en el interior de un nuevo, rapidísimo y vital crecimiento. Y entonces, como consecuencia del cambio revolucionario, no se dará otra cosa que una reproducción con formas nuevas del antiguo modo de producción. ¿En qué ha concluido, usando esta vía, el primer intento histórico de construcción del socialismo, sino en una *reproducción obrera del sistema capitalista?* Los bolcheviques demostraron por vez primera que era posible derrotar, con resolución, en campo abierto, al capitalismo. Ellos trasladaron la revolución de los libros a las cosas, de la teoría a la práctica. Pero no tenían un claro concepto de la clase obrera y de sus necesidades principales de organización. Son ellos nuestros «fisiócratas». Su *Tableau économique* es la «construcción del socialismo en un solo país».

Surge la pregunta: ¿de qué manera o por qué el trabajo frente al capital se presenta como trabajo productivo en el momento en que las fuerzas productivas del trabajo son transferidas al capital? ¿La misma fuerza productiva puede ser medida dos veces, una como fuerza productiva del trabajo y otra como fuerza productiva del capital? La respuesta que aporta Marx suscita automáticamente

otra pregunta: ¿qué es el trabajo productivo desde el punto de vista del capital? Como trabajo productor de valor, el trabajo es siempre trabajo del *individuo*, si bien expresado en *forma general*. El trabajo productivo –como trabajo que produce plusvalor– será siempre, respecto al capital, trabajo de la fuerza de trabajo individual, del *obrero aislado*, independientemente de las combinaciones sociales en que los obreros entran en el proceso de producción. Así, mientras el capital representa frente al obrero la fuerza productiva social del trabajo, el trabajo productivo del obrero representa siempre, frente al capital, sólo el trabajo del *obrero aislado* (*Teorías sobre la plusvalía*, I, Apéndice 12). Hemos visto cómo el dinero se transforma en capital cuando una parte de éste se convierte en mercancías que sirven como medios de producción para el trabajo, mientras otra parte se emplea en la compra de fuerza de trabajo. Aun así, este intercambio originario entre dinero y fuerza de trabajo es sólo la condición que hace posible la transformación del dinero en capital; no se trata, por lo tanto, del acto mismo de la transformación. Ésta sólo podrá tener lugar en el proceso productivo real, donde el trabajo vivo, por un lado, reproduce el salario, el valor del capital variable, y por otro crea un plusvalor, deja una parte del trabajo vivo en las manos del poseedor del dinero. «Mediante esta transformación *inmediata* del trabajo en trabajo *objetivado* que no le pertenece al obrero, sino al capitalista, se transforma por primera vez el dinero en capital... Anteriormente sólo el dinero... era *en sí* (*an sich*) capital».[149] Es decir, es capital por la forma independiente en que se presenta frente a la fuerza de trabajo y la fuerza de trabajo frente a él mismo. Por lo tanto, es capital debido a la relación de clase que lo genera. El dinero –ya sea como mercancía, suministro de medios de producción para el trabajo, ya sea como dinero, suministro de medios de subsistencia para el obrero– representa, en este estadio, todas las condiciones objetivas de la producción. Y éstas «tienen desde el principio la determinación social frente a los obreros, que las convierte en capital y le da poder de mando (*das Komando*) sobre el trabajo. Están presupuestas por lo tanto frente al trabajo como capital»[150]. Como principio, las condiciones objetivas de la producción frente a los obreros son condiciones sociales y condiciones de *poder de mando social*. La relación de clase, antes incluso de que se produzca la transformación del dinero en capital, antes del nacimiento de la forma específica de la relación de producción capitalista, establece, por un lado, a los obreros y por el lado opuesto a las condiciones sociales del trabajo como poder sobre éstos; por una parte, una masa de individuos aislados que permanecen unidos por la misma situación de vendedores de la fuerza de trabajo, por otra, la simple y llana consistencia de condiciones objetivas que podemos llamar

[149] *Ibid.*, p. 415.
[150] *Ibid.*, p. 416.

trabajo muerto; por un lado, una primera forma simple, embrionaria, proletaria, de clase obrera y frente a ella, contra ella, no la clase de los capitalistas ni la relación de producción capitalista (que se halla ya asentada), sino únicamente el *capital en sí*, el capital en potencia.

El *trabajo productivo* puede ser caracterizado, en consecuencia, como aquel que se cambia directamente por el *dinero como capital* o, lo que no es más que una expresión resumida de los mismos, que se cambia por el *capital* de manera inmediata, es decir, con dinero, que es en sí capital, que tiene la determinación de funcionar como capital, o que se contrapone a la capacidad de trabajo como *capital*[151].

Sin embargo, en el intercambio entre capital y trabajo se consideran distintos dos momentos esencialmente diversos, aunque ambos se condicionen. El primero es un proceso *formal*, donde el capital aparece como dinero y la fuerza de trabajo como mercancía: se trata de un intercambio, en los hechos, de trabajo por trabajo, de trabajo objetivado en el dinero por trabajo vivo existente en el obrero; no obstante, es en esta transacción consigo mismo donde el trabajo se convierte en propiedad de la riqueza. El segundo momento del intercambio entre capital y trabajo es algo totalmente opuesto: el poseedor de dinero hace las veces de capitalista y la fuerza de trabajo obrera aparece sólo como función en uso dentro del capital; aquí, de hecho, el intercambio es del capital consigo mismo, un intercambio entre dos de sus partes. «En este proceso el trabajo *se objetiva* por lo tanto directamente, se transforma *inmediatamente* en capital, después de haber sido incorporado ya *formalmente* al capital mediante la primera transacción».[152] A pesar de todo es en este proceso donde el capital se divide internamente en dos partes contrapuestas, enemigas entre sí. La relación de clase aparece en estos momentos en la propia relación de la producción social. El «capital en sí» sólo puede convertirse en relación capitalista de producción pagando este precio. El trabajo asalariado se cruza en este punto con el trabajo productivo: la venta de la fuerza de trabajo para obtener un salario se convierte en uso de la fuerza de trabajo para obtener un beneficio. El proceso que había sido impulsado por primera vez por el obrero es impulsado ahora por el capitalista a través del uso del obrero. Se ha producido una modificación decisiva en la relación de fuerzas: todo el poder ha pasado a manos del capital –poder de mando sobre el trabajo, poder de explotación sobre los obreros–. A partir de este momento, los movimientos del capital parecen siempre preceder y condicionar a los movimientos de la clase obrera, parecen imponer continuamente a ésta los movimientos reflejos de su propia figura. Tampoco esto es una apariencia. Así ocurre para quien observa las cosas desde el punto de vista capitalista: de hecho,

[151] *Ibid.*
[152] *Ibid.*, p. 418.

esto constituye el intento político cotidiano que llena los días de la vida del funcionario del capital. Sin embargo, ¿puede ser lo mismo desde el punto de vista obrero? Únicamente puede serlo si se considera el trabajo obrero como parte del capital, pero no como parte contrapuesta a éste; puede serlo si se asume el punto de vista obrero *por cuenta del capital*, con la condición por desgracia «histórica» de que uno se acomode en la poltrona del *reformismo*. Pero si se descubre que la relación de clase aparece antes que la relación-capital, si se descubre que, dentro de la relación de clase preliminar, *la única* clase constituida de forma embrionaria como fuerza subjetiva es la de los proletarios vendedores de fuerza de trabajo que, una vez introducidos en la producción y socialmente organizados, se desarrollan como *clase obrera*, antes incluso que el capital pase de potencia a acto, ¿no se establecen de este modo las bases para continuar avanzando en la construcción de la historia del capital a partir del desarrollo histórico de la clase obrera? El punto de vista obrero sobre el trabajo productivo es un elemento esencial en la conquista de este «giro estratégico». ¿No decía Marx que «trabajo productivo» es sólo una expresión abreviada para indicar la relación y el modo en que la fuerza de trabajo figura en el proceso de la producción capitalista? Por lo tanto, a la pregunta ¿qué es el trabajo productivo desde el punto de vista del capital?, se responde: el trabajo productivo, en cuanto producción concreta de valores de uso, «reproduce para el obrero sólo el valor determinado anteriormente de su fuerza de trabajo»; en cuanto actividad creadora de valor, «valoriza el capital, o contrapone al obrero, como capital, los valores generados por el trabajo». Es cierto: las fuerzas productivas del trabajo son realmente transferidas al capital. Sin embargo, incluso después de esta transferencia, el trabajo, frente al capital, se presenta como *trabajo productivo* del capital. El proceso real es único: en el primer caso, es observado desde el punto de vista capitalista; en el segundo, desde el punto de vista obrero.

Estos dos puntos de vista no son menos reales que el proceso que los sostiene. Sí, cuando se trata de la clase obrera dentro del sistema del capital, la misma fuerza productiva se puede contar dos veces: una vez como fuerza que *produce* capital, otra como fuerza que *rechaza* producirlo; una vez *dentro* del capital, otra *contra* el capital. Cuando ambas son subjetivamente unificadas por la clase obrera, se abre la vía para la disolución del sistema capitalista, comienza el proceso práctico de la revolución.

Analizar «de qué manera el capital produce» supone la continuación necesaria de esta investigación. Será muy interesante además volver a ver «de qué manera el propio capital es producido». Se trata de dos épocas de la historia de la clase obrera que, por comodidad de exposición, consideramos distintas. Aunque en realidad son una sola y en su continuidad narran la vida de la articulación obrera del desarrollo capitalista. En un primer plano aparece de nuevo

la relación originaria entre trabajo y capital en cuanto relación del trabajo con las condiciones objetivas del trabajo, que se presentan como capital. Después nos encontramos con el largo proceso histórico que, en palabras de Marx, acaba con las diversas formas en las que el obrero es propietario, o dicho de otra manera, las diversas formas en las que el propietario trabaja: disolución de la relación de propiedad con la tierra; disolución de la relación de propiedad con el instrumento de trabajo; disolución de la relación de propiedad con los medios de subsistencia; y, en definitiva, disolución de todas las relaciones en las que los mismos obreros, los propios portadores vivientes de la capacidad de trabajo, aún forman parte de las condiciones objetivas de la producción. El mismo proceso histórico, por un lado, libera a una masa de individuos de las relaciones *positivas* que tenían con las condiciones de trabajo, les hace, por lo tanto, asalariados libres δυναμει, individuos obligados a trabajar y vender su trabajo, por el hecho de que han sido liberados de la propiedad; por otro lado, libera las mismas condiciones de trabajo –terreno, materia prima, medios de subsistencia, instrumentos de trabajo, dinero, etc.– de su asociación, como ocurría hasta entonces, con los individuos que ahora se encuentran separados de ellas. El proceso implica, por lo tanto, la separación de elementos que hasta ahora se hallaban unidos. «*La separación (Trennung)* –dirá Marx en otro lugar– se presenta como la relación normal en esta sociedad.» La posibilidad de reunir *bajo sí mismo* estas dos entidades materiales separadas –condiciones subjetivas y objetivas de la producción– producirá de hecho la potencia histórica del capital. «Propio del capital no es más que la reunión de la masa de manos e instrumentos (*Händen und Instrumenten*) que él encuentra. Él los aglomera bajo su dominio (*Botmässigkeit*). Esta es su acumulación real (*sein wirkliches Anhäufen*); la acumulación de obreros en determinados puntos junto a sus instrumentos».[153] Por lo tanto, una cosa es la acumulación *preliminar* (*ursprüngliche, previous*) del capital, la formación de un patrimonio monetario en sí y para sí improductivo, pero en grado de intercambiar las condiciones objetivas de trabajo por fuerza de trabajo, de comprar trabajo vivo pagándolo con trabajo muerto: la prehistoria de la economía capitalista; y otra cosa es la acumulación auténtica del capital, que generaliza y al mismo tiempo convierte en específico el intercambio entre trabajo objetivado y capacidad de trabajo, que instaura, por lo tanto, la apropiación de trabajo vivo social sin intercambio, que transforma las fuerzas productivas sociales del trabajo en fuerzas productivas directas del capital, hasta llegar a presentarse él mismo como capital productivo. Esta acumulación de capital implica también producción de capitalistas. El concepto de capital, afirma Marx, contiene el de capitalista.

[153] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, cit., p. 462.

Engels se equivocaba torpemente cuando en *Trabajo asalariado y capital* sustituía «capital» por «capitalista» (cfr. *Werke*, 6, p. 409). Que hiciese esto con el fin de lograr ser entendido por los obreros no lo justifica. «*Im Begriff des Kapitals ist der Kapitalist enthallten*» [En el concepto de capital está contenido el capitalista][154]. La misma acumulación es, en un sentido totalmente diferente, reproducción de obreros asalariados.

> En la medida en que en este proceso el trabajo objetivado es puesto al mismo tiempo como *no-objetividad* (*Nichtgegenständlichkeit*) del obrero, como objetividad de una subjetividad opuesta al obrero, como propiedad de una voluntad ajena, el capital es necesariamente al mismo tiempo *capitalista*, y la idea de algunos socialistas de que nosotros necesitamos capital, pero no capitalistas es completamente falsa. En el concepto de capital está puesto el que las condiciones objetivas del trabajo –y éstas son su propio producto– tomen una *personalidad* frente a ellos, o lo que es lo mismo, que éstas son puestas como propiedad de una personalidad ajena al obrero[155].

De esta manera, la producción capitalista, en la superficie, presenta siempre un intercambio libre e igual entre equivalentes, pero, en el fondo, no es otra cosa que intercambio de trabajo objetivado en cuanto valor de cambio frente a trabajo vivo en cuanto valor de uso, «o expresado de otra forma, relación del trabajo con sus condiciones objetivas (y, por lo tanto, con la objetividad creada por él mismo) como propiedad ajena: enajenación (*Entäusserung*) del trabajo»[156]. *Esto significa intercambio de trabajo por trabajo, dentro del capital, por obra del capital.* Trabajo vivo y trabajo objetivado, fuerza de trabajo y condiciones de trabajo, los presupuestos subjetivos y objetivos de la producción son económicamente subsumidos en el capital y políticamente subordinados a éste. Y tomando esta vía se niega la diferencia lógica, la separación histórica entre los dos momentos, se reduce a unidad en la acumulación, es decir, en la producción auténtica del capital. Cuando Marx afirma: la separación es la relación normal en esta sociedad, quiere decir: ésta *es la relación social normal de clase.* La historia política del capital es la historia de sus diferentes intentos de sustraerse a las consecuencias prácticas destructivas de esta relación, o sea, de controlarla en sus estallidos irracionales, de utilizarla en la continua recomposición unitaria –tendencialmente racional– de su propio desarrollo. La vocación más madura del capital, en cuanto fuerza histórica de gobierno, avanza decididamente de la división *a la unidad*: unidad –y no identidad– de todo antagonismo y en toda lucha, unidad de lo subjetivo y lo objetivo, entre la propia objetividad y la subjetividad contrapuesta, que se halla íntegramente en las manos del obrero, unidad, *por lo tanto*, en su interior, entre

[154] *Ibid.*, p. 467.
[155] *Ibid.*, pp. 466-467.
[156] *Ibid.*, p. 469.

la relación de producción capitalista y sus funcionarios que la expresan y gestionan.

El concepto de capital contiene, no sólo al capitalista, sino también a la clase de los capitalistas. La historia de esta clase tiene una vida breve: nace después que el capital y muere antes que éste. Surge de la objetividad indiferente de la relación de producción, cuando los obreros, subjetivamente, como clase, amenazan la continuidad de la relación. Y gracias a esta objetividad se recupera, nada más que esa amenaza de clase, al invertir su sentido, se convierte en portadora de los intereses generales de la sociedad capitalista. Cuando la clase obrera desaparece políticamente, ¿qué sentido tiene la existencia de una organización política, de clase, de los capitalistas? Las condiciones de la lucha, desarrolladas únicamente desde el punto de vista obrero, vuelven a sus inicios. En la transición del *capital* a la *clase de los capitalistas* y de ésta a la *sociedad capitalista* se desarrolla positivamente el terreno de la lucha de clases. Con una única condición: que la citada *libertad de la propiedad*, de donde toscamente nacía la figura del primer proletario, se transforme en una reconocida y organizada *libertad de la sociedad* en el estadio evolutivo al que ha llegado la clase obrera moderna. De este modo, las condiciones de la lucha se endurecen hasta el límite de la ruptura más violenta e incluso más allá de ésta. Durante mucho tiempo el resultado será incierto. El enfrentamiento tendrá lugar entre dos fuerzas igualmente potentes, sobre un terreno completamente nuevo: por un lado, *una clase*, en el lado opuesto *la sociedad*. «En la sociedad burguesa –afirma Marx– el obrero existe privado de toda objetividad (*objektilos*), puramente subjetivo (*subjektiv*); pero lo que a él se le *enfrenta* se ha convertido ya en la *comunidad verdadera*, de la que él intenta apoderarse (*verspeisen*) y por la que él es devorado.»[157]

Incluso si únicamente consideramos la parte formal de la relación capitalista –la forma general que el modo capitalista de producción menos desarrollado tiene en común con el modo más desarrollado– resulta fácil observar cómo las condiciones de trabajo no aparecen nunca subsumidas bajo el obrero, sino que es éste quien se halla siempre subsumido bajo éstas. Precisamente por esa razón, las condiciones de trabajo son capital. *Kapital employs labour*, dirá Marx. De igual modo, si consideramos la simple subsunción formal del trabajo bajo las condiciones capitalistas de producción, la productividad del capital consistirá fundamentalmente «en la *imposición del plustrabajo*»[158] (*Zwang zur Surplusarbeit*), constricción al plustrabajo que en estos momentos se lleva a cabo de un modo mucho más favorable en la producción. Y este privilegio

[157] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, cit., p. 450.

[158] Karl MARX, *Teorías sobre la plusvalía*, OME-45, cit., p. 409.

depositado en la producción deriva precisamente del hecho de que «el capitalista no domina al obrero en virtud de cualquier cualidad personal, sino que esto sólo ocurre en la medida en que él es "capital"... El capitalista mismo sólo tiene poder (*ist Gewalthaber*) en cuanto *personificación del capital*... su dominio es exclusivamente el del trabajo objetivado sobre el trabajo vivo, el del producto del obrero sobre el propio obrero»[159]. Las expresiones que el propio Marx utiliza, «personificación de la cosa» y «cosificación de la persona», el análisis en definitiva de estos procesos en términos de *fetichismo*, no debe ofrecer la oportunidad, como sucede muy a menudo, de escabullirse por alguno de los senderos neutros de la filosofía contemporánea. El producto que aquí domina al obrero no es un objeto cómodo y genérico, tal vez de consumo; es algo bien determinado socialmente, desde el punto de vista de la producción. Como valor de uso, se identifica con las condiciones objetivas del trabajo; como valor de cambio, se identifica con el tiempo de trabajo general objetivado, o sea, con el dinero: *cosas*, sí, inmediatamente materiales, pero que se contraponen al obrero, que dominan al obrero, *en cuanto capital*. Y ésta es la relación capitalista más simple, la que ofrece menos dificultades para su comprensión; se trata de la parte formal y general que, de hecho, hasta un filósofo es capaz de comprender. El capital deviene «un ser muy misterioso» en el proceso histórico que sucede a continuación:

> [...] también las formas de trabajo socialmente desarrollado, la cooperación, la manufactura (como forma de división del trabajo), la fábrica (como forma del trabajo social organizado sobre la maquinaria como base material), se presentan (*sich darstellen*) *como formas de desarrollo del capital*, y en consecuencia las fuerzas productivas del trabajo desarrolladas a partir de estas formas del trabajo social y, por lo tanto, también la ciencia y las fuerzas de la naturaleza, se presentan como *fuerzas productivas del capital*[160].

Así, la unidad en la cooperación, la estructuración en la división del trabajo, el empleo de las fuerzas naturales y de la ciencia, la organización de las máquinas en la producción, todas estas condiciones, que son de hecho condiciones plenamente sociales del trabajo, se contraponen a los obreros, dominan a los obreros, de un modo extraño y objetivo, como *funciones del capital* y por ende del *capitalista*.

> Las formas (*Formen*) sociales de su propio trabajo o las formas de su propio trabajo social son relaciones constituidas independientemente por completo de los obreros individuales; los obreros, en cuanto subordinados al capital, se convierten en elementos de estas formas (*Bildungen*) sociales, pero estas formas sociales no les pertenecen. Se les enfren-

[159] *Ibid.*

[160] *Ibid.*, p. 410.

tean, por lo tanto, como *formas* (*Gestalten*) del propio capital, como formas pertenecientes al capital a diferencia de su capacidad de trabajo individualizada, como combinaciones que proceden del capital y están incorporadas a él[161].

En el desarrollo de este proceso histórico interno al capitalismo, ya no sólo las simples condiciones objetivas del trabajo, sino los propios, más complejos «caracteres sociales del trabajo» se levantan *frente a* los obreros, *contra* ellos, «por así decir, *bajo el capital* (*kapitalisiert*)»: medios de explotación del trabajo social, medios sociales de apropiación de plustrabajo. «De esta forma el desarrollo de las fuerzas productivas *sociales* del trabajo y las condiciones de este desarrollo se presentan (*erscheinen*) como *la acción del capital* (*Tat des Kapitals*), en relación con el cual el obrero individual, no sólo se comporta de manera pasiva (*passiv verhält*), sino que procede en contraposición a él»[162]. Llegados a este punto podemos ver, por un lado, las fuerzas productivas sociales del trabajo como acción del capital; y por otro, en contraposición, la actitud pasiva del obrero como individuo: una condición de la lucha de clases que no debería ser ignorada ni siquiera por los adoradores neutrales de las ciencias sociales.

Surge un problema de especial importancia. La fuerza productiva del trabajo –como fuerza social introducida en el proceso de producción–, ¿no se identifica con la clase obrera, en un nivel mucho más avanzado de su desarrollo? Y en el caso de que esto suceda, ¿qué significa que esta fuerza pertenece al capital? ¿Quiere decir quizá que los obreros, en cuanto clase, no sólo son introducidos en el proceso de producción del capital, sino que son directamente incorporados al propio capital, como relación de producción? La clase obrera entonces –nada más que comienza a ser ella misma–, ¿se convierte en función del capital? Siguiendo hasta este punto el análisis de Marx, parece que todas las condiciones de la producción –y en primer lugar las fuerzas productivas sociales del trabajo, o sea, la fuerza social del trabajo productivo– han pasado a ser propiedad del capital y que fuera sólo ha quedado –como propiedad indestructible del obrero individual– la fuerza de trabajo «concebida aisladamente». Los obreros –como clase– contratan con los capitalistas –como clase– el valor y el precio de la fuerza de trabajo individual. La primitiva relación de compraventa de esta mercancía particular aparece ahora gestionada por las clases sociales, o mejor aún por las instituciones que las representan. El orden racional del conflicto institucionalizado sustituye al irracional desorden de la lucha de clases. El momento del contrato se convierte en la única ocasión de lucha; el sindicato en el estadio más elevado de organización. Ésta es la conclusión que puede obtenerse. Resultaría demasiado fácil responder: esto es lo que parece y lo que parece es lo contrario de lo que en reali-

[161] *Ibid.*
[162] *Ibid.*, p. 411.

dad es. Pero hemos decidido no divertirnos más con el juego de las apariencias. Ciertamente, los funcionarios «intelectuales» del capital, de profesión «investigadores sociales», llenan de ideología todos estos procesos, a medida que los explican. Y no podemos creer que engullen estas apariencias ideológicas a través de sus cabezas huecas; las venden solamente junto a los fenómenos reales específicos, por el hecho de que consideran la totalidad del proceso desde el punto de vista del capital, y no de forma exclusiva, sino como «defensa» necesariamente ideológica del punto de vista del capital. Desde este punto de vista, si atendemos a la totalidad del proceso, no existe diferencia entre lo que parece y lo que es, sino únicamente entre partes diferentes, diferentes momentos de la misma realidad social. Así, la apariencia ideológica no sólo es funcional a la relación social. Es la propia relación social tal y como *se manifiesta* al capitalista de una determinada manera. De la misma forma en que se manifiesta al capitalista *se presenta* posteriormente ante el obrero. Desde el punto de vista de este último, el proceso se ha invertido. Este proceso de presentación, este despliegue, esta contraposición de la relación frente al obrero es a menudo un hecho totalmente real, y casi nunca un fenómeno aparente. Se ha de partir de cómo se presenta realmente la relación, si se quiere no sólo conocerla, sino destruirla. Aquí surge la ligera ambigüedad que existe en el uso marxiano del verbo *erscheinen*: en escasas ocasiones, y sólo cuando se refiere al punto de vista capitalista, se puede traducir como *manifestarse*; la mayoría de las veces, y siempre que hace referencia al punto de vista obrero de Marx, se traduce por *presentarse*, un significado mucho más cercano al verbo ser. Sabemos perfectamente que «ideología» significa también voluntad burguesa para *hacer aparecer* de una determinada manera la relación capitalista a los obreros. Sin embargo, tendemos conscientemente a infravalorar este elemento, sin ofrecer siquiera una vía de fuga a la psicología del comportamiento, o, para ser más precisos, para no introducir siquiera un pie en el terreno pantanoso de la «conciencia de clase».

El obrero, como fuerza de trabajo individual, fuera del capital; *los obreros*, como clase social, dentro del capital, no es, por lo tanto, una falsa apariencia, y no se trata tampoco de aplicar a ésta el ejercicio de la crítica; nos hallamos ante una dura realidad, y se tratará de medir a partir de ésta las necesidades de la organización. De hecho, el antagonismo no se da en la figura del obrero libre, tomado aisladamente, sino en la presencia como masa de la clase obrera dentro del capital, *obligada a luchar en el interior de su enemigo como parte del mismo*. Pero para convencerse de esto, para ver de cerca lo que significa en la práctica, es necesario responder a las preguntas anteriores. Y por encima de todas ellas a la siguiente: la fuerza productiva social del trabajo, o sea, la fuerza social del trabajo productivo, ¿en qué punto del desarrollo de la clase obrera se identifica con ésta? Y a partir de ese momento, ¿esa fuerza productiva social del trabajo agota

la realidad fáctica de la clase obrera, o algún elemento de esa realidad queda fuera de ese concepto? Será necesario, por lo tanto, retomar rápidamente un filón de la investigación de Marx que hemos dejado de lado a propósito: el que hace referencia desde el principio a los movimientos directamente políticos de los obreros, es decir, a la definición de la clase obrera como fuerza subversiva del sistema capitalista, como potencia revolucionaria. La tesis que podemos defender sobre este asunto es que esta definición ha precedido y anticipado la posterior investigación de Marx sobre el trabajo, sobre la fuerza de trabajo, sobre el valor y, en definitiva, sobre el capital. En cuanto el proletario se identifica, para Marx, con el vendedor de fuerza de trabajo, el concepto de «clase del proletariado» es su descubrimiento original. No nos interesa el origen filológico del término, ideológicamente equívoco y consecuentemente extraño al punto de vista científico marxiano. Nos interesa el siguiente hecho político: las definiciones marxianas más toscas del proletariado, de su contenido político, de sus necesidades prácticas, de su función destructora en el interior de la sociedad burguesa, se presentan mucho antes que los refinados análisis sobre las correspondientes categorías abstractas, que las fuentes clásicas colocarán sobre su mesa de estudio. Marx no parte de la «crítica de la economía política», ni siquiera entendida como crítica del capitalismo. Llega a esa crítica y pasa por ella, partiendo de un intento de teoría sobre la revolución. Al principio no existe más que una elección, elemental en su violencia y violenta en su propia simplicidad, una elección contrapuesta a la totalidad del mundo de la sociedad burguesa, y un *odio de clase* mortal contra ésta. Ésta, que es la forma más simple de la ciencia obrera de Marx, permanecerá posteriormente –y debía y *debe* permanecer– como *forma general* en todos los desarrollos de esta ciencia. Encontramos aquí las razones de un hecho que ha generado dificultades al pensamiento marxista y originado peligrosos atrasos en el desarrollo del análisis, pero que en compensación alejó y mantiene aún lejos de Marx la peste pequeñoburguesa de los filisteos: nos referimos al hecho de que en medio de los análisis más complejos de *El Capital,* en la madurez de su pensamiento, encontramos de nuevo las definiciones más elementales de la clase obrera como proletariado, y consecuentemente un juicio totalmente práctico sobre su formación histórica, sobre su función política. Sin lugar a dudas, en lo que respecta al análisis de la clase obrera, el punto de vista de Marx no ha conseguido desarrollarse de la forma simple a la forma general de la ciencia obrera, que aloja dentro de sí misma todos los cambios del pasado y los juzga a partir de las necesidades de la lucha en el presente; un presente a su vez totalmente proyectado hacia delante. Y no se puede decir: el nivel histórico de desarrollo de la clase obrera no podía ofrecer más a Marx. No se puede, porque lo mismo podríamos decir con relación al capital: y, sin embargo, una serie de fragmentos magistrales anticipan decenios de historia

futura. En esta definición, por así decir, proletaria de la clase obrera que Marx proporciona constantemente en el ámbito político, nosotros detectamos una falta de mediación entre el correcto punto de partida teórico –el odio de clase contra la totalidad de la sociedad– y la articulación sucesiva de la acción práctica en el objetivo concreto de la revolución. Aquí, en un defecto de actividad política por parte de Marx, que nunca, ni siquiera lejanamente, ha podido acercarse al nivel de su investigación, se halla, a nuestro juicio, el origen práctico de algunos de sus errores de análisis: baste pensar en el capítulo sobre la acumulación originaria, en el que se analiza la formación del proletariado; baste pensar en las leyes sobre la depauperación, que deberían referirse al desarrollo de la clase obrera. El error no está en la ausencia de una objetividad científica seria del investigador, sino en la falta de previsión práctica a largo plazo del político. Se produce de nuevo un intercambio entre táctica y estrategia, entre teoría y política. La distinción entre estos dos momentos raras veces resulta clara en Marx. Quería demostrar que, incluso en el desarrollo más formidable del capital, la división en clases, la contraposición de clase, *entre dos clases,* permanecía *políticamente* igual que en sus inicios, exactamente la misma división que había originado la relación de producción capitalista. Frente a los procesos de socialización del capital que genialmente intuía, Marx no encontraba nada mejor que potenciar una proletarización desastrosa de la fuerza de trabajo obrera, como única antítesis imposible de absorber por el sistema. En lugar de desarrollar políticamente el concepto de clase obrera, trataba continuamente de reconducirlo a sus orígenes históricos. Si los obreros –como trabajo productivo– eran incorporados al capital, y los proletarios –como vendedores de fuerza de trabajo– seguían contraponiéndose al capital, no existía otro camino para la revolución que precipitar de nuevo a la clase obrera en el proletariado: era necesario, por lo tanto, *forzar* el análisis histórico, la previsión científica en esta dirección. La forma de este procedimiento es correcta. El error está en el contenido. Pero este error de contenido tiene su origen en una participación demasiado apasionada en los acontecimientos demasiado inmediatos de la lucha de clases. No nos sentimos capaces de condenarle. Cuando el proletariado parisino, en la primavera de 1848, aplaude en las calles a los subproletarios de la ciudad, con sus uniformes de la guardia móvil, confundiéndolos con los propios combatientes de vanguardia, Marx comenta: su error era perdonable.

A quien pregunta entonces: ¿por qué prestar atención todavía a Marx?, respondemos: por dos motivos. Primero, y en general, porque Marx y el punto de vista de la ciencia obrera son una única cosa. Segundo, y en particular, porque sobre el tema del trabajo, fuerza de trabajo y clase obrera, el recorrido interno de la obra de Marx coincide con el recorrido histórico del desarrollo del problema. Primero el proletariado, después la fuerza de trabajo; primero, los obreros

como clase política, después la categoría económica como articulación de la producción; primero, la clase antagonista, después la función del capital. La clase obrera ha tenido un nacimiento político, ya que se presenta desde el principio como alternativa de poder al sistema del capital; tiene un crecimiento económico, ya que es introducida por necesidad en el mecanismo de producción y reproducción de este sistema; debe tener, *sobre esta base*, una organización revolucionaria de su propio desarrollo, que hará saltar en pedazos el propio sistema del que forma parte. Tuvo que llegar Cassirer para explicar que el criterio de verdad del marxismo se sitúa en el resultado histórico, es decir, en la revolución, no como idea, sino como hecho real. Entre los propios marxistas, nadie, después de Marx –afirma Lenin– lo ha comprendido. De la teoría de la revolución a la crítica del capitalismo; de ésta a la revolución práctica –el camino de Marx, completado por Lenin– debe reproducirse también en el tema específico que estamos tratando. Si en nuestro análisis hemos partido del segundo momento, todo el mundo habrá comprendido que el primero estaba ya presupuesto: no como programa idéológico, sino como previsión política. También para nosotros la teoría sobre la revolución se inserta en la definición política de la clase obrera. Una idea tan simple no ha sido todavía comprendida por los marxistas de hoy. Y eso que quizá sea el primer descubrimiento fundamental de «su» joven Marx.

7. QUÉ ES EL PROLETARIADO

Ya el propio Lukács colocaba como epígrafe en uno de sus repudiados ensayos de juventud estas formidables palabras de Marx: «No se trata de saber qué *se propone* temporalmente como meta este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su totalidad. Se trata de saber *qué es* (*was es ist*) y qué estará obligado a hacer históricamente a su *ser*»[163]. En *La sagrada familia*, y frente a la crítica crítica, el obrero es mostrado como aquel que «crea todo», hasta tal punto que, incluso en sus creaciones espirituales, desenmascara toda crítica; los obreros ingleses y franceses pueden dar amplio testimonio de este hecho. «El obrero crea hasta al propio *hombre*...» Ya que es cierto que en el proletariado «el hombre se ha perdido a sí mismo», y, sin embargo, también es cierto que «a la vez no sólo ha adquirido la conciencia teórica de esa pérdida, sino que además se ve forzado por una *indigencia*... a rebelarse contra esta inhumanidad»[164]. La forma de esta

[163] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «La sagrada familia», *en La sagrada familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra*, OME-6, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 36-37; citado en György LUKÁCS,«Conciencia de clase», en *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Orbis, 1985, pp. 109-150.

[164] *La sagrada familia*, cit., p. 36.

rebelión surge al principio de la manera más evidente, más estridente, más repugnante del hecho de la pobreza, de la esencia contradictoria de la propiedad privada. Proletariado y riqueza son de hecho términos antitéticos, que se hallan en un único todo que los comprende.

> La propiedad privada en cuanto propiedad privada, en cuanto riqueza, está forzada a conservar (*erhalten*) *su propia existencia* y con ello a conservar la de su término antitético, el proletariado. Este es el aspecto *positivo* de la antítesis, la propiedad privada que se satisface a sí misma. El proletariado, a la inversa, está forzado en cuanto proletariado a suprimirse (*aufheben*) a sí mismo y, con ello, al término antitético que lo condiciona, que lo convierte en proletariado, a la riqueza. Es éste el aspecto negativo de la antítesis, su perturbación interior (*Unruhe*), la propiedad privada disuelta y que se disuelve[165].

La clase del proletariado se siente de esta forma continuamente destruida en esta condición y, a su vez, con el fin de destruirla continuamente se rebela. «Es, para usar una expresión de Hegel, en la degradación (*Empörung*) la *rebelión* contra esta degradación.»[166] De los dos términos antitéticos, el primero lucha por conservar la antítesis, mientras el segundo lucha por destruirla. «El propietario privado es el partido de la *conservación*, el proletariado el partido *de la destrucción* (*destruktive Partei*).»[167]

La propiedad privada en su movimiento económico avanza hacia su propia disolución, pero sólo gracias a un desarrollo independiente de ella, no consciente para ella y que tiene lugar contra su voluntad. La propiedad privada avanza hacia su propia disolución «[...] sólo por el hecho de que ella misma produce al proletariado *como* proletariado... El proletariado ejecuta la condena que la propiedad privada se impone a sí misma al producirle». En este sentido, su meta, «su acción histórica, son trazadas de forma sensible e irrevocable en la situación de su evolución, al igual que ocurre en toda la organización de la moderna sociedad burguesa».

En los *Deutsch-Französische Jahrbücher* [Anuarios francoalemanes] (carta de Marx a Ruge, de septiembre de 1843) todo esto estaba ya claro y aparecía nítidamente expresado: «No es cosa nuestra (*nicht unsere Sache*) la construcción del futuro o de un resultado definitivo para todos los tiempos; pero tanto más claro está en mi opinión lo que nos toca hacer actualmente: *criticar sin contemplaciones todo lo que existe*»[168]. No se trata de izar una bandera dogmática. Al contrario. Una abstracción dogmática es sobre todo el comunismo, como «manifestación

[165] *Ibid.*, p. 35.

[166] *Ibid.*

[167] *Ibid.*, p. 36.

[168] Karl MARX,«Cartas y artículos de los "Anuarios francoalemanes"», en *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes. 1844*, OME-5, cit., p. 174.

(*Erscheinung*) refinada del principio humanístico, infectada por su antítesis, la realidad privada»[169]. No en vano el comunismo ha visto surgir ante sí otras doctrinas socialistas, y hoy en día no es más que «una realización particular, unilateral, del principio socialista»[170]. Y el principio socialista, a su vez, no es «sino un aspecto, referente a la *realidad* del verdadero ser humano»[171]. Sin embargo, nosotros debemos de ocuparnos igualmente del otro aspecto: el juicio sobre las cosas como son realmente y como existen. Se trata, por lo tanto, de «basar (*anknüpfen*) nuestra crítica en la crítica de la política, en la toma política de partido (*Parteinahme in der Politik*), o sea, en luchas reales [e] identificarla con ellas»[172]. De hecho, la posibilidad positiva de la emancipación se halla solamente «en la constitución de una clase con *cadenas radicales* (*mit radikalen Ketten*)»[173], una clase que no reivindique para sí «un *derecho especial*»[174] y que anuncie, con su propia existencia universal, la disolución de la sociedad como estado particular.

> Cuando el proletariado proclama la *disolución del orden actual del mundo* no hace más que pronunciar el *secreto de su propia existencia*, ya que él es la disolución *de hecho* (*faktische Auflösung*) de este orden del mundo. Cuando el proletariado exige la *negación de la propiedad privada*, no hace más que elevar a *principio de la sociedad* lo que la sociedad ha elevado ya a principio del *proletariado* y se halla realizado en él sin intervención propia como (*negatives Resultat*) de la sociedad[175].

La revuelta obrera, entonces, en la medida en que avanza sobre este terreno práctico-material, adquiere un carácter cada vez más teórico y consciente.

> Por de pronto recuérdese la canción de los tejedores, «El juicio de sangre», esa atrevida *consigna* de lucha, en la que hogar, fábrica, distrito, ni siquiera son nombrados; al contrario, el proletariado comienza gritando su oposición contra la sociedad de la propiedad privada en una forma contundente, violenta, cortante, sin consideraciones. El levantamiento de Silesia *comienza* precisamente donde *acaban* los levantamientos de los obreros franceses e ingleses: por la conciencia de lo que es el proletariado (*mit dem Bewusstsein über das Wesen des Proletariats*)[176].

En *La ideología alemana* partirá del principio de que «los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase»[177]. Y esta ley general tiene su última y máxima expresión particular en la sociedad moderna.

[169] *Ibid.*
[170] *Ibid.*
[171] *Ibid.*
[172] *Ibid.*, p. 176.
[173] *Ibid.*, «Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel», p. 222.
[174] *Ibid.*
[175] *Ibid.*, p, 223.
[176] *Ibid.*, *Vorwärts!*, 64 (10 de agosto de 1844), p. 240
[177] Karl MARX y Friedrich ENGELS, *La ideología alemana*, cit., pp. 60-61.

> Por tanto, de una parte, una totalidad de fuerzas productivas que adoptan, en cierto modo, una forma material y que para los mismos individuos no son ya sus propias fuerzas, sino las de la propiedad privada, y por lo tanto sólo son las de los individuos en cuanto propietarios privados... Por otra parte, a estas fuerzas productivas se enfrenta la mayoría de los individuos, de quienes estas fuerzas se han desgarrado y que, por lo tanto, despojados de todo contenido real de vida, se han convertido en individuos abstractos y, por ello mismo, sólo entonces se hallan en condiciones de relacionarase los unos con los otros *como individuos* (*miteinander in Verbindung*)[178].

El único nexo que todavía los une con las fuerzas productivas y con su existencia, el trabajo, ha perdido en ellos toda apariencia de manifestación personal. Su enemigo no será únicamente el capitalista, sino también el propio trabajo. Su lucha es desde el principio una lucha contra la totalidad de la relación social. Estos son los «proletarios de la época actual»[179]: una clase que, como está «condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad» se ve forzada «al más resuelto antagonismo contra todas las demás clases»; una clase «formada por la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical (*einer gründlichen Revolution*)» [180]. En todas las revoluciones que han tenido lugar hasta la fecha jamás ha sido cuestionado de hecho el «modo (*Art*) de actividad». Siempre se trató únicamente de una diversa distribución de la actividad, de una nueva distribución del trabajo por otras personas, «mientras la revolución comunista se dirige contra el *modo* (*Art*) anterior de actividad, elimina el *trabajo* (*die Arbeit beseitigt*) y suprime la dominación de las clases al acabar con las clases mismas...»[181]. Un renglón cancelado posteriormente del manuscrito continuaba, después de «elimina el trabajo», con una definición interrumpida de éste como «(la moderna forma de la actividad bajo la cual la dominación de la...)»[182] (*Werke*, 3, p. 70). Marcuse trata de justificar la gravedad de estas afirmaciones advirtiendo que lo que aquí aparece es la tradicional *Aufhebung*, que al mismo tiempo que suprime restaura y así sucesivamente. Posteriormente advierte que la explicación es demasiado banal, y entonces piensa suprimir esta categoría del futuro que es el no-trabajo y restaurar la anticuada, filistea, reaccionaria idea de felicidad. Pero aparte de esto, el discurso precedente concluye de la siguiente forma: tanto para la producción masiva de esta conciencia comunista como para su éxito,

[178] *Ibid.*, p. 78.
[179] *Ibid.*, p. 79.
[180] *Ibid.*, p. 81.
[181] *Ibid.*
[182] *Ibid.*, nota 11, p. 81.

es necesario una transformación de la masa de los hombres que sólo puede producirse a través de un movimiento práctico revolucionario. «La revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* (*die stürzende Klasse*) quitarse de encima toda la vieja suciedad...»[183]

La lucha teórica contra Proudhon provoca un salto notable en el análisis marxiano de estos problemas. De hecho, *Miseria de la filosofía* contiene las primeras, importantes, aunque todavía no satisfactorias, definiciones del concepto de clase. Las relaciones de producción, dentro de las cuales se mueve la burguesía, se presentan, no con un carácter único, simple, sino doble: en las mismas relaciones se produce tanto la riqueza como la miseria; se produce un desarrollo de las fuerzas productivas, al mismo tiempo que se desarrolla una fuerza productora de represión; se produce pues «*la riqueza burguesa*, es decir, la riqueza de la clase burguesa, que al aniquilar continuamente la riqueza de los miembros que integran esta clase producen un proletariado siempre creciente»[184]. Sobre esta base se desarrolla una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa: y esta lucha posee una historia propia, un desarrollo, una serie de fases evolutivas. «Se produce una lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa, lucha que antes de ser sentida, percibida, apreciada, comprendida, confesada y proclamada en voz alta, se manifiesta previamente por conflictos parciales y momentáneos, por hechos subversivos.»[185] Pero el desarrollo de la industria moderna lleva consigo, necesariamente, la aparición de las coaliciones obreras. Bajo esta forma se dieron siempre, de hecho, los primeros intentos de los obreros de *asociarse* entre ellos. Economistas y socialistas coinciden entonces en decir a los obreros: no os coaliguéis[186].

> La gran industria aglomera en un lugar una masa de gentes desconocidas entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero el sostenimiento del salario, interés común que tienen contra el patrono, les une en una misma idea de resistir *–coalición–*. Así es que la calición tiene siempre una doble finalidad: la de hacer cesar la competencia entre ellos, para poder hacer una competencia general contra el capitalista. Si el primer fin de resistir no ha sido más que el sostenimiento de los salarios, a medida que, a su vez, los capitalistas se reúnen con la idea de represión, las coaliciones, en principio aisladas, se organizan en grupos, y frente a todo el capital reunido, la defensa de la asociación se hace más necesaria para ellos que el salario[187].

[183] *Ibid.*, p. 82.
[184] Karl MARX, *Miseria de la filosofía*, cit., p. 180.
[185] *Ibid.*, p. 179.
[186] *Ibid.*, p. 240.
[187] *Ibid.*, p. 242.

En esta lucha, «verdadera guerra civil», se agrupan y desarrollan todos los elementos que serán necesarios para la futura batalla. Cuando llega a este momento, la asociación adquiere un carácter político.

> En principio, las condiciones económicas habían transformado anteriormente la masa del país en obreros. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa viene a ser ya una clase frente al capital, pero no todavía para sí misma. En la lucha... esta masa se reúne, constituyéndose en clase para sí. Los intereses que defienden llegan a ser intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política[188].

Llevada a su más alta expresión, esta lucha política de clase contra clase, entre proletariado y burguesía, «es una revolución total». «¿Hay que asombrarse de que una sociedad, fundada sobre la *oposición* de clases, termine en *contradicción* brutal, a un choque cuerpo a cuerpo como desenlace final?»[189]. El combate o la muerte, la lucha sangrienta o la nada: «la última palabra de la ciencia social...»[190].

Cuando el II Congreso de la Liga de los Comunistas asigna a Marx y a Engels la tarea de elaborar el *Manifiesto*, la totalidad de su contenido se hallaba ya en la mente de Marx. A la revolución burguesa de febrero responde como una auténtica descarga el programa de la revolución proletaria. «La vieja divisa de la Liga: "Todos los hombres son herma~~", fue sustituida por el nuevo grito de guerra: "¡Proletarios de todos los países, uníos!»[191]. Muchos intelectuales, considerados estudiosos serios, predispuestos a admirar al Marx científico de *El Capital*, cierran los ojos molestos frente a las crudas páginas políticas del *Manifiesto*. Para nosotros, éste permanece como un modelo de intervención práctica del punto de vista obrero en la lucha de clases. El grito de batalla del que habla Engels no se encuentra solamente en la consigna final, sino en la construcción misma de todo el texto. «Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que le darán muerte; también ha engendrado a los hombres que manejarán esas armas: los obreros modernos, los *proletarios*.»[192] Y ello porque ésta es la clase de aquellos que son obligados a venderse por horas y que viven mientras encuentran trabajo y encuentran trabajo mientras su trabajo aumenta el capital. Así, pues, el proletariado atraviesa diferentes grados de desarrollo. Pero «su

[188] *Ibid.*, p. 243.
[189] *Ibid.*, p. 245.
[190] *Ibid.*
[191] Friedrich ENGELS, «Contribución a la historia de la liga de los comunistas», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, cit., vol. 2, p. 367.
[192] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «Manifiesto del Partido Comunista», en *Manifiesto comunista. Nueva Gaceta Renana (I). 1847-1848*, OME-9, cit., p. 142.
[193] *Ibid.*, p. 144.

lucha contra la *burguesía* comienza con su propia existencia»[193]. Primero luchan los obreros aislados, uno a uno, posteriormente los obreros de una fábrica, es decir, aquellos que poseen una categoría dada en un lugar dado, contra el burgués aislado que los explota de forma directa. En este estadio, los obreros forman una masa dispersa a lo largo del país, una masa dividida por la competencia. Como masa se encuentran ya unidos, no por iniciativa propia, sino por iniciativa de la burguesía, que para conseguir sus propios fines políticos «debe poner en movimiento a todo el proletariado»[194]. En este largo estadio histórico los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos. Todo el movimiento de la historia se concentra en estos momentos en las manos de la burguesía. Cada victoria es una victoria de la burguesía. Pero con el desarrollo de la industria el proletariado se multiplica, se concentra, se nivela internamente, se unifica; crece enormemente su fuerza y con la fuerza la conciencia de ésta. El conflicto entre obreros y burgueses como individuos concretos desaparece para ser sustituido por el enfrentamiento abierto entre las dos clases. Los obreros forman las coaliciones, se unen en asociaciones, con éstas impulsan las primeras formas de lucha hasta la violencia pura y simple de la sublevación. De vez en cuando vencen, pero siempre y únicamente de modo transitorio. «El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato sino la cada vez más amplia unificación de los obreros»[195]. Las luchas locales se ponen en relación, se concentran en una única lucha de clases contra toda la burguesía de una nación. «Sin embargo, toda lucha de clases es una lucha política.»[196] Y es entonces cuando surge el problema de una «organización de los obreros en una clase y, con ello en un partido político...»[197]. Sólo en este momento el programa teórico de la revolución se convierte en algo prácticamente realizable. La condición más importante para la existencia y el dominio de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de sujetos privados, la formación y la multiplicación del capital. Y «condición del capital es el trabajo asalariado»[198]. El progreso de la industria, cuyo vehículo involuntario y pasivo es la burguesía, lleva necesariamente a la asociación de los obreros entre sí, a su «asociación revolucionaria». Con el desarrollo de la gran industria, desaparece bajo los pies de la burguesía el fundamento mismo sobre el cual produce y se apropia de los productos. «[Ésta] produce, ante todo, sus propios sepultureros (*Sie produziert vor allem ihre eigenen Totengräber*).»[199]

---

[194] *Ibid.*
[195] *Ibid.*, p. 145.
[196] *Ibid.*
[197] *Ibid.*
[198] *Ibid.*, p. 148.
[199] *Ibid.*

Muchas veces, tanto Marx como Engels, aluden al «acontecimiento decisivo» que tiene lugar en París el 13 de junio de 1849. Un mes antes ha concluido, para ambos, con una «gloriosa derrota», la experiencia de la *Neue Rheinische Zeitung*. La historia del periódico político ha terminado. Marx se encuentra en París. Desde allí, el 7 de junio, escribe a Engels, que se halla voluntario en Kaiserslaurtern, con las tropas de Willich: «[...] nunca antes como en estos momentos ha estado tan cerca en París una colosal erupción del cráter revolucionario». El 11 de junio, Ledru–Rollin, jefe del partido de la Montaña, solicita a la Cámara poner bajo acusación a Bonaparte y su gobierno por violación de la Constitución. Se trata de una tentativa tradicional desde los tiempos de la Convención en adelante, de una *insurrección parlamentaria*, «una insurrección dentro de los límites de la razón pura»[200]. El objetivo es el que siempre persigue la pequeña burguesía democrática: «romper el poder de la burguesía sin desatar la acción del proletariado o sin dejarle aparecer más que en perspectiva»[201]: el proletariado debía ser utilizado «sin que llegase a ser peligroso». En estas condiciones es natural que la consigna *viva la Constitución* no tuviese otro significado que el de *abajo la revolución*. Los delegados de las asociaciones secretas obreras, tras consultar entre ellos, hacen la única cosa razonable en aquel momento: obligan al partido de la Montaña a comprometerse, le provocan para que franquee los límites de la lucha parlamentaria en el caso de que la solicitud de acusación sea rechazada. La solicitud de acusación es rechazada. Pero cuando en la mañana del 13 de junio, en los periódicos socialistas *La démocratie pacifique* y *La réforme*, leen la «proclama al pueblo», una apelación de los pequeñoburgueses al levantamiento de los proletarios, éstos *rechazan* adherirse y asisten *pasivamente* a la ridícula derrota de los demócratas.

> Durante todo el 13 de junio, el proletariado mantuvo la misma actitud escéptica, aguardando a que se produjera un cuerpo a cuerpo serio e irrevocable entre el ejército y la Guardia nacional democrática, para lanzarse entonces a la lucha y llevar a la revolución más allá de la meta pequeñoburguesa que le había sido asignada... Los obreros parisinos habían aprendido en la escuela sangrienta de junio de 1848[202].

La batalla no se produjo. Las tropas regulares avanzaron con bayoneta calada contra la procesión pacífica de los guardias nacionales desarmadas. Solo de Lyón partió la señal, no recogida, de una sangrienta insurrección obrera: pero en este lugar «la burguesía industrial y el proletariado industrial se encuentran fren-

---

[200] Karl MARX, «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, cit., vol. 1, p. 197.
[201] *Ibid.*, p. 198.
[202] *Ibid.*

te a frente», allí «el movimiento obrero no está encuadrado y determinado, como en París, por el movimiento general»[203]. En todas las demás provincias donde sonó el estallido, éste no prendió fuego, «fue un *trueno sin rayo*». El mismo 29 de junio siguiente escribía Marx en el *Volksfreund*: «En resumen, el 13 de junio es sólo la revancha de junio de 1848. Entonces el proletariado fue abandonado por el partido de la Montaña, esta vez el partido de la Montaña ha sido abandonada por el proletariado»[204].

«Si el 23 de junio de 1848 había sido la insurrección del proletariado revolucionario, el 13 de junio de 1849 fue la insurrección de los pequeñoburgueses demócratas, y cada una de estas dos insurrecciones fue la expresión *clásicamente pura* de la clase que la había protagonizado.»[205] El punto de partida se halla aún en junio de 1848: «el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas»[206]. Por un lado, «la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeñoburgueses, el ejército, el lumpenproletariado organizado como guardia móvil, los intelectuales (*die geistigen Kapazitäten*), los curas, la población rural»[207]. Por otro, en el frente opuesto, el proletariado, «que no tenía a su lado a nadie más que a sí mismo». La república burguesa triunfó. «Con esta derrota el proletariado pasa al *fondo* (*in der Hintergrund*) de la escena revolucionaria»[208]. Tratará de avanzar nuevamente cada vez que parece que el movimiento toma un nuevo impulso, aunque lo hace con una energía cada vez más reducida y obteniendo resultados cada vez más insignificantes. Apenas uno de los estratos sociales superiores se convierte en fermento revolucionario, el proletariado establece con él una unión, y de esta manera comparte todas las derrotas que los diferentes partidos sufren uno tras otro. Los representantes más conspicuos del proletariado son poco a poco víctimas de los tribunales; figuras cada vez más equívocas les sustituyen. El movimiento obrero oficial se abandona a experimentos doctrinarios, bancos de cambio públicos, asociaciones obreras secretas; al tomar este camino, *«renuncia a transformar el viejo mundo con los grandes medios colectivos (Gesamtmitteln) propios de este mundo»*; intenta conseguir la emancipación de los obreros «a espaldas de la sociedad, por la vía privada... y, por lo tanto, forzosamente, fracasa»[209]. Frente a

[203] *Ibid.*, p. 201.
[204] Karl MARX, «Der 13. Juni», en *Marx-Engels Werke*, 6, pp. 527-28.
[205] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850», en *Obras escogidas*, cit., vol. 1, p. 201.
[206] *Ibid.*, K. MARX, «El dieciocho brumario de Luis Bonaparte», vol. 1, p. 257.
[207] *Ibid.*
[208] *Ibid.*
[209] *Ibid.*, p. 258.

la república burguesa, al descubrirse por fin que no existe otra cosa que el «despotismo absoluto de una clase sobre las otras clases»[210], surge la necesidad y la urgencia de una coalición entre pequeños burgueses y obreros. «A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se les despojó de la forma meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació la *socialdemocracia* (*Sozial–Demokratie*)»[211]. A partir de este momento, el objetivo revolucionario pasa a ser «la transformación de la sociedad por la vía democrática»[212]. Y esto sirve de preludio a los acontecimientos de junio de 1849: y los explica totalmente. «Tan pronto como hay que romper el fuego, la estrepitosa obertura que anunció la lucha se pierde en un pusilánime refunfuñar, los actores dejan de tomar en serio su papel y la acción se derrumba lamentablemente»[213]. La verdadera y profunda aversión que el proletariado de junio del 1848 desarrolla contra la pequeña burguesía democrática será más fuerte que los aclamados «grandes intereses comunes». Y por primera vez un movimiento autónomo, de clase, de los proletarios, de los obreros, escapa del control y la previsión de la lógica formal democrática.

> Los demócratas reconocen que tienen enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman *el pueblo*. Lo que ellos representan es *el derecho del pueblo*; lo que les interesa es *el interés del pueblo*. Por eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal para que el *pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre los *opresores*[214].

Pero sucederá que, en la práctica, «sus intereses resultan no interesar y su poder ser impotencia»; *el pueblo indivisible* aparece escindido en campos enemigos. «*Das* unteilbare Volk *in verschiedene feindliche Lager spalten*»[215]. A partir de este momento, cada agitación del pueblo estará condicionada por los movimientos de la clase obrera. Las masas populares ya no tienen independencia frente a los obreros. Las luchas del pueblo ni siquiera existen sin lucha obrera. Los jefes del pueblo se muestran impotentes sin la fuerza de los obreros. La socialdemocracia perdió para siempre su autonomía política: a partir de ahora, o aparecerá como función del capital, o como primario y consciente instrumen-

[210] *Ibid.*
[211] *Ibid.*, p. 278.
[212] *Ibid.*, p. 279.
[213] *Ibid.*, p. 281.
[214] *Ibid.*, p. 282.
[215] *Ibid.*

to del poder obrero. Lo que Marx llama «caída de las ilusiones democráticas» no es un hecho objetivo consecuencia de la derrota de 1848, sino una iniciativa que subjetivamente los mismos obreros que habían sido derrotados toman frente a sus viejos, falsos aliados. Esto significa el 13 de junio de 1849; el momento en el que por primera vez aparece *como forma específica de lucha obrera el rechazo de la lucha democrática*, la respuesta *pasiva* de los obreros ante la propuesta pequeñoburguesa de limitar sus demandas dentro de los márgenes de la democracia. No será, por lo tanto, un error –como afirmaron Maenchen-Helfen y Nicolajesvki–, sino otro fruto lúcido propio de la «inteligencia analítica» de Marx, este juicio realizado el día después del acontecimiento decisivo de 1849 en París: «Por mala que sea en estos momentos la situación, me sitúo aún entre las personas satisfechas. Las cosas van muy bien, y la Waterloo sufrida por la democracia oficial puede ser considerada una victoria» (carta de Marx a Weydemeyer, de 1 de agosto de 1849).

Lenin, dadas las necesidades de su lucha, a su manera, debía de haber considerado este pasaje. En el prefacio de la edición rusa de las cartas de Marx a Kugelmann pone de relieve, no sólo la defensa entusiasta de Marx de la nueva insurrección de los obreros parisinos, contenida en la carta del 12 de abril de 1871, que, según él, debería estar colgada en la habitación de cada revolucionario, «de cada obrero ruso que sepa leer»[216]. Pone de relieve otro elemento, además de éste.

> Por lo visto, Kugelmann expresó en su respuesta a Marx algunas dudas, alegando lo desesperado de la empresa, el realismo en oposición al romanticismo; al menos, comparó la Comuna, o sea, la insurrección, con la manifestación pacífica del 13 de junio de 1849 en París. Marx dio a vuelta de correo (el 17 de abril de 1871) una severa respuesta a Kugelmann[217].

Así lo describe Lenin, y continúa de la siguiente manera:

> En septiembre de 1870, Marx calificaba la insurrección de locura. Pero cuando las *masas* se sublevan, Marx quiere marchar con ellas, aprender al lado de ellas en el curso de la lucha, y no darles instrucciones burocráticas. Comprende que las tentativas de tener en cuenta las probabilidades por adelantado y *con toda precisión* no serían más que charlatanería o vacua pedantería. Coloca por *encima de todo* el que la clase obrera hace la historia universal con heroísmo, abnegación e iniciativa. Marx enfocaba esta historia desde el punto de vista de quienes la protagonizan... Marx sabía apreciar también que en la historia hay momentos en que la lucha desesperada de las masas, incluso en defensa de una causa condenada al fracaso, es *indispensable* para que estas masas sigan educándose y preparándose para la *próxima* lucha[218].

[216] V. I. LENIN, «Prefacio a la traducción al ruso de las cartas de K. Marx a L. Kugelmann» (1907), en *Obras completas* (55 vols.), Moscú, Progreso, 1983, vol. 14, p. 403.
[217] *Ibid.*, p. 406.
[218] *Ibid.*

Entonces Marx reprendió severamente a Kugelmann: «No llego a comprender cómo puedes comparar las manifestaciones pequeñoburguesas del 13 de junio de 1849 con la actual lucha en París. Desde luego, sería sumamente cómodo hacer la historia universal si sólo se emprendiera la lucha cuando todas las probabilidades fueran infaliblemente favorables»[219]. Las condiciones de la lucha, debido a la presencia de los prusianos en Francia, eran ciertamente desfavorables para los obreros. Los «canallas burgueses de Versalles» lo sabían.

> Por eso pusieron a los parisinos ante la siguiente alternativa de aceptar el reto a la lucha o entregarse sin luchar. En este último caso, la desmoralización de la clase obrera hubiera sido una desgracia mucho mayor que la pérdida de un número cualquiera de «jefes». La lucha de París ha llevado a una nueva fase la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado. Cualquiera que sea el resultado inmediato, ha permitido conquistar un nuevo punto de partida, de una importancia histórica universal[220].

Todos los consejos políticos de Marx a los *communards* se dirigen hacia una resolución más decisiva, más violenta, más improvisada de la lucha abierta. «No se quería *desencadenar la "guerra civil"*» y «si sucumben, será únicamente por haber sido demasiado "generosos"», hasta el clásico «debieron haber emprendido inmediatamente la ofensiva contra Versalles»[221], que reaparecerá a partir de ese momento en cada lucha decisiva, en cada enfrentamiento directo, como consigna del punto de vista revolucionario de los obreros, frente a la llamada oportunista de los jefes obreros de siempre que piden moderación. No podemos pensar que el *rechazo pasivo* a luchar por las reivindicaciones democráticas sea la *única* forma específica de lucha obrera. Sólo es *una* de las formas. La forma que siempre automáticamente la acompaña es el *rechazo activo* a dejarse ganar sin involucrarse la batalla. Y esto lleva siempre consigo, cueste lo que cueste, la búsqueda del enfrentamiento abierto, en el terreno de la lucha de masas. En el primer caso se deja que diversas facciones de la clase de los capitalistas liquiden sus cuentas pendientes entre ellas; se ahorra, se conserva intacta la fuerza obrera, con el fin de usarla en un nuevo nivel, más elevado, de la lucha. No existen en este momento reivindicaciones de la clase obrera. En el segundo caso, el ajuste de las cuentas pendientes se produce directamente entre los obreros y el gran capital: en esta ocasión entra en juego todo el potencial de lucha acumulado hasta el momento, y únicamente de la cantidad de este potencial y de su organización dependerá el *grado* de la violencia. Sólo una reivindicación se lleva adelante, una reivindica-

[219] Karl MARX,«Carta de 17 de abril de 1871», en *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 209.
[220] *Ibid.*, p. 210.
[221] *Ibid.*, «Carta de 12 de abril de 1871», p. 208.

ción que niega todas las demás, y que se niega, por lo tanto, a sí misma con éstas: no es, de hecho, una reclamación subjetiva de los obreros, sino una consecuencia histórica, simple y necesaria de su propia existencia, de su presencia *como clase*. En el Discurso inaugural de la Primera Internacional (1864), Marx establece lo siguiente: «La conquista del poder político se ha convertido en el gran deber de la clase obrera»[222]. La experiencia de la Comuna adquiere más importancia como ensayo general de este deber que como modo particular de la organización del poder: la Comuna es «la hazaña más gloriosa de nuestro partido después de la insurrección de junio»[223] y «la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social»[224]. Los textos de Marx sobre la Comuna son a menudo considerados como parte de sus obras «históricas». Se olvida que son Discursos del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia. La definición de la Comuna como «*gobierno de la clase obrera*» no es una revelación empírica y mucho menos un juicio histórico, es una simple consigna política, es «la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo»[225]. El *proletariado* de las primeras obras de Marx, fuerza destructora del viejo mundo, se ha convertido en *clase obrera*, potencia social que arrebata fríamente de las manos de los capitalistas el arma ofensiva del poder. Ha cambiado la forma política, se ha transformado la composición social, se ha desplazado y ha crecido el peso económico en las estructuras, el nivel de las luchas ha dado pasos hacia delante: todo esto se ha producido en el interior de ese cráter revolucionario en erupción permanente que es la clase de los obreros. Pero el objetivo, la meta, el programa con el que afrontar y derrotar la podredumbre del viejo mundo, que por otro lado no es diferente, sino idéntico a las formas sociales más modernas y al más moderno aparato de poder del capital –todo esto permanece idéntico una vez que los proletarios se han convertido en obreros y demuestra otra cosa: que sobre el terreno político existe y debe efectuarse continuamente el camino inverso, *de las modernas formas obreras a las primarias formas proletarias de la lucha de clases*, si no se quiere continuar dentro del juego verdaderamente aparente de una concertada evolución «conflictiva» de las relaciones entre las dos clases enemigas. El elemento que unifica las formas de lucha se halla siempre en el objetivo, en

[222] Karl MARX, «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* cit., vol. 1, p. 396.

[223] Karl MARX *Cartas a KUGELMANN*, cit., p. 208.

[224] Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas* (2 vols.) *op*. cit., vol. 1, Karl MARX, «La guerra civil en Francia», en p. 548.

[225] *Ibid*., p. 546.

la meta, en el programa. Esto es lo que no cambia y no puede cambiar. A este respecto, Marx repetía en 1871 casi palabra a palabra lo que había afirmado en 1843.

> La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla *par décret du peuple*. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ideal alguno, sino simplemente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno[226].

Así, la tarde del 13 de junio de 1849, cuando los miembros más activos del proletariado asisten desde las aceras a la manifestación de los demócratas, y la mañana del 19 de marzo de 1871, «cuando los hombres oscuros del comité central se encuentran solos para gobernar París», aportan dos formas opuestas y específicas de lucha de la clase obrera, dos modelos-límite dentro de los cuales se sitúa una serie infinita, extraordinariamente variada y llena de nuevas invenciones «técnicas» relativas a los modelos prácticos de aplicación de esas formas elementales, que, como tales, permanecen como expresión acabada, en el ámbito político, del antagonismo obrero. Para la reconstrucción que estamos buscando del punto de vista obrero, el análisis de las formas de lucha es un paso importante sobre el que será necesario insistir a menudo en el futuro con investigaciones particulares. Una vez eliminado el problema del objetivo que se proponen los obreros, no podemos comprender qué *es* la clase obrera si no vemos *cómo lucha ésta*.

8. LAS FORMAS DE LUCHA

La lucha por la jornada laboral normal nos sitúa, por ejemplo, a la clase obrera como articulación positiva del desarrollo capitalista, como resorte propulsor de éste, como su fundamento dinámico: *la clase obrera como motor móvil del capital*.

> Pero *el valor de la fuerza de trabajo* –afirma Marx– incluye el valor de las mercancías requeridas para la reproducción del obrero, para la reproducción de la clase obrera. Por lo tanto, si la prolongación contra naturaleza de la jornada de trabajo, a la que necesariamente aspira el capital en su desmedido impulso de autovalorización, acorta el período de vida del *obrero* individual y, con ello, la duración de su fuerza de trabajo, se hace necesaria una sustitución más rápida de lo desgastado, o sea, la entrada de costes por desgaste mayores en la reproducción de la fuerza de trabajo... Por eso el capital parece remitido por su propio interés a una *jornada de trabajo normal*[227].

[226] *Ibid*., p. 547.

Y, sin embargo, todo el mundo sabe que este interés ha sido impuesto al capital por el desarrollo de durísimas luchas obreras. El capitalista en un principio no se preocupa de la duración que puede tener la vida de las fuerzas de trabajo individuales. Le interesa única y exclusivamente la mayor cantidad de fuerza de trabajo que puede, en general, obtenerse en una jornada laboral. «*Après moi le déluge!* es la exclamación favorita de todo capitalista y de toda nación de capitalistas. Por eso el capital no tiene en cuenta la salud y la duración de la vida del obrero si la sociedad no le obliga a tenerla en cuenta.»[228] Cuando, en sus inicios, operaba a su libre arbitrio, el capital prolongaba la jornada laboral hasta sus límites máximos normales y después, más allá de éstos, hasta los límites de la jornada natural, descontando las pocas horas de descanso, sin las cuales la fuerza de trabajo rechaza totalmente renovar sus servicios. Obtenía más plusvalor absoluto, pero al mismo tiempo encarecía los costes de reproducción de la fuerza de trabajo, abreviando la duración de la vida de ésta. Esto atentaba con violencia contra las propias condiciones de vida de los obreros, y serán éstos de hecho los primeros en reaccionar. «En cuanto que la clase obrera, confundida por el ruido de la producción, volvió un poco en sí empezó su resistencia, primero en la tierra natal de la industria, Inglaterra.»[229] Primer resultado: la *Act* sobre las fábricas de 1833, donde se reconoce por vez primera en la industria moderna la existencia de una jornada laboral normal, ordinaria, prescrita por ley. Comienza entonces una serie de sucesivas leyes coercitivas sobre la limitación del tiempo de trabajo. Con el intento de la clase obrera de acortar el tiempo de trabajo y la resistencia capitalista a conceder este acortamiento, aumenta el nivel de la lucha de clases de los obreros. Y es dentro de las necesidades de esta lucha donde deberá considerarse la propia historia interna del movimiento cartista. «De esta manera, ya en aquella época los movimientos contra la nueva ley de pobres y en favor del *bill* [proyecto de ley] de las diez horas se hallaban estrechísimamente vinculados con el cartismo»[230], afirma Engels en 1845 en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Cuando entran en juego las poblaciones obreras de los distritos industriales del noroeste, cuando toma la calle el proletariado de Lancashire y de Yorkshire, el «cartismo de la fuerza moral» se hunde y en su lugar aparece el llamamiento violento a la fuerza física. Es el momento en el que Feargus O'Connor opone a los

[227] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., pp. 287-288.
[228] *Ibid.*, p. 292.
[229] *Ibid.*, p. 300.
[230] Karl MARX y Friedrich ENGELS, «La situación de la clase obrera en Inglaterra», en *La sagrada familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra*, OME-6, cit., p. 480.

artesanos cualificados de la *London Working Men's Association* contra los obreros «[...] de las caras sin afeitar, de las manos callosas y de las chaquetas de fustán». Engels, tras los movimientos de Manchester de 1842, podía decir:

> Pero en general todos los obreros de la industria han sido ganados para una u otra forma de insurrección contra el capital y la burguesía y todos están de acuerdo (*sind alle einig*) en que, en cuanto *working men* –un título del cual están orgullosos, y con el cual los oradores se dirigen habitualmente a ellos en las asambleas cartistas–, constituyen una clase propia (*eine eigene Klasse*) con intereses y principios propios, con un enfoque propio (*Anschauungsweise* = punto de vista) frente a todos los poseedores[231].

Resultado: la ley sobre las diez horas, que consigue entrar en vigor el primero de mayo de 1848. Pero la derrota de junio en París contribuye a invertir de nuevo la relación de fuerzas. Todas las facciones de las clases dominantes, incluso en Inglaterra, se encuentran de nuevo unidas. Los señores de las fábricas ya no necesitan tener cuidado. Estalla una *rebelión abierta* de los capitalistas contra la ley y contra toda la legislación que desde 1833 había tratado de frenar el «libre» desangramiento de la fuerza de trabajo: «[...] fue una *proslavery rebellion* en miniatura, llevada a cabo durante más de dos años con cínica desconsideración y energía terrorista, muy baratas las dos porque el capitalista rebelde (*der rebellische Kapitalist*) no arriesgaba más que la piel de sus obreros»[232]. Durante dos años estos obreros oponen una «resistencia pasiva, aunque indoblegable y renovada cada día»[233]. Después comienzan a protestar en voz alta «en *meetings* sonoramente amenazadores», de nuevo en Lancashire y en Yorkshire. Una vez más los fabricantes se dividen. Entre los años 1850 y 1853 el principio «legal» se aplica en todas las grandes ramas de la industria. Y entre 1853 y 1860 un maravilloso desarrollo industrial viene acompañado del «renacimiento físico y moral de los obreros fabriles». Entonces, «[...] los mismos fabricantes a los que se arrancara paso a paso la limitación y la regulación legales de la jornada de trabajo a través de una guerra civil de medio siglo remitían vanidosamente al contraste entre sus industrias y los ámbitos de explotación todavía "libres"»[234]. Resulta fácil, por otra parte, entender cómo «[...] una vez que los magnates de las fábricas se hubieron sometido a lo inevitable y reconciliado con ello, la capacidad de resistencia (*Widerstandskraft*) del capital se debilitó gradualmente, mientras al mismo tiempo aumentaba la capacidad de ataque (*Angriffskraft*) de la clase obrera...»[235].

[231] *Ibid.*, p. 489.
[232] Karl MARX, *El Capital*, libro I, vol. 1, OME-40, cit., p. 308.
[233] *Ibid.*, p. 315.
[234] *Ibid.*, p. 319.
[235] *Ibid.*

Dos son, por lo tanto, las enseñanza del análisis de las luchas obreras por la jornada laboral normal. En primer lugar, el desbarajuste en el modo material de producción y en sus correspondientes relaciones sociales entre productores, «[...] crean primero el abuso desmedido y suscitan luego, al contrario, el control social que limita, regula y homogeneiza legalmente la jornada de trabajo con sus pausas»[236]. En segundo lugar, la propia historia de la regulación de la jornada laboral demuestra de un modo tangible:

> «[...] que, en determinados estadios de madurez de la producción capitalista, el obrero aislado, el obrero en cuanto vendedor «libre» de su fuerza de trabajo, sucumbe sin resistencia (*widerstandslos*). Por eso, la creación de una jornada de trabajo normal es producto de una larga guerra civil (*Bürgerkrieg*), más o menos disimulada, entre la clase de los capitalistas y la clase de los obreros. Como la lucha se inaugura en el ámbito de la industria moderna, se desarrolla primero también en la tierra natal de ésta, Inglaterra. Los obreros fabriles ingleses fueron los primeros campeones, no sólo de la clase obrera inglesa, sino de toda la clase obrera moderna[237].

Ellos poseen el mérito, desde un punto de vista histórico, de haber sido los primeros en demostrar, con los hechos, *con la lucha*, que «[...] el obrero sale del proceso producción distinto de como entró en él»[238]. Esta diferencia supone un auténtico y verdadero *salto político.* Se trata del salto que el paso por la producción provoca en la llamada *composición de la clase obrera, es decir, la composición de la clase de los obreros*. Pero esta producción es producción de capital. Y la producción de capital presupone una relación capitalista. Y ésta a su vez, como hemos visto, presupone una *relación de clase.* Relación de clase es lucha entre clases antagonistas. Y precisamente por esto el proceso productivo –productivo de capital– no se puede separar de los momentos de la lucha de clases, y por lo tanto no es independiente de los movimientos de la lucha obrera. Se genera, se compone, se organiza gracias a la serie sucesiva de todos estos momentos. El desarrollo del proceso de producción capitalista va totalmente unido a la historia de los movimientos de clase de los obreros. Para el obrero, pasar a través del proceso productivo significa pasar a través del terreno específico de la lucha de clases contra el capitalista. De este *terreno de lucha* el obrero sale «[...] distinto de como entró en él». Decimos esto con el fin de dejar el campo libre de cualquier ilusión tecnológica en sentido inverso, de cualquier intento de reducir el proceso productivo a proceso de trabajo, es decir, a relación entre el trabajador y el instrumento de su trabajo, como si se tratase de la

[236] *Ibid.*, p. 322.
[237] *Ibid.*, pp. 322-323.
[238] *Ibid.*, p. 325.

eterna relación entre el hombre y un don maligno de la naturaleza. Todo esto para no caer en la trampa de los procesos de reificación, antes de los cuales se produce siempre el lamento ideológico por la vida viva de la maquinaria frente a la reducción a cosa muerta del obrero, y después de los cuales tiene lugar siempre la cura mística del obrero, gracias a la conciencia de clase, como si se tratase de la búsqueda del alma perdida del hombre moderno. Como ocurre a menudo, es necesario dar la vuelta a toda la perspectiva. Es el punto de vista del capitalista individual el que ve la lucha obrera como *un* momento, inevitable, del proceso productivo. Desde el punto de vista obrero, que en la producción no puede ser ya el punto de vista del obrero individual, sucede una vez más lo contrario: el proceso productivo aparece como *un* momento, también inevitable, de la lucha obrera. Se muestra en definitiva como el terreno táctico más favorable al desarrollo de la lucha obrera.

Existe lucha de clases también antes de que el acto de producción comience: existe en el mercado del trabajo, donde vendedor y comprador de fuerza de trabajo se contraponen con intereses opuestos y realizan un contrato y en el contrato cada uno muestra las armas que podrá usar en el futuro. Pero aquí el terreno es más favorable al patrón: tiene de su parte el dinero, los medios de trabajo, las condiciones de la producción, todo el capital en sí, y en la parte opuesta sólo existe la simple libertad coaccionada a la venta de una mercancía, la única cosa que puede garantizar la supervivencia del obrero. Ciertamente, esta mercancía que el obrero posee supone el fin del intercambio y, por lo tanto, el principio que lo mueve; es además condición de todas las demás condiciones de producción y como tal se halla, por consiguiente, también al comienzo de todo el proceso. Es cierto que la fuerza de trabajo es el fundamento prioritario de todo el mecanismo de la producción capitalista, pero es igualmente cierto que, en el acto de su compraventa, el obrero no tiene *fuerza* para imponer al capitalista esta prioridad, la relación de fuerzas es para él desfavorable, las armas con las que puede contar son de entrada más débiles. No falta la voluntad de lucha ni la conciencia de tener que dirigirla; faltan instrumentos materiales adecuados que la hagan triunfar. Por ello, no es casual que la historia heroica de las *revueltas proletarias* se identifique con la historia de sangrientas *derrotas obreras.* Pero ésta –o también aquélla– es la escuela de la lucha de clases, de la que también es conveniente aprender. El obrero concienciado de la colosal industria moderna debe elegir de entre las figuras de sus propios antepasados a aquellos que Marx llamaba «los padres de la actual clase obrera»: el *vogelfreie Proletarier*, el *labouring poor*, el proletario que trabaja, ya que es pobre y libre al mismo tiempo.

La lucha de clases también existe, sin embargo, una vez que el acto de producción ha finalizado: en la fase de distribución de la renta, cuando el fruto del trabajo obrero se reparte entre las clases reconocidas por la sociedad. Todo el

mundo sabe que las pomposas leyes de la distribución se crean en los oscuros laboratorios de la producción y que de las relaciones de fuerza que se dan en su interior entre las dos clases depende qué sujetos poseerán más y quiénes menos, de entre *todos* los ciudadanos del Estado. Todos saben de igual modo que *el reino de la distribución* fue el auténtico primer *país del socialismo*, y primero los soñadores con sus utopías, después los reformistas con su realismo, es decir, los «amados dirigentes» que por desgracia han tocado al movimiento obrero, han visto en ese momento la realización de las armonías sociales y el fin de la lucha entre las clases y la paz eterna entre los hombres, después de que haya sido asegurado un beneficio justo para los capitalistas, un salario justo para los obreros, un Estado justo para los ciudadanos y un sueldo justo para los funcionarios. También aquí la relación de fuerza es desfavorable a la clase obrera. Cuando se trata de distribuir lo que se ha producido, la potestad de la distribución se halla ya en las manos de quien ha ejercido el poder de mando sobre la producción. Y hemos visto que el poder de mando sobre la producción no existe fuera del capital. La propia dictadura general del capital, su poder político concentrado en la máquina del Estado no es otra cosa que *la extensión a la sociedad del poder de mando capitalista sobre la producción de capital.* Cuanto más se adueña la relación específica de la producción capitalista de la relación social general, más completo es el poder despótico del capital sobre la sociedad. Responder en el nivel de la distribución a este poder es el error ridículo típico de las *utopías reformistas*: éstas desean *el capital sin capitalismo.* La dura realidad es que, tras la producción, se acumula una cantidad enorme de poder de mando dictatorial entre las manos del patrón: no sólo el dinero, los medios de trabajo, las condiciones de la producción, sino la propia situación de todas las demás condiciones de producción, la mercancía fuerza de trabajo, que es autónoma por sí misma al inicio, ahora se ha convertido en parte interna, únicamente en momento variable del capital. Y no se trata de capital en sí, sino de capital desplegado en su totalidad, que desde el intercambio con la fuerza de trabajo, pasando por la producción del plusvalor, hasta la distribución de la renta y hasta llegar, si queréis, al consumo del producto, *domina* en el proceso a través de formas exclusivas, la totalidad de las cuales, a su vez, se resumen, no en los poderes mediadores de las formas específicas de gobierno público, sino en la continuidad única de esa máquina tan unilateralmente opresora que es el poder político estatal. Colocad frente a esta potencia victoriosa del capital toda la serie de derrotas de la clase obrera, abandonada regularmente por los partidos históricos que nacieron en su nombre, y tendréis la situación de hoy en día. Desde el punto de vista de estos partidos se llega a la conclusión de que ya no existe ni siquiera la clase obrera; desde el punto de vista de la clase obrera se llega a la conclusión de que ya no existen *sus* propios partidos. El partido considera fracasado el punto de vista obrero, los

obreros consideran fracasado el punto de vista del partido. Sin embargo, el proceso revolucionario no es posible sin la clase y el partido *juntos*. Este es hoy en día nuestro: *hic Rhodus, hic salta!*

Preguntémonos: ¿dónde, en qué punto, en qué momento, los obreros, por sí mismos, son más fuertes que el capitalista? ¿Podemos establecer, como ley general, un lugar y un momento en el que la clase obrera es más fuerte que el capital? Podemos hacerlo sólo si encontramos el lugar y el momento donde la relación de fuerza entre las dos clases esté a favor de los obreros. Pero, ¿esto puede existir realmente en una sociedad capitalista y bajo el poder de mando exclusivo del capital que subordina todo a sí mismo? Esto no sólo *puede*, sino que *debe* de hecho existir. La existencia del capital va unida a la existencia de este hecho. La producción de capital se inicia con la *clase obrera* en un lado y el *capitalista* en el lado opuesto. Si las fuerzas de trabajo individuales no se asocian en un primer momento por la fuerza bajo un poder único, no pueden hacer valer, a escala social, el carácter particular de la mercancía fuerza de trabajo en general; dispersas no pueden hacer concreto el trabajo abstracto, no pueden, por lo tanto, realizar el valor de uso de la fuerza de trabajo, en cuyo consumo efectivo se halla el secreto del proceso de valorización del valor, como proceso de producción del plusvalor y, por consiguiente, del capital. Los obreros son comprados en el mercado como fuerza de trabajo individual, pero deben funcionar en el proceso productivo como fuerza de trabajo social. Si bien es cierto que la relación de compraventa es una relación social, se trata de una relación social que se presenta en la figura de dos poseedores individuales de mercancía, que carecen de cualquier otra característica específica. No es esta relación social genérica la que caracteriza el acto de compraventa de la fuerza de trabajo, sino, por el contrario, el rasgo particularísimo de ser ya una relación de clase: una característica tan determinada que, *por primera vez*, tiene lugar dentro de una relación social. El paso a la producción, a la producción capitalista evidentemente, señala un forzado proceso de socialización de la relación de clase. Después de este cambio sólo habrá lugar para *una relación social de clase*, en cualquier momento del ciclo global de desarrollo del capital, desde la circulación inicial a la distribución final. Después de esta transformación, el mismo intercambio de compraventa de la fuerza de trabajo no tendrá como protagonistas a las figuras individuales de los dos poseedores de mercancía aislados en el mercado, sino a dos grandes agregados sociales, cada uno con su relativa organización institucionalizada para la contratación colectiva. Sobre esta base, el capital –como relación de producción y, por lo tanto, *relación de clase*– experimenta, en su espiral de desarrollo, un proceso indefinido de socialización. Cada vez que se pasa por un momento de agudo enfrentamiento entre las dos clases, cada vez que la relación de clase emerge como resorte impulsor de todo el proceso, se produce como consecuencia un

salto en la socialización. Y ésta reproduce a su vez, de forma enormemente ampliada, la misma relación de clase. La característica histórica que define a la mercancía fuerza de trabajo es una capacidad de valorización mayor que el valor que ella misma posee. Esto es al mismo tiempo su potencia y su desgracia: su potencia porque la valorización del valor está en manos de la fuerza de trabajo y lo está, por lo tanto, la producción de capital; su desgracia porque el valor de la fuerza de trabajo, y por lo tanto la propia vida del obrero, se halla en las manos del capital. De ahí la dolorosa contradicción: los obreros *como clase* se presentan como la mayor y más agresiva fuerza política que jamás se haya dado en la sociedad humana; *como individuos singulares* se identifican, sin embargo, con la figura extrema, primero, de la miseria, después, de la subordinación, y siempre, de la explotación. Precisamente por esta razón aquellos que consideran a la clase como una suma de individuos no han entendido nunca nada sobre la clase obrera. Pero ¿cuál es, en relación a todo esto, o en oposición a todo esto, la característica histórica propia del capital? Nosotros decimos precisamente: una capacidad de socialización mayor que la relación social que él mismo posee. Si ya el capital en sí, dividido por la fuerza de trabajo, es una relación social, dado que se halla situado *frente* a la fuerza de trabajo, entonces el acto que introduce a ésta en el proceso de producción y el proceso de producción que la incorpora en el capital ponen en manos del capital una fuerza dinámica de socialización, que va mucho más allá del nivel estático de la relación social general. A partir de este momento, el grado de socialización alcanzado por el proceso de la relación capitalista de producción será siempre mayor que el alcanzado en el interior de la relación social general. Y, aunque la tendencia sea que estas dos relaciones lleguen a coincidir, hay que pensar que esto no se producirá *jamás*. Siempre habrá un desajuste entre el capital como *relación de producción* y el capital como *sociedad capitalista*. La socialización de la producción irá siempre por delante de la organización de la sociedad. El margen histórico entre estos dos momentos es una formidable forma de dominio político que el capital ha experimentado perfectamente a su favor. Pero éste no es el elemento de la contradicción positiva; sí lo es aquel que considera la fuerza de trabajo social como mediación en la socialización del capital. El capital no sostiene por sí mismo, no sabe sostener directamente su capacidad de socialización, sino que la hace sostener, *debe* hacer que la sostenga, la fuerza de trabajo. Es cierto que ésta, por sí sola, no podría emprender esta labor, que únicamente la fuerza de trabajo, cuando es socializada por el capital, puede provocar todos los procesos de socialización capitalista, y, sin embargo, esto no es suficiente para subordinarla al proceso, aunque sí para situarla en el corazón del mismo, como motor pulsante vital, dentro del cual deben suceder todos y cada uno de los diversos tipos de acción social. Así, la que aparecía como eterna potencia del capital se presenta ahora limitada por la

necesidad cotidiana de esta transformación. Una vez más, lo que *se manifiesta* al punto de vista capitalista, *se presenta* de manera muy diferente desde el punto de vista obrero. Al igual que la fuerza de trabajo, sujeta a las leyes de movimiento de la sociedad capitalista, no puede dejar de producir más de lo que cuesta, así el capital, sujeto a las mismas leyes, no puede dejar de situarse continuamente más allá de los límites que la propia sociedad impone a sus procesos de socialización. Pero para sobrepasar estos límites, para romper las resistencias pasivas, es decir, para situarse realmente *más allá*, el capital ya no sólo necesita de esa mediación viva, de esa articulación dinámica, que sólo la fuerza de trabajo puede ofrecer y ejercitar en el proceso productivo; ahora necesita algo nuevo, diferente y más elevado, necesita que el arma ofensiva de la lucha obrera se dirija amenazadora contra él.

No sólo en *El Capital* de Marx, sino en la propia historia del desarrollo capitalista, la lucha por la jornada laboral normal precede, impone, *provoca* un cambio en la *forma* del plusvalor, «una revolución en el modo de producción». Establecida por ley una duración normal de la jornada laboral, la prolongación del plustrabajo debe derivar de la reducción del tiempo de trabajo necesario, o lo que es lo mismo, la reducción del tiempo de trabajo necesario no debe derivar de la prolongación del plustrabajo. No sólo debe de disminuir el valor de la fuerza de trabajo y aumentar la fuerza productiva del trabajo, sino que el valor de la fuerza de trabajo debe de disminuir *mediante* el aumento de la fuerza productiva del trabajo. Comienza en el proceso del trabajo una serie de cambios profundos y en cadena; se desarrolla, a través de éstos, la historia «específicamente capitalista» de la producción de plusvalor relativo. La lucha obrera ha impuesto al capital su propio interés, o dicho de otro modo, el capital, mediante la lucha obrera, se ha impuesto a sí mismo su propio interés. No es un hecho excepcional en la historia del desarrollo capitalista. En esta ocasión es un modelo no tanto de lucha como de *conclusión de la lucha,* que de diferentes maneras se repetirá en varias etapas del citado desarrollo. No debemos confundir las *formas* de lucha con el uso que hace una de las dos partes, la que en un momento determinado es más fuerte, de esa lucha. Los obreros, cuando luchan, lo hacen para derrotar al patrón, no para desarrollar al capital. Si después vencen, y la derrota presente del capitalista se convierte en victoria futura del capital, esto no dependerá, en el modelo que examinamos, ni de errores en los movimientos subjetivos de reivindicación de los obreros, ni de la naturaleza diabólica que parece asumir en este contexto la iniciativa de su enemigo. Se trata de un mecanismo totalmente objetivo, que introduce en la parte variable del capital, en el capital como trabajo vivo y en la fuerza de trabajo como capital, el *dato activo* de todo el proceso, que será posteriormente llamado el «lado negativo de la antítesis», una inquietud específica, que no en vano podemos ver, no ya expresándo-

se en el concepto de proletariado, sino coincidir, confundirse, identificarse con el acontecimiento, con el acto de la *lucha obrera.* En este sentido, podemos decir que en la lucha de clases moderna nunca se dan derrotas y victorias decisivas. Cuando los obreros vencen una batalla parcial, se dan cuenta, después, de haberlo hecho por cuenta del capital. Cuando los capitalistas llaman a la clase obrera al enfrentamiento abierto, para derribar sobre el terreno a su movimiento político, pagan después su éxito momentáneo con los largos períodos de pasividad que el trabajo vivo introduce como respuesta en el mecanismo económico. Las leyes de movimiento de la sociedad capitalista no permiten que una clase *elimine* a la otra. Mientras exista el capital, en su interior deberán existir ambas clases y *deberán* luchar entre sí. El punto de vista obrero parte del principio de que cuando la lucha ha tenido lugar nunca ha sido inútil. Una derrota terrible que haga replegarse al movimiento en un momento determinado, pero lo haga avanzar a continuación con más fuerza, vale más que todas las renuncias oportunistas que durante decenios han mantenido inalterada la relación de fuerzas, en el inmovilismo, en el reformismo. Y, sin embargo, no podemos olvidar que, para la clase obrera, *el rechazo de la lucha* es, puede ser, en casos determinados, una *forma de lucha.* Esto ocurre cuando la mediación obrera del interés capitalista resulta descubierta y es visible a ojos de todo el mundo, y al mismo tiempo se presenta totalmente urgente y necesario para las necesidades inmediatas del capital, y además no puede ser en ese momento gestionada por los obreros de forma directa, y debe ser dejada, a la fuerza, en las manos de sus falsos representantes. Es en este momento, frente a la demanda capitalista de una iniciativa obrera, cuando los obreros responden, espontáneamente, en masa, con *pasividad* respecto a la lucha, con el rechazo pasivo de la propia lucha obrera. Dentro de la forma particular de esta respuesta es posible medir la presencia de una contradicción de nuevo tipo, un nuevo modo de manifestarse de ese continuo proceso histórico de *separación* entre fuerza de trabajo y capital, que actualmente se presenta *mediado* por la separación entre los obreros y «sus» organizaciones, entre *clase obrera y movimiento obrero.* Realmente este discurso no es fácil de aceptar: un gran número de experiencias históricas lo demuestra, pero toda la tradición de pensamiento del marxismo vulgar, que es la única tradición de pensamiento que el punto de vista obrero tiene a sus espaldas, lo niega ferozmente. Por lo demás, no podemos partir de la refutación de los diferentes momentos, de los diversos jalones de esta tradición. No obtendríamos nada y las necesidades de la polémica aplastarían la fuerza de choque de las nuevas hipótesis. Y es sobre éstas donde conviene comenzar a trabajar, articulando en principio las premisas teóricas que las generan, y unificando al final las consecuencias prácticas derivadas de las mismas. Estas consecuencias son decisivas para la elección de aquellas premisas. Partiendo del mayor daño posible que pueda causarse al patrón en

un momento determinado, la clase obrera elige la forma de la lucha. A partir de las armas que la clase obrera puede reunir para combatir al capital, se escogerá, desde el punto de vista obrero, la *forma* de la ciencia. Ni las formas de la lucha ni las de la ciencia están dadas de una vez por todas. Es probable que el materialismo histórico, el intento de reconstruir toda la historia de las sociedades humanas a partir del principio de la lucha de clases, haya sido para Marx un modo de destruir prácticamente, en la ciencia, la tesis ideológica burguesa de una historia eterna del capital, y un modo alternativo de contraponer a ésta, en función de la lucha, una historia subalterna de las clases explotadas. La verdad es que considerar todavía el materialismo histórico como la forma moderna de la ciencia obrera significa ponerse a escribir esta ciencia del futuro con la pluma de oca del escribano medieval. Nosotros pensamos que con cada cambio profundo que marca un hito en la historia de las luchas obreras, en el punto de vista obrero surge el problema de cambiar la *forma* de su propia ciencia. El hecho de que este cambio no se haya producido después de la más grande transformación práctica que los obreros han provocado en el mundo contemporáneo, se sitúa en la raíz de todas las dificultades del marxismo de nuestros días. Sobre este asunto será necesario volver.

9. EL TRABAJO COMO NO-CAPITAL

Marx ha utilizado los términos de *Angriffskraft* (fuerza de ataque) de la clase obrera y de *Widerstandskraft* (fuerza de resistencia) del capital (cfr. *Werke*, 26, p. 313). Es necesario volver a poner en circulación estos términos en la lucha de hoy en día, ya que contienen ese *giro estratégico* que, después de Marx, se ha intentado poner en práctica solo una vez y que, después de Lenin, tanto en la teoría como en la práctica, ha sido archivado. Para llegar a demostrar cómo esto puede funcionar de nuevo en las formas de la lucha es necesario hacer avanzar el proceso de reconstrucción de los movimientos objetivos de las fuerzas que se hallan en lucha. Por lo pronto, hemos obtenido un elemento, que cualquiera estaría dispuesto a admitir como cuestión de principio, pero que nadie está dispuesto a considerar en sus consecuencias: primero, el trabajador libre y pobre y consecuentemente el proletariado como «partido de la destrucción», después la mercancía fuerza de trabajo y el obrero aislado como productor en potencia, finalmente la fuerza social del trabajo productivo en acto y, como consecuencia, la clase obrera en el proceso de producción, son, en cada caso, conceptual e históricamente (*begrifflich und geschichtlich*) el *verdadero y propio* elemento *dinámico* del capital, la causa primera del *desarrollo* capitalista. En este sentido, *Arbeitskraft* no es solamente un objeto-mercancía que pasa de las manos de los

obreros a las del capital; es una *fuerza activa* que cuanto más avanza el desarrollo, pasa de la clase obrera a la clase de los capitalistas. El elogio que hace Marx de la poderosa e incesante actividad de la burguesía debe desplazarse correctamente a la amenaza proletaria que la sigue; la carga del permanente dinamismo inquieto que parece impulsar al capital en todos los momentos de su historia, es en realidad el empuje agresivo de los movimientos de clase que presionan en su interior. La figura schumpeteriana del empresario, con su iniciativa innovadora, nos gusta verla radicalmente transformada en la permanente iniciativa de lucha de las grandes masas obreras. A través de este cambio, *Arbeitskraft* puede llegar a ser, *debe* llegar a ser, *Angriffskraft*. Es la transformación, esta vez *política*, de la fuerza de trabajo en clase obrera.

Marx muestra la máxima conciencia sobre este problema en los *Grundrisse*. Quizá por una simple razón formal: Marx no está obligado ni a una férrea disposición lógica de los argumentos, ni a un cuidado lingüístico particular en su exposición, ya que se halla en una fase de trabajo propiamente personal, en absoluto constreñida por las exigencias de su publicación inmediata, lo cual le permite avanzar de manera más rápida en sus descubrimientos fundamentales y descubrir cada vez más cosas nuevas, muchas más de las que aparecen en las obras ya acabadas, comenzando por la *Contibución a la crítica de la economía política* y por el libro I de *El Capital*. Por consiguiente, podemos decir que, políticamente, los *Grundrisse* –este monólogo interior que Marx realiza con su tiempo y consigo mismo– resulta un libro más avanzado que los otros dos, un texto que conduce de manera más directa, a través de inesperadas páginas prácticas, a conclusiones políticas de nuevo tipo. Observemos, por ejemplo, cómo antes de llegar al concepto de trabajo vivo y, por lo tanto, antes de acometer la relación originaria de intercambio entre capital y trabajo, Marx se sitúa frente al problema: *was ist unter«Gesellschaft» zu verstehen* [¿Qué debemos entender por «sociedad»?]. «No hay nada más falso que el modo en que tanto los economistas como los socialistas consideran la *sociedad* en relación a las condiciones económicas.» Así, Proudhon no ve diferencia entre capital y producto, para la sociedad. Sin embargo, la diferencia entre capital y producto, ¿no se halla en el hecho de que, como capital, el producto refleja una relación determinada, correspondiente a una forma histórica de sociedad?

> La llamada observación desde el punto de vista de la sociedad no quiere decir más que pasar por alto las diferencias, que expresan precisamente la relación social (relación de la sociedad burguesa). La sociedad no consiste en individuos, sino que expresa la suma de relaciones en las que estos individuos están el uno con respecto al otro[239].

[239] Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, cit., p. 205.

Esta definición de la sociedad es importante precisamente por la definición de la sustancia social, común a todas las mercancías que aparecen como si fueran individuos particulares. Sustancia común ya no puede seguir siendo su contenido material particular, su determinación física individual; debe ser su forma, precisamente social, el ser producto de una relación social. Pero de esta forma, en cuanto valor, en cuanto cantidad de trabajo determinada, «únicamente se puede hablar... cuando se busca algo contrapuesto al capital»[240]. La sustancia común de todas las mercancías está constituida por el hecho de que todas ellas son socialmente trabajo objetivado. Entonces

> [...] lo único diferente del *trabajo objetivado* es el trabajo *no objetivado*, pero que está en proceso de objetivación, *el trabajo* como subjetividad. O también el trabajo *objetivado*, es decir, el *trabajo espacialmente existente* puede ser en cuanto trabajo pasado (*vergangne*) contrapuesto al trabajo *temporalmente existente*. En la medida en que el trabajo debe estar presente como trabajo temporal, como trabajo vivo, sólo puede estar presente como *sujeto vivo* (*lebendiges Subjekt*), en el cual el trabajo existe como capacidad, como posibilidad: es decir, como *obrero* (*als Arbeiter*)[241].

Ya hemos visto cómo en el *Urtext* de la *Contribución a la crítica de la economía política*, del mismo período que los *Grundisse*, afirmará aún de forma más sintética: «La única antítesis que se opone al trabajo *objetivado* (*vergegenständlichte*) es el *no objetivado* (*ungegenständliche*); en antítesis con el trabajo *objetivado* (*objektivierten*), el trabajo *subjetivo* (*subjektive*)»[242].

Trabajo subjetivo contrapuesto a trabajo objetivado, trabajo vivo contrapuesto a trabajo muerto, estamos hablando del trabajo contrapuesto al capital: *el trabajo* como no-capital (*die Arbeit als das Nicht-Kapital*). Dos son sus características fundamentales y ambas caracterizan el trabajo como algo que no es una cosa, un *Nicht* colocado en el corazón de una red de relaciones sociales positivas, que posee al mismo tiempo tanto la posibilidad de su desarrollo como de su propia destrucción. *Grundisse*:

> El trabajo puesto como el *no-capital* en cuanto tal, es: 1) *trabajo no objetivado, concebido negativamente* (y sin embargo, objetivo; lo no-objetivo mismo en forma objetiva). En cuanto tal, el trabajo es no-materia prima, no-instrumento de trabajo, no-producto en bruto: es trabajo separado de todos los instrumentos de trabajo y objetos de trabajo, separado de su total objetividad. Es el trabajo vivo que existe como *abstracción* de estos momentos de su existencia real (e igualmente como no-valor); esta completa desnudez vacía de toda objetividad, pura existencia subjetiva del trabajo. El trabajo como la *pobreza absoluta*. La pobreza, no como privación, sino como exclusión total (*absolute Armut*)

[240] *Ibid*., p. 213, nota.

[241] *Ibid*., p. 213.

[242] Karl MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit., p. 274.

de la riqueza objetiva. O también, en cuanto que es el *no-valor* existente, y, por lo tanto, es un puro valor de uso objetivo, que existe sin mediación, esta objetividad sólo puede ser una objetividad no separada de la persona; sólo puede ser una objetividad que coincide con su inmediata corporeidad. En la medida en que la objetividad es puramente inmediata, ella es de forma igualmente inmediata no-objetividad. En otras palabras: no es una objetividad que cae fuera de la existencia inmediata del individuo. 2) *Trabajo no-objetivado, no-valor (Nitcht-Wert), concebido positivamente*, o negatividad que se refiera a sí misma; en tal sentido el trabajo es lo no-objetivado, y por lo tanto, lo no-objetivo, es decir, la existencia subjetiva del trabajo mismo. El trabajo no como objeto, sino como actividad; no como *valor* en sí mismo, sino como la *fuente viva* del valor. La riqueza general existe en el capital en forma objetiva, como realidad, y frente a él el trabajo se manifiesta como la riqueza en cuanto *posibilidad general (allgemeine Möglichkeit)*, que se acredita como tal en la acción[243].

No es en absoluto contradictorio, continúa Marx, que el trabajo sea «por una parte, la *pobreza absoluta en cuanto objeto*, y por otra, la *posibilidad general* de la riqueza en cuanto sujeto»[244]. O mejor dicho, es totalmente contradictorio, pero por el hecho de que el propio trabajo es una contradicción del capital. Y previamente incluso, una contradicción en sí misma. Trabajo abstracto que tiene un valor de uso. O mejor: trabajo puro y simple (*schlechthin*) que no es otra cosa que *el* valor de uso puro y simple que se contrapone al capital. Es decir, el *trabajo como obrero*: «[...] absolutamente indiferente a su determinación particular», sin embargo, «[...] capaz de cualquier determinación»[245]. El interés del obrero se centra siempre en el trabajo en general, jamás en su carácter determinado. Este carácter determinado es valor de uso sólo para el capital. Precisamente por esto, ya que el trabajo sólo es trabajo en oposición al capital, el obrero sólo es obrero en oposición al capitalista.

Esta relación económica –el carácter del que son soportes el capitalista y el obrero como los extremos de una relación de producción– se desarrolla de forma tanto más pura y adecuada cuanto más pierde el trabajo todo carácter artesanal (*Kunstcharakter*); su destreza particular se convierte cada vez más en algo abstracto, indiferente, y ella misma se convierte más y más en una *actividad puramente abstracta*, puramente mecánica, por lo tanto, indiferente a su forma particular; actividad puramente *formal (formelle)*, o, lo que es lo mismo, puramente *material (stoffliche)*, actividad en general indiferente a su forma[246].

Arbeitsprozess in das Kapital aufgenommen [El proceso de trabajo incluido en el capital]: «Mediante el cambio con el *obrero* el capital se ha apropiado del trabajo mismo; éste se ha convertido en uno de sus momentos, que ahora actúa como vitalidad fructificadora (*befruchtende Lebendigkeit*) de su objetividad meramente existente y, por lo tanto, muerta (*nur daseiende und daher tote*)»[247]. Llegado a este punto el capital no puede continuar identificándose de forma pasiva, como dinero, con el trabajo objetivado; debe instaurar una relación activa, como capital, con el trabajo vivo, con «el trabajo que existe como proceso y como acto». El trabajo vivo es, en realidad, esta diferencia cualitativa de la sustancia a partir de la forma en que consiste también como trabajo. Es el proceso de esta distinción (*Unterscheidung*) y de su superación (*Aufhebung*): la vía por la que «[...] el capital mismo deviene proceso».

El trabajo es el fermento que es arrojado al capital, que lo hace fermentar (*zur Gärung*). Por una parte, la objetividad en que consiste el capital tiene que ser elaborada, es decir, consumida por el trabajo, y por otra, la mera subjetividad del trabajo como pura forma tiene que ser negada (*aufgehoben*) y objetivada en la materia (*Material*) del capital. La relación del capital, según su contenido, con el trabajo, la relación del trabajo objetivado con el trabajo vivo –en esta relación, en la que el capital se presenta pasivamente frente al trabajo, es su existencia pasiva (*sein passives Dasein*), en cuanto existencia particular, la que entra en relación con el trabajo en cuanto actividad conformadora– sólo puede ser en general la relación del trabajo con su objetividad, con su materia (*Stoff*)..., y en relación con el trabajo como actividad, la materia, el trabajo objetivado, sólo tiene *dos* relaciones, la de materia prima, es decir, la de materia informe, la de simple material para la actividad conformadora del trabajo con una finalidad, y la de instrumento de trabajo, la de instrumento objetivado, mediante el cual la actividad subjetiva introduce entre ella y el objeto, otro objeto que hace de conductor (*Leiter*)»[248].

Produktionsprozess als Inhalt des Kapitals [El proceso de producción como contenido del capital]:

En el primer acto, en el cambio entre capital y trabajo, el trabajo en cuanto tal, como trabajo que existe *para sí*, se presenta necesariamente como *obrero*. Lo mismo ocurre en el segundo proceso: el capital en general es puesto como valor para sí mismo, como valor *egoísta (selbstischer)*, por así decirlo (mientras que en el dinero sólo era la tendencia a convertirse en un valor de esta clase). Pero este capital que existe para sí mismo es el *capitalista*. Los socialistas dicen que nosotros necesitamos capital, pero no capitalistas. Entonces el capital se presenta como una mera cosa, no como una relación de producción, que reflejada en sí misma es precisamente el capitalista. Yo puedo perfectamente separar el capital de este capitalista individual, y este capital puede pasar a las manos de otro. Pero en la medida en que el capitalista pierde el capital, pierde la cualidad de ser capitalista. El capital es, por lo tanto, separable del capitalista individual, pero no *del* capitalista, que en cuanto tal se enfrenta *al* obrero.

243 Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*, OME-21, cit., pp. 235-236.
244 *Ibid.*, p. 236.
245 *Ibid.*
246 *Ibid.*, p. 237.

247 *Ibid.*, p. 238.
248 *Ibid.*

También el trabajador puede dejar de ser el ser-para-sí *(das Fürsichsein)* del trabajo; el trabajador puede heredar dinero, puede robarlo, etc. Pero entonces deja de ser *obrero*. En cuanto trabajador él es el trabajo que existe para sí mismo[249].

Mediante la incorporación del trabajo al capital, el capital se convierte en proceso de producción; pero ante todo es un proceso de producción *material*; proceso de producción en general, de forma tal que el proceso de producción del capital no es diferente del proceso de producción material en general. Su determinación se extingue por completo. Por el hecho de que el capital ha cambiado una parte de su ser *(Sein)* objetivo por trabajo, su existencia *(Dasein)* objetiva misma se escinde *(dirimiert in sich)* internamente en objeto y en trabajo; la relación de ambos constituye el proceso de producción, o dicho con más precisión, el *proceso de trabajo*. Con esto *el proceso de trabajo colocado como punto de partida previo al valor* –y que por su abstracción, por su pura materialidad, es común a todas las formas de producción– se presenta de nuevo dentro del capital como un proceso, que tiene lugar dentro de su materia, que constituye su contenido[250].

Surplusarbeitszeit [Tiempo de trabajo excedente]:

Si un día de trabajo fuera necesario para conservar con vida al *obrero* durante un día de trabajo, no existiría el capital, ya que el día de trabajo se cambiaría por su propio producto, es decir, el capital como capital no podría valorizarse y, por lo tanto, no podría conservarse. La autoconservación del capital es su autovalorización. Si el capital tuviera que trabajar para vivir, entonces él se conservaría, no como capital, sino como trabajo[251].

[Pero] «si el *obrero* necesita sólo medio día de trabajo para vivir un día completo, entonces él necesita trabajar sólo medio día para prologar su existencia como *obrero*. La segunda mitad del día es trabajo coactivo *(Zwangsarbeit)*; es trabajo excedente. Lo que desde el punto de vista del capitalista se presenta *(erscheint)* como plusvalor, se presenta exactamente *(erscheint exackt)* desde el punto de vista del *obrero* como trabajo excedente por encima de su necesidad como *obrero*, es decir, por encima de su necesidad inmediata para la conservación de su organismo»[252]. En este sentido, una determinación histórica completa del capital presupone: 1) necesidades tan desarrolladas que el plustrabajo más allá del trabajo necesario se convierte en sí mismo en una necesidad general; 2) una laboriosidad general que, a través de la disciplina rigurosa del capital, se desarrolla como posesión general; 3) un desarrollo tan maduro de las fuerzas productivas del trabajo que la posesión y la conservación de la riqueza general:

[...] requieren por una parte un tiempo de trabajo menor para la sociedad, y por otra la sociedad trabajadora *(arbeitende Gesellschaft)* se enfrenta científicamente con el proceso de su reproducción progresiva, de su reproducción constantemente más rica, es decir, que deja de existir el trabajo, en el que el hombre hace lo que las cosas pueden hacer por él[253].

Pero en cuanto aspiración sin pausa *(rastlose Streben)* por la forma general de la riqueza, el capital constriñe al trabajo por encima de los límites de su necesidad natural, y de esta forma crea los elementos materiales para el desarrollo de una individualidad rica, que es igualmente universal *(allseitig)* tanto en sus aspiraciones de producción como de consumo, y cuyo trabajo no se presenta consiguientemente como trabajo, sino como desarrollo total de la actividad misma, en la cual la necesidad natural ha desaparecido en su forma inmediata, porque la necesidad natural ha sido sustituida por una necesidad producida históricamente *(geschichtlich erzeugtes)*. El *capital*, por lo tanto, es *productivo*; es decir, *es una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales*. Sólo deja de ser una tal relación esencial allí donde el desarrollo de estas mismas fuerzas productivas encuentran un obstáculo en el capital mismo[254].

Este es el nuevo camino que Marx propone en este momento. Punto de partida: el trabajo como no-capital, como sujeto vivo del obrero contra la objetividad muerta de todas las demás condiciones de producción; el trabajo como fermento vital del capital: otra determinación activa que se añade a la actividad del trabajo productivo. Punto de llegada: el capital se convierte en algo productivo, relación esencial para el desarrollo del trabajo como fuerza productiva social y, por lo tanto, relación esencial para el *desarrollo* de la clase obrera: una nueva función del capital que ahora lo obliga a servir al obrero. En medio de este camino, entre los dos puntos: el trabajo como no-valor y, precisamente por esto, fuente viva del valor; miseria absoluta y, por ello, posibilidad general de la riqueza; de nuevo plustrabajo y, precisamente por ello, plusvalor: la figura moderna del obrero colectivo que es capaz de producir capital en cuanto clase antagonista que lo combate.

Este es el aspecto decisivo que ahora es necesario abordar. El proceso productivo, el acto de la producción de capital es simultáneamente el momento de la lucha obrera *contra* el capital: momento específico al cual todos los demás

---

[249] *Ibid.*, pp. 243-244; Karl MARX, *Lineamenti fondamentali della critica dell'economia politica, 1857-1858*, (2 vols.), Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1968, 1970, pp. 210-212.

[250] *Ibid.*, p. 244.

[251] *Ibid.*, p. 264.

[252] *Ibid.*, p. 265.

[253] *Ibid.*, p. 266.

[254] *Ibid.*

niveles genéricos de la lucha están obligados a tomar como referencia, si quieren llegar a ser ellos mismos productivos. En el acto de la producción, la relación de fuerza entre las dos clases es favorable a la clase obrera. Preguntémonos por qué. Anteriormente hemos visto que es una necesidad del capital que la fuerza de trabajo *se introduzca* en la relación de producción capitalista, no ya sólo como fuerza productiva *social objetivada* en el capital, sino como sujeto vivo y activo del obrero, de esta forma asociado y objetivado. En el acto de la compraventa, en el mercado, la fuerza de trabajo se presenta con dos características fundamentales: como sustancia contrapuesta al capital y como algo formalmente autónomo de éste. Su autonomía, el documento de sus derechos donde está escrita en caracteres góticos la palabra libertad, reside en el hecho de estar aún fuera de la relación de producción capitalista. El momento del intercambio no es el reino de la libertad sólo porque comprador y vendedor negocian como individuos libres, sino porque capital y trabajo aparecen, al menos formalmente, el uno libre frente al otro. Esta es la libertad que deben perder si quieren vivir. A partir de esta premisa, Marx ve en el paso a la producción la disolución del capital como «relación formal». Lo que aquí desaparece, en realidad, es precisamente la forma de la autonomía recíproca entre los momentos de la relación y lo que permanece es la relación misma en su sustancia, en su realidad cruda e inmediata, sin la mediación de una expresión formal, o como nosotros decimos, *sin ideología*. Sin embargo, la sustancia de la relación se halla dada desde el principio por la contraposición antitética entre trabajo en potencia y capital en sí, las simples figuras del trabajo y del capital, del obrero y del capitalista. El contenido de la relación capitalista es en todo momento la relación de clase. Y la relación de clase considera la iniciativa de la lucha por parte de la clase obrera como el punto de partida del proceso, el motor permanente de éste, la negación absoluta del capital en cuanto tal y al mismo tiempo la articulación dinámica del interés capitalista. En el paso a la producción, este contenido de clase del capital como «relación sustancial» no sólo se conserva en sustancia, no sólo es liberado de la forma, sino que es, *debe ser*, de hecho, socializado y objetivado. Debe ser *socializado* en el sentido de que las fuerzas de trabajo individuales deben convertirse en fuerza productiva social, o fuerza social del trabajo productivo. Debe ser *objetivado* en el sentido de que esta fuerza social del trabajo productivo debe convertirse en fuerza productiva social del capital. Estos dos procesos –la socialización de la fuerza de trabajo y su objetivación en el capital– se hallan constreñidos por una única necesidad: despedazar la autonomía de la fuerza de trabajo sin destruir su carácter antagonista. La existencia del capital, su nacimiento, su desarrollo, están unidos todos ellos a la presencia de este antagonismo. El capital no sólo no puede existir sin fuerza de trabajo, sino que tampoco puede existir sin socialización de la fuerza de trabajo; no sólo no puede

hacer nada sin la clase obrera, sino que tampoco puede hacer nada sin introducir a la propia clase obrera dentro del capital, como su propia parte viva. El proceso de socialización capitalista puede avanzar mucho, tiene posibilidades de desarrollo que parecen ilimitadas, salta de la relación de producción hacia atrás, a la relación de intercambio, y hacia delante, a las relaciones de la distribución, sobresatura la relación social general y la eleva continuamente un grado, un nivel, un momento. Sin embargo, hay un límite que no puede superar: el proceso de socialización general no puede llegar a liquidar a los obreros como clase particular, no puede, no debe, diluir, disolver, desarticular a la clase obrera en la sociedad; puede y debe socializar cada vez más, tal y como sucede, la *relación de clase* y, por consiguiente, a los obreros como clase antagonista en su interior; desde la perspectiva capitalista, esta es la vía del control social de los movimientos de la clase obrera; desde el punto de vista obrero, es la perspectiva de un crecimiento político ilimitado frente al límite infranqueable que el capital se pone a sí mismo. Así, el proceso de objetivación de toda relación social dentro del capital lleva consigo una carga histórica que acumula, a medida que avanza, una fuerza irresistible: del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital, a través de toda una época de violencia positiva, la reducción a cosa muerta de todo aquello que es socialmente vivo parece prácticamente verificada. Sin embargo, también aquí una barrera insuperable impide el cumplimiento de la obra: el proceso de objetivación total no puede llegar a liquidar la vida individual del trabajo como sujeto activo, no puede y no debe reducir a pasiva objetividad muerta el mismo fermento vital que de forma productiva pone todo en actividad; cuanto más crece y avanza la objetivación en el capital de todo lo que es social, más debe avanzar y crecer dentro de éste la actividad, la iniciativa, el interés «empresarial» de la clase obrera; desde el punto de vista del capital ésta es la condición para un desarrollo económico racional del sistema, desde el punto de vista de la clase obrera es la ocasión para subordinar políticamente a sí misma los movimientos del capital. El contenido de clase inicial se halla cada vez más presente y es cada vez más determinante en la relación de producción capitalista, y se presenta como sustancia vivificante dada su inmanente contradicción, precisamente porque constituye un esfuerzo continuo de la clase obrera en el uso político subjetivo de un mecanismo económico objetivo. Los procesos de socialización y objetivación exasperan estas posibilidades de uso alternativo, que por lo demás se hallan implícitas en todo proceso de la producción capitalista. El punto de vista práctico del capital no tiene otra elección que *dirigir* estos procesos forzando a la clase obrera a *moverlos*. El punto de vista práctico obrero puede optar por moverlos *rechazando* la dirección del capital. Se halla, por lo tanto, en una posición de potencial ventaja. Basta con que esta elección obrera no se aban-

done a la espontaneidad, basta con que encuentre el camino para expresarse en una potente organización subjetiva, y la relación de fuerzas se invertirá, la fuerza de ataque de los obreros colocará en una situación de resistencia la defensa de los capitalistas. En la fábrica, en la producción, cuando los obreros funcionan para el capitalista como las máquinas para el capital, y cuentan además con la posible elección de *no querer* funcionar; cuando el trabajo está dentro del capital y contra éste al mismo tiempo, entonces el patrón colectivo es tremendamente débil, ya que ha dejado por un momento en las manos de sus enemigos las armas con las que combatía a las fuerzas productivas del trabajo, socializadas y objetivadas en la clase obrera. Si la actividad del trabajo cesa, cesa la vida del capital. Una fábrica parada es ya trabajo muerto, capital en reposo que no produce ni se reproduce. La huelga no es por casualidad una forma de lucha obrera permanente y de este modo su forma primitiva que se desarrolla, pero nunca se rechaza. Y esta constatación elemental sin duda tiene la fuerza propia de las cosas sencillas: la huelga como cese de la actividad por parte del trabajo vivo, su reducción a trabajo muerto, su rechazo a ser trabajo; la huelga, por lo tanto, como fin de la diferenciación, la separación, la contraposición entre trabajo y capital: la amenaza más terrible que puede ser introducida en la vida misma de la sociedad capitalista. El rechazo de la actividad por parte del trabajo se identifica con la recuperación de esa autonomía propia que el proceso de producción debe eliminar. Y esta es la otra cosa que el capital no puede soportar. Éste debe mantener el trabajo como algo distinto y contrapuesto a sí mismo como potencia económica, pero debe subordinarlo simultáneamente, bajo su poder de mando, como potencia política. El capital debe, por lo tanto, contraponerse a la fuerza de trabajo sin dejar que la clase obrera sea autónoma; debe concebir a la propia fuerza de trabajo como clase obrera, *dentro* de la relación de producción capitalista; debe, por lo tanto, conservar, reproducir, extender la relación de clase, únicamente *controlándola*. Es este el hilo conductor de la historia moderna del capital. Cortar en un punto el hilo de este control es la estrategia actual de la revolución proletaria. Una autonomía *política* separada de los movimientos de clase de las dos partes es todavía el punto de partida que hay que imponer a la lucha: a partir de aquí, una vez más, plantear todos los problemas de organización de la clase obrera. El esfuerzo del capital se centra en recluir dentro de la relación económica el momento del antagonismo, incorporando en la relación capitalista la relación de clase como su propio objeto social. El esfuerzo por parte de la clase obrera, por el contrario, debe tender continuamente a romper la forma económica del antagonismo; debe tener como objetivo cotidiano la restitución del contenido político a cada oportunidad elemental de enfrentamiento; debe, por lo tanto, *hacer que la relación capitalista funcione subjetivamente en la relación de clase*, concebir entonces el capital como relación de producción,

siempre y únicamente como un momento de la lucha de clases obrera. Siguiendo este camino, la propia actividad viva del trabajo, socializada por el capital y en él objetivada, puede servir de manera elemental a esa obra de destrucción positiva que el punto de vista obrero lleva materialmente consigo. Esta vitalidad fermentadora del trabajo obrero no es ni más ni menos que *antagonismo*. Y antagonismo no es otra cosa que su carácter antitético, su posición de negación permanente, este *no* continuamente repetido, este rechazo de todo, que, dejado a la espontaneidad, azota al capitalista y lo hace correr y lo obliga a repetirse a sí mismo –como ya afirmaba Marx– adelante, adelante; pero que una vez encauzado dentro de los diques de hierro de la organización para la revolución, primero levanta frente a sí, como si fuese una presa, la barrera económica del capital y después la ataca, la arrolla y la destruye políticamente.

Nosotros partimos de este presupuesto: el capital ha llegado a descubrir la ley natural del propio desarrollo social. En estas condiciones, desvelar la *ley económica de movimiento de la sociedad capitalista* ya no constituye el fin último del pensamiento obrero. Llegados a este punto, cada fase de desarrollo del capitalismo debe reducirse inmediatamente a medio práctico de su posible disolución. Las leyes de desarrollo del capital se desvelan como leyes de desarrollo capitalista de la clase obrera, como organización de los obreros por parte del capitalista. Existe un *fetichismo de la fuerza de trabajo* que se aplica a los productores de capital apenas comienzan a producir capital social. Se trata, ante todo, de suprimir violentamente, en la lucha, esta moderna apariencia burguesa que subordina el trabajo al capital: se hallará entonces el terreno político decisivo para la derrota de los capitalistas. Se trata después, partiendo de esta base, de lanzarse al descubrimiento de las *leyes políticas de movimiento de la clase obrera*, leyes que subordinan a sí mismas el desarrollo del capital: así se encontrará de nuevo la tarea teórica definitiva del punto de vista obrero. A partir de este momento, el capitalismo sólo deberá interesarnos como sistema histórico de reproducción de la clase obrera.

10. LA CONSIGNA DEL VALOR-TRABAJO

Estamos ante el punto decisivo del *giro estratégico*. Por ahora no pasará a concretizarse en la investigación «de campo». No tiene posibilidades inmediatas de sembrar algo en el desierto actual del marxismo contemporáneo. No es a éste a quien debemos referirnos. Tan sólo una formidable experiencia política, guiada tácticamente por este nuevo criterio estratégico, podrá romper de una vez por todas la costra de oportunismo, de renuncia, de obediencia pasiva a una tradición que acepta únicamente las innovaciones propues-

tas desde el campo opuesto, bajo las cuales ha permanecido sepultado durante decenios el punto de vista obrero. Sólo las nuevas fuerzas que producirán esta experiencia práctica y que luego serán reproducidas por ella podrán encontrarse en grado de conducir hasta el final la obra de reconstrucción teórica, el trabajo de configuración científica. No podemos creer que sea posible lo contrario. Revelar únicamente el nuevo curso posible de la lucha no cambia las condiciones reales en las que la lucha se desarrolla. Pero cambiando realmente estas condiciones, según el nuevo punto de vista, su victoria decisiva se impondrá también en el futuro. De nuevo vemos que aquí hemos de pasar por una puerta estrecha. Cada vez que el punto de vista obrero avanza, ha de demostrar con el ejemplo de la práctica lo que propone en la teoría; se halla, por naturaleza, en el deber de hacer preceder la *política* a la *ciencia*. Y éste es el motivo por el que la ciencia obrera no aparecerá jamás ante los ojos del «científico» de una forma internamente acabada. El punto de vista obrero, como ciencia, es ya una contradicción en sí. Para no serlo, no debe ser únicamente ciencia, posesión cognoscitiva y previsora de los fenómenos; debe ser revolución, proceso en marcha de transformación radical de los hechos. Después de un siglo no es extraño que el economista siga encontrando errores económicos, el historiador errores históricos, el político errores políticos, etc., en la lectura de Marx. No resulta extraño y es del todo normal, ya que desde el punto de vista del economista, del historiador, del político tradicional, se trata de errores auténticos. Ninguno de ellos se pregunta, sin embargo, si tienen derecho a juzgar a Marx desde *su* punto de vista, desde el punto de vista de sus disciplinas. Si la obra de Marx es reducida a un fenómeno de historia de las doctrinas, entonces podemos ser marxistas o no marxistas, de manera más o menos refinada, cada uno con su propia doctrina. Pero si la obra es vista como un momento práctico de la lucha de clases desde el punto de vista obrero, entonces se tratará de ser marxistas en un único sentido realmente simple, como militantes revolucionarios de la clase obrera. En este caso es necesario saber que, en el terreno objetivamente científico, las consecuencias serán duras. Respecto a la ciencia reconocida debemos aceptar trabajar en la clandestinidad de una perspectiva totalmente diversa. Los resultados no serán muchas veces contrastables. Como estudiosos, reivindicamos el derecho a ser despreciados por los estudiosos. En la sociedad capitalista, la investigación, el estudio, la ciencia desde una perspectiva obrera deben elegir conscientemente el honor del aislamiento. Sólo de esta forma conseguirán tranquilamente entregar a los movimientos de la propia clase el conocimiento de esa fuerza agresiva que la clase tanto necesita, restituyendo a los obreros lo que ya Marx –no en vano– había indicado como elección irrenunciable: «el honor de ser un poder conquistador (*die Ehre eine erobernde Macht zu sein*)» (cfr. *Werke*, 8, p. 157).

Proponer hoy en día una inversión de prioridad histórica entre capital y trabajo, comenzar a ver el capital como *función* de la clase obrera, o para ser más precisos, el sistema económico capitalista como un momento de desarrollo de la clase obrera, romper, por lo tanto, y modificar completamente en la investigación la historia subalterna de los movimientos obreros, con el fin de recuperar en la práctica la posibilidad de imponer al capital con la fuerza sus propios movimientos: todo esto no es diferente, desde un punto de vista metodológico, de lo que el propio Marx hacía, cuando asumía como propia la ley del valor-trabajo, y la interpretaba, la desarrollaba, la utilizaba para sus propios fines, que no eran los exclusivos de su propio análisis, sino los fines globales de la lucha de su clase. Marx no descubrió la ley del valor-trabajo. La encontró fundamentalmente acabada en el pensamiento de su época. Y si bien es cierto que se trataba del pensamiento *burgués* de la época, era el pensamiento de aquella parte avanzada de la burguesía industrial que, en lucha mortal contra las supervivencias pasivas del pasado, tenía interés en presentar de forma realista sus propias teorías como «existencia científica» de las relaciones económicas. La simple consideración de los hechos ya rompía, en ese caso, el viejo equilibrio. Por otro lado, precisamente la consideración de los hechos era lo que hacía productiva la relación con *esa* ciencia burguesa. Y el *hecho*, el dato, que esta ciencia trataba de imponer, de la manera más cruda, a la realidad política era, y ello no es casual, el nuevo vínculo, económico y político al mismo tiempo, de la relación trabajo-valor, trabajo-capital. No se trata pues de dar crédito a través de esta vía a la ilusión histórica de una burguesía que cuando es revolucionaria no tiene miedo a decir la verdad, pero que se vuelve más mentirosa cuanto más reaccionaria se hace, y que antes de tomar el poder es buena y después que se ha apoderado del mismo se vuelve mala –éstas son fábulas para niños que van a la escuela elemental de materialismo histórico–. El realismo del pensamiento clásico burgués no es un fruto aislado de la época de oro del capital: se repite cada vez que la parte capitalista más avanzada decide agredir y combatir, *en el terreno obrero*, a la parte capitalista más atrasada, cada vez, pues, que la articulación obrera del desarrollo capitalista es obligada a entrar en juego, debe ser obligada a entrar en juego, de un modo abierto y directo. Entonces, de nuevo se hace posible el uso obrero alternativo de algunos resultados científicos obtenidos a partir del punto de vista opuesto. Precisamente por esta razón el cinismo burgués de Ricardo sobre las condiciones del trabajo en función del beneficio ha sido más útil para Marx que todos los lloriqueos de la literatura comunista sobre la miseria de las clases trabajadoras.

Cuando Marx rechaza la idea del trabajo como *fuente de la riqueza* y asume un concepto de trabajo como *medida del valor*, la ideología socialista es derrota-

da para siempre y nace la ciencia obrera. No en vano, esta es la elección de siempre. El trabajo no crea nada, no crea el valor ni tampoco crea el capital, y no tiene por qué reclamar a nadie que le sea restituido el fruto integral de cuanto ha creado. ¿Cuántas veces dice Marx que el trabajo es presupuesto por el capital y *al mismo tiempo* lo presupone? ¿Y qué otra cosa puede significar esto sino el simple hecho de que el capital para llegar a ser tal, es decir, para ser relación de producción, presupone la fuerza de trabajo y la fuerza de trabajo para trabajar, es decir, para producir, presupone las condiciones de trabajo? Y no se trata de simples presupuestos recíprocos, por así decir, estáticos. Se trata de una contraposición de clase dinámica, tremendamente móvil y realmente inquieta, que ve –y este es el punto discriminante– *una* clase, una fuerza activa de trabajo vivo, una masa social de proletarios, que se contrapone en un principio y a largo plazo a las condiciones muertas del trabajo como capital en sí, como capitalista individual, hasta obligar posteriormente a éste a vivir y constituirse a sí mismo, siguiendo ese modelo, como clase antagonista. El cambio entonces a través de un concepto de trabajo como momento *homogeneizador* de los hechos sociales, como metro *medidor* de los valores, como reducción a *unidad viva* de lo que en la sociedad capitalista es múltiple y está muerto al mismo tiempo –este cambio a través del trabajo adquiere toda su fundamental e inevitable importancia–. El trabajo puede homogeneizar los hechos, ya que la masa proletaria que desde el principio lo constituye es la única fuerza *homogénea* dada por la sociedad. El trabajo puede medir el valor, porque la articulación obrera se halla desde el principio presente en todas las estructuras decisivas que ponen en movimiento la máquina del capital; es medida objetiva del valor en cuanto *control* potencial del capital. El trabajo puede reducirlo todo a sí mismo y de esta forma convertirlo en algo vivo, ya que el movimiento de clase que lo expresa posee una dirección antagonista unívoca, un único enemigo que ha de ser derrotado con una sola *fuerza de ataque* disponible. En este sentido, es cierto que la sustitución del trabajo por la fuerza de trabajo cambia la naturaleza de la ley del valor, de cómo Marx la encontró a cómo Marx la dejó. Pero sólo con la condición de que no se reduzca la fuerza de trabajo a mercancía normal, en el análisis económico, sólo a condición de que ésta sea políticamente elevada a mercancía particular. Y la particularidad de la mercancía fuerza de trabajo –la *posibilidad* de que se valorice en mayor medida que su valor *real*– podemos decir ahora que coincide con el hecho de ser trabajo vivo asociado por el capital y en éste objetivado, con el hecho de ser no sólo clase obrera, sino clase obrera dentro de la relación de producción capitalista: no trabajo que crea riqueza y reivindica, por lo tanto, la riqueza para sí, sino obreros que como clase producen capital y como clase pueden, pues, rechazar su producción. El carácter particular de la fuerza de trabajo como mercancía ya no aparece entonces como un dato económico incorporado

pasivamente a la propia existencia del obrero, sino como una *posibilidad política activa* que la clase obrera tiene en su poder con su sola presencia, como parte viva, dentro del capital. Así, la valorización de la fuerza de trabajo, más allá de su valor, la constricción moderna al plustrabajo, la extorsión industrial de plusvalor, estas leyes económicas del movimiento de la sociedad capitalista, se descubren una vez más como leyes políticas del movimiento de la clase obrera, *sometidas* con la fuerza subjetiva de la organización para servir de manera brutal a las necesidades revolucionarias objetivas del antagonismo y de la lucha. De igual modo debemos entender que esta transformación del contenido de las leyes de desarrollo no se producirá gracias a su inmediata fuerza espontánea. Probablemente la espontaneidad actúa, en este caso, como ha actuado hasta ahora, en un sentido opuesto, en el sentido de la disolución gradual de toda voluntad política subjetiva en el interior de la máquina férrea del mecanismo económico. Tampoco servirá para cambiar el signo de esta tendencia un simple *grito estratégico*, la interpretación totalmente teórica de una nueva estrategia. Estaremos obligados, por lo tanto, a preocuparnos por la preparación táctica del terreno sobre el que será necesario, con habilidad, plantar, de modo que hunda profundamente sus raíces, *la praxis más subversiva* que hasta el momento haya sido concebida: subversiva doblemente, contra el poder del capital y contra la tradición del movimiento obrero.

Ciertamente, la ley marxiana del valor-trabajo no contiene todo esto implícita en sí misma. Y sin embargo, si la consideramos, como nosotros queremos hacerlo, el primer uso desarrollado, el primer modelo de hipótesis de la ciencia obrera, entonces tenemos la posibilidad de hallar en ella más que lo que el propio Marx quiso ver. Llegados a este punto, los lamentos del economista sobre la falta de funcionamiento de la ley del valor-trabajo en las relaciones de hecho quedan anulados por los propios hechos, tal y como se presentan desde el punto de vista de la política obrera. ¿Y cuáles son estos hechos sino los más simples, los más elementales, los dados por el sentido común cotidiano de la lucha de clases? Porque la ley del valor-trabajo, en el momento mismo en que aparece en la cabeza de Marx, se convierte en algo distinto de lo que había sido hasta el momento. De ley de movimiento de la sociedad capitalista, descubierta por la ciencia burguesa más avanzada, se convierte en ley de movimiento de la clase obrera y, por lo tanto, en momento de ataque práctico, de agresión material a la propia sociedad capitalista, y ya no sólo desde el punto de vista teórico de una ciencia obrera contrapuesta, sino desde el punto de vista de la parte política de un posible movimiento revolucionario organizado. Entonces interviene la propia ciencia burguesa con el fin de descubrir las contradicciones de la ley. Es cierto: Marx, al asumir como propia la ley del valor, la ha puesto prácticamente en crisis. Después de Marx, desde el punto de vista de la ciencia económica obje-

tiva, lo cierto es que la ley del valor ya no volverá a funcionar. Y no podemos implicar a Marx en la crisis, en el hundimiento económico de esta ley. No podemos reprochar a Marx algo que, sin embargo, puede ser reprochado justamente a Ricardo. He aquí por qué cada defensa o cada intento de justificación de la teoría marxiana del valor –incluso en los casos más serios como los de Sweezy o Pietranera–, en cuanto es llevado al terreno objetivo de la economía, resulta políticamente improductiva, prácticamente neutra. Para Marx, el valor-trabajo es una tesis política, una consigna revolucionaria; no una ley de la economía ni un medio de interpretación científica de los fenómenos sociales; o, mejor, es estas dos últimas cosas a partir y como consecuencia de las dos primeras. En este sentido, una vez más, la ley del valor es realmente un error económico desde el punto de vista del capital, es decir, desde el punto de vista de *su* ciencia. Y los instrumentos modernos de esta ciencia han individuado perfectamente las dificultades internas de la ley. Pero la relación correcta se da entre la ley y su objeto. Y el objeto, en Marx –aquí lo sencillo es difícil de entender–, el objeto no es el mundo económico de las mercancías, sino la relación política de la producción capitalista. Llega el economista y cierra *El Capital* en la primera sección porque la teoría marxiana del valor no explica los precios. Se trata, sin duda, de la eterna pretensión burguesa de «establecer la *ciencia antes* de la ciencia», de pretender explicar *a priori* todos los fenómenos que aparentemente contrastan con la ley. Pero se trata también del histórico vicio orgánico del intelectual que convierte a *El Capital* en un «tratado de economía política», cuando no es otra cosa que «crítica de la economía política», crítica de sus instrumentos y de sus fines científicos, preparación de nuevos instrumentos para nuevos fines, unos y otros más allá de los límites de la ciencia. Valor-trabajo quiere decir, por lo tanto, *primero la fuerza de trabajo y después el capital*; quiere decir capital condicionado por la fuerza de trabajo, movido por la fuerza de trabajo, en este sentido valor *medido* por el trabajo. *El trabajo es medida del valor porque la clase obrera es condición del capital.* Esta conclusión política es el verdadero presupuesto, el punto de partida del propio análisis económico marxiano. La reconstrucción del discurso de Marx sobre el concepto de trabajo, el salto de calidad que lo diferencia de las mismas fuentes teóricas del problema, Hegel y Ricardo, y contemporáneamente su referencia a las experiencias concretas de la lucha obrera como verdadera base práctica de una posible solución –todo esto tendía a privilegiar y a hacer condicionante la relación de clase respecto a todas las demás relaciones sociales, en el centro de las cuales está la relación del capital con la *parte obrera* de sí mismo–. El momento de mediación que enriquece ahora el problema es la posibilidad de colocar en un mismo lugar, dentro de la sociedad capitalista, *el trabajo como medida del valor*, primer elemento homogeneizador indispensable para el propio conocimiento burgués de los fenómenos sociales, y

la clase obrera como articulación del capital, factor primario de organización del sistema capitalista de producción. Nosotros afirmamos que esta articulación obrera de la producción capitalista expresa todavía hoy, sin resolverlas y sin utilizarlas siquiera, las contradicciones burguesas de la ley del valor-trabajo. Esto nos obliga a dar una nueva forma a la propia ley, o, lo que es lo mismo, a hacer totalmente explícito su contenido. Ante el punto de vista obrero ya no se plantea la exigencia de una solución económica al problema teórico del valor-trabajo; se plantea únicamente la investigación de una salida política a la relación práctica clase obrera-capital.

«Desarrollar *cómo* se impone la ley del valor»: en esto precisamente consiste, todavía, según las indicaciones de Marx, la tarea de la ciencia obrera. Con una sola condición: que este desarrollo no sea «enjaulado» en las falsas contradicciones de la ciencia económica. *Cómo* se impone la ley es un problema de organización política de la relación de clase. Y en cualquier punto dentro del proceso de producción, en donde exista una relación de clase, allí será necesario descubrir el funcionamiento objetivo del contenido de esta ley y al mismo tiempo fijar las formas políticas con las que imponerla subjetivamente. La ley del valor-trabajo, en la interpretación de Marx, no puede extrapolarse de la relación capitalista de producción y de la relación de clase que la genera. Precisamente porque allí donde se pretende que las leyes del mercado desaparezcan, se pretende aún y siempre que la ley del valor funcione. ¿Qué puede significar esto sino que en la relación de producción permanece viva continuamente la lucha de clases? Es la paradoja histórica del «socialismo» realizado: precisamente la fidelidad ortodoxa a los instrumentos marxistas de análisis le redescubre en su interior la presencia viva, una por una, de todas las leyes clásicas de desarrollo del capital. La respuesta afirmativa a la posibilidad o imposibilidad de que la ley del valor funcione en una economía planificada en sentido socialista, ha sido un punto de inflexión de fundamental importancia. Si queremos llegar, aún con preocupación, sobre este terreno, al estadio actual de la investigación, para romper un pacto de silencio intelectual que bloquea el punto de vista obrero tras una barrera ahora totalmente inútil de oportunidades políticas, bien, en ese caso debemos considerar como un problema este tema de escándalo: si puede hablarse de *funcionamiento económico objetivo* de la ley del valor-trabajo, sólo podemos hacerlo en la sociedad que afirma precisamente haber realizado el socialismo. Si de hecho situamos, como es legítimo hacer, valor y capital por una parte, trabajo y clase obrera por otra, y afirmamos que la forma moderna totalmente desarrollada de la ley del valor-trabajo se presenta hoy en día como articulación obrera del desarrollo capitalista, debemos concluir que *es posible* desarrollar la ley allí donde exista el capital como relación de producción, pero que la *forma* en la que *de hecho* se impone hoy en día tiene como condición histórica una ges-

tión formalmente obrera de la relación de producción capitalista. Es decir allí donde todas las leyes de desarrollo del capital funcionan abiertamente bajo el poder de mando objetivo de una clase de capitalistas, el condicionamiento obrero del desarrollo sólo *puede* ser impuesto a través de las distintas formas, todas abiertas y subjetivas, de la *lucha obrera.* El capitalista, por su parte, no tiene necesidad de recurrir a la ley del valor para realizar su cálculo económico, ya que no le interesa que la clase obrera funcione como motor político activo de todo el proceso, le basta con usarla económicamente en el proceso de producción. Allí donde, sin embargo, dadas las circunstancias de un contexto histórico concreto, un concentrado núcleo de clase obrera se presenta como la única fuerza social homogénea en grado de *mover* el desarrollo del capital, será donde se preparen las condiciones con el fin de que objetivamente se imponga en el trabajo un metro medidor homogéneo para cada valor y en la clase obrera una articulación tan material del capital que ya no sea preciso que se exprese en las formas abiertamente subjetivas de la lucha. Debemos tener el coraje para convencernos de que este absurdo es un hecho histórico real: *el poder político del capital puede asumir la forma de Estado obrero.* Cuando el condicionamiento obrero sale de la simple relación de producción para sobresaturar la relación social general, provoca, impone *sobre ella*, incluso con una ruptura revolucionaria, una dictadura de clase en su propio nombre. Cuidado: la articulación obrera del capital existe siempre. Pero mientras en el capitalismo de hoy en día funciona como *lucha*, en el socialismo de hoy funciona como *ley*. Aparecen aquí, una vez más, paradojas encadenadas. El capitalismo se presenta como el terreno político definitivo donde realmente la relación de clase se desarrolla, el socialismo como posible forma de su reglamentación económica estática. Frente al capitalismo, el socialismo no conseguirá nunca perder su carácter de experimento provisional de la gestión del capital. El primero ha escogido pagar directamente la actividad del trabajo vivo con el precio del enfrentamiento de clase abierto, que es institucionalizado, oportunamente, en un segundo momento. El segundo ha anticipado estas formas políticas institucionales, con una especie de autocontrol obrero, pagándolo con la pasividad de masa de los obreros ante «su» propio sistema. Así, la economía capitalista aporta posibilidades infinitas a las leyes políticas de movimiento de la clase obrera, mientras el Estado socialista se presenta como organización jurídica cerrada de la pasividad colectiva. No debemos en este sentido equivocarnos. La lucha de clases asume sin lugar a dudas *formas* más directas y profundas en el capitalismo de nuestros días, pero el *contenido* de esta lucha posee quizá un nivel más alto precisamente dentro de las estructuras modernas del socialismo. La pasividad, una vez masificada socialmente, puede convertirse en una forma altísima de lucha obrera. No podemos confundir jamás la ausencia de formas abiertas en la lucha con la ausencia de la propia lucha. Cuanto

más objetivo se hace el mecanismo económico de desarrollo, el rechazo obrero de la explotación, *aún obligado a la espontaneidad,* tiende a seguir y no a preceder a las leyes de movimiento del capital. Así, allí donde la relación de producción capitalista ha conseguido un elevado grado de socialización, no sólo la clase obrera como fuerza productiva social, sino la propia lucha de clases y, más aún, la organización misma del antagonismo obrero, se presentan materialmente incorporadas al capital, como su parte interna, como su momento de desarrollo. Pero el nivel de *capital social* no es exclusivo de la solución socialista a los problemas del capital; afecta, al mismo tiempo, al capitalismo, por así decir, clásico, en su punto más alto. Todo parece indicar, de hecho, que el nivel del capital social constituirá al final el punto del reencuentro y la reunificación de los dos sistemas principales. En este sentido, es posible prever que el capital, a largo plazo, utilizará en su interior las mismas experiencias de construcción que el socialismo. A menos que intervenga un relanzamiento autónomo de la lucha de clases por la clase obrera, una experiencia revolucionaria, en un punto estratégico y tácticamente preparado, organizado para bloquear el proceso y transformarlo radicalmente. La teoría de una *ruptura en el punto medio del desarrollo* debe hallar conscientemente su práctica de aplicación en el centro de este contexto de condiciones históricas. Y únicamente con el fin de prepararnos para esta aplicación práctica, para esta experiencia concreta, resulta importante conocer cómo es, en su ausencia, la tendencia objetiva del proceso. Obedecer pasivamente a esta objetividad, conceder al capital la elección del terreno de lucha en el campo de sus férreas leyes económicas, renunciar a propagar, con la organización, la irracionalidad del punto de vista capitalista del rechazo político de los obreros como clase, renunciar en definitiva a hacer que funcione, *desde el exterior*, la articulación obrera del capital, de modo subversivo, con una exasperada intervención subjetiva, este es en la actualidad el error fatal del movimiento revolucionario. Cuanto más se reflexiona, más se descubre que en el «purgatorio de la revolución» el punto de vista obrero expía todos sus pecados de economicismo, de objetivismo, de oportunista subordinación política a los movimientos del capital.

11. LA CLASE

Antes y después de la clase de los capitalistas existe el capital. El capital, por sí mismo, no se constituye en clase social. Tiene la necesidad de ver primero, ante sí, la clase obrera ya formada. Pero incluso después de que el capital ha adquirido una dimensión subjetiva, de clase, lo que dirige el proceso permanece siempre como un objeto, una cosa, una relación material con forma de relación

social, un mecanismo de desarrollo. El ideólogo burgués todavía se escandaliza de ello: pero el fetichismo, la reificación, la alienación, son elementos permanentes en la historia del capital. Aunque el objeto, la cosa, el propio trabajo alienado deba determinarse históricamente y, de forma más precisa, especificarse socialmente. Si detrás de la fuerza de trabajo como mercancía hallamos a los obreros como clase –el proletariado en su definición política–, lo contrario sucede en la parte opuesta: detrás de la clase de los capitalistas existe el capital como categoría económica, la relación capitalista de producción como relación económica en cuanto tal. El «determinismo económico» aparece totalmente ligado al punto de vista capitalista. A pesar de los cambios en la práctica, en la historia del capital, la figura clásica del teórico burgués sigue siendo el economista. La *economía* es la ciencia burguesa por excelencia. La propia *sociología* no es más que una ideología de la economía.

De hecho, llegados a este punto, ninguna pregunta es tan «ideológica» como aquella que plantea: ¿qué es una clase social? El sociólogo comienza a leer *El Capital* a partir del final del libro III e interrumpe la lectura cuando se interrumpe el capítulo sobre las clases. Posteriormente, de Renner a Dahrendorf, cada cierto tiempo alguno se divierte completando lo que ha quedado inconcluso: de ahí se deriva una difamación de Marx, que debería ser perseguida como mínimo con la violencia física. Pero el capítulo sobre las clases no se quedó incompleto por casualidad. Lo esencial sobre el concepto de clase ya había sido expuesto en el análisis de *El Capital.* Y esa interrupción en el manuscrito sobre el *spaltet* dice mucho más que todas sus posibles continuaciones. Después de que el discurso comenzara de nuevo con la separación *verdadera*, una separación regida por la ley de movimiento del modo de producción capitalista, entre medios de producción y trabajo, con la transformación del trabajo en trabajo asalariado y de los medios de producción en capital, la ruptura interna de las *drei grossen Klassen* [tres grandes clases], regida por la división del trabajo social, resultaba tan intrascendente y peligrosa que no podía ser desarrollada. Detenerse en ese punto tiene todo el aspecto de una renuncia improvisada a proseguir un razonamiento que ha tomado un camino equivocado. Por lo demás, no entendemos por qué el capítulo sobre las clases sociales se encuentra en el apartado sobre las rentas, cuando el propio Marx excluye la identidad en la fuente de la renta como elemento suficiente para indicar la pertenencia a una misma clase. La equivocación de partida quizá se halla precisamente en la «fórmula trinitaria»: no puede afirmarse, como hace Marx, que ésta contenga todos los secretos del proceso social de producción. Si el proceso social de producción se identifica con el capital en el nivel de su pleno desarrollo, entonces no podrá definirlo ninguna fórmula que contenga más de *dos* protagonistas: el propio capital y, frente a él, dentro y contra el capital, la clase obrera. Esto si

queremos una definición de Marx que sea válida para la «ciencia». En el terreno de la práctica política es necesario realizar una posterior reducción. La trinidad, debido a su naturaleza, ha de reconducirse a la *unidad*. Cuando se nos pregunta por qué *sólo* se puede descubrir el secreto del capitalismo a través del punto de vista obrero, ésta es la única respuesta posible: porque la clase obrera *es* el secreto del capitalismo.

Todavía es cierto lo que Marx afirmaba en 1857: la sociedad capitalista es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Pero no será conveniente partir de este hecho para tratar de reconstruir desde lo más elevado del capital el pasado histórico de todas las sociedades humanas: ya que no se entiende a quién o para qué podría servir esto. Que la economía burguesa aporte la clave para comprender la economía antigua, puede ser cierto, pero, para nuestros fines, sin duda alguna, resulta inútil. Nos interesa, por el contrario, situar al capital como fase más elevada de la organización, no sólo de la producción, sino de la totaliad de la sociedad: para ver posteriormente, *en su interior*, el nivel sucesivo de desarrollo que lo explica, lo juzga y lo condiciona. *Este nivel superior de desarrollo, interno al capital es, precisamente, la clase obrera*: por lo demás, la hemos identificado como la llave que abre el mecanismo de la producción capitalista. ¿Se puede decir que la clase obrera explica el capital tal y como el capital explica la renta inmobiliaria? Obviamente *no*, porque, reduciendo todo a una historia de las «categorías», se debería llegar a la conclusión de que el capital no puede entenderse sin la clase obrera, pero que la clase obrera puede ser entendida perfectamente sin el capital. Sin embargo, capital y clase obrera sólo pueden ser entendidos juntos, siempre la una contra el otro. La clase obrera no es para el capitalismo lo que es el capital para las categorías sociales premodernas: lugar de llegada del desarrollo histórico y, por lo tanto, lugar de partida para la sucesión lógica. De lo contrario deberíamos sacar provecho de un neoobjetivismo, quizá con un contenido político más que económico: éste es el camino hacia un reformismo de nuevo tipo que tal vez puede nacer en los próximos años y que es necesario prepararse para derrotarlo nada más que nazca. Totalmente diferente es el desarrollo de nuestro discurso. En él, la clase obrera es el punto de partida *histórico* para el nacimiento y crecimiento del capitalismo. También se puede partir del capital para llegar a comprender *de manera lógica* la clase obrera. ¿No es éste quizá el propio camino seguido por Marx? Concebir el capitalismo como sistema histórico de reproducción de la clase obrera significa *recorrer hasta el final* este camino. Entonces, ¿en qué sentido podemos decir que sólo desde el punto de vista obrero puede descubrirse el secreto del capitalismo, si es precisamente, por el contrario, el capital quien evidencia la naturaleza histórica de la clase obrera? Podemos decirlo únicamente si prestamos atención a este hecho sencillísimo: la clase obrera no es el secreto del capitalismo en el

sentido de su *explicación*, sino en el sentido de su *disolución*. El capital puede explicar teóricamente cualquier cosa de la clase obrera, pero no puede eliminarla en la práctica. La clase obrera, con su ciencia, puede *no* explicar del todo al capital, pero puede llegar a destruirlo en la revolución. Por lo tanto, será siempre una pía ilusión, desde el punto de vista obrero, querer saber más sobre la sociedad capitalista que los propios capitalistas; y cualquier forma de gestión obrera del capital resultará a la fuerza defectuosa respecto a una gestión directamente capitalista; y se descubrirá quizá dentro de no mucho que el camino realista más practicable, el camino «más fácil» para la clase obrera, es precisamente la destrucción a través de la revolución. Así, pues, desde el punto de vista de los capitalistas, es lógico que *se estudie* la clase obrera; sólo ellos pueden estudiarla adecuadamente; pero con el humo ideológico de la sociología industrial no conseguirán eliminar la sentencia de muerte que ésta representa para ellos. Si «el capital es la potencia económica de la sociedad burguesa que todo lo domina», la clase obrera es la única potencia política que *puede* dominar al capital. En todo caso, lo *explica* también en este sentido: pero es una explicación que debe ser impuesta con la fuerza. Debemos darnos cuenta de que la articulación obrera del modo de producción capitalista, en su objetividad, en su espontaneidad, funciona como ley económica de movimiento del capital. Para *hacerla* que funcione como ley política de movimiento de la clase obrera, la tarea enorme de la *organización* de esa fuerza de ataque de los obreros, que por sí sola puede situar a los capitalistas en una situación de resistencia, es un paso obligado que no se puede obviar. El secreto obrero del capitalismo, desde un punto de vista revolucionario, no es una ley teórica, sino una posibilidad práctica. No funciona objetivamente, debe ser impuesto subjetivamente. Hay que arrancarlo a la sociedad del capital y entregarlo al partido obrero. Así, por primera vez en la historia de una formación social, sus leyes de desarrollo son puestas al servicio del proceso de su transformación radical.

Por vez primera es necesario ponerse de acuerdo sobre esto. De hecho, hasta el momento hemos hablado siempre de clase obrera y nunca del concepto de clase en general, hemos hablado de luchas obreras y nunca de la lucha de clases en general. Ya Marx, por cuenta propia, rechazaba el mérito de haber descubierto la existencia de las clases y la lucha entre las clases y atribuía estos descubrimientos a los economistas y a los historiadores burgueses. Hasta el punto que Lenin podía comentar: «La teoría de la lucha de clases *no* fue creada por Marx, *sino* por la burguesía *antes* de Marx, y es, en términos generales, *aceptable* para la burguesía... Únicamente es marxista quien *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*.»[255] (comenta-

[255] V. I. LENIN, «El Estado y la revolución», en *Obras completas*, cit., p. 35.

rio incluido en *El estado y la revolución* a la carta de Marx a Weydemeyer del 5 de marzo de 1852, publicada por Mehring en *Neue Zeit*, XXV, 2, 164, 1907). Si esto es cierto, si lo decisivo es el punto de llegada del proceso –destrucción del capital, dictadura del proletariado–, entonces, desde un punto de vista marxista, desde el punto de vista obrero, las clases, la lucha de clases, son concebidas sólo *para* y *dentro* de la sociedad capitalista. ¿O deseáis concluir con la dictadura del proletariado la lucha de clases entre los siervos de la gleba y los barones feudales, o tal vez entre Espartaco y Licinio Crasso? No será porque los historiadores «marxistas» no lo hayan intentado: debido a la recurrente razón de competir con el burgués que es capaz de encontrar el capital en el mundo antiguo, éstos son capaces de llamar «obreros» a los constructores de las pirámides. Invitar hoy al retorno desde la definición de los recursos históricos a la elección de una posible conclusión de la praxis política, desde la lucha de clases en general a las necesidades particulares de la revolución contra el capital, supone aún la línea de separación entre quien es marxista y quien no lo es, «en esta piedra de toque –afirmaba Lenin– es en la que debe constrastarse la comprensión y el reconocimiento *verdaderos* del marxismo»[256]. Será necesario avanzar en esta dirección e ir aún más lejos. No se entiende cómo Schumpeter puede llamar a la teoría marxista de las clases sociales «la hermana contrahecha de la interpretación económica de la historia»[257], y cinco páginas después definir como «un golpe audaz de estrategia analítica la vinculación del destino del fenómeno de las clases al destino del capitalismo»[258]. Es cierto que en este caso él entiende, desde un punto de vista tradicional, el *fin* del capitalismo como *fin* de las clases. Pero la verdadera audacia estratégica, válida no sólo para el análisis, es otra hoy en día: nos referimos a aquella que modifica radicalmente el problema y entiende el *nacimiento de las clases como nacimiento del capitalismo*. En este sentido, el destino del fenómeno clase y el destino del capitalismo, juntos, van unidos en una única perspectiva política de disolución de la *sociedad clasista del capital* –la única formación social históricamente fundada sobre la lucha de clases–. Tal vez Parsons ha percibido parte de este problema cuando ha unido en Marx «el hecho de una unidad productiva organizada» con «el conflicto de clases inherente», «dado que los intereses inmediatos de las dos clases eran completamente opuestos». Restituye esto, ciertamente, a la historia del pensamiento social, porque encuentra el precedente en el factor hobbesiano de las diferencias de poder; hecho que no le impide reconocer la introducción de este factor como

[256] *Ibid.*
[257] Joseph SCHUMPETER, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1963, p. 38.
[258] *Ibid.*, p. 45.

algo determinante y específico de una grave inestabilidad en el sistema económico y ésta a su vez como «[...] el resultado de una relación de poder en el ámbito de un determinado esquema institucional que implica una organización social definida: la empresa capitalista». Naturalmente no se llega a anticipar la relación de clase a la relación capitalista de producción: sería por lo demás pedir demasiado, y no es el caso de pedir este tipo de cosas a esta gente. El punto de vista científico del capital puede incluso llegar a incluir dentro de la historia del capitalismo el desarrollo de la lucha de clases. El capitalista convencional, a escala social, colectiva, se ve obligado a hacerlo cotidianamente en función de sus necesidades prácticas. Y este es el motivo por el que la ciencia moderna del capital, en este terreno, no sólo parece, sino que *es* más avanzada que el marxismo arqueológico que predomina hoy en día. Lo que de ninguna manera puede verse fuera del punto de vista obrero, fuera de los deberes de organización de la lucha de clases obrera, es la antelación histórica de la relación de clase respecto a la relación-capital, y consecuentemente de las clases respecto al capitalismo, y, por lo tanto, de la clase obrera respecto a la clase de los capitalistas. Esta antelación histórica no es otra cosa que la agresiva y permanente presión política de los obreros contra el patrón.

El nacimiento mismo del punto de vista obrero, la posibilidad de una ciencia social no objetiva y que no pretende serlo, la practicabilidad de una síntesis unilateral, la comprensión de los fenómenos de la sociedad actual *en su totalidad desde un único lado*, con el fin, no de conocerlos sino de transformarlos radicalmente, «la imponente síntesis» de la obra de Marx, ¿no encuentran su razón material de ser en el nacimiento de la primera *clase* social, la primera que ha existido en la historia, es decir, la clase obrera? El punto de partida histórico en la sociedad capitalista ve, por un lado, a *los* obreros y, por otro, *al* capitalista. Es otro de estos hechos que se impone con la violencia de la simplicidad. Históricamente puede hablarse de *capitalista individual:* esta es la figura socialmente determinada que predomina al constituirse la relación de producción capitalista. Como tal, al menos en el desarrollo clásico del sistema, esta figura histórica no desaparece, no se extingue ni es suprimida, sino que tan sólo se organiza colectivamente, por así decir, se socializa en el capital, precisamente como relación de clase. *No* se puede hablar en ningún momento histórico de *obrero individual:* la figura material, socialmente determinada del obrero, nace ya colectivamente organizada. Desde el principio, los obreros, como los valores de cambio del capitalista, se desarrollan en «plural»: el obrero en singular no existe. Dahrendorf reprocha a Marx el error de reconocer «a veces» como clase sólo al proletariado. Para nosotros se trata de un error totalmente comprensible. Las condiciones de la lucha de clases son tales que prácticamente todos los días

cada uno de nosotros puede ver, por un lado, una clase social que se mueve como tal, y, por otro, siempre algo más o algo menos que una clase social. Algo menos porque el interés directamente económico de la clase capitalista no ha dejado y quizá no dejará nunca de presentarse *dividido*. Algo más porque el poder político del capital hace crecer su aparato de control, de dominio, de represión, junto a las formas tradicionales del Estado, con el fin de sobresaturar todas las estructuras de la nueva sociedad. Es necesario entonces efectuar en cada ocasión *una reducción a escala de las clases*, de las *dos* clases, de todos los fenómenos que en apariencia parecen contradecir o no afectar a ese poder: y aquí radica, y no sólo en última instancia, la tarea y la necesidad de la teoría. Pero para la propia teoría todo esto no es suficiente. El paso ulterior –o mejor dicho, la premisa que lo fundamenta y que debe hacerse explícita en la conclusión– es la diferencia de cualidad entre las dos clases, la prioridad histórica de una respecto a la otra, la posible subordinación política, nunca decidida definitivamente dentro de la sociedad capitalista, de una frente a la otra. Si la relación de clase precede a la relación-capital, la relación de clase en sus inicios presenta, por una parte, la fuerza de trabajo viva, por otra, las condiciones muertas de la producción; por una parte, el proletariado ya desplegado parcialmente como clase, por otra, el capital todavía en sí, todavía en potencia; por una parte, la masa social de los vendedores de mercancía fuerza de trabajo, situados dentro de una condición colectiva única que los hace a todos en conjunto antagonistas de un único enemigo, por otra, el sujeto capitalista, el verdadero y único individuo soberano, el príncipe-empresario que con la potencia de lo que está muerto –dinero, tierra, instrumentos de trabajo– conquista el poder de mando sobre el trabajo vivo; conquista, por lo tanto, el poder *sobre todo*. Poder sobre todo y dominio sobre el trabajo son, por consiguiente, una única cosa. Pero aquí trabajo es actividad viva de la fuerza de trabajo, es *trabajo obrero*. En la sociedad capitalista se convierte en clase dominante la clase que tiene sometido, reducido a objeto muerto, el trabajo obrero. El capital, con un acto de violencia, quita la vida al trabajo y la incorpora dentro de sí mismo: de esta forma el capital se convierte en sujeto vivo; se transforma en actividad formalmente autónoma, se desarrolla como clase de los capitalistas. Así como desde un punto de vista rigurosamente obrero es fácil equivocarse al reconocer como *única clase* la compacta masa social de los obreros de fábrica, desde un punto de vista rigurosamente capitalista es igualmente fácil equivocarse al reconocer como *único poder* el dominio absoluto del capital a escala social. Consecuencias: en el primer caso, las «ilusiones revolucionarias», insuprimibles por parte de la clase obrera; en el segundo caso, la red de «errores prácticos» que mantiene unida la historia política de las iniciativas capitalistas. Cada uno de estos errores ha generado –genera– «una ocasión histórica» para la revolu-

ción: que puede o no aprovecharse, según el grado de preparación conseguido por las fuerzas subjetivas. Entonces incluso estas ilusiones, transformadas en un campo de batalla racional, pueden funcionar perfectamente. Lo que no funciona nunca es la fría lógica de la razón cuando no es movida por el odio de clase. No podemos conceder nada, más allá de una altísima dosis de desprecio civil, al filisteo que reprocha a Marx el haber *visto* la revolución continuamente detrás de cada esquina de la calle y a Lenin haberla *deseado* cuando no era el lugar ni el momento. Una regla elemental de conducta práctica se aplica casi inmediatamente, *intuitivamente*, en estos casos. Cuando, por un lado, encontramos a aquellos que dicen: mañana explota todo y el viejo mundo desaparecerá, y, por otro, a aquellos que dicen: durante cincuenta años no se moverá nada, y los primeros son desmentidos por los hechos y los segundos tienen razón gracias a los hechos, nosotros nos posicionamos con los primeros, aquí nosotros debemos permanecer con aquellos que se equivocan.

12. LA ESTRATEGIA DEL RECHAZO

Afirma Smith, y Marx resalta la agudeza de esta observación, que el gran desarrollo real de la fuerza productiva del trabajo comienza en el momento en que éste es transformado en trabajo asalariado, y las mismas condiciones del trabajo se contraponen a él como capital. Podemos decir que el gran desarrollo real de la fuerza política de los trabajadores comienza en el momento en que éstos se transforman en obreros, y todas las condiciones de la sociedad se contraponen a ellos como capital. Así, la fuerza política obrera aparece unida de forma indisoluble a la fuerza productiva del trabajo asalariado. El poder del capital, por el contrario, es sobre todo una potencia social. El dominio obrero es un dominio posible sobre la producción, sobre un elemento particular de la sociedad. El dominio capitalista es el dominio real sobre la sociedad en general. Pero el capital está constituido de tal forma que precisa de *una sociedad para la producción*. Este dato particular se convierte en el fin social general. Quien lo controla y lo domina, domina y controla todo. Incluso cuando fábrica y sociedad hayan conseguido un perfecto grado de recíproca integración en el ámbito económico, seguirán de modo intermitente contradiciéndose políticamente. Uno de los momentos más elevados y maduros de la lucha de clases lo protagonizará el enfrentamiento frontal entre la *fábrica como clase obrera* y la *sociedad como capital*. No dejar que se introduzca en la fábrica el interés capitalista significa bloquear el funcionamiento de la sociedad, sentar las bases para derribar y destruir el poder del propio capital. Por el contrario, pretender la gestión del interés social significa a la inversa reducir la fábrica misma a capital, a través de la

reducción de la clase obrera, como parte, a la totalidad de la sociedad. Pero si es cierto que el trabajo efectúa un salto productivo cuando es utilizado por el capitalista individual, es de igual modo cierto que efectúa un salto político cuando es organizado por el capital social. Este salto político puede, sin embargo, no expresarse en organización y entonces aparece desde fuera como algo que no ha sucedido. No obstante, el hecho material de su propia existencia espontánea permanece: suficiente para que los obreros dejen de luchar por sus viejos ideales, insuficiente para que la clase obrera asuma como propia la iniciativa de un plano de lucha con objetivos nuevos. ¿Podemos decir entonces que todavía estamos en el período histórico en el que Marx veía a los obreros como «clase en relación con el capital», pero aún no como clase «para sí»? ¿O no es necesario decir lo contrario, confundiendo quizá un poco las proposiciones de la tríada hegeliana? Es decir, los obreros se convierten primero, *inmediatamente*, frente al patrón, en clase para sí: y de esta forma son reconocidos por los primeros capitalistas; y sólo después, a través de todo un duro trabajo histórico quizá no concluido, pasando a través de terribles experiencias prácticas que todavía se repiten, pasan a ser, activamente, subjetivamente, clase en relación con el capital. Y en esta transición existe la necesidad de la organización política, del partido, que exige todo el poder. Y en medio se halla el rechazo, colectivo, de masas, en formas pasivas, descubriéndose como clase en relación con el capital sin esta organización propia, sin esta exigencia total del poder. La clase obrera *hace* lo que *es*. Pero ella es al mismo tiempo *articulación* y *disolución* del capital. El poder del capital trata de usar la voluntad antagonista de los obreros como motor de su propio desarrollo. El partido obrero debe tomar esta misma mediación real obrera del interés capitalista para organizarla como antagonismo, como terreno táctico de la lucha, como posibilidad estratégica de destrucción. Los puntos de vista contrapuestos de las dos clases tienen como único punto de referencia, de orientación, la clase *única* de los obreros. Ya sea porque se quiera aportar estabilidad al desarrollo del sistema o porque se quiera derrotarlo para siempre, quien decide es la clase obrera. Así, la *sociedad del capital* y el *partido obrero* aparecen como dos formas opuestas con un mismo contenido. Y en la lucha por el mismo contenido, una forma excluye a la otra. Juntas, no pueden coexistir sino en el breve período de la crisis revolucionaria. La clase obrera no puede hacerse *partido* dentro de la sociedad capitalista sin impedir a ésta la continuación de su funcionamiento. Cuando ésta funciona, ese *no es* el partido obrero.

Recordad: «[...] la existencia de una clase de capitalistas se basa en la productividad del trabajo». El trabajo productivo, por lo tanto, no se halla sólo en relación con el capital, sino con la clase misma de los capitalistas: en esta última relación *es* clase obrera. El cambio es probablemente histórico: es el trabajo productivo el que produce capital; es la producción capitalista la que «organi-

za», con la industria, a la clase obrera; es la organización en clase de los obreros industriales la que provoca la constitución en clase de los capitalistas en general. Los obreros se presentan entonces, ya en un nivel medio de desarrollo, como una clase social de *productores:* productores industriales de capital; los capitalistas, en el mismo nivel, como una clase social más que de empresarios, de *organizadores*: organizadores de los obreros con el medio de la industria. Una historia de la industria no puede concebirse al margen de una historia de la organización capitalista del trabajo productivo, al margen, por lo tanto, de una historia obrera del capital. En este discurso no hemos olvidado la «revolución industrial» por casualidad: de ahí habrá que partir, después de esta investigación, para llegar a las formas contemporáneas de dominio del capital sobre los obreros, realizadas cada vez más a través de los mecanismos objetivos de la industria, y a su posible uso por parte de la clase obrera. En este punto, el desarrollo de la relación entre el trabajo vivo y la parte constante del capital se subordina violentamente al nacimiento de la relación de clase entre el obrero colectivo y la totalidad del capital, como condiciones sociales de la producción. Cada avance técnico en los mecanismos de la industria estará determinado por momentos específicos de la lucha de clases. Obtendremos, a través de esta vía, dos resultados: escapar de la trampa de la relación hombre-máquina y atrapar, nosotros, esta relación en la historia, junto a las luchas obreras y a la iniciativa capitalista. Es errónea la definición de la sociedad moderna como «civilización industrial». La industria es, realmente, puro medio. La sociedad moderna es realmente la *civilización del trabajo*. Una sociedad capitalista no puede ser otra cosa sino esto. Por ello, en el transcurso de su desarrollo histórico, puede llegar a asumir incluso la *forma* de «socialismo». Por lo tanto, no sociedad industrial, la del capital, sino sociedad del *trabajo industrial*, y consecuentemente del trabajo obrero. A partir de este hecho debemos encontrar el arrojo para combatir la sociedad capitalista. ¿Qué es si no lo que hacen los obreros cuando luchan contra el patrón? ¿No luchan antes de nada contra el trabajo? ¿No dicen antes de nada *no* a la transformación de la fuerza de trabajo en trabajo? ¿No rechazan antes de nada *recibir* trabajo del capitalista? De hecho, abstenerse de trabajar no significa rechazo de *dar* al capital el uso de la fuerza de trabajo, porque éste ya ha sido otorgado con el contrato legal de compraventa de esta mercancía particular. Tampoco significa rechazo a entregar al capital el producto del trabajo, porque éste es ya propiedad suya, desde un punto de vista legal, y con esta propiedad, por otro lado, el obrero no sabe qué hacer. Abstenerse de trabajar, la huelga como forma clásica de lucha obrera, significa rechazo del poder de mando del capital como sujeto organizador de la producción, significa decir *no* en un momento determinado a la propuesta del trabajo concreto, es bloqueo *momentáneo* del proceso laboral como amenaza recurrente que priva de contenido al proceso de valorización. La huelga

general anarcosindicalista que debía provocar el derrumbamiento de la sociedad capitalista es sin duda una romántica ingenuidad de los orígenes de las luchas obreras. En el fondo contenía en sí misma la reivindicación sólo aparentemente opuesta del lassalliano «justo fruto del trabajo», es decir, de una justa «participación» en el beneficio del capital. Las dos perspectivas encuentran su punto de unión en la equivocada rectificación impuesta a Marx, que tanto éxito ha tenido después en la práctica del movimiento obrero oficial, y según la cual los verdaderos «empresarios» son los «trabajadores», a los que concierne defender, contra quien quiere abolirla, la dignidad de esta prestación. No, la terminología corriente, en este caso, es la correcta. El que da trabajo es verdaderamente el capitalista. El obrero es *dador de capital*. Es poseedor, de hecho, de la única mercancía particular que es condición de todas las demás condiciones de la producción. Porque todas las demás condiciones de producción son al principio, como hemos visto, capital en sí, capital muerto que, para vivir, para desplegarse en relación social de producción, necesita subsumir en sí mismo la fuerza de trabajo como actividad, como sujeto del capital. Pero este paso a la relación social no se produce, también esto lo hemos visto, sino introduciendo dentro de ésta la relación de clase como su contenido propio. Y la relación de clase es impuesta desde la *primera vez* que el proletariado se constituye en clase frente al capitalista. Por lo tanto, el obrero *da* capital, no sólo cuando vende fuerza de trabajo, sino también cuando *mueve* la relación de clase. Ésta, al igual que la sociabilidad implícita de la fuerza de trabajo, es otra de las cosas *no pagadas* por el capitalista, o mejor dicho, pagadas con el precio no contratado de las luchas obreras que periódicamente sacuden con violencia el terreno de la producción. No en vano este terreno es el elegido tácticamente por los obreros para atacar al patrón, y el lugar donde éste es obligado a responder con las continuas transformaciones técnicas de la organización del trabajo. La única cosa de todo este proceso que no proviene del obrero es precisamente el trabajo. Las *condiciones del trabajo* se hallan desde el principio en las manos del capitalista. En las manos del obrero sólo se hallan desde el principio las *condiciones del capital*. La sociedad capitalista tiene este nacimiento histórico paradójico: que será posteriormente el «nacimiento eterno» de su desarrollo. El obrero no puede ser *trabajo* sin que exista en su contra el capitalista. El capitalista no puede ser *capital* sin que exista en su contra el obrero. Se nos pregunta: ¿qué es una clase social? Y la respuesta es: son estas *dos* clases. El hecho de que una sea la dominante no implica que la otra se convierta en subalterna. Implica la lucha, en el mismo nivel, para destruir ese dominio, y para arrojarlo, en formas nuevas, sobre quien ha dominado hasta el momento. Es urgente poner de nuevo en circulación una fotografía del proletariado obrero, que fielmente lo represente como es: «soberbio y amenazador». Es hora de inaugurar, en una nueva experiencia histórica, y directamente entre

clase obrera y capital, el enfrentamiento que Marx reclamaba; entre «los *gigantescos zapatos* que lleva ya de *niño* el proletariado, con los zapatos de canijo que ha roto la burguesía... en la política»[259].

Si las condiciones del capital se encuentran en manos obreras, si no hay vida activa en el capital sin actividad viva de la fuerza de trabajo, si el capital nace ya como consecuencia del trabajo productivo, si no hay sociedad capitalista sin articulación obrera del capital, y finalmente si no hay relación social sin relación de clase y no hay relación de clase sin clase obrera, entonces, podemos concluir, la clase de los capitalistas nace de hecho subordinada a la clase obrera. De ahí la *necesidad* de la explotación. La lucha obrera contra las férreas leyes de la explotación capitalista no puede reducirse a la eterna revuelta de los oprimidos contra los propios opresores. Por el mismo motivo por el que el concepto mismo de explotación no puede reducirse a la voluntad del patrón individual de enriquecerse extrayendo todo el plusvalor que sea posible del cuerpo de sus obreros. Como siempre, contra el capitalismo, la explicación economicista no posee otra arma ofensiva que no sea la condena moral del sistema. No tenemos la intención de dar la vuelta al problema. El problema aparece ya invertido en sus inicios. La explotación nace históricamente de la necesidad del capital de evitar la subordinación a la clase de los obreros productores. Es en este significado tan específico donde la explotación capitalista provoca a su vez la insubordinación obrera. La organización creciente de la explotación, su continua reorganización en los niveles más elevados de la industria y la sociedad, son de nuevo las respuestas capitalistas al rechazo obrero de someterse al proceso. Actualmente es el impulso directamente político de la clase obrera el que lleva al capital al desarrollo económico, partiendo del lugar de producción hasta llegar a la relación social general. Pero esta vitalidad política de su antagonista, de la que el capital no puede prescindir, es al mismo tiempo la amenaza más temible para la conservación de su propio poder. La historia política del capital que se nos ha presentado como la sucesión de sus intentos para sustraerse de la relación de clase como momento normal de «separación», se nos presenta ahora, al más alto nivel, como *historia de los sucesivos intentos de emancipación de la clase capitalista de los obreros*, a través de las distintas formas de dominio político del capital sobre la clase obrera. Por ello, la explotación capitalista, como forma permanente de extracción del plusvalor dentro del proceso de producción, va acompañada a lo largo de toda la historia del capital por el desarrollo de formas cada vez más *orgánicas* de dictadura política protagonizadas por el Estado. En la sociedad del capital el poder político tiene verdaderamente una necesidad económi-

---

[259] Karl MARX, «Artículos del *Vorwärts!*», *Manuscritos de París. Anuarios francoalemanes. 1844*, OME-5, cit., p. 240.

ca: la necesidad de obligar por la fuerza a la clase obrera a renunciar a su propia función social de clase dominante. Las formas actuales de la planificación económica, no son, en este sentido, otra cosa que una recuperación del *organicismo* en la *democracia*, como forma política moderna de una dictadura de clase. El *consensus sapientium* al futuro Estado del bienestar, del que habla G. Myrdal, la sociedad que aprobarían conjuntamente J. S. Mill, K. Marx y T. Jefferson, podría incluso ser realizable. Tendríamos una síntesis de liberalismo, socialismo y democracia. El acuerdo entre liberalismo y democracia encontraría finalmente un *mediador* ideal en el Estado social, vulgarmente llamado «socialismo». Nosotros en ello encontraríamos de nuevo, tercamente, la necesidad de la mediación obrera incluso en el ámbito de la sabiduría política. Pero los obreros, por su cuenta, hallarán ahí la última forma de control automático, es decir, objetivo, de control político en forma económica, de sus movimientos de insubordinación. No pertenece al futuro, es ya cosa del pasado, la superación del capitalismo de Estado con un Estado capitalista. No ya el Estado burgués *sobre* una sociedad capitalista, sino directamente el Estado *de la* sociedad capitalista. ¿Cuándo comienza el Estado político a dirigir al menos una parte del mecanismo económico? Cuando este mecanismo económico puede comenzar a utilizar al propio Estado político como *instrumento de producción*. En el sentido en el que lo entendemos: como momento de *reproducción política* de la clase obrera. El «fin del *laissez faire*» indica en sustancia que la articulación obrera del desarrollo capitalista no puede funcionar sobre la base de mecanismos objetivos espontáneos; debe ser subjetivamente impuesta por la iniciativa política de los propios capitalistas, como *clase*. Al margen de todas las ideologías poskeynesianas y neokeynesianas, únicamente la figura de Keynes obliga a dar al punto de vista capitalista un formidable salto *subjetivo*, comparable quizá, por su importancia histórica, a aquel que Lenin ha obligado a dar al punto de vista obrero. No podemos decir, sin embargo, que ésta sea una «revolución» en el modo de pensar del capital. Más bien, hay que decir que todo se hallaba implícito en su desarrollo precedente. Los capitalistas aún no han inventado —evidentemente no pueden inventarlo— un poder político no institucionalizado. Este tipo de poder es específicamente obrero. La diferencia entre las dos clases en cuanto al poder es precisamente ésta. La clase de los capitalistas no existe independientemente de las instituciones políticas formales, a través de las cuales, una y otra vez y de modo permanente, ejercita su dominio: por lo tanto, acabar con el Estado burgués significa realmente destruir el poder de los capitalistas, o dicho de otro modo, no puede destruirse este poder sino rompiendo la máquina del Estado. La clase obrera, por el contrario, y a la inversa, existe independientemente de los ámbitos institucionales de sus organizaciones: por lo que destruir el partido político obrero no significa, no ha significado, anular, desmembrar, disolver el organismo de clase de los

obreros. La propia extinción posible del Estado en una sociedad obrera se sitúa dentro de la naturaleza específica de este problema. En otras palabras: la clase de los capitalistas, para existir, necesita la mediación de un nivel político formal. Precisamente porque el capital es una potencia social que, como tal, pretende para sí misma el dominio sobre todas las cosas, un dominio que debe articular en «formas» políticas que den vida por la fuerza y de forma subjetiva a su esencia muerta de mecanismo objetivo. El capital, de modo inmediato, debido a su naturaleza, es sólo un interés *económico* y, en los inicios de su historia, nada más que el punto de vista egoísta del capitalista individual: bajo la amenaza obrera está obligado a convertirse en *fuerza política*, a subsumir en sí mismo, con el fin de defenderse, a la totalidad de la sociedad; se convierte en clase de los capitalistas, o, lo que es lo mismo, en aparato de represión estatal. Si de hecho es cierto que el concepto de clase es una realidad política, entonces no existe clase capitalista sin Estado del capital. Y la llamada «revolución» burguesa, la conquista del poder político por parte de la «burguesía», no es otra cosa que la larga transición histórica a través de la cual el capital se constituye en clase de los capitalistas frente a los obreros. Opuesto se presenta una vez más el desarrollo de la clase obrera: cuando comienza a existir formalmente como organización política abre directamente el proceso revolucionario, plantea únicamente la exigencia del poder; pero ya antes, mucho antes, existe como *clase* y como tal amenaza el orden burgués. Precisamente porque el obrero colectivo es esa mercancía absolutamente particular que se contrapone a todas las condiciones de la sociedad, incluidas las propias condiciones sociales de su trabajo, presenta ya incorporada dentro de sí la subjetividad política de parte que es el antagonismo de clase. El proletariado, en sus inicios, no es más que *interés político* inmediato en la destrucción de todo lo existente. En su desarrollo interno no tiene necesidad de «instituciones» que le den vida, ya que él mismo no es otra cosa que la *vida* de esa inmediata destrucción. Tiene necesidad, sin embargo, de la *organización*, para hacer objetiva, frente al capital, la instancia política del antagonismo; para articularla dentro de la relación de clase tal y como es materialmente en un momento dado; para hacerla agresiva de una forma fecunda en breve tiempo con las *armas de la táctica*; antes que para tomar el poder para arrebatar el poder a quien lo tiene. Marx descubrió la existencia de la clase obrera cuando no existía ninguna forma que la expresara políticamente: por lo tanto, para Marx *existe la clase incluso sin partido*. Por otro lado, el partido leninista, por el mero hecho de tomar forma, produjo la ilusión real de que estaba en marcha un proceso específico de revolución obrera: de hecho, para Lenin, *cuando la clase se hace partido, se convierte en revolución en marcha*. Dos tesis complementarias, pues, como complementarias son las figuras de Marx y Lenin. ¿Qué son en el fondo para nosotros estas dos figuras sino dos admirables anticipaciones sobre el futuro de la propia clase?

Si la clase no se identifica con el partido, y sin embargo se puede hablar de clase en el ámbito político; si lucha de clases existe incluso sin partido, y sin embargo cada lucha de clases es lucha política; si la clase, a través del partido, se hace revolución, pone en marcha por lo tanto lo que ella misma es, disuelve *en la práctica* todo cuanto debe disolver en teoría, *salta* de la estrategia a la táctica, y sólo por esta vía *arrebata* el poder de las manos de quien lo tiene y lo organiza, en formas nuevas, en sus propias manos; si todo esto es cierto, entonces debemos concluir que la relación clase-partido-revolución es mucho más estrecha y determinada, mucho más específica históricamente de lo que corrientemente se presenta, incluso por parte marxista. No puede escindirse el concepto de revolución de la relación de clase. Pero una relación de clase es generada por primera vez por la clase obrera. Se *identifican, por lo tanto, concepto de revolución y realidad de la clase obrera*. Del mismo modo que no puede haber *clases* antes de que aparezcan los obreros como clase, no existe *revolución* antes de que tome cuerpo la voluntad destructiva que la clase obrera por su mera existencia lleva consigo. El punto de vista obrero no tiene ningún interés en definir con este concepto las transformaciones del pasado. Y la búsqueda de un «precedente histórico», cualquiera que anticipe y prefigure los movimientos de los obreros, es siempre un hecho reaccionario, de conservación, de bloqueo, de recuperación del propio movimiento dentro de los horizontes de quien hoy en día controla el curso de la historia, de quienes dominan, por lo tanto, el desarrollo de la sociedad. Nada es más extraño al punto de vista obrero que el culto oportunista a la continuidad histórica, nada como el concepto de «tradición» le resulta tan repugnante. Los obreros reconocen una única continuidad, la de las propias experiencias políticas directas; una única tradición, la de sus luchas. ¿Por qué considerar entonces a los burgueses que nunca han sido capaces de organizar una revolución? ¿Por qué asumir pasivamente como un hecho el concepto íntimamente contradictorio de «revolución burguesa»? ¿Es que alguna vez existió una clase *burguesa*? Porque si se desea confundirla torpemente, por error de materialismo histórico, con la sucesiva clase de los capitalistas, entonces es necesario explicar cómo funciona la relación orgánica clase-revolución en una experiencia histórica que contempla, no a la denominada clase burguesa hacer su revolución, sino a la denominada revolución burguesa colocar las bases sobre las que, a través de un largo proceso de luchas, sólo podrá de hecho nacer una clase de los capitalistas. Llegados a este punto será necesario acometer un gran número de investigaciones concretas para transformar de modo radical a una interpretación de los hechos que la «tradición» marxista ha ahogado durante mucho tiempo dentro de esquemas tan falsos como políticamente perjudiciales. Nosotros pensamos que hoy en día esto es posible incluso en el plano de la simple indagación histórica.

Pensamos que hoy ha llegado el momento de que comience la obra de reconstrucción de los propios hechos, de los momentos, de los pasos que el capital, en su interior, sólo descubre y sólo puede descubrir desde el punto de vista obrero. Es tiempo ahora de poner en pie la *historia obrera de la sociedad capitalista*, que por sí sola puede aportar ricas, temibles, decisivas, armas teóricas para el movimiento de la radical transformación práctica. Reconstrucción teórica y destrucción práctica no pueden, a partir de este momento, dejar de caminar juntas, como las dos piernas de un mismo cuerpo, del cuerpo de la clase obrera. Las revoluciones proletarias, decía Marx,

> [...] se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de las debilidades y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterrorizadas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *hic Rodhus, hic salta!*[260].

Nosotros afirmamos: este no es el proceso de las revoluciones obreras. Este es el proceso de la revolución y punto. Esta es la *revolución como proceso*. Sólo la clase obrera, precisamente por lo que ella es, por el momento en que se encuentra para actuar, por el modo en que se ve obligada a luchar, sólo la clase obrera puede ser *proceso revolucionario*.

> Las revoluciones burguesas –afirma Marx– avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos drámaticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo[261].

Debemos ir más allá y afirmar que éstas no son revoluciones, son por el contrario algo cada vez diferente: golpes de Estado, crisis de régimen, cambios en la forma del poder, cambios de gobierno de una a otra fracción de una misma clase, bruscos saltos de reestructuración del dominio sobre la otra clase. El modelo clásico de la «revolución» burguesa, inventado por el materialismo histórico, considera una conquista imprevista del poder político sólo después que ya se ha realizado una lenta, larga, gradual toma de posesión del poder económico. La «clase» que ya domina la sociedad pretende dirigir el Estado. Si estos dibujitos infantiles sirvieran sólo para ilustrar algún libro de historia, no tendría tanta

[260] Karl MARX, «El dieciocho brumario de Luis Bonaparte», en *Obras escogidas*, cit., vol. 1, p. 254.
[261] *Ibid.*, p. 253.

importancia: a un «libro de historia» es lo mínimo que le puede suceder. Pero en el campo marxista los errores de la teoría se pagan en la práctica: es una ley que demasiado a menudo los obreros han sufrido en su propia piel. Cuando se ha tratado de aplicar el modelo de la revolución burguesa al curso de la revolución obrera es cuando, y es necesario metérselo en la cabeza, se ha producido el *hundimiento estratégico* del movimiento. Los obreros, copiando ese modelo, debían demostrar, con los hechos, su capacidad de gestión económica de la sociedad –capacidad por supuesto mucho mayor que la de los capitalistas– y sobre esta base reivindicar entonces la dirección del Estado. De ahí la gestión obrera del capital como vía maestra, clásica, al socialismo. Desde el punto de vista del materialismo histórico, la socialdemocracia es teóricamente el movimiento obrero más ortodoxo. El movimiento comunista no ha hecho en el fondo sino romper y transformar, por necesidad, en algunos momentos de su práctica, la lógica socialdemócrata de esta teoría, que es la *suya*.

Y, sin embargo, entre socialdemocracia y movimiento comunista el espacio de separación estaba al principio bien delimitado. Y si existe una historia interna de la clase obrera, que hay que reconstruir junto a la historia del capital, ésta comprenderá ciertamente estas dos experiencias de organización, aunque no bajo el mismo título e idéntico significado. Existen diferencias cualitativas entre momentos diversos de la misma lucha obrera. El 9 de agosto de 1842, cuando diez mil obreros marchan sobre Manchester, con el cartista Richard Pilling a la cabeza, para negociar en la Bolsa de la ciudad con los fabricantes y ver cómo funciona allí el mercado, *no es* el domingo del 28 de mayo de 1871 en París, cuando Gallifet ordena sacar de las filas de los prisioneros a aquellos que tienen el pelo cano para fusilarlos inmediatamente, porque además de marzo de 1871 han visto junio de 1848. Y no puede reducirse el primer caso a una acción de ataque de los obreros y el segundo a un acto de represión de los capitalistas. Porque tal vez sea exactamente lo contrario. Es cierto que a pesar de todo se manifiesta la articulación obrera del desarrollo capitalista: la primera vez, sin embargo, como indicación positiva del funcionamiento del sistema, iniciativa que debe organizarse tan sólo a través de instituciones; la segunda vez como un *no* a la posibilidad de gestionar tal y como es, sólo con el objeto de mejorarlo, el mecanismo de la sociedad, un *no* que resulta reprimido con la violencia en su estado puro. Se trata de la diferencia cualitativa que existe, incluso dentro de un mismo contenido obrero, entre *demanda sindical y rechazo político*. La socialdemocracia, cuando ha conquistado el poder político estatal, nunca ha ido más allá de los límites reivindicativos típicos de un sindicato frente al patrón. El movimiento comunista, en provisionales experiencias concretas, ha bloqueado con el arma de partido de la no colaboración el desarrollo pacífico de la iniciativa capitalista. Si éstas ya son hoy dos opciones *históricas* del punto de vista

obrero, la elección entre ambas resulta bastante simple. Éste no es el problema. El problema es el precio que hay que pagar, en la teoría, asumiendo como propia la tradición de luchas del movimiento comunista. Pero aquí no existe respuesta al margen de los resultados que por esta vía puedan obtenerse, en un futuro inmediato, en el terreno de la práctica. Llegados a este punto, es preciso tener cuidado con la ilusión subjetiva que lleva a concebir el giro estratégico aquí propuesto como el nacimiento *originario* de la ciencia obrera y, *por lo tanto,* como la primera posible organización real del movimiento de clase. Es preciso, por el contrario, recuperar un tipo específico de desarrollo interno de la clase obrera, un crecimiento político de sus luchas, y sobre esto hacer palanca para *saltar* hacia delante: sin objetivismo, sin retorno a los orígenes, sin comenzar desde el año cero. De nuevo, el tosco origen proletario del obrero moderno debe retomarse en su totalidad y hacer que funcione en las necesidades presentes de la lucha y la organización. Nada hay que combatir con tanta fiereza como la imagen tan común en nuestros días de una «nueva clase obrera» que continuamente renace, renovada y sola, de las diferentes transformaciones tecnológicas del capital, como si se tratase de un laboratorio científico de producción. No hay que renegar del pasado de rebelión de la clase obrera, de esa continuación de «locuras desesperadas» que han sido siempre sus insurrecciones, bajo el signo de la violencia. No debemos cometer este error de fríos científicos de la historia: y liquidar como «revuelta del pueblo» cada enfrentamiento de masas en el que se levantan barricadas, y buscar las verdaderas luchas obreras únicamente en las formas últimas de contratación con el capitalista colectivo. 1848, 1871, 1917, ¿son *luchas de la clase obrera?* Empíricamente, históricamente, puede llegar a demostrarse que no, que no lo son dado el grado máximo de desarrollo alcanzado que debería justificar los objetivos propuestos por estos acontecimientos. Y, sin embargo, probad a construir el concepto de clase obrera, su realidad política, sin los insurrectos de junio, sin los *communards*, sin los bolcheviques: tendréis entre las manos una forma vacía y en el papel un modelo sin vida. Cierto, la clase obrera no es el pueblo. Pero viene del pueblo. Y este es el motivo elemental por el que quien, como nosotros, asume el punto de vista obrero no tiene necesidad de «caminar hacia el pueblo». Nosotros mismos, de hecho, *venimos del pueblo.* Y así como la clase obrera se emancipa políticamente del propio pueblo en el momento en que no se presenta más como clase subalterna, del mismo modo la ciencia obrera rompe con la herencia de la cultura burguesa en el momento en que no asume el punto de vista de la sociedad, sino el de aquella parte de la misma que quiere transformarla radicalmente. Llegados a este punto, el concepto mismo de cultura ya no tiene sentido, o asume un sentido totalmente diverso para la clase obrera. De hecho, la cultura, como el derecho del que hablaba Marx, es siempre burguesa: siempre es relación entre intelectuales

y sociedad, intelectuales y pueblo, intelectuales y clase; por esta vía siempre es mediación de contrastes y solución de éstos en algo distinto. Si cultura significa reconstrucción de la totalidad del hombre, investigación de su humanidad en el mundo, vocación de mantener unido lo que está dividido, entonces se trata de un hecho que es reaccionario por naturaleza y como tal debe tratarse. Cultura obrera como *cultura revolucionaria*; éste es un concepto tan contradictorio como el de revolución burguesa. Pero además dentro aparece la maldita tesis política contrarrevolucionaria que pretende que los obreros recorran de nuevo toda la historia de la burguesía. La leyenda de una cultura «progresista» de la burguesía «revolucionaria», que el movimiento obrero debía recoger del suelo donde el capital la había arrojado junto a las consabidas viejas banderas, condujo a las investigaciones teóricas marxistas al reino de la fantasía, y contemporáneamente impuso como conducta realista cotidiana la *práctica notarial de las herencias* destinadas a ser recogidas y desarrolladas, como patrimonio de la humanidad que avanza en su camino. La situación en este terreno es tal que para desbloquearla es necesario, como en otros casos, el choque violento de un golpe destructivo: en este punto la crítica de la ideología debe erigirse conscientemente desde el punto de vista obrero como *crítica de la cultura:* trabajo de disolución de todo cuanto existe, rechazo a seguir construyendo sobre el surco de este pasado. El Hombre, la Razón, la Historia, estas monstruosas divinidades deben ser combatidas y destruidas, como si fueran el poder del patrón. No es cierto que el capital haya abandonado estos dioses antiguos, sus dioses. Los ha convertido en la religión del movimiento obrero: y es así como continúan gobernando activamente el mundo de los hombres. Mientras, la negación de estos dioses, que comporta en sí misma un peligro mortal para el capital, es gestionada directamente por éste: reducida a cultura y convertida, por lo tanto, en inocua y servicial. Así el antihumanismo, el irracionalismo, el antihistoricismo, que podrían ser armas prácticas en las manos de la lucha obrera, se convierten en productos culturales en manos de las ideologías capitalistas. De este modo, la cultura –debido, no a los contenidos que momentáneamente asume en la época contemporánea, sino a su forma permanente, es decir, *como cultura*– se convierte en mediadora de la relación social del capitalismo, función de su conservación. La cultura de oposición no escapa a este destino: introduce únicamente el cuerpo de ideologías del movimiento obrero en el cuerpo común de la cultura burguesa. No nos interesa dirimir si pudo o no existir, en algún momento dado, la figura histórica del intelectual de la clase obrera. Lo que sin duda queda desechado es que *hoy en día* pueda existir una figura política de este tipo. Los intelectuales orgánicos de la clase obrera se han convertido en realidad en la única cosa que pueden ser: intelectuales orgánicos del movimiento obrero. Es el partido histórico, es la vieja forma de organización fuera de la clase quien les necesita. Ellos han asegurado

durante decenios la relación entre partido y sociedad sin pasar por la fábrica. Y ahora que la fábrica se impone, ahora que el propio capital los reclama en la producción, se convierten en mediadores objetivos entre ciencia e industria: y ésta es la nueva forma que va adquiriendo la relación tradicional entre intelectuales y partido. El intelectual más «orgánico» es hoy aquel que *estudia* a la clase obrera, aquel que pone en práctica la ciencia burguesa más infame que haya existido jamás, la sociología industrial, el estudio del movimiento de los obreros por cuenta del capitalista. También aquí es necesario rechazar el bloque del problema en su conjunto. No una cultura obrera, no una figura obrera del intelectual, sino ninguna cultura y ningún intelectual al margen de las necesidades del capital. Es la solución justamente opuesta a la del otro problema: no reproducción obrera de la revolución burguesa, no transformación obrera del camino recorrido por la revolución burguesa, sino ninguna revolución jamás al margen de la existencia de la clase obrera, de lo que ella misma es, de lo que, por lo tanto, está obligada a hacer. Crítica de la cultura quiere decir *rechazo a hacerse intelectuales*. Teoría de la revolución quiere decir práctica directa de la lucha de clases. Es la misma relación que existe entre crítica de la ideología y ciencia obrera; y entre ambas y el momento de la praxis subversiva. Hemos afirmado: el punto de vista obrero no puede salir fuera de la sociedad capitalista. Es necesario añadir: no puede salir fuera de las necesidades prácticas de la lucha de clases dentro de la sociedad capitalista.

¿Cuáles son estas necesidades? Y sobre todo: ¿es necesaria una nueva estrategia? Si es necesaria, entonces una de las tareas urgentes en la lucha es descubrirla, componerla, elaborarla: y desde el punto de vista de la ciencia no existe otra tarea al margen de ésta. Deben organizarse en torno a este trabajo nuevas fuerzas formidables de pensamiento. Deben comenzar a funcionar colectivamente potentes cerebros dentro de esta única y exclusiva perspectiva. Una nueva forma de antagonismo debe alcanzar el nivel de la ciencia obrera, adaptarla a los nuevos fines y posteriormente superarla en el acto totalmente político de la práctica. Se trata de la forma de lucha del rechazo, la forma de organización del *no* obrero: rechazo a colaborar activamente en el desarrollo capitalista, rechazo a proponer positivamente un programa de reivindicaciones. En la historia obrera del capital, desde el principio, desde que los primeros proletarios se constituyen como clase, podemos encontrar en forma de germen estas formas de lucha y de organización. Pero en su pleno desarrollo, en su verdadero significado, aparecen mucho después y viven todavía como estrategia para el futuro. Podrán funcionar materialmente tanto más cuanto más crezca cuantitativamente la clase obrera, cuanto más se concentre y se unifique, cuanto más se desarrolle cualitativamente y más homogénea sea internamente, cuanto más se organice en torno a los movimientos de su fuerza global. Presuponen, por lo tanto,

un proceso de acumulación de la fuerza de trabajo que, a diferencia de la acumulación de capital, posee un sentido directamente político: concentración y crecimiento, no de una categoría económica, sino de la relación de clase que la genera; acumulación, por consiguiente, de una fuerza política inmediatamente alternativa, incluso antes de organizarse como tal a través de los «grandes medios colectivos» que le son propios. El rechazo es de esta manera una forma de lucha que crece junto a la clase obrera. Y la clase obrera es a su vez rechazo político del capital y producción de éste como potencia económica. Precisamente por esta razón, lucha política obrera y terreno de la producción capitalista van siempre unidos. Las propias reivindicaciones proletarias de los primeros tiempos, en el momento en que no pueden ser absorbidas por el capitalista, funcionan objetivamente como formas de rechazo que ponen en peligro el sistema. Y siempre, cada vez que las reivindicaciones positivas de los obreros van más allá de los márgenes concedidos por los capitalistas, se repite este funcionamiento objetivo *negativo* como puro y simple impedimento político colocado en el mecanismo de las leyes económicas. Cada cambio coyuntural, cada salto de estructura, que se produce en el mecanismo económico, ha de estudiarse de esta manera en sus momentos específicos: pero únicamente para que la clase obrera exija aquello que el capital no puede dar en ese momento. *La exigencia como rechazo* impone en este caso una cadena de crisis en la producción capitalista, en cada una de las cuales habrá que tener la habilidad táctica de provocar saltos hacia delante en el nivel de organización obrera. A medida que crecen juntos obreros y capital se produce un proceso de *simplificación* de la lucha de clases, proceso que debe considerarse en todo su alcance estratégico de fondo. No es cierto que la naturaleza elemental de los primeros enfrentamientos entre proletarios y capitalistas individuales se haya complicado después enormemente cuando las masas obreras se han encontrado frente a la iniciativa moderna del gran capital. Es cierto precisamente lo contrario. El contenido de la lucha de clases se presenta en los inicios con las dos caras, la obrera y la capitalista, sin aparecer aún divididas de manera radical. La lucha por la jornada laboral enseña. Y las tablas de reivindicaciones que durante decenios son presentadas por los obreros a los capitalistas tienen, y pueden tener, un único resultado: la mejora de la explotación. Mejores condiciones de vida para los obreros no eran separables de un mayor desarrollo económico del capitalismo. Por parte del movimiento obrero, el filón sindicalista primero, el reformista después, han funcionado perfectamente dentro de la espiral de este proceso, con sus intentos de organización económica de los obreros. No en vano nosotros, en nuestro discurso, hemos optado por insistir en los momentos de lucha obrera que atacan, quizá en un nivel social menos avanzado, al poder político del capital. De hecho, este terreno histórico de la lucha de clases, que por otra parte aún no ha desaparecido en

el mundo contemporáneo, debe reducirse a la simplicidad de un enfrentamiento directo entre fuerzas antagonistas sólo a través del esfuerzo de un trabajo de análisis y a partir de los desarrollos sucesivos y por la crítica de los resultados obtenidos. Esto nos sitúa frente a este terreno como aquel en que la lucha de clases siempre era internamente compleja y se hallaba mediada en el exterior por situaciones, incluso políticas, que no constituían lucha de clases. En el proceso que es testigo de cómo estas situaciones pierden cada vez más importancia, y ve, por lo tanto, cómo arden los residuos del pasado precapitalista, y constata el hundimiento de las utopías sobre el futuro que habían sido construidas sobre la clase obrera, y finalmente ofrece la posibilidad subjetiva de cerrar la lucha de clases con la cadena del presente, para de esta forma poderla despedazar —en este proceso hay que percibir desde el punto de vista obrero, no sólo el crecimiento cuantitativo del antagonismo, y su masificación, no sólo su cada vez más homogénea unificación interna, sino a través de ello la conquista progresiva de su naturaleza primitiva, directa, elemental, de contraposición entre dos clases que se dan recíprocamente la vida, pero de las cuales *sólo una* puede provocar la muerte de la otra. En el nivel más elevado de desarrollo, y no en los orígenes de la historia, llega a ser evidente el contenido más simple de la verdad revolucionaria: el capital *no puede* destruir a la clase obrera, la clase obrera *puede* destruir al capital. La cocinera de la que Lenin afirmaba que habría sido capaz de gobernar el Estado obrero, debe ser puesta en grado de funcionar desde ahora mismo, de acuerdo con estas categorías elementales, como teórica de la ciencia obrera.

Por lo tanto, la masa de las reivindicaciones obreras se simplifica y consecuentemente se unifica. Habrá un momento en el que desaparecerán todas excepto una: la exigencia del poder, de todo el poder, para los obreros. Esta demanda es la forma más elevada del rechazo. En realidad, presupone que ya se haya transformado radicalmente la relación de dominio entre las dos clases. Presupone que la parte que reivindica, que exige positivamente, que presenta la tabla de sus derechos, naturalmente en nombre del interés social general, haya pasado a ser la clase de los capitalistas. De esta forma será competencia de los obreros rechazar lo que les sea demandado. Se producirá también aquí un momento en el que todas las reivindicaciones provendrán explícitamente del lado capitalista y sólo el *no* será abiertamente obrero. No son cuentos del lejano porvenir. La tendencia se está manifestando y es necesario atraparla para controlarla mientras nace. En el elevado nivel de su desarrollo, el capital ya no se limita a asegurar la colaboración de los obreros, y, por lo tanto, el suministro activo de trabajo vivo en el mecanismo muerto de su estabilidad, cosa que necesita por encima de todo; pasa ahora a expresar en momentos significativos sus necesidades objetivas a través de las reivindicaciones subjetivas de los obreros. Es cierto, y lo hemos visto, que esto históricamente ya ha sucedido. Las necesi-

dades de la producción capitalista que se imponen, en la lucha, como demandas obreras, es un momento recurrente en la historia del capital; y sólo la permanente articulación obrera de la sociedad capitalista puede explicarlo. Pero mientras en el pasado esto tenía lugar como funcionamiento objetivo del sistema, que de esta forma prácticamente se autorregulaba, hoy en día se produce por iniciativa consciente de los capitalistas, a través de los modernos instrumentos de su aparato de poder. En medio tuvo lugar aquella experiencia decisiva de lucha de la clase obrera que, llegada a un punto, ya no se limitó a reclamar el poder, sino a conquistarlo. 1917 impone la articulación obrera del capital subjetivamente a los capitalistas. Lo que antes funcionaba *per se*, sin control de nadie, como ley económica ciega, desde ese momento debe ser movido desde lo alto, por voluntad política de quien tiene el poder: es la única manera de poder controlar el proceso objetivo, el único modo de batir la amenaza destructiva de sus ya posibles consecuencias. De este momento parte el alto desarrollo en la conciencia subjetiva del capital que lo llevará a elaborar y practicar un plan de control social sobre todos los momentos de su ciclo, a través del uso directamente capitalista de la articulación obrera. Así, una vez más, una experiencia de lucha de los obreros impone un salto en el punto de vista del capital, que por impulso propio jamás habría dado. Las reivindicaciones subjetivas de los obreros son reconocidas ahora por los capitalistas como necesidades objetivas de la producción de capital: y como tales son no sólo asumidas, sino provocadas, no simplemente rechazadas, sino contratadas colectivamente. La mediación del nivel institucional del movimiento obrero, sobre todo en el campo sindical, adquiere una importancia decisiva realmente insustituible. La plataforma de reivindicaciones que el sindicato propone ya ha sido revisada y controlada por aquellos a los que debería ser impuesta: por los patrones que deberían aceptarla o rechazarla. A través de la lucha sindical, la reivindicación obrera no puede ser más que el reflejo de las necesidades del capital. Sin embargo, el capital no puede imponer directamente sus necesidades: ni queriendo, ni siquiera cuando ha llegado al máximo de su conciencia de clase. En realidad, precisamente en este momento adquiere justo la conciencia inversa: *debe* de hacer que sus propias necesidades sean presentadas a través de sus enemigos, *debe* articular él mismo el desarrollo propio con el movimiento organizado de los obreros. Nos preguntamos: ¿qué ocurre cuando la forma de la organización obrera asume un contenido totalmente alternativo, cuando renuncia a funcionar como articulación de la sociedad capitalista, cuando se niega a *mover* a través de las reivindicaciones obreras las necesidades del capital? La respuesta es que en ese momento, a partir de ese punto, se bloquea todo el mecanismo de desarrollo del sistema. Éste es el nuevo concepto de *crisis del capitalismo* que requiere ser puesto en circulación: ya no volverá a ser crisis económica, derrumbe catastrófico,

Zusammenbruch, aunque sea momentáneo, por imposibilidad objetiva de funcionamiento del sistema; será crisis política, impuesta por los movimientos subjetivos de los obreros organizados, a través de una cadena de coyunturas económicas provocadas, en la estrategia única del *no* obrero a resolver las contradicciones del capitalismo, con la táctica de la organización dentro de las estructuras productivas del capital, aunque al margen, libre de su iniciativa política. Es cierto que necesitamos llegar a bloquear el mecanismo económico, a imposibilitar en el momento decisivo su funcionamiento; pero el único camino para lograrlo es el rechazo político de la clase obrera a seguir siendo la parte activa de todo el proceso social, y, por ende, el rechazo incluso de la colaboración *pasiva* en el desarrollo capitalista; renuncia, por lo tanto, a la forma de lucha de masas que unifica hoy en día a todos los movimientos directos de los obreros en los países de capitalismo avanzado. Conviene dejar claro que esta forma de lucha, puesto que es tal, ya no es suficiente. La no colaboración, la pasividad, aunque masiva, el rechazo sí, pero no político, no subjetivamente organizado, no incluido en una estrategia, no practicado a través de la táctica, el alto grado de espontaneidad a la que se ha visto reducida la lucha de clases desde hace decenios, todo esto no es suficiente para provocar la crisis, sino que de hecho ha llegado a ser un elemento estabilizador del desarrollo, uno de esos mecanismos objetivos con los que la iniciativa capitalista controla y utiliza la relación de clase que la mueve. Es necesario hacer saltar en pedazos este proceso antes de que llegue a convertirse en otra pesada tradición histórica del movimiento obrero. Es necesario que se transforme en otra cosa, sin perder los signos positivos fundamentales que, sin embargo, posee. Es obvio que resulta necesario comenzar por la no colaboración, es obvio que la pasividad de masas en el ámbito de la producción es el hecho material del que debemos partir. Sin embargo, llegados a un punto todo esto debe ser transformado en su contrario. Cuando se llega a decir *no*, el rechazo debe hacerse político, y, por consiguiente, activo, y, por consiguiente, subjetivo, y, por consiguiente, organizado. Debe llegar a ser de nuevo, en un nivel más elevado, antagonismo. Sin esto, no puede pensarse que se ha abierto un proceso revolucionario. No se trata de dar a la masa obrera la conciencia de la obligación de luchar contra el capital y por algo que lo supere, una nueva dimensión de la sociedad humana. Lo que en general se denomina «conciencia de clase» para nosotros no es otra cosa que el momento de la organización, la función del partido, el problema de la táctica. Son los pasos que deben llevar el plano estratégico al punto de la ruptura práctica. Y en el nivel de la pura estrategia, no cabe duda que este momento tiene lugar en el momento avanzadísimo en que se verifica la siguiente hipótesis de lucha: rechazo obrero a presentar reivindicaciones al capital, rechazo de la totalidad del terreno sindical, rechazo a encerrar en una forma contractual, formal, legal, la

relación de clase. Esto no es diferente al hecho de obligar al capital a presentar de manera directa, como tales, las necesidades objetivas de su producción, negando la mediación obrera del desarrollo, bloqueando la articulación obrera del mecanismo. Como hipótesis límite, se trata de privar al capital de su contenido, de la relación de clase que lo fundamenta. Durante un período, la relación de clase debe ser gestionada por la clase obrera a través de su partido: al igual que hasta el momento ha sido gestionada por la clase capitalista a través de su Estado. Aquí es donde la relación de dominio entre las dos clases, no sólo en teoría, sino en la práctica, se invierte. Así, el proceso revolucionario ve a la clase obrera convertirse cada vez más en aquello que ya es: clase dominante en su propio terreno, un terreno específicamente político –poder conquistador que se venga, con la destrucción del presente, de todo un pasado, no sólo suyo, de subordinación y explotación–. Este es el sentido de la hipótesis que coloca, en el punto más alto de este proceso, las *reivindicaciones* por parte del capital y el *rechazo* por parte de la clase obrera. Lo que presupone que ya haya crecido y se presente organizada para sí una fuerza política tal de la clase obrera que pueda constituir un poder de decisión autónomo respecto a toda la sociedad, una tierra de nadie donde no pueda llegar el orden capitalista, pero de la que pueda en cualquier momento partir una nueva barbarie proletaria. Así, el acto final de la revolución requiere que exista ya el Estado obrero dentro de la sociedad capitalista, un poder de los obreros que por su cuenta decide el fin del capital: sin embargo, no prefiguración del futuro, ya que el futuro, desde el punto de vista obrero, no existe; sino solamente bloqueo del presente, imposibilidad de que éste funcione tal y como se organiza actualmente, instancia, por lo tanto, de su reorganización con el signo del poder radicalmente transformado. Un poder político autónomo de la clase obrera es la única arma que puede impedir que el mecanismo económico capitalista funcione. Sólo en este sentido el Estado obrero de mañana es el partido de hoy. Retorna de este modo el concepto, que hemos querido atribuir a Marx, del comunismo como partido, un concepto que sustituye al modelo de construcción de la sociedad futura, un órgano práctico de destrucción de la sociedad presente, que encierra en su interior todas las necesidades revolucionarias de la clase obrera. En este momento tiene lugar la inversión estratégica donde la articulación obrera del capital es reivindicada por los capitalistas y rechazada por los obreros: el momento más concreto que aún es posible prever para la revolución obrera. No en vano permanece unido, como descubrimiento, a la iniciativa leninista del octubre bolchevique. El partido se encarga aquí, en relación con la clase, del momento de la táctica: por eso la clase vence. El Estado obrero, nacido sobre esa base, no debía ir más allá de las funciones del partido en una sociedad del capital. Pero la táctica de Lenin se convierte en la estrategia estalinista: y por este camino la experiencia soviética,

desde el punto de vista obrero, fracasa. Para nosotros permanece la enseñanza de mantener orgánicamente unidos en nuestra mente, pero rigurosamente separados en la práctica de las cosas, estos dos momentos de la actividad revolucionaria: *estrategia de clase* y *táctica de partido*.

13. TÁCTICA = ORGANIZACIÓN

«La historia no nos perdonará si no tomamos ahora el poder»[262]: de esta forma escribía Lenin al comité central del partido en septiembre de 1917. Invitaba entonces a apoyarse en el «momento crucial» de la revolución que crecía: «El partido *tiene la obligación* de reconocer que *la insurrección* está a la orden del día... En este momento no podemos permanecer fieles al marxismo y a la revolución *sin considerar a la insurrección como un arte*»[263]. Un mes después, en un escrito dirigido al mismo comité central iba más allá: «... No podemos dejarnos guiar por el estado de ánimo de las masas, porque es inestable y no se puede calcular de manera exacta; debemos dejarnos guiar por el análisis objetivo y por la valoración de la revolución». En la base de la acción, por lo tanto: «el análisis político de la revolución». Por lo demás, entre otros, incluso los representantes del barrio de Vyborg, «consideran que el inicio debe venir de arriba». La orden de comenzar la ofensiva final, provocando la insurrección armada, es impuesta por Lenin a todos, al partido y a los soviets, a las masas y a los obreros. Se trata de un punto de inflexión de fundamental importancia. De este momento, a partir de esta imposición desde arriba del acto final de la revolución, data de hecho el cambio en la forma del punto de vista obrero, que recupera para sí y para la propia clase el sentido agresivo de un poder que ya es dominante. En ese momento queda demostrado para siempre que la clase obrera puede imponer al capital prácticamente *todo*. El giro práctico de octubre y la transformación estratégica del punto de vista teórico obrero son entonces lo mismo. El telegrama de Lenin del 19 de noviembre de 1917 al presidium del soviet de los diputados obreros y soldados de Moscú, en forma de orientación político-práctica elemental, provoca en el marxismo teórico un decisivo salto de desarrollo: «Todo el poder a los soviets. No son necesarias ratificaciones. Destituciones y nombramientos por vuestra parte son ley»[264]. De acuerdo con esto, el hundimiento de las instituciones de poder del capital, al contrario que

[262] V. I. LENIN, «Los bolcheviques deben tomar el poder», en *Obras completas cit.*, vol. 34, p. 249.

[263] *Ibid.*, «El marxismo y la insurrección», p. 251.

[264] *Ibid.*, «Cartas», vol. 50, p. 10.

presentarse como tragedia histórica, se convierte –como debe suceder– en una *pièce* cómica, detrás de la cual se entrevé la burlona risotada colectiva de un público obrero. Es la noche del 5 al 6 (18-19) de enero de 1918, la Asamblea constituyente ha rechazado la Declaración bolchevique de los derechos del pueblo oprimido y explotado; entra un marinero llamado Železnjakov y anuncia al presidente Černov que ha recibido la orden, parece ser que directamente de Lenin, de cerrar la sesión, «*porque la guardia está cansada*»[265].

Por lo tanto, no basta decir: con Lenin el punto de vista obrero se completa. No, con Lenin el punto de vista obrero se transforma radicalmente. En el sentido de que la táctica transforma siempre a la estrategia, para aplicarla. En el sentido de que el partido debe imponer en un momento determinado a la clase lo que la propia clase *es*. Lenin y las leyes de la táctica son lo mismo. Esto supone colocar *las leyes* de movimiento de la clase obrera en el lugar de *la ley*, como sucedía todavía en Marx. De hecho, la ley es pura estrategia. Y no porque Marx se hallase en búsqueda de la ley de movimiento del capital. Hemos demostrado que ésta se descubría siempre, en los hechos, como articulación obrera de la sociedad capitalista. Las leyes en plural señalan sólo la conquista obrera para sí, del mundo de la táctica, la disponibilidad adquirida para derrotar políticamente a los capitalistas en el terreno de la práctica. Lenin ha practicado materialmente, de esta forma, esa transformación radical de la relación entre clase obrera y capital que en Marx era sólo un descubrimiento de método, la base científica, partidista, de un punto de vista obrero sobre el capital. Después de Lenin, la clase obrera puede imponer prácticamente todo al capital. Con una única condición formidable: debe ser armada desde el exterior con la intervención de la táctica, con la dirección del partido. Sin Lenin, nadie se habría hallado en grado de comprender que ese era el momento, el día, las horas, para desencadenar la ofensiva final y tomar el poder: la clase por sí misma no es capaz de llegar a esto, y el partido llega, sólo cuando existe un Lenin en el partido. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Una recuperación imprevista de puro subjetivismo después de tantos análisis masificados de la clase obrera? No. Todo cuanto hemos afirmado hasta el momento tendía a mantener permanentemente juntos estos dos momentos. No existe proceso revolucionario sin *voluntad* revolucionaria. Cuando existe, se trata precisamente de esos momentos que no pueden ser catalogados como «revolución», ya que son los paseos de los capitalistas en torno al gobierno de sus intereses. Gramsci se equivocaba cuando hablaba de «revolución contra *El Capital*». De este modo entregaba a Marx a las manos reformistas de la Segunda Internacional. *El Capital* no era en Rusia «el libro de los burgueses». Era el libro de los bolcheviques. Era el libro del joven Lenin, que de ahí había

[265] E. H. CARR, *La revolución bolchevique 1917-1923*, Madrid, Alianza, 1985, vol. 1 p. 136.

partido. Pero Gramsci tenía razón cuando veía en «nuestro Marx» la persona misma de Lenin. A éste va dirigido de hecho, en mayo de 1918, su elogio del voluntarismo.

> Voluntad, desde el punto de vista marxista, significa conciencia de la finalidad, lo cual quiere decir, a su vez, noción exacta de la potencia que se tiene y de los medios para expresarla en la acción. Significa, por lo tanto, en primer lugar, distinción, identificación de la clase, vida política independiente de la otra clase, organización compacta y disciplinada a los fines específicos propios, sin desviaciones ni vacilaciones[266].

La radical transformación leninista de la praxis, a través de esta vía, provoca la caída simultánea del poder político del capital y de la tradición del marxismo oficial. La nueva tesis estratégica, *primero la clase obrera, después el capital*, viene impuesta por los hechos. Llegados a este punto, aparece un problema de relevante importancia. Desde la experiencia soviética, ¿no debe considerarse fracasada la verificación práctica leninista? ¿Y no implica esto la no-verdad práctica de la tesis-transformación de la relación entre clase obrera y capital? Volvemos a afirmar que la investigación sobre estos problemas se halla aún muy atrasada. Diversas investigaciones concretas deberán antes, durante un tiempo, allanar el terreno de una solución definitiva. Esto no excluye que, mientras, puedan adoptarse reglas provisionales de conducta teórica, las cuales deben girar en torno a una inmediata necesidad política: no incluir en el hundimiento soviético del primer poder obrero el momento revolucionario de octubre. Es necesario, por el contrario, exasperar hasta los límites históricos de lo posible la gran contradicción política *entre revolución leninista* y *construcción del socialismo*, entre proceso político revolucionario y gestión económica de la sociedad. En este terreno, la estrategia de Lenin, como suele ocurrir, no era totalmente explícita. Lenin se expresa siempre y únicamente en movimientos tácticos. Uniendo uno a uno todos sus virajes políticos en perfecta continuidad, es posible reconstruir la formidable visión a largo plazo que le guiaba. Es obvio que cuando retrocede con la NEP, cuando pone en marcha el mecanismo económico a través de la vía capitalista, lo concibe como un retroceso táctico de carácter provisional, con el que habrá que hacer cuentas violentamente en cuanto finalice. Sin embargo, debía existir en el fondo de su programa alguna otra cosa: la idea de una gestión capitalista de la máquina económica bajo la dirección política consciente del Estado obrero. Y todo esto durante un largo período histórico: sin las mistificaciones del socialismo realizado, es decir, sin la constricción obrera de la gestión del capital. Se trataba también de invertir el curso del tiempo: con la fuerza del

266 Antonio GRAMSCI, *Antología* (selección, traducción y notas de Manuel Sacristán), México, Siglo XXI, 1988, p. 40.

poder conquistado, subordinar el desarrollo económico para que funcionara como basto instrumento al servicio de las exigencias de crecimiento político de la clase obrera. El Estado obrero, con su contenido *de partido*, debía antes de nada gestionar directamente este crecimiento, y sólo en segunda instancia controlar que el interés social general estuviese de hecho siempre subordinado a este crecimiento. La revitalización de la revolución permanecía de esta forma escrita en el orden del día. Una cadena de saltos revolucionarios, con la intervención activa de la masa obrera, habría corregido constantemente las numerosas e inevitables desviaciones de la línea. En un momento de alto desarrollo político sería necesaria de nuevo la ruptura de la máquina estatal, constituiría una tarea revolucionaria despedazar la propia máquina del partido: y a partir de aquí la recuperación final de una gestión directamente obrera, asociada, de masas, de la totalidad de la nueva sociedad. Los obreros de todo el mundo habrían concentrado sus cabezas y defendido desde el exterior, no el país del socialismo, sino un proceso revolucionario en marcha, un proceso que no exigía sacrificar sus propias luchas, sino relanzarlas a cada paso, en cada salto, y que de ese modo unificaba de hecho, concentraba, dirigía el desarrollo internacional de la lucha de clases. La revolución en Europa, en absoluto habría sido abandonada, sino que se habría propuesto una y otra vez en cada uno de los sucesivos grados de desarrollo más elevado que hubiera experimentado el proceso revolucionario en Rusia. No es importante saber en qué medida se hallara en la mente de Lenin la totalidad de este diseño estratégico. Podemos decir fácilmente que con esto nos encontramos ya *más allá* de Lenin, y es justo que así sea. El desarrollo del leninismo es el programa inmediato de la ciencia obrera. Pero cuando se busca una verificación práctica leninista de la transformación estratégica de la relación entre clase obrera y capital, es necesario tratar de encontrarla acudiendo al terreno de la táctica. Así, en el momento de Brest-Litovsk, cuando Lenin impone la paz para salvar la revolución, la nueva estrategia no desaparece, se desarrolla del único modo en que podía en ese momento desarrollarse, transformada en algo opuesto desde el punto de vista de la táctica y de este modo aplicada de forma concreta. Es un arte difícil, sobre el que será necesario ejercitarse muchas veces en los años sucesivos, hasta el punto de convertirnos en unos intérpretes virtuosos: táctica y estrategia deben unificarse en nuestro cerebro; mientras en la práctica, en los hechos, es necesario estar atentos para mantenerlas siempre separadas y, en caso necesario, contradictorias. No haber tenido esto en cuenta es el error histórico de todas las posturas de izquierda del movimiento obrero. Un error imperdonable. Porque es la ilusión típica de intelectuales partidarios de una «política científica», el camino más corto de la derrota práctica para la clase obrera.

Es necesario contraponer a éste el principio opuesto: lo que es teóricamente

acertado puede ser políticamente erróneo. Teoría significa comprensión y previsión y, por lo tanto, conocimiento, incluso unilateral, de la tendencia objetiva del proceso. Política significa voluntad de transformarlo radicalmente y, por lo tanto, rechazo global de la objetividad, acción subjetiva con el fin de que ésta no se desarrolle y triunfe. Teoría es anticipación. Política es intervención. Y tener que intervenir no sobre aquello que ya se ha anticipado, sino sobre lo que lo precede, indica la necesidad de los cambios de la táctica. En este sentido, teoría y política se contradicen siempre. Su identidad y no contradicción suponen precisamente el oportunismo, el reformismo, la obediencia pasiva a la tendencia objetiva, sólo poseída y conocida con la ciencia, que a su vez se desarrolla a través de una inconsciente mediación obrera del punto de vista capitalista. La propia ciencia obrera, si se concibe inmediatamente como lucha de clases; si no se separa del momento de la práctica y a éste se subordina, es decir, si desea agotar en sí misma la totalidad de las tareas políticas, corre el riesgo de funcionar de hecho *sólo como ciencia;* pero esto no es otra cosa que una necesidad del capital, la articulación teórica que necesita éste para construir su propio punto de vista. De ahí el peligro práctico que con preocupación puede entrever quien decide construir teoría desde la clase obrera: el peligro de otorgar armas de conocimiento del campo propio al enemigo de clase, si al mismo tiempo no es capaz de aportar armas de otro tipo, de lucha y de organización, a la clase desde donde combate. No es suficiente entonces rechazar el *estudio* de la clase obrera. Es necesario pasar al momento de organización de la lucha: no para «verificar» en la práctica las hipótesis de la investigación, sino para arrancar el uso de éstas de las manos del capital, para convertirlas en instrumentos materiales de ataque directamente obreros. El mayor teórico del proletariado es una vez más Lenin, el Lenin bolchevique, organizador de los obreros de Petroburgo y de toda Rusia. Ser teórico de la clase obrera y político revolucionario son una misma cosa: materialmente deben coincidir en una sola persona. Algo fundamental, por lo tanto, cambia en la forma del punto de vista obrero, cuando éste observa, teóricamente, la propia clase. La clase obrera no es ya el objeto de análisis, como aún lo es el capital en el fondo, en cuanto *objeto–enemigo*: algo que se encuentra enfrente, y que debemos comprender y combatir al mismo tiempo. Reconstruir, de un modo subversivo, los movimientos directos de los obreros sólo puede hacerse desde el interior de su lucha, desde el punto de vista de sus necesidades de organización. El discurso sobre la fuerza de trabajo es construido desde el interior de la clase obrera. De este modo, quien construye este discurso se encuentra directamente implicado en la lucha de clases. La ciencia obrera experimenta una especie de «principio de indeterminación» cuando se abre a lo social. Observar la sociedad desde el punto de vista obrero es «molesto» no sólo para la ciencia social en general, sino para el conocimiento particular de la propia clase. Junto al determinismo en el desarrollo del objeto, en este nivel desaparece felizmente la pretensión subjetiva de hacer del punto de vista obrero una «ciencia exacta». Vuelve de esta manera a un primer plano ese *momento táctico de la investigación* que encontramos por vez primera en Marx: pero lo que para él era uso consciente de algunos resultados de la ciencia burguesa, para nosotros es hoy crítica continua y despiadada de todos nuestros resultados. Y esto explica porqué, apenas comienza el análisis de la clase obrera, surge, como desviación aparente del tema, todo este discurso sobre sí misma, sobre las experiencias del pasado, a la vez prácticas y teóricas, y sobre el estado presente del movimiento, en la lucha y en la organización. El discurso sobre la clase obrera es hoy en día sobre todo *autocrítica* del movimiento obrero organizado. Sólo pasando tácticamente por este período autodestructivo será posible la obra de reconstrucción estratégica del punto de vista obrero que debe mantenernos ocupados en los próximos años.

Sin embargo, no podemos conformarnos con esto. Las tareas de la práctica son de igual manera urgentes, directas y complejas. Es necesario que nos sepamos mover en ese espacio, no de la manera eternamente más «justa», sino de la forma que sea más útil para la propia clase en el momento presente. Aquí hay ciertas cosas que todavía debemos aprender. Y la primera de todas es ésta: que falta, desde el punto de vista de la clase como tal, el momento de la táctica. Es un punto importante. *La clase es sólo estrategia.* Y la estrategia vive, en ese nivel, por otra parte, de manera absolutamente objetiva. Una perspectiva estratégica como la del rechazo, se presenta materialmente incorporada a los movimientos de clase de la masa social obrera. Podrá comenzar a vivir subjetivamente, es decir, de manera consciente, de una forma *práctica*, únicamente cuando alcance el momento de *organización política*, que hoy todavía no somos capaces de definir de otra manera que no sea con la palabra «partido». Únicamente cuando se llega a esta subjetividad organizada de la estrategia, es cuando se desencadena el momento de la táctica, se desencadena la concreta aplicación práctica subversiva de lo que teóricamente ha sido anticipado: la clase obrera comienza a funcionar como proceso revolucionario. Si la clase obrera es estrategia, la conciencia de clase no es otra cosa para nosotros que el momento de la táctica, el momento de la organización, el momento del partido. De esta manera interpretamos la tesis leninista de la conciencia política, que debe ser introducida a los obreros desde el *exterior.* Desde el exterior, mediante la organización de partido, deben introducirse los virajes de la táctica. Desde el exterior debe ser impuesta a la clase, cuando sea necesario, la transformación táctica de la estrategia. Desde el exterior deben ser reconstruidos todos los pasos prácticos del proceso de la revolución, la cadena de las crisis donde encerrar el desarrollo del capital, los saltos en la organización con los que medir el crecimiento de clase de la masa obrera: atar todo esto con el hilo de hierro de una voluntad política

destructiva, esta es la tarea del partido. Llegados a este punto, ¿no existe el peligro de una sobrevaloración de la táctica? ¿No vuelve a situarse al partido fuera y, por lo tanto, por encima de la clase? Hemos afirmado que teoría y política se contradicen siempre. ¿Puede decirse lo mismo de estrategia y táctica, de clase y partido? Desgraciadamente, *se puede decir.* Y esto precisamente hace de la revolución obrera, como del comunismo de Brecht, esa cosa sencilla tan difícil de hacer. Cambia en momentos diferentes, en períodos concretos, el grado de intensidad de la contradicción. Cuando el proceso revolucionario está abierto, es evidente que la contradicción entre estrategia y táctica es mínima. Este momento presupone de hecho que el problema de la organización ya ha sido resuelto. Pero ni siquiera en este instante clase y partido coinciden; y, sin embargo, ponen en marcha una división normal del trabajo revolucionario en ellos mismos, y proceden unidos hacia el mismo fin. Sin embargo, observad hoy en día, cuando la apertura del proceso revolucionario es todavía un problema teórico, cuando la cuestión es todavía la manera para comenzar a practicarlo: la contradicción entre estrategia y táctica se encuentra en su máximo nivel de desarrollo; teoría y política no poseen un terreno común; la clase se halla sin partido y el partido sin la clase. El capital ha llegado a controlar y a dirigir la totalidad del funcionamiento objetivo del mecanismo. Y sin la mediación de la organización, la clase obrera no es capaz de hacer funcionar subjetivamente la propia fuerza como bloqueo del sistema, como rechazo y como subversión. En estas condiciones, el momento de la táctica se sobredimensiona y pasa al primer plano. Al igual que Lenin, cuando debió imponer conjuntamente a los obreros y a su movimiento el tema del partido. Como siempre, cuando se trata de resolver antes que nada y como condición de todo, el problema de la organización. Serán necesarios un gran equilibrio humano y una poderosa fuerza de pensamiento para no dejarse llevar por las necesidades cotidianas de la política inmediata, y para ver con anticipación lo que deberá suceder teóricamente. Sin embargo, esto no nos libera de la necesidad de reconocer cuál es el problema de hoy en día y dónde se halla el punto de máxima dificultad, punto que es necesario superar inmediatamente. Por lo tanto, hay que decir con valor que la conquista del poder político, que el propio Marx situaba ya en el orden del día de la lucha de clases, se presenta todavía en nuestros días en su forma primitiva o preliminar: como *conquista de la organización política.* Esta es la tarea urgente de todo el movimiento. Este es el vacío del precipicio que es necesario saltar. Muchas experiencias ya han fracasado. La nuestra *no fracasará.* Y si en un momento histórico la clase obrera consigue esto, lo demás está hecho. Para los obreros políticamente organizados en el decir *no* a todo, nos imaginamos que desmontar la máquina del capital debe de ser un juego de niños. Pensamos verdaderamente que el proceso revolucionario es recto, como la avenida Nevskij.

Los virajes aparecen antes, aparecen hoy en día, cuando la cuestión es encontrar el callejón correcto que debe llevarnos posteriormente a desembocar, en un punto, en la vía maestra. Para conseguirlo es necesario, antes de nada, *buscar con habilidad.* De esta forma, la propia investigación teórica sobre los conceptos de trabajo, fuerza de trabajo, clase obrera, no llega a ser otra cosa que un ejercicio en el camino del descubrimiento práctico de *una* conquista de la organización. La táctica de la investigación se transforma en la *investigación como táctica.* En su interior se dan casi todos los momentos políticos impuestos por la práctica de la lucha. El punto de vista obrero no prefigura el futuro y no describe el pasado: sólo contribuye a destruir el presente. La ciencia obrera se reduce a medio de organización de esta destrucción: y así debe ser.

14. ¡LUCHA CONTRA EL TRABAJO!

Para finalizar, volvamos entonces a los comienzos: a la naturaleza a la vez doble, dividida y contrapuesta del trabajo. Pero ya no trabajo contenido en la mercancía, sino clase obrera contenida en el capital. La *zwieschlächtige Natur* de la clase obrera consiste en ser ella misma trabajo concreto a la vez que trabajo abstracto, trabajo y fuerza de trabajo, valor de uso y trabajo productivo, a la vez capital y no-capital, a la vez, por lo tanto, capital y clase obrera. Aquí la división es ya contraposición. Y la contraposición es siempre lucha. Pero la lucha no es aún organización. No basta con que trabajo y fuerza de trabajo, en la clase obrera, estén objetivamente divididos: de hecho así aparecen unidos en el capital. Deben ser separados por medio de una acción subjetiva: sólo de esta manera se convierten en medio de una alternativa de poder. Ciertamente, la *Trennung,* la separación, la división, es la relación normal de esta sociedad. Pero también es cierto que mantener unido lo que está dividido constituye precisamente la fuerza del capital, ha construido su historia, construirá lo que queda de su futuro. Mantener a la clase obrera dentro de sí misma y contra sí misma, y sobre esta base imponer a la sociedad las leyes de su propio desarrollo, esta es la vida del capital, y no existe para él otra vida fuera de ésta. El punto debemos encontrarlo, por lo tanto, donde resulte posible impedir la unidad, donde llegue a ser practicable bloquear el mecanismo de la síntesis, separando por la fuerza los extremos, hasta el límite de la ruptura e incluso *más allá.* Este punto está dentro de la clase obrera, como la clase obrera está dentro del capital. Se trata precisamente de la separación de la clase obrera de sí misma, *del trabajo,* y, por lo tanto, del capital. Es la separación de la fuerza económica de la categoría económica. Pero la división y separación no son suficientes: es necesaria la lucha, la oposición, la contraposición. Para luchar contra el capital, la clase obrera debe luchar

contra sí misma en cuanto capital. Se trata del punto de la máxima contradicción, no para los obreros, sino para los capitalistas. Basta exasperar este punto, basta organizar esta contradicción, y el sistema capitalista dejará de funcionar, y el plan del capital comenzará a marchar hacia atrás, no como desarrollo social, sino como proceso revolucionario. Lucha obrera contra el trabajo, lucha del obrero contra sí mismo como obrero, rechazo de la fuerza de trabajo a convertirse en trabajo, rechazo de la masa obrera al uso de la fuerza de trabajo: estos son los términos en los que estratégicamente vuelve a proponerse, llegados a este punto, después de la táctica de la investigación, la división-contraposición inicial que el análisis marxiano había descubierto inicialmente en la naturaleza del trabajo. El *Doppelcharakter* del trabajo representado en las mercancías se descubre de esta forma como *naturaleza doble de la clase obrera*, doble y a la vez dividida, dividida y a la vez contrapuesta, contrapuesta y a la vez en lucha consigo misma. Debemos darnos cuenta de que todos los grandes problemas de organización, y la solución de éstos en una recuperada relación orgánica entre clase y partido, basan su enorme complejidad política en esta relación crítica interna a la propia clase obrera, que tanto más se intensifica como problema no resuelto, cuanto más crece la clase obrera como fuerza dominante. Sobre esta cuestión irán dirigidas, de ahora en adelante, las armas afiladas de la teoría, al igual que las rudimentarias armas materiales de la práctica cotidiana. Por lo demás, tampoco aquí queda mucho por inventar. Las formas modernas de la lucha obrera, en los países de capitalismo avanzado, incluyen como rico contenido de la propia espontaneidad la consigna de la lucha contra el trabajo, como único medio para golpear al capital. De nuevo, el partido se presenta como organización de lo que ya existe en la clase, pero que la clase no es capaz de organizar por sí sola. Ningún obrero está dispuesto hoy en día a reconocer la existencia del trabajo fuera del capital. Trabajo = explotación: este es el presupuesto lógico y al mismo tiempo el resultado histórico de la civilización capitalista. A partir de aquí no se puede volver hacia atrás. El obrero no sabe qué hacer con la dignidad del trabajador. Y el orgullo del productor lo deja en su totalidad al patrón. Y sólo queda el patrón para elogiar el trabajo. En el movimiento obrero, desgraciadamente, todavía hay lugar para la ideología. Pero en la clase obrera no. La clase obrera, hoy en día, sólo tiene que mirarse a sí misma para destruir al capital. Debe reconocerse como potencia política. Debe negarse como fuerza productiva. Observad el momento de la lucha: para el obrero en ese momento el productor se confunde con el enemigo de clase. El trabajo frente a la clase obrera, y contra ella, como un enemigo, será entonces el punto de partida no ya sólo del antagonismo, sino de la organización. Si la alienación del obrero tiene un sentido, no es otro que el ser un gran hecho revolucionario. *Organización de la alienación*: este es el paso obligado que se impone desde lo alto del partido a la espontaneidad

obrera. El objetivo es una vez más el rechazo, en un nivel más elevado: rechazo activo y colectivo, rechazo político de masas, organizado y planificado. La tarea inmediata de la organización obrera se llama ahora *superación de la pasividad*. Es posible llevarla a cabo con una única condición: reconociendo en la pasividad una forma elemental y espontánea de rechazo obrero. La pasividad de masas es consecuencia siempre o de una derrota política de los obreros imputable a las organizaciones oficiales, o de un salto del desarrollo capitalista en la apropiación de las fuerzas productivas sociales. Todo el mundo sabe que estas dos premisas objetivas de la pasividad obrera han crecido juntas en estos últimos decenios y juntas han llegado a conformar cada vez más el despótico poder absoluto del capital. Mientras éste conquistaba, a escala internacional, la totalidad de la sociedad y él mismo se socializaba, la idea de hacer asumir al movimiento obrero una figura política de gestor del interés social nacional, significó el riesgo de un suicidio histórico. Interrumpió un proceso revolucionario que había visto sus etapas sucesivas en junio de 1848, en 1871, en 1917. Desde entonces, los anales de la revolución llevan el título de *derrota obrera*. ¿Qué ha sucedido en ese momento para bloquear el camino? ¿Qué ha impedido que el proceso se precipitara? Cuanto más se reflexiona, con más claridad se descubre el poderoso dique de la pasividad en guardia frente a todas las posibilidades futuras de reactivación revolucionaria. En realidad, la contundente renuncia obrera a sentirse parte activa de la sociedad del capital es ya colocarse fuera del juego, contra los intereses sociales. Así, lo que aparece como integración de los obreros en el sistema, se presenta de hecho, no como renuncia a combatir al capital, sino como renuncia a desarrollarlo y estabilizarlo más allá de ciertos límites políticos, más allá de ciertos márgenes de seguridad de los que partir para las próximas salidas agresivas. Si por parte de la clase obrera se buscaba una respuesta única a la producción capitalista y al movimiento obrero oficial, no podía ser otra que ésta: una forma específica de autoorganización plenamente obrera basada en la espontaneidad de la pasividad, organización sin organización, que quería decir organización obrera sin institucionalización burguesa, uno de aquellos milagros de organización que sólo son posibles desde el punto de vista obrero, como el Estado burgués sin burguesía del que hablaba Lenin, no ya forma intermedia del Estado obrero, sino forma preliminar del partido obrero. Todo esto para indicar que si las nuevas grandes arcadas del partido deben trazarse hoy en día en un terrible vacío político de experiencias prácticas y de investigaciones teóricas, esto no quita que en el terreno político decisivo y directo de la clase obrera pilares colosales, cimentados en lo más profundo, señalen el punto de donde arranca el arco y el punto donde debe terminar. La no colaboración *pasiva* en el desarrollo del capital y el rechazo político *activo* de su poder son precisamente los dos extremos de este arco. La apertura del proceso revolucionario se coloca absolu-

tamente más allá. Y más acá se manifiestan todos los problemas presentes de la organización para la revolución. *Táctica de la organización, pues, para llegar a la estrategia del rechazo.* Ahí se dirige continuamente contra el enemigo de clase la única arma subversiva que se halla en grado de reducirlo a una fuerza subalterna: la amenaza de eliminar la mediación obrera de la relación social de la producción capitalista. No ser portadores nunca más de las necesidades del capital, ni siquiera bajo forma de demandas obreras; imponer a la clase de los capitalistas la presentación de manera directa de sus necesidades objetivas y a continuación rechazarlas subjetivamente; obligar a los patrones a pedir, de tal forma que los obreros, de forma activa, es decir, de manera organizada, puedan decir *no*. La superación de la pasividad obrera es posible hoy en día sólo a través de este camino, transformando la forma actual de su espontaneidad, manteniendo su actual contenido político de negación y revuelta. El primer *no* obrero a las primeras reivindicaciones de los capitalistas estallará entonces como una declaración de guerra total, la invitación histórica a la lucha decisiva, la forma moderna que asumirá la vieja consigna revolucionaria: ¡proletarios de todos los países, uníos! Todo esto no sucederá sin el máximo grado de violencia. Lo hemos visto. En todos los grandes cambios del pasado jamás ha sido transformado el *tipo* de actividad. Siempre y únicamente se ha tratado de una distribución distinta de esta actividad, de una nueva distribución del trabajo entre otras personas. Sólo la revolución comunista, como decía Marx, o simplemente la revolución, como podemos empezar a decir hoy, y, por lo tanto, sólo el actual programa mínimo de la clase obrera, se dirige por primera vez contra la totalidad del modo de actividad que ha existido hasta nuestros días. En él *se suprime el trabajo*. Y de esta forma, se abole el dominio de clase. Supresión obrera del trabajo y destrucción violenta del capital son entonces una única cosa. ¿Y el trabajo como «primera necesidad de la vida»? Quizá es conveniente trasladarlo de la perspectiva futura del comunismo a la historia presente del capitalismo, y hacerlo caer de las manos obreras para entregárselo a los patrones. A través de esta vía, con relación a Marx, ¿el punto de vista obrero no llegará al parricidio? Es una pregunta a la cual todavía no se puede responder. La continuación de la investigación aquí presentada será decisiva para encontrar tanto la solución de éste, como la de los restantes problemas derivados del mismo. Nada resulta ya demostrado. De nuevo, aún queda todo por hacer. Para hacerlo, será necesario durante mucho tiempo fijar la mirada en el punto más oscuro de todo el proceso, hasta llegar a ver claramente *qué ha sucedido dentro de la clase obrera después de Marx*.

(1965)

Algunos problemas finales

IX The Progressive Era

La clase obrera después de Marx: hay dos modos de afrontar el contenido histórico del problema. El primero es un recorrido cronológico que lleve a cabo, paso a paso, una reconstrucción de los grandes ciclos de la lucha obrera posteriores a la década de 1870, incluyendo toda la lista de los hechos que precisamente hacen *historia*, la historia del trabajo en la industria, la historia de la industria en el capital, la historia del capital en la política y en las vicisitudes del estamento político y, a la vez, las grandes teorizaciones, la que una vez se llamaba la historia del pensamiento, la primera sociología, la última forma de sistema asumida por la economía, el nacimiento de una nueva disciplina científica, esa teoría del hecho tecnológico, como ciencia del trabajo, enemiga del obrero. La periodización de la historiografía tradicional dice: de 1870 a 1914. Queriendo ser generosos, y sin querer trastocar siempre los hábitos mentales del intelectual medio, se podría incluso aceptar el cierre de un primer gran bloque de hechos dentro de esta época de «su» historia. Y desde allí avanzar hacia nosotros, hacia las luchas obreras nuevas, que constituyen la verdadera cuestión política, aún hoy en los inicios, de nuestra parte. Y existe otro modo: moverse por grandes nudos históricos, detenerse sobre macroscópicos conjuntos de hechos, aún no abordados por el conocimiento crítico del pensamiento obrero y que, por lo tanto, se han mantenido alejados de una comprensión de clase que los incorpore al uso político de sus consecuencias. Estos nudos, cuando son importantes, aíslan un aspecto fundamental de la sociedad capitalista; nos ofrecen, por así decir, un corte vertical que sigue una única línea, desde una base de luchas a un vértice de respuestas, bien político-institucionales, bien científicas, bien de organización. Cuando, como un raro fruto en un mar de circunstancias favorables, se aísla un nudo que secciona en horizontal todas juntas estas líneas que

desde abajo suben hacia arriba, entonces nos encontramos en presencia de un modelo de historia, un período privilegiado para la investigación, una tierra prometida de hechos, de pensamientos, de acciones, que debemos preocuparnos por explorar: el fruto de experiencias prácticas que de ello pueden recabarse es incomparable a cualquier pasivo recuento cronológico de hechos indiferentemente acontecidos. La alternativa está entre narración con interpretación incorporada –que es la vieja exigencia del objetivismo histórico– y su contrario: interpretación con narración incorporada, que es el nuevo recorrido de la investigación política por parte obrera. La elección es entre *historia* y *política*, dos horizontes legítimos, pero cada uno para una clase distinta.

Un peligro que correr y, al mismo tiempo, una aventura del pensamiento que celebrar: reunir y observar simultáneamente cosas diferentes que los especialistas nos han convencido para que las contemplemos siempre por separado; es una tentación a la cual difícilmente se sustrae el aparato de pensamiento neosintético del punto de vista obrero. Es increíble, por ejemplo, cómo la propia historia del trabajo y la historia de las luchas han tenido y continúan teniendo expertos diferentes. Increíble cómo la teoría económica es separada del pensamiento político como si ciertamente fueran dos doctrinas, dos cátedras, dos disciplinas académicas. Increíble cómo la sociología industrial, la única sociología que vale la pena tomar en consideración, se reduce, en el fondo, a un microanálisis de fábrica una vez divididos los problemas macroscópicos de la socialización desencadenada por la industria capitalista. Lo difícil no es reunir Haymarket Square con los *Knights of Labor*, el cañoncito de Homestead en Pennsylvania, en 1892, y la huelga en la *company town* de Pullman, en 1894, con el fresco nacimiento de la AFL [Federación Americana del Trabajo], Lawrence en Massachusetts, en 1912, y Paterson en New Jersey, en 1914, con el grito de los *wobblies «the union makes us strong»* [el sindicato nos hace fuertes]. Luchas y organización se asemejan hasta tal punto que incluso los ciegos las saben ver unidas. Pero situad todo esto dentro de la *Progressive Era* para convertirlo en un dispositivo de su interpretación y os mirarán sin lograr ver. Es Richard Hofstadter, en *The Age of Reform*, quien acerca el progresismo estadounidense de los años 1890-1920 al pseudoconservadurismo un poco excéntrico de nuestro tiempo.

> Las relaciones entre capital y trabajo, las condiciones de las masas en los barrios pobres, la explotación del trabajo de las mujeres y los niños, la necesidad de establecer determinados niveles mínimos decorosos de la condición social, todos estos problemas preocupaban mucho a los progresistas, sea por un sincero interés en el bienestar de las víctimas de la industrialización, sea por el temor a que la negligencia ante tales hechos pudiera producir la desintegración de la sociedad y la catástrofe final.

Cuando Theodore Roosevelt en 1902 –a diferencia de lo que había hecho el presidente Hayes en la huelga ferroviaria del 1887 y el presidente Cleveland en

el asunto Pullman– quiebra la gran huelga de las antracitas, no con el envío de las tropas federales, sino recurriendo a un justo resultado arbitrado; cuando, en el mismo año, somete a un proceso a la Northern Securities Company de J. Pierpont Morgan para demostrar a la opinión pública que el país estaba gobernado desde Washington y no desde Wall Street, entonces comienza la no larga historia de la iniciativa capitalista, ya no sólo progresismo político para la conservación social, un hecho tan viejo como la sociedad humana, sino una nueva forma de relación entre gestión política de la relación social y propiedad privada de los medios de producción, nuevo punto de enlace y de choque entre interés general y beneficio del capitalista individual, entre gobierno de la cosa pública y producción para el capital.

> Para comprender qué importancia tenía el cambio en Estados Unidos, basta con pensar el clima de opinión en el que se puso fin violentamente a las huelgas de Pullman y de Homestead, y confrontarlo con la atmósfera en la que la organización sindical se desarrolló desde la era progresista en adelante. Hubo, naturalmente, violencia y derramamiento de sangre; pero el precio pagado en sangre y violencia para la construcción de un poderoso movimiento sindical en el siglo XX ha sido, para la clase trabajadora estadounidense, inferior en gran medida al pagado simplemente para hacer funcionar las máquinas de la industria norteamericana durante el período que media entre 1865 y 1900.

La *Progressive Era*, c[illegible]us dos caras, de violencia obrera y de reformismo capitalista, representa un primer gran nudo histórico que de alguna forma debemos deshacer; la relación luchas-organización de los obreros-iniciativa del capital describe aquí un camino en sí ya emblemático, que alcanzará rápidamente más altos niveles, en virtud de experiencias más elevadas, pero después de largas pausas, después de oscuros paréntesis que arrojarán y continuamente arrojan el problema a las nieblas del pasado. Cierto que quien quiera encontrar la revolución en marcha no debe ir a buscarla a Estados Unidos: a este respecto las luchas de clase estadounidenses son más serias que las nuestras, porque obtienen más cosas con menos ideología. Sobre esto volveremos. Mientras, tengamos presentes las *Disertations* de Mr. Dooley, que son de 1906. Y Mr. Dooley (Finley Peter Dunne) ha sido definido como uno de los más sagaces comentaristas de aquella época, que entendió muy bien el carácter de ésta cuando dijo: «el ruido que escucháis no es el de los primeros disparos de una revolución. Es únicamente el pueblo de Estados Unidos que sacude una alfombra».

X La era marshalliana

Lo que en Estados Unidos se presenta como relación entre lucha obrera y política del capital, se representa en Inglaterra, en el mismo período, como relación entre movimiento de las luchas y respuesta capitalista en el ámbito de la ciencia. La respuesta estadounidense del capital tiende a desarrollar siempre su discurso institucionalmente, en el terreno de la iniciativa política asumida propiamente desde el vértice del Estado, en las raras y preciosas ocasiones en las que este vértice supera subjetivamente a la inteligencia más moderna objetivada en el sistema de producción. Inglaterra, al contrario de lo que se piensa, ofrece el ejemplo de una alta síntesis teórica del punto de vista capitalista sobre la lucha de clases. No es correcto localizar eternamente en Alemania el momento de la máxima autoconciencia del capital sólo porque una vez haya existido allí el filósofo Hegel. Si la economía es la ciencia por excelencia de la relación de producción, de cambio y de consumo de las mercancías en cuanto capital, y, por lo tanto, del trabajo y de las luchas obreras como desarrollo del mismo, entonces, no hay otro lugar más elevado de elaboración de esta ciencia que el pensamiento económico inglés. Cuando Marshall decía: se encuentra todo en Smith, obligaba a aquellos que venían después de él a decir: se encuentra todo en Marshall. Su gran obra –ha escrito Schumpeter– «es la conquista clásica del período, es decir, la obra encarna de manera más perfecta que cualquier otra la situación clásica que se creó en torno a 1900». Ahora bien, lo clásico de aquella situación no hay que buscarlo solamente en el sentido general de un descubrimiento, como aquella teoría de los equilibrios parciales, que le pertenece y que se halla unida al capitalismo inglés de su tiempo; ni hay que rastrearlo en momentos singulares, en bloques parciales de la investigación, que después todos juntos forman un nuevo sistema de pensamiento económico, la noción de

elasticidad de la demanda, la introducción del factor tiempo en el análisis económico, «período breve» y «período largo», la definición de un régimen de competencia perfecta y conjuntamente el concepto de «mercado especial» de una empresa, y todo lo demás que tomaba de otros, pero que le parecían a él mismo y a los demás asuntos verdaderamente nuevos, porque los reorganizaba a su modo: la utilidad marginal de Jevons, el equilibrio general de Walras, el principio de sustitución de von Thünen, las curvas de demanda de Cournot, la renta del consumidor de Dupuit. Keynes, en el quizá más bello de sus *Essays in Biography*, el dedicado precisamente a Marshall, tan sólo escribe una frase que ciertamente no concierne únicamente al personaje objeto del discurso biográfico, sino que implica también a su autor:

> Era una verdad fundamental muy firme para él, que quien está dotado de una actitud especial para la materia y de una fuerte intuición económica, comprenderá más exactamente las conclusiones y las conjeturas implícitas que las explicaciones y afirmaciones explícitas: en otras palabras, su intuición se anticipará a su análisis y a su terminología.

La situación clásica de la Inglaterra a finales del siglo XIX se halla definida por el modo en el que las intuiciones antes que el análisis, los conceptos antes que las palabras, se relacionan directamente con el hecho de clase, con el dato, el momento, el nivel de la lucha de clases. Para nosotros, clásico es siempre el modelo de una situación histórica en la que la lucha se liga a la política, la lucha a la teoría, la lucha a la organización. El año 1889 en Inglaterra no constituye un estallido aislado e imprevisto; nace al menos después de dos decenios de choques aislados pero continuos, atrasados pero muy conscientes, durante los cuales la actividad y la tasa de sindicalización crecen poco a poco, y que están protagonizados por mineros y ferroviarios, marineros y trabajadores del gas, trabajadores de la industria textil y siderúrgicos. Especialmente después de 1880, el salario real aumenta continuamente, la curva de los precios desciende, con una ocupación en general estable y un proceso de sindicalización en constante aumento, salvo la caída que se registra en torno a 1893. No es necesario reconstruir la situación de la clase obrera en Inglaterra a partir del habitual informe de denuncia sobre la miseria de los trabajadores, en la horma del elaborado por Charles Booth, *Life and Labour of the People of London*, famoso por aquel entonces, pero que siguió, no anticipó ni provocó, a la huelga de los trabajadores portuarios. Ha escrito Cole:

> Los llamamientos que habían hecho sublevarse a los obreros en las décadas de 1830 y 1840 no causarían impresión alguna a sus sucesores de la segunda mitad del siglo. Aunque en 1900 había todavía muchos miles de indigentes expuestos a la explotación, éstos no representaban elementos típicos de la clase obrera organizada u organizable. En las grandes industrias, los obreros habían dejado de ser la masa desnutrida y cubierta de harapos que podía ser fácilmente excitable por Feargus O'Connor o por James Rayner Stephen, o por alguno de los muchos «mesías» que surgieron en los primeros años del siglo XIX.

No había ya sublevaciones de masas, revueltas imprevistas, producto de la desesperación y de la desnutrición; las huelgas eran elementos ordenados, preparados y previstos, dirigidos y organizados. La propia propaganda socialista, para obtener resultados, ahora debía hablar a la razón y dejar de gritar a los instintos. Si «O'Connor había sido ardoroso como el infierno, Sidney Webb era siempre fresco como un pepino». Los trabajadores portuarios en 1889 reclamaban un salario de seis peniques a la hora, el pago de las horas extraordinarias, abolición de los subcontratos y del trabajo a destajo y un período mínimo de empleo fijado en cuatro horas. Los dirigían Ben Tillet, un descargador del puerto de Londres, Tom Mann y John Burns, obreros mecánicos, todos ellos exponentes del «nuevo sindicalismo», el que se batía contra las organizaciones de oficio, contra el sindicalismo de los obreros especializados, contra las sociedades de socorro mutuo, por una organización de masas de toda la clase obrera, por un tipo de lucha fundada sobre la solidaridad de clase, por una serie de objetivos capaces de poner en cuestión el sistema capitalista. La victoria de los trabajadores portuarios fue la victoria de los nuevos sindicalistas. La década de 1890 fue testigo de pocas luchas, pero muy avanzadas: los tejedores de algodón de Lancashire contra la reducción del salario, cuatrocientos mil mineros contra la escala móvil y a favor de una especie de salario mínimo garantizado, los ferroviarios por el horario, los mecánicos por la semana de cuarenta y ocho horas. «Entre los escépticos comentarios de los antiguos jefes» se imponía y avanzaba el proceso de organización de los obreros no especializados. Trabajadores portuarios, trabajadores del gas, mineros, constituían sindicatos carentes ya de límites de oficio. Una nueva época se abría en la relación ya histórica entre *obreros* y *trabajo*. No es la relación entre trabajo y capital la que señala en este caso un salto hacia adelante; al contrario, en el plano político este tipo de relación se estanca, y en el plano teórico no encuentra la sede de una nueva conciencia que la exprese después de haberla elaborado. No puede decirse ciertamente que los buenos fabianos sean los intérpretes virtuosos de la época. Aquí hay que resolver un problema de composición interna de la clase obrera, antes que un problema de ataque a fondo del sistema capitalista. Así será casi siempre en Inglaterra. No es necesario ir a buscar allí la estrategia de la toma del poder, ni modelos de organización política alternativa, ni desarrollos no utópicos del pensamiento obrero. Y, sobre todo, del lado del capital, no hay que buscar ahí la respiración mundial de la gran iniciativa. El momento político, desde el punto de vista del Estado, no encuentra márgenes de autonomía en la afirmación de una conducta propia en el terreno de la relación social. El gobierno no va más allá de una función –diría V. L. Allen– de *conciliator and arbitrator*: de la *Conciliation Act* [Ley de conciliación] victoriana de 1896 a la *Prices and Incomes Act* [Ley de precios y rentas] de setenta años después, que el equipo wilsoniano ha debido dejar a

los actos de las decisiones formales, se despliega toda una historia, solamente inglesa, de una fallida política capitalista del trabajo, y, por lo tanto, de fallida autonomía de la esfera política frente a las necesidades inmediatas del capital, única vía que ha llevado hasta el momento a una derrota estratégica de los obreros. De esto se desprende que el papel de apoyo dinámico en la gestión real del poder a largo plazo es asumido por la elaboración científica, por la conciencia teórica del problema obrero traducido en términos de conceptualización burguesa. La autonomía de la política a corto plazo del desarrollo capitalista se presenta aquí como autonomía de la ciencia: ciencia, no como tecnología, sino como teoría, no como análisis del trabajo, sino como economía del capital. No debemos ir a buscar en los puntos más altos del pensamiento económico el discurso directo sobre las luchas obreras: cuanto más alto es el nivel de elaboración, cuanto más abstracto es el movimiento de las categorías, tanto más difícil resulta reconocer la profusión de luchas que hay en este pensamiento: dado que éste no se halla alejado de la realidad, sino próximo a ella de forma compleja, no refleja de manera pasiva la relación de clase, sino que nos la presenta bien condimentada, y, por lo tanto, elaborada, en un plato de sabrosos conceptos. Debemos aprender a leer el lenguaje científico del capital mas allá de estos conceptos, detrás de la lógica de la disciplina y de las doctrinas, entre las frases, entre las palabras de «sus» tratados, que sistematizan «su» saber. No debemos aceptar como dicho aquello que dicen. Hay que descifrar el jeroglífico de la cultura, hay que traducir la jerga de la ciencia a nuestro ilustre lenguaje vulgar de clase. En relación con el gran descubrimiento científico por parte capitalista es necesario repetir la actitud que ésta asume frente a la realidad: no reflejar aquello que es, sino elaborar para comprender, y para comprender aquello que verdaderamente es.

En la lección inaugural de 1885 en Cambridge, Marshall afirmó: «Entre los efectos negativos de la estrechez de la obra de los economistas ingleses en el inicio del siglo, lo más lamentable fue la ocasión que ofreció a los socialistas de citar y aplicar disparatadamente dogmas económicos». También por esto –como testimonia el prefacio de *Industry and Trade*, de 1919– las obras de los socialistas lo repelían casi tanto como lo atraían, porque le parecían privadas de contacto con la realidad. Veía en aquel momento por todas partes «maravillosos desarrollos de la capacidad de la clase obrera» y recordaba cómo en un tiempo ya lejano, hacía más de un decenio, había estado convencido de que las propuestas generalmente recogidas bajo el nombre de «socialismo» fueran el objeto de estudio más importante que existía. Eran los años, entre 1885 y 1900, cuando pasaban en su casa los fines de semana dirigentes obreros como Thomas Burt, Ben Tillet, Tom Mann y otros, los nuevos sindicalistas, los victoriosos líderes de los trabajadores portuarios de 1889, año en el que Marshall colocaba la palabra fin,

después de veinte años de trabajo, a aquel «universo de conocimiento» que son, como ha dicho Keynes, los *Principles of Economics*[1]. Aquí –como en lo sucesivo en cada producto clásico del pensamiento económico– todo cuanto ocurre dentro de la clase obrera se presenta como si hubiera ocurrido dentro del capital. Correctamente, desde su punto de vista, la ciencia burguesa no asigna al hecho obrero y, por lo tanto, a la lucha obrera, ninguna autonomía. La historia es siempre historia del capital. La clase obrera, como trabajo o como salario, como compleja maquinaria viva o como simple energía natural, como función del sistema o como contradicción de la producción, juega siempre un papel subalterno, no disfruta de luz propia, refleja en sus movimientos el movimiento del ciclo del capital. Exactamente lo contrario a la verdad desde nuestro opuesto punto de vista. Aquí todo hallazgo de una ciencia social objetiva puede traducirse y debe ser traducido, en el lenguaje de las luchas. El más abstracto de los problemas teóricos tendrá el más concreto de los significados de clase. En septiembre de 1862, después de haber enviado a la British Association la *Notice of a General Mathematical Theory of Political Economy*, con las primeras ideas sobre el concepto de utilidad marginal, Jevons escribía a su hermano: «... Siento mucha curiosidad, en realidad, por saber qué efecto tendrá mi teoría sobre mis amigos y sobre el público en general. La seguiré como un artillero vigila el vuelo de un obús, para ver si sus efectos igualan a las previsiones». Si las previsiones son las de la *Theory* de Jevons de 1871, los efectos los volvemos a encontrar precisamente en los *Principles* de Marshall. Seguir este vuelo de obús en la historia de la lucha de la clase obrera durante este período es precisamente *nuestro* problema. Salvo error, debería ser éste el nudo histórico que habría que desatar, porque aquí está el nivel clásico de la cuestión, en lo que respecta a la relación lucha-ciencia, lucha obrera-ciencia del capital: una relación que tendrá después una larga historia, que se prolonga hasta hoy y que en absoluto ha concluido. En el subsuelo de aquella época debe haber, si hemos entendido bien, una fuerte corriente que lleva esta relación a una primera expresión-modelo. Es necesario excavar, para encontrar. El modo mismo en el que se plantean los términos del problema en este caso, ofrece una indicación de método que resulta preciosa para nosotros, tanto respecto a éste, como a otros objetos de nuestra investigación. «Jevons –dice Keynes– ha visto hervir la olla y ha lanzado el grito de alegría del niño; también Marshall la ha visto hervir, pero se ha puesto en silencio a construir un aparato.»

[1] Alfred MARSHALL, *Principios de economía*, Madrid, Aguilar, 1957.

XI La socialdemocracia histórica

Ha sido Friedrich Naumann, en *Demokratie und Kaisertum*, de 1900, quien ha definido el imperio bismarckiano como una república del trabajo. La monarquía social de los dos Guillermos merece este paradójico apelativo. Así como la tradición profundamente germánica de *Machtstaat* [Estado autoritario] ha resultado la más frágil de todas las instituciones políticas del capital moderno, de igual modo la bestia negra del junkerismo reaccionario, resulta la vía más abierta para el desarrollo de un cierto tipo de movimiento obrero democrático. Sin Bismarck no hubiera existido nunca, en su forma clásica, la socialdemocracia alemana: «sin Mahoma, Carlomagno sería inconcebible». Por otra parte, Rudolf Meyer, si bien desde su incómoda posición de socialismo agrario, tenía razón al decir que sin desarrollo de la socialdemocracia no habría habido desarrollo de la industria en Alemania. Todos estos pasos lógicos están llenos de sentido histórico. El tema: la organización política de la clase obrera encuentra en la *Mitteleuropa* [Europa central] de lengua alemana su lugar de elección, el terreno de un experimento una vez tan exitoso. La relación luchas-organización hay que medirla aquí, aunque sólo sea para situar el punto de despegue de un arco de largo alcance. Este arco no es preciso recorrerlo hoy con el corto paso de la práctica; sólo tenemos que exponerlo al ojo liquidador de la teoría obrera, que en sus actuales direcciones estratégicas va mucho más allá de cuanto ha habido, entonces y después. Tras esto podemos decir que nada, al menos en Alemania, iguala en importancia a la fuerza de choque del modelo político de la socialdemocracia clásica, de la *Offenes Antwortschreiben*[1] lassalliana de 1863, a ese año de luchas compactas

[1] Ferdinand LASALLE, *Manifiesto obrero y otros escritos políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989, pp. 63-112.

que fue 1913, con sus 5.672.034 jornadas laborales perdidas en las huelgas obreras. Frente a esta primera forma histórica de partido político de la clase obrera, todas las otras experiencias de organización han sido obligadas a presentarse como respuesta, como alternativa, una especie de imagen invertida de aquello que no se quería, una repetición en negativo de aquello que se consideraba como una malvada positividad. El sindicalismo revolucionario del siglo XX, la izquierda histórica luxemburgiana, los distintos experimentos consejistas, bávaros o piamonteses, los primeros grupos minoritarios, y los partidos comunistas recién nacidos, todas éstas son diferentes respuestas a aquella demanda de partido que la socialdemocracia ha impuesto a las vanguardias obreras, al menos en Europa. A este destino de organización, ante todo *antisocialdemocrática*, no huye el modelo bolchevique, que explota en la cabeza de Lenin apenas, fuera de Rusia, entra en contacto precisamente con las experiencias del movimiento obrero europeo. Alemania ofrece pues el terreno *político* clásico de la lucha obrera, al que después resulta obligatorio referirse respecto a toda solución de organización. Adaptando al joven Marx a la vejez del capital, curiosamente el partido de la clase obrera resulta ser el heredero, no de la filosofía, sino de la socialdemocracia clásica alemana.

Este hecho, como por desgracia todos los hechos, tiene también, digámoslo así, una cara oculta historiográfica. El movimiento obrero alemán, y toda la lucha de clases en Alemania, parece tener una historia sólo política, un desarrollo únicamente de los niveles de organización, siempre un hecho del vértice, una historia de los congresos del partido. Desde Mehring en adelante, la propia historiografía marxista ha sido una víctima fácil de esta falsa óptica. En ningún país como en Alemania es tan difícil llegar a tocar la realidad de las luchas. No porque las luchas sean pocas, sino porque aparecen poco, afloran apenas a la superficie, sumergidas bajo las consecuencias organizativas que de modo inmediato han provocado. No es extraño que el sindicato creciese, en este contexto, con tanto trabajo, en concurrencia y a menudo en lucha con el partido, de forma extraña, cronológicamente, siguiendo el desarrollo de éste. No es extraño que resulte familiar al militante intelectual medio de nuestro entorno el nombre políticamente insípido de cualquiera de los dos Liebknecht, mientras resulte del todo desconocido el nombre, por ejemplo, de un Karl Legien[2], este «Samuel Gompers alemán», como lo ha definido Perlman, que dirige durante treinta

[2] Karl Legien, socialdemócrata derechista alemán y uno de los líderes de los sindicatos alemanes. Desde 1913, presidente del Secretariado Internacional de Sindicatos; durante la Primera Guerra Mundial sostuvo posiciones nacionalistas a ultranza; véase, T. MAYER, K. H. KLÄR, S. MILLER, K. NOVY y H. TIMMERMANN (eds.), *Lexikon des Sozialismus*, Colonia, Bund Verlag, 1986, p. 396.

años, hasta su muerte en 1920, el sindicato, y, por lo tanto, las luchas sindicales, es decir, las huelgas obreras. Ahora bien, antes de que el junker cachubo von Puttkamer comenzara a aplicar con la mano recia del policía las leyes bismarckianas contra los socialistas, éstos habían tenido, es cierto, el tiempo de dividirse discutiendo entre ideólogos eisenachianos a lo Bebel y seguidores de aquel *Realpolitiker* filoprusiano, barón y obrero, que se llamaba von Schweitzer, pero también habían encontrado el momento de reunificarse cantando a coro los versículos de aquel programa de Gotha, que quién sabe qué destino pudiera haber tenido si no hubiera caído bajo las garras rapaces del viejo de Londres. Era un momento en el que las luchas eran de insólita violencia, cercanas a la sublevación, pero también cercanas y casi idénticas a la derrota. Las huelgas, locales, aisladas, mal organizadas y peor dirigidas, tampoco lograban unificar el frente patronal. Sin embargo, las *Erwachungstreiks* de finales de 1870 surtieron su efecto: entre 1871 y 1872 se produce un crecimiento de las luchas, de los metalúrgicos de Chemnitz a los mecánicos de la Cramer-Klett de Nuremberg, pasando por los 16.000 mineros del Ruhr que entraron en liza gritando: ocho horas de trabajo y 25 por 100 de aumento en el salario. En 1873, una violenta crisis se abate sobre la economía alemana, y los obreros se defienden encarnizadamente contra el paro, contra el recorte de los salarios, «con siempre mayor reticencia e indisciplina», como decía un proyecto de ley presentado al Reichstag. Theodor York, presidente del grupo profesional de los trabajadores de la madera, aprovecha la situación para lanzar la idea sindicalista, antilocalista, de una centralización de la organización. Pero estamos en Alemania: la centralización que se buscaba en el ámbito sindical se encuentra en el plano político. El congreso de Gotha considera «que es un deber de los obreros mantener lejana la política de los sindicatos», pero considera que es también su deber el afiliarse al Partido, «porque sólo éste podrá mejorar la condición política y económica de los obreros». De esto ha concluido justamente Gradilone:

> [que] «la fecha de 1875 constituye un punto de referencia indiscutible, por lo tanto, no sólo porque supuso el nacimiento del primer partido obrero europeo, sino también porque contribuyó indirectamente a indicar el *camino* a los restantes partidos similares del continente... todos, quién más y quién menos, surgidos a continuación por la influencia directa o indirecta ejercida por la constitución del partido alemán.

Debemos reconocer que la socialdemocracia extrajo objetivamente del contenido de las luchas la forma política del partido, que trasladó la relación lucha-organización al terreno de la práctica estatal, y utilizó, por lo tanto, las luchas para crecer como poder alternativo, como potencia institucional de signo opuesto, antiEstado provisionalmente en espera de pasar a ser gobierno. Paradójicamente, ha sido Lenin quien ha dado una teoría del partido a la socialdemocracia. Antes existía sólo una praxis política cotidiana. Únicamente desde

el interior del grupo bolchevique, al principio tan sólo desde la ventana de la redacción de *Iskra*, se hace visible una sistematización de principio del funcionamiento del partido histórico de la clase obrera. Incluso las *Aufgaben* [tareas] más clásicas de la socialdemocracia llegaban a señalar el programa estratégico y el camino táctico del partido, pero no las leyes de movimiento de su aparato; no se planteaba la pregunta completamente leniniana: ¿qué tipo de organización nos hace falta? Contraponiendo un tipo de organización al otro, Lenin elabora la teoría de ambos. Precisaba de ello por qué su discurso era completamente político, no partía de las luchas, no quería partir de aquí, su lógica estaba fundamentada sobre un concepto de racionalidad política absolutamente autónoma de todo, independiente del propio interés de clase, si acaso común a las dos clases, su partido no era el antiEstado; incluso antes de la toma del poder era el único verdadero Estado de la verdadera sociedad. Antes de Lenin, y a causa de su teoría del partido, no tenemos que buscar la lucha obrera. Esto no disminuye, sino que en realidad engrandece la aportación genial de su experiencia. Aunque sin ser movido por la fuerza de la lucha obrera, Lenin capta totalmente las leyes de su acción política. Por esta vía, el concepto burgués-clásico de autonomía de la política experimenta un proceso de refundación, desde un punto de vista obrero. Distinto, en este plano, es el destino histórico de la socialdemocracia. Su forma de partido no ha inventado nada, solamente ha reflejado en sí misma, en su práctica cotidiana, un nivel teóricamente muy alto del ataque obrero al sistema. Tras la socialdemocracia alemana, como tras la ciencia económica inglesa y tras la iniciativa capitalista estadounidense, encontramos, por el contrario, el inicio de una larga tipología, que, a medida que se aproxima a nuestros días, especifica cada vez más el carácter del enfrentamiento entre salario de los obreros y beneficio del capital. No resulta extraño que la historia obrera del capital comience a dar sus primeros pasos desde este punto. Esto puede demostrarse a partir de ese momento, luchas en mano.

Abramos el Kuczynski, tercer volumen de su monumental *Geschichte der Lage der Arbeiter in Deutschland von 1789 bis zur Gegenwart* [Historia de la situación de los obreros en Alemania desde 1789 hasta la actualidad] (primera parte de una obra, cuya segunda parte comprende el análisis de la situación obrera en Inglaterra, en Estados Unidos y en Francia), una obra que, desprovista de su conceptualización y de su terminología paleomarxisrta, constituye una mina de noticias sobre la clase obrera. El año 1889 fue clave. El año del nacimiento de la Segunda Internacional –esta hija legítima de la socialdemocracia y del capital en Alemania– es testigo en las dos orillas del canal de la Mancha de la huelga de los trabajadores portuarios ingleses y de la huelga de los mineros alemanes. Tras la lucha de los 25.000 albañiles y carpinteros de Berlín por la plataforma «horario de diez a nueve horas, salario de 50 a 60 *pfenning*», he aquí que explota aquella vanguardia de masas histórica que siempre han sido los mineros: 13.000 en el Saar, 10.000 en Sajonia, 18.000 en Silesia, 90.000 en Renania-Westfalia, todos parados; llega el ejército enviado contra los huelguistas: cinco obreros muertos, nueve heridos. Escribieron sobre ello Engels y Rosa Luxemburgo, el Reichstag se vio afectado por la cuestión, los jefes del movimiento, Schröeder, Bunte, Siegel, llegaron hasta el Káiser. Las consecuencias rápidas, como un rayo, llegan todas durante el año siguiente, 1890: el 20 de febrero, los candidatos socialdemócratas recogen un millón y medio de sufragios, el 20 por 100 de todos los votos, 660.000 más que en 1887; el 20 de marzo Bismarck es liquidado; el 1º de octubre se derogan las leyes excepcionales contra los socialistas. Se inicia «un nuevo período en la historia del Reich alemán, así como en la historia de la socialdemocracia alemana»: son palabras de Mehring. Es necesario introducir hoy en el discurso teórico esta nueva forma de periodización histórica, encontrar nuevas fechas, nuevos nudos temporales de los que surge la respuesta social o la gran institución colectiva o el gran pensamiento individual. Entre 1890 y 1913 se despliega en Alemania una época de la historia del partido y de las luchas, cuyo entrelazamiento lleva a una conclusión clásica las premisas sentadas por las experiencias precedentes. Desde noviembre de 1890 a septiembre de 1891, una treintena de huelgas, con 40.000 obreros en lucha: en primera fila los tipógrafos, los «ingleses» del movimiento sindical alemán, con su éxito legal sobre el horario. Entre 1892 y 1894, 320 huelgas, difusas, pequeñas y breves, que incluyen a 20.000 obreros. En 1895 y sobre todo en 1896 otra gran oleada, en Berlín, en el Saar, en el Ruhr. La media de los conflictos favorables a los obreros oscila entre el 56,5 y el 74,4 por 100. Soplan vientos de victoria obrera. La huelga de los trabajadores portuarios de Hamburgo en 1896 hace que se hable de nuevo de la idea de las leyes antihuelga. Se llega a la *Zuchthaus Vorlage* [propuesta de prisión] de 1899, bloqueada en su tramitación parlamentaria. En cambio, la huelga de Crimmitschau, en 1903, tiene un desenlace distinto. Ocho mil tejedores fuera del trabajo durante cinco meses, en lucha por el salario. La respuesta fue el desencadenamiento, por necesidad, de un fuerte movimiento asociativo de la patronal: comienza aquí ese largo proceso que llevará a principios de la posguerra a la contundente realidad antiobrera y, por lo tanto, contrarrevolucionaria de una *Vereinigung der deutschen Arbeitgeberverbande* [Confederación de organizaciones empresariales alemanas]. Los años que median entre 1903 y 1907 conocen una intensidad de la lucha igual a su extensión cuantitativa: el punto máximo se alcanza en 1905, cuando los obreros en huelga llegan a medio millón y se pierden 7.362.802 jornadas de trabajo. Pero poco después, en 1910, los obreros en huelga son 370.000 y nueve millones las jornadas de trabajo perdidas. Y así, con ligeras oscilaciones a la baja, hasta 1913. Son datos de Walter Galenson, para los años 1890-1917. Y así se entiende aquello que asombra al

historiador genérico, a la Vermeil, de la Alemania contemporánea: de 1890 a 1912 los votos socialdemócratas pasan de 1.427.000 a 4.250.000, los escaños de 35 a 110. Mientras tanto, en el campo sindical, según los datos de Zwing, de 1891 a 1913, las federaciones disminuyen de 63 a 49 y el número de los inscritos asciende de 277.659 a 2.573.718. Después, con el acuerdo de Mannheim, tras la guerrilla, la paz y la armonía reinan en las relaciones entre partido y sindicato. Se trata de una evolución rica en contradicciones, rayos que descargan y desaparecen, dejando entrever las fuerzas que guían el proceso, pero también el desenlace negativo que fatalmente le espera. En general, se ha visto –se ha querido ver– en la Segunda Internacional el único ámbito de debate teórico de ese período, como si se hubiese escrito en su totalidad en la *Neue Zeit*, como si se hubiese enmarcado completamente en el *Bernstein-Debatte*, y agotado en la disputa que enfrentaba a intelectuales *puntillosos* en torno a la *Zusammenbruchstheorie* [teoría del derrumbe]. Se ha querido hacer de la socialdemocracia clásica alemana un episodio de historia de la teoría del movimiento obrero. Pero la verdadera teoría, la alta ciencia, no estaba dentro del campo del socialismo, sino fuera y en contra del mismo. Y esta ciencia completamente teórica, esta teoría científica, tenía como contenido, como objeto, como problema, el hecho de la política. Y la nueva teoría de una nueva política surge aquí simultáneamente en el gran pensamiento burgués y en la praxis subversiva obrera. Lenin estaba más cerca de la *Politik als Beruf* [la política como profesión] de Max Weber que de las luchas obreras alemanas, sobre las que se apoyaba, coloso de pies de arcilla, la socialdemocracia clásica.

Escribía el socialdemócrata Theodor Geiger, en la época de Weimar, cuando todavía hablaba a los cuadros del partido de la *Volkshochschule* [escuela superior popular] de Berlín: «Llamamos "*die Masse*" a aquel grupo social que tiene un fin revolucionario y destructivo». Lukács había captado la situación exactamente, un año antes, al dilucidar la esencia de la «táctica socialdemócrata», según la cual el proletariado debe realizar pactos con la burguesía, porque la revolución verdadera resulta todavía lejana y sus verdaderas condiciones no existen todavía:

> [...] cuanto más maduran los presupuestos subjetivos y objetivos de la revolución social, con tanta mayor «pureza» el proletariado puede realizar sus propios fines de clase. Así, pues, el compromiso en la praxis presenta, como reverso de la medalla, un gran radicalismo, una voluntad de absoluta «pureza» de los principios en relación con «los fines últimos.

Esta es la socialdemocracia, la verdadera, la socialdemocracia clásica e histórica. No es exacto que abandonase el fin revolucionario. Se confunde en estos casos con cualquier fórmula del revisionismo bernsteiniano. La obra maestra de aquella socialdemocracia era justamente mantener tácticamente unidas las dos caras de la medalla, las dos posibles políticas del partido, una práctica cotidiana

de acciones mencheviques y una ideología de puros principios subversivos. Esta es la razón por la que afirmamos que esa es históricamente una solución de organización, en el plano político, de la lucha obrera, de la cual no es fácil encontrar un equivalente. El modelo bolchevique, y todo el movimiento comunista que lo sigue, no llega a tanto, o mejor llega a algo cualitativamente distinto. Intentemos explicarnos con otras palabras. La forma clásica de partido de la socialdemocracia, aquella que encontramos en Alemania en el período del que hablamos, refleja pasivamente un nivel de la espontaneidad obrera que lleva en sí mismo y en sus luchas la ambigüedad, la contradicción, la duplicidad entre la búsqueda de mejores condiciones capitalistas de trabajo y el rechazo «socialista» de la totalidad de estas condiciones, en la superación del capital. La situación no era tan atrasada como para no permitir explosiones cíclicas de lucha económica, ni tan avanzada como para no sugerir propuestas alternativas de gestión formal del poder. De hecho, entre lucha obrera y partido socialdemócrata el contacto ha sido desde el principio directo, la relación tan estrecha como para no permitir la mediación del ámbito sindical; el tradeunionismo está ausente en la tradición obrera alemana y, en consecuencia, todo el discurso de prospectiva política revela a su vez una impresionante ausencia de mediaciones conceptuales, localizadas y arrancadas al campo del adversario. Este milagro de organización de la socialdemocracia alemana tiene como reverso un nivel medio de mediocridad intelectual, una aproximación científica, una miseria teórica que podían producir solamente el estropicio que han producido: ese cuidado escolástico de la verdad marxista, que de Lenin en adelante todavía debemos perder tiempo en combatir. Mientras tanto, la alta ciencia del capital crecía, y crece, por su cuenta, sin ser atacada y sin rivales. He aquí la verdadera ilusión en cuyo interior el horizonte táctico socialdemócrata se halla siempre prisionero: una especie de visión optimista del proceso histórico, que se desplaza hacia delante mediante un desarrollo gradual y no mediante un choque violento con el adversario, y que, por consiguiente, al final de sí encuentra un tranquilizador y confortable juicio del dios justo y bueno. Max Weber –un ejemplo de alta ciencia del capital– planteará después correctamente la cuestión alternativa:

> [...] si el valor en sí del actuar ético, el puro querer o la intención, deba bastar para su justificación, según la máxima «el cristiano actúa bien y remite a Dios las consecuencias»... o si debe tomar en consideración la responsabilidad por las consecuencias del actuar, para preverlas como posibles o como probables.

Es la manera en que se plantea la antítesis entre *Gesinnungsethik* [ética de la convicción] y *Verantwortungsethik* [ética de la responsabilidad] en el ensayo «El sentido de la "neutralidad valorativa" en las ciencias sociológicas y económicas»[3].

---

[3] Max WEBER, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

«En el campo social toda posición política radicalmente revolucionaria procede del primer postulado, toda política "realista" procede del segundo.» Pero apenas un año después, en la conferencia sobre *La política como profesión*[4], dirá que las dos éticas no son antitéticas de modo absoluto, sino que se complementan recíprocamente y en realidad «sólo unidas forman el verdadero hombre, aquel que puede tener la profesión de la política (*Beruf zur Politik*)». El hombre político, de hecho, es decir, «[...] aquel al cual le es consentido poner las manos en los engranajes de la historia», debe poseer tres cualidades sumamente decisivas: pasión, sentido de la responsabilidad y clarividencia. Pasión «[...] en el sentido de *Sachlichkeit* [objetividad], entrega apasionada a una causa (*Sache*)». Responsabilidad justamente en relación con esta causa, «[...] como guía determinante de la acción». Y clarividencia, es decir, «[...] capacidad para dejar que la realidad actúe sobre nosotros con calma y recogimiento interior, como decir ... la distancia entre las cosas y los hombres». A partir de estas premisas, la sociología del poder en Weber pasa a ser –como dice Gerhard Masur– una «sociología de la potencia». En tanto que la aspiración al poder es el instrumento indispensable del trabajo político, el *Machtinstinkt*, el instinto de la potencia, pertenece de hecho a la cualidad normal del hombre político. En las reuniones del Consejo de obreros y de soldados de Heidelberg, en el que Weber participaba en 1918, bien habría podido llevar, bien elaboradas, las leyes proletarias de una política de potencia. «La antigua problemática, cuál es la mejor forma de gobierno, la habría liquidado por falta de importancia. La lucha entre clases e individuos por el dominio o el poder le parecía ser la esencia, o si se quiere, el dato objetivo constante de la política.» No, no se está hablando de Lenin, sino todavía únicamente de Max Weber, «heredero de Maquiavelo y ... contemporáneo de Nietzsche», como correctamente lo ha definido, justo en el contexto arriba citado, Raymond Aron. Pero el político del que habla Weber se llama Lenin. ¿La pasión ardiente y la fría clarividencia no se encuentran en esa «sangre y juicio justamente mezclados» que Lukács atribuye a su Lenin, en la «Nota a la edición italiana»[5]?. Y el sentido de responsabilidad, ¿no coincide con la «disponibilidad permanente» de Lenin, con su figura en cuanto «encarnación del continuo *estar preparados*»? La verdad es que tan sólo desde el punto de vista obrero podía quizá ser completamente aplicada la concepción weberiana del actuar total y únicamente político. Esto quiere decir que nunca hay que permanecer como víctimas pasivas ni siquiera de la más alta espontaneidad obrera, como ocurría con el oportunismo serio de la socialdemocracia clásica. Quiere decir, por el contrario, mediar activamente de forma compleja toda la complejidad real de las

[4] Max WEBER, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1979.
[5] György LUCKÁCS, *Lenin*, Turín, Einaudi, 1970, pp. 111-127.

situaciones concretas en las que la lucha obrera no juega nunca sola de forma presionando en una única dirección, sino que siempre se entrecruza con la respuesta política del capital, con los últimos resultados de la ciencia burguesa, con los niveles alcanzados por la organización del movimiento obrero. En este sentido, es verdad que la lucha obrera está más detrás de la socialdemocracia que detrás del leninismo. Pero también es cierto que el leninismo es políticamente el más avanzado de los dos, porque prevé, o mejor, prescribe que su nexo histórico –la relación luchas-socialdemocracia– es la premisa práctica de una derrota en el campo de los obreros. Y puede prever y prescribir, porque conoce y aplica las leyes descarnadas de la acción política sin las ilusiones de las idealidades morales. Lenin ciertamente no conocía la lección inaugural pronunciada por Weber en 1895, en Friburgo. Sin embargo, actúa *como si* conociese e interpretase en la praxis aquellas palabras: «Para el sueño de paz y felicidad humana sobre la puerta del desconocido futuro está escrito: "abandona toda esperanza"». Esta es la grandeza de Lenin. Aún cuando no estaba en contacto directo con el gran pensamiento burgués, era capaz de hacer las cuentas con él, porque lo recababa directamente de las cosas, lo reconocía pues en su funcionamiento objetivo. Había comprendido así, con mucha anticipación, lo que nosotros ahora, con inmensa dificultad, estamos obligados a reaprender, la máxima de Weber, en la misma lección inaugural, que con coraje [illegible]íamos elevar a programa del partido: «Nuestros descendientes nos harán responsables ante la historia, no por el tipo de organización económica que les dejemos en herencia, sino por la medida del margen de movimiento que hayamos conquistado y transmitido».

XII La lucha de clases en Estados Unidos

Partamos de una hipótesis de investigación ya en sí misma cargada de una fuerte impronta política. La hipótesis es ésta: la lucha obrera ha alcanzado de forma absoluta el nivel más alto de su desarrollo en Estados Unidos durante los años que van de 1933 a 1947. Luchas avanzadas, luchas victoriosas, luchas obreras de masas o luchas de masas directamente obreras; sin embargo, simples luchas contractuales: tomemos cualquier experiencia revolucionaria de la vieja Europa, confrontémosla con este ciclo de luchas particular del Estados Unidos obrero, y sabremos así nuestros límites, nuestros retrasos, nuestras derrotas, en el mejor caso nuestros atrasos subjetivos, en el peor nuestra absurda pretensión de ser vanguardia sin movimiento, generales sin ejército, sacerdotes del verbo subversivo sin sabiduría política. Hay que poner rádicalmente en tela de juicio el discurso de quien considera hoy a los obreros europeos a remolque de situaciones más atrasadas, pero más revolucionarias. Si sobre el terreno de la lucha de clases la victoria se mide de acuerdo con cierta unidad de medida y en virtud de la cantidad de ésta que se ha conquistado, entonces los obreros europeos encuentran ante sí como el más avanzado modelo de comportamiento, para sus necesidades de hoy, el modo de vencer, o, si queréis, el modo de batir al adversario que han adoptado los obreros estadounidenses en la década de 1930.

Habían existido ricas premisas de lucha. Una oleada había crecido en el momento álgido de los años de guerra, y a su modo había transformado la guerra nacional, no en guerra civil, sino en lucha de clases. Cómo se comportan los obreros estadounidenses en las grandes guerras es un capítulo de historia contemporánea aún no escrito, por falta de coraje científico, por miedo a saber cómo están las cosas. Decir que los obreros se aprovechaban de la guerra de todos para satisfacer sus intereses de parte es una verdad amarga que de buen

grado desearíamos que no hubiese acontecido en la historia. La lucha obrera dentro de la guerra capitalista es un gran hecho político de nuestra época: no resulta extraño, pues, que vayamos a encontrarlo, libre de esquemas europeos, en el corazón estadounidense del sistema internacional del capital. Si en 1914 y en 1915 el número de huelgas había sido de 1.204 y 1.593, en 1916, el número pasa a 3.789 y en el 1917 a 4.450, con respectivamente 1.600.000 y 1.230.000 obreros en lucha. Si prescindimos del fabuloso año de 1937, tendríamos que llegar a 1941 para encontrar de nuevo 4.288 huelgas en un año, incluyendo a 2.360.000 obreros, el 8,4 por 100 del total de la fuerza de trabajo ocupada, exactamente como en 1916: porcentaje nunca alcanzado hasta 1945, con la excepción de otro de nuestros años fabulosos, 1919. En 1943, 1944 y 1945 constatamos un crecimiento impresionante: número de huelgas, 3.752, 4.956, 4.750, respectivamente; obreros en lucha, 1.980.000, 2.120.000, 3.470.000. La intensidad de la lucha obrera dentro de la guerra es superada en un solo caso: en la inmediata posguerra, en el momento de la primera reconversión de las industrias bélicas en industrias de paz y de bienestar civil. Parecería que los obreros deberían abstenerse de crear dificultades a un propósito tan humano. Veamos. En 1946: 4.985 huelgas, 4.600.000 obreros fuera del trabajo, el 16,5 por 100 de toda la fuerza de trabajo ocupada. En 1919: 3.630 el número de las huelgas, 4.160.000 el número de los huelguistas, el 20,[illegible] por 100 de la totalidad de los obreros entonces ocupados (cfr. *Appendix* C en R. Ozanne, *Wages in Practice and Theory*). Desde el punto de vista de los obreros, la guerra es una gran ocasión para obtener mucho, la paz es una gran ocasión para pedir más. Y así es. El *National War Labor Board*, institución newdealista antes del *New Deal*, encargada de dirimir los conflictos laborales, no encontró nada mejor que posibilitar la victoria de los obreros. Derecho de organización, convenio colectivo por medio de representación sindical, contratos *union shop* y *open shop* reconocidos por igual, igualdad de paga para las mujeres, salario mínimo vital garantizado para todos: estas son las conquistas del primer período de la guerra. Reafirmada la organización, explotando las necesidades nacionales del adversario de clase –los sindicatos superan en 1918 los cuatro millones de afiliados en la posguerra–, el enfrentamiento se desplaza al salario. Cuando se dice 1919, el militante revolucionario piensa en otras cosas: en la guerra civil de la Rusia bolchevique, en la República de los soviets de Baviera, en la Tercera Internacional y en Bela Kun, y el militante italiano piensa en Turín, en el *Ordine Nuovo*, en los Consejos antes de la ocupación de las fábricas. Pero Seattle es un nombre desconocido. Y sus trabajadores de los astilleros guiados por James A. Duncan, que arrastraron durante cinco días a la huelga general a 60.000 obreros, no son nunca citados. Sin embargo, arrancaba de ahí un año clave de la lucha de clases en Estados Unidos, que era quizá más importante para un destino positivo de la revolución mundial que todos los

demás acontecimientos «euroasiáticos» puestos juntos. Se pasó por la huelga de los policías de Boston, organizados en el sindicalismo del *Boston Social Club*, que quería afiliarse a la AFL, cosas del mayo francés, un poco más serias porque acontecían medio siglo antes, y, por lo tanto, no contemplaban en sus programas el *«foot-ball aux foot-balleurs»*. También estaban en huelga los mecánicos y los ferroviarios, los trabajadores de la industria textil y los trabajadores portuarios, las industrias de la alimentación y de la confección. Y se llegó al choque decisivo, en el terreno de la producción de la materia entonces fundamental para todo tipo de producción: el acero y el carbón. 350.000 obreros siderúrgicos pedían lo siguiente: convenio colectivo con aumentos de salario y jornada de trabajo de ocho horas. La *United States Steel Corporation* respondía que no tenía ninguna intención de «discutir de negocios con ellos». El tiempo del *New Deal* de guerra ya había pasado. Autoridades y fuerzas militares locales, federales y estatales, todas de parte de los patrones. Caza de brujas antiobrera, aislamiento de sus organizaciones ante la opinión pública, una veintena de muertos, y la derrota. Ha escrito Foster R. Dulles: «Si los obreros siderúrgicos hubieran vencido, toda la historia del movimiento obrero durante la década de 1920 habría seguido un curso completamente diferente». Se retiraron los siderúrgicos, entraron en juego 425.000 mineros. Aquí la organización obrera era mejor y, por lo tanto, las demandas más fuertes: aumentos salariales del 60 por 100, semana de trabajo de treinta y seis horas. Obtuvieron la mitad de cuanto reclamaban en concepto de salario, nada de cuanto pedían sobre el horario. Wilson el idealista, el neurótico vigésimo octavo presidente de Estados Unidos, hizo una maniobra para que el poder judicial revocase ejecutoriamente la huelga. John L. Lewis, presidente de la *United Mine Workers*, pronto famoso por otras hazañas, repitió el intento de desconvocatoria en la organización obrera. Los mineros no escucharon a ninguno de los dos presidentes, y continuaron la lucha hasta que consiguieron lo mínimo que en aquellas condiciones podían obtener. Podía leerse en los periódicos del momento: «Ninguna minoría organizada tiene derecho a lanzar el país al caos... Una autocracia obrera es igual de peligrosa que una autocracia capitalista». Eran las reglas metodológicas que el capital comenzaba a recoger del duro choque con los obreros, la filosofía social que triunfaría en el decenio feliz que se abría. La década de 1920 en Estados Unidos: la paz social, la gran prosperidad, «la era de las estupideces maravillosas»; el *welfare capitalism* [capitalismo del bienestar], altos salarios, no conquistados con la lucha ni concedidos por iniciativa política del capital, sino llegados como por azar de la elección económica del capitalista individual; se forjan por primera vez en la historia «cadenas doradas», baja terriblemente entre los obreros la tasa de sindicalización, nace una forma de sindicalismo patronal-empresarial, el *open shop* gana, la organización científica del trabajo avanza a pasos de gigante. Se

dice que el gran hundimiento llegó de improviso para despertar a todos del «sueño americano». Uno de los motivos por los que el capital no acabó de comprender que estaba corriendo hacia el borde del abismo fue este impresionante silencio de luchas de la masa obrera, que siguió a la derrota de los 400.000 ferroviarios en 1922, y que llegó hasta 1929 y más allá. Las luchas obreras son un insustituible instrumento de autoconciencia del capital: sin ellas, él no ve, no reconoce al propio adversario, y entonces no se conoce a sí mismo. Y cuando la contradicción explota, y se trata de una contradicción entre partes todas ellas internas al mecanismo del desarrollo capitalista, –entonces, de nuevo los obreros no intervienen activamente con las luchas, ni para acelerar la crisis, ni para de cualquier modo resolverla. Sabemos que no pueden obtener nada como clase particular, si el desarrollo general no puede conceder excedente alguno. Obviamente, los obreros no han querido la crisis. Mucho menos obvio, y en realidad un poco escandaloso, es sostener que la crisis no fue el producto de las luchas obreras, sino de la pasividad obrera, del masivo rechazo a salir a descubierto, con la reivindicación, con la propuesta, con la lucha y la organización. Entiéndase bien. No queremos decir que la causa de *esa* crisis estuviera en la actitud obrera frente al capital. Queremos decir que esta actitud era lo único que habría podido revelar la existencia de la crisis, lo único que, una vez expresado en luchas, habría permitido preverla. Y, por otra parte, es fácil entender la inflexión de la curva de las huelgas durante el decenio de las grandes oportunidades a la vuelta de la esquina. ¿Pero por qué la pasividad obrera en el corazón de la crisis? ¿Por qué no optar por la solución revolucionaria en una situación que objetivamente lo era, y difícilmente hubiera podido serlo más? ¿Por qué no sucede nada entre 1917 y 1929? Los obreros no plantean reivindicaciones y no las imponen con las luchas solamente en dos ocasiones: cuando obtienen sin pedir y cuando saben que nada pueden obtener. La ausencia de grandes luchas entre 1922 y 1933 tiene, por lo tanto, dos motivaciones distintas en los diferentes períodos que se extienden de 1922 a 1929 y de 1929 a 1933. En el primer periodo, los márgenes objetivos del beneficio capitalista se desbordan espontáneamente en el territorio ocupado por parte obrera. En el segundo período no hay márgenes para ninguna de las dos partes, una participación del salario obrero en el beneficio del capital es impensable, desaparecen las propias líneas de separación entre las clases, hay una sola crisis para todos. ¿Por qué luchar cuando no se puede luchar para arrancar concesiones? ¿Para tomar el poder? No nos confundamos. La clase obrera estadounidense no es el partido bolchevique ruso. Conviene atenerse a los hechos también cuando son problemáticos para nosotros. Cuando Roosevelt aborda la solución de la crisis, los obreros estadounidenses se despliegan de nuevo en posición de batalla, ponen punto final y reasumen clásicamente los precedentes inmediatos de su historia política: han luchado de

forma agresiva durante la guerra y han ganado, se han defendido con violencia después de la guerra y han sido derrotados, han sacado a manos llenas y sin escrúpulos del «centello dorado» del decenio feliz, no han reaccionado ni en defensa propia ni contra el adversario durante la crisis. Parece un ballet abstracto, privado de un contenido comprensible. Pero la lógica de estos movimientos es impecable, como la forma acabada en sí misma de una moderna racionalidad matemática. Debemos convencernos de ello. Los obreros estadounidenses son todavía la cara oculta de la clase obrera internacional. Para descifrar el rostro de esta esfinge de clase que la historia contemporánea nos pone delante es necesario realizar completamente la órbita del planeta obrero. La cara iluminada por los resplandores de nuestras revoluciones no es todo lo que hay que ver. La noche estadounidense parece oscura, porque se mira el día con los ojos cerrados.

El artículo 7 de la *National Industrial Recovery Act* [Ley de recuperación industrial nacional], que regula el derecho de los obreros «a organizarse y negociar colectivamente a través de representantes de su elección», la prohibición impuesta a los patronos de cualquier «interferencia, limitación o coerción», y el principio de salario mínimo y de horario máximo, es aprobado, conjuntamente con la totalidad de la ley, en junio de 1933. En el segundo semestre de este año el número de huelgas fue igual a la totalidad del año precedente, los obreros en lucha fueron tres veces y media los de 1932. En 1934, 1.856 las huelgas, 1.500.000 los obreros afectados, más del 7 por 100 de los ocupados. El número de conflictos no es elevado, pero ha afectado a las grandes industrias y a las grandes categorías, los siderúrgicos, los trabajadores del automóvil, los trabajadores portuarios de la costa del Pacífico, los trabajadores de la madera del noroeste y, en primera fila, y con la voz más alta de todos, casi 500.000 trabajadores textiles que exigen: semana de trabajo de treinta horas, mínimo salarial de 13 dólares, abolición del *stretch-out*, el *speed-up* de la industria textil, y el reconocimiento de la *United Textile Workers*. Cuando, como había ocurrido con la *Clayton Act* de 1914 y con la ley Norris-La Guardia de 1923, el artículo 7 se hundía por la reacción combinada del capitalista individual y de su jurisprudencia todavía burguesa, los obreros ya lo habían utilizado para lo que podía servir: para conseguir un margen de maniobra a las nuevas reivindicaciones elevadas ahora a organización. La consigna: organizar a los desorganizados, y, por consiguiente, entrar con el sindicato obrero en las grandes industrias de producción en masa, se hacía posible sólo en el momento en el que por parte de la conciencia colectiva del capital se abría la fábrica a un poder obrero moderno que sirviera de contrapeso al poder patronal, anticuado y atrasado. El año 1935 ve nacer conjuntamente, y de modo inmediato comprueba que juntos vencen, la *Wagner Act* y el CIO [Congreso de Organizaciones Industriales]. De nuevo, la prueba de que entre iniciativa política del capital y organización

avanzada de los obreros hay un nudo indisoluble, que no puede deshacerse ni siquiera queriendo. El *National Labor Relations Board* vigila para que los patrones no recurran a «prácticas de trabajo injustas», para que no se opongan con «procedimiento desleal» a las negociaciones colectivas, ordena el *cease and desist* sólo para la parte industrial, nunca para la parte obrera, priva a la empresa del sindicato, lo libra de la categoría de oficio, y haciendo esto lo devuelve, en realidad, lo pone por primera vez en manos del obrero común. No se trata, por consiguiente, de un órgano de mediación política entre dos partes igualitariamente contrapuestas –Franklin Delano no es Thedore Roosevelt–, sino de un órgano administrativo con funciones judiciales: un tipo de resolución ejecutiva totalmente contrario al vigente hasta ese momento en la tradición estadounidense, una regulación del capital sobre los capitalistas para que dejen espacio a la autonomía de la organización obrera. Y más aún: en el interior de la clase obrera, una elección a favor de los sectores motrices de las nuevas producciones, la identificación de la figura del nuevo obrero masa, en las grandes industrias del acero, del automóvil, del caucho, de la radio. Solo así se explica que a finales de 1937 el número de afiliados al CIO supere ya a los de la AFL: la primera organización con dos años de vida, la otra con medio siglo; y que *las appropriate barganing units*, se aprueben a finales de 1935 en su mayoría a favor del nuevo sindicalismo industrial, en apoyo al sindicalismo vertical. Si las opciones elegidas por el capital favorecen a la más avanzada de entre las organizaciones obreras, ésta a su vez interviene en el interior de la parte capitalista para que las nuevas opciones venzan sobre las viejas resistencias. Las leyes sobre las *Fair Labor Standards* [Normas Laborales Justas] –la continuación lógica de la *National Labor Relations Act* [Ley nacional de relaciones laborales]– es de 1938: salario mínimo de 25 centavos la hora y que ascenderá a 40 centavos en siete años, horario máximo de cuarenta y cuatro horas antes de 1939, cuarenta y dos antes de 1941, cuarenta después. Pero entre la *Wagner Act*, en realidad, entre su reconocimiento constitucional y esta continuación lógica de la misma, encontramos 1937: 4.740 huelgas en un año, una cifra que nunca se había alcanzado hasta aquel momento, un movimiento en extensión, no masificado en grandes puntos, sino ramificado en nodos vitales de la producción, con formas inéditas de lucha, con instrumentos de presión de una eficacia jamás experimentada. Se había comenzado con la fundación del *Steel Workers' Organizing Committee*, y sólo con el éxito de este movimiento organizativo la *Big Steel*, la inexpugnable fortaleza de *la United States Steel Corporation*, es obligada a la rendición: aumento de salario del 10 por 100, jornada de ocho horas, semana de cuarenta. Llegó el momento de la *Little Steel*: 75.000 obreros fueron obligados a una lucha durísima contra las compañías menores de la producción siderúrgica; tuvo lugar entonces la «masacre del Memorial Day» en Chicago y, por lo tanto, una derrota obrera temporal, que apenas cuatro años des-

pués será solucionada por la intervención del aliado político que manejaba las palancas de mando del gobierno. Pero el punto alto del enfrentamiento se produjo en la industria automovilística: por una parte, la más potente central sindical del país, la *United Automobile Workers* por la otra, las más fuertes *corporations* del capital, la General Motors, la Chrysler y la Ford. Hizo su aparición el *sit-down strike* y durante cuarenta y cuatro días la producción de la General Motors es bloqueada en Flint, Cleveland, Detroit y en todos los lados. Se dictó una resolución judicial ejecutiva ordenando la evacuación de las fábricas, que fue ignorada; también se intentó la irrupción de la policía, que fue rechazada. *Solidarity for ever* era el eslogan que unía a los obreros dentro y a la población fuera. Después, la victoria obrera: negociación colectiva con la UAW como contraparte reconocida. Estalla esta forma estadounidense de ocupación de las fábricas. Y le tocó ceder a la Chrysler. Sólo la Ford resistirá todavía cuatro años antes de su primera negociación colectiva, pero deberá dar más, nada menos que el maldito *closed shop*. La extensión cuantitativa del número de huelgas, típica de este año 1937, crecía: los obreros del caucho y del cristal, los trabajadores textiles, los ópticos, los de la industria eléctrica. Roosevelt y sus cabezas de huevo en parte seguían preocupados, en parte utilizaban el movimiento en su batalla interna dentro del capital. La ley sobre las «condiciones justas de trabajo», de 1938, fue una respuesta política avanzada que sólo aquellas luchas podían obtener. La lucha obrera sometía siempre más a su favor la mano pública apenas comprendió que esta mano estaba obligada a hacerse sumisa por sus propias necesidades. Se llega a la guerra con una relación de fuerzas violentamente desplazada a favor de la clase obrera. Nunca había ocurrido, pero esta vez aquí se había hecho posible: la solución de la crisis ha dado poder a los obreros, se lo ha quitado a los capitalistas. La maniobra siguiente, la reivindicación que entonces se impone es, por lo tanto, lógica y coherente. Ya no la consigna anticuada y socialista de la lucha contra la guerra, sino la reivindicación de clase más moderna y subversiva que entonces podía concebirse: participación obrera en los beneficios de la guerra. En 1941, incluso antes de Pearl Harbour, la lucha gira de nuevo sobre el salario: obreros del automóvil, de los astilleros navales, de los transportes, de la construcción, de la industria textil y de aquel punto neurálgico de la producción bélica que eran las *captive mines* ligadas a la gran industria siderúrgica, aquí siempre con Lewis a la cabeza y detrás 250.000 hombres. En un año, el salario medio da un salto hacia delante del 20 por 100. Los mineros estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial escriben un capítulo propio en la historia de la lucha de clases, que debería ser atentamente analizado. Nada pudo contra ellos el clásico *War Labor Board* y el propio Roosevelt deberá ponerse en su enfrentamiento con los mineros la dura máscara de enemigo de los obreros. En 1943 se añadirá su masiva fuerza organizada a los millares de huelgas espontáneas que explotaron en todo el país

contra el gobierno y sin los sindicatos. A partir de aquí, de nuevo, un crecimiento de luchas que caracteriza los últimos dos años de guerra y la inmediata posguerra. En 1946 como en 1919. Casi 5.000 el número de huelgas, casi cinco millones los obreros en lucha, el 16,5 por 100 de todos los ocupados, 120 millones de jornadas laborales perdidas. Prácticamente todas las industrias dentro del conflicto laboral. El *National Wage Stabilization Board* no encauzaba al movimiento. Una reivindicación obrera predomina sobre todas las demás: salario de paz igual a salario de guerra. Y los eslóganes que volveremos a encontrar un cuarto de siglo después sobre las plazas de Europa: «sin contrato nada de trabajo», «52 por 40», y la forma estadounidense del control obrero... «una ojeada a los libros de la contabilidad». Las puntas de lanza están de nuevo en la General Motors, entre los siderúrgicos, entre los mineros y además entre los ferroviarios. El aumento del coste de la vida, propio del tiempo de guerra, fue seguido de una loca persecución del salario nominal que casi lo alcanzó. Comienza aquí la historia contemporánea de la relación de clase precios-salarios, la evolución de esa enfermedad mortal con la que nuestro capital ha aprendido a vivir y que se llama, según el diagnóstico del economista, proceso inflacionista generado por el coste del trabajo, parte pues de ahí la dinámica del desarrollo como movimiento de las luchas que decidirá el destino del capitalismo moderno: quién deberá gestionarlo y quién podrá utilizarlo. El año 1947 empieza en Estados Unidos bajo el signo del «gran miedo» obrero, que había sacudido el país durante todo el año precedente. Es increíble, pero la ley Taft-Hartley se proponía en el fondo colocar el poder negociador de los capitalistas en un punto de igualdad respecto al poder negociador de los obreros. Esto lo dice todo sobre lo que había ocurrido en Estados Unidos desde 1933. La igualación de la capacidad de negociación de las dos clases en lucha –esta clásica reivindicación subalterna de igualdad de derechos contra la fuerza que decide– era llevada adelante por primera vez por los capitalistas y conquistada o reconquistada en el interior de su Estado. Un episodio emblemático de una historia que todavía conserva su actualidad, en donde no es cierto que una clase siempre domine y otra sea siempre dominada, sino que de cuando en cuando, en la relación de fuerzas siempre cambiante, la potencia de una supera la potencia de la otra, y esto independientemente de las formas institucionales del poder y del signo o el nombre con el que se presenta externamente la estructura formal de la sociedad, se llame ésta capitalista o socialista, según el lenguaje antiguo que nos remonta a los inicios de nuestra ciencia. Un episodio históricamente rico de una fuerte síntesis del pasado, una síntesis de los hechos fundamentales, de los elementos decisivos que la lucha de clases había acumulado desordenadamente hasta ese momento; cargado políticamente de un futuro todavía ni siquiera arañado por los ensayos de ataque de un movimiento obrero que ha conseguido llegar hasta ese punto, pero que de éste no ha conseguido par-

tir. Un hecho de la historia del capital que es al mismo tiempo una acción de política obrera: los catorce años que transcurren desde 1933 a 1947, en Estados Unidos. Todo cuanto habíamos encontrado dividido en diversos períodos y en distintos países antes de esta época, lo encontramos aquí de nuevo unificado en el nodo de una única y compleja red de hechos y de pensamientos: la relación lucha-iniciativa política del capital, la relación lucha-ciencia, la relación lucha-organización obrera y, por consiguiente, la *Progressive Era*, la era de Marshall, la época de la socialdemocracia, confluyen y todas ellas se reencuentran y juntas se reconocen como partes separadas de un único todo, precisamente en Estados Unidos durante estos años, en donde concluye, por lo tanto, una fase clásica de la lucha de clases, que se extiende desde la muerte de Marx (1883) hasta el momento inmediatamente anterior a nuestras actuales posibilidades de movimiento. Partir de las luchas obreras para sobresaturar los distintos niveles del desarrollo social –el Estado, la ciencia, la organización– es algo que se aprende de golpe de aquellos hechos. Después, la lucha obrera se sumará siempre a todos estos niveles tomados en su conjunto, y ello –aquélla más éstos– constituirá para nosotros el punto de partida real, tanto para el análisis como para la acción de clase. Pero expliquemos de forma más amplia y clara estos conceptos, no sólo oscuros en apariencia.

XIII Marx en Detroit

Una gran iniciativa por parte del capital se ha producido en el fondo sólo una vez, y no por casualidad ha tenido lugar después de la mayor crisis de su sistema y en medio de las luchas obreras más avanzadas de su historia. Quizá es ciertamente excesivo afirmar –como hizo después Rexford G. Tugwell– que el 4 de marzo de 1933 la alternativa era entre una revolución ordenada, «un pacífico y rápido abandono de los métodos seguidos en el pasado» y una revolución violenta contra la estructura capitalista. Quizá está más cerca de la realidad decir que había una sola vía abierta, un originalísimo camino obligado, que, comparada con los miserables asuntos institucionales de la sociedad contemporánea, adquiere hoy ciertamente el aspecto de una verdadera «revolución capitalista»: revolución no *contra* las estructuras del capital, sino *de* estas estructuras por parte de una iniciativa política que las controlaba –que ha intentado controlarlas– desde lo alto de una nueva estrategia. H. G. Welles escribió de Roosevelt: «Él es continuamente revolucionario... pero sin llegar nunca a provocar una violenta crisis revolucionaria». Y C. G. Jung simplemente lo definió como «una fuerza». El «feliz guerrero», en su camino desde Hyde Park sobre el Hudson hasta la Casa Blanca de Washington –como nos lo ha narrado Arthur M. Schlesinger jr.– imponía el terreno de su batalla. Que en Roosevelt cristalizará el interés de parte del capital más moderno en un momento dado es algo que no precisa demostración. Que en él la política mediase fuerzas opuestas internas de su clase, entre *new dealers* extremistas y moderados, es algo documentado por toda la historiografía sobre el tema. Que la curva de desarrollo de esta revolución del capital parte de 1933, llega hasta 1938 y después comienza de nuevo a subir, es algo sobre lo que habría posteriormente que profundizar, excavar en sus razones obreras, estadounidenses y europeas: la relación entre lucha de clases en Estados Unidos y neonacionalismo

económico de corte progresista, el intercambio entre aislacionismo histórico de las luchas obreras estadounidenses y la *national self-sufficiency* keynesiana aplicada en el primer *New Deal* es un argumento para someter de por sí a un examen crítico. Y, en general, que la forma revolucionaria de la iniciativa capitalista tuviera allí un contenido obrero, y que en realidad adquiriese tal forma en virtud de este contenido; que los obreros con sus luchas hicieran correr el riesgo de enfrentar al capital contra los capitalistas, al Estado formalmente de todos contra el interés real de pocos; que, por lo tanto, la conquista obrera de un terreno propio de organización tuviera como consecuencia arrancar al adversario de clase áreas de su terreno organizativo, todos estos son problemas para tener en cuenta en una investigación que parte de la historia, pasa por la teoría y llega a la política. Es un hecho que una política nacional del trabajo llega bastante tarde al interior mismo del *New Deal*. En los famosos cien días, entre la *Emergency Banking Act*, la *Agricultural Adjustement Act*, la *Tennessee Valley Authority Act*, se habló poco de la industria y de los obreros. El artículo 7, es cierto, fue la chispa, pero fueron necesarias las grandes luchas de 1933 y de 1934, fueron necesarios Minneapolis y San Francisco, Toledo y la *company town* de Kohler, la Georgia de los trabajadores textiles y el enfrentamiento armado de Rhode Island, para que se originara, en 1935, la llama de la primera ley sobre el trabajo promulgada por el capital, en la que los obreros ya no desempeñaban la función jurídica de clase subalterna. La ley fue tachada de «injusta» porque imponía obligaciones a los patrones y no a los trabajadores. Respuesta del senador Wagner: «[...] nadie juzgaría injusta una ley sobre el tráfico que regulase la velocidad de los automóviles sin regular la velocidad de los peatones...». Roosevelt y los hombres del *New Deal*, unos con mayor y otros con menor claridad, habían entendido esto: que una sociedad económicamente avanzada no puede ser políticamente atrasada. Si lo es, al final llega la crisis, el bloqueo del mecanismo de funcionamiento del sistema, una situación revolucionaria genéricamente no capitalista. Ha escrito William E. Leuchtenburg: «Los hombres del *New Deal* estaban convencidos de que la depresión era el resultado, no ya de un simple colapso económico, sino de un fracaso del sistema político»; en consecuencia buscaron nuevos instrumentos políticos». Y en otro momento: «Los reformistas de la década de 1930 abandonaron la vieja esperanza emersoniana de reformar al hombre y únicamente pretendieron transformar las instituciones». En este sentido, el experimento de Roosevelt fue «revolucionario» en el significado tradicionalmente burgués de adaptación de la maquinaria estatal a las necesidades de desarrollo de la sociedad, de puesta al día institucional frente al crecimiento económico. Con una diferencia importante: cae la presencia dominante de la ideología como nexo interno de la práctica política. Los *new dealers* se preocupaban de la promoción del poder adquisitivo como resorte del desarrollo, llamaban a los proyectos asistenciales medidas de conser-

vación de la fuerza de trabajo, hablaban de trabajo a los parados, de mercados a los agricultores, de comercio internacional a los industriales, de finanzas públicas a los banqueros. Eran los conservadores quienes empuñaban el arma de la indignación moral contra las injusticias que de esta forma se sumaban a las injusticias. Lo que Roosevelt llamaba un «afán lleno de coraje y tenacidad por experimentar» no hay que confundirlo con la tradición progresista estadounidense, de Jefferson y Jackson, retomada por Theodore Roosevelt y por Wilson. Hay aquí un salto político, un paso pragmático que deliberadamente acaricia el cinismo, un esfuerzo antiideológico, una carga agresiva de gusto antihumanitario, detrás del cual se entrevé y se reconoce la mano obrera que mueve indirectamente los hilos del discurso. Thurman Arnold era responsable del programa antitrust y su polémica se libraba precisamente contra el progresismo de todas las leyes que, desde la *Sherman Act* en adelante, y en la «forma de una religión nacional», como la ha definido Andrew Shonfield, se habían concentrado en la «ilegalidad» de las organizaciones industriales en lugar de proponerse la consecución de los objetivos económicos. El *folclore del capitalismo* era precisamente la lucha simplemente ideológica contra el poder del imperio industrial.

> La simple prédica en contra del mismo no daba otro resultado que una prédica contraria... Los reformistas eran prisioneros de las mismas creencias sobre las que se sostenían las instituciones que ellos intentaban reformar. Obsesionados por una actitud moral frente a la sociedad, ellos pensaban en términos utópicos. Estaban interesados en los «sistemas» de gobierno: la filosofía era para ellos más importante que la política de cada día; al final, sus éxitos se limitaron a la filosofía, en lugar de a la política.

Ha escrito R. Hofstadter: «Los hombres respetables, animados por ideales humanitarios, habían cometido, según Arnold, el típico error de ignorar que para gobernar una sociedad organizada no sirve la lógica, sino la organización». La lucha obrera dentro del *New Deal* había obligado al capital a descubrir las cartas. Después de que la crisis lo había empujado a hacerse políticamente moderno, la lucha obrera en los sectores más avanzados le obliga a presentarse también frente el exterior con su verdad de clase. No es un resultado baladí, si se quiere llegar a golpear al adversario real y no a su sombra ideológica. Una vez más Thurman Arnold, esta vez en *The Symbols of Government*: los jefes de la organización industrial, ignorando los principios jurídicos, humanitarios y económicos, «[...] construyeron sus propios errores, su acción fue oportunista, experimentaron con material humano y prestaron escasa atención a la justicia social. No obstante, todavía llevaron el nivel de la capacidad productiva a cimas que estaban más allá de los sueños de sus padres». La gran iniciativa capitalista ha sido una victoria obrera, aunque sólo sea por este hecho: que nos permite un crudo conocimiento del enemigo en el punto más alto de su resultado histórico; tras lo cual, condenarlo es inútil, ventajoso para nosotros es utilizarlo.

El presidente Roosevelt tiene toda la razón es el título de un artículo de Keynes en el *Daily Mail* en el verano de 1933. El rayo había llegado de Estados Unidos: ninguna estabilización del valor-oro del dólar. Y Keynes comentaba:

> Hacía mucho tiempo que un estadista no había barrido las telarañas con la audacia con la que lo ha hecho ayer el presidente de Estados Unidos... Es, sustancialmente, un desafío lanzado hacia nosotros para que decidamos si recorrer las viejas calles infaustas o explorar nuevas; nuevas para estadistas y banqueros, pero no nuevas para el pensamiento...

Lo tenía consigo mismo. Su larga lucha contra el *gold standard*, este príncipe fallecido entre los conceptos de preguerra, este «residuo borbónico», encontraba finalmente una voz cualificada dispuesta también a escuchar. En Inglaterra, el «retorno al oro» había sido el indicador que le había permitido prever por anticipado y profetizar dos grandes desventuras para el capital: el 1926 inglés y el 1929 mundial. La decisión de revalorizar el 10 por 100 el cambio de la esterlina quería decir «reducir dos chelines por esterlina» el salario del obrero. Las *Consecuencias económicas de Winston Churchill* serán la huelga política, que desde los mineros se extenderá por toda la clase obrera inglesa, apenas un año después de estas profecías keynesianas.

> No es lícito esperar que las clases trabajadoras entiendan cuanto está ocurriendo más de lo que lo entiende el consejo de ministros. Aquellos que sufran primero el ataque al salario deben aceptar una reducción del nivel de vida personal, porque el coste de vida no disminuirá hasta que todos los demás hayan sido también golpeados; y, por lo tanto, están justificados si se defienden... Así, pues, los trabajadores no podrán hacer otra cosa que resistir el mayor tiempo posible: y será la guerra abierta hasta que los más débiles económicamente abandonen el campo.

La otra profecía, de consecuencias mucho más terroríficas, tardará tan sólo algunos años en cumplirse.

> El *gold standard*, encomendado como está al puro azar, con su fe en los «reajustes automáticos» y su general indiferencia ante los detalles de carácter social, es el emblema sustancial, el ídolo de aquellos que ocupan los puestos de mando. Considero que en su cinismo, en su vago optimismo, en su consoladora confianza en que nada verdaderamente grave puede ocurrir, hay una temeridad infinita. Nueve veces de cada diez nada verdaderamente grave ocurre... Pero si continuamos aplicando los principios de una política económica elaborada sobre hipótesis del *laissez-faire* y de la libre competencia en una sociedad que está liberándose rápidamente de estas hipótesis, corremos el riesgo de que se verifique la décima posibilidad...

Son palabras de 1925: la aplicación de los viejos principios continuó, y la «décima posibilidad» se verificó: parecía una gran depresión y fue una gran crisis. «Nadie nos ha engañado. Pero estamos hundidos en un enorme pantano por haber cometido un error en el control de una máquina delicada de la que no comprendíamos el funcionamiento.» La alta ciencia del capital muestra frente al peligro el mismo coraje que la gran iniciativa política que tomaba cuerpo en tierras estadounidenses.

Keynes está en Estados Unidos en junio de 1931 y vuelve en junio de 1934. Mientras tanto, el 31 de diciembre de 1933 *The New York Times* publica su carta abierta a Roosevelt. Aquí el presidente aparece como depositario, como fiduciario, de «[...] un experimento razonado en el marco del sistema social existente». Si aquél no tiene éxito, el progreso nacional se detendrá y se encontrarán solos combatiendo entre ellos, por una parte la ortodoxia, por otra la revolución. «Pero si lo tiene, métodos nuevos y más audaces serán experimentados por todas partes, y nosotros podremos fechar el primer capítulo de una nueva era económica.» Los dos se gustaron mutuamente. Keynes nos describirá minuciosamente la forma de las manos del presidente. Y Roosevelt escribirá a Felix Frankfurter: «He tenido una larga conversación con K. Me ha complacido inmensamente». Uno de los dos debe haber dicho –como Napoleón con Goethe– *Voilà un homme!* Harrod nos dice que, en cuanto respecta a la influencia directa de las teorías de Keynes sobre la acción de Roosevelt, las fuentes son contradictorias. «Hay quien ha supuesto que Keynes le había infundido el coraje de conducir las operaciones a gran escala. Y es cierto que Keynes no dejaría de insistir en este sentido; pero puede pensarse que el presidente estaría impulsado en la misma dirección por instinto.» Parece más probable que la influencia de Keynes sobre los acontecimientos estadounidenses haya pasado por canales un poco diferentes, «[...] no a través de Roosevelt, sino a través de hombres perspicaces que, desde lugares de servicio, habían tenido los oídos abiertos». De cualquier forma, este no es el punto en discusión. Que Keynes, por un canal u otro, haya llegado a Estados Unidos, no puede ponerse más en duda. Pero hay que sostener la tesis inversa: que Estados Unidos, la situación política de la economía estadounidense, la lucha de clases en este país, hayan pesado sobre la formación del núcleo central del pensamiento keynesiano mucho más de cuanto se admite generalmente, mucho más de lo que se quiere explícitamente reconocer por parte de quien ve en esta perspectiva un peligro científico. Paul A. Samuelson ha escrito, precisamente a propósito de Keynes: «La ciencia, como el capital, crece por aportaciones sucesivas, por lo que la oferta que cada científico lleva a sus altares, florecerá eternamente». Para siempre y para todo lugar. La ciencia, como el capital, no tiene límites. El descubrimiento, siempre conocemos el cerebro materno del que nace, pero la verdadera paternidad de la concepción permanece oscura y misteriosa incluso para aquel que lleva en su cuerpo la nueva criatura. Las semillas son muchas, porque la trama histórica de los hechos es compleja. Lord Keynes, «de pies a la cabeza, un producto de Cambridge» –como ha dicho E. A. G. Robinson y como resulta obvio para todos–, es en realidad un economista estadounidense. Se ha planteado la cuestión de si se habría escrito una *General Theory*[1] sin Keynes. Y se

---

[1] J. M. KEYNES, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, London, 1936 [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Madrid, FCE, 1985].

ha respondido fácilmente que no. No era esa la pregunta. El prefacio a la edición original de la *Teoría General* lleva la fecha del 13 de diciembre del 1935. Un año fabuloso, éste, que ya había dado la *Wagner Act* y el CIO. Durante el decenio precedente es cuando llegan a la madurez y explotan los elementos de la «revolución keynesiana». En 1924, interviniendo en *The Nation*, en el debate abierto por Lloyd George sobre un programa de obras públicas como remedio para el paro, ya mostraba abierto el camino hacia una concepción nueva de la política económica. Con *El final del laissez-faire*, publicado dos años después, pone a punto, todavía como brillantes intuiciones, conceptos fundamentales del futuro. «Tenemos necesidad de un nuevo orden de ideas que sea el portador natural de una honesta revisión de nuestros sentimientos más profundos en relación con la realidad exterior.» Para moverse, «en Europa faltan los medios, en Estados Unidos falta la voluntad». De los artículos sobre la industria algodonera de Lancashire, a finales de 1926, al opúsculo *Can Lloyd George Do It?*, de la primavera de 1929, hasta *The Means to Prosperity*, de 1933, corre una reflexión continua en voz alta sobre los mismos asuntos, espiando si en los otros hay algo que se mueva. Sólo cuando la voluntad de moverse se presenta decidida sobre el horizonte estadounidense, únicamente entonces es cuando salta el mecanismo de exposición programática de la teoría, cuando la ciencia comienza a desgranar en orden lógico sus descubrimientos, cuando se fija en escritura material y se objetiva en un texto de nuevo clásico toda una conceptualización anticlásica de la economía. La pregunta seria es si podía disponerse de una *General Theory* sin la gran iniciativa capitalista, con todo lo que había detrás, la crisis, las luchas, y Estados Unidos, el país a un tiempo de la crisis y de las luchas: «la batería no funciona –decía Keynes–, ¿qué haremos para arrancar de nuevo?»; si se podía tener una nueva teoría de la política económica sin los primeros movimientos prácticos del capital más moderno sobre el terreno obrero más avanzado: ¿quién viene primero, Roosevelt o Keynes?; si las nuevas ideas podían obtener un éxito tan rápido sin la lección destructiva de las cosas, que había despejado el terreno de los dogmas de la teoría clásica más recalcitrantes a morir: «la dificultad no está en las nuevas ideas, sino en huir de las viejas...». El *Treatise on Money*, aquel sí era producto de un refinado experto en problemas monetarios y último, como Malthus había sido el «primero», de los economistas de Cambridge; así como veíamos en los *Principles* de Marshall la pomposa celebración científica de la Inglaterra victoriana. Pero detrás de la *Teoría General*, el horizonte se amplía: la gran ciencia inglesa del pasado no podía producir esto, porque esto se producía justamente *contra* ella; y la pequeña historia de Inglaterra en el presente ya estaba fuera de juego para cualquier ambición en la producción de *otra* ciencia; por lo tanto, estamos más allá de un fruto aislado y en medio de un verdadero océano de influencias de larguísimas distancias. Se podría decir que constituía un producto de la situación mundial del capital, si ésta no fuera una forma genérica de decir específicamente: un producto de la situación de clase vigente en Estados Unidos durante la década de 1930. Sólo así se recompone la relación luchas-ciencia a un alto nivel de desarrollo. No debemos buscar en Keynes de modo banal los términos explícitos de la cuestión obrera. Ha escrito en *How to Pay for the War* [¿Cómo pagar la guerra?]: «[...] nunca he pretendido tratar directamente el problema de los salarios. Pienso que es bastante más oportuno tratar tal problema indirectamente». En la era marshalliana, la alta ciencia del capital todavía podía ideológicamente coquetear con las buenas cualidades no reconocidas de las clases trabajadoras. En este momento ya no es posible. Aquí estamos ante el discurso sobre el hueso y la médula o sobre el tallo y la hoja, como quiera que se traduzcan las verídicas frases de *A Short View of Russia*, sobre el «tosco proletario» contrapuesto al burgués y al intelectual, que son... «la calidad en la vida». Había escrito una vez: «[...] no hay estado de ánimo más penoso que un estado de duda continua. Pero la habilidad de conservarlo puede ser un signo de habilidad política». No tenía dudas sobre su ubicación social y no quería mostrar que las tuviera. Sin embargo, a diferencia de lo que se piensa, era un gran político, más grande que muchos que tenían la política por profesión. Aplicaba personalmente en la práctica la máxima que dirigía en 1933 a los reformistas que se ponían entonces a trabajar: «Cuando un doctrinario pasa a la acción, debe, por así decirlo, abandonar su doctrina». Keynes, teórico del *New Deal*, si hubiese debido dirigir políticamente la «revolución capitalista», habría sido un Lenin estadounidense.

«El presidente Roosevelt quiere que te afilies al sindicato», se leía en los panfletos del CIO durante las primeras grandes afiliaciones al sindicalismo industrial. Son conocidos los esfuerzos personales de Roosevelt para recomponer la unidad sindical después de la escisión histórica de 1935. La «gran iniciativa» necesitaba de un interlocutor obrero único para maniobrar en el interior del capital. Pero antes tenía necesidad de un interlocutor *nuevo*. Sin *New Deal* no habría surgido el CIO; o habría llegado con mucho retraso. Y, sin embargo, era urgente para el éxito de la nueva política capitalista que la organización obrera actualizara sus instrumentos y, sobre todo, extendiese su control sobre los últimos escalones, decisivos y dificilísimos, de la nueva clase obrera presente en las industrias con una creciente producción en masa. Pero también es cierto lo contrario. El inmediato e impresionante éxito del CIO únicamente puede explicarse por la atmósfera política general que se había impuesto en el país, por la debilidad de los capitalistas individuales y por la insuficiencia de la vieja organización obrera. Los hombres nuevos del sindicato lo sabían y por eso utilizaban el nombre del presidente de Estados Unidos en sus campañas de afiliación. La consigna: organicemos a quien no está organizado, convenía a ambos, al capital moderno y al nuevo sindicato. Aquí están estos momentos de afinidad efectiva entre los dos protagonistas de clase de la historia moderna, cuando uno y otro, y cada uno en su campo, se encuentran internamente divididos y deben

resolver a la vez problemas de ubicación estratégica y de reestructuración organizativa. Entonces vemos que la parte más avanzada del capital tiende la mano a la parte más avanzada de la clase obrera y, a diferencia de cuanto podría pensarse de forma sectaria, la clase obrera no rechaza el abrazo, no rehúsa el inmundo connubio, sino que alegremente lo explota para ganar algo. Son momentos en los que coinciden pues los intereses de las dos clases opuestas, pero no en el sentido tradicional del interés político formal, cuando básicamente se combatía por la conquista de la democracia. El contenido del interés adquiere ahora un espesor material: la exigencia ya no atañe a los propios derechos, sino a los deberes de los otros. John L. Lewis, cuando hablaba del trabajo que pide y pretende tener una voz en la determinación de la política que afecta a la industria, quería decir que «[...] quiere un puesto en la mesa del consejo donde se toman las decisiones que influyen sobre la cantidad de comida que la familia de un obrero podrá comer, sobre el tiempo que sus hijos podrán estar en la escuela, sobre el tipo y la cantidad de ropa que llevarán, sobre las diversiones que podrán permitirse». Gritaba: treinta millones de obreros quieren, es cierto, la fundación de una democracia del trabajo, pero reclaman también «su coparticipación en sus frutos concretos». Por esta vía, a través de estas palabras, la masa de los obreros no especializados, los inmigrantes, los negros, las mujeres, afluían al nuevo *industrial unionism*. Escribe Pelling: «[...] en 1933 la AFL parecía poco más que una asociación de pompas fúnebres, un grupo de sociedades de ayuda mutua entre artesanos; está dirigida por hombres ancianos cuya única preocupación era el mantener buenas relaciones con los empleadores»: la fotografía clásica de cualquier vieja organización. Y he aquí en cambio la cara, también típica, de toda organización nueva, en sus inicios. Escribe Schlesinger:

> Tras las campañas del CIO un fervor casi evangélico comenzó a invadir a amplios sectores del trabajo estadounidense. El despertar de 1936 tenía muchos de los aspectos de un renacimiento. Los organizadores trabajaban sin tregua y superaban peligros imprevistos como misioneros; los trabajadores se amontonaban en las salas de reuniones para escuchar el nuevo evangelio; nuevas secciones locales surgían por el espíritu de cuerpo que unía a los trabajadores...; fue un himno general, un movimiento coral.

Al canto de *Mammy's Little Baby Loves a Union Shop*, a finales de 1937 la fuerza con la que contaba el CIO era de 3.700.000 miembros frente los 3.400.000 afiliados de la AFL: 600.000 mineros, 400.000 obreros de la industria automovilística, 375.000 siderúrgicos, 300.000 obreros de la industria textil, 250. 000 obreros del sector de la confección, 100.000 obreros agrícolas y de la industria conservera: una organización para cada industria, del vértice a la base, sin distinción de cualificación o de categoría. Esta era la carga política objetiva contenida dentro de la forma sindical del instrumento organizativo. Cuando Hillmann, junto a Dubinsky, «socialista a la estadounidense», diga: «*Our program was not a program for labor alone*» [nuestro programa no era un programa sólo para el movimiento obrero], no dará el correcto sentido político a la operación de la nueva organización. Cuando Lewis, a través de la dirección del CIO, contribuya a formar *el American Labor Party* en Nueva York y una *Labor's Non-Partisan League* en apoyo electoral a Roosevelt, tampoco esto fue la verdadera salida política que con absoluta coherencia podía derivar del nivel de las luchas estadounidenses. Sin embargo, cuando el *Steel Workers Organiziong Committee* fue reconocido como agente organizado para la negociación colectiva de todas las sociedades controladas por la U. S. Steel Corporation; cuando el *sit-down strike* sometió a los grandes colosos del automóvil, a excepción de la Ford; cuando la nueva figura del obrero masa, del obrero no especializado, del obrero no trabajador se instala en todos los puntos de la organización y se une así de forma alternativa al resto de la sociedad, entonces, y sólo entonces, puede decirse que se ha encontrado el carácter político apto para la recomposición en clase del interés obrero. En este sentido, la historia del CIO como experiencia de organización política de los obreros estadounidenses es rica en enseñanzas, aunque es sustancialmente ambigua y brevísima en su duración. En 1938, cuando el *Committee for Industrial Organization* cambia su nombre por el de *Congress of Industrial Organization*, el período heroico, el tiempo agresivo, la época de la ruptura radical con la tradición, ya ha pasado. No es extraño que en el mismo año, tras la *Fair Labor Standards Act*, el *New Deal* pierda empuje, abandone el galope de su carga innovadora, ya haya cumplido prácticamente su función histórica. La ambigüedad de una solución política que no va más allá de la propuesta sindical no es propia sólo del CIO, es propia del modelo estadounidense de organización obrera. Si vamos a buscar allí al partido, no encontraremos más que «grupos» de intelectuales que cultivan su jardín. Pero si echamos un vistazo sobre los resultados, vemos que lo que ha obtenido el nuevo sindicalismo industrial dentro del *New Deal* no lo ha obtenido nunca ningún partido de la clase obrera. Los obreros estadounidenses viven todavía de la renta de estas conquistas históricas. Es algo que escandaliza a los sacerdotes de la revolución: la clase obrera mejor pagada del mundo ha vencido una vez y se ha permitido el capricho de disfrutar con los frutos de la victoria. Se puede sostener a este respecto que el primer CIO es el experimento de la más avanzada organización política de los obreros que ha sido posible sobre el territorio estadounidense. Tener éxito donde habían fallado los *Knights of Labor* y Eugene V. Debs, la *American Railway Union* y los IWW (*International Workers of the World*), De Leon y los comunistas, no era una tarea fácil. El primer *industrial unionism* ha tenido éxito, y ha impuesto un nivel de organización para un momento perfectamente adecuado a una clase en lucha dentro de una situación específica. Una organización debe juzgarse, no por el resultado que ha dejado en su desarrollo histórico a largo plazo, sino por la función

política que ha cumplido en el momento dado en el que ha nacido. La relación lucha-organización dentro de la fase ascendente del *New Deal* no podía presentarse más que en términos políticos. El nuevo sindicato era un hecho de naturaleza política por tres razones: porque surgía de un terreno de luchas obreras verdaderas y avanzadas, porque respondía a una necesidad de nueva organización de una nueva clase obrera, porque se encontraba con una gran iniciativa del capital. No era necesario permanecer prisioneros de los nombres dados a las cosas. Un partido puede llamarse en sus documentos «organización política de la clase obrera» y ser en los hechos una asociación de pompas fúnebres, una sociedad de socorro mutuo, como era la AFL en 1933. Un sindicato puede restringir sus programas al estrecho ámbito del interés obrero inmediato y cumplir precisamente por este hecho, en un cierto momento, una función de partido, una tarea política de enfrentamiento con el sistema. En ningún terreno la clase obrera es más libre y carente de prejuicios que en el terreno de la organización. Sabe que sola no puede vencer nunca, sino únicamente cuando el capital la ayuda; sabe que debe sumarse a una estrato específico de los obreros de la industria, que son después aquellos que tiran en ese momento de la cuerda de las luchas; sabe que estas luchas deben partir de la condición obrera en la fábrica e incidir sobre la distribución social de la riqueza nacional. En este sentido, la tradición de organización de los obreros estadounidenses es la más política del mundo, porque la carga de sus luchas es la más cercana a la derrota económica del adversario, la más próxima, no a la conquista del poder para construir sobre el vacío otra sociedad, sino a la explosión del salario para convertir en subalterno al capital junto a los capitalistas dentro de esta misma sociedad. Adolph Strasser decía: «No tenemos fines para el futuro. Avanzamos día a día. Combatimos solamente por fines inmediatos». Samuel Gompers dirá: «Más y siempre más del producto de nuestro trabajo». Y John L. Lewis: «Dejad que los trabajadores se organicen. Dejad que los obreros se reúnan. Dejad que su voz... reclame los privilegios que les son debidos». Para quien sabe leer, de una a otra de estas frases hay un trecho. De la *International Cigar Maker's Union*, a la AFL y al CIO, el terreno de organización de los obreros estadounidenses no nos debe empujar, como ha ocurrido hasta ahora, a pronunciar su condena, sino a poner sobre el tapete un problema nuestro. Detrás de esta elección de una organización particular puede ocultarse la respuesta de hoy a la pregunta de siempre: qué es la clase obrera, en general.

Planteadas así las cosas, es aquí donde el enfoque marxista, de la ortodoxia marxista, del problema obrero, resulta gravemente inadecuado. Nos percatamos a veces, de repente, de esta articulación primitiva del lenguaje, de estos arcaísmos de la palabra que ligan nuestros pensamientos a condiciones de expresión muy elementales como para que pueda encerrarse en éstas la complejidad de la

relación social moderna. Detrás de ello, y tímidamente, se perfila todo un aparato conceptual que no ha avanzado con el tiempo, que en última instancia no se ha renovado y transformado a medida que crecían ininterrumpidamente los niveles de la lucha, que no se ha puesto al día, como verdadera teoría, respecto a las mutaciones de la política, y que ha permanecido detenido describiendo las condiciones prehistóricas de nuestra clase, incluso cuando su propia historia ya puede considerarse prácticamente consumada. Y hay más: leer hoy, con Marx en la mano, las luchas de clases en Estados Unidos, resulta tan difícil que parece imposible. Sería una tarea interesante llevar a cabo un trabajo de historia nuevo, o de nueva teoría: escribir un capítulo sobre la fortuna (o sobre el infortunio) estadounidense de Marx. Ha ocurrido en Estados Unidos lo contrario que aquí entre nosotros. Allí, la iniciativa política del capital, su ciencia, y frente a ella, la organización obrera, han visto a Marx siempre indirectamente, a través de la mediación de la lucha de clases.

Aquí hemos visto siempre indirectamente la lucha de clases a través de la mediación del marxismo. La situación estadounidense ha sido objetivamente marxiana. Durante al menos medio siglo, hasta la segunda posguerra, Marx se podía leer allí en los acontecimientos, y, por consiguiente, en las luchas y en las respuestas que la exigencia de las luchas provocaba. Correctamente no es necesario ir a buscar en los libros de Marx la interpretación de las luchas obreras estadounidenses, sino a la inversa, en estas luchas es más probable que encontraremos la más exacta interpretación de los más avanzados de los textos marxianos. Se recomienda una lectura «americana» de *El Capital* y de los *Grundrisse* a quien posea el gusto o el genio de la investigación crítica. Marx, sin embargo, ha debido mediar en Europa una perspectiva estratégica avanzada del capital con situaciones atrasadas en cada una de las naciones. El propio Marx, por lo tanto, ha tenido necesidad, aquí entre nosotros, de lecturas ideológicas, de aplicaciones tácticas, que ligaran los puntos avanzados del sistema con las bolsas de su atraso. He aquí el porqué se ha producido el desarrollo creativo del marxismo sólo allí donde la organización obrera ha cubierto el vacío de la actividad práctica, de la política, que es siempre la relación entre aquello que va hacia adelante por su cuenta y aquello que sigue solamente porque es obligado a seguir. Marx y el partido parecen pues haber tenido el mismo destino y la misma función. La clase obrera estadounidense ha prescindido del uno y del otro. Pero no ha prescindido de un instrumento organizativo propio ni de la exigencia de una ciencia propia. Existe una historia estadounidense de organizaciones que no son partido y son, sin embargo, verdaderas organizaciones obreras. Así como hay un filón estadounidense de pensamiento que no es marxista y, no obstante, es auténtico pensamiento obrero. Una clase obrera fuerte no es tan celosa de las propias autonomías como los estratos semisubalternos que buscan una salida

revolucionaria a la propia situación desesperada. Una clase obrera fuerte es capaz de utilizar como forma de la propia organización la propia organización capitalista del trabajo industrial, es capaz de capturar como forma de la propia ciencia los mismos resultados del pensamiento de los intelectuales del capital que simpatizan con los obreros. Hay una reflexión de John Roger Commons que vale la pena rememorar por completo. Está en *Labor and Administration*, un libro de 1913. Dos años antes, Taylor había publicado *Principios de la organización científica del trabajo*[2] y de 1912 era su declaración ante la comisión especial de la Cámara de los diputados. Commons se entusiasma porque finalmente la psicología del obrero es analizada con experimentos tan cuidadosos como los que se realizan en la química de los diferentes tipos de carbones. «... Nace una nueva profesión de ingeniero que se apoya en la ciencia de la psicología industrial. Estas tentativas de embridar las fuerzas de la naturaleza humana para la producción de riqueza son maravillosas e interesantes.» Los pioneros en este campo pueden ser comparados con los grandes inventores de la turbina y de la dinamo, porque tratan de reducir los costes y multiplicar la eficacia.

> Pero haciendo esto, ellos hacen exactamente algo que obliga a las fuerzas del trabajo a adquirir conciencia de *clase*. Mientras un hombre mantiene la propia individualidad está más o menos protegido contra el sentimiento de clase. Tiene la conciencia de sí... Pero cuando su individualidad es científicamente subdividida en partes iguales y cada parte está amenazada por la sustitución por una parte idéntica de otros hombres, entonces su sentido de superioridad desaparece. Él y sus compañeros trabajadores pasan a ser competitivos, no como hombres enteros, sino como unidad de producción... Por lo tanto, están maduros para reconocer su solidaridad y para ponerse de acuerdo en no competir. Y esto es lo esencial del conflicto de clase.

Estamos todavía más acá del institucionalismo real y verdadero de la escuela de Wisconsin, pero ya más allá de una precisa conciencia de las consecuencias políticas que la organización científica del trabajo provoca en la lucha de clases interna al capital. Hay una larga línea de pensamiento y de experimentación práctica que va de la *Sozialpolitik* de impronta alemana a las técnicas estadounidenses del *industrial government*. Valdría la pena seguir con paciencia el camino que marcha de la «vieja» escuela histórica de Karl Knies a la «joven» escuela histórica de Gustav Schmoller y a su trasplante estadounidense por obra de Richard T. Ely, a través del nudo rico y agudo de Veblen, justamente hasta la *Wisconsin Theory* de los institucionalistas, Adams, Commons, Selig Perlman y quizá también Tannenbaum. Dentro de esta línea de investigación sobre la clase obrera estalla, y se va a hacer que estalle en cierto momento, la investigación sobre el trabajo, el estudio del trabajo. La *task manegement*, y más en general el

[2] Friedrich TAYLOR, *Management científico*, Barcelona, Orbis, 1986.

industrial engineering, la técnica de la producción industrial como organización científica del trabajo obrero, es la otra cara del discurso realista, de la aproximación pragmática al momento de lucha de los obreros, o, como dicen ellos, al momento conflictivo, como base de las distintas formas de la organización de clase. Entonces se entiende mejor el principio *look and see*, y la reactivación en términos nuevos de los conceptos veblianos de *efficiency* y de *scarcity*, y de su ahora posible composición a través de la corrección de la *acción colectiva*. Los institucionalistas –newdealistas *avant la lettre*, como ha dicho Giugni– se mostraron dispuestos, no sólo a aprobar, sino a teorizar el programa rooseveltiano. El artículo de S. Perlman *The Principle of Collective Bargaining* es de 1936: la negociación colectiva «[...] tiene bastante menor interés para el álgebra estadística de las *trends* económicas que para la disciplina organizativa y la formación de dirigentes». La *job consciousness*, el «comunismo de las ocasiones económicas», el natural pesimismo económico de los grupos obreros, la absoluta divergencia entre mentalidad obrera y mentalidad político-ideológica, no son sólo brillantes definiciones fruto de brillantes intelectos, son preciosas observaciones objetivas de la que ha sido la condición histórica de una clase obrera en concreto, en el país del capital en general. Todos nosotros tenemos en nuestro pasado el pecado original de haber considerada la clase obrera como «una masa abstracta en manos de una fuerza abstracta». El polémico rechazo que ha destruido en su nacimiento la figura del intelectual marxista, y que siempre le ha impedido entrometerse en el terreno real de las luchas del movimiento obrero estadounidense, es una de las rarísimas tradiciones del pasado que deberemos hacer nuestras para el futuro próximo. Donde el obrero, ni siquiera queriendo falsear los datos, se puede presentar como «caballero del ideal», allí el científico del trabajo no puede asumir el papel de maestro de moral revolucionaria. Ha escrito Perlman de Commons que él «[...] fue completamente libre de la más insidiosa especie de esnobismo, la de prestar, con condescendencia, su superior cerebro a la causa de los humildes».

XIV Sichtbar machen

Hacer visible. Decir con palabras claras, para hacerse entender, incluso con el riesgo de no interpretar bien, asuntos de por sí oscuros. Pese al título difícil, este parágrafo es el más fácil de todo el discurso. Es necesario liberarse de la tentación de hablar de problemas en términos dogmáticos. Hoy conviene acentuar los términos críticos de la situación, fijar en primer lugar el marco de la problemática abierta dentro de la que debe inscribirse el cuadro de la investigación. Inútil escoger las vías más fáciles e inútil intentar atajos. Debemos tomar el punto que presente la máxima dificultad para nuestras posibilidades de comprensión: partir de aquí, para explicar mediante lo más complejo lo más simple. Es, ya lo hemos dicho, esta esfinge moderna, este oscuro enigma, esta cosa social en sí que se sabe que existe, pero que no puede conocerse, este es el punto de no retorno de la investigación, que para un marxista contemporáneo se llama *clase obrera estadounidense*: aquí es preciso fijar la vista a fondo para intentar ver. Existe un tipo de eurocentrismo más restringido que debe condenarse terminantemente: es el que hace referencia únicamente a las experiencias revolucionarias europeas cada vez que se buscan o se citan modelos de comportamiento correcto durante la lucha. Que la historia de la clase obrera haya tenido como epicentro Europa y Rusia es una leyenda que hay que desmontar: es una visión decimonónica que se ha mantenido hasta nuestros días en virtud de aquel último y espléndido destello del siglo XIX obrero que han sido para nosotros el principio de la posguerra y los inicios de la década de 1920. Se habla de dos grandes filones del movimiento obrero, el socialdemócrata y el comunista, pero los dos, en su aparente e irreductible diferencia, se hallan unidos en un bloque único, si los comparamos con el movimiento obrero estadounidense. Para aproximar la situación de la clase obrera inglesa o alemana a la italiana o francesa basta con-

traponerlas directamente a la situación de la clase obrera en Estados Unidos: éstos son los verdaderos dos grandes filones, las dos vertientes en las que está dividida la historia de las luchas obreras, los posibles puntos de vista ulteriores dentro del punto de vista obrero en general. No se trata de establecer una jerarquía de nobleza, ni de rellenar una carta de recomendación en favor de uno o de otro; se trata de ver cómo juegan respectivamente en nuestro contexto de lucha de clases, cómo ayudan a la comprensión de los hechos, y cómo avanzan, sugieren o excluyen instrumentos de organización de base en la fábrica y medios de intervención sobre el poder localizado en el vértice del Estado. Desde este punto de vista, las tradicionales desventajas de la situación de clase estadounidense se convierten en oportunas ventajas para nosotros; lo que hay de diferente en las luchas obreras de más allá del Océano es justamente aquello que en el viejo continente aún debemos hacer. No, no queremos recuperar el concepto marxiano de que el punto más avanzado es el que explica y prefigura el punto más atrasado: sería desembarazarse del problema con un argumento demasiado fácil y además ya otras veces hemos detectado en esta explicación-prefiguración un peligro de oportunismo político, una manifestación de aquella pasiva espera de los acontecimientos que desarma políticamente a la clase obrera y la sitúa a remolque de la historia. Si se quiere partir de las luchas obreras en Estados Unidos, es necesario encontrar otras razones. El análisis marxista, se sabe, no nos ha dejado tampoco un elenco de las luchas mayores, ni un modelo de juicio sobre los grandes hechos: esto parecería un grave obstáculo para la investigación y, sin embargo, bien mirado, resulta quizá su condición más favorable. Nosotros hemos escondido la realidad bajo velos ideológicos: los más difíciles de arrancar, porque es fácil criticar las ideologías del adversario, pero difícil y a veces, por una serie de circunstancias, imposible criticar las propias. Los hechos obreros de la historia europea están literalmente sumergidos bajo las ideas de los intelectuales marxistas. Pero los hechos obreros de la historia estadounidense están crudamente desnudos, sin que nadie los haya pensado nunca. Cuanto menos necesaria es la crítica de la ideología, más aumenta la posibilidad de profundizar en el descubrimiento científico. Cuanto menor ha sido la contribución de la cultura de izquierdas, más avanza la riqueza de clase de una realidad social dada. Las luchas obreras tienen necesidad hoy de *una nueva unidad de medida*, porque la vieja, la nuestra, no es suficiente y ya no nos sirve. *Una nueva medida de juicio* debe aplicarse a los datos obreros que nos ofrece cierta situación, una medida que se apoye en el presente en movimiento, una medida, por lo tanto, contenida en aquel tipo político de realidad industrial que señala el paso, el recorrido, el desarrollo de la sociedad contemporánea. Evitaremos comparar el presente con el pasado, las luchas obreras con los tumultos proletarios y confundir la realidad de hecho moderna con «el glorioso» precedente inmediato al que estamos

sentimental, literariamente, ligados. No podemos juzgar el presente con la medida del futuro, no debemos adherirnos a la invitación del *management* moderno de hacer de las luchas obreras una especie de cibernética social, un automatismo psicoindustrial para uso del beneficio colectivo. Hoy es preciso que nos mantengamos bien alejados de dos fáciles tentaciones, la de la tradición histórica y la del posible futuro tecnológico.

Abramos la *Economics*[1] de Samuelson por la parte IV: el capítulo XXVII, salarios de competencia y negociación colectiva, comienza con una cita del Nuevo Testamento, «el trabajador merece su salario», y concluye con un párrafo sobre los problemas no resueltos del trabajo, huelgas, explosión de los costes, paro estructural. «La habilidad para hacer huelga posibilita que se extorsionen aumentos salariales más elevados que los aumentos de la productividad física. Evitar paros costosos mediante un arbitraje voluntario u obligatorio lleva a análogos incrementos salariales.» En los años posbélicos, en algunos países, se ha intentado añadir un nuevo elemento a la negociación colectiva y a la política macroeconómica, para mantener el aumento de los salarios generales y de otras rentas monetarias en una tasa compatible con el aumento de la productividad y con la estabilidad de los precios. Sin embargo, respecto al control de los distintos tipos de dinámica salarial, la economía mixta se ha estabilizado sin ir más allá de un nivel de *programación imperfecta*. Si efectivamente se pudiera encontrar una política de rentas que impidiera la inflación de los precios de venta generada por el aumento de los costes, el bloque de hielo del paro estructural podría ser disuelto por un crecimiento de la demanda agregada, reforzada por programas de recualificación y de recolocación. Pero el problema es que cada punta del ciclo económico «parece tener... una tendencia perturbadora». No es un asunto del desarrollo capitalista actual. Cada momento de inflexión descendente del ciclo es hasta tal punto provocado, precedido o seguido por un determinado desarrollo elevado de las luchas obreras, y esto se halla hasta tal punto representado por un particular momento específico de la lucha de clases, que cada vez es más difícil desenredar el nudo de *por qué* ese desarrollo determinado, de *cómo* avanza y sobre todo de *cuál* de las dos clases, se puede decir finalmente que haya vencido. El economista dice: cada punta del ciclo económico tiene muchas tendencias que lo desarrollan y *una* que lo interrumpe. El empresario, en el mejor de los casos, se dirige al economista para saber cuál es cada una. «El tiempo de la caballería ha acabado...» Lo que una vez parecía *justo* de manera absoluta ha pasado a ser sólo relativamente *económico*. ¿Qué está más próximo a la verdad, a aquella verdad de clase que coincide cada vez con el interés particular de una clase, el derecho universal del trabajador al justo salario o la distribución de la renta en un determinado país según la «curva de Lorenz»? Es necesario decidir sobre este asunto en vía preliminar. El capital, en las puntas altas del desarrollo, ya ha sustituido con el trabajo de precisión de sus ordenadores la aproximación charlatana de los ideólogos de profesión. La «curva Phillips» de Estados Unidos es decididamente «mala», porque viene a cruzar el eje de la estabilidad de los precios sólo con un alto nivel de paro. El *cost-push* ha pasado a ser un problema institucional, porque el control capitalista del salario está todavía por llegar. Incluso el Nobel Samuelson con su alta ciencia: «Después de haber observado la experiencia holandesa, sueca, británica, italiana, canadiense y estadounidense, de todos modos dejo abierta toda la cuestión».

[1] Paul A. SAMUELSON, *Economics*, Nueva York, McGraw-Hill, 1948 [ed. cast.: *Curso de economía moderna*, Madrid, Aguilar, 1975].

Sin embargo, no podemos definir cómodamente como insoluble cada problema que el capital encuentra sobre el camino de su desarrollo. No es preciso decir rápidamente: vosotros no lo resolvéis, sólo nosotros podremos resolverlo por vosotros. Un problema del capital es ante todo un terreno de lucha obrera. Su problema económico es nuestro terreno político. Allí donde se debate entre tanto aquel en búsqueda de una solución, nosotros tenemos sólo interés en hacer crecer nuestra fuerza organizada. Sabemos que, uno tras otro, todos los problemas económicos del capital pueden resolverse en un momento futuro. Sabemos más: que cuanto aquí se presenta todavía como contradicción insoluble, en otra parte es ya un escollo superado e incluso es *otra* contradicción. *El conocimiento específico de la contradicción específica* para el capital, en ese momento dado, en una situación dada –ésta es, desde el punto de vista obrero, la premisa de partida para una lucha de clases que tenga fuerza y eficacia y que se mueva en el sentido de una violencia positiva–. La victoria obrera obliga al pátrón atrasado a reestructurarse, de varias formas, a partir de la simple cantidad de la nueva parte de renta que el trabajo ha conquistado: en ocasiones por falta de márgenes económicos, a veces por falta de inteligencia política. No es éste el verdadero punto en el que la victoria obrera se convierte en derrota, porque esta burda respuesta patronal no hace más que provocar la repetición de un ciclo de luchas al mismo nivel que el precedente, con el añadido de una mayor y más fuerte carga de espontaneidad y, por lo tanto, un deseo menor de organización. Por esta vía el movimiento de las luchas es más fácil, la movilización es grande y simple a la vez, el nivel de generalización es inmediato, pero los nuevos contenidos y formas del ataque obrero no crecen; si este tronco inmenso del choque frontal sobre un terreno atrasado no es antes subjetivamente podado por las fuerzas de la clase, no nacerán las ramas jóvenes de las nuevas luchas obreras. Sin embargo, hay otro caso en el que la respuesta patronal puede definirse como avanzada. El capital, tras una derrota parcial, a continuación incluso de una simple batalla por la negociación, es violentamente empujado a hacer otra vez cuentas consigo mismo, a

intervenir con la calidad de su desarrollo, a replantearse el problema de la relación con el adversario de clase no de forma directa, sino mediada por un tipo de iniciativa general que comprende la reorganización del proceso productivo y la reestructuración del mercado, la racionalización en la fábrica y la planificación en la sociedad, y que llama en su ayuda a la tecnología y a la política, a nuevos modos en el consumo del trabajo y a nuevas formas en el ejercicio de la autoridad. Aquí radica el auténtico gran peligro de una posible derrota obrera. Los obreros han vencido la batalla de la negociación colectiva y justamente por ello pueden perder la guerra de la lucha de clases en un período histórico en ocasiones largo: Estados Unidos, precisamente, enseña. La pueden perder si el nivel de la organización no logra rápidamente dar un salto adelante y situarse en relación con los contenidos nuevos de las nuevas luchas, si la conciencia del movimiento, esto es, la estructura ya organizada de la clase, no logra percibir inmediatamente el sentido, la dirección de la próxima iniciativa capitalista. Pierde quien se retrasa. Pero entiéndase bien: no se trata de apresurarse a preparar, como se dice, la respuesta a la maniobra del patrón; esta maniobra se trata ante todo de preverla, en ciertos casos de sugerirla, en todos de anticiparla con las formas de la propia organización para hacerla políticamente, no sólo improductiva para los fines capitalistas, sino productiva para los fines obreros. Por nuestra parte, la única respuesta que debemos ofrecer contesta a la pregunta obrera de la nueva organización en cada nuevo nivel del enfrentamiento. La maniobra del capital, su iniciativa del momento, tanto en el terreno productivo como en el cielo de la política formal, debe constituir por sí misma la *respuesta*, debe ser el intento siempre de resistir a las diversas formas que asume el ataque obrero imperceptiblemente reorganizado y, por lo tanto, por su naturaleza histórica y por elección política, desde el punto de vista organizativo, *imprevisible*.

Decía Lenin: hay espontaneidades y espontaneidades. Nosotros decimos hoy: hay organizaciones y organizaciones. Pero antes de abordar este aspecto debemos decir: hay luchas y luchas. Una completa tipología de las luchas obreras, con un relativo comentario a los márgenes, es un trabajo de manual para el perfecto sindicalista que no queremos contribuir a poner en circulación. En el contexto último del enfrentamiento de clases en el mundo occidental, la lucha obrera ha aislado algunos de sus tipos fundamentales, que recorren y se reproducen en círculo y en espiral desde los puntos más avanzados a aquellos más atrasados, ascendiendo siempre con el significado de los contenidos y con la dimensión de las fuerzas puestas en movimiento. Encontramos el gran hecho contemporáneo en la lucha de la negociación colectiva. Para nosotros es una realidad vivida, una secuencia temporal de nuevo tipo introducida en la práctica común del hombre de la calle, pero que ya antes se había introducido por la fuerza en la existencia normal del trabajador medio, en los cálculos del economista, en los proyectos del político y en el mecanismo de funcionamiento material de toda la sociedad. Cuando después de un largo e incierto camino, el capital acepta la idea de una negociación colectiva con la fuerza de trabajo, garantizada por las leyes del Estado, una época de la lucha de clases se cierra y otra se abre. La *collective bargaining* debe servir y *sirve* para discriminar los diferentes niveles históricos de desarrollo del capitalismo, más que el nacimiento del capital financiero, más que los diferentes «estadios» del imperialismo, más que las denominadas «eras» de los monopolios, al menos en la versión de los pobres epígonos. Aquí encontramos un ejemplo de aquella *historia obrera del capital*, que es su auténtica historia, y frente a la cual todo el resto es leyenda ideológica, sueño de visionarios, inconsciente capacidad de engaño o deseada voluntad de error por parte de débiles intelectuales subalternos. *A new way of settling labor disputes* [un nuevo modo de dirimir conflictos laborales], según el título de un lejano artículo de Commons: esto es lo que obliga al capital al salto cualitativo hacia su existencia madura. La dinámica de la relación social de clase encuentra en la negociación colectiva una forma de estabilización periódica. Se fija el precio del trabajo y éste tiene un valor durante un cierto período, nace un sistema de jurisprudencia industrial y se pone en marcha un mecanismo de representación de los intereses de los trabajadores. A la *collective bargaining* le sigue, continuando el camino de Dunlop, un *industrial-relations system* con tres actores, los directivos en nombre de la empresa, los sindicatos en nombre de los obreros y las distintas sedes de mediación institucional en representación del gobierno. Ciertamente, dentro del modelo, la cambiante, crítica y contradictoria realidad de la lucha por la negociación colectiva no puede encerrarse en el interior de un subsistema abstracto de impronta parsonsiana. Porque aquí radica el meollo de la cuestión. El convenio es antes todo *lucha por el convenio*. La dimensión colectiva de la negociación ha redescubierto el hecho colectivo de la lucha. A medida que de la empresa se pasa al sector, del sector a la categoría, crece el nivel también puramente cuantitativo de las fuerzas en liza, avanza la lucha de masas, masas que son sólo masas obreras. No es un aspecto sin importancia. Durante demasiado tiempo y todavía en situaciones bien determinadas, lucha obrera y lucha de masas han sido y son consideradas relaciones que se excluyen mutuamente. Las masas trabajadoras en cuanto pueblo genérico podían incluir en sí la minoría agente de núcleos obreros de vanguardia, pero no se identificaban con la acción de éstos, disolvían sus reivindicaciones específicas en una solución de peticiones políticas formales, trasladaban el centro del enfrentamiento de la fábrica a la calle, no contra el Estado de siempre, sino contra el gobierno del momento. La *Massenstreik* [huelga de masas], aunque no se trate del mito de la huelga general a la Sorel, aunque sí sea, en el sentido de Rosa Luxemburg, lucha que precede a la organización, lucha que *hace* organización, resulta siempre un

dato de hecho o un hecho de movimiento no directamente de clase, hasta que la lucha obrera no asume ella misma, en cuanto tal, caracteres de masas, hasta que no nace en las relaciones sociales reales además de en los textos sagrados de la ideología, el concepto concreto de *masa obrera en lucha*. Donde el concepto de masa no reside en la acumulación cuantitativa de más unidades simples bajo una misma condición dada de explotación, porque para decir esto bastaría el término de «clase», en su habitual significado de estática social que le ha cargado encima la tradición marxista. Se trata aquí de un proceso de masificación de la clase obrera, un proceso de crecimiento de la clase de los obreros, un proceso de homogeneización interna de la fuerza de trabajo industrial, donde la política precede siempre a la historia, si es cierto que *política* para nosotros es lucha obrera que salta a niveles siempre superiores de calidad e *historia* es el capital que sobre esta base pone al día sus estructuras técnico-productivas, su organización del trabajo, sus instrumentos de control y manipulación de la sociedad y sustituye las partes que van quedando obsoletas de su máquina de poder, en virtud de la sugerencia objetiva del adversario de clase. No hay proceso posible de masificación de la clase, si la lucha no alcanza un carácter de masas; es decir, no hay verdadero crecimiento de *clase* de los obreros sin lucha de masas *obrera*. Entre masificación de la lucha y masificación de la clase, en medio está justamente la negociación colectiva. No se parte de clase; a la clase se llega. O mejor se llega a un nuevo nivel de composición de la clase. Se parte de la lucha. Y la lucha tendrá al principio los mismos caracteres que al final resultarán unidos a la clase. No es que antes de la lucha de masas obrera no existiera la clase obrera; existía una clase obrera distinta, en un nivel de desarrollo inferior, con un grado de intensidad de su composición interna indudablemente más bajo, con una trama menos profunda y, ciertamente, menos compleja de posible organización. Se equivoca no sólo quien trata de formalizar un concepto de clase válido para todas las épocas de la historia humana, sino también quien quiere definir la clase de una vez para siempre dentro del desarrollo de la sociedad capitalista. Obreros y capital no son sólo clases contrapuestas, sino realidades económicas, formaciones sociales, organizaciones políticas, cada una confrontada a sí misma siempre de forma distinta. Aquí se presentan problemas de método que hay que tener presentes durante la investigación. Pero de nuevo no es este el punto que queremos subrayar. Habíamos dicho, en el sentido anteriormente señalado: de la lucha a la clase, y de la lucha de masas a la masificación de la clase, pero a través de la nueva realidad, del nuevo hallazgo, del nuevo concepto capitalista de negociación colectiva. La lucha obrera ya había asumido caracteres de masas cuando el capital la obliga a transformase en lucha por la negociación. La negociación colectiva es una forma de control, es un intento de institucionalización, no de la lucha obrera en general, sino de su forma específica que envuelve, liga

y unifica los intereses materiales inmediatos de un núcleo compacto de categorías obreras dentro del correspondiente sector de la producción capitalista. La lucha obrera, cuando asume carácter de masas, corre el peligro de perder su especificidad obrera, en cuanto a los contenidos reivindicativos, las formas de movilización y los modelos de organización. Las luchas obreras de los inicios, y también ciertos tipos de luchas obreras decimonónicas propias de nuestro siglo, no sólo han corrido este peligro, sino que lo han sufrido. El momento en el que la lucha obrera comienza a asumir su carácter de masas sin dejar de ser obrera, o sea, el momento en el que la lucha de masas llega a convertirse en obrera sin dejar de ser masificada, es el momento en el que comienza una nueva política y, por lo tanto, una historia nueva, o para usar palabras más llenas de significado, aquel es el cercano punto de origen de una posible *new politics* obrera y, por consiguiente, de la primera *new economics* real y verdadera del capital.

La *new politics* obrera es exactamente argumentada por las luchas obreras estadounidenses de la década de 1930. Nuestra década de 1960, en Italia, con su horizonte cuantitativo más limitado, es el adecuado reflejo, sin grandes sombras, de este sol rojo que nos viene del oeste. Se sitúan aquí problemas teóricos de gran importancia. No disponemos todavía de la suficiente madurez para ofrecer su solución sin un largo y lento trabajo de indagación crítico-histórica. ¿Se puede, por ejemplo, abandonar una definición «objetiva» de clase obrera? ¿Y definir «clase obrera» como todos aquellos que luchan subjetivamente de forma obrera contra el capital desde el interior del proceso de producción social? ¿Se puede desligar finalmente el concepto de clase obrera del concepto de trabajo productivo? En este caso, ¿permanecería de todas formas ligado al salario? El problema es ciertamente encontrar nuevas definiciones de la clase obrera, pero sin abandonar el terreno del análisis objetivo, sin volver a caer en trampas ideológicas. Diluir la materialidad objetiva de la clase obrera en formas subjetivas de lucha anticapitalista es justamente un error, una vez más ideológico, del nuevo extremismo. No sólo. Ampliar los límites sociológicos de la clase obrera para incluir a todos aquellos que luchan contra el capital desde su interior, hasta reunir la mayoría cuantitativa de la fuerza de trabajo social e incluso de la población activa, es una grave concesión a las tradiciones democráticas. Por otra parte, restringir demasiado los límites hasta hacer de los obreros «los pocos que cuentan» puede llevar a peligrosas teorizaciones de la «minoría agente». Es necesario mantenerse lejos de estos extremos. El análisis de los límites debe ser en este caso un análisis empírico. Las consecuencias se verán después. Donde acaba la clase obrera no empieza el capital. El hilo del discurso de este libro tendía a ver obreros y capital dentro del capital. El discurso adjunto de este posfacio tiende a considerar a obreros y capital dentro de la clase obrera. La tendencia más reciente es, por lo tanto, a complicar voluntariamente el marco de

la investigación. Con la esperanza de que así se abra el camino a la más simple de las soluciones. Sin duda, una sociedad de capitalismo avanzado nos ofrece hoy el espectáculo y nos pone en la mano todos los instrumentos para participar en este juego de autonomías, no sólo formales, entre esfera política y mundo económico, entre ciencia e intereses a corto plazo de la producción capitalista, entre organización obrera y clase en cuanto capital. El simplismo del economicismo –estructura y superestructura– vale para las primeras fases del capitalismo, que se parecen mucho a las sociedades precapitalistas, para ser tomadas políticamente en serio. Y el voluntarismo de la política pura –la revolución a cualquier precio– está, si es posible, todavía más atrás, es socialismo siempre utópico, milenarista, es una moderna herejía medieval, admitida por el Papa, como la iglesia de clase. El capitalismo maduro es una sociedad compleja, estratificada, contradictoria, con más de una sede que se atribuye la fuente del poder y con una lucha por la supremacía entre estas sedes, nunca definitivamente resuelta, porque no hay posibilidad de solución dentro de esta sociedad. Esto es cuanto nos dice el pasado inmediato. Vale la pena estudiarlo solamente para saber que hay que estudiar después, es decir, *ahora*. En realidad, no podemos confundir los dos planos del discurso. La política de Estados Unidos de ayer es nuestro presente histórico de hoy. Debemos saber que vivimos unos hechos ya vividos. Pero sin clausuras preconstituidas, sin conclusiones seguras. Ciertamente estamos en una encrucijada *aquí entre nosotros* entre una elevación exponencial del capital sobre todo y sobre todos, y una apertura al infinito del espacio obrero. Este es el plan, decimos, de la acción política. No es extraño que se haya hecho antes aquí este discurso. Después encontramos el otro plano. Estados Unidos en la actualidad es el problema teórico para el futuro de todos. Nos hemos referido a ello. Vale la pena repetirlo. Hoy existe una sensación, una idea más sentida que pensada, de haber llegado al límite final de una época clásica de la lucha de clases. A pesar de todo cuanto hemos dicho, las luchas obreras estadounidenses debían quizá primero traducirse a lenguaje europeo, para que el punto de vista obrero tomase verdadera conciencia de ellas. Esta toma de conciencia es sobre todo destructiva de una tradición. Para construir es necesario dar la espalda a este presente nuestro de luchas obreras clásicas, entrar con la anticipación de la investigación en una época posclásica, al final de la cual, si la historia del capital nos ayuda, no está excluido que pueda saltar la chispa de una «teoría general» obrera. «Ellos» estarán a la fuerza obligados a marchar hacia formas nuevas de *industrial government*. «Nosotros» debemos rechazar la tentación de ponernos a *escribir Die fröhliche Klassenkampf* [La alegre lucha de clases]. Debemos comprometernos a inventar para la práctica, en un horizonte temporal provisional estratégicamente largo, técnicas nunca vistas de uso político obrero de la máquina económica capitalista.

Apéndice

Italia, 1960-1970: un laboratorio político de la lucha de clases en la metrópoli capitalista[1]

El conjunto de los textos que se presenta a continuación pertenece a la obra multimedia (libro/cd-rom), *1968. Una revolución mundial*, de M. Bascetta, S. Bonsignori, S. Petrucciani, F. Carlini (eds.). Pretende describir sucintamente el entorno económico, ideológico y político de la sociedad y del movimiento obrero italianos durante la década de 1960, con el fin de ubicar el contexto en el que se produjo la obra de Mario Tronti aquí publicada.

A. DICCIONARIO DE LA MEMORIA

(Esta parte de la obra contiene 46 términos que condensan los conceptos y los temas que aglutinaron y vertebraron la práctica política, ideológica y teórica de las luchas que giraron emblemáticamente alrededor de 1968. Obviamente, su concepción y gestación se iniciaron a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960 y su influencia se extendió mucho más allá de 1968.)

1. Contra la neutralidad de la ciencia

La objetividad es una categoría puesta radicalmente en tela de juicio por los movimientos mediante una enorme y original ampliación de la crítica marxista de la ideología. Nada es neutro, dice 1968, ya que todo está marcado por el sello de la clase a la que pertenece. No hay entonces humanidad neutra, sino explotados y explotadores, gobernantes y gobernados, el que tiene poder y el que no lo tiene. Ni siquiera son neutros el lenguaje y el conocimiento científico.

[1] M. Bascetta, S. Bonsignori, S. Petrucciani, F. Carlini (eds.), *1968. Una revolución mundial* (libro/cd-rom), Madrid, Akal, 2001.

Por el contrario, quien habla de neutralidad desempeña, según los movimientos de 1968, la más peligrosa tarea de mistificación porque sugiere la existencia de zonas libres de conflicto, donde señor y siervo no entran en lucha porque tienen valores comunes, ideas y conocimientos compartidos. Esta pretendida comunión es, según el movimiento de 1968, la forma a través de la cual la esfera dominante proclama como universales sus intereses, válidos para todos y, por consiguiente, exentos de conflictos de clase.

Por ello, el orden constituido considera inaceptable 1968, no cuando critica la ineficiencia o el autoritarismo de la institución escolar, sino cuando pone en discusión la naturaleza «universal» del saber y al hacerlo deslegitima absolutamente tanto la cultura de derechas como la histórica de la izquierda.

El movimiento de las universidades tratará de abatir la aparente neutralidad de la cultura, sobre todo a través de los «contracursos» organizados directamente por los estudiantes en las facultades ocupadas. El tema de la contracultura se vuelve problemático porque el rechazo de las tradiciones codificadas, incluida la marxista, obliga a replantear totalmente, no sólo la metodología de la enseñanza, sino también las bases de la cultura.

En este sentido, resultó particularmente difícil afrontar el problema de las disciplinas científicas que incluso el pensamiento de izquierda había considerado siempre objetivas, por estar fundadas precisamente desde un punto de vista científico en el principio de realidad y en leyes objetivas. Se delinean entonces dos corrientes de pensamiento. Para una de ellas el conocimiento es neutro, pero su utilización no. Mejor dicho, es precisamente el capitalismo el que perturba y utiliza la ciencia para usos inhumanos (militares y de explotación). En el caso particular de la guerra de Vietnam, en la que se utilizaba un gran despliegue de ciencia y tecnología, resultaba evidente que la «internacional de los científicos» no tenía ninguna función progresista, como había sostenido la izquierda durante muchos años, sino que, por el contrario, desempeñaba un papel de apoyo a la agresión norteamericana.

La otra corriente de pensamiento, más fecunda, empezó, en cambio, a plantearse el problema de los fundamentos mismos del conocimiento y del mecanismo social que produce ciencia. Esta postura se remitía a una revisión de la ortodoxia marxista que había empezado a afirmarse desde principios de la década de 1960 a través de una nueva lectura de los *Manuscritos de París* (1844) y de los *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* (1857-1858) [Líneas fundamentales de la crítica de la economía política] de Marx.

La no-neutralidad de la ciencia se vislumbra no sólo en las soluciones que ofrece a determinados problemas, sino también en el proceso subyacente, el de la formulación de los problemas que deben solucionarse. Precisamente aquí entran en juego factores ajenos a la ciencia que proceden de los poderes y de las jerarquías de la sociedad en su conjunto y que están, por lo tanto, marcados por el conflicto de clase. El elemento de transición desde las necesidades del capital a los contenidos de la ciencia se individua en la estructura del sistema de investigación (financiación, posibilidad de hacer carrera, circulación de las ideas y de las publicaciones).

En esos años se pudo constatar que la ciencia era cada vez más una fuerza productiva, no sólo porque frecuentemente se utiliza con fines productivos directos, sino también porque puede ser objeto de presión social: en la elección de los sectores que deben desarrollarse y de las inversiones que deben efectuarse, en la formación de la escala de valores de las investigaciones y en el diferente prestigio que se atribuye a cada uno de los campos de la ciencia.

En las facultades de ciencias ocupadas, donde muy a menudo los mismos profesores e investigadores participaban en el movimiento, se produjeron en los mejores casos contribuciones significativas tanto en el campo de la sociología de la ciencia como en el de la epistemología, que dejaron un sello permanente en el pensamiento contemporáneo. En especial, gracias a estas reflexiones empezó a desarrollarse un sector hasta entonces considerado menor: la historia de la ciencia, que es a la vez historia interna de estas disciplinas e historia interna que se refiere a la sociedad y a sus procesos de transformación.

2. Crítica del socialismo real

El año 1968 fue el año del *nuevo curso* checoslovaco y el año de la invasión de Praga. Los tanques del Pacto de Varsovia ponen fin a una tentativa de reforma económica y de liberalización política pacífica, deseada y conducida por un partido comunista que no sólo prefiere mantenerse completamente en el marco del sistema socialista, sino que tampoco quiere poner en duda la cohesión del bloque oriental. Esta circunstancia da origen, tanto en el Este como en el mundo occidental, a una pregunta crucial: ¿es posible reformar el «socialismo real»? ¿La desestalinización de 1956 ha abierto efectivamente posibilidades de transformación o, por el contrario, los rasgos inmovilistas y autoritarios del sistema son connaturales a características más esenciales que la deformación stalinista y sus pervivencias? A lo largo de los doce años que median desde el XX Congreso del PCUS, y dados los tumultos y los desgarramientos que siguieron a éste (ante todo la sangrienta insurrección húngara), en los países del Este se desarrollaron corrientes críticas y dinámicas innovadoras, empezando por la agitada Polonia, a través de una oposición intelectual, con frecuencia todavía de origen marxista, o de la búsqueda reformista de un nuevo modelo de desarrollo económico, en cualquier caso alternativo al del capitalismo (piénsese en el grupo de Lange, Bobrowski y Kalecki). La ruptura con el modelo stalinista y la reflexión sobre su trayectoria histórica confluyen en posiciones críticas que afectan, no sólo al pasado, sino también al presente del socialismo real, chocando con sus grupos dirigentes. Una amplia disidencia intelectual de izquierdas se desarrolla en la República Democrática Alemana, desde los filósofos Ernst Bloch y Wolfgang Harich (quienes organizaron en 1956 un célebre congreso cuyo tema era «el problema de la libertad a la luz del socialismo científico»), hasta el físico Robert Havemann, el cantante Wolf Biermann (futu-

ro intérprete de la revuelta estudiantil en Alemania occidental) y otros muchos. Todos denuncian de manera más o menos radical la arbitrariedad de los aparatos burocráticos y la represión de la dialéctica social, utilizando como instrumento crítico el marxismo. En Checoslovaquia, país que fue ajeno a las agitaciones de 1956 y cuyo proceso de desestalinización fue muy lento, todo se precipita durante los febriles meses de la «Primavera», cuyas ambiciones de democratización pacífica, autonomía de las empresas e introducción progresiva de elementos de mercado, parecen por un momento señalar una nueva vía moderada y, por lo tanto, transitable para todo el bloque oriental.

En el ámbito del marxismo occidental, la crítica del socialismo real se centró sustancialmente en dos direcciones. La primera, conectada a la hipótesis formulada por Deutscher en 1956, retomada por intelectuales como Jean Paul Sartre y por partidos comunistas como el italiano, justificaba el carácter autoritario del régimen soviético por sus condiciones de atraso y de asedio internacional de la revolución soviética. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción habría producido una sana «estructura socialista» que tarde o temprano daría lugar a un cambio de la estructura política en sentido democrático. La segunda, cuyos exponentes principales eran Charles Bettelheim y Bernard Chavance, sostenía que la abolición de la propiedad privada del capital había generado un monopolio capitalista de Estado absolutamente coherente con el régimen autoritario unipartidista. Esta interpretación daba por supuesto que, en el proceso revolucionario descrito por Marx, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción era un elemento necesario, pero no suficiente, siendo su finalidad la reapropiación del trabajo y la extinción del Estado. Se presagiaba, por lo tanto, una reanudación de la lucha de clases en los países socialistas, capaz de reunir a las nuevas figuras de expropiados. La Revolución cultural china parecía moverse en esta dirección.

Esta segunda línea de interpretación, absolutamente marginal entre los opositores de los países del Este, fue la que tuvo más éxito entre la nueva izquierda surgida del movimiento de 1968. Este último nunca había alimentado simpatía alguna por el modelo soviético, considerándolo «traidor», «revisionista» y «autoritario», sobre todo sus componentes anarquistas y no comunistas (en Francia, la Internacional Situacionista condujo una crítica despiadada contra el socialismo soviético y su restauración cultural), pero en general cabe señalar que, a pesar de los altercados de Praga y Varsovia, los movimientos de 1968 nunca consideraron el «campo socialista» como un lugar adecuado para la lucha. No era de allí de donde se podían esperar transformaciones sociales significativas. Y aunque la oleada de la protesta afectó a los dos bloques, la cesura perduró.

3. Crítica del trabajo

La crítica del trabajo alcanzó gracias a las luchas estudiantiles y obreras de finales de la década de 1960 una vasta complejidad. Fue una crítica de la división social

del trabajo y de las jerarquías que le eran inherentes, de la alienación y del trabajo asalariado *tout court* y de su carácter de mercancía. Los movimientos estudiantiles acogieron con entusiasmo la idea marxista de alienación, en su sentido genérico de acción que se aparta de las necesidades y de la voluntad de los individuos, para desarrollarse según leyes propias y ajenas a ellos (las de la mercancía y las de la acumulación de beneficios) y la extendieron al estudio y a la función de los profesionales cualificados. Entrar en la máquina productiva significaba obrar contra uno mismo, contra las propias necesidades y las de los demás. El mismo éxito tuvo la crítica de la división social del trabajo (que en esos años alcanzó los niveles más altos de rigidez y de fragmentación), que reducía y constreñía el conjunto de las capacidades y de las potencialidades del individuo a la ejecución repetitiva y devastadora de una única función productiva. El rechazo de esta «unidimensionalidad», de esta anulación de la persona y de la consiguiente segmentación social jerarquizada que se desprendía de ella fue una de las corrientes más importantes que afectaron a los movimientos en su búsqueda de una reconstrucción de los sujetos capaz de redistribuir de forma ecuánime las tareas necesarias para la reproducción social, quizá inspirándose en la China de los Guardias rojos. La superación de la división entre trabajo intelectual y trabajo manual fue, por consiguiente, una de las consignas más difundidas en los movimientos estudiantiles. Tampoco faltaron sectores obreros y técnicos politizados que analizaron la organización del trabajo y que, dado su conocimiento de las formas y de los objetivos de la producción, pretendieron imponer su control sobre el ciclo productivo, arrebatándoselo a la dirección patronal. Una actitud que posteriormente sería aprovechada, desfigurándola y sometiéndola a las reglas de la competitividad, por el toyotismo.

Pero la posición más radical fue la del «rechazo del trabajo», cuyo objetivo era una negación inmediata e inmanente del trabajo asalariado. Al rechazar la concepción de una capacidad de emancipación inherente al trabajo en sí y de la atribución de un valor ético intrínseco al mismo (la vieja ética del trabajo interiorizada por el movimiento obrero), propugnaba la sustracción por cualquier medio de tiempo y energías al trabajo y cuestionaba el sistema mismo de trabajo asalariado y sus unidades de medida mediante la idea de una renta no vinculada con la productividad. De aquí el carácter no limitado y «revolucionario» que fue atribuido a la reivindicación salarial. La petición de «más dinero» desvinculada de «más productividad» debía poner en duda el carácter de mercancía de la capacidad laboral humana. Y ello de la única manera posible: mediante la inflación de su coste, creando una continua «desmesura».

El «rechazo del trabajo» no fue, sin embargo, únicamente una posición teórica que se articulaba privilegiando determinados objetivos de lucha, sino también un movimiento espontáneo que se manifestó en los comportamientos y en las subculturas juveniles con su desesperado intento de sustraerse a un gris destino obrero y a través de otras formas más o menos ideologizadas de éxodo individual y colectivo de la sociedad productiva. La misma omnipresencia de la

política en el 1968, su penetración prepotente en todos los ámbitos y su pretensión de primacía, se contraponían de alguna manera al trabajo. El «hacer política», que «ocupaba» a decenas de miles de jóvenes, era precisamente lo que no era compatible con la naturaleza de mercancía del trabajo y con sus unidades de medida. Y por ello, al distanciarse de toda idea «profesional» de la política, se presentaba inmediatamente como modelo de liberación.

4. Integración de la clase obrera

Mientras que, en la visión del marxismo clásico, la clase obrera era el sujeto social situado en una posición «naturalmente» antagonista respecto al capital y el único que podía derrocar el régimen capitalista para que naciera una sociedad diferente, esta certidumbre ya no puede ser aceptada en su generalidad por los movimientos estudiantiles y juveniles de 1968. Los movimientos se plantean, de formas que se hallan muy condicionadas por las diversas situaciones nacionales, el problema del papel que la clase obrera puede desempeñar con respecto a su crítica radical de la sociedad existente: ¿es todavía el sujeto revolucionario principal, respecto al cual los estudiantes pueden representar una función de estímulo o de vanguardia intelectual o, por el contrario, está irremediablemente integrado en el sistema?

Herbert Marcuse, el filósofo de la escuela de Frankfurt que permaneció enseñando en Estados Unidos, sostenía la tesis de la integración de la clase obrera, que habría perdido definitivamente su potencial crítico y revolucionario. En la actual situación del capitalismo, sostiene Marcuse, por ejemplo, en las conferencias que pronuncia en julio de 1967 en la Universidad Libre de Berlín oeste, ya no es posible individuar una clase que por su posición esté predestinada a desempeñar el papel de fuerza motriz del proceso revolucionario. Si Marx individuó en el proletariado la clase revolucionaria, sostiene Marcuse, esto se debía también al hecho de que él veía en el mismo una clase totalmente desposeída y concretamente por eso también libre de las falsas representaciones ideológicas que adornan el mundo burgués. Entre tanto, esa alteridad ha desaparecido, la clase obrera ha sido incluida e integrada; hoy el individuo obrero ya no manifiesta necesidades diferentes de las que se pueden encontrar en los otros sectores de la sociedad. No se cambia el orden existente, sostiene Marcuse, si no se empieza por afirmar *nuevas necesidades*, radicalmente diferentes de las que produce y alienta la sociedad capitalista y por las cuales se concreta el continuo apoyo que los gobernados garantizan a las relaciones sociales dominantes.

Los portadores de nuevas necesidades radicales, incompatibles con el «principio de trabajo» que domina en la sociedad burguesa, no son los obreros, sino más bien los jóvenes rebeldes, los *hippies*, los *beatniks*, en quienes se manifiestan el rechazo a participar en los beneficios de la sociedad opulenta y la crítica de los modelos de consumo y de vida que ésta propone.

La tesis de la integración de la clase obrera no pertenece, sin embargo, únicamente a la corriente marcusiana, sino que se encuentra de nuevo, aunque en términos totalmente distintos, en las tendencias «tercermundistas» que ven a los «condenados de la tierra» de los países pobres y colonizados como la única fuerza capaz de desafiar seriamente el orden capitalista mundial. Retomando un tema que ya Lenin había planteado en su libro sobre el imperialismo, se sostiene que la clase obrera de las metrópolis capitalistas también disfruta en cierta medida de los beneficios que proceden del dominio imperial y, por lo tanto, no tienen ningún interés real en oponerse al mismo. La verdadera lucha de clases es, por consiguiente, desde esta perspectiva, la que opone las metrópolis ricas a las periferias explotadas del mundo, es la lucha del «campo» contra la «ciudad».

Las teorías de integración de la clase obrera se impusieron sólo en los contextos donde podían representar una verdad evidente, como por ejemplo en Estados Unidos o en Alemania Federal, mientras que nunca fueron acogidas verdaderamente en países europeos como Francia o Italia, donde el *boom* económico de la década de 1960 fue acompañado por una fuerte y radical recuperación del antagonismo obrero.

5. Los neomarxismos

El movimiento de 1968, ávido de una teoría que le permitiera pensar una revolución posible, se volcó vorazmente sobre toda la gama de pensamiento marxista o neomarxista hasta entonces formulado y fue asimismo el origen del redescubrimiento de aspectos heterodoxos u olvidados del marxismo «histórico». Alrededor de 1968, poco antes y poco después, volvieron a circular en Alemania (a veces en ediciones piratas) y se tradujeron en Francia e Italia, los grandes clásicos del marxismo teórico del siglo XX: *Historia y conciencia de clase*, de György Lukács, y *Marxismo y filosofía*, de Karl Korsch. También se leyeron con avidez los textos clásicos de la Escuela de Frankfurt (la *Dialéctica de la Ilustración*, los escritos de Horkheimer de la década de 1930) que sus autores, como dijo Habermas en cierta ocasión, habían dejado llenarse de polvo en algún sótano del Instituto para la Investigación Social sin ningún deseo de verlos reeditados. Se retomaron también, aunque con menor intensidad, las tradiciones antiortodoxas y consejistas, desde la de Rosa Luxemburgo hasta la de personajes mucho menos conocidos como Anton Pannekoek.

Pero junto a esta vasta obra de recuperación indiscriminada, el movimiento se confrontó con los intelectuales que habían desarrollado en la postguerra un nuevo examen del marxismo y habían formulado nuevas interpretaciones del mismo. Entre todas ellas destaca Louis Althusser: *Pour Marx* [*La revolución teórica de Marx*], el libro que dio a conocer a su autor en todo el mundo, se publica en Francia en 1965; en 1968 se publica la obra colectiva *Lire le Capital* [Para leer *El Capital*], en la que participaron Etienne Balibar, Jacques Rancière y otros estudiosos de la escuela althusseriana. Con los libros de Althusser los estudiantes se

aproximaban al marxismo de una manera muy original: Marx leído como protagonista de una gran revolución epistemológica, a la luz de la sugestiva filosofía de la ciencia de Gastón Bachelard. Un Marx que rompía con las dos grandes ideologías de las décadas de 1950 y 1960, el historicismo y el humanismo. Un Marx reconstruido como el teórico de un «proceso sin sujeto», no como el pensador del historicismo, sino como el de la «estructura». Con Althusser, el marxismo volvió al centro de la escena y abrió un diálogo con toda una generación de teóricos heterodoxos que entonces invadían la escena francesa: desde Lévi-Strauss, estudioso de las «estructuras» de parentesco, a Focault y Lacan.

En Alemania, el debate se centra tanto en la herencia de la Escuela de Frankfurt, aún muy presente y vital (recuperada para el movimiento por un intelectual precoz y genial, Hans-Jürgen Krahl), como en la obra de ese decano de pensadores que fue Ernst Bloch, el autor de *El espíritu de la utopía*, que había dejado la RDA en 1961 para trasladarse a la Universidad de Tubinga y que en 1968 inicia un diálogo con Rudi Dutschke.

Por lo que concierne al campo del análisis social y económico, una de las novedades más relevantes llega desde Estados Unidos: es precisamente en 1968, cuando Paul Baran y Paul Sweezy (impulsores de la *Monthly Review*, una de las revistas más leídas en esos años) publican *El capital monopolista*, tal vez el libro de economía más importante de ese período. Analizando la estructura económica y social de Estados Unidos, Baran y Sweezy actualizan radicalmente los instrumentos de la economía marxista (exponiéndose también a las críticas de los ortodoxos), introducen el concepto de «*surplus*» (excedente) y analizan los problemas de las grandes empresas, del Estado, del consumismo y del militarismo.

6. Obrerismo

Entre las múltiples corrientes intelectuales, marxistas o neomarxistas, que prepararon el terreno para el movimiento de 1968, una de las más ricas intelectualmente y sobre todo una de las más originales fue la que se formó a comienzos de la década de 1960 en torno a la revista *Quaderni Rossi*. Los *Quaderni* fueron la primera y la más importante de las revistas del llamado obrerismo italiano y Renato Panzieri el intelectual que más la marcaría. Militante socialista, sería más tarde, hasta su expulsión por motivos políticos, redactor de la editorial Einaudi.

Contra los teóricos del neocapitalismo como generador de bienestar económico y de paz social, la apuesta de los *Quaderni Rossi*, como escribió otro intelectual del grupo, Mario Tronti, era que el impetuoso desarrollo del capitalismo (estamos en la fase del llamado *boom* económico) no sólo produciría niveles de lucha obrera más altos, sino también un nuevo nivel cualitativo de la lucha de clases: el rechazo de la delegación sin reservas en las organizaciones sindicales, la centralidad de la asamblea obrera, la reivindicación, no sólo de más salario sino, como decía entonces Panzieri, de poder obrero. Los *Quaderni Rossi* fueron «obreristas»,

ante todo, en su reivindicación del carácter absolutamente político de las luchas de fábrica. No tiene sentido, decía Panzieri, intentar subir hasta el décimo piso, el político-estatal, el de las instituciones, si antes no se han subido, pacientemente, los otros nueve y si no se atacan las relaciones de poder social en sus cimientos, en la fábrica. En este conflicto, un arma fundamental es lo que Panzieri llama el «uso capitalista de las máquinas»: la innovación tecnológica de los procesos productivos no es neutral, sino un instrumento del cual el poder capitalista se sirve para fortalecerse y reorganizarse continuamente y, por consiguiente, para fragmentar y debilitar la resistencia obrera.

El otro tema no ortodoxo sobre el que Panzieri insiste es el del capital entendido como «planificación» (invirtiendo el discurso tradicional sobre la anarquía del mercado): con el paso al capitalismo monopolista y al Estado del bienestar, el capital gobierna y planifica por primera vez a la sociedad en su conjunto; un proceso que de alguna forma anula la diferencia entre la fábrica y el conjunto de la sociedad.

Algunas de las hipótesis teóricas de los *Quaderni Rossi* se confirman en los cambios que se producen a comienzos de la década de 1960: la reanudación de las luchas obreras y los enfrentamientos de la plaza Statuto de Turín en julio de 1962.

En 1964, de los *Quaderni Rossi* se separa un grupo (del que forman parte Mario Tronti, Alberto Asor Rosa y Antonio Negri) que funda el periódico *Classe Operaia*. En él la teoría obrerista se radicaliza, se plantea de manera más directa el problema de la construcción de una organización y se redescubre el leninismo («Lenin in Inghilterra» es el título de un artículo de Tronti de 1964, mientras que su libro más famoso es *Operai y capitale*). La característica más significativa de esta fase es su énfasis sobre la autonomía de la clase obrera: son los movimientos de clase los que generan el desarrollo y la transformación del capital, y no viceversa.

De la corriente obrerista nacen después, entre 1966 y 1968, una serie de grupos de intervención obrera organizados localmente, como el *Potere operaio* veneto-emiliano, el *Potere operaio* de Pisa y, en Roma, el grupo que se aglutina alrededor de la revista *Classe e stato*. Entre tanto, dentro de la vasta galaxia obrerista ya se han sedimentado divisiones profundas: mientras el grupo de Asor Rosa, Tronti y Cacciari se orienta hacia el trabajo dentro del Partido Comunista, Negri y otros trabajan para dar vida a organizaciones políticas autónomas. La última tentativa de una elaboración teórica común, y de un perfil diferente, es la revista *Contropiano*, concebida en 1967 y que se publica en 1968. Pero el trabajo común duró poco, porque ya a partir del segundo número, Negri abandona la dirección del periódico. De la matriz obrerista derivan, por lo tanto, experiencias políticas muy diversas y también conflictivas entre ellas.

7. Obrero masa

Con el término «obrero masa» se designaba al obrero «sin atributos» de la fábrica fordista y al mismo tiempo al sujeto principal de un nuevo ciclo de luchas, con

características, formas de organización y de insubordinación propias. Con él aparece dentro de la clase trabajadora el obrero de la cadena de montaje no cualificado, inmerso en la fragmentación más aguda del proceso de producción, enfrentado a su naturaleza de mercancía de la manera más cruda y privado de las tradiciones ideológicas y de organización más significativas. Este nuevo sujeto generado por la emigración, por la expansión económica de la década de 1960 y por la organización taylorista del trabajo, se contrapone a la figura clásica del obrero profesional europeo, corazón de la tradición socialista y sindical, anticapitalista, pero orgulloso de su capacidad de productor y atento a las razones del «interés general». El «obrero masa», resultado de una gigantesca mutación de la composición de clase inducida por la racionalización taylorista de la producción en la gran industria, que reduce el trabajo cada vez más a sus características más abstractas e impersonales, es al mismo tiempo el protagonista del tumultuoso ciclo de luchas de fábrica que se produce entre las décadas de 1960 y 1970. Estas luchas, alimentadas por una difusa espontaneidad en muchos casos, tratarán de obstaculizar el ciclo productivo, aprovechándose de su naturaleza y de sus debilidades, con un riesgo y una exposición mínimos para los obreros individuales: huelgas salvajes, interrupciones repentinas, actos de sabotaje, luchas directas y a menudo violentas contra las jerarquías de las fábricas. Del obrero no cualificado procederá también un fuerte impulso igualitario, intolerante con las divisiones creadas por la vieja escala profesional, y una voluntad de participación directa en constante conflicto con las organizaciones sindicales, además de una acentuación de las reivindicaciones salariales, que ahora rechazan someterse a los «equilibrios» de la empresa. En Italia, donde el nuevo ciclo de luchas obreras alcanzó a partir de 1969 una intensidad y una persistencia mayores, nace la consigna «el salario como variable independiente».

Este componente de la clase obrera será el que se pondrá en contacto más fácilmente con los grupos políticos más radicales de origen estudiantil y recorrerá a menudo nuevos caminos de politización proyectados fuera de la fábrica y fundados a partir del rechazo mismo de la condición obrera. Si Italia fue durante muchos años el laboratorio principal del «obrero masa» y de sus formas de expresión conflictiva, los obreros de la cadena de montaje y la ruptura con la tradición de la disciplina sindical también ocuparon una posición importante durante el mayo francés con el rechazo de los acuerdos sindicales de Grenelle, que eran, sin embargo, relativamente favorables para ellos, y en Alemania durante el período de las huelgas salvajes del otoño de 1969.

8. Obreros y estudiantes

La apertura de la universidad y de las escuelas hacia lo social y hacia la fábrica tuvo lugar de un modo casi espontáneo, como por necesidad, aunque los factores que la determinaron fueron muchos y no todos coherentes entre sí. Por un lado, los líderes de los estudiantes se dieron cuenta rápidamente de que el movimiento

corría el riesgo de quedar sofocado en la dialéctica de ocupación-desalojo-nueva ocupación. Sabían muy bien que debían mantener su propia orientación específica y su «base de masas», pero también que esa experiencia podía finalizar por simple agotamiento. Por ello, la decisión de proyectarse hacia el exterior correspondía también a la necesidad de obtener apoyo y buscar alianzas sociales. La fábrica y los barrios eran los lugares ideales donde buscarlos.

Por otro lado, algunos de sus planteamientos habían ido más allá de la cuestión escolar y de la reforma de la universidad. Los análisis teóricos tendían a ver al estudiante como parte de la producción, tanto desde el punto de vista de la «proletarización» como desde el de la fuerza de trabajo en proceso de especialización. Por esta razón, los problemas de la universidad no se podían solucionar sólo desde su interior. No se trataba simplemente de poner en marcha una política de alianzas entre grupos sociales diferentes, sino más bien de trabajar para lograr una «recomposición de clase» más avanzada. De hecho, si estudiantes, obreros y técnicos eran fuerzas productivas sujetas a las dinámicas de control y de expropiación del capital, si tendencialmente eran la misma cosa, entonces era razonable concretar esa condición de igualdad en una teoría y en una práctica capaz de reunificar todo lo que hasta entonces había estado artificialmente dividido.

Además, para quienes consideraban, teóricamente o de hecho, a los estudiantes como una fuerza revolucionaria, resultaba inevitable la tendencia a ejercer ese papel en la sociedad en su conjunto. Desde esta óptica, los estudiantes aparecían como las vanguardias más conscientes y radicales, y su misión histórica debía ser la de propagar el incendio social a otros sectores. A esto se le sumaba la consideración de que las organizaciones históricas del movimiento obrero, partidos y sindicatos, habían de algún modo «traicionado» o al menos atrapado el antagonismo obrero en una práctica y una teoría reformistas, que ya no ponían en discusión los equilibrios de poder de la sociedad. Desde esta perspectiva, se trataba sobre todo de «desenmascarar» el papel de colaboración de clase de las organizaciones históricas del movimiento obrero y de señalar la línea justa, analizando e implicándose en la definición de plataformas reivindicativas.

Así, para las vanguardias estudiantiles, fuesen las que fuesen sus motivaciones, la marcha hacia las puertas de entrada de las fábricas fue un paso natural que se concretó de formas diversas: desde la constitución de colectivos mixtos de estudiantes y obreros con el objetivo prioritario de analizar y confrontar su propia condición subalterna, diferente y a la vez similar, hasta la distribución de octavillas un poco ingenua en las puertas de las fábricas para pedir solidaridad, para convocar manifestaciones conjuntas o sobre temas de alcance político general.

Los frutos de este trabajo común se verían, sobre todo en Italia, desde el otoño de 1968 hasta finales de 1969. Cabe señalar, sin embargo, que si exceptuamos las manifestaciones conjuntas, la relación orgánica con la clase obrera sólo afectó esencialmente a sectores muy limitados de los obreros y los estudiantes. Todo esto tuvo una importancia significativa en las vicisitudes del sin-

dicalismo italiano; produjo también importantes análisis en el ámbito teórico, pero quedó inevitablemente reservado a los protagonistas más politizados de los movimientos. La falta de un «encuentro de masas» fue precisamente lo que produjo el nacimiento de «grupos políticos», que, si bien no tuvieron forma de partido, desempeñaron sin duda una función de vanguardia, produjeron separadamente sus elaboraciones y se dotaron de sus propias estructuras de organización, diferentes de las del movimiento y de las asambleas.

9. Poder estudiantil

«Poder estudiantil» es la principal consigna (y una de las más difundidas internacionalmente) del movimiento de los universitarios. Pero es también un lema que marca una fase y que pone de relieve un problema: poder estudiantil es la consigna de la primera fase del movimiento, la que se concentra en la lucha en el ámbito de la institución universitaria y, por consiguiente, un eslogan que será superado y puesto en discusión cuando las universidades y las escuelas, demasiado pequeñas para la carga revolucionaria general del movimiento, se conviertan en la base desde la que éste partirá para acometer su ataque general contra el sistema.

La reivindicación de poder estudiantil que, por poner sólo dos ejemplos, resuena tanto en las aulas del Palazzo Campana de Turín como en la *London School of Economics* de Londres, constituye casi el reverso de la crítica del autoritarismo académico, que representó por lo general el detonante de la revuelta en las universidades. Los estudiantes rechazan ser los sujetos pasivos de una institución en la que no tienen voz y cuya finalidad es la de reproducir la subordinación, la obediencia y la renuncia a las capacidades críticas. Los estudiantes critican la universidad por ser un mecanismo de integración social, cuya función es la de reproducir lealtades de masas a los poderes y a los sistemas de ideas dominantes.

Así, poder estudiantil es en primer lugar la reivindicación del control y de la autogestión de la propia trayectoria universitaria, de los programas de estudio, de los métodos de aprendizaje, del mecanismo de funcionamiento general de la universidad y de los órganos que la gobiernan. También en este primer sentido, poder estudiantil no es una reivindicación de gestión compartida o reformista, sino que por el contrario su objetivo es la construcción de una universidad diferente: ocupaciones, contracursos, universidad crítica y universidad autogestionaria. Acciones y actividades en las que el conocimiento se convierte en el resultado de un proceso de autoeducación colectiva, cuya finalidad es la construcción de un saber crítico capaz de interrumpir la función de integración de la universidad, convirtiéndola en cambio en la base propulsora de un ataque general al sistema.

Poder estudiantil es también, si desarrollamos las implicaciones de su primer y más restringido significado, la afirmación del poder de los estudiantes no sólo en las universidades, sino más en general en toda la sociedad. Según David Aldestein, uno de los líderes de la protesta de la *London School of Economics*, los

estudiantes se deben imponer como núcleo de poder en la sociedad, capaz de condicionar las decisiones del gobierno y de influir en la opinión pública.

«Poder estudiantil» es, por consiguiente, la consigna a partir de la cual se genera una dinámica inestable: dado que la universidad es un eslabón integrado en el conjunto del sistema social, su transformación en el sentido del contrapoder estudiantil no es, a fin de cuentas, ni posible ni útil. Los estudiantes terminan reconociéndose a sí mismos como la vanguardia de un proceso revolucionario más general: la consigna ya no es «poder estudiantil», sino «poder para la clase obrera».

10. Poder-sistema

Los movimientos estudiantiles de 1968 y las corrientes de pensamiento crítico que influyeron en ellos y que recibieron su influencia, se propusieron una tarea esencial de «desenmascaramiento»: se trataba de indagar, desvelar y transmitir a la opinión pública la rigidez de las relaciones reales que se escondían detrás de las apariencias sociales y el contenido opresivo que invadía las formas civiles de la democracia. Estos movimientos no se cansaron jamás, hasta alcanzar en ocasiones verdaderas formas de obsesión, de denunciar la complicidad entre los comportamientos sociales «normales», las costumbres aparentemente más inocentes, y las atrocidades que se cometían en países lejanos o contra las clases más débiles en el propio país, en nombre de la defensa de las relaciones de poder dominantes. Las complicidades del saber científico y tecnológico con la industria bélica y los mecanismos de la explotación (un tema central del *movement* estadounidense), la interiorización de valores egoístas, la discriminación de los diversos, la obediencia y la disciplina (que en países como Alemania fueron a menudo comparadas con el valor que habían asumido durante el nazismo), el rechazo de la participación y la exaltación de valores apolíticos, las dobles morales y la separación drástica entre público y privado, los mitos de la seguridad y del orden: todo esto fue analizado en sus aspectos más crudos y acusado de mantener unido un «sistema» unitario en el que estaban englobados tanto sus horrores como los dividendos de bienestar que distribuía.

Los movimientos de 1968 no se rebelaron contra un gobierno específico, sino contra el «sistema», una realidad totalizadora y omnipresente que dominaba tanto la explotación de los recursos planetarios, naturales y sociales, como los estilos de vida de los individuos y sus formas de pensamiento (algunos estudiosos como Immanuel Wallerstein definirían posteriormente a los movimientos de 1968 como «antisistémicos»). En este concepto de sistema, después caído en desuso e injustamente ultrajado y despreciado, confluían en realidad, mezclándose con frecuencia de manera simplista algunos de los más relevantes resultados teóricos de la crítica social: el concepto marxista de «modo de producción» y el análisis del «fetichismo de las mercancías», que indicaba la transformación de las relaciones entre personas en relaciones entre cosas, la crítica de la racionalidad occidental y el concepto de dominio elaborado por la Escuela de Frankfurt, los resultados críticos del psicoanálisis y los de la antropo-

logía. Se trataba, en resumidas cuentas, de una aproximación crítica a la totalidad social, sin lugar a dudas con claros fundamentos.

«Sistema» funcionaba también sin adjetivos, como «capitalista» o «totalitario», para aludir a un conjunto de nexos obligados y de condicionamientos recíprocos, que constituían la «normalidad» y que transformaban toda ausencia de partidismo y toda delegación irreflexiva en una complicidad objetiva con la violencia del poder dominante.

Se trata de un proceso exactamente inverso a la «teoría sistémica», estabilizadora y de «exoneración» (*Entlastung*), de Niklas Luhmann que probablemente debe parte de su éxito a una reacción frente al exceso de participación y compromiso pretendido durante los años de los movimientos. En efecto, la presencia del «sistema» y de sus «tentáculos» en el imaginario cotidiano de 1968 asumió algunas veces rasgos de paranoia, oscureció distinciones importantes y terminó alimentando estereotipos muy difundidos.

11. Proletarización

Con la palabra «proletarización» se quiso designar a la asimilación progresiva de técnicos, empleados e investigadores a la condición obrera. La teoría de la proletarización creaba un lazo objetivo entre las luchas estudiantiles, sobre todo las de las facultades científicas, y las luchas de fábrica. Ya no se trataba de «traicionar» a su propia clase de origen, sino de reconocer un hecho material e irreversible provocado por el mismo desarrollo capitalista. Aunque se hubiese tratado de una simple tendencia, las mismas luchas universitarias aceleran su evolución, anticipando con las actitudes de protesta una identidad objetiva aún implícita o parcial.

El debate sobre la proletarización estuvo al mismo tiempo cargado de efectos prácticos, dependiendo del mismo las formas de establecer relaciones con las fábricas, y de cuestiones doctrinales. Fueron muchas las categorías marxistas reformuladas de forma más o menos creativa. La primera de todas fue la del trabajo productivo. Puesto que para Marx la producción es solamente la actividad de la que el capitalista obtiene plusvalor, ¿se puede considerar actividad productiva la de los químicos o la de los matemáticos? Los «antiautoritarios» pensaban que los puestos intermedios a los que se accedía a través de la universidad eran eslabones subalternos de la jerarquía, tenían funciones de controladores controlados, alienados, pero de todas formas improductivos. Los partidarios de la «proletarización», por el contrario, sostenían que el trabajo técnico intelectual, lejos de dirigir, vigilar o planificar, estaba absolutamente imbricado en el proceso de fabricación directa del producto, contribuyendo, por lo tanto, a la formación del beneficio. Tampoco se trataba de determinaciones económicas, sino de la estricta analogía entre tareas obreras y tareas técnicas. Además de la relación salarial y del plusvalor, las mismas modalidades ejecutivas señalan la unificación objetiva de todo trabajo dependiente: en la oficina y en el laboratorio, al igual que en los talleres, se encuentra la fragmentación del trabajo, el

anonimato, la posibilidad de intercambio y la repetitividad. En términos marxistas, el trabajo «potenciado» o «complejo» del intelectual puede ser considerado, sin duda, un mero múltiplo del trabajo «simple» de la cadena de montaje: múltiplo que siempre se puede calcular a partir de la unidad de medida universal, el tiempo de trabajo abstracto.

La teoría de la proletarización conllevaba favorecer en las facultades y en las escuelas todos aquellos objetivos capaces de resaltar la sintonía explícita con las luchas obreras. Los costes de los estudios (tasas, libros, alojamiento, becas, etc.) debían ser el equivalente de las reivindicaciones salariales en las fábricas. Igualmente, se instituye una similitud entre organización del trabajo y organización del estudio, ampliando a esta última la instancia de un «control» y de un contrapoder minucioso y particularizado. Además, la reflexión sobre la ciencia o, mejor dicho, sobre su no neutralidad, en vez de limitarse a la interdependencia de conocimiento y poder, recibía una especificación categórica: la ciencia es una fuerza productiva inmediata, que se enraíza en el capital fijo, en el sistema de las máquinas y en las tecnologías que tienden a intensificar la explotación, ésta es su verdad y desde ahí debe emprenderse su crítica.

El concepto de proletarización está relacionado con otro término que entonces tuvo una gran difusión: recomposición de clase. Sólo puede «recomponerse» lo que ya es, al menos potencialmente, homogéneo. La polémica con la política «de las alianzas. [illegible] e tensa e insistente: los obreros no deben buscar un terreno de encuentro con las «clases medias» y con las capas «populares», como decía el progresismo democrático-reformista, sino que deben recomponerse como clase política, invirtiendo la fragmentación antinatural que deriva de considerar a la fuerza de trabajo como una mercancía, aunque sea especial.

B. ITALIA

(1968. Una revolución mundial *contiene información detallada relativa a 12 países o áreas geográficas sobre los acontecimientos que giraron alrededor de 1968 en cada una de ellas. A continuación se presentan algunas fichas de las correspondientes a Italia, que señalan las tendencias sociales, las fuerzas políticas y sindicales, las realidad del movimiento obrero y los acontecimientos que definieron la realidad sociopolítica estructural y coyuntural de la década de 1960.*)

1. Julio de 1960

Reforzada por la obtención del 42,4 por 100 de los votos en las elecciones políticas de 1958, la Democracia Cristiana (DC) entra en la nueva década con una posición de predominio absoluto, pero sin una estrategia política precisa. Amintore Fanfani, que a finales de la década de 1950 reunía los cargos de pre-

sidente del Gobierno, ministro de Asuntos Exteriores y secretario de la DC, se plantea la alianza con el Partido Socialista Italiano (PSI). En la DC, sin embargo, las resistencias a ésta son fortísimas y conducen a la caída de Fanfani y a la escisión de su corriente política dentro del partido. Los partidarios de esta última crean una nueva corriente, llamada dorotea por el nombre del convento de santa Dorotea, lugar en donde se decidió la creación de la misma. Los doroteanos, que dirigían la DC durante toda la década de 1960, consiguen una aplastante victoria sobre Fanfani en el congreso de la DC de octubre de 1959, gracias a una alianza con la derecha de Andreotti y con la izquierda de Aldo Moro, que será elegido secretario de la formación. A pesar de ser favorable a una alianza con el PSI, Moro decide dar tiempo al tiempo. Para superar la parálisis que se crea por los acontecimientos ya descritos, el presidente de la República, Gronchi, confía la formación de un nuevo gobierno a Fernando Tambroni, hombre de orden y líder de segunda fila de la DC. Tambroni logra obtener la confianza del Parlamento gracias al apoyo del partido monárquico y del partido neofascista, el MSI. Alentados por haber entrado en el gobierno por primera vez desde la caída del fascismo, los dirigentes del MSI eligieron Génova, ciudad que se había destacado en la resistencia y que estaba orgullosa de su antifascismo, como sede de su próximo congreso de julio. El 30 de junio, una inmensa de manifestación de protesta en Génova se concluye con una revuelta de carácter poco menos que insurreccional. Los manifestantes, encabezados por estibadores armados con ganchos y por jóvenes obreros, se enfrentaron durante horas con la policía. Al día siguiente, las organizaciones de ex partisanos se agrupan en un «Comité de Liberación», declarándose preparadas para asumir la administración de la ciudad. El prefecto, responsable del orden público, con el apoyo de Tambroni, ordena la suspensión del congreso del MSI. Las manifestaciones, sin embargo, se reproducen en toda Italia; Tambroni, en un intento desesperado de recuperar el control, ordena a la policía que dispare «en casos de emergencia». El 5 de julio, en Licata, Sicilia, cae muerto un manifestante, hiriéndose gravemente a otros cinco. El 7, se asesina a cinco personas en Reggio Emilia, a las que se añaden 19 heridos. La CGIL convocó una huelga general que paralizó el país. En muchas ciudades se produjeron verdaderas batallas con la policía, siendo asesinados otros dos manifestantes en Palermo y Catania, respectivamente.

Tambroni decide presentar su dimisión el 22 de julio, siendo sustituido por un gobierno monocolor de la DC encabezado por Fanfani. La crisis allanó el camino al centro-izquierda. En las manifestaciones de julio de 1960 confluyen pasado y futuro. Fueron, por una parte, el último acto de la resistencia antifascista y, por otra, el prólogo de las luchas obreras que estallarían a finales de la década. Los mismos jóvenes obreros que estuvieron con las «camisetas a rayas» en la primera fila de esos altercados, serán, dos años después, los protagonistas de la revuelta de la Plaza Statuto de Turín, y posteriormente, los de la explosión de las luchas obreras en 1969.

2. Inmigración

A partir de la Segunda Guerra Mundial, un nuevo tipo de emigración sustituye en Italia a la transoceánica típica de la primera mitad del siglo XX. Las nuevas metas son los países del norte y del centro de Europa, pero sobre todo las zonas industriales del norte de Italia. En el curso de diecisiete años este último flujo alcanza dimensiones poderosas. Entre 1955 y 1971 los traslados interregionales afectan a más de nueve millones de personas. Los inmigrantes provienen en su mayor parte de las regiones atrasadas del sur de Italia, pero también del Veneto y de otras zonas no industrializadas del norte. El flujo alcanza su punto álgido en los años 1958-1963, los del «milagro económico». El nivel de aceptación es muy bajo. En Turín, los inmigrantes se concentran en los sótanos y desvanes. Muy a menudo 40-50 personas se ven obligadas al uso de un solo baño. En Milán, son los mismos inmigrantes los que construyen de la noche a la mañana concentraciones de míseras viviendas ilegales, que pasarán a la historia con el nombre de *coree* (corazones). La asistencia sanitaria es casi inexistente y la hostilidad frente a los nuevos, llamados despreciativamente *terroni* (paletos), desemboca a menudo en puro racismo. Los inmigrantes encuentran trabajo normalmente en el sector de la construcción, para más tarde ser absorbidos por las grandes fábricas como obreros de la cadena de montaje. El flujo inmigratorio casi se interrumpe entre 1963 y 1967, a causa de la llamada «coyuntura», la fase de estancamiento de la economía que sigue al *boom*. Con el arranque económico de 1967 se produce una segunda oleada migratoria, que aunque de dimensiones notables, no es comparable a la precedente. Esta fase, que durará hasta 1971, alcanza su índice máximo en 1969, año en el que sólo en Turín se registran 59.000 nuevas llegadas. En la década de 1970, la emigración interna disminuye hasta desaparecer.

3. Fiat Mirafiori

Casi tres millones de metros cuadrados, la mitad techados, 37 puertas de entrada distribuidas a lo largo de casi diez kilómetros, 22 kilómetros de carreteras internas, 40 kilómetros de líneas de ferrocarril, otros 40 de cadenas de montaje, 13 kilómetros de vías subterráneas y una población obrera que en los momentos punta llega a 60.000 personas. Esta es la Mirafiori de 1968, el mayor establecimiento de la FIAT, la fábrica más grande del mundo y el corazón industrial y obrero de Italia. Mirafiori es el mayor establecimiento de la FIAT en Turín, pero no el único. Relativamente cerca hay otros centros: Spa Stura, Lingotto y Rivalta, por citar sólo los principales.

La derrota obrera y sindical se había consumado en la FIAT a principios de la década de 1950. Durante esa década no se declaró ninguna huelga en la fábrica. Las razones de la pasividad de los trabajadores son dos: la durísima represión impuesta por el administrador delegado, Vittorio Valletta, sustituido en 1967 por Gianni Agnelli, y el trato salarial dispensado por la FIAT a sus obreros, superior a la media. Los resultados de la gestión de Valletta son excepcionales. En menos de

quince años la facturación ha aumentado más de un 400 por 100 y el volumen de la producción se ha más que decuplicado. En 1962, con ocasión de la renovación del convenio, la fábrica se bloquea por la primera serie de huelgas habida en muchos años. Hay muchas diferencias con respecto a la década precedente: los ritmos de trabajo han aumentado insosteniblemente, el nivel de las retribuciones ya ha sido superado por muchas otras fábricas y se ha contratado a millares de emigrantes del sur. El principal cambio afecta a la composición de la clase obrera, en la que el «obrero masa» está sustituyendo paulatinamente al obrero profesional como figura clave, que había sido el sector más concienciado y politizado hasta ese momento. El 6 de julio, la UIL, el sindicato del PSI, firma un acuerdo separado con la empresa. El 7, una manifestación espontánea asedia la sede de la UIL en la plaza Statuto de Turín. Los enfrentamientos con la policía se prolongan durante tres días y tres noches; los llamamientos de vuelta a la normalidad hechos por la CGIL no serán escuchados. Se detiene a 90 personas, jóvenes inmigrantes del sur en sus dos terceras partes. La huelga vuelve a la FIAT en 1966, de nuevo con ocasión de la renovación del convenio. A pesar de la masiva participación de los obreros en la huelga, la CGIL firma un convenio inaceptable, pretendiendo así evitar enfrentamientos con la CISL, que presiona para cerrar el conflicto lo antes posible.

El efecto de la derrota obrera se dejará sentir muy pronto. En los meses siguientes, la situación en la FIAT parece volver a ser la de la década de 1950. Sin embargo, la participación en la huelga general convocada para el 7 de marzo de 1968 supera de forma imprevista todas las expectativas. La huelga general convocada en noviembre en contra de la reforma del sistema de pensiones registrará un éxito aún mayor; en diciembre, la CGIL reconquista la mayoría en las comisiones internas, perdida después del fracaso de 1966.

4. La Democracia Cristiana

El año 1968 representa para la DC, desde 1948 el mayor partido italiano, el inicio de un período de estancamiento que se prolongará durante toda la década siguiente. El porcentaje de votos del partido católico había descendido por debajo del 40 por 100, por primera vez en su historia, en las elecciones de 1963. A pesar de ello, seguía siendo, con diferencia, el partido más fuerte y, sobre todo, gozaba de un liderazgo sin otras alternativas. Entre 1962 y 1963, Aldo Moro, que dirigirá la DC como secretario del partido o como presidente del consejo de ministros durante toda la década, consigue alcanzar un objetivo perseguido desde mediados de la década de 1950, el de involucrar en el gobierno al PSI, separándolo del PCI. Al mismo tiempo, sin embargo, pagó su deuda con la derecha del partido, apoyando la candidatura a la presidencia de la República de Antonio Segni, contrario al entendimiento con el PSI. El pacto con la derecha de la DC garantiza a Moro una mayoría aplastante dentro del partido, pero también imposibilita el desarrollo de cualquier estrategia reformista. Así, la década ve cómo se consume

inútilmente la experiencia del centro-izquierda. En las elecciones de 1968, el partido democratacristiano confirma su primado con el 39 por 100 de los votos, pero, al mismo tiempo, se ve privado de cualquier tipo de estrategia política para dirigir el país, visto el fracaso del centro-izquierda, pero también la imposibilidad de realizar otras alianzas. A partir de 1968, por lo tanto, la DC gobernará dando palos de ciego, oscilando entre la izquierda y la derecha, y dando vida a una larga serie de gobiernos que estaban destinados a durar únicamente unos pocos meses. La salida de este *impass* se produciría a mediados de la década de 1970, gracias a la breve pero resolutiva experiencia de los gobiernos de unidad nacional. Concluida esta fase y una vez superado el período de emergencia social de la década de 1970, el partido católico volverá a aliarse con el PSI de Bettino Craxi.

5. La izquierda italiana

Cuando aparece el Movimiento Estudiantil, el PCI, el primer partido de la oposición en Italia y el partido comunista más potente del bloque occidental, no duda en apoyarlo resueltamente. *L'Unità*, órgano oficial del partido, y el correligionario *Paese Sera*, dedican un amplio espacio a las luchas de los estudiantes. En realidad, la sospecha hacia un movimiento considerado extremista e incontrolable es mucho mayor de lo que permiten suponer las apariencias, máxime cuando el PCI acababa de sufrir un acérrimo enfrentamiento interno que se había saldado con la derrota de la izquierda. El XI Congreso, en 1966, había sido de hecho un campo de batalla entre la derecha de Giorgio Amendola y la izquierda de Pietro Ingrao. Aunque el congreso se había cerrado con la victoria de los centristas, reunidos en torno a Mario Alicata y al secretario general Luigi Longo, la derrota de los ingraianos había sido clara y definitiva. La defensa de los estudiantes en el 1968 corrió a cargo, sobre todo, de los líderes de la Federación Juvenil del PCI, Achille Occhetto y Claudio Petruccioli, pero también de Luigi Longo, que después de la muerte de Palmiro Togliatti, en 1964, le había sucedido en la Secretaría del Partido, de Pietro Secchia, ya por aquel entonces marginado, y del anciano Umberto Terracini, único superviviente del grupo turinés *Ordine Nuovo*. Poco antes de las elecciones de mayo, Longo recibe una delegación del Movimiento Estudiantil, encabezada por Oreste Scalzone. El mismo secretario daría cuenta posteriormente de lo acaecido en el coloquio, en un artículo en el que define al Movimiento Estudiantil como «vanguardia de la revolución italiana». Pero la mayoría de los dirigentes del partido muestran mucha menos simpatía hacia los estudiantes. Giorgio Amendola se encarga de responder indirectamente a Longo con un artículo muy severo en el que acusa a los estudiantes de «infantilismo extremista y anarquista». Esta sería la valoración que se impondría en el partido en menos de un año. En las elecciones políticas de mayo, el PCI mejora sus posiciones, pasando del 25,3 por 100 de los votos al 26,9 por 100. Sería el PSIUP, nacido cuatro años antes de una escisión del PSI y que conquista el 4,5 por 100 de los sufragios, el que recoge la mayor parte del voto

del Movimiento. En agosto, el PCI toma abiertamente distancias de la URSS por primera vez, expresando su «grave desacuerdo» por la «injustificada» decisión de invadir Checoslovaquia. A finales de año, Longo resolverá el problema de la sucesión, en suspenso desde hacía años, nombrando vicesecretario a Enrico Berlinguer, que en realidad ejercerá casi de inmediato las funciones de un verdadero secretario general hasta asumir oficialmente el cargo en 1972.

6. El PCI después de Togliatti

Palmiro Togliatti, secretario general del PCI durante cuarenta años, muere repentinamente el 21 de agosto de 1964 en Yalta, en el curso de un viaje a la URSS marcado por la descortesía de los dirigentes soviéticos, que manifestaban así su irritación con el líder casi octogenario de los comunistas italianos. Togliatti, ex secretario de la Internacional Comunista en la década de 1930, había asumido posiciones cada vez menos veladamente divergentes con el partido soviético. Togliatti fue sustituido inmediatamente por Luigi Longo, otro exponente de la vieja guardia, líder de la Federación Juvenil Comunista en tiempos de Stalin. Longo decidió publicar, a pesar de la oposición de los rusos, los apuntes manuscritos de Togliatti en sus últimos días de vida, con vistas al encuentro con el líder soviético Kruscev. El «Memorial de Yalta» contenía discretas, pero inequívocas críticas, al partido soviético, a la excomunión del partido chino y a la falta de democracia en la URSS. Su publicación constituyó, por lo tanto, el primer paso del largo proceso de distanciamiento entre el PCI y Moscú. Un camino cuyo siguiente hito sería la explícita desaprobación del PCI, en 1968, de la invasión de Checoslovaquia. Las relaciones con la URSS no eran, sin embargo, el único escollo con el que se debían medir los herederos de Togliatti. La secretaría Longo era visiblemente sólo una solución de transición y era necesario, por lo tanto, elegir al próximo secretario general de entre las quintas más jóvenes. Los principales candidatos eran Enrico Berlinguer, que había estado muy cercano a Togliatti, Mario Alicata y Giorgio Napolitano, exponente de la derecha del PCI. Giorgio Amendola, líder de la derecha del partido, propone la fusión con el PSI y la puesta en marcha de un giro hacia la socialdemocracia, pero sostiene la necesidad de establecer una disciplina rigurosa en el interior del partido. El líder del ala izquierda, en cambio, es Pietro Ingrao, favorable a una drástica democratización del partido. El enfrentamiento se consuma a principios de 1966, durante la celebración del XI Congreso. La alianza del centro, liderado por Alicata, y del ala derecha conllevó la derrota de la izquierda, que fue sometida a una durísima ráfaga de críticas, en los límites del linchamiento político. El congreso refuerza las posiciones de Alicata en la carrera por la secretaría, pero éste muere pocos meses después. El mismo Berliguer se verá apartado de la dirección como consecuencia de una intervención en el congreso que se juzgó demasiado poco severa con los ingranianos, pero será designado

como vicesecretario por Longo tres años más tarde. Decisión que, en parte, estuvo determinada por la explosión del 1968.

7. Los sindicatos italianos

Los sindicatos italianos, la CGIL comunista, la CISL católica y la UIL socialista, llegan a 1968 entre grandes dificultades. A principios de la década, la reanudación de la conflictividad obrera y de la concertación empresarial había permitido a la principal confederación sindical, la CGIL, romper el aislamiento en que se había encontrado durante la década de 1950. Roto éste, la CGIL se mueve para alcanzar la unidad sindical; será en pro de este objetivo por lo que firmará en 1966 un convenio inaceptable. Como consecuencia de esta derrota, las tres organizaciones sufren una brusca crisis de autoridad y representatividad. La estructura sindical de base en los puestos de trabajo es aún la de la década de 1950, la comisión interna. Se trata de una estructura basada en las elecciones de representantes, que se presentan en diferentes listas, diseñadas por cada uno de los sindicatos y cerradas a los obreros no sindicalizados; esta estructura dependía fuertemente de las decisiones de la cúpula sindical y, por lo tanto, era incapaz de reaccionar ante los cambios bruscos de la composición de la fuerza de trabajo. Aunque ya se anticipa en 1968 en algunas grandes fábricas, la crisis de la representatividad sindical revela toda su gravedad en las luchas de la primavera de 1969 en la FIAT. La base obrera rechaza, de hecho, tanto la dirección sindical de las movilizaciones como los objetivos marcados por las confederaciones sindicales. Adopta, por el contrario, técnicas de enfrentamiento ajenas a la tradición de los sindicatos y antepone las reclamaciones igualitarias. A pesar de ello, en otoño, los sindicatos, primero la CISL y más tarde y con mayores resistencias la CGIL, harán propias las peticiones igualitarias y sustituirán las comisiones internas por los consejos de fábrica, compuestos por delegados de sección y de cadena, elegidos con independencia de su adscripción sindical. En los consejos se da, de hecho, la unidad sindical, que resistirá casi quince años. La capacidad de reaccionar ante la crisis, reconvirtiendo rápidamente métodos y estrategias, permitirá a las tres confederaciones salir del *impass* en el cual se mantenían desde hacía meses y comenzar la nueva década desde posiciones de fuerza que nunca habían sido ni siquiera vislumbradas en las décadas precedentes.

8. CGIL

La Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL) es el mayor sindicato italiano desde la posguerra. En su interior conviven dos corrientes mayoritarias, la socialista y la comunista, además de otras menores que, a pesar de ello, tuvieron representación en los organismos directivos hasta 1965.

Después de haber establecido una estrategia centrada fuertemente en las huelgas políticas durante la posguerra y principios de la década de 1950, la CGIL regis-

tra en 1955 una grave derrota en la FIAT, perdiendo por primera vez la mayoría en las elecciones de la comisión interna. Este fracaso, al que le seguirán años de dura represión interna en la fábrica turinesa, no se repitió, sin embargo, en otras grandes empresas.

En julio de 1960, una huelga general declarada únicamente por la CGIL contra el gabinete Tambroni tiene un gran éxito y provoca la caída del gobierno. La reanudación, en los años siguientes, de las luchas obreras ofrece una oportunidad a la CGIL; el sindicato de izquierdas tratará de aprovecharla, pero con el objetivo de alcanzar la unidad sindical con la CISL, el sindicato católico, y con la UIL.

En 1966, los tres sindicatos ponen en marcha una serie de encuentros para diseñar un «acuerdo marco» unitario. Este objetivo no será alcanzado, pero las conversaciones activaron, de todas formas, el proceso de unidad sindical.

En 1967, casi a las puertas de la unificación, los diputados de la CGIL decidieron abstenerse en la votación del plan quinquenal presentado por el gobierno, a pesar del voto contrario del resto de los diputados comunistas. Casi simultáneamente, y tanto en la CGIL como en el ámbito de los demás sindicatos, se desarrolla un debate sobre la compatibilidad entre cargos sindicales y candidaturas al parlamento, con el objetivo de garantizar la autonomía sindical. La federación metalúrgica, FIOM, se pronuncia en octubre de 1967 por la incompatibilidad y será Bruno Trentin, futuro secretario de la Confederación, el primer sindicalista que dimitirá como diputado. La cúpula de la CGIL, en cambio, asume una posición contraria; el secretario general Agostino Novella expresa abiertas críticas hacia la separación de sindicatos y partidos.

En febrero de 1968, la unidad sindical parece esfumarse cuando la CGIL, después de haber garantizado junto a los otros dos sindicatos mayoritarios su apoyo a la reforma gubernativa del sistema de pensiones, cambia de idea en el último momento bajo la presión de las bases. El 7 de marzo, la CGIL, en solitario, convoca una huelga general contra el proyecto de reforma, que obtendrá un seguimiento generalizado, FIAT incluida.

La CISL y la UIL acercarán sus posiciones a las de la CGIL en los meses siguientes y las huelgas generales del 14 de noviembre de 1968 y del 5 de febrero de 1969 se convocan de forma unitaria. En la primavera de 1969, la explosión imprevista de luchas obreras espontáneas coge por sorpresa a la CGIL. De hecho, la FIOM-CGIL tratará de resistirse a las exigencias igualitarias todavía unos meses, para rendirse después ante las presiones de las bases, cuyas posiciones ya habían sido asumidas por la FIM-CISL. También en ese año se asentará en la CGIL, al igual que en los demás sindicatos, la petición de autonomía sindical con respecto a los partidos, mientras que la unidad sindical se consolida en la práctica a través de los consejos obreros, nacidos durante el otoño caliente. A partir de ese momento y hasta 1975, la CGIL registrará un fuerte aumento en el número de afiliados, que crece al ritmo del 15 por 100 anual entre 1968 y 1972. En 1975 el total de afiliados sería de 6.675.000, a comparar con los 4.083.000 registrados diez años atrás.

9. CISL

Los primeros años de la década de 1960 están marcados, para el sindicato católico CISL, por la división interna ante la ofensiva en pro de la unidad sindical lanzada por la CGIL. Las relaciones entre las dos confederaciones mayoritarias había tocado su punto más bajo en 1956, tanto por la derrota de la CGIL en la FIAT, que había creado expectativas sobre su declive generalizado, como por la invasión de Hungría por parte de la URSS. En 1960, la CISL había condenado la huelga general declarada por la CGIL contra el gobierno Tambroni, pero con la reactivación de las luchas obreras, iniciada por los trabajadores del metal milaneses en 1961, había vuelto a acercar sus posiciones a las del sindicato mayoritario. La cúpula de la CISL, encabezada por su secretario general, Bruno Storti, mira con sospecha y desconfianza el proceso unitario que, sin embargo, es apoyado por el ala izquierda de la FIM, la federación del metal.

En 1962, la izquierda conquista la dirección de la FIM-CISL, resistiendo durante los años siguientes las fortísimas presiones antiunitarias de la secretaría general.

Entre 1968 y 1969, la FIM-CISL es la primera organización sindical que acepta las exigencias de igualitarismo procedente de las luchas obreras autónomas, siendo también en los años sucesivos la más abierta al diálogo con las estructuras extrasindicales. En junio de 1969, el congreso de la FIM se concluye con la aprobación de un documento que pide «la modificación del sistema capitalista» y la consolidación «del poder obrero en las fábricas». Es la señal definitiva del distanciamiento de la DC, a la que se unirá, pocos días después, la adhesión más drástica de las ACLI, la potente asociación de los trabajadores católicos. En julio, durante el congreso plenario de la confederación, el secretario general, Storti, logrará arrancar su confirmación a la cabeza de la CISL, pero sólo al precio de aceptar muchas de las posiciones de la FIM-CISL.

10. UIL

La UIL, Unión Italiana de los Trabajadores, estaba ligada estrechamente al Partido Socialdemócrata a principios de la década de 1960, con posiciones muy a menudo cercanas a las del SIDA, un sindicato amarillo controlado indirectamente por las altas esferas industriales. La UIL comienza a modificar sus posiciones, aunque lentamente, después de la revuelta de la plaza Statuto de julio de 1962, en la que millares de obreros, durante tres días consecutivos, tratan de asaltar la sede de la UIL, acusada de haber firmado, junto al SIDA, un convenio separado para los trabajadores del metal.

Se dará un nuevo giro después de la unificación, en 1966, entre el PSI y el PSDI, que se convierten en el PSU. Los proyectos de provocar una escisión en la CGIL, con el objetivo de anexionar en la UIL a la corriente socialista del sindicato mayoritario, reciben un rechazo clamoroso en un sondeo entre los cuadros sin-

dicales. Como compensación, el número de los cuadros de la UIL ligados a la corriente socialista supera rápidamente al de los ligados a la corriente socialdemócrata, cercana al PRI.

En mayo de 1969, los socialistas, encabezados por Giorgio Benvenuto, conquistan la federación del metal de la UILM, adhiriéndose, inmediatamente después, al eje unitario que ya habían creado las federaciones del metal de la CGIL y de la CISL. Los socialistas obtendrán, en el congreso de la UIL que se celebra a continuación, una mayoría relativa, pero para evitar escisiones renuncian a hacer valer la norma que les concedería un número extra de delegados y, por lo tanto, la mayoría absoluta.

La mediación entre las corrientes lleva, en cambio, a la designación de tres secretarios, uno por cada área. A pesar de ello, será el «triunviro» de la corriente socialista, el líder de la izquierda Ruggero Ravenna, quien dirigirá el sindicato en virtud de la delegación explícita de sus pares, durante el otoño caliente y posteriormente durante el período de unidad sindical de la década de 1970.

11. *Piazza* Statuto

El 13 de mayo de 1962, los sindicatos de la metalurgia convocan una huelga general por la renovación del convenio. En Turín, el seguimiento de la huelga es masivo en todas las empresas, salvo en la FIAT. Sólo un porcentaje irrisorio de los 93.000 empleados de la mayor empresa del país sigue la huelga. Esta misma situación se había repetido durante toda la segunda mitad de la década de 1950, un período jalonado por los fracasos de las huelgas en la FIAT. Sin embargo, el 22 de junio, con ocasión de una nueva huelga nacional, 7.000 obreros de la FIAT se adhieren a la convocatoria, siendo 60.000 el día 23. El pulso se mantendrá durante las semanas siguientes, por primera vez con la participación activa de la plantilla. Se convoca para el día 7 de julio una nueva huelga nacional; esa misma mañana se difunde la noticia de la firma del convenio, de forma separada, por parte de la UIL y del SIDA, que habían obtenido una mayoría relativa en las pasadas elecciones de la comisión interna. Los primeros enfrentamientos se producen frente a la entrada de la fábrica de Mirafiori, cuando los piquetes bloquean y en algún caso vuelcan los coches de los jefes que tratan de entrar. Después, espontáneamente, varios miles de obreros, sobre todo jóvenes contratados hacía poco, se concentran en la *piazza* Statuto, donde se encuentra la sede de la dirección de la UIL, y tratan de asaltar el edificio. Los manifestantes responden a las cargas de la policía levantando barricadas, produciéndose enfrentamientos que se recrudecen con el paso de las horas y la llegada de nuevos manifestantes por la tarde. Los líderes de la CGIL y del PCI recorren la plaza invitando, en vano, a los trabajadores a regresar a sus casas. La batalla continúa hasta bien entrada la noche, cuando se abandona la última barricada. Al día siguiente, domingo 8 de julio, muchos obreros vuelven a la *piazza* Statuto, vigilada por la policía, pero no tratan de asaltar la sede

de la UIL. El lunes 9, sin embargo, se reanuda la batalla: miles de obreros y parados, turineses e inmigrantes del sur, responden a las cargas de la policía, resistiendo hasta las dos de la mañana. El balance de los enfrentamientos fue el siguiente: 1.212 detenciones, 90 de los detenidos pasan a disposición judicial, un centenar son procesados *in absentia*, y 169 heridos entre las fuerzas del orden. La izquierda histórica habla de «provocadores infiltrados»: no será la última vez que lo hará ante las luchas espontáneas de los nuevos sujetos obreros.

12. El centro-izquierda en Italia

Desde un punto de vista político, la Italia de 1968 está marcada por la profunda desilusión creada por la actuación de la coalición de centro-izquierda, que se basaba en la alianza entre la Democracia Cristiana y el Partido Socialista Italiano, en el gobierno desde 1963. La experiencia del centro-izquierda estuvo precedida y preparada entre 1961 y 1962 por el gobierno presidido por Amintore Fanfani y compuesto por miembros de la DC, del PRI y del PSDI. Este gabinete, que gobernaba gracias a la determinante abstención del PSI, comenzó a estudiar tres reformas de gran alcance: la nacionalización de la energía eléctrica, la reforma educativa, que introducirá la escuela media unificada y la escolarización obligatoria hasta los catorce años, y la implantación de un sistema político regional. Se llevaron a cabo las dos primeras reformas, pero la tercera fue bloqueada por las resistencias internas de la DC. También en 1962, la derecha de la DC conseguirá hacer designar como presidente de la República a Antonio Segni, notoriamente contrario a la fórmula del centro-izquierda. En diciembre de 1963, después de una escisión en el PSI que conllevó el nacimiento del PSIUP, los socialistas entran en el gobierno, presidido por el democratacristiano Aldo Moro, siendo vicepresidente el socialista Pietro Nenni. Este gobierno cae, sin embargo, apenas seis meses después como consecuencia de una emboscada parlamentaria de la derecha de la DC, que también había paralizado, hasta ese momento, toda veleidad reformista. El PSI trató de alzar el precio de su colaboración.

En junio de 1964, justo en el momento álgido de esta crisis, los socialistas empiezan a recibir señales de un posible golpe de Estado, que estaría preparado por el general de los *carabinieri* De Lorenzo y apoyado por el mismo presidente de la República, un episodio que jamás fue totalmente aclarado. Parece seguro que De Lorenzo, entonces comandante de los servicios secretos, preparase un golpe de Estado, pero es imposible delimitar hasta que punto estuviera implicado el presidente Segni, que, sin embargo, sí acarició el proyecto de usar a De Lorenzo para reducir a la impotencia al PSI. Y este fue, precisamente, el efecto de la trama del general. El PSI, atemorizado, se apresuró a pactar un segundo gabinete de Moro sin exigir esta vez garantías reformistas. Desde ese momento y hasta el final natural de la legislatura, el centro-izquierda abandonó toda tentativa reformista, a pesar de la elección como presidente de la República del socialdemócrata Giuseppe

Saragat y el refuerzo de la componente socialista gracias a la unificación del PSI y del PSDI (destinados a una nueva separación en 1969). Sólo a finales de la legislatura, ya con vistas a las elecciones, comenzaría a estudiar el gobierno dos tímidas reformas, una revisión de las pensiones mínimas y la reforma universitaria, destinada a ser la chispa que prendería la revuelta universitaria.

13. Los grupos extraparlamentarios en Italia

Los grupos de la izquierda extraparlamentaria, que continuarán activos durante gran parte de la década de 1970, se forman, casi todos, entre el otoño de 1968 y el de 1969. Recogen, en parte, la herencia de las pequeñas organizaciones nacidas a la izquierda del PCI en la década de 1960, pero deben su vitalidad al flujo masivo de militantes procedentes del movimiento estudiantil y a la relación con las bases obreras que logran crear en algunas grandes fábricas.

El primer grupo en formarse, en el verano de 1968, es la *Unione dei Comunisti Italiani Marxisti-Leninisti*, prochinos y en parte procedente del grupo maoísta milanés *Falce e martello*. Disciplina rigurosísima y dogmatismo extremo son las características principales del grupo, cuyos principales líderes son Aldo Brandirali, Luca Meldolesi y Nicoletta Stame. Tras un fulminante éxito, la mayoría de los militantes de la UCI abandonan la organización, precisamente a causa del dogmatismo y del férreo control, incluso sobre la vida privada, de sus militantes. En 1972, la UCI transforma su semanario *Servire al Popolo* en un diario, que continuará publicándose durante algún año más.

Ese mismo otoño de 1968 nace en Milán, sobre todo para recoger la experiencia del CUB (Comité Unitario de Base) Pirelli, *Avanguardia Operaia*, cuyos principales dirigentes cuentan con la experiencia de años de militancia en la IV Internacional (trotskista). El grupo, muy potente en Milán en los primeros años de la década de 1970, se dota de un periódico quincenal homónimo que, posteriormente, sería sustituido por el *Quotidiano dei lavoratori*. A mitad de la década de 1970, *Avanguardia Operaia* forma junto a *Il Manifesto* la lista electoral *Democrazia Proletaria*, que no obtiene los resultados esperados en las elecciones nacionales de 1976 y que se disolverá en 1978.

En el verano de 1969 nacen en cambio *Potere Operaio* y *Lotta Continua*, ambas filiaciones de la asamblea de obreros y estudiantes que había conducido los cincuenta días de lucha en la FIAT. A finales de julio se lleva a cabo en Turín el Convenio de las Vanguardias Obreras y Estudiantiles, con el objetivo de dar vida a una formación organizada. El proyecto unitario falla y las dos principales tendencias de la asamblea se dividen. El grupo del semanario *La Classe* constituye Potere Operaio, en el que confluyen los grupos precedentemente ligados al *Potere Operaio* veneto-emiliano. Los líderes son Antonio Negri, profesor universitario, que había sido redactor de *Quaderni Rossi* y de *Classe Operaia*, Sergio Bologna y los líderes del movimiento romano Franco Piperno y Oreste Scalzone.

El grupo se dota de una revista quincenal (después mensual) a la que, en septiembre de 1971, se añadiría un semanario, *Potere operaio del lunedí*. Se disolverá en 1973 para confluir en la galaxia de la *Autonomia Operaia*.

La segunda corriente de la Asamblea de Obreros-Estudiantes, formada por los militantes procedentes del grupo toscano Il Potere Operaio y por el movimiento estudiantil turinés, forma, por el contrario, *Lotta Continua*, el principal grupo extraparlamentario de la década de 1970. Los líderes son Adriano Sofri, Guido Viale, Giorgio Pietrostefani, Mauro Rostagno y Luigi Manconi. En los años siguientes, LC extenderá su terreno de intervención, añadiendo a fábricas, universidades y escuelas, los barrios pobres, las cárceles, las áreas deprimidas del sur del país y hasta el ejército. El semanario homónimo se convertiría en diario en 1972. En 1975, LC sugiere por primera vez a sus militantes votar por el PCI en las elecciones municipales. En junio de 1976 se presenta a las elecciones nacionales con el nombre de *Democrazia Proletaria*, pero los resultados son un fracaso. Pocos meses después, a final de su segundo Congreso, que se desarrolló en Rimini, el grupo, acosado por una parte por las críticas durísimas de las feministas y de los grupos juveniles y, por otra, por los servicios de seguridad cada vez más militarizados, se disuelve. Sin embargo, el diario continuaría con sus publicaciones durante algunos años como «órgano del movimiento».

En el verano de 1969, un grupo de dirigentes del PCI ligados a la izquierda del Partido publica un mensual muy crítico con la línea adoptada por el PCI: *Il Manifesto*. Se trata de Rossana Rossanda, ex responsable de cultura del PCI; Luigi Pintor, ex codirector de *L'Unitá*, el diario del partido; Aldo Natoli, dirigente que cuenta con una gran prédica popular, sobre todo en Roma; el economista Valentino Parlato, el parlamentario napolitano Caprara, Lucio Magri y Luciana Castellina. La dirección comunista ordena la suspensión de las publicaciones y, ante el rechazo de los directores, los expulsa del Partido tras un dramático «juicio». El grupo se organiza en una formación política y en 1971 publica el primer diario de extrema izquierda, *Il Manifesto*, el único que sobreviviría a la década de 1970 y que aún hoy sigue publicándose. Tras un intento frustrado de unificación con *Potere Operaio*, la organización confluye, junto a una parte del desaparecido PSIUP y del católico MPL, en el PDUP, *Partito di Unitá Proletaria*.

El PDUP se presenta a las elecciones municipales de 1975 y posteriormente, junto a AO y LC, a las nacionales de 1976.

Pero la derrota electoral agudiza las divisiones internas. El viejo grupo de *Il Manifesto* abandona el PDUP, que desaparecerá poco después, y concentra sus propias energías únicamente en la redacción del diario.

A los grupos nacionales se añade una galaxia de grupos locales, de los cuales el más importante es el *Movimento Sutudantesco Milanese*, que, a despecho de su nombre, constituye un verdadero grupo político, de inspiración prochina y stalinista. El MS, el único entre los grupos que opta por privilegiar la inter-

vención entre los estudiantes, desentendiéndose de la relaciones con los obreros, y que tiene su baluarte en la Universidad Estatal de Milán, sufre en 1971 una escisión de la que nace el Grupo Gramsci y se disuelve en 1973. Una parte de sus militantes dará vida inmediatamente después al *Movimento Lavoratori per il Socialismo*.

14. Las revistas de la izquierda italiana

En la década de 1960 nacen numerosas revistas de investigación del marxismo «herético», cuya herencia se recogerá posteriormente en el bagaje heterogéneo de la cultura del 1968. La primera y la más importante fue *Quaderni Rossi*, que comienza a publicarse en 1960. La redacción está compuesta por militantes y simpatizantes del PSI, como el director Raniero Panzieri, o del PCI, como Mario Tronti. Entre los demás redactores podemos destacar a Romano Alquati, Antonio Negri, Alberto Asor Rosa y Dario Lanzardo.

La investigación se centra principalmente en la modificación de la composición de la clase obrera, cuyo centro ha pasado del obrero profesional al obrero de la cadena de montaje, sin cualificación, en los primeros tiempos escasamente politizado y, muy a menudo, un emigrante del sur. La unidad de la redacción se rompe después de los enfrentamientos de la *piazza* Statuto de Turín, en 1962, que Panzieri valora negativamente a diferencia de los demás redactores. Estos últimos, después del cierre de los *Quaderni Rossi*, fundarán, en 1964, *Classe Operaia*, revista mensual que se propone, no sólo continuar la investigación teórica de los *Quaderni Rossi*, sino también fortalecer la acción política en el interior de las fábricas. En 1967, el alejamiento de los que, como Tronti y Asor Rosa, prefieren entrar (o seguir dentro) del PCI para modificarlo desde dentro, respecto a los que, como Negri, se plantean la participación en organizaciones obreras autónomas, provoca la muerte de la revista. Los partidarios de Negri organizarán el grupo de acción conocido como *Potere Operaio* veneto-emiliano. Sin embargo, ambas corrientes de *Classe Operaia* tratarían de mantener un laboratorio de investigación común con la revista *Contropiano*, dirigida por Asor Rosa, Massimo Cacciari y Antonio Negri.

En 1968, las revistas que ofrecen más espacio a la crónica de las luchas estudiantiles y a la publicación de documentos sobre la universidad en lucha son los *Quaderni Piacentini*, de Piergiorgio Bellocchio, que seguiría publicándose hasta la mitad de la década de 1970, y *Quindici*, expresión de la vanguardia literaria reunida en el llamado *Gruppo '63*, del que forman parte, entre otros, Umberto Ecco y Nanni Balestrini. A diferencia de los *Quaderni Rossi* y de *Classe Operaia*, ambas revistas acogen, además de la tendencia obrerista, la otra corriente fundamental de la izquierda herética italiana de la década de 1960, la tercermundista y prochina. La publicación principal de esta corriente es *Vento dell'Est*, dirigida por Maria Regis, cuyo primer número se publica a mediados de 1965.

15. *Classe Operaia*

> Hoy, los *Quaderni Rossi* son célebres y celebrados, pero, por diversas razones, pocos de los que tomaron parte en la iniciativa los recuerdan con orgullo y placer; también yo me cuento entre éstos... en general considero que la experiencia de *Classe Operaia* fue mucho más importante que la de los *Quaderni Rossi*: esta experiencia era, quizá, más susceptible al fracaso, pero era una experiencia mucho más ambiciosa y difícil, y, a mi juicio, ha enseñado a quien la ha vivido mucho más que la participación en los *Quaderni Rossi*.

Esta era la opinión de Romano Alquati en la introducción a *Sulla FIAT*, un volumen publicado en 1975 que recopilaba algunos de sus artículos aparecidos en la década de 1960 en las dos principales revistas obreras. *Classe Operaia*, cuyo subtítulo era «revista mensual de los obreros en lucha», comenzó a publicarse en enero de 1964. La redacción estaba compuesta por una parte del grupo de los *Quaderni Rossi* (Tronti, Alquati, Asor Rosa y Negri). En el origen de la escisión está, seguramente, la valoración diferente de los enfrentamientos de la *piazza* Statuto, criticados duramente por fracción de los *Quaderni Rossi* ligada a Raniero Panzieri. También influyo, más en general, el desacuerdo a propósito de la necesidad de organizar un grupo de acción autónomo y de la relación que se debía establecer con los partidos del movimiento obrero.

«Se llega a la ruptura (sostiene Negri en el libro-entrevista *Dall'operaio massa all'operaio sociale*) por motivos prácticos, por urgencias prácticas.» La interpretación de Cacciari es distinta y en su intervención en el Congreso del Instituto Gramsci de Roma, «*Operaismo e centralità operaia*» de 1977, pone de relieve las «motivaciones teóricas que se refieren a las formas de lectura de Marx y de la tradición marxista».

De hecho, la nueva revista trata de dirigirse en primera persona a los obreros y a los militantes de las fábricas, intenta ligar directamente la producción teórica y la acción práctica. Los números de *Classe Operaia* tenían una orientación monográfica. El primer número, «Lenin in Inghilterra», se abre con el famoso artículo homónimo de Tronti, en el que se exponen algunas de las principales tesis de la revista y del grupo. En primer lugar y antes que nada, el giro radical en el análisis teórico de la relación entre luchas obreras y desarrollo capitalista:

> «[...] también nosotros hemos visto antes el desarrollo capitalista y, después, las luchas obreras. Es un error... en el ámbito del capital socialmente desarrollado, el desarrollo capitalista está subordinado a las luchas obreras, viene después de éstas y hace corresponder a éstas el mecanismo político de su propia producción.

Otros puntos centrales en la visión del grupo de *Classe Operaia* son la relectura innovadora del leninismo, según la cual la ruptura se verificará, no donde el capitalismo sea más débil, sino donde la clase obrera sea más fuerte; la acentuación de la necesidad de recomponer la división entre estrategia y táctica, y la de derribar la «vieja distinción entre lucha económica y lucha política». No se trata solamente de una ejercitación teórica general. *Classe Operaia* identifica perfectamente la particularidad y la riqueza de perspectivas del caso italiano, un país

donde, por primera vez, «es posible la madurez económica del capital y la presencia de una clase obrera políticamente fuerte». Por ello se reserva una extrema atención al análisis político, al papel del partido y de la organización. De ahí también las tendencias entristas, sobre todo las del grupo romano: «[...] se trata de impedir la explícita socialdemocratización del PCI».

Con *Classe Operaia*, el obrerismo comienza a prestar una atención creciente a la situación de la clase en el ámbito internacional, pero sin demostrar ninguna simpatía por el tercermundismo entonces imperante, sobre todo en algunos sectores de la nueva izquierda: «Quizá se descubrirá entonces –escribe Tronti en el primer número– que se han realizado y se realizan los "milagros de organización" siempre dentro de las luchas milagrosas de la clase obrera, que ninguno conoce, que ninguno quiere conocer, pero que por sí solas han hecho y hacen más historia revolucionaria que todas las revoluciones de los pueblos colonizados a la vez.»

A partir de 1965, la periodicidad de la revista, aunque formalmente mensual, disminuye cada vez más. En 1966, la división entre la facción «entrista» y el ala veneciana de *Classe Operaia* se radicaliza hasta determinar la ruptura cuando la revista propone la publicación, con ocasión de la conferencia de los obreros comunistas de Bolonia, de un «opúsculo», propuesta que sería rechazada por la facción veneciana. *Classe Operaia* deja de publicarse a mediados de 1967. A continuación, una parte de la redacción entraría en el PCI (del que Tronti nunca había salido oficialmente), otra dará a luz la experiencia del *Potere Operaio* veneto-emiliano, inicialmente, y a *Potere Operaio*, posteriormente. A pesar de la escisión, la revista *Contropiano*, fundada en 1967 por Asor Rosa, Cacciari y Negri, será un intento posterior de trabajo común

16. El nacimiento de *La Classe*

El primer número del semanario *La Classe* sale a la calle el 1 de mayo de 1969. Las circunstancias que llevan al nacimiento de la publicación son casi fortuitas. Un editor romano estaba proyectando financiar un periódico del movimiento, más atraído por las posibilidades comerciales de la operación que por una pasión militante. La propuesta fue recogida por algunos líderes del movimiento romano ligados a la corriente obrerista, fuertemente influida por la posición asumida, en los años anteriores, por la revista *Classe Operaia* y en contacto con el grupo *Potere Operario* veneto-emiliano.

La propuesta de editar un periódico no llegó a buen puerto y el grupo negoció la posibilidad de publicar un semanario como fórmula de mediación. Una parte del movimiento romano y el grupo veneto-emiliano formaron el núcleo principal del área agrupada en torno al nuevo periódico, en la que también participaron militantes milaneses y turineses.

Basándose en el modelo de *Classe Operaia*, el semanario se pone en marcha con la intención de conjugar momentos de análisis teórico y de intervención concreta en las fábricas, aunque con un creciente predominio del segundo aspecto. El subtítulo es *Giornale delle lotte operaie e studentesche* (Periódico de las luchas obreras y estudiantiles). *La Classe* se propone, de hecho, conectar las diferentes experiencias de autonomía obrera surgidas en el último año, a través de la crónica de las luchas y la publicación de diversos materiales. En las luchas estudiantiles el acento recae sobre las movilizaciones de los técnicos y de los sectores en vías de proletarización. Una parte de la revista está dedicada a la crónica y el análisis de las luchas obreras en Europa y en Estados Unidos.

Ya desde los primeros números, *La Classe* lanza la doble consigna de hacer saltar por anticipado los convenios colectivos y de construir organización, entendida en un sentido estrictamente leninista. Desde el punto de vista reivindicativo, *La Classe* se decanta prevalentemente por las luchas en pro de los aumentos salariales igualitarios y por la lucha contra la intensificación de los ritmos de trabajo, como momentos de rechazo al trabajo y de hipótesis de cogestión.

Los artículos nunca están firmados, práctica que aún no es demasiado corriente. Lo que determina el giro radical de la revista es la lucha en la FIAT, que se inicia con absoluta autonomía a finales de abril de 1969 y que crece espontáneamente, desorientando a los sindicatos, durante los dos meses siguientes. A partir del número 5, *La Classe* se transforma en el periódico de la lucha en la FIAT, proporcionando puntualmente una crónica de ésta.

Muchos de los redactores se trasladan a Turín, donde el grupo representa una de las principales fuerzas en el ámbito de la asamblea unitaria de obreros y estudiantes que coordinó las luchas de los diferentes departamentos y secciones. Al desarrollarse la lucha en la FIAT, las posiciones del periódico con respecto a los sindicatos se hacen más explícitas y radicales. FIOM, FIM y UIL son asimiladas inmediatamente al sindicato amarillo, pasando a ser consideradas instrumentos de control y limitación de las luchas obreras. El rechazo de la delegación por medio de la representación que trata de imponer el sindicato como reivindicación central para reestructurar su propia organización en las fábricas se convierte en uno de los elementos principales de la línea del periódico. En el ámbito de las asambleas de obreros y estudiantes, el grupo insiste en el inmediato significado político de los objetivos materiales, como contraposición a las tesis que privilegian los aspectos «culturales», como el crecimiento de la conciencia de clase durante las luchas. Hacia finales de junio, *La Classe* empieza a afrontar los temas de la extensión de las luchas obreras por el territorio, partiendo del conflicto de la vivienda y del aumento del coste de la vida. Después de la batalla de corso Trajano (3 de julio de 1969), *La Classe* convoca, para el mes de julio, en Turín, una asamblea nacional de los comités de base y de las vanguardias obreras. El último número del periódico contiene precisamente las actas de esa asamblea, que muestra la división de la asamblea de obreros y estudiantes. Durante el verano, el grupo de *La Classe* dará vida al grupo *Potere Operaio*, que no logrará mantener una presencia significativa entre las vanguardias de la FIAT, que confluirán sobre todo en *Lotta Continua*.

17. Las luchas de los obreros textiles en Valdagno

La fábrica textil Marzotto, en el Valle del Agno, es el principal modelo a gran escala del «capitalismo paternalista» de la Italia de 1968. Se habla todavía de Gaetano Marzotto, fundador de la empresa y de la dinastía, como del «buen patrón». La relación entre la empresa y el territorio en el que se halla enclavada era fortísima, tanto por el carácter monoindustrial del valle como porque todos los habitantes estaban ligados a la empresa de una u otra manera.

Esto explica por qué fue tan duro el *shock* ante los hechos del 19 de abril de 1968, cuando los obreros en huelga reaccionaron a la carga de la policía contra los piquetes situados en la entrada de la fábrica, enfrentándose violentamente a las fuerzas del orden y abatiendo la estatua-símbolo de Marzotto. En realidad, la relación paternalista entre la empresa y los trabajadores ya había finalizado hacía años. En la década de 1950, todo el sector textil había sido azotado por una tempestuosa reestructuración. La Marzotto entra en una fase de crisis crónica, de la que trataría de salir, a principios de la década de 1960, con la introducción masiva de principios tayloristas: saturación de los tiempos, aumento de las funciones del trabajo y de la productividad de cada trabajador, y al mismo tiempo reducción de los puestos de trabajo. La transición al taylorismo arruina las relaciones entre la empresa y los trabajadores. La reducción de los puestos de trabajo, que afecta sobre todo a las mujeres, en una región en la que desde siempre la división por sexos del trabajo estipula el trabajo en los campos para los hombres y en la fábrica para las mujeres, hace desaparecer la fuerte identificación entre la empresa y el territorio. La suma de todos estos factores creó a lo largo de los años una profunda exasperación que se reveló repentinamente el 19 de abril. La incapacidad de los sindicatos para mediar, a cualquier nivel, en las disputas que se habían producido con anterioridad al 1968 determinó una difusa desconfianza hacia la dirección de las tres confederaciones sindicales. Así, cuando se reanuda el pulso en la Marzotto en enero de 1969, será la asamblea de los trabajadores la que decidirá autónomamente la ocupación de la fábrica e, incluso, la prohibición a los dirigentes sindicales, desde el primer día de la ocupación, de entrar en la misma.

18. La petroquímica de Porto Marghera

Los primeros conflictos en el sector petroquímico de Porto Marghera, a finales de 1967 y principios de 1968, tuvieron su origen en la alta toxicidad de las sustancias empleadas, en general cancerígenas. También tuvo lugar en 1967 la creación del grupo Montedison, cuyos principales establecimientos se encontraban precisamente en Marghera y cuya ambición consistía en convertirse en un «polo de la industria química italiana».

En la primavera de 1968, muchos estudiantes de las ciudades cercanas, Venecia y Mestre, comienzan a frecuentar asiduamente las entradas de las fábricas, con el objetivo de intentar constituir un frente común de obreros y estudiantes. El 21 de junio se inicia un pulso con la fábrica que se prolonga hasta el 4 de agosto. Los obreros piden la reducción del horario de trabajo, la igualdad normativa con respecto a los empleados administrativos y un aumento lineal para todos de 5.000 liras en el plus de productividad. Más que la entidad del aumento, asequible, la empresa trata de oponerse a las pretensiones igualitarias propuestas por los obreros sin cualificación, que también es discutida por los sindicatos, cuya base está compuesta como en toda Italia por obreros cualificados.

Tanto en Marghera, como en la Pirelli de Milán, se experimentan en el 1968 formas de lucha «salvaje», que se convertirá en una práctica común y generalizada al año siguiente: la dirección de los enfrentamientos pasa de las cúpulas sindicales a la asamblea obrera, se llevan a cabo paros sin anuncio previo y las huelgas se articulan para incidir en los aspectos más delicados del proceso productivo. Las huelgas prosiguen durante todo el mes de julio, hasta que, el 1º de agosto, los huelguistas, a los que se suman muchos estudiantes, bloquean el puente de acceso entre Marghera y Mestre, bloqueo al que siguen enfrentamientos con la policía y al día siguiente una huelga de solidaridad de todo el sector químico. El 4 de agosto se firma un acuerdo que, sobre el papel, concede el aumento igualitario, pero que, en realidad, deja invariable la diferenciación basada en la cualificación y la antigüedad. Marghera, en donde se formará en enero un comité obrero de base, seguirá siendo entre 1969 y 1973 uno de los puntos calientes del conflicto obrero en Italia.

19. El CUB: Comité Unitario de Base

El CUB, Comité Unitario de Base, se constituye en la Pirelli-Bicocca de Milán, el principal establecimiento de la empresa, en febrero de 1968, justo después de la firma de un convenio para los obreros del caucho, que la propia dirección de la CGIL juzga insatisfactorio.

Las huelgas de febrero habían registrado la adhesión masiva de los obreros y también una participación mayoritaria (60 por 100) de los administrativos. Pero la CISL y la UIL presionaban para cerrar lo más rápidamente posible el conflicto y la CGIL, con temor a enrarecer la ya frágil unidad sindical, eligió aceptar un acuerdo que, en realidad, concedía poquísimo.

En el CUB, surgido precisamente como reacción a la desilusión imperante entre los obreros, entrarían, en una primera fase, muchos militantes de base de la CGIL y de la CISL, en busca de un instrumento con que ejercer presión sobre sus respectivas direcciones. Entre junio y julio de 1968, el CUB pone en marcha una protesta para reclamar la disminución de los ritmos de trabajo, objetivo de la CGIL, pero no de los otros dos sindicatos. Los obreros del CUB ponen en práctica por primera vez formas de lucha que se extenderán poco después por doquier. Practican la autorreducción del rendimiento y realizan huelgas imprevistas y sin preanuncio, desastrosas para la programación de la producción.

El 1º de octubre, después de veinte días de huelga articulada, el CUB convoca con éxito una huelga general. La convocatoria de una nueva huelga general dos semanas más tarde y una posterior serie de paros no anunciados llevará a la ruptura entre la CGIL y el CUB.

A principios de diciembre, después de otro mes de conflictos, la Pirelli cierra la fábrica de Bicocca; los huelguistas reaccionan intentando invadir el rascacielos Pirelli, sede de sus oficinas. Inmediatamente después se firmará un precipitado acuerdo. Sin embargo, el CUB ya era una realidad enraizada en la fábrica (y lo seguiría siendo hasta 1974) y las autorreducciones de los ritmos de trabajo se reanudarán desde enero, inaugurando el año de mayor conflictividad obrera de la historia italiana.

20. El salario

«El salario debe corresponderse con las exigencias reales de vida, no debe ser ligado por más tiempo a la productividad ni tampoco al escalafón.» Esta exigencia, extraída de una octavilla de 1969, campea en todos los conflictos obreros del bienio 1968/1969. Un salario desligado de la producción, el salario como variable independiente. A pesar de las apariencias, este objetivo fue entendido en aquellos años como el más político y rico de contenidos generales. Las luchas obreras no sólo apuntaban a un salario más igualitario, sino también, y sobre todo, a poner de nuevo en discusión el sistema de trabajo asalariado y sus unidades de medida. Se señalaba como mistificación la creencia de que el salario era la retribución, más o menos adecuada, de la energía empleada en la producción, que justificaba la relación directa entre aumento de la producción y aumento salarial. Desde la crítica obrera, por el contrario, con el salario se adquiría únicamente el tiempo del obrero, su capacidad de trabajar y no su trabajo. La exigencia de «más dinero» desligada de la de «más productividad» pretendía romper, por lo tanto, la ilusión óptica por la que el salario sería la compensación del trabajo y, además, cuestionar el carácter mismo de mercancía de la capacidad de trabajo humana, elevando su coste para crear un continuo desequilibrio.

21. El movimiento igualitario

El igualitarismo, como el antiautoritarismo, es una de las consignas que pasan al movimiento obrero desde las ocupaciones universitarias, adquiriendo en este salto un significado explosivo. Los estudiantes habían identificado en la división interna del cuerpo estudiantil, así como en el sistema de examen y en la jerarquía meritocrática, un instrumento de control y de adiestramiento de la sociedad competitiva, que estaba al servicio de las exigencias del sistema. Alguno de los objetivos perseguidos por el movimiento, como los exámenes de grupo con una calificación colectiva que había que instaurar en la universidad

o la garantía de la graduación en la escuela secundaria, apuntaban precisamente a una consolidación del igualitarismo.

La misma asamblea, institución fundamental tanto en el movimiento estudiantil como en el obrero, se entiende como un momento de igualitarismo máximo, donde toda distinción y jerarquía quedan superadas por la participación directa, colectiva y paritaria.

En las fábricas, sin embargo, las exigencias igualitarias adquieren un valor mucho más incisivo. Las categorías en la organización del trabajo eran, de hecho, mucho más numerosas y estaban mucho más articuladas. A principios de la década de 1960 se había equiparado la retribución salarial masculina y femenina, aunque, en la práctica, se contrataba a las mujeres para realizar las tareas inferiores y con menor retribución. Las categorías salariales, sin embargo, dependían de la antigüedad y de las zonas geográficas: eran las denominadas «jaulas salariales». A igualdad de sexo, edad y cualificación, los salarios en el sur y en las zonas deprimidas del norte eran hasta un 30 por 100 más bajos. Las diferencias salariales entre regiones se fueron reduciendo a lo largo de la década de 1960, pero sólo sería en 1968 cuando se pediría, obteniéndose poco después, su completa erradicación.

El principal blanco del igualitarismo fue, sin embargo, la estratificación de la fuerza de trabajo obrera en una infinidad de categorías y cualificaciones diferentes.. Esta diferenciación, así como la jerarquización implícita, nunca había sido denunciada por los sindicatos y, en particular, por la CGIL, dado que resultaba conveniente para su estrategia, orientada hacia los obreros de grado más alto con el objetivo alcanzar niveles cada vez mayores de gestión compartida. En 1968 y sobre todo en 1969, la movilización obrera está animada por las capas más bajas de la jerarquía obrera.

La erradicación de la diferenciación se convirtió inmediatamente en uno de los objetivos principales. Entre las exigencias de los obreros ocupa el primer lugar la de aumentos salariales iguales para todos. Los sindicatos, desorientados en un primer momento por la ola de protestas absolutamente imprevista, demostraron, sin embargo, un grado notable de flexibilidad y de capacidad de adaptación al principio del otoño caliente de 1969. Es entonces cuando los sindicatos de la metalurgia se volcaron en una consulta detallada y exhaustiva entre la base obrera, cuyos resultados fueron la petición de aumentos salariales igualitarios y la inclusión del igualitarismo a la cabeza de la agenda de las confederaciones sindicales.

22. La primavera de 1969

Para el otoño de 1969 está prevista una renovación del convenio nacional que afecta a más de cinco millones de obreros. Los sindicatos, y en particular la CGIL, apuntan más que hacia los aumentos salariales, hacia la posibilidad de participar en la gestión del proceso productivo. Pero en abril la estación de los convenios se abre de modo anticipado precisamente en la gran fábrica donde la conflictividad

obrera parece ser la más baja de todas, la FIAT. La huelga por los muertos de Battipaglia enciende la mecha. Inmediatamente después aparecen una serie de controversias que en principio sólo incumben a los sectores más profesionalizados y sindicalizados, pero que rápidamente se extienden a las secciones donde trabajan los obreros comunes, considerados erróneamente los menos belicosos.

El conflicto, durísimo, sorprende a una empresa en plena recuperación económica. En primavera, de hecho, son asumidos 15.000 nuevos obreros, otras 20.000 incorporaciones están previstas para el otoño. También los sindicatos están más que desorientados. Los obreros comunes rechazan el liderazgo sindical en lo que respecta tanto a los objetivos como a las formas de lucha. La petición obrera es, de hecho, de aumentos salariales iguales para todos sin distinciones de categorías y circula una demanda de igualitarismo confirmada por la solicitud de paso a la segunda categoría para todos. Las formas de lucha son las que ya se habían experimentado el año pasado en otras fábricas, las huelgas repentinas y articuladas llamadas «salvajes», a las cuales en la FIAT se añaden las manifestaciones internas. Los sindicatos desaprueban en un primer momento la demanda igualitaria, pero son totalmente ignorados por las bases obreras. La dirección del conflicto está tomada directamente por la asamblea de los obreros y estudiantes, que se reúne primero en un bar frente a Mirafiori y posteriormente en la Facultad de Arquitectura.

El semanario *La Classe*, que había comenzado a publicarse en mayo de 1969, se convierte en el órgano oficial de la asamblea y de las luchas de la FIAT. Durante el pulso que en junio sostienen la empresa y el taller 54, la FIAT pide tratar directamente con los huelguistas dada la inconsistencia de la dirección sindical. Los últimos acuerdos son firmados a finales de junio. Conceden aumentos salariales, pero niegan cualquier paso adelante en la vía del igualitarismo. Pocos días después, el 3 de julio, una huelga general proclamada por los sindicatos, sobre el problema de la vivienda, terminará en horas de violentos enfrentamientos en los barrios obreros. Los cincuenta días de huelga espontánea le cuestan a la empresa unas pérdidas de alrededor de 40.000 automóviles.

El conflicto se reanudará inmediatamente después de las vacaciones, pero esta vez tanto la empresa como los sindicatos estarán preparados. La FIAT reaccionará inmediatamente a las nuevas huelgas espontáneas abriendo expedientes de regulación de empleo a más de 30.000 obreros e inaugurando así el otoño caliente. Los sindicatos, primero la CISL, y sólo en un segundo momento la CGIL, retomarán como suya la reivindicación igualitaria, sustituirán las obsoletas comisiones internas con los consejos de fábrica y recuperarán ampliamente el papel perdido en primavera

23. Los enfrentamientos de corso Trajano en Turín

Los enfrentamientos del 3 de julio de 1969 en Turín, con epicentro en el corso Trajano, recuerdan en muchos aspectos los de siete años atrás de la *piazza* Statuto.

En ambos casos se trata de una explosión de violencia obrera que escapa por completo al control del movimiento obrero institucional. Además, ambos casos tendrían idénticos protagonistas de los incidentes: obreros comunes y sin cualificación, sobre todo jóvenes y en gran parte inmigrantes. Sin embargo, a diferencia con los sucesos de 1962, la revuelta de corso Trajano no estalla durante un dramático pulso con la fábrica por la firma de un convenio, ni detona por una chispa en concreto, como ocurrió con la firma de un convenio separado por parte de la UIL.

Por el contrario, los hechos del 3 de julio de 1969 están precedidos por el final esencialmente victorioso de una guerrilla de fábrica que había durado cincuenta días y expresan, sobre todo, la repentina toma de conciencia por parte de la clase obrera de su propia fuerza. Desde esta óptica, el 3 de julio de 1969 aparece como un presagio de la década siguiente, marcada por la presencia masiva de un contrapoder obrero en las fábricas italianas. Los incidentes tuvieron lugar con ocasión de una huelga general ciudadana convocada por los tres sindicatos para pedir la congelación de los alquileres. El problema de la vivienda era particularmente sentido en una ciudad como Turín, caracterizada por la continua marea de la inmigración. La huelga tenía fundamentalmente que restituir la presencia y la atención a un liderazgo sindical que había sido absolutamente ignorado durante las luchas espontáneas de primavera; al menos, esa era la intención de las confederaciones sindicales. El ciclo de huelgas iniciado en mayo se había concluido el 29 de junio con un acuerdo que comportaba aumentos salariales, pero que no hacía ninguna concesión a las peticiones igualitarias que habían sido el rasgo más sobresaliente del conflicto de la primavera.

A lo largo de la mañana del 3 de julio había tenido lugar una manifestación organizada por los sindicatos. A las tres de la tarde, ante las puertas de Mirafiori, se había convocado una concentración de la asamblea de obreros y estudiantes que había coordinado las huelgas de las semanas anteriores. La manifestación había sido disuelta por la policía, pero se había vuelto a formar en las calles adyacentes. Ante la nueva intervención de las fuerzas del orden en el corso Trajano, los manifestantes reaccionaron levantando barricadas y enfrentándose con la policía hasta muy entrada la noche. La violencia de la policía, que irrumpe con gases lacrimógenos en las casas, provocó una insurrección de los habitantes del barrio, que se unieron a los manifestantes en los enfrentamientos. Tuvieron lugar numerosos incidentes de diverso calibre también en otros barrios, siendo especialmente violentos los acaecidos en el barrio-dormitorio de Nichelino, donde el problema de la vivienda era particularmente dramático.

24. El otoño caliente de 1969

El otoño caliente se inicia inmediatamente después de la reapertura de las fábricas, a finales de agosto de 1969. En la FIAT se reanudan las huelgas articuladas, que en primavera habían costado a la empresa un bajón productivo de 40.000

vehículos. La situación se perfila ahora incluso más grave porque el taller en huelga, el 32, ocupa una posición neurálgica y su bloqueo basta para paralizar la mayor parte de la producción. La FIAT reacciona abriendo 40.000 expedientes de regulación de empleo hasta el final de la huelga.

Se abre así, con la máxima dureza, el conflicto para la renovación del convenio de los trabajadores del metal, el principal sector obrero italiano, a los cuales sigue el conflicto de los obreros de los sectores químico y de la construcción. Los sindicatos, que en la primavera habían sido apartados de la dirección de las protestas, demuestran ahora una notable capacidad de reacción y de adecuación a las pretensiones de los obreros. Emprenden decididamente la vía de la unidad sindical. Sometan la plataforma reivindicativa a verdaderas consultas de base. Hacen suyas algunas de las principales reivindicaciones igualitarias, entre las cuales se encuentra la del aumento salarial idéntico para todos. Sustituyen las moribundas comisiones internas por los consejos de fábrica. El enfrentamiento se endurece rápidamente, sobre todo en el frente del convenio de los trabajadores del metal. Las horas de huelga se multiplican. El 19 de noviembre, en el curso de una huelga general nacional, es asesinado en los enfrentamientos con la policía el agente Antonio Annarumma.

El 28 de noviembre se manifiestan en Roma 100.000 trabajadores del metal procedentes de toda Italia, con el objetivo de presionar a *Confindustria* (la patronal). En las negociaciones interviene directamente el ministro del Trabajo Carlo Donat Cattin, democratacristiano, decantándose decididamente a favor de las peticiones sindicales. Las negociaciones prosiguen durante todo el mes de diciembre, en un clima condicionado por la masacre de la *Banca Nazionale dell'Agricoltura* de Milán. A finales de diciembre la *Confindustria*, atrapada entre la conflictividad obrera y las presiones gubernativas, firma un convenio en el que acepta gran parte de las peticiones sindicales.

25. La masacre de Estado: *Piazza* Fontana, Milán

El 12 de diciembre de 1969, a las 16,30 horas, una bomba estalla en la sede de la *Banca Nazionale dell'Agricoltura* de la *piazza* Fontana, en Milán. Las víctimas mortales son 16 y los heridos 87. Al mismo tiempo, tres bombas estallan en Roma, hiriendo a algunas personas. Las indagaciones de la policía se orientan inmediatamente hacia la extrema izquierda. Se detiene a 82 militantes de izquierda y a dos de derecha. Entre los primeros figura el trabajador de los ferrocarriles Giuseppe Pinelli, un conocido exponente del anarquismo milanés. Después de tres días de interrogatorio, conducido por el comisario Luigi Calabresi, Pinelli morirá en circunstancias misteriosas. La versión de la policía habla de un suicidio, pero ésta queda desmentida por numerosas evidencias y contradicciones. En el clima exasperado del «otoño caliente», la masacre desencadena una atmósfera de caza de brujas. Durante los funerales de las víctimas, el líder del movimiento estudiantil

milanés, Mario Capanna, es agredido por la muchedumbre y salvado a duras penas por la policía. En la misma tarde es detenido el bailarín anarquista Pietro Valpreda, acusado por un taxista, Cornelio Rolandi, que afirma haberlo llevado a las cercanías del banco el día de la masacre. Valpedra es uno de los fundadores del Círculo Anarquista XXII de Marzo, nacido de una escisión del Círculo Bakunin. Quien provocó la escisión fue Mario Merlino, otro fundador del Círculo XXII Marzo, acusado también de la masacre. Una contrainvestigación llevada a cabo por los militantes de la izquierda extraparlamentaria demostrará que Merlino era un infiltrado fascista. Los resultados de la contrainvestigación, publicados en el volumen *La strage di Stato*, sacará a la luz la estrategia de infiltración en la izquierda llevada a cabo por algunos exponentes de la derecha extraparlamentaria italiana, entre los cuales se cuenta Stefano Delle Chiaie, colaborador de la policía secreta y fundador de *Avanguardia Nazionale*, y por las altas esferas de la policía secreta griega. En el viaje a Grecia, en abril del 1968, en el que se decidió la infiltración, también participó Merlino. Ante las numerosas dudas que surgen con la contrainvestigación responde el juzgado de Treviso, que decide llevar a cabo una investigación paralela a la del juzgado de Milán. Un año y medio después de la masacre salen a la luz los nombres de Franco Freda, editor nazi de Padua ligado al grupo *Ordine Nuovo*, y el de Giovanni Ventura, un neofascista ligado a Freda. La investigación de Treviso implica también a Guido Giannettini, un agente de la policía secreta ligado a la extrema derecha, experto en tácticas de contraguerrilla.

Ante las peticiones de información sobre la figura y el papel de Giannettini, los servicios secretos siempre esgrimirán el secreto militar.

El juicio contra Valpedra se inicia en 1972 en Roma, pero se traslada inmediatamente a Milán y desde allí, por motivos de orden público, a Catanzaro. El proceso de Catanzaro, en 1974, es suspendido treinta días después por la implicación de nuevos imputados, Freda y Ventura. El tercer juicio, que ve anarquistas y fascistas como coimputados, se inicia en enero de 1975, pero es suspendido un año después por la implicación de un nuevo imputado, Giannettini. El enésimo juicio se inicia en 1977 y se concluye con la absolución de los anarquistas y la condena de los neofascistas y de Giannettini. La apelación se concluye con la absolución de todos, pero, posteriormente, el Tribunal Supremo absuelve a Giannettini y ordena un nuevo juicio para los demás, que se concluirá con la absolución para todos, ratificada por el Tribunal Supremo. Un nuevo proceso contra Delle Chiaie se concluyó, a su vez, en 1991 con la absolución definitiva. Las indagaciones todavía siguen en curso.

26. La estrategia de la tensión

La masacre de *Piazza* Fontana, el 12 de diciembre de 1969, inaugura una largo período de bombas y atentados. La que sería llamada después «estrategia de la tensión» se había iniciado ya, en realidad, algunos meses antes. A finales de año

se registrarían 312 atentados con explosivos. El episodio más grave, antes del 12 de diciembre, se había producido el 25 de abril, cuando dos bombas habían estallado en el pabellón de la FIAT en la Feria de Milán, hiriendo a dos personas. En el origen de la «estrategia de la tensión» se hallan, probablemente, estrechos contactos establecidos inmediatamente después del golpe de Estado de 1967 en Grecia, entre los golpistas de Atenas y los grupos extraparlamentarios de la derecha italiana. Para llegar al poder, como explican en abril del 1968 los responsables de los servicios secretos griegos a 50 neofascistas italianos, los extremistas griegos han utilizado el arma de la provocación, organizando atentados de manera tal que se culpase a la izquierda. Tras el regreso a Italia, muchos de los participantes en el viaje a Grecia se infiltran en la extrema izquierda. La estrategia de la tensión prosigue durante toda la década de 1970, ya no con el objetivo de culpar a la izquierda de los atentados, sino con el de exasperar la situación para que fuera inevitable un pronunciamiento autoritario. Durante los primeros años de la década de 1970 se suceden atentados y bombas. Casi nunca se identifica a los responsables, pero en esos casos se trata siempre de militantes de extrema derecha. El 17 de mayo de 1973, durante el primer aniversario del homicidio del comisario Calabresi, Pierangelo Bertoli lanza una bomba entre la muchedumbre que se había reunida frente a la comisaría. Se producen cuatro muertos y más de 50 heridos. Bertoli se declara anarquista, pero las indagaciones posteriores revelarán la existencia de estrechas relaciones entre el agresor y los servicios secretos italianos e internacionales. El 28 de mayo del año siguiente, en Brescia, estalla una bomba en la plaza de la Loggia, donde se está realizando una manifestación antifascista: ocho muertos y 94 heridos. Las investigaciones se orientan hacia ambientes neofascistas y, tres años después, conducen a la detención de un grupo de jóvenes de extrema derecha. Dos de éstos, Angiolino Papa y Ermanno Buzzi, serán condenados en 1979. Buzzi será asesinado más tarde en la cárcel por dos terroristas de derecha, Pierluigi Concutelli y Mario Tuti. Angiolino Papa será absuelto durante el juicio de apelación y el Tribunal Supremo confirmaría esta sentencia. Después de seis procesos, la masacre de Brescia continúa sin conocer a los culpables. El 4 de agosto de 1974 una nueva bomba estalla en el tren *Italicus*, matando a 12 personas.

En enero de 1975, la policía se presenta en la casa del agrimensor de Empoli, Mario Tuti, simpatizante de la derecha extraparlamentaria y sospechoso de la masacre del *Italicus*. Tuti abre fuego, matando a dos agentes e hiriendo gravemente a otro. Será detenido algunos meses después en Francia, tras un tiroteo.

Cinco meses después, Tuti sería absuelto de la acusación de la masacre de agosto de 1974. La última bomba estalla el 2 de agosto de 1980, en la estación de tren de Bolonia y provoca la masacre más sangrienta: 85 muertos y más de 200 heridos. Después de siete juicios, con una sentencia que da lugar a numerosas dudas, serán condenados Valerio Fioravanti y Francesca Mambro, líderes del NAR, una banda terrorista de extrema derecha, sanguinaria y responsable

de numerosos homicidios, que no tenía absolutamente ninguna relación con los servicios secretos. Fioravanti y Mambro nunca dejaron de declararse inocentes por la masacre de Bolonia y su condena no es suficiente para poner en claro las verdaderas responsabilidades de la masacre.

27. La década de 1970

Los efectos del explosivo bienio de 1968-1969 marcarán profundamente toda la década siguiente. Las ocupaciones universitarias serán cada vez más raras, pero el movimiento influenciará toda la actividad académica, condicionando tanto los nuevos planes de estudio como los métodos de exámenes. Por el contrario, ocupaciones y protestas proseguirían durante mucho tiempo en los institutos de enseñanza media, reserva principal de militantes de los grupos de la izquierda extraparlamentaria. En las fábricas, los convenios firmados en 1969 no llevarán a la reanudación de la paz social. De hecho, ya a partir de la primavera de 1970, se reanudarán las huelgas y los conflictos en las empresas, que proseguirán durante toda la década. Además, la protesta se extenderá a todos los sectores de la sociedad civil, llevando al nacimiento de corrientes de izquierda organizadas entre médicos, profesores, magistrados y psiquiatras. La protesta popular, gracias también a la acción en profundidad de la izquierda extraparlamentaria, implicará a sectores como los habitantes de los barrios periféricos, los desahuciados, los chabolistas y los presos. El crecimiento del movimiento provoca una reacción que se expresa, en parte, en un crecimiento electoral de la derecha en las elecciones nacionales de 1972 y, mucho más drásticamente, en una serie de atentados y masacres de la que siempre se ignorarán los culpables. Sin embargo, a mitad de la década, los grupos emprenden una vía de rápido declive. Los elementos que minan su supervivencia son, por un lado, el estallido del movimiento feminista separatista, que critica ásperamente sus dinámicas internas, y, por otro, la incapacidad de ofrecer una organización sólida y unitaria a la conflictividad.

La expansión de la protesta provoca, por lo tanto, un terremoto en el sistema político. La fórmula agotada del centro-izquierda no encuentra otra alternativa y la consecuencia principal es la concatenación de gobiernos que sólo sobreviven pocos meses. En este clima, en el otoño de 1973, el secretario del PCI, Enrico Berlinguer, lanza la propuesta de un «compromiso histórico» entre los dos principales partidos, DC y PCI, para gobernar el país. En este mismo período aparecen las primeras formaciones armadas de extrema-izquierda que, sin embargo, en un primer momento se limitan a acciones demostrativas e incruentas. La DC, conducida por su batallador secretario, Fanfani, rechaza la oferta del PCI y, por el contrario, en dos ocasiones, trata de enfrentarse a éste de forma directa y contundente. En 1974 impone un referéndum para abolir la ley que, poco antes, había introducido el divorcio, obteniendo una clamorosa derrota. Al año siguiente, afronta las elecciones municipales con una tan dura como contraproducente cam-

paña anticomunista. El PCI conquista, en cambio, la dirección de las principales ciudades y crece en un 6,5 por 100.

En 1976, en las elecciones nacionales, el PCI mejora aún más sus resultados y alcanza el 34,4 por 100 de los votos. En compensación, la DC mantiene sorprendentemente sus posiciones, con el 38,7 por 100 de los sufragios. En este mismo año, en un clima marcado por la crisis económica, nace el primer gobierno apoyado indirectamente por el PCI, gracias a la fórmula de la abstención, antesala de la verdadera alianza, cuyo promotor principal en la DC es Aldo Moro.

El acercamiento entre DC y PCI lleva a una nueva ocupación de las universidades, conducida, ya no por los grupos, sino por el movimiento autónomo que los reemplazó. Al mismo tiempo, los grupos armados, entre los cuales se destacan *Brigate Rosse* y *Prima Linea*, intensifican sus acciones y empiezan a matar, con el atentado de junio de 1976 contra el fiscal de Génova, Coco. A diferencia del movimiento de 1968, el de 1977 se opone frontalmente al PCI, alcanzándose fases dramáticas cuando el secretario general de la CGIL, Luciano Lama, es expulsado de la Universidad de Roma, que había sido ocupada, y cuando, en Bolonia, principal ciudad en manos del PCI, una revuelta, propiciada por el asesinato de un estudiante, se reprime con los blindados de la policía.

El 16 de marzo de 1978, las BR secuestran a Aldo Moro mientras se dirigía a la Cámara de los Diputados para la constitución del primer gobierno sostenido con los votos del PCI, presidido por Giulio Andreotti. Moro será asesinado después de cincuenta y cinco días de cautiverio. La alianza entre DC y PCI se rompe a principios de 1979. En las elecciones nacionales de primavera, el PCI pierde dos millones de votos. Durante toda la década de 1980 una nueva coalición entre la DC y el PSI de Bettino Craxi gobernará Italia. En 1980, un pulso entre la FIAT, que pretende abrir decenas de miles de expedientes de regulación de empleo, y los sindicatos, se concluye con una derrota sindical definitiva, que pone fin a la larga serie de conflictos que se abre en 1968.

Bibliografía crítica

ALQUATI, Romano, *Sulla Fiat*, Milán, Feltrinelli, 1975.
ASSOR ROSA, Alberto, *Intelletuali e classe operaia*, Florencia, La Nuova Italia, 1973.
BALLESTRINI, Nanni, *Vogliamo tutto!*, Milán, Feltrinelli, 1971.
— y MORONI, Primo, *L'orda d'oro*, Milán, Feltrinelli, 1998.
BERMANI, Cesare, *Il nemico interno. Guerra civile e lotte di classe in Italia (1943-1976)*, Roma, Odradek, 1997.
BOBBIO, Luigi, *Storia di Lotta Continua*, Milan, Feltrinelli, 1988.
BOLOGNA, Sergio, *La tribu delle talpe*, Milán, Feltrinelli, 1978.
—CARPIGNANO, y P., NEGRI, A., *Crisi e organizzazione operia*, Milán, Feltrinelli, 1972.
— y FERRARI BRAVO, L., *et al.*, *Operai e Stato. Lotte operaie e riforma dello Stato capitalistico tra Revoluzione d'Ottobre e New Deal*, Milán, Feltrinelli, 1972.
CACCIARI, Masimo, *Dopo l'autunno clado: ristrutturazione e analisi di classe*, Padua, Marsilio Editore, 1973.
CASTELLANI, Lucio (ed.), *Autonomia operaia. La storia e i documenti da Potere Operaio all'Autonomia organizzata*, Milán, Salvelli, 1979.
CLASSE OPERAIA, Padua, Nuovi Editori Ristampe, 1974.
COMITATI AUTONOMI OPERARI DI ROMA, *Autonomia operaia*, Roma, Salvelli, 1976.
CONTROPIANO, La Nuova Italia, Florencia.
CURCIO, Renato, *A viso aperto* (entrevistado por M. Scialoja), Milán, Mondadori, 1993 [ed. cast.. *A cara descubierta*, Tafalla, Txlaparta, 1996].
— y ROSTAGNO, Mauro, *Fuori dai denti* (1968), Milán, Gammalibri, 1980.
— *et al.*, *Progetto Memoria. La mappa perduta*, Roma, Coop. Ed. Sensibili alle foglie, 1994.
— *et al.*, *Progetto Memoria. Le parole scritte*, Roma, Coop. Ed. Sensibili alle foglie, 1996.
DI CIACCIA, Francesco, *La condizione urbana. Storia dell'Unione inquilini*, Milán, Feltrinelli, 1974.
FERRARI BRAVO, Luciano (ed.), *Imperialismo e classe operaia multinazionale*, Milán, Feltrinelli, 1974.
FOA, Vitorio, *Questo Novecento*, Turín, Einaudi, 1996.
GARIVANI, S., y PUGNO, E., *Gli anni duri alla Fiat. La resistenza sindicale e la ripresa*, Turín, Einaudi, 1974.

GINSBORG, Paul, *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Soceità e politica 1943-1988*, Turín, Einaudi, 1989.
ILLUMINATI, Augusto, *Lavoro e rivoluzione*, Milán, Mazzotta Editore, 1974.
— y DI TORO, C., *Prima e dopo il centro-sinistra. Capitalismo e lotta di classe nell'attuale fase dell'imperialismo*, Roma, Edizioni di Ideologie, 1970.
MILANACCIO, A., y RICOLFI, L., *Lotte operaie e ambiente di lavoro. Mirafiori, 1968-1974*, Turín, Einaudi, 1976.
MORETTI, Mario, *Brigate Rosse. Una storia italiana*, (entrevistado por Carla Mosca y Rossana Rosanda), Milán, Baldini&Castoldi, 1998. [De próxima aparición en la colección «Cuestiones de antagonismo», Madrid, Akal, 2001.]
— *et al.*, *Una sparatoria tranquila. Per una storia orale del 1977*, Roma, Odradek, 1997.
NEGRI, Antonio, *La fabbrica della strategia. 33 lezioni su Lenin*, Padua, Celup, 1976.
— *La forma Stato*, Milán, Feltrinelli, 1977. [De próxima aparición en la colección «Cuestiones de antagonismo», Madrid, Akal.]
— *Marx oltre Marx. Quaderno di lavoro sui Grundrisse*, Milán, Feltrinelli, 1979. [De próxima aparición en la colección «Cuestiones de antagonismo», Madrid, Akal, 2001.]
— *Del obrero masa al obrero social* (entrevista a cargo de Paolo Pozzi y Roberta Tommasini), Barcelona, Anagrama, 1980.
— *Pipe-Line. Lettere da Rebibbia*, Turín, Einaudi, 1983.
— *I libri del rogo* [reedición de los siguientes trabajos: *Crisi dello Stato-piano. Comunismo e organizzacione rivoluzionaria* (1974); *Partito operaio contro il lavoro* (1974); *Proletari e Stato. Per una discussione su automía operaia e compromesso storico* (1976); *La critica della constituzione materiale* (1977); *Il dominio e il sabotaggio. Sul metodo marxista della transformazione sociale* (1978)], Roma, Castelvecchi/Derive Approdi, 1996.
— y TRONTI, M., *et al.*, *Settantasette. La rivoluzione che viene*, Roma, Castelvecchi/Derive Approdi, 1997.
PANZIERI, Raniero, *La ripresa del marxismo-leninismo in Italia* (L. Lanzardo ed.), Milán, Sapere Edizioni, 1972.
— *La crisi del movimento operaio* (D. Lanzardo y G. Pirelli eds.), Milán, Lampugnani Nigri, 1973.
— *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico* (S. Mancini ed.), Turín, Einaudi, 1976.
— *L'alternativa socialista. Scritti scelti. 1946-1955*, Turín, Einaudi, 1982.
— *Dopo Stalin. Una stagione della sinistra, 1956-1959* (S. Merli ed.), Venecia, Marsilio Editore, 1986.
QUADERNI ROSSI (reedición), Sapere Edizioni, Milán-Roma, 1970-1974.
ROTH, Karl Heinz, *L'altro movimento operaio*, Milán, Feltrinelli, 1976.
SANTARELLI, Enzo, *Storia critica della Repubblica. L'Italia dal 1945-1994*, Milán, Feltrinelli, 1996.
SCALZONE, Oreste, *Biennio Rosso.'68-'69. Figure e passagi de una stagione rivoluzionaria*, Milán, SugarCo, 1988.
SERAFINI, S. (ed.), *L'operaio multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli, 1974.
TIZIANO, T., GIUGNI, G., *et al.*, *Potere sindicale e ordinamento giuridico. Dirito di sciopero, consigli di fabbrica, forme della contrattazione*, (a cargo de la Federazione lavoratori metalmeccanici [FIM, FIOM-UILM]), Bari, De Donato, 1974.
TRONTI, Mario, *Operai e capitale*, Turín, Einaudi, 1971.
— *Sull'autonomia del politico*, Milán, Feltrinelli, 1977.
VACCA, Giuseppe, *Politica e teoria nel marxismo italiano*, Bari, De Donato Editore, 1972.
ZAVOLI, Sergio, *La notte della Repubblica*, Milán, Mondadori, 1992.